

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Prehistoria



TESIS DOCTORAL

**Estructura social y paisaje simbólico: las comunidades astures y el
Imperio Romano (siglos II a.C.-II d.C.)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Fernando Alonso Burgos

Directores

M^a Luisa Ruiz-Gálvez Priego

Madrid, 2015



Tesis Doctoral
Departamento de Prehistoria
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid

Estructura social y paisaje simbólico

Las comunidades astures y el Imperio romano (siglos II a. C - II d. C)

Fernando Alonso Burgos





Departamento de Prehistoria
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid

Estructura social y paisaje simbólico

Las comunidades astures y el Imperio romano (siglos II a.C.-II d.C.)

Doctorando: Fernando Alonso Burgos
Directora: M^a Luisa Ruiz-Gálvez Priego

Madrid 2014

*¿Qué harás tú, oh Dios, cuando yo muera?
Yo soy tu cántaro (¿y si me quiebro?)
Yo soy tu bebida (¿y si me corrompo?)
Soy tu ornato y tu oficio.
Tú pierdes conmigo tu sentido.*

*Después de mí no tendrás casa en donde
palabras cercanas y cálidas te saluden.
De tus pies cansados se caerá
la sandalia de seda que yo soy.*

*Tu gran manto se soltará de ti.
Tu mirada, que yo acojo caliente
en mis mejillas, como en una almohada,
andaré buscándome largo tiempo -
y a la hora del ocaso se echará
en el regazo de unas piedras desconocidas.*

Y tú, oh Dios, ¿qué harás? Yo tengo miedo.

Rainer María Rilke, 26 de septiembre de 1899.
1905. *Libro de las Horas. Libro de la Vida monástica*, poema 36.

A vosotras:

M., V. y N.

Estructura social y paisaje simbólico: las comunidades astures y el Imperio romano (II a. C.-II d. C.)

BLOQUE 0. Introducción

1. Antecedentes del tema de estudio	16
2. Planteamiento teórico-metodológico	20
3. Escalas, marcos y fuentes de análisis	29

BLOQUE I. El mundo simbólico castreño en la Asturias prerromana (siglos II-I a. C)

4. El debate en torno a la sociedad castreña prerromana: el modelo segmentario	41
5. Símbolos domésticos y colectivos: el poblado castreño segmentario	55
5.1. La vida doméstica en ámbito castreño: hogar y autoabastecimiento	58
5.2. Entre lo doméstico y lo colectivo: solidaridad y segmentación interna	66
5.3. El espacio metalúrgico castreño como lugar de encuentro	75
6. Símbolos comunitarios y religiosos: la comunidad castreña segmentari	93
6.1. La comunidad monumentalizada o el poder de la comunidad	95
6.2. Del sacrificio fundacional y la diseminación funeraria	110
6.3. Más allá del ateísmo y el sacrificio guerrero: lo sagrado oculto	130

BLOQUE II. Dinámicas simbólicas en el Noroeste ibérico en la coyuntura histórica del siglo I a. C

7. Símbolos prerromanos entre la resistencia y el cambio	143
8. Símbolos convivales: el fenómeno de las sítulas y el banquete en el mundo castreño ...	157
8.1. Las sítulas castreñas: entre la tradición atlántica y la innovación mediterránea	163
8.2. Banquetes divergentes en el mundo castreño del s. I a. C.	171

9. Símbolos preciosos: contextos sociales y simbólicos de la orfebrería castreña	178
9.1. Iconografía, rito y cosmogonía en transición: el caso de las diademas de Moñes ...	193
9.1.1. El contexto perdido: el valle del Piloña	197
9.1.2. Propuesta de análisis de Moñes I: caracterización general y fases	202
9.1.3. Lectura iconográfica: del viaje acuático céltico al espacio del mito del cambio social.....	211

BLOQUE III. La religión romana y los cultos indígenas en ámbito astur (siglos I-II d. C.)

10. La potencialidad simbólica de la conquista del Noroeste en el contexto de la ideología de Augusto: confines consagrados y la génesis del culto imperial	240
11. El ámbito simbólico religioso: religio romana y <i>emulatio</i> peregrina	253
12. Símbolos a los muertos: las <i>stelae</i> en la <i>Asturia</i> meridional	267
12. 1. Epigrafía y arqueología funeraria romana: el caso del Noroeste hispano en el contexto imperial	267
12. 2. La epigrafía funeraria de la <i>Asturia</i> meridional (ss. I-II d. C.)	282
12.2.1. Criterios para la datación epigráfica funeraria	290
12.2.2. La emulación funeraria peregrina y el desarrollo del modelo de estela en la <i>Asturia</i> meridional (ss. I-II d. C.)	298
12.2.2.1. El patrón epigráfico militar y la emulación peregrina (1ª mitad s. I d. C.)	298
12.2.2.2. El modelo completo de estelas en granito (mediados del s. I-II d. C.)	313
12.2.2.3. La génesis de las estelas en mármol de Santo Adrião (finales del s. I d. C.-II d. C.)	318
12.2.3. Conclusiones: las <i>stelae</i> como símbolos a los muertos en <i>Asturia</i> meridional (ss. I-II d. C.)	341
13. Símbolos a los dioses: las <i>arae</i> en la <i>Asturia Augustana</i> (ss. I-II d. C.)	345
13.1. Epigrafía y arqueología votiva romana: el caso del Noroeste hispano en el contexto	

imperial	345
13.2. La epigrafía votiva de la <i>Asturia Augustana</i> (ss. I-II d. C.)	364
13.2.1. Criterios para la datación epigráfica votiva	365
13.2.2. La conformación de los lugares de culto y la génesis de los panteones y las divinidades indígenas en ámbito astur <i>augustano</i> (ss. I-II d. C.)	372
13.2.2.1. Las dedicaciones colectivas a Júpiter y a las divinidades patronas indígenas (1ª mitad del s. I d. C.)	372
13.2.2.2. La difusión del modelo de panteón sagrado: el caso del Poulós de San Miguel, San Esteban del Toral, Bemibre (mediados del s. I-II d. C.)	391
13.2.2.3. Propuesta de génesis del dios indígena Cosus (ss. I-II d. C.)	406
13.2.3. Conclusiones: las <i>arae</i> como símbolos a los dioses en la <i>Asturia Augustana</i> ..	423

Conclusiones

14. Símbolos en el paisaje del mundo prerromano al romano	427
---	-----

Abstract	439
-----------------------	-----

Anexos

Anexo 1	453
Anexo 2	463

Bibliografía	479
---------------------------	-----

Agradecimientos:

Son muchas las personas que a lo largo de todo este periodo de elaboración han hecho posible esta tesis doctoral: familiares más cercanos, amigos y colegas, a todos vosotros mi gratitud en primer lugar por si olvido algún nombre en las líneas que siguen. Cualquier error que contenga este trabajo es, sin embargo, de mi exclusiva responsabilidad.

En primer lugar, a mi directora de tesis, la Profesora Marisa Ruiz-Gálvez, quiero agradecerla su confianza hasta el final en mi proyecto, su motivación, apoyo y dedicación.

A mi tutora durante mi formación predoctoral dentro del grupo de investigación “Estructura Social y Territorio: Arqueología del Paisaje” (*EST-AP*) del CCHS-CSIC, Almudena Orejas, a la que agradezco su orientación, paciencia y consejos.

A los miembros de *EST-AP*, empezando por un recuerdo a la desaparecida Pachula (IPCE-MEC). Tras ella, mi gratitud a Javier Sánchez-Palencia, del que he aprendido una parte muy pequeña de todo su conocimiento y experiencia, tanto en el trabajo de campo como en el de laboratorio y oficina. A la actual directora del grupo, Inés Sastre, le debo agradecer su cercanía y su generosidad por compartir el trabajo. He tenido además la posibilidad de aprovechar parte de la sabiduría del Profesor Domingo Plácido, lo que me ha enriquecido como investigador y persona. De los demás miembros compañeros, colegas y amigos: Esteban, María, Pecha, Guille, Alex, Brais, Damián, Ana Delia, Elena, Laura y Antonio; sólo me cabe alabar el brain-stroming cotidiano y el trabajo mano a mano en la participación de proyectos nacionales e internacionales. Cada uno de ellos sabe el lugar que han ocupado en mi formación y la gratitud que les debo.

De la Línea de Investigación “Arqueología y Procesos Sociales” del CCHS-CSIC, debo recordar mis “encuentros ibéricos” primero con Ricardo Olmos y posteriormente con Susana González Reyero, a la que agradezco su disposición, cercanía y cariño. Un agradecimiento a los muchos miembros que conforman los distintos grupos de investigación, en especial a los componentes de los distintos Laboratorios: Materiales, Teledetección y Paisaje, Arqueometalurgia, Arqueobiología y Arqueofauna. Por último, que no menos importante, a los que un día fueron doctorandos de distintas especialidades con los que me crucé en el camino y de los que guardo un buen recuerdo y amistad: Leticia López, Lourdes López Merino, Fernando Arias, Martina Renzi y Susana Marcos.

De mi etapa formativa en la Universidad tengo que agradecer los muchos encuentros cotidianos tanto dentro como fuera de la clase, a los Profesores Alfredo Jimeno, Gonzalo Ruiz Zapatero, Jesús Álvarez Sanchís, Almudena Hernando, Julio Mangas, Estela García, Rosa Sanz y M^a Cruz Cardete, entre otros, junto con todos los colegas y compañeros de la Licenciatura, Excavaciones, Prospecciones, Laboratorios, Cursos de doctorado, Encuentros de Jóvenes Investigadores (JIA y EJIHA), como Jorge de Torres, Paloma de la Peña o Fernando Colino, que ahora vienen a mi memoria y entre quienes quiero destacar a los que un buen día conformamos la Unión Cultural Arqueológica (UCA, 2002-2005): Azu, Leti, Mora, Ramón, Yael y Cheto.

De mis estancias en el extranjero sólo tengo palabras de agradecimiento a los que las hicieron posibles y a quienes compartieron conmigo sus rutinas universitarias y científicas, siempre dispuestos a mis preguntas e intereses. Un especial recuerdo para Francisco Sande Lemos, Manuela Martins (Unidade de Arqueologia, Universidade do Minho, Portugal), Jane Webster, Chris Fowler, Sam Turner (University of Newcastle, Reino Unido), Chris Gosden (School of Archaeology, University of Oxford, Reino Unido) y Rita Compatangelo-Soussignan (Centre d'Étude des Sociétés Antiques et Médiévales, Université du Main, Francia). Un especial apartado merecen los compañeros y colegas con los que he compartido la experiencia de investigar en el extranjero en dichas estancias: Lucio Benedetti, Silvia Espelt, Helena Jiménez Vialás, Javier Salido, Chloé Bouneau, Veronica Cicolani, y otros que me dejaré seguro en el tintero.

Del periodo más crítico de finalización de este trabajo tengo que agradecer las lecturas, revisiones, mapas y discusiones de todos los colegas y amigos que he tenido cerca y me han apoyado siempre: en especial a Alex, epigrafista máximo, Pecha, SIGero mítico y Guille, proyector internacional. Gracias a Bea y Luis que me han hecho volver a poner los pies en la tierra ofreciéndome una oportunidad laboral. A Esther y Javi toda mi gratitud por su trabajo profesional en la maquetación y últimos retoques para la presentación de esta tesis. A Lucía, por colorearme tan bonito uno de los jinetes de Moñes.

Tras tantos avatares, esta tesis llega a su fin gracias al apoyo incondicional de mi familia más cercana, tanto la que sigue aquí como la que falta pero sigue estando conmigo. El soporte técnico y emocional de mi mujer, Myriam, sin cuya paciencia y confianza en mi trabajo habría sido incapaz de superar este trance. Por último, y más importante, recordar aquí a mis dos hijas, Vera y Naya, a cuyas sonrisas cotidianas y a los brillos de sus ojos les debo el último impulso para acabar esta tesis.

BLOQUE 0

INTRODUCCIÓN





Introducción

Esta investigación tiene como objetivo detectar los aspectos simbólicos más relevantes del registro arqueológico con el fin de plantear su imbricación en el seno de la estructura social castreña astur prerromana y a partir de ella analizar aquellos relacionados con el ámbito religioso en su evolución en el contexto imperial romano. Para ello me apoyaré en los estudios clave que han sistematizado el registro material del mundo astur, más allá de los tópicos de la “romanización débil” o “resistencia indígena”¹ y propondré una propuesta de análisis simbólico diversa a la caracterización de la superestructura céltica predominante². La finalidad última es la de sistematizar qué estrategias en el paisaje conforman las decisiones locacionales de cada aspecto simbólico seleccionado del registro material, en el marco del conflicto entre el mundo prerromano y el romano imperial. Para ello me apoyaré en el bagaje teórico y metodológico de análisis del aspecto simbólico en el paisaje a través de la metáfora visual, recurriendo a la valoración sincrónica del sentido de la presencia y la ausencia de los diferentes elementos y mecanismos en el espacio: monumentalización, exhibición, inhibición y ocultamiento (Criado, 1993a y b; 2012).

La cultura material con valor simbólico a la que me referiré procede de diversos sectores de la circunscripción administrativa romana del *conventus Asturum*, aunque se prestará atención a las dinámicas sociales de todo el Noroeste ibérico y el lugar que ocupa en relación a otros ámbitos geográficos, dependiendo de los diferentes fenómenos históricos tratados. El espectro cronológico central se extiende desde la cultura castreña en el final de la Segunda Edad del Hierro (BLOQUE I: ss. III-I a. C.), pasando por la última centuria a. C. y la conquista romana del Noroeste ibérico (BLOQUE II: s. I a. C.) hasta su inclusión como parte del Imperio romano (BLOQUE III: ss. I-II d. C.). Desde el punto de vista Instrumental la aplicación del planteamiento teórico-metodológico que aquí se propone requiere un manejo flexible de las escalas espaciales y temporales, así como del uso de distintos aspectos de las fuentes que convergen en el análisis desde la perspectiva del estudio de la complejidad en la construcción simbólica de los paisajes.

1 Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988; Orejas, 1996; Sánchez-Palencia, 2000; Sastre, 2001 y 2002; Villa, 2002; 2007a y b; 2009; Camino, 2003, entre otros.

2 García Quintela, 1999 y 2013; García Quintela y otros, 2003; 2004; 2006; Santos Estévez y García Quintela, 2003; García Quintela y González García, 2009; García Quintela y Santos Estévez, 2004; 2008a y b, González García, 2011; entre otros



1. Antecedentes del tema de estudio

El primer problema a la hora de plantear un estado de la cuestión reside en seleccionar las distintas corrientes y argumentaciones que de forma directa o tangencial han tratado el tema del mundo simbólico, tradicionalmente restringido a lo religioso, en el Noroeste ibérico desde la Protohistoria al mundo romano. En este sentido, desde mi punto de vista, la clave historiográfica de más peso está en la creencia de poder acceder a la religión prerromana a través de su supervivencia en época romana. Sobresale para ello el análisis de las fuentes literarias grecorromanas y del registro epigráfico teonímico, especialmente de aquellos dioses clasificados como “indígenas”, desde la labor de los estudiosos de principios del s. XX hasta nuestros días³. Lo que subyace a esta tradición y que tiene todavía un peso importante en la aproximación a lo religioso en el pasado es el “criterio filológico” junto a un gusto por las posibilidades del método de análisis comparado⁴, que en última Instancia remiten a la obra decimonónica de Müller⁵. El peso del carácter filológico claramente reflejado en

3 El origen debe situarse en la aproximación del portugués Leite de Vasconcelos en su obra magna de *Religiões da Lusitania* (1989 [I: 1897; II: 1905 y III: 1913]). Los datos de la parte prerromana se funden con los de la romana conscientemente, asumiendo que Roma habría permitido expresar la esencia religiosa precedente, fortaleciéndola y haciéndola sobrevivir en algunas de las tradiciones del folklore hasta el presente (Vasconcelos, 1989 [1905]: 99, 371-72 y 1989 [1913]: 194). En España la primera sistematización teonímica, en esta misma línea aunque menos interpretativa, la encontramos en Tovar y Navascués (1950), contando con una labor recopilatoria precedente en torno a la Real Academia de la Historia y la contribución al *CIL* II (Fita, Fernández-Guerra, Gómez Moreno, etc.), sobresaliendo alguna interpretación de la religión protohistórica “patria” como la de Costa (1917) o la interpretación de Caro Baroja (1943). Siguiendo esta misma tendencia de desentrañar el significado de los teónimos romanos como reflejo de la religión prerromana, están los trabajos esencialmente lingüísticos, filológicos y epigráficos de la llamada *Celtica* hispana, en Blázquez (desde 1962), Untermann (1965 y 1985), Rivas (1973), Albertos (1974; 1975; 1977a; 1981; 1983; 1985), Encarnação (1975), Vázquez Hoys (1977), Marco (1993a, b y c; 1994a; 1999a y b) Alarcão (1990), Olivares (2002a), entre otros.

4 Encontramos referencias a teorías antropológicas y del folklore local para ilustrar el mundo religioso protohistórico también desde Vasconcelos (II-1905: 99-107), Costa (1917: 32-33, 79, 103-110) y aplicado al registro castreño del Noroeste ibérico en López Cuevillas y Bouza Brey (1929) o López Cuevillas y de Serpa Pinto (1933-1934: 348-364). La primera sistematización de método de una religión comparada a partir de la literatura clásica y el registro romano-indígena, que retoma el elemento cultural indoeuropeo céltico es la de Bermejo (1986 y 1994 [1982]), posteriormente desarrollada en García Quintela (1991; 1999; 2002 y 2009) y Brañas (2000; 2004 y 2007), entre otros. Respecto a la revitalización del análisis comparado el mundo prerromano con el componente céltico en el folklore reciente (desde las tradiciones populares y su cultura material hasta la literatura épica), véase la “etno-historia” y “etno-arqueología” de autores como Almagro (2006; 2007; 2009 y 2010) y para lo que atañe al Norte-Noroeste ibérico autores como Olivares (1997), Torres Martínez (2003; 2005; 2007 y 2010), Moya (2008 y 2010), Balbín, Torres y Moya (2007), Tenreiro (2002; 2004 y 2007a y b), Álvarez Peña (2002 y 2007), entre otros.

5 Müller consideraba la lingüística como la principal herramienta de análisis del fenómeno religioso y consideraba la derivación de los teónimos de nombres comunes la evidencia de la idolatría y la poca evolución de las religiones “superiores”. Todo ello dio como fruto la llamada filología comparada y el estudio comparado de las religiones Sobre un análisis de dicha base en Vasconcelos: García Fernández-Albalat, 1985 y García, 1988: 18. En relación con su utilización anacrónica en trabajos eminentemente lingüísticos como el de Prosper, 2002: González García y García Quintela, 2005: 40.



las lecturas de los textos clásicos y de los teónimos que transmitían los epígrafes romano-indígenas ha sido una constante en la labor de epigrafistas, lingüistas, filólogos, arqueólogos e historiadores de la antigüedad, reflejándose principalmente en las costumbres literarias con una pretendida fiabilidad “etnográfica” y una auténtica re-actualización de “catálogos de dioses”⁶.

Esta tradición de base decimonónica que otorga una importancia prácticamente suprema al lenguaje y a los recursos de las religiones comparadas, con el fin de desentrañar el significado de las fuentes literarias y los epígrafes romanos como una ventana abierta a las cosmologías precedentes, supuso un estancamiento que impidió el desarrollo de un método específico y generó una auténtica “tupida telaraña de tópicos” (García y Fernández-Albalát, 1985: 276). La asunción de una “romanización débil” y del fenómeno de “resistencia indígena” han servido de justificación para el carácter rural y pobre de la epigrafía romano-indígena, especialmente en ámbitos como el Norte y Noroeste ibérico, permitiendo a algunos autores defender que cuentan con datos de “gran pureza” en la extracción de una estructura del “panteón prerromano” (Olivares, 2002a: 15-16). En esta tendencia tan arraigada en lo que concierne a la religión, concebida como el ámbito social más conservador, se echan de menos replanteamientos importantes tanto teóricos como metodológicos. El único caso ha sido la renovación dentro de esta misma línea de análisis lingüístico, filológico y de religión comparada, a partir de la labor de Bermejo, especialmente en los años 80 (Bermejo, 1986; 1994 [1982]). La principal fuente de análisis fue para Bermejo los textos literarios que mencionan el Occidente hispano, en concreto la *Geographika* de Estrabón. El análisis de estos textos dejaba de ser un fiel reflejo de los pueblos prerromanos para mostrar una ideología romana imperialista que denigraba las costumbres bárbaras en contraposición de los beneficios de la civilización. En dicha argumentación se revelaba que el autor antiguo tomaba sus referencias de una *koiné* cultural conocida y compartida, aunque fuese en tiempos remotos, para describir las tradiciones y costumbres que caracterizaban el modo de vida bárbaro y justificaban su necesaria civilización de manos del poder reinante, en este caso Roma.

Ahora bien, tras todo ello se dejaba vislumbrar una “estructura” o una “función” que podía remitir a la realidad de época prerromana, a la cual se proponía acceder, al asumir la existencia de una misma base simbólica e Institucional indoeuropea compartida. Metodológicamente se acudió al análisis

6 La labor en este sentido más evidente es la de Blázquez (1962; 1975; 1983; 1991a; 1991b; 1999; 2001; 2003 y 2008) pero está en la base de las construcciones interpretativas de otros muchos autores que tradicionalmente recurrían a los catálogos de Blázquez como si de *corpora* especializados sobre el tema religioso se trataran.



trifuncionalista (I: sacerdotal; II: guerrera y III: productora) tal y como lo concibió Dumezil⁷. La documentación que se utilizó fue limitada y reprodujo en gran medida, aunque con una impecable definición y seguimiento de método, las mismas características que venían asociándose al mundo prerromano del Norte-Noroeste a partir de un registro bien conocido de los textos literarios y los epígrafes especialmente con teonímia; insistiendo en la belicosidad masculina, el peso de la mujer, de las relaciones parentesco y las organizaciones suprafamiliares, la jerarquía política, militar y religiosa, etc.⁸. Esta primera propuesta revitalizadora de los estudios de religiones comparadas aplicados al mundo del Norte-Noroeste ibérico protohistórico no se llevó hasta sus últimas consecuencias, llegando a conclusiones que no resultaron “inequívocas” (García Quintela, 1999: 71) y que se reprodujeron en reediciones ampliadas (sintetizadas en Bermejo, 2008) que se han criticado como “obsoletas” y desconectadas de la investigación actual (García Quintela, 2009: 104-105). Sin embargo se debe reconocer la deuda con dicha propuesta de las investigaciones que orientan los estudios celtistas a partir del análisis dumeziliano y la inclusión de teorías y modelos antropológicos, como parte de un programa de estudios comparados con una clara inspiración lingüística de base⁹, aplicado al estudio de la Edad del Hierro castreña y su continuidad en época romana¹⁰.

Por otro lado, contamos con visiones centradas en el impacto romano sobre las comunidades locales y sus consecuencias vistas como resultado del mestizaje provincial (Plácido, 1988: 240, 302 nota 48) o del sincretismo de doble dirección (Marco, 1996: 219 y 232). A su vez, se denunciaron

7 Sobre su análisis religioso del mundo romano: Dumezil, 2000 [1974]. Sobre un análisis de su rica Historiografía desde un punto de vista crítico: García Quintela, 1999: 73-109. Para un compendio de estudios dumezilianos aplicados a diversos casos de estudio: Delpech y García Quintela, 2009.

8 Principalmente en los trabajos reunidos en los dos primeros volúmenes de *Mitología y Mitos de la Hispania prerromana* (Bermejo, 1986 y 1994 [1982]) seguidos de distintos estudios en torno a un planteamiento social, político y religioso de base céltico que desarrollaron especialmente García Fernández-Albalat (1990), García Quintela (1991 y 1997) y Brañas (1995). La labor iniciada por Bermejo es seguida por el enfoque propio de García Quintela (1999), el cual reelabora una metodología que será secundada por otros discípulos como Brañas (2000). Otras propuestas desde una perspectiva más filológica del análisis de los textos y la epigrafía con una misma interpretación social: Ciprés, 1999; González Rodríguez y Santos Yanguas, 1994 o González Rodríguez, 1997. Para una crítica sobre el peso de la mujer en la sociedad castreña: Fernández-Posse, 2000b. Sobre una crítica a las sociedades basadas en el parentesco en relación con el mundo castreño: Sastre, Sastre, Alonso, Curras, 2010.

9 A partir del concepto de isoglosa recurren a lo que denominan “isoeto”. La finalidad es la de plantear una estrategia de análisis comparado en el que la acumulación de isoetos proporcione diversos mapas de distribución que permitan su utilización como base de las discusiones sociales, política y religiosas (García Quintela, 2002; González García y García Quintela, 2005: 61).

10 Sobre el modelo político y religioso resultante desde esta perspectiva: Vázquez Varela y García Quintela, 1998; García Quintela, 1999; 2002 y 2007; Brañas, 2000; 2004 y 2007.



abusos del análisis trifuncionalista en su aplicación a casos castreños, como en el área astur, que arqueológicamente no mostraba el sistema de jefaturas ni la división del trabajo, entre otras cosas, que se desprendía de las descripciones de las fuentes literarias (Sanz Villa, 1996: 17-18). En algunos ámbitos como el celtibérico, con homólogas revisiones de los datos en relación con la definición de aspectos políticos, éticos y religiosos (desde Sopeña, 1987; Marco, 1993a y b), la tendencia ha sido hacia el reconocimiento crítico de la reinención de la tradición local por parte de las aristocracias o grupos de poder en época romana, sin rechazar las analogías de base céltica, pero mucho más medidas y ligadas a la lectura contextualizada y crítica del registro epigráfico¹¹ y arqueológico (en general sintetizadas en Alfayé, 2009¹²).

Desde la perspectiva propiamente arqueológica en ámbito noroccidental ibérico se ha tendido a ignorar el ámbito de la religión, puesto que se asumía que no podía tener otro acceso que el que se debatía entre epigrafistas y filólogos, rehuendo cualquier reflexión sobre el uso de una información anacrónica de época romana. La relaciones entre Arqueología y epigrafía-Filología-Lingüística fue siempre malavenida, pues sólo buscó la corroboración de una en la otra sin realizarse nunca verdaderos estudios integradores o multidisciplinares. Para el caso del Noroeste, algunos arqueólogos desde un punto de partida “anti-celtista¹³” entraron en el ámbito de la religión a través de la investigación de lo que se ha venido denominando *Arte castrexa* (Calo, 1993 y 1994), entendido como resultado de una producción ya de época romana. Sin embargo, otras tendencias propiamente posprocesualistas, empezaron a reflexionar sobre el aspecto simbólico en el paisaje en el caso del megalitismo gallego (desde Criado, 1986). La visión diacrónica que otorgaba la perspectiva del paisaje permitió abordar análisis de larga duración desde la Prehistoria hasta el mundo romano y el rural tradicional (Santos, Parceró y Criado, 1997; Parceró, Criado y Santos, 1998). Se demostró entonces que existía una vía

11 Tanto funeraria (Abásolo y Marco, 1995) como votiva (Marco, 2007; 2009a; González Rodríguez y Marco, 2009).

12 para el análisis iconográfico (Marco, 1994; 2009b; Alfayé, 2003; 2004 y 2008; Alfayé y Sopeña, 2010), rituales funerarios (Sopeña, 2005 y 2010), depósitos sacrificiales y sus ritos asociados (Alfayé, 2003-2005; 2007; 2010; Santos, 2006; 2007) y lugares sagrados, en especial santuarios rupestres tanto de ámbito celtibérico (Alfayé y otros, 2001-2002; Alfayé y Marco, 2008; Alfayé, 2005; 2009) como del Occidente ibérico (Santos 2010a, b y c).

13 Los estudios de Calo son un claro exponente del contexto arqueológico funcionalista de los 80 que ignoraron el tema del celtismo o se postularon como anti-celtistas, prestando atención a la conformación de un mundo prerromano castreño exclusivamente arqueológico, dándole importancia al fenómeno del impacto y la conquista de Roma sobre las poblaciones indígenas. Sobre su análisis historiográfico: Díaz Santana, 2002: 102-103 y González García, 2007: 69-70 y 81-82. Sobre el debate actual en torno a la celticidad: Ruiz Zapatero, 2005.



para acercarse al imaginario simbólico de la Edad del Hierro a través de la asociación de lugares “sagrados” vinculados a estaciones rupestres frecuentadas diacrónicamente. Es esta línea de trabajo en la que se ha fusionado el análisis político y religioso comparado de base dumeziliano predominante en el estudio simbólico del Noroeste, permitiendo importantes y novedosas aproximaciones como la definición de “santuarios” de la Edad del Hierro en ámbito castreño y estudios específicos a partir de la Arqueoastronomía¹⁴.

2. Planteamiento teórico-metodológico

En esta tesis se propone un planteamiento distinto al acercamiento dominante que estudia lo simbólico en la Protohistoria y la implantación de Roma en ámbito astur. Dicha propuesta se apoya en la línea de destacar el impacto romano sobre el orden simbólico de las comunidades castreñas prerromanas y en la base conceptual de los principios de la Arqueología del paisaje. Frente a la tradición de utilizar el registro eminentemente religioso romano como una ventana del mundo prerromano, se plantea la contextualización de la cultura material en relación con su estructura social específica, aceptando su estado fragmentario, sus límites y ante todo sus posibilidades como símbolos sistematizados. A su vez, en contraposición con la línea de investigación más prolífica en el mundo religioso del Noroeste ibérico como región céltica, recientemente redefinida¹⁵, aquí se parte de un planteamiento que no asume el apriorismo de una superestructura mental de base indoeuropea desde el Bronce final hasta época romana -y mucho menos hasta época actual en las tradicionales populares rurales-. Se han desarrollado planteamientos no celtistas del mundo castreño como el modelo social segmentario, en plena consonancia con las revisiones de los contextos arqueológicos europeos, pero con importantes carencias en lo que al ámbito simbólico se refiere (Sastre, Alonso y Currás, 2010). Esta

¹⁴ Desde el análisis de los podormorfos rupestres y su interpretación como lugares de la Edad del Hierro en donde se habrían llevado a cabo “investiduras reales” de tipo céltico (García Quintela y Santos Estévez, 2000 y 2010; Santos Estévez y García Quintela, 2000) hasta la sistematización de un Arte Atlántico (Santos Estévez, 2005) y la detección de “santuarios” castreños y su importancia desde un punto de vista arqueoastronómico (García Quintela y otros, 2003; 2004; 2006; Santos Estévez y García Quintela, 2003; García Quintela, 2013; García Quintela y González García, 2009; García Quintela y Santos Estévez, 2004; 2008a y b; García Quintela y Seoane Veiga, 2011; Santos Estévez, 2005; 2008a y b; 2010; 2012; González García y otros, 2008; Belmonte y otros, 2013). La idea está presente en la interpretación simbólica del modelo de poblamiento para la Edad del Hierro gallega: Parcero, 2002: cap. 4; y en la asociación entre etnicidad y territorialidad para el caso galaico: González García, 2011. Sobre el estado de la cuestión de la Arqueoastronomía en España: Cerdeño y otros, 2006.



tesis se imbrica en un esfuerzo por ahondar en lo simbólico desde una alternativa al cuerpo analítico céltico, sin caer en el rechazo irracional anticeltista ni en el extremo opuesto de la imposición de un provincianismo romano. para ello se plantea experimentar una visión alternativa que deje a un lado la validez o no del componente céltico para prestar atención a la modelización del cambio simbólico en el paisaje a partir del registro material astur prerromano y su integración en el mundo romano. Con este objetivo, a continuación abordaré algunos conceptos claves como son la utilización de los símbolos, su relación en religión y estructura social, su reflejo en la cultura material y su comprensión a través de la interpretación de las estrategias locacionales que permiten plantear sistemas simbólicos enfrentados en el paisaje como resultado espacial del proceso histórico en estudio.

Empezaré por la definición de los símbolos, recurriendo al estado del conocimiento en la aproximación antropológica tanto funcionalista como estructuralista. Así, de forma genérica se puede afirmar que cualquier significación mental de un objeto, hecho, cualidad o relación se almacena a través de los símbolos. Como tales condensan muchas cosas y acciones en una sola forma, uniendo significados dispares con otros interconectados, bien a través de la analogía o por asociación con un hecho o pensamiento (Turner, 1999 [1967]: 28-31¹⁶). El aspecto ideológico, como la dimensión social y pública de los símbolos es el que prima en el concepto de cultura, entendiendo a la misma como un sistema organizado de símbolos significativos sobre una misma base fisiológica humana. La codificación cultural de los símbolos a través de su integración en sistemas simbólicos se crea en el seno de una estructura social. El orden y sentido de cada sistema simbólico que fundamenta la cultura se integra a través de la experiencia y orientación de la acción social como contribución que hace funcionar cada cultura/sociedad (Geertz, 2005 [1973]: 52-56 y 133). Y es que la significación simbólica como construcción mental es lo suficientemente coherente y sólida como para elaborar la conducta social a través del *habitus*¹⁷ que, en última Instancia, hace percibir y aprehender la realidad en la que vivimos.

16 Los símbolos contienen en sí mismos lo que se denomina una “polarización del sentido”, es decir que existe en el símbolo un componente “ideológico” y otro “sensorial”. El primero lo conforman las relaciones estructurales que ordenan, guían y controlan a la sociedad a través de costumbres, normas y valores -símbolo como hecho social-; y el otro hace alusión a los procesos puramente naturales que provocan deseos y sentimientos -símbolo como hecho “grosero” o fisiológico- (Turner, 1999 [1967]: 28-31 y ss).

17 Es decir sistemas como disposiciones duraderas inmanentes a las prácticas, surgidos del aprendizaje imitativo y de la interiorización de las conductas y las técnicas corporales del entorno, producto de la adquisición histórica (Bourdieu, 1997).



La relevancia de lo simbólico en la conducta ritual y religiosa ha sido especialmente tratada puesto que el símbolo es su unidad última (Turner, 1999 [1967]: 21; Geertz, 2005 [1973]: 88-89; 107-108). Tanto ha sido así que para algunos la máxima expresión simbólica se fundamenta en el aspecto religioso de las sociedades. Sin embargo lo religioso, como un ámbito específico basado en la aceptación o fe de las realidades sobrenaturales, no es más que uno de los aspectos en la codificación simbólica de una comunidad dada. De hecho, la diferenciación de lo profano, cotidiano y funcional frente a lo sagrado, extraordinario y ritual, es el resultado de una concepción moderna como producto de un proceso de individualización del sujeto y sus ámbitos de acción recientes en la Historia de la Humanidad¹⁸.

En esta tesis se desarrolla un enfoque del análisis arqueológico desde la interpretación simbólica de la cultura material de las comunidades astures en la transición del mundo prerromano al romano. Etimológicamente hablando, la Arqueología puede ser entendida no tanto como la ciencia o el estudio racional de lo antiguo, como propiamente “la racionalidad o la lógica de lo antiguo”, como ha apuntado recientemente Criado (2012: 18). En el caso de estudio que se propone en esta tesis, por tratar con un mundo a caballo entre la Prehistoria y la Historia Antigua, contamos con la cultura material y con elementos como la imagen, la escritura y las fuentes textuales, indirectas y directas. Si bien toda la cultura material debe ser estudiada desde el análisis formal, tras su elaboración, disposición y difusión existe una intencionalidad que nos hace preguntarnos por el sentido, la construcción del elemento simbólico que contienen. Y es que toda la cultura material tiene una dimensión simbólica puesto que está codificada por el patrón de racionalidad de la comunidad que la creó. En este punto se hacen necesarias dos reflexiones; cuáles son los símbolos a los que podemos acceder a través de la forma que conservan en el registro material y cómo podemos recuperar el sentido que tuvieron para las comunidades humanas desaparecidas.

La primera no pretende responder a las técnicas específicas que requiere cada una de las fuentes que se emplean en el análisis formal de la cultura material, sino insistir en la reflexión de una

18 Sobre la contraposición de lo sagrado y lo profano, en Eliade (1967 [1957]) y su utilización en trabajos sobre el pasado en Garwood y otros, 1991, entre otros. Sobre las relaciones entre religión y ritual y su reflejo material e incardinación en el mundo cotidiano en diferentes estudios prehistóricos e históricos: InsoLL, 2001; Boivin, 2009; Bradley, 2005 y BeLL, 2007. Una discusión sobre lo simbólico que invade todos los aspectos de la vida, incluyendo el comportamiento religioso (De Vries, 2008). Sobre la construcción del sujeto individualizado: Hernando, 2012.



Arqueología en la que la materialidad en sí misma sea una fuente simbólica construida socialmente¹⁹. Se trata de abordar desde la Arqueología el análisis que le es propio de la expresión formal, en este caso de los elementos simbólicos del registro material como resultado de la estructura social que los creó en un contexto histórico específico. La base de este planteamiento metodológico ya quedó recogida en la reflexión teórica de Bermejo en relación a lo que él denominó “Arqueología de las formas simbólicas”, en contra de una imprecisa “Arqueología de la religión” (Bermejo, 1992). En este estudio se apostaba por rastrear los elementos simbólicos aislados que puedan llegar a nosotros mediante los objetos conservados en el registro y analizar las representaciones figuradas que estén a nuestra disposición. El salto interpretativo para poder localizar y valorar entre los elementos materiales aquellos con funciones simbólico-religiosas sólo podría hacerse a través de la analogía o recurriendo a los modelos antropológicos cercanos por similitud estructural del complejo socio-cultural. Con ello accederíamos a la identificación del material propiamente simbólico-religioso y una propuesta de comprensión social por analogía, renunciando a desvelar las representaciones mentales últimas, lo que para Bermejo y Llinares sería descubrir metafóricamente un “sarcófago vacío” (Bermejo y Llinares, 2004) o más recientemente tratar con “lenguajes del silencio” (Llinares, 2012). El problema en estos planteamientos está en la separación entre unos objetos simbólicos-religiosos y otros tecnológicos-funcionales. Y es que el punto de partida de un análisis como éste no debe restringirse a la detección de lo simbólico-religioso puesto que sólo conforma una parte dentro del sistema de una estructura social dada, lo cual además no puede asumirse de forma ingenua desde nuestra percepción, tal y como han venido mostrando las sistematizaciones más recientes en Antropología respecto a la construcción racional de lo natural y lo cultural (p.e. en Descola, 2005). El problema además reside en si renunciar al sentido último de lo simbólico más allá de detectarse e ilustrarse a través de la analogía antropológica, como defienden Bermejo y Llinares, o si se puede apostar por otros análisis convergentes que permitan la sistematización de los datos en modelos estructurales de significado.

La clave del primer paso del análisis formal de lo material con valor simbólico, más allá de la diferenciación inoperante entre objetos religiosos frente a otros estrictamente funcionales, debe residir en una diferenciación Instrumental de los ámbitos de lo social, que permitan la selección de aquellos

19 Gosden, 2004; Olsen, 2010; Olsen y otros, 2012. Una discusión sobre “Arqueología simétrica”: González Ruibal, 2007.



elementos del registro que contengan una carga simbólica relevante en cada cultura/sociedad. De esta forma observo de forma Instrumental cuatro ámbitos relevantes:

Ámbito doméstico: aquel en el que se desarrollan las actividades pertenecientes a la producción y reproducción de la unidad social básica o núcleo familiar²⁰.

Ámbito colectivo: en el que interrelacionan y se organizan los distintos núcleos familiares, más allá de lo doméstico.

Ámbito comunitario: como aquel conformado por las relaciones de producción de los ámbitos doméstico y colectivo en el seno de una organización del poder o unidad política²¹.

Ámbito religioso: el que se vincula de manera transversal en los anteriores ámbitos y se refiere exclusivamente al aparato simbólico vinculado a las relaciones con lo sobrehumano, tanto en lo que se refiere al mundo funerario como al votivo.

En el **CUADRO I**, se recogen algunos de los elementos más destacados del registro material conocido en los diferentes periodos, asumiendo su carácter fragmentario y limitado en el actual estado de su conocimiento. Dicha selección se ha fundamentado en la identificación del potencial simbólico como resultado de su análisis formal y contextual, el cual se vincula a cada uno de los respectivos ámbitos sociales que he definido arriba: doméstico, colectivo, comunitario y religioso. De esta forma se supera por un lado la oposición artificial y limitada de lo simbólico como una contraposición entre lo religioso y lo funcional. Por otro lado, este planteamiento metodológico pone las bases de

20 En este sentido, más allá del parentesco, la familia como unidad del ámbito doméstico es el lugar donde se producen las disposiciones primarias de los *agentes* individuales y se conforma el *habitus*, principio de acción y estrategia de las prácticas sociales (Bourdieu, 1997)

21 Entiendo la política aquí en el sentido de Clastres (2010 [1974]), es decir como un problema del poder que está presente universalmente en todas las sociedades, pero se manifiesta de formas distintas (básicamente coercitivo o no coercitivo o “poder impotente”). Es por ello que cuando me refiero a la comunidad como una unidad política me estoy refiriendo a un concepto de identidad como una forma de asumir el poder en un lugar reconocido como propio (un territorio), que emana del grupo social (sea este consensuado por convencimiento, impuesto a través de la coerción, resultado de un hecho exógeno de conquista militar, etc.).



la interpretación arqueológica de las estrategias locacionales en el paisaje y su estructuración como sistemas simbólicos específicos. Un rápido vistazo a dichas tablas permite detectar la estructura que tiene esta tesis y en la que partiendo de una configuración segmentaria del mundo castreño en la Edad del Hierro en el Cuadro 1.1 (BLOQUE I), a lo largo del s. I a. C. se analizarán a diferentes ritmos algunos cambios que afectan especialmente a la redimensión comunitaria de ciertos elementos del registro en los ámbitos sociales identificados y que se representan en el Cuadro 1.2 (BLOQUE II). El resultado de dichos análisis pondrá las bases sobre la que se evaluarán los cambios experimentados en el ámbito de lo religioso a partir de la nueva reorganización post-conquista de las comunidades astures y su andadura durante los primeros siglos del Imperio romano, tal y como queda expresado en la representación de la Cuadro 1.3 (BLOQUE III).

Un análisis interpretativo en este contexto de estudio simbólico del registro material requiere una contextualización del estado de las principales corrientes teóricas en arqueología, en un momento de bloqueo entre los excesos acumulados a partir de la llamada “falsa objetividad” del procesualismo y la “hiper-subjetividad” del postprocesualismo²². Se trataría en resumen de asumir con el postprocesualismo que la vía es la interpretación, pero controlada y producida mediante la objetivación, la contextualización y la contrastación de hipótesis, datos y fenómenos, extraído del bagaje procesual (Criado, 2006 y 2012: 204-205). Lo importante para salir de esta situación -es asumir que, aunque los postulados interpretativos sólo son válidos en relación con el contexto subjetivo en el que se enuncian, eso no quiere decir que otros sujetos externos a ese contexto no puedan comprender y participar de su significación (véase respecto al análisis desde la Historia antigua en Plácido, 2005).

La concepción del paisaje en Arqueología permite un encuadre teórico y metodológico en esta tesis. El paisaje como el resultado de la percepción de las sociedades que han modificado el medio en el que han vivido²³, ha tenido distintos acercamientos entre procesualistas y postprocesualistas,

22 En el análisis de los aspectos simbólicos se trata de las llamadas “Arqueologías cognitivas” procesuales y postprocesuales. Los primeros equiparan las ideas a los objetos y no pueden saber en qué pensaba la gente porque se caería en una especie de “paleo-psicología”: p.e. Renfrew, 1993; Renfrew y Zubrow, 1994. Para la Arqueología postprocesual, en cambio, los objetos son como las palabras de un lenguaje, símbolos de una cultura en acción (Hodder, 1982 y 1986), los cuales pueden ser “leídos” a través de la experimentación e intuición subjetiva del investigador, resultando las características *embodied experiences* reflejadas en “etnografías” o “narrativas” del pasado: p.e. Tilley, 1994 y 1996 o EDMonDS, 1999.

23 Tal y como lo define la Convención Europea del Paisaje (Florencia, 2000). Para su aplicación en ejemplos de estudio del Noroeste ibérico: Criado, 1993a y b; 1999; Orejas, 1991; 1995; 1995-1996; 1998 y 2001; Sánchez-Palencia y otros, 1996; 2000; 2003; 2008; Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 2000 y 2001.



desde la importancia del espacio como un marco medioambiental estudiado desde parámetros adaptativos y funcionales de la Arqueología Espacial como telón de fondo de las religiones²⁴, hasta la visión simbólica central del análisis fenomenológico del paisaje²⁵. El paisaje debe ser observado más allá de un espacio percibido, como un concepto en el que se interrelacionan distintos “registros” de análisis, en donde el apartado específico de análisis simbólico debe incorporarse a los estudios propiamente de poblamiento y espacios productivos por un lado y en última Instancia a los territorios como la concepción social y política de una comunidad *dada* (Orejas, Ruiz del Árbol y López 2002). En este sentido esta tesis propone un primer paso analítico hacia una síntesis que incorpore el componente simbólico de forma plena en la dimensión productiva y territorial del paisaje. Pero esta limitación no excluye el objetivo de sistematizar el análisis de los elementos potencialmente simbólicos como resultado de estrategias locacionales reflejo del comportamiento de cada estructura social desde un punto de vista histórico. Aquí por tanto se reclama el carácter histórico del espacio como resultado del proceso de cambios y continuidades desde una perspectiva de larga duración. Dicha comprensión del registro material es el resultado de procesos físicos y culturales observados históricamente en el paisaje como una realidad en construcción. Esta idea permite poner en entredicho las tendencias a observar el paisaje como una foto fija que permite experimentar el pasado como la gente de entonces y a su vez obliga a tener siempre presente el cambio continuo frente a fenómenos culturales concebidos desde una inmutabilidad ahistórica, desde el recurso al análisis comparado celtista al que ya me he referido, como a las pretendidas dialécticas de pasado (inmemorial)-presente (rural) y del campesino-científico resultado de la reflexión arqueológica del folklore²⁶.

24 Es lo que se llama una visión “naturalística” del paisaje para la que lo importante son las exigencias “prácticas” que permiten vivir, reflejado en los problemas de la población y el acceso a los recursos, etc., mientras que el pensamiento religioso, ritual y simbólico se aborda desde el acercamiento cognitivo a las sociedades del pasado y al *determinismo* ecológico: p.e. Watsuji, 2006.

25 Como crítica a los abusos del procesualismo, la fenomenología como *know how* postprocesualista entiende el mundo como la realidad simbólica que se percibe y el sujeto que actúa en él, como un agente que percibe, en una constante interrelación uno con el otro a través del cuerpo (Tilley, 1994: 13-14). A la hora de vincularlo con el espacio lo más adecuado es hablar de *habitar* en el sentido de morar (concepción de *locales*, paisajes o regiones de existencia humana a partir de la *dwelling perspectiva*: Ingold, 1992; 1993 y 2000: part II, 153-288; Thomas, 1993 y Bender, 1999. Críticas recientes a los excesos de dicha visión: Brück, 2005; Fleming, 2006; Barret y Ko, 2009.

26 para una visión general de las relaciones entre Arqueología y folklore: Gazin-Schwartz y Holtorf, 1999. Sobre el desarrollo de la llamada *Public Archaeology*/Arqueología Pública como plataforma de reflexión sobre la colaboración con las comunidades locales desde diferentes puntos de vista: Almansa, 2008 y 2011). Sobre las relaciones entre paisaje y memoria, en Criado, 1999. Para casos de estudio del Noroeste ibérico: Ayán, 2005; Arizaga y otros, 2006; Arizaga y Ayán, 2007, entre otros. Véase una postura crítica en Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 2001; Orejas y Ruiz del Árbol, 2006b y más recientemente en Alonso, Currás y Romero, 2009.

**CUADRO I**

ELEMENTOS/CONJUNTOS DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO	ÁMBITOS DE ACCIÓN SOCIAL	ASPECTOS SIMBÓLICOS PRÁCTICAS CON VALOR SIMBÓLICO
Unidades de ocupación familiar	Doméstico	Ritualización de lo cotidiano y fundación, perduración y segmentación del núcleo familiar
Unidad metalúrgica	Colectivo	Espacio de trabajo metalúrgico como lugar en el que se encuentran los núcleos familiares
Recinto/muralla	Comunitario	Definición del poblado como unidad política; Sacralización límites e intercambios inter-comunitarios; segmentación comunidad;
Ausencia del registro específico funerario y votivo	Religioso	Representación ritual del ámbito funerario y votivo

Cuadro 1.1: BLOQUE I

Remodelación unidades domésticas y monumentalización de espacios públicos	Comunitario	Aceleración en ciertos contextos del ámbito castreño en relación a la monumentalización de nuevos espacios de representación a nivel familiar y comunal: casas-patio, espacios abiertos colectivos, saunas, murallas, estatuas de guerrero, etc.
Difusión de síntulas y de orfebrería		Divergencias en la asunción simbólica de los objetos en distintos contextos sociales de ámbito castreño, que afectan a las formas de comensalidad (síntulas) y a los significados que asumen las joyas preciosas (orfebrería)

Cuadro 1.2: BLOQUE II

Territorio y elementos sacralizadores del espacio a nivel estatal: hitos en los extremos, pactos, culto imperial, culto militar, etc.	Religioso	Sacralización límites Ideología política imperial y militar
Registro funerario y votivo		Constitución simbólica de los cultos y rituales funerarios y votivos

Cuadro 1.3: BLOQUE III



Por otro lado, algunos autores han venido reclamando una base teórica para comprender los objetos materiales, no ya como reflejos de la sociedad que los creó sino como resultado de estrategias locacionales en el paisaje, cuyos procesos y resultados específicos también permiten la caracterización de la estructura social del pasado, a partir de ejemplos de Galicia (Criado, 1993a y b; 2012) y de otras tradiciones como la anglosajona (Gosden, 2004; Gosden y Lock, 2007). Para ello se establecen unos parámetros de presencia y/o ausencia del registro material o parte de él, como el resultado de una voluntad consciente o inconsciente, de las comunidades del pasado para que los procesos sociales y/o sus resultados sean más o menos visibles. Así para Criado, la gradación que va desde la visibilidad proyectada temporalmente (monumentalización) hasta la invisibilidad (inhibición), pasando por las proyecciones conscientes en negativo (ocultación) y en positivo (exhibición), se conforman todas ellas como estrategias de visibilización/invisibilización reflejo de la acción social en el espacio. La aplicación de dicho método ha caracterizado distintos paisajes como resultado de distintas racionalidades/voluntades de la acción social expresadas a través de estrategias de visibilización, principalmente en lo que se observa desde un punto de vista diacrónico respecto al Megalitismo (visibilización funeraria-ritual/invisibilización cotidiana) frente al mundo castreño (visibilización cotidiana/invisibilización funeraria ritual). De esta forma se sucede el paisaje ausente (racionalidad cazadora), salvaje o primitivo (racionalidad recolectora), monumental (racionalidad doméstica-domesticada) y campesino dividido (racionalidad jerarquizada y maximizadora) (**CUADRO II**, a partir de Criado, 2012: 321, Fig. 53).

Aquí no se va a discutir el patrón de racionalidad último, del que contamos con otras sistematizaciones de inspiración antropológica como los “patrones de identidad” de Hernando (2002)²⁷ o provenientes de antropología como los “colectivos ontológicos” de Descola (2005)²⁸ (véase **CUADRO II**), puesto

27 La base tanto de Criado como de Hernando está en la reflexión de las clasificaciones del debate antropológico, entre las que sobresale la clásica división entre los dos “órdenes de pensamiento” de Lévi-Strauss: el salvaje y el domesticado (Lévi-Strauss, 1990 [1973]). En el caso de Hernando se plantean dos grandes “patrones de identidad” estructurales en torno al *pensamiento relacional* (expresado a través de la metonimia) y el *pensamiento individualizado* (a través de la utilización de metáforas). Los tipos de sociedad se distribuirían en relación a la predisposición positiva o negativa respecto a la reciprocidad social (Hernando, 2002).

28 El trabajo antropológico de Descola debe entenderse como un sucesor directo de la labor de Lévi-Strauss, junto al de otros contemporáneos como Viveiros de Castro, los cuales han profundizado en la concepción animista (Descola, 2004; Viveiros de Castro, 2004). Sin embargo Descola ha ido mucho más lejos proponiendo un auténtico “análisis combinatorio de los modos de relación entre los existentes” a través de esquemas que se clasifican en “ontologías” o “modos de identificación que prefiguran un modelo de colectivo de existentes (humano y no humano)”; a saber, *animismo*, *totemismo*, *analogismo* y *naturalismo* (véase Descola, 2012 [2005]: 190, Fig. 1; 345, Fig. 2; 353, Fig. 5; 404-405, Fig. 8).



que considero que conllevaría un trabajo reflexivo de síntesis que excede los límites de esta tesis. Sin embargo, para el caso específico del Noroeste y en concreto el área astur, creo que se puede replantear la lectura del mundo prerromano y el romano desde las estrategias de visibilización/invisibilización de los elementos materiales con potencial simbólico que sirven de justificación a la interpretación de las estrategias racionales o mentales de la comunidad. Así, para Criado existe una visibilización espacial estructural desde el Calcolítico hasta la Primera Edad del Hierro en lo que él denomina el paisaje monumental, como resultado de una racionalidad doméstica y posteriormente domesticada, la Segunda Edad del Hierro supone un cambio hacia el paisaje campesino dividido, propio de una racionalidad jerarquizada que respecto al mundo romano sólo cambiaría exponencialmente (Criado, 1993b; Santos, Criado y Parceró, 1997; Parceró, Criado y Santos, 1998). Sin embargo, no parece que la realidad extraída del análisis de un registro regional gallego (principalmente la fachada suroccidental atlántica), pueda acomodarse al conjunto del Noroeste. El mundo castreño presenta dinámicas distintas e impide la generalización de una única génesis del paisaje campesino dividido y jerarquizado que sólo viene a maximizarse tras la conquista de Roma, utilizado como pretexto de una continuidad estructural. Con el objetivo de dar cabida a la complejidad social e histórica que muestra el registro, en esta tesis planteo una reinterpretación a partir de las mismas estrategias locacionales de visibilización/invisibilización pero observadas de manera sincrónica, como parte de la configuración arqueológica del paisaje en sistemas simbólicos específicos. De esta forma podré argumentar distintas estrategias locacionales simultáneas en el paisaje como resultado de un sistema en el que imbrican de una forma particular la interpretación de los elementos materiales con potencial simbólico en relación a cada de sus ámbitos sociales. A través de dicha percepción del registro en relación con cada una de las estructuras sociales definidas en el proceso histórico, podré valorar el grado, los límites y las escalas del cambio simbólico en la transición del mundo prerromano al romano en ámbito astur.

3. Escalas, marcos y fuentes de análisis

Con el objetivo de establecer unos límites espaciales marco a partir de los cuales poder subdividir las distintas regiones de estudio he decidido utilizar aquellos que se conocen para la unidad administrativa romana del *conventus Asturum* (NH, 3, 6 y 4, 111; Ptol, 2, 6, 28). En el **MAPA 1** quedan dichos límites representados de forma aproximada a partir de las lecturas de las fuentes y la

CUADRO II

Periodo (pre) histórico	Orden de pensamiento (según Lévi-Strauss, 1973)	Patrón de racionalidad-mentalidad (Criado, 2005)	Patrones de identidad/ tipo de sociedad (Hernando, 2002)	Colectivo ontológico (Descola, 2005)	Tipo de sociedad	Grupo social dominante (Criado, 2012)	Estrategia de subsistencia/act. económica dominante	Tipo de sociedad NW ibérico Edad Hierro/Roma (Criado, Parcero, García Quintela, González García)	Tipo de sociedad NW ibérico Edad Hierro/Roma (Fernández-Possé, Sastre)
Paleolítico Superior Epipaleolítico	PENSAMIENTO SALVAJE	CAZADORA	I D E N T I D A D R E L A C I O N A L	ANIMISMO	SOC. DE BANDAS	Cazadores	Caza		
Neolítico		SALVAJE			SOC. SEGMENTARIA SIMPLE	Cazadores-recolectores Horticultores	Caza-recolec. Horticultura		
Calcolítico Edad del Bronce (dependiendo zona)	PENSAMIENTO DOMÉSTICO	DOMESTICA	SOCIEDADES RECIPROCIDAD POSITIVA INTERNA NEGATIVA EXTERNA	TOMEMISMO	SOC. SEGMENTARIA COMPLEJA	Agricultores	Agricultura de roza de barbecho		
Edad del Bronce/ Edad del Hierro I		DOMESTICADA			SOC. SEGMENTARIA COMPLEJA/ SOC. CAMPESINA	Campesinos primitivos	Agricultura de barbecho permanente Funciones especializadas		
Edad del Hierro II		JERARQUIZADA			SOC. CAMPESINA TRIBUTARIA	Campesinos tributarios	Agricultura (+) de barbecho permanente Funciones especializadas (+)	Sociedad campesina/ tipo germánica-heróica (+) (Edad del Hierro II)	Sociedad campesina/ segmentaria agraria (Edad del Hierro I y II)
Estado romano				ANALOGISMO				Sociedad campesina tributaria Estado romano	
... Presente				NATURALISMO					



discusión de ubicación de los diversos *populi*²⁹. En el **MAPA 1a** se muestran las áreas de estudio que citaré en los bloques de análisis de la época prerromana (BLOQUE I y BLOQUE II): 1) área Asturiana centro-occidental, 2) Asturiana oriental, 3) leonesa occidental, 4) zamorana-*Transmontana*, 5) lucense interior y las otras áreas circundantes (Rías Altas, Fachada atlántica, Rías Bajas-Medio/Bajo Miño, Norte de Portugal y Cuenca Noroccidental del Duero/Meseta). En el **MAPA 1b** quedan localizados los principales *populi/civitates* astures y se señalan las dos regiones de análisis del registro funerario y votivo del bloque romano (BLOQUE III). Se trata de dos sectores de los *astures augustani*: el sector meridional portugués-zamorano para el estudio del registro funerario y la región central del actual Bierzo para el estudio del registro votivo.

MAPA 1



29 para una discusión sobre los límites de *Asturia*, véase además de la *TIR*, Hoja-K29; VVAA, 1995; Diego Santos, 2009: 129-140 y Lám. 22.1; Esparza, 2010.

MAPA 1a





MAPA 1b





El marco cronológico de esta tesis es el final del mundo astur prerromano y las diversas fases de contacto hasta su integración con Roma. Este periodo arrastra una tradición estática de inspiración historicista cultural que identificaba un paquete arqueológico característico del grupo cultural castreño, básicamente en torno al castro como poblado recintado, a lo largo de toda la Prehistoria Reciente hasta bien entrada la época romana (Fernández-Posse, 1998: 198-210 y 233-234; 2002: 81-82).

Desde las diferentes áreas de estudio se han interpretado procesos muy distintos que arrastran la concepción de fondo historicista y la conformación del proceso dependiendo del modelo social extraído o aplicado. Los puntos clave están en la génesis del mundo castreño en el Bronce final, la definición de la Edad del Hierro (con subdivisión o no de la Primera a una Segunda Edad del Hierro) y la valoración del alcance de la presencia romana. Así se puede observar las principales propuestas cronológicas en la **Tabla 1**, desde aquellas más morfo-tipológicas que enlazan con la definición histórico-cultural castreña, hasta aquellas regionalistas y las más recientes que pretenden encuadrar las dataciones radiocarbónicas en un modelo con periodos compartidos comunes a la Península Ibérica. En este sentido, los análisis C^{14} , especialmente sistematizados en los últimos 20 años, han ocupado un lugar importante en los debates más recientes sobre el proceso histórico del Noroeste protohistórico³⁰. En esta tesis se tendrán en cuenta de forma crítica algunas de estas dataciones a través de una re-calibración con el programa *Oxcal v4. 1. 7*.³¹ (**Anexo 1: Láminas C^{14}**)

El punto de partida de esta tesis doctoral es la Edad del Hierro reciente, aunque inevitablemente me refiera al debate en torno a la génesis del mundo castreño en el Bronce final, principalmente en aquellos elementos que se utilizan para justificar un modelo social u otro y su continuidad, ruptura o reformulación. A partir del modelo social segmentario del mundo del Hierro avanzado (BLOQUE I: siglos II al I a. C.) abordaré los cambios que se detectan con la llegada de Roma. Para ello diferenciaré por un lado el momento inmediatamente anterior a la conquista, el s. I a.C. como una fase con entidad propia, que permite atender a distintos fenómenos y respuestas sociales a la presencia de Roma (BLOQUE II: siglo I a. C.). Por otro lado trataré las dos primeras centurias tras la conquista militar para observar el alcance y la consolidación de los cambios estructurales en el ámbito religioso de las áreas seleccionadas (BLOQUE III: siglos I-II d. C.).

30 Sobre las justificaciones de las principales sistematizaciones a partir de las fechas radiocarbónicas para el Noroeste: Cuesta y otros, 1996; Alonso, 2002; Picón Platas, 2008; Jordá y otros, 1996; 2002 y 2009.

31 R.5 Atmospheric data en <http://c14.arch.ox.ac.uk/embed.php?File=oxcal.html>.



Tabla 1

	Maluquer, 1973	Farfán y otros, 1983	Almeida, 1983	Silva, 1986	Martins, 1990	Peña, 1992	Roy, 1996	Antas, 2002	González Rubalc, 2006-2007	Jordi Pardo y otros, 2009
1200										
1100										
1000										
900										
800										
700										
600										
500										
400										
300										
200										
100										
0										
100										
200										
300										
400										



En un trabajo como el que aquí se presenta, en donde convergen datos de distinta naturaleza, es necesario atender a distintas formas de análisis de fuentes históricas. Los textos, literarios o epigráficos y las imágenes en composiciones iconográficas son el resultado de una construcción histórica en diferentes ámbitos de análisis específico. En primer lugar ya me referido arriba al análisis objetual propio de la Arqueología, específicamente aquellos elementos del registro con potencial simbólico tal y como se desprende de su interpretación contextual y que es la base documental de esta tesis. Muy de cerca le sigue la valoración de los textos literarios, importantes para comprender la información indirecta sobre los pueblos prerromanos y el discurso sobre la conquista y la implantación administrativa del aparato estatal romano en sus distintos aspectos, en especial la obra Estrabón (*Geographika*, libro III)³². Los textos no reflejan una realidad en sí, sino el resultado de una ideología específica. Se trata por ello de un reflejo parcial de la sociedad que en el mundo pre-industrial eminentemente oral, se vincula con el control por parte de las clases cultas³³. Por todo ello, la información etnográfica que se extrae de las descripciones sobre los pueblos prerromanos, debe ser usada de forma crítica, con cautela y como resultado de un discurso propagandístico imperial romano, en el caso de Estrabón la política de Augusto. Aún así, siguen siendo comunes las trasposiciones de datos de dichas fuentes como información fiable sobre las sociedades prerromanas, hasta interpretaciones mucho más elaboradas a partir de una misma superestructura simbólica compartida de base indoeuropea³⁴, tal y como he recogido en el estado de la cuestión.

El análisis de las fuentes epigráficas, principalmente en soportes pétreos como son las estelas y las *aras*, pero también en soporte metálico, como en los casos de los edictos y los pactos de hospitalidad, se encuentra entre el acercamiento a la escritura antigua y su condición material como parte del registro arqueológico. Los textos se caracterizan por ser mucho más estereotipados, como las fórmulas de los textos religiosos (funerarios y votivos) o jurídicos, pero igualmente como reflejo de la ideología dominante que expresa su lenguaje de poder. En esta tesis no se pretende hacer un estudio epigráfico

32 Traducción y notas del libro III: Jones, 1949; Schulten, 1952; Lasserre, 1966; Trotta, 1996; Gómez Espelosín, 2008 [1982] y recientemente García Quintela, Cruz Andreotti y Gómez Espelosín, 2007. Sobre estudios específicos sobre el Noroeste: Bermejo, 1986; 1994 [1982] y 1996; Plácido, 1987-1988; 2004 y 2008a; García Quintela, 1999, entre otros.

33 Véanse estudios sobre oralidad en el pasado, especialmente para el mundo romano: Harris, 1989 y Cascajero, 1993; 1997 y 1999.

34 Véanse especialmente García Quintela, 1999 y en la parte dedicada a los pueblos prerromanos septentrionales en la traducción de García Quintela, Cruz Andreotti y Gómez Espelosín, 2007.



técnico, sino que se atenderá principalmente a los elementos externos de los epígrafes sin abordar en profundidad los análisis filológicos, onomásticos o paleográficos, para los que cuento con importantes trabajos precedentes³⁵ y en lo que me detendré en especial para tratar algunos aspectos relevantes en esta tesis como la génesis teonímica. La morfología, decoración e iconografía sin embargo han sido únicamente tratadas desde su papel como soporte de la inscripción, en el mejor de los casos con un carácter decorativo. En este trabajo se entiende que la morfología epigráfica es ante todo parte de una estructura iconográfica con un mensaje simbólico. De hecho en un contexto de tradición profundamente oral³⁶, como es el caso del Noroeste peninsular, donde no se desarrolló escritura alguna en época prerromana, se debe entender el epígrafe más que como un texto hecho para ser leído, como un icono o imagen de la propaganda del poder reestructurado tras la conquista: los grupos de poder romano-indígenas en sus distintas facetas, su lugar y función en el aparato administrativo que se deduce de los edictos y pactos o los nuevos cauces de expresión religiosa, tanto en ámbito funerario como votivo (Sastre, 2001 y 2002).

Tendré ocasión también de tratar el análisis de la imagen en el caso de los fragmentos de las diademas de Moñes como ejemplo específico de un caso único de orfebrería castreña astur figurada. Apoyándome en la información sobre la procedencia y los avatares de las piezas así como en el conocimiento tecnológico bien estudiado³⁷, se propone un análisis iconográfico que pone todo el peso en la imagen, como recurso de transmisión de un mensaje simbólico e ideológico. Los métodos que se usan en los estudios de las imágenes en objetos arqueológicos se inspiran en la teoría elemental de la Semiótica, basada en la comparación sistemática de los conjuntos coherentes de datos a través de la detección de una articulación narrativa en escenas³⁸. De esta forma, se extrae a partir de la forma icónica de un objeto (significante), un fenómeno y/o una estructura ideológica, mítica o ritual

35 Abásolo, 1974; Abásolo, Albertos y Elorza, 1975; Albertos, 1975; 1977b; 1981; Iglesias, 1976; González Rodríguez y Santos Yanguas, 1994; González Rodríguez, 1997; Gallego, 1998; Sastre, 2002a; Navarro Caballero y otros, 2003; Redentor, 2006; García Fernández, 2009, entre otros. Síntesis de referencia sobre la epigrafía hispana: Alföldy 1975; Beltrán Lloris 1980; Echevarría 1989; Knapp 1992; Stylow, 1995 y 1998; López Barja, 1993, entre otros.

36 Sobre las dinámicas de la escritura en contextos de analfabetismo donde prevalece una “alerta oral”: Goody, 1968; Ong, 1982; Olson, 1994, entre otros.

37 García Vuelta y Perea, 2001: 13-14; Perea y otros, 2004 y 2010; García Vuelta, 2007.

38 A partir principalmente de Eco (1968: 356 y ss). Este es el tipo de análisis iconográfico desde un punto de vista semántico y gestual ha sido especialmente desarrollado en documentos arqueológicos como los vasculares figurados de contextos griegos, p.e. en Darmon y Schnapp-Gourbeillon, 1981; o para nuestro ámbito en la iconografía ibérica respecto a la simbolización del espacio y el paisaje a través de la imagen: Olmos, 2007; González Reyero, 2010 y 2012. Para el ámbito celtibérico: Alfayé, 2003 y 2005.



(significado). Los temas que se detectan en las escenas se deben comparar con otros similares del marco o marcos culturales de referencia y las relaciones entre dichos temas deben establecerse a partir de unidades estructuradas de información (como la iconografía celtibérica o la imagen funeraria romana) y no se deben tratar como elementos aislados. Es cierto también en este punto que a veces no es posible averiguar la relevancia de ciertas imágenes hasta que no se observan dentro del proceso interpretativo. Lo cual anima al análisis de casos descontextualizados y sin parangón como el caso de Moñes, donde la información más segura y cierta es la que se puede deducir a través la tecnología del oro y la imagen.

Finalmente he de puntualizar que en lo que se refiere al análisis epistemológico en este trabajo, se harán referencias al uso del análisis comparativo en diferentes niveles: como recurso analógico en la interpretación del análisis formal y como elemento indispensable a la hora de reconstruir los órdenes racionales reflejados en estrategias materiales en el paisaje (González Rubial, 2003). Uno de los campos más activos en el desarrollo de modelos de interpretación social a partir de modelos antropológicos ha sido en las últimas décadas el ámbito castreño (modelos sociales campesino segmentario, heroico, *société à maison*, *deep rural communities*). Ya he señalado el lugar que ocupa el análisis comparado en la principal línea de investigación del mundo castreño en clave céltica. De forma general, todas las analogías con el pasado pre-industrial de respuestas a conquistas coloniales de Imperios modernos y contemporáneos sobre comunidades indígenas, deben ser usadas con precaución (Gosden, 2004). Por todo ello, y aunque la analogía se haga necesaria a la hora de valorar las estrategias detectadas en la lectura simbólica de los paisajes, en esta tesis se ha decidido otorgar más peso a la detección y análisis de los componentes claves en una lectura simbólica del registro material, sobre la que construir posteriormente cualquier tipo de estudio comparado. Sin embargo, la analogía antropológica está presente en la reflexión e ilustración de algunos importantes problemas históricos, como la existencia de mecanismos igualitarios en comunidades socio-económicamente complejas en el caso del registro castreño y las respuestas sociales ante fenómenos de conquistas imperiales, como la resistencia, el hibridismo, el sincretismo y la emulación religiosa, sobre las que volveré en los diferentes apartados de análisis.

BLOQUE I

El mundo simbólico castreño en la *Asturia* prerromana (siglos II-I a. C)





4. El debate en torno a la sociedad castreña prerromana: el modelo segmentario

En las últimas décadas hemos asistido a un intenso y fructífero debate sobre la interpretación social del registro arqueológico castreño. La característica principal ha sido la recurrencia a modelos y ejemplos tomados del debate en antropología, que aunque había estado presente en las discusiones de las primeras sistematizaciones arqueológicas sobre el Noroeste no había alcanzado una verdadero estatus de modelo interpretativo social. Frente a ello pesaba la tradición historicista cultural del “Grupo cultural castreño”, al que se generalizaba un paquete material, principalmente basado en el castro como poblado recintado vinculado con jefaturas y otros elementos llamativos como la casa circular, la orfebrería en oro, etc., asociado a un desarrollo histórico simplificado, desde un territorio nuclear gallego-portugués con sus periferias, desde el Bronce Atlántico hasta la bien entrada la época romana (criticado en Fernández-Posse, 1998 y 2002a). El registro arqueológico castreño no ha hecho sino aumentar cuantitativa y cualitativamente, por lo que, a pesar de quedar algunos vacíos espaciales y temporales por profundizar en el futuro, contamos con una información muy completa y compleja que ha permitido importantes visiones de conjunto³⁹.

Algunas síntesis han recogido este debate social del mundo castreño ilustrándolo a través de un mapa del Noroeste, en el que se han intentado ajustar los límites de aplicación de dichos modelos interpretativos asociadas con regiones geo-históricas con mayor o menor entidad: 1) fachada atlántica portuguesa y Rías Bajas-Bajo Miño; 2) Rías Altas y costa Asturiana y 3) interiores montañosos de Galicia, Asturias, occidentes de León y Zamora, Trás-os-Montes (**Fig. 1**) (González Ruibal 2011: 255, Figs. 17.2 y 17.3; Marín, 2012: 559). Por su parte, las áreas más dinámicas de las Rías Bajas/Bajo Miño y la fachada atlántica portuguesa al norte del Duero se han venido etiquetando como “áreas de grandes *oppida*” caracterizadas a través de la lectura de Lévi-Strauss sobre la llamada *société à maison* (González Ruibal, 2006a; 2006-2007: II, 401-18; 2011). Si bien es cierto que los grandes castros de esta área presentan diferencias sustanciales con los asentamientos castreños del

39 Desde el análisis principalmente del registro del noroeste portugués: Silva, 2006 [1986]; Martins, 1988b y 1990; Martins y Jorge, 1992. Para diversos casos desde el ámbito gallego: Parcero, 2002 y 2003; González Ruibal, 2006a; 2006-2007; 2011. Para Asturias: Marín, 2012. Para el Occidente leonés: Sánchez-Palencia, 2000. Para Zamora occidental y Trás-os-Montes portugués no se ha superado aún la visión regionalista; para el primero: Esparza, 1986 y 2011; para el segundo: Lemos, 1993. Actualmente están en curso tesis de análisis globales en áreas como la cuenca media-alta Miño/Rías Bajas (B. X. Currás; dirs: A. Orejas y P. López Barja) y región *Transmontana*-zamorana (D. Romero; dir: F-J. Sánchez-Palencia).



norte y del interior del Noroeste⁴⁰, no se puede asumir su concepción como *oppida*, puesto que dicho concepto es una categoría romana⁴¹, por lo que aquí me referiré con la más genérica denominación de “área de grandes castros”. A su vez, sus particularidades no deben de ser observadas sin tener en cuenta las dinámicas del contacto con Roma, puesto que, como es bien sabido, desde finales del s. II a. C. conocemos someramente, por las fuentes literarias grecorromanas, las expediciones que tuvieron lugar desde el área lusitana al norte del Duero y, en concreto, en relación con los *Bracari* y los *gallaeci*⁴². Sobre ello junto con el concepto de “sociedades de casa” y el peso del parentesco en la conformación de unos pretendidos linajes que sobrevivirían en época romana temprana, tendré ocasión de referirme más abajo.

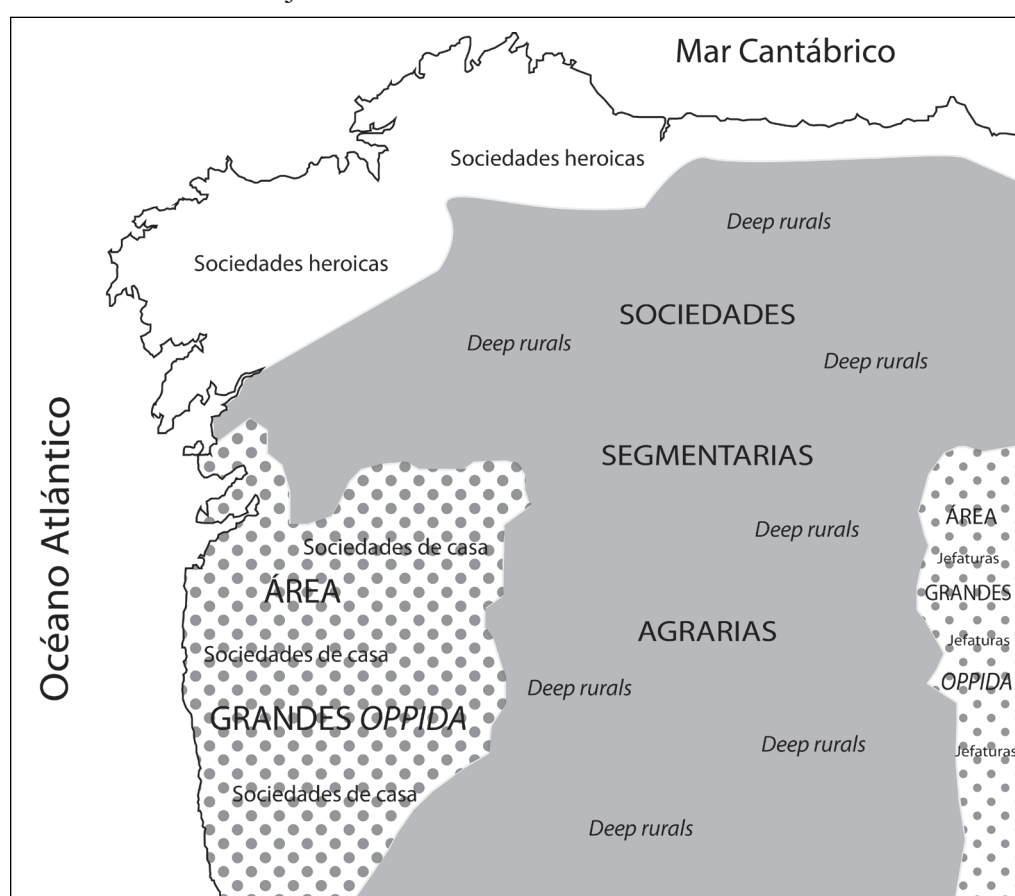


Fig. 1: Distribución de modelos sociales en ámbito castreño. A partir de González Ruibal 2011: 255, Figs. 17.2 y 17.3; Marín, 2011: 559.

40 Como es el carácter proto-urbano, las agrupaciones domésticas en torno a patios recintados (casas-patio) conformando “barrios”, elementos arquitectónicos profusamente decorados, estructuras de *pedra formosa* y esculturas de guerreros entre otras (BLOQUE II: cap. 7.).

41 Aunque se refiera a asentamientos de tradición prerromanos como los *oppida* galos, caracterizados por ser “capitales” de territorios centralizados políticamente y jerarquizados con granjas y pequeñas aldeas dependientes (caracterización clásica en Wells, 1988), algo que se nos escapa para el caso de los “grandes castros” del noroeste, al menos hasta bien entrado el s. I a. C. (Silva, 2006 [1986]; Martins, 1988b y 1990; Martins y Jorge, 1992)

42 Liv., *Epit.* 55, 56; App., *Iber.* 71-73; Flor., *Epit.*, 17, 12; Oros., *Hist.*, 5, 5.



En el otro extremo del Noroeste, el área más occidental de la Meseta presenta algunas similitudes en cuanto a una morfología de grandes asentamientos al final de la Segunda Edad del Hierro, tal y como se ha detectado en trabajos como para la Cuenca Noroccidental del Duero (CND) en el eje del Órbigo-Esla (Orejas, 1996: 94-95). Pero de la misma manera que para el área luso-galaica, no podemos agruparlo como parte de una misma realidad de “grandes *oppida*”, que sirva de frontera con el área castreña por lo inexacto y anacrónico del término, ni tampoco con unas genéricas jefaturas complejas o “*kinship-based chiefdoms*”, en contraposición con las sociedades de casa del área suroccidental castreño como algunos han pretendido (González Ruibal, 2011: 258; Marín, 2012: 566). El problema es mucho más profundo y requiere enfocar trabajos de investigación en las áreas aún por estudiar desde una perspectiva de análisis territorial (interfluvio de las cuencas del Órbigo-Esla-Cea), de lo que han sido precedentes los estudios en La Cabrera, la Valderia o en la CND (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988 y Orejas, 1996), para después profundizar en la lectura social de su registro material. De la misma forma que en el noroeste portugués y por la diferente entidad más vinculada en momentos avanzados de la Edad del Hierro con las dinámicas meseteñas de la región vaccea⁴³, todo ello contrapuesto con el registro castreño de las áreas más interiores, me referiré a esta zona como otra genérica “área de grandes castros”, aún por definir en su complejidad y vinculación histórica, social y étnica entre lo castreño astur y lo vacceo.

Una de las tendencias de mayor peso en el norte-noroeste galaico-astur se ha ajustado al modelo denominado de “sociedad heroica/ clan cónico” basado en la reinterpretación del modo de producción germánico. Su particularidad reside en la exacerbación del conflicto hacia otros grupos en forma de sociedades guerreras fuertemente territoriales, que marcan espacios naturales sagrados y generan un capital simbólico específico, lo cual se reflejaría en el registro de los recintos monumentalizados y la orfebrería de grandes torques y diademas (Parcero, 2002: 182-184 y 2003: 269-272). Dicho modelo hunde sus raíces en las lecturas del registro a través de la óptica estructuralista de inspiración dumeziliana y base celtista⁴⁴, cuya visión más arqueológica ha venido desarrollándose recientemente con interesantes aportaciones desde el estudio arqueológico

43 Sobre el mundo vacceo: Sanz y otros, 1993; Delibes y otros, 1995; Sanz y Velasco, 2003; Romero Carnicero y Sanz Mínguez, 2010.

44 Antropología comparada de la Universidad de Santiago de Compostela y el Instituto de Estudos Galegos “Padre Sarmiento” (IEGPS, *Incipit*, CSIC), en García Fernández-Albalat, 1990; Brañas, 1995 y 2000; García Quintela, 1999 y 2002.



del poblamiento y las estructuras sociales a partir de diversas reflexiones desde la Antropología⁴⁵.

Frente a ellos, las áreas más interiores del Noroeste reflejarían una realidad muy distinta, tal y como se desprende de su registro material, en donde la orfebrería está tímidamente representada o es nula, y en la que, aunque inevitablemente existan los conflictos, nada parece apuntar a una sociedad aristocrática basada en la guerra (Sastre, 2008). La reflexión teórica sobre el modelo de sociedad que se ajusta a esta realidad material castreña se inició a través de las excavaciones del área occidental leonesa, hasta entonces marginada desde la perspectiva galaico-lusa céntrica (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988). La clave reside en una propuesta inspirada en los estudios antropológicos sobre el campesinado, el modo de producción doméstico y el concepto de segmentariedad, la cual se denominaría primero de forma genérica “sociedad campesina” (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998), para ser finalmente redefinida como “sociedad segmentaria agraria” (Sastre, 2009: 161 y 2012; Sastre y Sánchez-Palencia, 2013). Dicha construcción social a partir del registro material de los yacimientos de La Cabrera y El Bierzo resultó innovadora en relación con los modelos “clánicos” de jefaturas guerreras, siendo rechazada o considerada como resultado de procesos periféricos en el ámbito castreño (González Ruibal, 2006-2007: II, 402-403; González García, 2007: 84).

Recientemente, sin embargo, la realidad material de esas áreas se ha ido imponiendo y ha contado con algunas propuestas a través de paralelos antropológicos. Estos autores han tratado de construir una opción distinta al modelo (campesino) segmentario agrario recurriendo a las comunidades llamadas *rural profonde* o *deep rurals*, inspiradas en la investigación de orientación postcolonial de ejemplos africanos (González Ruibal, 2011; Marín, 2012). Se considera una propuesta adecuada en tanto “culturas de resistencia” en zonas límites y fronterizas. Para el caso castreño se piensa en el modelo coetáneo y sincrónico de las mencionadas “sociedades de grandes *oppida* o de casa” y las “sociedades heroicas”. A su vez se las caracteriza con una territorialidad particular y una gerontocracia no jerárquica pero tampoco igualitaria. Paralela a esta definición se menciona el concepto de “economía

45 Análisis arqueológico del registro y el poblamiento en área occidental-atlántica galaica: Parceró, 1999; 2000 y 2002; Parceró y otros, 2007; Parceró y Ayán, 2009; Ayán, 2002 y 2012a. Interpretación social como “clan cónico”: García Quintela, 2002. Incorporación a partir de la reflexión desde la “Antropología del conflicto”: González García, 2006; 2009 y 2011. Síntesis del modelo social desde la “Antropología política” de Clastres: González García, Parceró y Ayán, 2012; Parceró y Criado, 2013. Reinterpretación del Arte rupestre atlántico y asociación con santuarios de la Edad del Hierro: García Quintela y Santos Estévez, 2000 y 2008a y b, entre otros.



moral” que canalizaría el potencial social a través del mito y el ritual, y que sería la clave para entender la identidad étnica en donde las posibilidades de intercambio se ven como amenazas que favorecen el modo de producción doméstico. Estas “economías morales” se reproducen entre las comunidades *deep rural* conllevando distintas estrategias (militares, económicas, rituales, etc.) en diferentes sistemas de complejidad social variable -desde bandas y tribus hasta *big men* y jefaturas- que sólo comparten un mismo *ethos* igualitario en sociedades no capitalistas (González Ruibal, 2011: 260-262; Marín, 2012: 564).

Dicho modelo de comunidades *deep rural* proviene como decía de la reflexión antropológica postcolonial de ciertos lugares africanos (Sudán, Camerún o Sierra Leona), en donde ante la conformación de los estados para-coloniales⁴⁶, se parapetaron en las montañas distintas comunidades que tendieron hacia distintas estrategias anti-estatales y un mismo estigma como comunidades paganas y marginadas⁴⁷. Aunque se consolidan como sociedades sin jerarquías en tanto que gerontocracias, en donde prima la edad y el género antes que el parentesco, se refleja una importante desigualdad en la comprensión del territorio en donde se llevan a cabo importantes cacerías comunes y rituales colectivos en torno a santuarios diferenciados. La búsqueda de estos patrones en el registro castreño prerromano resulta altamente controvertida, puesto que aunque dichas expresiones religiosas dejarían un mínimo reflejo material, su disposición diferenciada y jerarquizada en el paisaje sí que debería ser posible detectarla. Sobre la ocultación funeraria y votiva castreña tendré ocasión de referirme más abajo. Aquí me interesa destacar que los casos antropológicos africanos de comunidades *deep rural* se caracterizan por ser el resultado de complejas reconstrucciones étnicas, producto directo de la administración colonial desde el s. XVIII, por lo que debemos ser cautos a la hora de trasladarlos como modelos sociales en bloque a casos de comunidades antiguas sólo conocidas por su registro material. Sobre ello ya he señalado me remito a los peligros del uso de la analogía antropológica (Gosden, 2004: 104-113).

La búsqueda de paralelos antropológicos que puedan ajustarse a la interpretación del registro material es siempre un camino muy peligroso, principalmente si se hace en esa dirección. La propuesta

46 Como el sultanato Funj y el reino turco/egipcio en Sudán (Jedrej, 1995), el estado islámico de Camerún (Maceachern, 1993) o el de Sierra Leona (Fanthorpe, 1998).

47 El concepto de *deep-rural* se toma del caso concreto de la reacción de las comunidades replegadas en la montaña sudanesa de Ingessana (Jedrej, 1995: 3-4).



de comunidades *deep rural* supone una orientación distinta a la propuesta heroica o la segmentaria por estar aún poco definida y despegada de la realidad material del registro, tal y como lo conocemos. Cualquier aportación del debate antropológico deber ser aplicada desde y para la Arqueología y no sustituir a ésta como una especie de Antropología aplicada al pasado. De esta forma son los ejemplos de los distintos estudios etnológicos los que deben ser pensados desde el análisis del registro material con el que contamos. Ni pueden servir para explicarlo “todo” ni ser la única fuente de inspiración para preguntarnos o argumentar las dudas, no solo sociales y simbólicas, que se infieren de los datos arqueológicos. Así, tras estudiar atentamente las alternativas de interpretación social y observar que incurriría en un error si me dejara llevar por la aplicación en bloque de modelos antropológicos sugerentes, propongo explorar el modelo segmentario por su afinidad con la interpretación que he extraído de la lectura crítica del registro material de la mayor parte del territorio interior noroccidental y en concreto astur prerromano, junto con la contraposición interpretativa del concepto de “sociedades heroicas” más acorde con las dinámicas del ámbito más septentrional y occidental.

La base empírica de estos modelos contrapuestos para la Segunda Edad del Hierro en ámbito castreño, el de la sociedad heroica y el segmentario, está en la interpretación de unos registros arqueológicos específicos que han servido para posteriormente aplicarse a un nivel macro o regional a través de la reproducción de la estructura social abstraída. Es por ello, como veremos, que la modelización de una estructura social debe ser lo suficientemente flexible para ser aplicada a diferentes regiones o e incluso poder convivir en momentos específicos de especial relevancia y aceleración histórica, como es el caso del periodo pre-conquista en torno finales del s. II-I a. C. Esto se hace especialmente complejo cuando contamos para el caso del modelo segmentario de un registro específicamente de la última fase de la Segunda Edad del Hierro, con una fecha *ante quem* en las guerras de conquista, y por tanto desconocemos hasta la fecha de la adecuación de dicho modelo para las fases anteriores y especialmente en lo que concierne a la propia génesis del mundo castreño desde un punto de vista segmentario. El modelo de sociedad heroica, sin embargo, sí cuenta con una interpretación del registro desde el Bronce final hasta la llegada de Roma, pero también es cierto que algunos de sus objetos claves (orfebrería, armas, etc.) impiden la generalización a la mayor parte del Noroeste prerromano. Recientemente algunos registros de yacimientos de larga duración como el Asturiano del Chao Samartín han permitido interpretaciones sociales diacrónicas más cercanas al



modelo heroico que al segmentario (Villa, 2007a y b; 2009, entre otros). En realidad el debate social está en si considerar que el mundo castreño, caracterizado por la monumentalización de los poblados recintados, tendió hacia una “jerarquización a la alta” o si se resistió a ella generando un fenómeno anti-jerárquico diluido en el poder simbólico de la comunidad en su conjunto. No hay que perder de vista que en esta discusión académica, el componente céltico ha tenido un peso muy importante, tanto en la asunción de dicha tradición que refuerza la base de la interpretación de la sociedad heroica (lo céltico es lo “heroico” por antonomasia), como en la ausencia del mismo, aunque consciente de su peso historiográfico⁴⁸, en el modelo segmentario. No es raro por tanto que lo segmentario sea el modelo social castreño más ajeno con el discurso académico celtista o filo-celtista, principalmente gallego-luso aunque también del gusto Asturiano (Díaz Santana, 2002; Marín, 2005; González García, 2007).

El modelo de sociedad heroica del final de la Edad del Hierro fundamentado en un registro arqueológico de larga duración que hunde sus raíces en el Bronce Atlántico se interpreta como un proceso de exacerbación de la confrontación y la batalla reflejado en la imagen del guerrero individual (González Ruibal, 2006-2007 y 2011; González García, 2006; 2008 y 2009). Este modelo social se ha generalizado a través de estudios de diversos territorios de buena parte de la franja atlántica gallega y de la Asturiana occidental, aunque por definición tiende a ser una teoría generalista para toda la Edad del Hierro castreña. La diferencia entre la aplicación del modelo en los casos gallegos atlánticos de los Asturianos occidentales reside en la interpretación de la génesis en el Bronce final: para los primeros significaría el nacimiento de la primera “sociedad con guerreros” mientras que para los segundos sincrónicamente sólo se detecta una sociedad móvil de fuerte base igualitaria, en la que sólo en un momento avanzado, en la transición con la Primera Edad del Hierro, se reflejaría dicha eclosión de la parafernalia en torno al conflicto. Se trata de este momento de una sociedad en la que la guerra está más relacionada con el ámbito simbólico y ritual, tal y como muestra registros como la acrópolis y su gran cabaña ritual en el Chao Samartín; en donde se conjugan elementos clave como el depósito funerario de una cabeza humana en la rampa de acceso, una gran cabaña con un hogar centralizado, un ajuar atípico conformado por panoplia guerrera del tipo un gran escudo y otros objetos claves, todo

48 Aunque la interpretación segmentaria tiene su origen en un momento de tendencia anti-celtista, lo cual iba acompañado de la negación del carácter belicoso y jerárquico castreño (véase en Calo, 1993; 177; Fernández-Posse, 2000a; Peña, 2003: 118), el modelo segmentario no debe ser observado como “anti-celtista” puesto de lo que se trata es de que simplemente no se considera el referente interpretativo adecuado, insistiendo en que “los celtas están muy bien, pero en su contexto histórico” (Sastre, Alonso y Currás, 2010: 229)



ello en una plataforma recintada señalada por un importante hito de piedra sobre un acantilado (Villa y Cabo, 2003; Villa, 2009).

En la Primera Edad del Hierro en ámbito gallego se detecta una ruptura con la parafernalia de los guerreros ritualizados del Bronce final, la cual tiene su base en la interpretación de la aparición de los primeros recintos castreños en clave defensiva pero como resultado del control del esfuerzo de toda la comunidad (Parcero, 2002 y 2003; Parcero y otros, 2007: 176-182). La construcción ideológica en torno al conflicto entre estas primeras comunidades castreñas no tendría relación con elites de tipo guerrero sino con una “democratización del combate” en donde toda la comunidad estaría envuelta y en donde supuestamente se acrecentaría la violencia a través del pillaje (González Ruibal, 2006-2007: 193; González García, 2009: 66-69). Se trataría esta primera comunidad genuinamente de la Edad del Hierro como una sociedad potencialmente en armas, “sociedad guerrera”, en la que todos, discriminados de alguna forma en relación sexo/edad, serían potencialmente guerreros. Desde esta perspectiva se habría exaltado una ética guerrera y habría incrementado la agresividad intra-grupal, debilidad que favorecería el ataque en distintos contextos de cambios socio-políticos. En ámbito Asturiano occidental, el registro del Chao Samartín no deja claro la transición de la fase de la acrópolis, y de su posible poblado asociado y la de la Primera Edad del Hierro, prácticamente arrasados bajo el poblado de la Segunda Edad del Hierro y el poblado romano-indígena. Sin embargo, por homología con el modelo gallego se interpreta desde un mismo punto de vista social guerrero pero con un fuerte *ethos* igualitario (Villa, 2002; 2007b y 2009).

La Segunda Edad del Hierro es desde el punto de vista de la sociedad heroica el final del proceso en el que se había venido experimentando con la parafernalia en torno al conflicto: ritualizada en el Bronce final y colectivizada después —¿por reacción o resistencia?— a través de las obras defensivas de los castros durante la Primera Edad del Hierro. Es lo que se ha llamado una vuelta al modelo de “sociedad con guerreros” del Bronce final pero con un reflejo más real que ritual con la existencia de una elite guerrera que encuentra en el adorno personal, en el uso de un equipo de armamento y en la exaltación de la desigualdad interna y externa de los poblados, su máxima representación (González Ruibal, 2006-2007: II, 441 y ss; González García, 2009: 69-71). Para ello se utilizan elementos controvertidos del registro en los que se discute su génesis y antigüedad, incluso como resultado de los fenómenos de acción indirecta del control de Roma sobre el territorio anterior a la conquista o del



periodo temprano inmediatamente después: caso de algunas piezas de la orfebrería, las estatuas de guerrero, las saunas o la fisionomía de algunos de los grandes castros del norte de Portugal y las Rías Bajas-Bajo/Medio Miño, sobre lo que trataré en el bloque II (cap. 7).

Por su parte el modelo social castreño segmentario se fundamenta en un registro de área leonesa occidental y de unas fases del Hierro final (siglos III-I a. C.). Se trata de los datos extraídos de los trabajos llevados a cabo por el grupo de investigación “Estructura Social y Territorio-Arqueología del paisaje (*EST-AP*) durante los años 80 y 90 del siglo pasado, en la Valderia y en la Sierra de La Cabrera (castro de La Corona de Corporales)⁴⁹ así como en la subfosa berciana de Las Médulas (El Castrelín de San Juan de Paluezas y La Corona o El Cerco de Borrenes)⁵⁰. La interpretación social se desarrolló a partir de la detección de un registro material pobre, inclinado hacia el autoabastecimiento y la autosuficiencia de cada una de las unidades domésticas en su conformación como comunidad en torno al castro y su territorio inmediato, opuesto diametralmente a la exaltación de una sociedad guerrera de corte heroico a la que me he referido arriba.

El punto de partida estuvo en la reflexión antropológica neomarxista en torno al concepto de campesinado, desde Chayanov a Meillassoux, pasando por Wolf, Stirling y Shanin, entre otros. El peso en la tradición historiográfica había sido para la interpretación del pasado prerromano del Noroeste como parte de una superestructura indoeuropea, básicamente literaria y estructuralista de las religiones comparadas, que defendía una imagen de jefaturas guerreras consolidadas y vinculadas con familias extensas de tipo gentilicio. En su lugar, en el contexto del debate celtista/anti-celtista⁵¹ y en plena sincronía con los análisis “a la baja” en cuanto a centralización y jerarquización social en la Edad del Hierro europea⁵², los análisis el registro del occidente leonés muestran a unas comunidades “aldeanas” o “campesinas”. Se tratan de núcleos estables y reducidos de población que vivían

49 Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988.

50 Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988; Fernández-Posse, 2000a.

51 Tomando nota de la apreciación de Fernández-Posse, Díaz Santana demostró a través de la revisión de los índices de la revista de *Cuadernos de Estudios Gallegos* como fue en torno a la década de los 60-70 del pasado siglo, cuando se eliminaron los conceptos de celta o céltico del lenguaje académico al uso. Más que por censura del régimen franquista se trató de una “autocensura” por parte de los mismos arqueólogos gallegos con una tendencia hacia el funcionalismo y el descriptivismo (Díaz Santana, 2002: 102-3; González García, 2007: 69-70, 81-82).

52 Encabezado por los trabajos desde el ámbito británico de Hill (1989; Cumberpatch y Hill, 1993; Hill, 1995b; 2006; 2007). Para una revisión sobre el tema en Sastre, Alonso y Currás, 2010: 226-29. Una visión sintética que detecta esta misma tendencia: Thurston, 2009 y 2010.



básicamente de la tierra, muy cercanos a la subsistencia, lo cual sin embargo no les impidió generar un excedente y desarrollar cierta apropiación e intercambio. Se caracterizan por una producción autárquica y plurifuncional en el sentido de un intercambio mínimo con una fuerte “intensidad interna” como comunidades “cerradas”. Finalmente, participaron de una “solidaridad social y económica” característicamente campesina que les debió permitir una “fuerte nivelación social interna”. Todo ello coherente con una clara territorialidad que muestran los asentamientos, con un espacio de explotación diversificado y una cohesión social reflejada en su visibilización y organización interna a través de la construcción del recinto castreño (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998).

Frente al guerrero como elemento social clave en el final de la Segunda Edad del Hierro desde la perspectiva de tradición celtista, este modelo exalta la figura de los grupos familiares nucleares y reducidos de las unidades básicas del poblado, propias del mundo campesino: las familias como productoras y consumidoras de su propio trabajo. Acompañando a la visión del guerrero celta, se arrastraba un papel de la mujer con un carácter excepcional como protagonista en la herencia y transmisión de la tierra, entre otras características extraídas de las fuentes antiguas, principalmente de Estrabón (*Str.* , 3, 4, 18). Dicho protagonismo no tiene cabida desde la interpretación campesina que está en la base del modelo segmentario. Las actividades agrarias de subsistencia extraídas del registro son perfectamente compatibles con un trabajo femenino que no es “distanciable” del masculino porque ante todo se refleja la importancia de la unidad familiar del ámbito doméstico que es donde la mujer en todo caso habría tenido una mayor presencia (Fernández Posse, 2000b: 158). Por todo ello, si en el modelo heroico se incide en los mecanismos de cierto poder femenino y de exaltación masculina guerrera a través del combate individual como precedente castreño pre-conquista, aquí se profundiza en los mecanismos colectivos que debieron de actuar como una Instancia de poder y control económico y social; mecanismos que frenarían el acceso desigual a los recursos y la resolución violenta de los conflictos en beneficio del conservadurismo y la estabilidad de la comunidad (Sastre, 2008).

Esta interpretación social parece casar muy bien con la observación de modelos sociales alternativos al triangular o piramidal, precisamente en el contexto de crítica a la jerarquización durante la Edad del Hierro (Hill, 1995b; 2006; Thurston, 2009 y 2010; Sastre, Alonso y Currás, 2010). Uno de ellos podría ser el que se domina “de banda-gusano segmentado” y que incide



en un igualitarismo social que incluye la igualdad por género así como diferentes técnicas para rechazar cualquier atisbo de signo de prestigio o diferenciación social. En su representación, todos los miembros de la comunidad deben ocupar un mismo nivel con una importante puntualización; que los niños se deben situar por detrás de sus padres y no por debajo de éstos, ya que la autoridad no es una variable social sino la experiencia y la habilidad comúnmente adquiridas por la edad (Gardner, 2000: 218-219) (**Fig. 2**). El modelo de sociedad tipo “banda segmentada” deriva de la reflexión de los mecanismos sociales que rechazan la violencia en los conflictos intra-personales e intra-comunitarios en el caso antropológico de las llamadas “comunidades de la Anarquía⁵³”. Si bien es cierto que el conflicto es universal, puesto que la sociabilidad genera disputas y recelos, también es verdad que en la mayoría de las sociedades existen restricciones sociales, culturales y psicológicas para moderar esos conflictos y restaurar unas relaciones sociales normales⁵⁴. Lo más común, sin embargo, es que las disputas engendren espirales de violencia cuando no se contrapesan las fuerzas del interés personal con el de los demás, ni se moderen valores como el compromiso, la conciliación, etc. La paz nunca es un estado sino un proceso dinámico conseguido a través de “tecnologías culturales”. Todo lo cual implica que no existan sociedades pacíficas “en absoluto”, como tampoco existen sociedades guerreras endémicas. Un modelo social que rechaza la violencia se debe entender como una inversión consustancial orientada hacia la resolución de los conflictos en beneficio del mantenimiento y la supervivencia de la comunidad (Kemp, 2004: 6-9).

53 También conocidas por algunos autores como “peaceful societies”, comprenden distintos grupos humanos con diferentes sistemas económicos (cazadores- recolectores simples y complejos, agricultores de roza, campesinos, etc.) a lo largo de todo el planeta, aunque se conocen en especial los casos del sureste asiático, en la región transfronteriza llamada *Zomia* (Graeber, 2004; Morris, 2005; Macdonald, 2005; 2008a y b; 2009; Scott, 2009; Angelbeck y Grier, 2012). El aprendizaje de la violencia a través del comportamiento de sus vecinos es el mayor riesgo que existe entre ellas y su rechazo reside en varios factores: 1) la experimentación de pequeños cambios por la presión externa, 2) la permanencia de su territorio como lugar de refugio, 3) el convencimiento de que el alcohol genera violencia, 4) el mantenimiento de mecanismos niveladores sociales, 5) la creencia en el temor a la brujería y 6) el aprendizaje constante de respeto hacia los otros (Gardner, 2000: 231-232).

54 Es el caso de los Semai Senoi malayo del mecanismo de resolución de conflictos a través de un tipo de asamblea llamada *becharaa*. Esta asamblea sirve a los Semai para resolver sus disputas en un proceso que implica que el líder de turno de la comunidad convoque a los principales implicados y a sus parientes para una discusión pública del problema. Aunque estén presentes los familiares y convecinos interesados y todos ellos toman partido, nada de ello refleja un enfrentamiento sino que se oponen los argumentos en un grado u otro sin agresividad o violencia, admirándose el buen debate, hasta alcanzar un consenso. Se trata de la aplicación de una catarsis colectiva también llamada “insensibilización” (*desensitization*), a través de la cual se eluden y finalmente se disipa el conflicto, principalmente a través de la repetición y la rememoración de los sucesos que han llevado a él (Robarchek, 1979 y 1997).

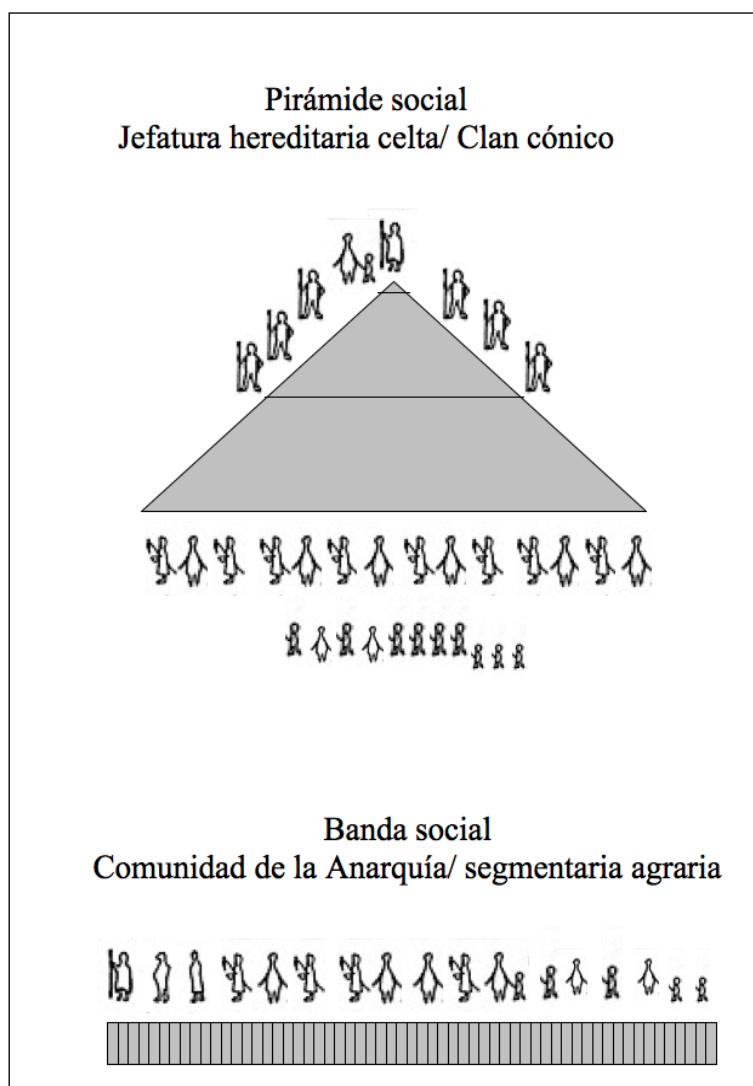


Fig. 2: Propuesta de representación de pirámide social frente al concepto de “banda segmentada”.

Acertadamente algunos autores han visto que la clave en la no-violencia está en el énfasis que se pone en el aspecto del control. En grupos pequeños, en donde existe un conocimiento directo, cara a cara de todos los individuos, el control sobre unos y otros existe a través de fenómenos como las habladurías, la vergüenza o el ridículo. La conformidad hacia las normas sociales proviene de la buena voluntad/predisposición hacia los intereses de la comunidad antes que a los propios deseos o impulsos individuales (Macdonald, 2008a; 2008b y 2009).

Volviendo a la denominación de sociedades castreñas campesinas se llegó a un punto en que había que superar la imagen historiográfica de las realidades campesinas en relación con una estructura social inmersa en la tributación, desde un punto de vista histórico o en la periferia actual del mundo



capitalista industrializado. Algunos estudios sin embargo ya habían dado la clave para interpretar lo campesino como un modelo no necesariamente tributario, ni mucho menos implicado en el sistema capitalista: en el sentido de sociedades con un modo de producción sobre la base agraria doméstica, con ausencia de la producción de excedentes a largo plazo (según Vicent, 1991). Esto además venía a criticar la idea de que la producción agraria generaba casi automáticamente la explotación social. El campesinado visto así no es un modelo social privativo de las sociedades tributarias y de hecho se extendía entre comunidades con un fuerte sentido contra la sobre-producción⁵⁵. La producción agraria no genera entonces una división social por definición y, por tanto, las consecuencias de una economía de subproducción favorecen la igualdad entre los miembros de la comunidad, siendo la división social no el resultado progresivo hacia la complejidad social sino un mecanismo de ruptura inspirado en el concepto de comunidades “contra el Estado” acuñado por Clastres (2010 [1974]; Vicent, 1991 y 1998). Todo este planteamiento teórico tenía su correspondiente registro arqueológico en el mundo de las primeras comunidades productoras (domesticas) frente a las mucho más complejas de la Edad del Hierro castreño. Un avance en la definición de éstas debía pasar por la reflexión de sociedades “intermedias”, ni excesivamente simplificadas como las de los primeros productores ni como la contrapartida del modelo complejo de jefaturas guerreras de base campesina, como las que aboga el modelo heroico o sociedad clánica. Por ello se encontró adecuada la aplicación del concepto de “campesinado segmentario⁵⁶”; no en su sentido clasificatorio antropológico que remite al linaje segmentario⁵⁷ sino como un mecanismo definitorio del fenómeno social ante la presencia de un conflicto. La clave definitoria es la segmentación social contra las tendencias hacia la complejidad, la jerarquización y la resolución de los conflictos a través de la violencia, en última Instancia un rechazo hacia el proceso social que lleva a la formación de las jefaturas y del Estado.

Como adelantaba arriba, el modelo social segmentario tiene aún un importante camino por explorar, principalmente en lo que a la detección e interpretación de un registro de larga duración

55 “Máquinas contra la producción” en palabras de Clastres (2010 [1974]) o “modo de producción doméstico caracterizado por la subproducción” según Sahlins (1983 [1972]).

56 El cual ya se había explorado para el caso de la Edad del Bronce en el sureste peninsular (véase Gilman, 1995).

57 Es ampliamente conocida la apreciación sobre la tendencia hacia la segmentación inherente a la estructura social de los sudaneses nuer (Evans-Pritchard, 1940: 148) aunque también observado en otros ejemplos como los nigerianos tiv (Bohannon, 1954). Su acepción antropológica es la del sistema de linaje segmentario que se encuentra desarrollado a partir del parentesco lineal a un nivel tribal tal y como lo entiende Shalins (1961).



desde el Bronce final, del cual sólo contamos con algunas notas en el trabajo sobre el extremo oriental castreño en la Cuenca Noroccidental del Duero, en el que existe además el problema con la “frontera” del mundo de grandes castros en sintonía con un fenómeno de tradición vaccea y celtíbera (véase Orejas, 1996: 94-95). La propuesta es que frente a la visión del modelo heroico de un Bronce final y una Edad del Hierro como un largo periodo de consolidación de la desigualdad y la división social, para el modelo segmentario se presentaría la oportunidad de estudiar un desarrollo histórico a partir de la perspectiva de la resistencia a la explotación y la jerarquización, con resultados sincrónicos positivos y/o negativos. La posibilidad de un aumento de la producción y las presiones de aquellos explotadores en potencia, pondrían al campesino segmentario en la disyuntiva entre los costes de una sumisión y los de una rebelión. Solo un mecanismo como la segmentación a través de la ruptura del grupo y la fundación de otro nuevo sería la clave para salir de dicho entuerto social. Como tendré ocasión de referirme a continuación, la disciplina productiva, extraída del registro de unidades domésticas con almacenes autónomos en un espacio previsto para no superar cierto grado de crecimiento, y la disciplina demográfica, que reflejan los recintos prediseñados, son las dos tendencias confirmadas que ante un crecimiento inesperado (demográfico y/o productivo) habrían generado mecanismos convergentes de segmentación, antes que transformar las bases demográfico-productivas de su recinto o castro de origen (Sastre, 2009: 162-163). La segmentariedad aplicada al mundo castreño propone una “estructura basada en unidades paralelas iguales”, aplicado hacia el interior del poblado en la organización doméstica y colectiva de la comunidad y hacia el exterior en la interacción con otras unidades comunitarias homólogas (Sastre, Alonso y Currás, 2010: 231).

Los dos frentes de análisis desde el punto de vista social aún pendientes son por un lado la profundización en el análisis de la “complementariedad interna” y el papel de la metalurgia⁵⁸, abordado aquí desde el punto de vista simbólico en relación al ámbito doméstico y colectivo en el capítulo 5. A su vez se requiere de una reflexión de la reproducción de la comunidad y su territorialización a través de la denominada “sobre-explotación coyuntural”⁵⁹, tratado a partir de su lectura simbólica en el capítulo 6. En este último capítulo además se propone un estado de la cuestión y una reflexión simbólica del ámbito religioso (capítulos 6.2 y 6.3), tradicionalmente ajeno a cualquier análisis social castreño por su

58 Sánchez-Palencia y otros, 1993: 205; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998; Fernández-Posse, 2000a: 77.

59 Fernández-Posse, Sastre y Sánchez-Palencia, 2004.



carácter material ausente y elusivo. Se propone una interpretación desde el modelo social segmentario contrapuesto a los esfuerzos en el campo de lo religioso desde la perspectiva heroica y celtista.

5. Símbolos domésticos y colectivos: el poblado castreño segmentario

En la labor de analizar los ámbitos sociales doméstico y colectivo como resultado de las relaciones de producción y reproducción de la unidad familiar y su interrelación con las demás, se hace necesario profundizar en el registro arqueológico de lo que se denomina habitualmente como organización interna de los poblados castreños. En este sentido contamos con una importante tradición historiográfica puesto que el mundo castreño se identificó por el poblado y por la “casa” antes que por su ajuar cerámico monótono y poco vistoso⁶⁰, sus ausentes necrópolis⁶¹ o su orfebrería descontextualizada (Romero Masiá, 1976; Acuña Castroviejo, 1996; Ayán, 2002; Ayán y otros, 2009). Desde su origen, todo estudio del mundo castreño gira en torno a la idea de un “espacio construido”, tanto físico y simbólico como étnico de corte céltico, que tiene su razón de ser en su característico emplazamiento y en la organización de sus estructuras domésticas⁶². Desde los años 80 se perfiló la mayor renovación teórica y metodológica hasta la fecha, superándose por primera vez el planteamiento estricto de la “casa” y ahondando en un análisis funcional de las estructuras domésticas o “unidades de ocupación”; aplicado por primera vez en el Noroeste en el caso de La Corona de Corporales (Truchas, LE), como la base material que serviría de fundamento para la interpretación de la comunidad campesina segmentaria⁶³. El siguiente gran hito es lo que se ha denominado como “Arqueotectura”, reclamando una revisión crítica de la Arqueología de la Arquitectura, entre el análisis formal y tipológico y el reflejo del lenguaje simbólico y el proceso social del espacio construido en estudio⁶⁴.

60 Los esfuerzos por sistematizar la tipología cerámica castreña llegarían en el último cuarto del siglo pasado. Destacamos en esta línea los trabajos de Rey Castiñeira (1990-1991).

61 Aunque no haya faltado el esfuerzo por encontrar algo parecido como propone Vilaseco, 1999. Para una revisión sobre el tema Alonso, 2007; 2008.

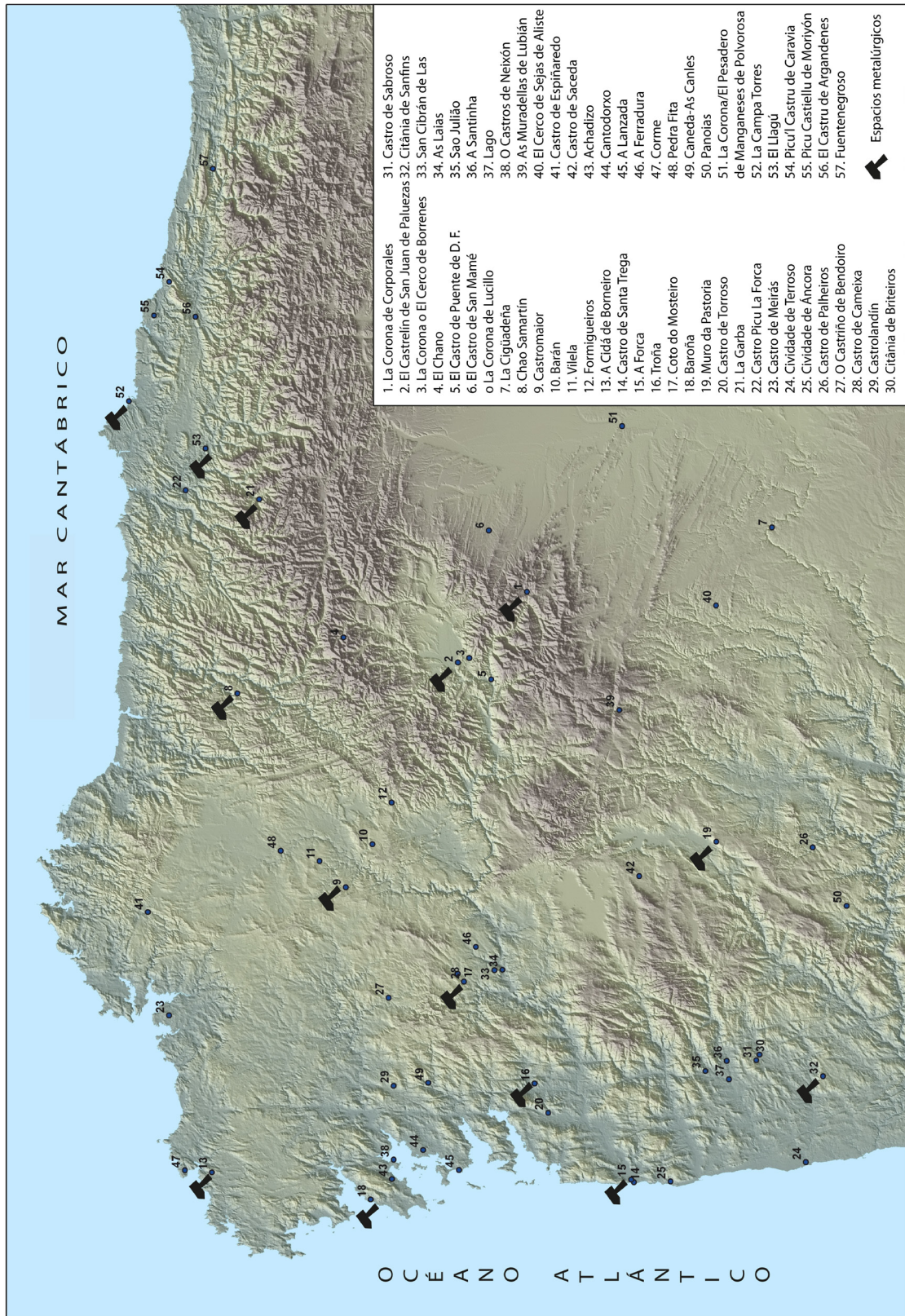
62 Es característico el caso del primer castro sistemáticamente excavado en Galicia, el de Santa Trega en A Guarda, Pontevedra, en donde, además de poner de moda los primeros paralelos etnográficos con la arquitectura tradicional gallega de pallozas y cabazos, se generalizó la referencia de “estación céltica” (Castillo López, 1914). Véase recientemente el uso de indicadores materiales como las técnicas constructivas castreñas que pone en relación la etnicidad y la territorialidad céltica: González García, 2011: 126, Fig. 5 (a partir de datos de González García, 2006-2007).

63 Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988; Sánchez-Palencia y otros, 1993; Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1998; Fernández-Posse, 2000a y b.

64 Resultado de la actividad del actual *Incipit-CSIC*: Ayán Vila, 2003; Ayán, Blanco y Mañana, 2003; Ayán y otros, 2009. Esta línea de investigación se inspira en la variante anglosajona antropológica y subjetivista (de base fenomenológica) que pretende estudiar lo consciente e inconsciente de la vida social a través de la cultura material, y que otros autores han explorado en profundidad a través de la experiencia etnoarqueológica (González Ruibal, 2001). Con el ámbito anglosajón comparte algunos análisis críticos sobre la *round house* presente tanto en el mundo castreño como en el britano: Pope, 2007 y 2008; Ayán, Pope y Alberro, 2009.



MAPA 2: Yacimientos y espacios metalúrgicos prerromanos citados en el texto.





En los siguientes capítulos abordaré los elementos del registro arqueológico del interior de los poblados castreños como el reflejo de los ámbitos sociales doméstico y colectivo desde el punto de vista segmentario. En primer lugar se tratará la caracterización básica de la unidad doméstica y el núcleo familiar como unidad mínima de expresión social. La interrelación de unas y otras ofrece una reflexión como parte del ámbito social colectivo que en última Instancia me llevará a observar el espacio del trabajo metalúrgico como un lugar de encuentro en el interior de los poblados castreños. Siendo los datos arqueológicos limitados, el grueso de la información procede de la revisión de tres yacimientos bien conocidos del interior del Occidente leonés, área central del mundo astur prerromano a los que se unirán dependiendo del tema distintos yacimientos de áreas limítrofes del Noroeste ibérico, con especial atención al ámbito astur-*transmontanoy* al área galaica lucense interior (**Mapa 2**). Se trata de los casos de La Corona de Corporales (Truchas, LE), El Castrelín de San Juan de Paluezas y El Cerco o La Corona de Borrenes (Borrenes, LE). El primero se encuentra localizado en plena Sierra de La Cabrera y los segundos en la subfosa berciana de Las Médulas. Sus cronologías son diversas pero ninguno tiene ocupación romana y podemos analizarlos en un momento sincrónico a lo largo del s. I a. C. En concreto, para La Corona se sabe que, a través del estudio tipológico de ciertos elementos materiales y tres dataciones radiocarbónicas concentradas en el segundo tercio del s. I a. C.⁶⁵, presenta una única fase de ocupación datada en la última centuria a. C. La fase final de ocupación de este castro junto con la fundación y desaparición de La Corona de Borrenes se deben poner en relación con destrucciones violentas, muy posiblemente vinculadas a los sucesos de las guerras cántabro-astures (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 277-78; Fernández-Posse, 2000a: 82-91). El Castrelín, en cambio, ha sido datado en un arco temporal más amplio datado entre los siglos III y I a. C., lo cual permite retrotraer el registro arqueológico del modelo social al menos un preventivo s. II a. C. como límite del estudio que aquí se presenta. A diferencia de la destrucción violenta que se refleja en la conservación *in situ* de los ajuares domésticos en La Corona, El Castrelín muestra un fase final de abandono paulatino, lo que conlleva una ausencia de un ajuar *in situ* (Fernández-Posse, 2000a: 52-53 -cuadro 7-).

65 CSIC-428 y 429; UGRA-48 (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 277-78). Anexo 1.



5.1. La vida doméstica en ámbito castreño: hogar y autoabastecimiento

En este apartado presentaré los datos del registro arqueológico que se pueden englobar en el ámbito social que he denominado doméstico, centrándome en aquellos elementos que contienen un valor simbólico relevante para la valoración en conjunto desde el punto de vista del modelo social segmentario en ámbito astur. Lo doméstico está eminentemente representado por las estructuras en donde se producen y reproducen las unidades familiares a través de las unidades de ocupación más allá de los conceptos actualistas y genéricos de “familia” y “casa”. Los casos de estudio astures conforman el límite oriental del ámbito castreño y habitualmente se han tratado como ejemplos de una arquitectura que se alejaba de los modelos más puros que responden a la exclusiva casa circular del ámbito gallego-portugués más atlántico. En su lugar la morfología de unidades de ocupación astures presenta por lo general un panorama compartido entre estructuras circulares y cuadrangulares con esquinas curvas. Otro lastre historiográfico importante es el de la llamada “petrificación” asociada con una “protourbanización” de los castros como un proceso homogéneo que vendría a sustituir las estructuras en materiales perecederos más aisladas, por otras más sólidas en piedra que ocuparían un espacio más denso. La realidad del registro muestra una visión más compleja que la que se puede desprender de las clasificaciones estrictas de inspiración evolucionista, que oponen lo circular a lo angular⁶⁶, lo endeble a lo pétreo o lo vacío como ausencia de un orden a lo denso como organizado. Es por ello que se hace inviable proponer una clasificación a partir de dichas variables morfo-tipológicas desde un punto de vista difusionista, puesto que casos como el astur sirven para reflexionar sobre la complejidad intrínseca de rasgos sincrónicos que rompen la visión del paso de unas estructuras más pobres y menos “funcionales” a otras mayormente adaptadas.

Si algo puede concluirse de los análisis arqueológicos del ámbito doméstico castreño en los últimos tiempos, es que cada conjunto de estructuras de cada castro en concreto son el resultado de una estrategia viable, que responde a un conocimiento y una adaptación profunda al territorio del que socialmente se apropiaron y a los recursos que materialmente les condicionaban. Así en casos como

66 La vieja discusión sobre la difusión de lo cuadrangular de Oriente hacia Occidente y la asociación de lo circular con lo autóctono ha venido aplicándose a todo el registro peninsular. Así frente a las cabañas de la Edad del Bronce circulares de *gentes* ganaderas, las invasiones de Campos de Urnas y/o los primeros contactos con el mundo mediterráneo habrían traído consigo la generalización de la agricultura y la difusión del modelo arquitectónico angular. Otros autores defienden un origen mediterráneo de la morfología circular de las casas de la Primera Edad del Hierro meseteñas con una clara vocación agrícola cerealista y su origen en el mediodía, incluso apuntándose la tradición de los poblados calcolíticos de la órbita de Los Millares (Ramírez Ramírez, 1995-1996, entre otros).



en el castro de Castromaior en el área lucense interior (Portomarín, LU), se ha tratado la tendencia a redondear las esquinas de las construcciones como el producto de un condicionante técnico antes de cualquier adscripción cultural y cronológica. Se trata del trabajo de la piedra más común en este tipo de construcciones, la cuarcita y/o la pizarra, que tiende a marcar las diaclasas en hexagonal y no en ángulos rectos. De esta forma, como norma constructiva, las características de la piedra de las edificaciones terminan en un acabado exterior de las esquinas en redondo o en “ángulo abierto de la laja”, mientras que hacia el interior el ángulo queda recto, por recibir la laja de forma alterna (López Marcos y otros, 2011: 56). El resultado son los característicos acabados castreños característicos en algunos casos, especialmente astures, perfectamente angulares hacia el interior con esquinas redondeadas y tendencia al levantamiento circular de las paredes hacia el exterior.

Contamos con algunos intentos de sistematización de la variabilidad arquitectónica doméstica castreña, principalmente a través de la recurrencia a las variables morfo-tipológicas que exponíamos arriba, aunque con una carga libre de la tradición más difusionista (González Ruibal, 2006-2007: II, 350 y ss). Sin embargo, aunque de manera Instrumental puede servir para un primer acercamiento, los límites de las “áreas de distribución” resultan difusos y poco definidos desde una descripción a partir de los morfo-tipos que me refería arriba (cabañas circulares frente a angulares con esquinas redondeadas, materiales perecederos frente a pétreos, agrupaciones densas frente a menos densas, etc.)⁶⁷. De esta forma cuando se pretender encajar en una clasificación como ésta, áreas como la del ámbito aquí en estudio se recurre a la inapropiada afirmación de que “difícilmente podemos hablar de un modelo de gestión del espacio” (González Ruibal, 2006-2007: 366). Por su parte, la delimitación de las “fronteras tipológicas” se topa con interpretaciones forzadas de registros anacrónicos como para el caso de la montaña lucense a partir del castro romano-indígena de Santa María de Cervantes (López González y otros, 2011 en González Ruibal, 2006-2007: II, 367). El pretendido continuismo arquitectónico enlaza aquí con la defensa del inmovilismo y el conservadurismo de las comunidades

67 Así se diferencia entre la zona del interior de Pontevedra y de La Coruña -con profusión de cabañas en materiales perecederos así como cabañas angulares con esquinas redondeadas-, la zona cantábrica entre *Finisterre* y el *Navia* -con casas predominantemente circulares y en piedra-, la zona del occidente de Asturias -con un panorama más heterogéneo y en piedra-, la oriental Asturiana -con la persistencia de arquitectura en material perecedero y en agrupaciones poco densas- y finalmente, la zona de las montañas orientales, que incluye la zona montañosa del oriente de Lugo, la comprendida entre la Dorsal Mediana y el Macizo galaico-leonés y el occidente de León sin un modelo de gestión claro (González Ruibal, 2006-2007: II, 361, fig. 4.66b).



del Noroeste cuando éstas ya forman parte del Imperio romano. En cambio, la realidad del registro supera cualquier intento de clasificación, que en todo caso habría que reformular desde otras variables más allá de los tipos constructivos y en relación con la organización espacial que se desprende de la interpretación del ámbito doméstico de los poblados castreños en el tiempo. En este sentido es importante observar la evolución regional entre la Primera y la Segunda Edad el Hierro, si es que es perceptible, y sin necesidad de acudir al registro romano-indígena, aunque conserve soluciones tecnológicas de la tradición prerromana, puesto que tiene unos condicionantes históricos y un sentido distintos.

A continuación me centraré en la caracterización y disposición que presentan las estructuras domésticas a partir de los registros los castros astures de los que contamos con mayor información. El primer punto común que se puede generalizar en todos los poblados castreños es la orientación de la organización interna de las estructuras domésticas en relación con el trazado del recinto, bien en sentido paralelo o perpendicular al mismo, dejando un espacio libre circundante y conformando la imagen de retícula de falsas calles y plazas. Dicha constante muestra una dependencia a partir del recinto prediseñado como clave en la estrategia de organización interna del castro, lo cual tiene importantes connotaciones a la hora de valorar el carácter de la comunidad como unidad política en el territorio. Las estructuras domésticas se disponen buscando la zona más habitable y adaptándose a la topografía del perímetro⁶⁸. La retícula resultante de falsas calles y plazas responde al espacio libre entre unas unidades constructivas y otras conformando la sucesión apiñada de las distintas unidades de ocupación. Dichas áreas funcionan por un lado como espacios prediseñados que permiten la extensión potencial de cada unidad doméstica, cuyas consecuencias respecto a la segmentación interna trataré en el siguiente capítulo, y por otro lado, sirvieron para dejar gran parte del asentamiento libre, para servir tanto de zonas de paso común como de paso restringido a través de vías muertas entre las estructuras, también llamados “caleyos”. Desde este punto de vista los espacios vacíos en algunos castros bien conocidos permiten hacer cálculos sobre el espacio presumiblemente habitado. Así en La

68 En el caso de La Corona de Corporales, la construcciones tienden a la solana y conllevan las obras de aterrazamiento necesarias, como las del conjunto de la construcción 4, 5 y 6 en torno a la calle A, así como las que representan los canalillos para desaguar las escorrentías del interior de la construcción 11 o en el sector II, o los enlosados a modo de “aceras” para no embarrarse de la construcción 12: Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 284 y ss.; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 56 y ss. Véase para el caso de El Castrelín una misma tónica: Fernández-Posse, 2000a: 58 y ss.



Corona de Corporales, en un recinto de 145 x 110 mts tan sólo se ocupó por las estructuras domésticas una única franja de 18 mts de anchura y además de forma discontinua⁶⁹. El caso de El Castrelín parece que en el recinto principal excavado, la mayor parte del espacio más septentrional no pudo ser ocupado por ninguna construcción debido a la pronunciada pendiente, quedando las construcciones apiñadas en la franja meridional de manera discontinua⁷⁰. Otros ejemplos excavados extensivamente como el castro del Chao Samartín o el de Castromaior muestran en su última fase de ocupación importantes reestructuraciones en los espacios libres como es el caso del fenómeno de las plazas monumentales llamadas *fora* como resultado de un específico contexto histórico que abordaré más abajo (Bloque II, cap.7). Por último, uno de los tópicos más recurrentes ha sido el de relacionar los espacios vacíos con la estabulación del ganado desde un punto de vista colectivista⁷¹, deduciéndose de aquí la organización por parte de una autoridad suprafamiliar de dentro del poblado vinculado con la historiografía de inspiración celtista que reclama una vocación principalmente ganadera de las comunidades castreñas ⁷². En este sentido, la vocación agraria de las comunidades castreñas, en donde converge una fauna de carácter doméstico junto a la actividad agrícola, ha venido siendo un argumento de peso en contra de dichos postulados (Fernández-Posse, 2000a: 102).

El estudio en La Corona de Corporales y posteriormente en El Castrelín como modelo en el análisis microespacial, puso las bases de los primeros parámetros interpretativos funcionales que desarrollaron el concepto, más allá de la vivienda o la “casa”, de “unidad de ocupación”. Ésta se caracteriza por estar formada por distintas construcciones que se apoyan mutuamente, así como otras anexas, con diferentes funciones entre ellas y asociadas a los espacios libres de forma abierta o semiabierta. A partir de la presencia/ausencia de ciertos elementos⁷³ se generó una propuesta de interpretación funcional que diferencia entre “cocina/vivienda”, “anejo de habitación”, “taller” y “almacén” (**Fig.**

69 Como demuestran los 12-13 mts. de la explanada que separan el sector I del sector II (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 81; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 56).

70 Véanse los amplios espacios vacíos con pequeños recintos como el A y An en el sector I.

71 Véase la interpretación que hace Fernández Rodríguez, desde el punto de vista zooarqueológico, aludiendo a que “por exclusión, pensamos que se debe considerar la existencia de áreas comunes donde se tendría toda la cabaña ganadera de la comunidad, hecho que en cierto modo podría chocar con el carácter autosuficiente e *individualizador* que se le supone a estas unidades de tipo familiar” (Fernández Rodríguez, 2003: 56-57).

72 A partir de modelos antropológicos comparativos de base africana (Lincoln, 1991: 177 y ss); García Quintela, 1999: 222-275; González García, 2007: 44, nota 43.

73 Desde constructivos como el preparado de los pavimentos hasta variables como la localización y la presencia/ausencia del hogar, molinos, afiladeras, grandes vasijas u orzas, material lítico y/o metálico, escorias, etc.



3). Las estructuras propiamente interpretadas como “viviendas” representan una caracterización y distribución de unas variables materiales específicas: la asociación de un hogar con objetos clave tipo molino, afiladera y vasija de almacenaje. Estas construcciones serían el núcleo a partir del cual se construirían el resto de anexos necesarios para la producción y reproducción de la unidad familiar, sin excluir el conflicto que se refleja en las remodelaciones por crecimiento que con el tiempo sufrieron las distintas construcciones como reflejo de los cambios también en la composición de las unidades familiares.

La vivienda junto al almacén, normalmente como una estructura contigua o anexada⁷⁴ aunque no faltan las construcciones únicas plurifuncionales⁷⁵, suponían el núcleo central de la vida doméstica, en torno al que giraban las actividades cotidianas tanto de producción como de reproducción de la unidad familiar. Son las construcciones para el almacenaje las que sin duda conllevaron más cuidados, tanto a la hora de construirlos como de mantenerlos a lo largo del tiempo. Es lo que se deduce de la elaboración de sus suelos, paredes y techumbres⁷⁶. En torno a dicha construcción base se anexaron otras estructuras características como las habitaciones, principalmente vinculadas para el descanso, intercomunicación y reproducción vital, y los talleres o lugares de trabajo. Igualmente quedaban estructurados como parte del ámbito de acción de cada unidad de ocupación, los distintos espacios recintados, abiertos o semiabiertos empedrados, a modo de corrales o patios. En los casos de La Corona y El Castrelín, la entrada principal a cada unidad de ocupación se hace desde el exterior a través de la vivienda o cruzando los espacios recintado o semiabiertos a modo de corrales o patios. Se detectan otras entradas auxiliares a través de las construcciones con funcionalidad de taller y sólo el caso de la unidad metalúrgica detectada en La Corona (*unidad d*) tenía su entrada principal por el taller, puesto que se trata del único espacio especializado del poblado sobre el tendré ocasión de tratar más abajo.

⁷⁴ Almacenes anexados en *unidad e* de La Corona y *unidades a, b -2º fase-, e, f y g* de El Castrelín. En el ámbito de acción inmediata en las *unidades a y b* de la Corona y conformando espacios recintados con la vivienda a modo de corrales en *unidades c y d* en El Castrelín.

⁷⁵ Como el caso de la construcción 10 de La Corona que aunque se encontraba muy arrasada y en el límite de la excavación, se interpreta como vivienda única multifuncional. Dicha unidad de ocupación se había cuidado de las construir un canal de desagüe de la escorrentía del terreno a lo largo de 13 m² (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 58).

⁷⁶



Fig. 3: Unidades de ocupación y propuesta funcional de La Corona de Corporales (Truchas, León) -arriba- y El Castrelín de San Juan de Paluelas (Borrenes, León) -abajo-. A partir de EST-AP.





A partir de un estudio virtual de visibilidad/visibilización realizado desde los umbrales de las entradas principales en las viviendas, se pudo confirmar que existe una relación de independencia visual que insiste en la privacidad en el acceso y campo de acción inmediato de cada unidad de ocupación (Fernández-Posse, 2000a: 68-69, fig. 55). Sólo en un caso el paso del espacio abierto a una de las unidades domésticas se hacía necesariamente por delante del umbral de otra unidad doméstica, como veremos en las fases constructivas de las *unidades a y b* de La Corona en torno a la “*calle*” *A*, mientras que por el contrario todas las demás entradas se hacían independientemente y fuera del campo visual de unas unidades respecto a las otras. A su vez, en el interior de las estructuras, la orientación de los hogares en las construcciones del tipo “vivienda/cocina” no deben ser sólo interpretadas desde el punto de vista utilitario, contra el viento que entra por la puerta -por lo tanto siempre resguardados de ésta- sino también en relación con la privacidad en torno a un hogar más o menos centrado y las compartimentaciones en materiales perecederos que habría que imaginarse en torno a él. Este hecho implica un mecanismo de compartimentación mental cuya génesis parece emanar de una morfología de cabaña circular que, sin embargo, en este ámbito oriental castreño parece haber quedado circunscrita a los casos de algunos de los almacenes de El Castrelín (*unidades b -1ª fase- y g*).

Este registro material refleja un ámbito social doméstico de unidades de ocupación con almacenes independientes que corresponden a una lectura social de familias nucleares productoras y consumidoras de su propio trabajo, entre la subsistencia y la previsión de excedentes en un contexto de comunidades autárquicas. Esta independencia que presentan las unidades de ocupación se ve reflejada en la variabilidad que presenta cada una de ellas, a través de distintas composiciones, incluso la variedad de construcción única plurifuncional así como las diferencias en los tamaños, morfologías e incluso la capacidad de crecimiento y remodelación a lo largo del tiempo de unas unidades frente a otras. En este sentido se detecta una constante igualitaria, puesto que estructuralmente todas las unidades de ocupación muestran una misma base compartida: cada una es diferente pero igual en esencia. Un modelo social que otorgue un peso tan importante a la independencia de sus unidades básicas de producción y reproducción en torno a los hogares de familias nucleares, excluye cualquier conato de comunalismo o colectivismo organizado por una elite o linaje de tipo suprafamiliar, al modo del clan cónico que preconiza el modelo social heroico.



Recientemente se han tachado de “marginales” las unidades de vivienda con almacén propio del ámbito astur frente a un registro de larga duración que hunde sus raíces en los espacios de almacenamiento comunales (Parcero y Ayán, 2009: 381). Es importante aquí constatar el mismo discurso que adelantaba en la introducción aplicado a la evolución de las formas de almacenamiento: un Bronce final con plataformas que asocian el almacenaje colectivizado con el ritual asociado a la metalurgia, las armas y el banquete⁷⁷; una Primera Edad del Hierro en el que se habría reaccionado hacia un mayor igualitarismo social pero en la que se podría acomodar la producción del excedente de forma comunitaria⁷⁸; y una Segunda Edad del Hierro como eclosión del almacenaje en forma de “escaparate comunitario” controlado por una jefatura guerrera⁷⁹. Esta última argumentación que es la que coincide en el tiempo con la plena Edad del Hierro de los casos astures aquí en estudio no es compatible con el registro que describíamos arriba. Tampoco los ejemplos argumentados de otras áreas del ámbito castreño son en absoluto definitivos, puesto que se discuten algunas de sus bases incluso cronológicas (caso de As Laias⁸⁰) o como el resultado de evoluciones ya insertas en el marco de producción romano, donde sí que es característico el almacenaje comunal en algunos poblados, especialmente en aquellos especializados (caso del poblado de Orellán⁸¹).

Desde el análisis del registro arqueológico con el que contamos para las comunidades castreñas prerromanas en ámbito astur, el modelo de unidad de ocupación compuesta por su vivienda y almacén propio contiene un valor simbólico esencial para lo que al ámbito social doméstico se refiere y en general como fundamento de su estructura social. Su carácter diferencial como reflejo de la independencia y

77 A partir de la asunción de un periodo entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro (siglos VIII-VI a. C.) con la emergencia de “protocastros” en la zona del noroeste de Portugal y las Rías Bajas, como S. Julião (Vila Verde) o A Santinha (Amares), con una evidencia de plataformas en acrópolis con estructuras de almacenamiento en fosas de posible uso comunitario, asociadas a elementos metalúrgicos del ámbito de las armas y el banquete: Bettencourt, 2000 y 2001; Parcero y Ayán, 2009: 379.

78 Aquí se reconoce que no existen datos sobre estructuras de almacenaje propiamente de la Primera Edad del Hierro lo que lleva a pensar que o bien la producción no superaba la mera subsistencia o los almacenes eran muebles, que no implicaría que la estabulación y el ensilado se hicieran en zonas comunitarias *off site*: Parcero y Ayán, 2009: 379-380.

79 Esta idea se asume a partir de casos como Castrovite, la fase III de Monte Mozinho, As Laias, San Cibrán de Las, Coaña o el Castro Grande de Neixón: Parcero y Ayán, 2009: 381.

80 Para el caso de As Laias con un recinto o acrópolis en donde se detectaron estructuras de materiales perecederos asociadas a almacenes datadas por radiocarbono con fechas altas y en un contexto de un territorio reorganizado en época romana alrededor de la actual Orense: López González y Álvarez González, 2000.

81 Se trata de un poblado metalúrgico de Orellán en la subfosa de Las Médulas asociado a las explotaciones auríferas, en el que se descubrió un espacio abierto de almacenaje colectivo (Orejas y Sastre, 2000: 264-265, cuadro 40 y 276-277, cuadro 42).



la autosuficiencia de cada núcleo familiar tiene su correlación en una lectura igualitaria, puesto que la variabilidad interna del poblado no representa la monopolización del poder sino la disgregación en unidades interdependientes. La estrategia de disposición de las estructuras domésticas en el espacio permite plantear el funcionamiento de un mecanismo visual de inhibición. Este concepto hace referencia a que las unidades domésticas en ámbito astur tal y como las he definido no tuvieron una especial relevancia para ser vistas como elementos de exhibición entre unas y otras, ni desde dentro del poblado ni desde fuera. Aunque presenten una cierta variabilidad en formas y tamaños, no existe ninguna diferenciación clara que permita suponer la localización de una unidad de ocupación “privilegiada”, excluyendo el carácter necesariamente especializado del ámbito metalúrgico, sobre lo que me referiré más abajo. En su lugar las unidades domésticas parecen encerradas en sí mismas, camufladas visualmente a través del respeto que se guardan unas a otras en relación a los campos de visibilidad-visibilización desde los umbrales de las puertas principales. La inhibición visual no sólo se reproduce en la organización interna del poblado sino que se debe observar en la escala comunitaria que representa la inversión del trabajo de delimitación del recinto, el cual, por simple que fuera, tendería a envolverlo todo evitando cualquier conato de exhibición doméstica y colectiva hacia el exterior, sobre lo que volveré más abajo. Es por ello que considero que existe una estrategia simbólica en este ámbito social como resultado de una voluntad que tiende a la ausencia de destacar a través de lo que he denominado mecanismo de inhibición interna y externa. Este hecho no excluye la presencia del conflicto como algo inherente a las relaciones humanas, especialmente en condiciones de ruptura del orden fundado por el núcleo familiar en origen. Este punto se entenderá mejor con el análisis a continuación del ámbito social que he denominado colectivo, puesto que es ahí en donde se reflejan las interrelaciones necesarias a través de las solidaridades entre los distintos núcleos familiares que componían la comunidad, incluyendo el ámbito de la metalurgia y la orfebrería como el trabajo más especializado detectado en ámbito castreño.

5.2. Entre lo doméstico y lo colectivo: solidaridad y segmentación interna

Si el ámbito doméstico es en donde se produce y reproduce la estructura raíz del funcionamiento de la sociedad castreña que es el núcleo familiar, el ámbito colectivo es aquel en el que tiene lugar la interrelación necesaria entre unas unidades y otras como parte de la solidaridad y la necesidad



intervecinal. Si bien es cierto que *a priori* cada unidad de ocupación se busca representar espacial y simbólicamente como una unidad autosuficiente y encerrada en sí misma, también es verdad que dicha independencia está limitada por las necesidades productivas y reproductivas que puedan ir derivándose de la convivencia y el desarrollo vital de las familias. Los mecanismos de respuesta a dichos fenómenos tienen su primer ámbito de influencia en el entorno inmediato compuesto por la interconexión e interrelación de sus unidades vecinas como parte de una misma colectividad de individuos.

En primer lugar habría que preguntarse por los problemas derivados del intercambio interno, como parte del ámbito productivo más que extra-doméstico, inter-doméstico o colectivo como lo entiendo aquí. Es decir aquellas actividades que perfectamente asumibles por parte de una unidad familiar se pudieron convertir en referencia para el intercambio con otras familias vecinas. Estoy pensando en la alfarería, el tallado lítico, la producción textil o las necesidades de pastoreo y estabulación de las diferentes especies de ganado, principalmente ovicápridos y bóvidos. Respecto a las dos primeras actividades se pudieron llevar a cabo en las construcciones que se definieron tanto para La Corona como para El Castrelín como talleres. Tanto en estas dependencias con las que cuentan sólo algunas unidades domésticas como en los espacios abiertos o semiabiertos parece que se pudieron llevar a cabo con cierta preferencia unas manufacturas respecto a otras. La producción no puede denominarse ni especializada ni tampoco como parte de un sistema de intercambio organizado como un consumo principalmente doméstico (Fernández-Posse, 2000a: 96), aunque tenga cabida un intercambio interno limitado puesto que prácticamente en todas las unidades se cuenta con una mismo ajuar material básico.

Este modelo es el que se interpreta para los casos de los talleres líticos de la construcción 4 de la *unidad a* y la vivienda plurifuncional con patio del sector II en La Corona (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 62-63) y las construcciones 2 de la *unidad a* y la 13 de la *unidad c* en El Castrelín (Fernández-Posse, 2000a: 65, fig. 51). Como espacio alfarero no se puede decir que existan talleres constatados como tales pero sí que se conoce en algunos patios de El Castrelín la presencia de cistas de lajas cuidadosamente dispuestas que contenían arcilla decantada, posiblemente con el objetivo de servir para la manufactura y reparación de la cerámica y otros elementos de barro tipo los vasares (Fernández-Posse, 2000a: 94-95, fig. 97). Respecto al ámbito de la producción textil son



muy pocas las evidencias que nos permiten extraer conclusiones al respecto, limitándose básicamente a la conservación de piezas como las fusayolas en piedra o barro para la actividad del hilado. La localización de estas piezas tiende a concentrarse en ciertas áreas abiertas del poblado, donde conviven con la implantación de otras actividades especializadas como la metalurgia⁸². En realidad, la localización de las fusayolas podría indicar tanto los lugares colectivos en donde se reuniría la gente para hilar⁸³, como los espacios de desecho de las mismas, por lo que cualquier asociación de actividades como el hilado y la metalurgia pueden ser casualidades. Por otro lado, es sintomático que no existan evidencias de telares con pesas en todo el ámbito castreño, lo cual sólo se constata con la adopción de las nuevas costumbres en época romano-indígena, tal y como demuestran las fases de ocupación en El Castro de Corporales (Truchas, LE)⁸⁴. El trabajo textil prerromano debe relacionarse en cambio con telares de mano⁸⁵ y/o técnicas tradicionales de anudamiento⁸⁶ que no habrían dejado rastro material en el registro y debe pensarse en una producción muy concentrada en el ámbito doméstico y si acaso su entorno más inmediato en forma de intercambios esporádicos. El cuidado del ganado en lo que al pastoreo y su estabulación estacional, pudieron ser una oportunidad para un intercambio de solidaridades en ámbito colectivo, para lo que algunos individuos de algunas unidades familiares se ocuparían de su

82 En La Corona las únicas cuatro fusayolas encontradas en el poblado se encontraron en el área metalúrgica, tres entre las construcciones 11 y 12 y una en el *espacio abierto E* (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 74-75, fig. 66). En Borneiro el mayor grupo se encontraba también cerca del área abierta en donde también se concentraban las labores metalúrgicas: dos en la construcción 12, seis en la 10, quince en la 11 y en el espacio abierto paralelo a la muralla hasta diez (Romero Masiá, 1987: 62). En Troña existe una agrupación de dos fusayolas y dieciséis discos perforados sacados a la luz en la campaña de 1983 asociados a las estructuras paralelas a la muralla, cerca también del área metalúrgica (Hidalgo Cuñarro, 1985:22). En Coto do Mosteiro no contamos de nuevo con la localización de las fusayolas pero su abundante presencia en la excavación donde se detectaron los 400 moldes de fundición, ya le hicieron a su excavador plantear la importancia asociada al trabajo metalúrgico de la artesanía del hilado (Orero, 1988: 35).

83 Se sabe por ejemplos antropológicos que el hilado solía llevarse a cabo en momentos de asueto en cualquier lugar pero que solían ser momentos de sociabilidad más que de actividad individual, puesto que se desarrollaba en el contexto de un encuentro de varias personas, principalmente adolescentes pero también ancianas, en algún lugar del poblado, desde el umbral de una puerta hasta una plaza.

84 La evolución de este aspecto en El Castro de Corporales, poblado romano que sustituye a La Corona tras la conquista, muestra que en una 1ª fase (40/50-65/75 d. C.) se constatan todavía algunas escasas fusayolas en distintas unidades como la 5 o la 7, en el sector IIIA, las cuales serán sustituidas en una 2ª fase (70/75-120 d. C.) por la aparición de las primeras pesas de telar, asociadas con discos líticos e individualizándose posible/s telar/es por cada nuevo espacio construido. El paso de una fase a otra se encuentra ligado a la transformación urbanística del yacimiento, en donde de una 1ª fase en la que todavía se construyen las unidades domésticas “a la manera prerromana” -añadiendo muros y medianerías con un plan preconcebido- se sustituye paulatinamente a una 2ª fase con espacios internos subdivididos en un plano ortogonal con auténticas aceras y calles (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 296-299).

85 Como los casos italianos prerromanos del tipo *tablet weaving* y *finishing*, véase Gleba, 2008: 138-156.

86 Del tipo del macramé sudamericano o el *taaniko* maorí, para los que no se necesita ningún tipo de utensilio o telar, básicamente a partir de técnicas de nudos.



pequeño rebaño y el de algunos de sus vecinos, lo cual está constatado tradicionalmente en aquellos más jóvenes. Este planteamiento se contrapone a la idea de la ganadería como explotación económica preeminente de las comunidades castreñas, tradicionalmente asociadas con una vida montañosa asociada al ganado y su análisis a través de modelos sociales etnohistóricos (caso de los Asturianos vaqueiros de Alzada: González Álvarez, 2007; 2008 y 2011). Otras actividades que requirieron de solidaridad colectiva fueron los trabajos agrarios, la recolección, la caza, la pesca o la detección y extracción de algunos minerales y metales preciosos, como incluso el bateo de los placeres auríferos sobre lo que me referiré posteriormente (Bloque II, cap. 9). Pero la actividad colectiva por excelencia en ámbito castreño fue la construcción y el mantenimiento de los recintos, como reflejo de la inversión en el trabajo de la definición de la comunidad en el territorio (cap. 6.1).

A continuación abordaré los mecanismos ante el fenómeno del crecimiento y la segmentación interna del núcleo familiar, con el fin de esbozar su estrategia de carácter simbólica a partir del registro en el que se han podido detectar fases constructivas en unidades de ocupación complejas. Entrar en la segmentación interna de una unidad familiar, supone traer a colación el tema del parentesco y su importancia en la definición de la sociedad. Todo ello en el contexto del peso específico que se le ha dado en el caso del mundo castreño como una sociedad en la que se reflejarían las referencias romanas de las organizaciones suprafamiliares de *gentes*, *gentilitates* y otras más, como un ejemplo de las antropológicas “*kin-based societies*” o sociedades basadas en el parentesco. Este modelo se fundamenta en la tradición Antropológica para la que el parentesco es el eje causal de todas las relaciones sociales, económicas, políticas y religiosas de una comunidad⁸⁷. Para el caso castreño el modelo sobre el que se fundamente a la sociedad heroica a partir del llamado “clan cónico” es una traslación directa de la sociedad de jefatura tribal formada por círculos de parentesco jerarquizados, tal y como lo definió Shalins desde la Antropología filológica, e inspirado en el universo simbólico altomedieval irlandés celtista (en Brañas, 1995; García Quintela, 2002). Igualmente otras recientes interpretaciones de base antropológica como la de las sociedades de los grandes castros como *sociétés à maison*, pone todo su peso en la casa como el resultado de las relaciones de parentesco, laxas, manipulables y organizadas en torno a un emblema o un nombre de familiar, lo cual es muy difícil de confirmar con anterioridad a la conformación de

87 Densos análisis de las reglas de filiación, alianza y residencia con su fundamento en el evolucionismo funcionalista que opone sociedades basadas en el parentesco vs. sociedades políticas, tal y como reproducen algunos manuales clásicos de Arqueología (Renfrew y Bahn, 1991: 154-7).



los primeros grupos de poder romano-indígenas⁸⁸ (González Ruibal, 2006a). Sin embargo, la propia Antropología lleva décadas criticando los sistemas sociales basados en el parentesco, principalmente desde los años 70 y 80⁸⁹, produciéndose un importante giro crítico que ponía en *stand-by* la recurrencia al parentesco, observada ante todo como una construcción historiográfica (Godelier, 2004: 517). Por todo ello se exige asumir estas críticas en la interpretación del registro castreño y abandonar la idea del parentesco como eje rector social, situándole en su importancia pero también en su imposibilidad de acceder a él desde el registro exclusivamente material (véase en Sastre, Currás y Alonso, 2010).

para revisar desde esta óptica diferente el registro castreño, acudiré a las fases constructivas detectadas en los niveles y sectores excavados en torno a la calle A de La Corona y al *espacio F* que se extiende sobre el *vertedero G* en El Castrelín y El Castrelín. En primer lugar se debe aclarar que dichas fases no corresponden a momentos cronológicos distintos sino a un único horizonte arqueológico cronológico y material equivalente. Se trata mejor de fases de remodelación que bien pudieron dilatarse por una generación o alargarse en el tiempo durante varios siglos, dependiendo lo que se detecte e interprete como nivel de ocupación. Así en el castro de Vilela (Chantada, LU) se detectaron para la fase prerromana 12 estructuras construidas con materiales perecederos en paralelo a la muralla que recintaba el poblado. Parece ser que no existen añadidos de estructuras y cada unidad doméstica pudo estar representada por una única cabaña cuadrangular con esquinas curvas de tamaño medio entre 8 x 4 mts. con hogar más o menos centralizado -caso más visible en cabaña A-. Los excavadores detectan un único nivel de ocupación que pudo alargarse desde el s. IV/III al I a. C., diversas remodelaciones que alteraron su disposición original o la de algunos elementos internos como sus hogares o las compartimentaciones de cada cabaña en periodos no muy distantes en el

88 Es el caso de las inscripciones rupestres de la Citania de Briteiros en ámbitos domésticos de la acrópolis del asentamiento y en otros elementos como los sellos cerámicos, en referencia a unos *Camali* (González Ruibal, 2006-2007: 416, fig. 4.94). Dicha familia se representa epigráficamente en la cercana capital bracarense (tanto en soportes funerarios en *CIL* II 2445; 2447 = 5609; *EE* VIII 118 y 119; como votivos en *CIL* II 2402 = *RAP* 37; y honoríficos en *CIL* II 2426 = *RAP* 549; por lo que se vincula con un claro ascenso de una familia aristocrática romano indígena en época temprana post-conquista, a lo largo de la primera mitad del s. I d. C. (Lemos, 2010: 122-123).

89 Fueron los trabajos de Needham los que pusieron de manifiesto lo ambiguo y variable culturalmente que podían llegar a ser los conceptos del parentesco que invalida cualquier consenso conceptual ni valor heurístico de los mismos (Needham, 1971: 1-34). Posteriormente se criticó la base biológica-genealógica del parentesco a través de la terminología lingüística indígena que desvelaba relaciones de parentesco por religión o territorio compartido (Schneider, 1984). Finalmente se puso de manifiesto cómo la propia determinación del parentesco formaba parte de una creación de Occidente a modo de imagen invertida de su propia sociedad; modelo basado en el parentesco y la sangre vs. modelo estatal basado en la territorialidad (Kuper, 1988).



tiempo. Solo se encuentra un cambio perceptible en el nivel de ocupación del registro, tras un periodo de abandono en época romano-indígena (s. I d. C.), cuando dichas cabañas son sustituidas por otras de forma cuadrangular totalmente en piedra que se superponen al nivel precedente (Álvarez González y otros, 2006). Son las remodelaciones sucesivas y cortas del dilatado espacio de tiempo detectadas en Vilela del mismo tipo que las de La Corona o El Castrelín, aunque en el primer caso concentradas en un único periodo de no más tres cuartos del s. I a. C. y para el caso de El Castrelín posiblemente de un periodo relativo máximo desde el s. III al I a. C.

En el caso de este último contamos con los datos de la unidad F, en la que en un primer momento su construcción 5 con la función de vivienda tuvo un almacén de planta circular que en una fase posterior se anuló, dando lugar a un espacio abierto de tipo corral (*espacio F*). Por otro lado, al almacén se adosaron dos construcciones nuevas sobre un espacio que había concentrado hasta entonces restos del basurero metalúrgico, lo que podría indicar que la unidad metalúrgica se extendiese hacia la esquina suroccidental del poblado; tal vez parte de la estructura 9 excavada parcialmente o tal vez reubicada en el recinto contiguo del poblado que ofreció en prospección gran cantidad de escorias metalúrgicas (Fernández-Posse y otros, 1993: 206-208 y 215-216). La unidad que se conformó se denomina unidad b y queda delimitada por la unidad a y la que compondría la estructura semiexcavada 9 hacia el oeste y la unidad c hacia el este. Todas ellas menos la estructura 9 se construyeron siguiendo al lienzo occidental del recinto, mientras la *unidad d* inmediatamente al oriente de este conjunto se orienta paralela a la pared meridional de la muralla y así parece que se procedió en la construcción de las unidades del sector 2, algo más hacia el este (**Fig. 4 abajo**).

El caso de las construcciones en torno a la calle A de La Corona es algo más complejo y se estructura en torno a la constitución de dos unidades de ocupación a partir de la construcción 1, 2 y 5. La conformación de estas unidades de ocupación se encontró fuertemente limitada al sur entre el espacio de paso común perimurario, la pendiente y el foso, y al norte-noreste por otra fila de construcciones, la arrasada 7 y unidad compuesta por construcciones 8 y 9, que se dan mutuamente la espalda. Hacia el oeste-noroeste se abre una explanada de 12-13 metros entre la construcción más occidental (construcción 6) y la unidad con patio enlosado del sector II. Hacia el sur-sureste se encuentra otra construcción única con un espacio asociado (unidad compuesta por construcción 10 y área semiabierta C) y otra zona abierta (área B) que discurre paralela al foso a lo largo de más de



10 metros de recorrido. La denominada calle A se correspondería en un primer momento a la propia continuación hacia el suroeste del área abierta perimuraria B pero, como veremos, una buena parte de este espacio conformó parte de los corrales de dos unidades domésticas, dejando una única zona de paso colectivo de unos 5 metros de anchura en paralelo al foso del recinto (**Fig. 4 arriba**).

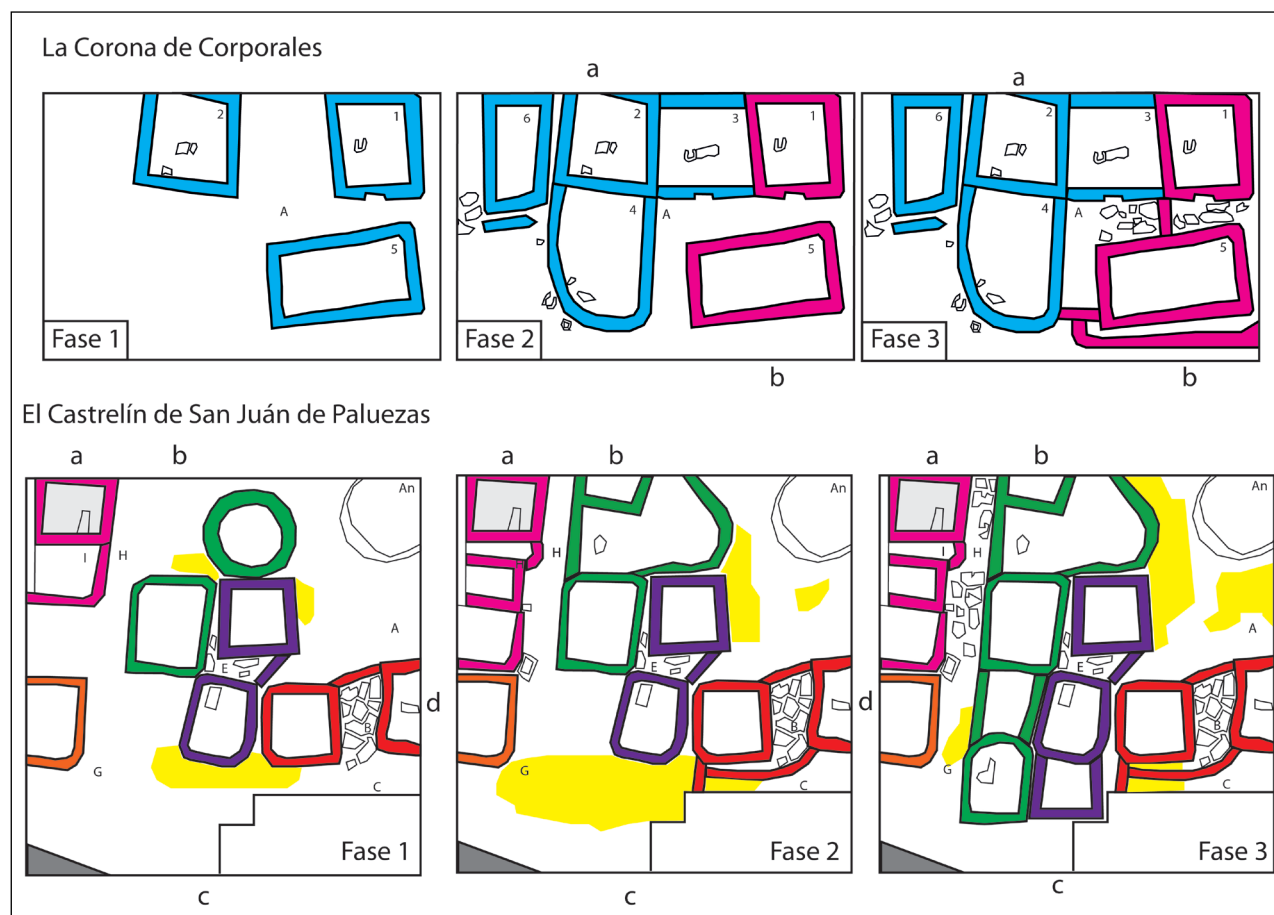


Fig. 4: Fases constructivas en torno a la calle A de La Corona de Corporales (Truchas, León) y en el sector 2 de El Castreón de San Juan de Paluezas (Borrenes, León). A partir de EST-AP.

La evolución de este último conjunto doméstico de La Corona partió de la construcción de las estructuras 1 y 2 que, junto a las posiblemente sincrónicas 11 y sector II, conformaron la línea sureste-suroeste paralela al foso, cuya alineación únicamente rompe a la altura de la curva natural del propio terreno a la que se adaptó, siguiendo un eje norte-sur, la unidad compuesta por la 14 y la 15. Sólo la 1 cumple las características propias como construcción-raíz a modo de vivienda, mientras que la construcción 2 no cuenta ni siquiera con un hogar y está sustentada con un pie derecho con una casi total falta de ajuar. La excepcionalidad de ésta se lo otorga el depósito con los restos sacrificiales de cabra sobre el que me referiré más abajo y que se debe de vincular con el acto fundacional del núcleo



familiar. Por su parte la construcción 5 parece íntimamente ligada al hogar 1 como almacén, por encontrarse enfrente de su puerta de entrada a menos de 1 m. de distancia. Hasta aquí, todo parece normal en la constitución de una característica unidad de ocupación compuesta por una vivienda y su almacén, quedando la habitación 2 que, sin embargo se adosa con la construcción 1 a través de dos muros paralelos que se apoyan en los laterales de la 1 y la 2 y conforman la construcción 3, ésta como otra característica vivienda. En el interior de esta estructura se encontró una pieza singular de orfebrería en forma de espiral de bronce bañado en plata, con paralelos tanto castreños como meseteños, a la que me referiré abajo (Bloque II, cap. 9). Por último, la construcción 4 se anexa a la 2, tomando forma absidial para adaptarse a la pendiente meridional y contando con dos calzos importantes para mantener lo que pudo ser una espacio no necesariamente techado, que parece haber tenido funciones de taller lítico. Y finalmente, la construcción 6 parece haber sido un almacén pegado a la estancia 2, exenta totalmente pero sin dejar por ese lado ningún paso hábil, dando forma a uno de los característicos caleyos. La interpretación primigenia es de dos diferentes unidades domésticas (la 2, 3, 4 y 6 por un lado, y la 1 y 5, por otro), por la observación de dos muretes que definen el espacio interno de corral resultado de la compartimentación de la original calle A. Las entradas a las construcciones 1 y 3 compartían un mismo acceso que, sin embargo, queda dividido con la construcción de un murete. La singularidad en esta fase constructiva reside en el hecho de que las construcciones contiguas 1 y 3 se hacen corresponder con viviendas de dos unidades de ocupación distintas pero íntimamente ligadas (Fernández Posse y Sánchez-Palencia, 1988; Fernández-Posse, 2000a).

Si nos fijamos atentamente, una de las constantes constructivas tanto en El Castrelín como en La Corona pasa por no compartir muros entre unidades distintas, generando espacios adosados o tan estrechos que se hacen intransitables, en donde se acumula la basura pero también se materializa la independencia y el aislamiento constructivo de cada unidad. La única explicación que cabe en el caso de las unidades en torno a la calle A de La Corona, es que compartiesen algún tipo de vínculo que las diferenciaba respecto de sus unidades vecinas. La importancia en este punto del parentesco pudo ser clave, pero su carácter y sentido último nos es inaprensible (Sastre, Currás y Alonso, 2010). Aún así se puede apuntar que se tratase de una escisión/ segmentación interna del núcleo de congéneres, cuya materialización no excede espacialmente los límites que tiene impuestos entre la muralla y



otras construcciones concomitantes. Ambas evoluciones constructivas, la del *espacio F* de El Castrelín y la de la calle A de La Corona, suponen en su última fase la materialización de ciertas desigualdades en relación con otras unidades de su entorno. Sean éstas el resultado de mecanismos en los que el parentesco pueda haber tenido más o menos peso (aumento del núcleo familiar, matrimonio, etc.), a lo que responden es a un esfuerzo por ocultar dichas diferencias, tanto a nivel espacial como a nivel constructivo: haciéndose diferentes pero permaneciendo iguales. Ni rompen el esquema constructivo del resto de las unidades domésticas, aglutinándose unas construcciones con otras, ni exceden el área abierta prevista. El resultado ante un fenómeno de crecimiento interno de un núcleo familiar se resiste espacialmente a sobresalir entre sus vecinos, aunque inevitablemente suponga una fuerza productiva y reproductiva mayor a la de otros que pudo traer inestabilidades y conflicto entre el ámbito doméstico y el colectivo. La estrategia de disposición desde el punto de vista simbólico vuelve a ser la de la inhibición. Ante una situación que rompe con la estabilidad de un núcleo familiar se aprovechan las posibilidades de las que se dispone en el área espacial prevista, adosándose construcciones y/o remodelando otras, con el fin de no excederse o exhibirse simbólicamente frente al resto de sus vecinos. Se ha de valorar que cuando este horizonte previsto se superase, el resultado para evitar el conflicto habría tendido hacia la segmentación, como un mecanismo altamente valioso en contra de la imposición por la fuerza o la guerra y en contra de cualquier conato de concentración del poder y la jerarquía efectuada sobre los demás. Todo ello como veremos más abajo tiene sus consecuencias de cara al exterior, en lo que al ámbito comunitario y extra-comunitario se refiere puesto que el acto de segmentación interna habría tenido un necesario reflejo en el entorno, bien a través de la interrelación con otros poblados (por relación de consanguineidad, matrimonio, alianzas, etc.) o bien a través de la fundación de una nueva comunidad con la construcción de otro castro. A continuación me centraré en la única unidad especializada como tal del poblado castreño y que es la construcción metalúrgica, habitualmente llamada “taller del metalurgo”. Al ser un espacio constructivo que como veremos se dispone a imagen y semejanza del resto de las unidades domésticas, el hecho de que sea el lugar de un trabajo necesariamente especializado nos hace entrar de lleno en lo que he denominado como propiamente colectivo. La unidad metalúrgica como espacio de encuentro colectivo.



5.3. El espacio metalúrgico castreño como lugar de encuentro

para todo el Noroeste ibérico se conocen menos de una decena de espacios como talleres metalúrgicos datados en la Segunda Edad del Hierro, tanto en yacimientos de ámbito astur propiamente: La Corona, El Castrelín, El Llagú, La Campa Torres entre otros⁹⁰; como galaico: desde los cercanos de ámbito lucense interior como el Chao Samartín y Castromaior o del área de Tras-os-Montes occidental en el caso de Muro da Pastoria, hasta los galaicos del área atlántico en los casos de Baroña, A Cibdá de Borneiro, A Forca, Troña, Coto do Mosteiro y Sanfins, por citar los de mayor acceso (Mapa 2). La información extraída del registro difiere enormemente entre unos y otros. Así sólo para los castros del suroeste leonés de La Corona y El Castrelín (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988; Fernández-Posse y otros, 1993), los Asturianos de La Campa Torres (Maya y Cuesta, 2001), El Llagú (Berrocal-Rangel y otros, 2002) y Chao Samartín (Villa, 1999; 2004 y 2009), contamos con una base de datos más o menos sistematizada y accesible para poder llevar a cabo un análisis completo de las particularidades de este espacio especializado. Los datos de Troña (Hidalgo Cuñarro, 1985), Muro da Pastoria (Soeiro, 1985-1986), A Forca (Carballo Arceo, 1987), Borneiro (Romero Masiá, 1987), Coto do Mosteiro (Orero, 1988), Sanfins (Silva, 2006 [1986]) y Castromaior (López Marcos y otros, 2011), cuentan con publicaciones aún parciales de los datos de excavación en diferentes grados. Igualmente existen otros ejemplos bien de noticias antiguas o de sondeos aún muy limitados como para valorarlos desde esta perspectiva. A su vez, me referiré principalmente a la metalurgia de bronce y hierro y dejaré para más abajo los aspectos concretos de la producción y la significación de la orfebrería.

El trabajo en el taller del interior de los poblados debe observarse como una fase intermedia del trabajo que se desprende de la llamada “cadena técnica operativa/ámbito tecnológico⁹¹”, precedida necesariamente por la prospección, extracción e incluso primera reducción en torno a los filones metálicos y superada por la entrega final de la pieza acabada en el circuito de intercambios en uso

90 Se conocen noticias de restos metalúrgicos en Asturias recientemente publicadas pero aún incipientes, como la posible cubeta con carbones, escorias de hierro, gotas de fundición de bronce y fauna del castro de La Garba en Teverga, así como otros similares en El Moriyón, El Castiellu de Fozana, La Garva, el castro de las Torres de Tremao o el de Mohías, entre otros (Fanjul y Marín, 2006).

91 De forma genérica las diferentes fases de trabajo que componen dicho proceso, desde la misma extracción hasta la manufactura de los objetos, no eran necesariamente continuas sino que lo pueden hacer de manera independiente y desconectada, dependiendo de las relaciones sociales, los sistemas de intercambio y el grado de especialización de los talleres o centros de producción: Lemonnier, 1992; Perea, 1995: 69-70 o Martínón Torres, 2002: 29.



en el seno de cada modelo social. --La fase de extracción del mineral es muy importante a la hora de valorar el alcance de la producción, puesto que si la materia prima no se encuentra en el territorio de acción del poblado se requerirá su adquisición por redes de intercambio. Vinculados a esta fase de extracción contamos con muy pocas evidencias en la cultura material, por lo que debemos en gran parte asumir la suposición de un ajuar eminentemente perecedero del tipo cestos, Instrumental de madera o astas en forma de picos entre otros. Como excepción contamos con ciertas mazas o martillos de cantos retocados que se han venido interpretando en diferentes puntos de la Prehistoria peninsular y de los que se ha interpretado un caso en El Castrelín y otros similares que perviven en época romano-indígena como en la mina aurífera Asturiana de Porcia⁹². Una cuestión que se plantea desde esta fase es que se llevase a cabo una primera reducción del mineral extraído a pie de mina --principalmente el de base cobre-- y se trasladase al taller en forma de metal en bruto, tal vez en forma de lingotes, barritas, etc. Este hecho podría verse refrendado por el sistema detectado en el registro de los talleres metalúrgicos de El Castrelín y La Corona; unas pequeñas barras de sección cuadrangular y romboidal con alto contenido en cobre (Fernández-Posse y otros, 1993: 209, fig. 4, 211-212)⁹³. El conjunto analizado presenta aleaciones muy distintas y por lo variado de sus formas, tamaños y pesos parece directamente relacionado con una forma de almacenar el metal, procedente del reciclaje de piezas menudas o fragmentadas de base cobre. En cualquier caso, nada indica que dichas barritas, procedentes del reciclaje o de una primera reducción al pie de mina, tuviesen una función de intercambio más allá de la estricta esfera local del territorio de cada castro y su/s taller/es (Fernández-Posse y otros, 1993: 209).

Los espacios de trabajo metalúrgico que se conocen en ámbito castreño están únicamente detectados en el interior de los poblados recintados, arquitectónicamente como una unidad de ocupación más. El primer castro al que haré alusión es al de A Cidá de Borneiro (Cabana, CO) con una datación desde el s. IV a. C. y con una continuidad en época romana hasta el s. II d. C. En este caso se identificó un área de fundición, a partir de la dispersión de escorias, que incluía las estructuras

92 Se trata de un mismo tipo de mazo lítico denominado *maillets à rainure*, principalmente característicos del Calcolítico y el Bronce inicial, pero que en el Noroeste cuentan con ejemplos a finales de la Segunda Edad del Hierro en el caso de El Castrelín (Montero, 2010: 67, fig. 7 y 68-69, fig. 9) así como en ejemplos romano-indígenas como en la mina de oro de Porcia (Villa, 2010: 98, fig. 20 y 100-101).

93 Entre los casos más evidentes están las muestras PA 3695 = 97,43 % Cu; PA 3706 = 98,31 % Cu; PA 3714 = 98,30 % Cu y PA 3692 = 84,86 % Cu, para El Castrelín y PA 0420 = 72,06 % Cu para La Corona de Corporales: (Fernández-Posse y otros, 1993: 211-212).



9, 10, 11 y 12 al sureste del poblado⁹⁴ y vinculada directamente con un espacio delimitado paralelo a la muralla donde se concentran los hornos y la mayor cantidad de escorias, crisoles, etc. Existen otras áreas de dispersión de escorias en el poblado, aunque mucho menores (Romero Masiá, 1987: 62; Fernández-Posse, 2000a) (**Fig. 5-A**). Del caso del Chao de Samartín contamos con los datos de un área de fundición metalúrgica (*unidades C-1, C-9, C-13 y C-10*), amortizado en el cambio de Era y datado gracias al material combustible entre los siglos IV-III a. C. del conjunto de hornos metalúrgicos en las traseras de las cabañas *C-1, C-9 y C-13* en paralelo a la muralla⁹⁵. Entre el registro metalúrgico recuperado destaca un conjunto de material de acopio en forma de tortas de fundición de cobre dentro de una vasija y algunos recortes de tortas⁹⁶ así como un ojal de suspensión en plata -en total 12 fragmentos- (Villa, 1999; 2004: 257-259, fig. 4, Lám. II y 2009) (**Fig. 5-E**).

Los otros casos se refieren a sondeos efectuados en asentamientos y no a áreas excavadas tan amplias como La Corona, El Castrelín, A Cidá de Borneiro o Chao Samartín. Sin embargo, también podemos extraer algunas pautas. En el poblado de Muro de Pastoria (Chaves, Vila Real), datado en el s. I a. C., se encuentran hornos de fundición de nuevo vinculados a la muralla. Por su parte, la única cabaña sacada a la luz vinculada con ese espacio, cuenta con unos lingotes de hierro almacenado para ser trabajado (Soeiro, 1985-86) (**Fig. 5-B**). Es conocida igualmente un área de fundición en el sector C al sur de El Castro de A Forca (A Guarda, PO), datado entre el s. IV-I a. C., en relación con un conjunto de estructuras paralelas a la muralla del poblado, al sureste de la construcción contigua A (Carballo, 1987: 16-22) (**Fig. 5-C**). Aún menos claro, son los casos de Baroña (Porto do Son, CO), Troña (Ponteareas, PO) y Coto do Mosteiro (Carballiño, OR). Para el primer caso, sólo contamos con una propuesta de antiguo de un área de fundición pegado a la muralla del primer recinto, asociada hogares externos (*sector E7*) en la Fase 1 y a un espacio semicubierto (*G 10*) con un hogar tipo “parrilla” en la Fase IIB, de cuyo entorno se conoce material de desecho metalúrgico y numerosos ejemplos metálicos desde la fase de ocupación más antigua vinculada a material que no

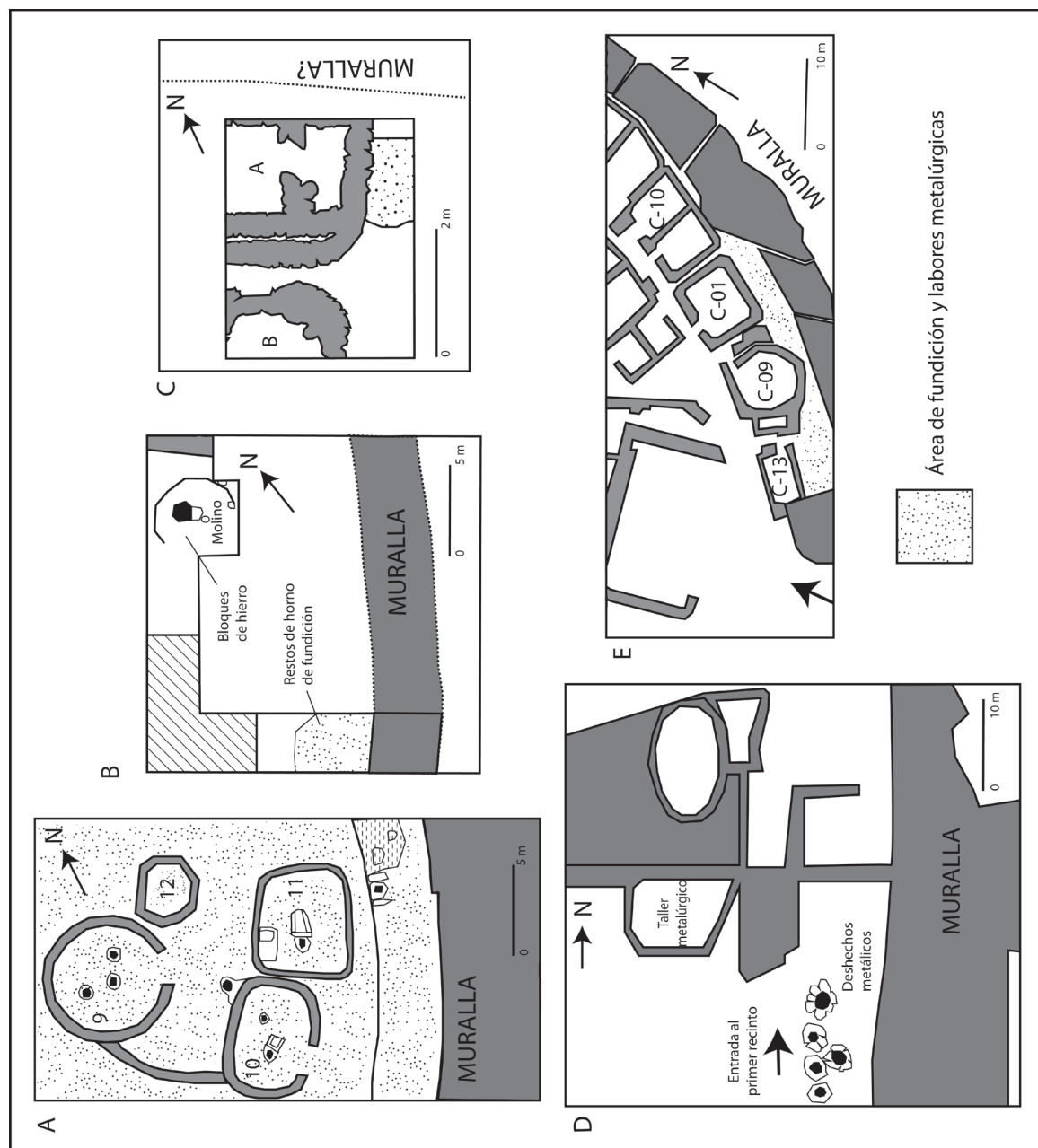
94 para González Ruibal una de esas estructuras pudo funcionar como almacén en contra de la hipótesis de Fernández-Posse sobre la asociación necesaria del “taller metalúrgico” como *unidad* excepcional sin almacén. Sin embargo su crítica queda poco clara (González Ruibal, 2007: 506).

95 Las dataciones obtenidas en el material de combustible y los sedimentos son CSIC-1471, CSIC-1518 y CSIC-1472 (Villa Valdés, 2004: 256, nota 1).

96 para Villa (2004: 257-258) estos recortes podrían ser la divisa indígena de los montañeses a la que se refiere Estrabón cuando dice que “en vez de monedas, unos (...) se sirven de mercancías o cortan una lasca de plata y la dan” (*Str.* 3, 3, 8).



Fig. 5: Espacios metalúrgicos en ámbito castreño: A) A Cibdá de Borneiro (Cabana, C); B) Muro da Pastoria (Chaves); C) A Forca (A Guarda, PO) y D) Baroña (Porto do Son, C) y E) El Chao de Samartín (Grandas de Salime, AS). A partir de VVAA citados en el texto.





debería ir más allá del s. I a. C. (Calo y Soeiro, 1986: 14, 17, 18, 21) (**Fig. 5-D**). En Troña, con una datación de la construcción de la muralla en el s. IV a. C., se detectaron en la campaña de 1983 unas estructuras paralelas al recinto y materiales como dos crisoles y un área de combustión (*hogar 2*) en un espacio abierto (Hidalgo Cuñarro, 1985: 22). En Coto do Mosteiro sabemos que se recogieron unos 400 moldes de fundición, principalmente de pequeños objetos como agujas, prendedores y fibulas, al pie de la llamada muralla helicoidal y sobre el foso en el área suroccidental del principal recinto (Orero, 1988: 8, 40 nota). Para otros casos como Sanfins sabemos que hay detectada un área metalúrgica asociada con la *casa Xa* en la esquina interior de la primera línea de muralla en el centro del poblado (Silva 1986:47), pero no he tenido acceso a datos en detalle sobre su composición y cronología. Por último, se ha publicado recientemente la detección de actividades de trabajo metalúrgico en el castro de Castromaior (Portomarín, LU) localizados por sondeos en los últimos recintos y plataformas (R4, R5, R7, R8 y R9, sin especificar más) que rodean el recinto de ocupación principal, datados en la remodelación del s. I a. C.-I d. C. pero con una frecuentación desde el s. IV a. C. (López Marcos y otros, 2011: 52).

De los casos de La Corona y El Castrelín en el occidente leonés como modelos de este tipo de áreas especializadas en el contexto del modelo social segmentario, contamos con una mayor información tanto a nivel constructivo y material como espacial y tecnológico. El área de trabajo metalúrgico como tal en La Corona de Corporales lo compone la unidad compuesta por las construcciones 11-12, 13 y el espacio semicubierto D (*unidad d*) junto con el *espacio abierto E-E'*, del que se recuperaron más de 100 Kg. de escoria y cerámica escorificada (**Fig. 6 izquierda**). Para el caso de El Castrelín (**Fig. 6 derecha**) en cambio no se conoce propiamente una unidad, tal vez la construcción 9 y otras contiguas sin excavar, sino al deducción de un área a partir del vertedero especializado G⁹⁷ frente a otros importantes conjuntos reaprovechados tanto en los suelos de distintos lugares⁹⁸ como en el

97 El basurero G ocupa una extensión de algo más de 12 m² y presenta una deposición de niveles que se formaron lentamente y que corresponden a aportaciones ocasionales de cierto volumen de vertidos de cenizas que parecen el producto de una combustión larga y que se ha relacionado como proveniente de la limpieza de hornos u otras Instalaciones metalúrgicas (tipo cubetas para vasijas-horno) de alguna unidad cercana. Además confluyen en este espacio todos los elementos metalúrgicos desechados (crisoles, toberas, fragmentos de horno, cerámicas escorificadas o gotas de fundición, casi 14 Kg. de escoria, pequeños objetos de bronce y fragmentos de moldes de fundición) junto a una relativa abundancia de restos de fauna (Fernández-Posse y otros, 1993: 206-207).

98 Principalmente en el espacio libre A, en donde se recuperaron unos 9 Kg. de escoria pero que al tratarse de un espacio de vertido comunal como producto de la larga ocupación de El Castrelín, parece vincularse con el montante de escoria acumulado en el relativamente cercano basurero especializado G. La falta de “especialización” de dicho vertedero



escorial de producción siderúrgica en parte del segundo recinto⁹⁹. Ambos casos difieren respecto a su conservación por lo que se puede imaginar de la ocupación concentrada en el tiempo y el fin violento de la ocupación en La Corona, posiblemente asociado con las operaciones de la conquista romana, frente la mayor antigüedad de la ocupación y su paulatino despoblado tras la conquista en El Castrelín (Fernández-Posse y otros, 1993: 201-208; Fernández-Posse, 2000a: 75). Es por ello que arqueológicamente la unidad metalúrgica de La Corona contiene una información más conservada y valiosa a la hora de encontrar una pauta compartida en los otros casos conocidos, partiendo de las concomitancias con el poblado de El Castrelín, a la hora de valorar un modelo tanto constructivo y espacial como social del papel del metalurgo en ámbito castreño desde un punto de vista segmentario.

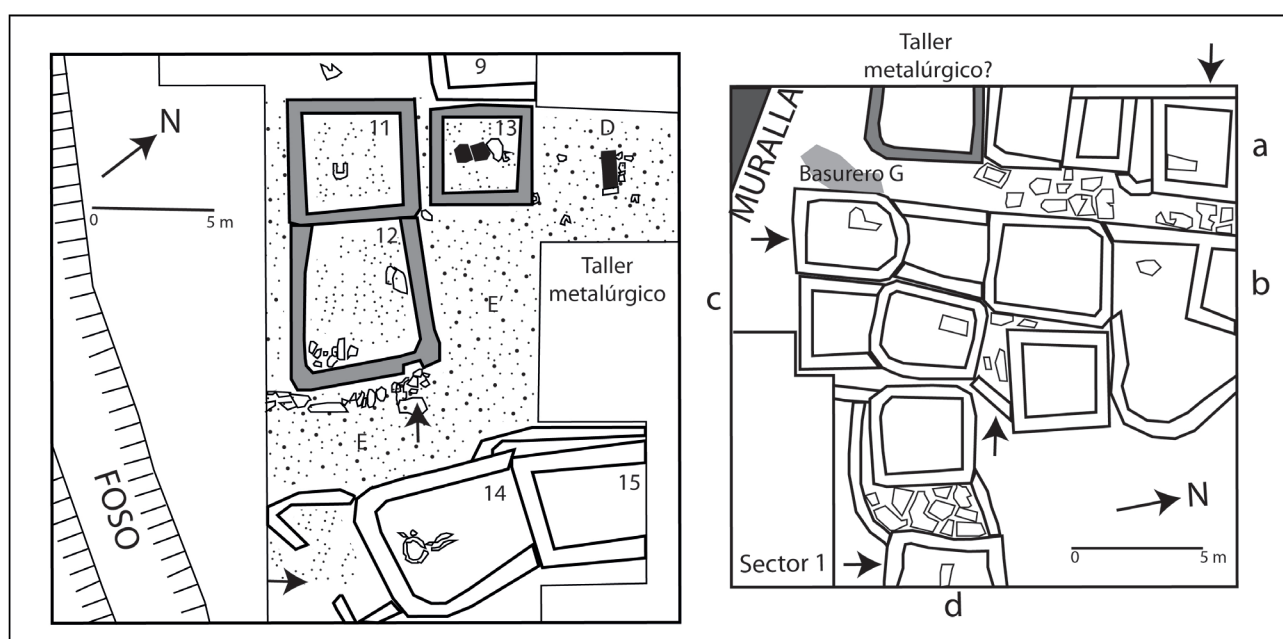


Fig. 6: Localización de la unidad metalúrgica en La Corona de Corporales (Truchas, LE) y basurero metalúrgico y posible taller en El Castrelín de San Juan de Paluezas (Borrenes, LE). A partir de EST-AP.

Las construcciones 11 y 12 que conforman la *unidad d* de La Corona de Corporales reproducen aparentemente el mismo modelo constructivo de cualquier otra unidad doméstica, compuesta por una vivienda y un espacio anejo o habitación. Sin embargo, la verdadera diferencia está en la ausencia de en el espacio libre A se confirma por la carencia del resto de elementos resultantes del proceso metalúrgico (cerámica escoriificada, restos de fundición, etc.), indicando un único lugar de producción en torno al basurero G, algunos de cuyos vertidos pudieron desbordar dicho espacio hacia el espacio libre A (Fernández-Posse y otros, 1993: 207-208).

⁹⁹ Se trata de un sondeo que se hizo en el segundo recinto, al oeste de la principal zona excavada del principal recinto amurallado. En el pequeño sondeo se localizaron algunas estructuras cubiertas de un potente estrato de arcilla rojiza que posiblemente correspondiesen a Instalaciones metalúrgicas sobre las que, una vez inutilizadas, se vertieron hasta 60 Kg. de escorias principalmente de hierro (Fernández-Posse y otros, 1993: 215-216).



un habitáculo o estructura dedicada al almacenaje, tal y como muestra la pauta más compartida por las unidades domésticas dispuestas en el poblado. Un análisis del ajuar interno del núcleo constructivo de la *unidad d* demuestra particularidades que la diferencian también del resto de estructuras domésticas vecinas. En primer lugar, y como muestra de una unidad diferenciada que “no producía alimento”, se destaca la ausencia de molino -sólo uno reutilizado como afiladera- a diferencia del resto de unidades, caracterizadas por la asociación de hogar-molino. El hogar de la estructura 11 tiene una morfología y una calidad más cuidada que el resto de los hogares detectados en el poblado¹⁰⁰. Al específico ajuar metálico (dos cuchillos, un asa de hierro, dos remaches, una espiral, un gancho y una pieza de arreo) se le suman cinco grandes orzas de almacenamiento. Este hecho supera el de cualquier otra unidad, a lo que se une la ausencia de las características urnas decoradas como vajilla de cocina característica en el resto de unidades¹⁰¹ y el espacio mínimo, por no decir ausente, destinado a la vida doméstica¹⁰². Por último, la presencia de tres molederas y hasta cuatro afiladeras, muy por encima de la media del resto de unidades del poblado, podría estar directamente asociada con el proceso metalúrgico (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 71, 150; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 74-75, fig. 66). En este punto podemos esbozar que además de las actividades propiamente metalúrgicas, en el seno de las estructuras 11 y 12 se constata una especial conjunción de dos elementos *a priori* ajenos: la concentración de vasijas de almacenamiento frente a la ausencia de vajilla de cocina.

Estos castros leoneses permiten abordar en detalle los distintos trabajos y procesos técnicos detectados en dichos espacios metalúrgicos, diferenciados básicamente entre los trabajos de fundición y elaboración de objetos de base cobre (cobre y bronce) frente a los de hierro. Ambas producciones difieren la una de la otra en los casos de estudio presentados, puesto que frente a la docena de piezas de base cobre de La Corona y el pequeño conjunto del mismo material muy fragmentado y reaprovechable procedente del vertedero especializado G de El Castrelín, contamos con aproximadamente 100 Kg. de escorias de base ferruginosa en cada uno de los yacimientos. Respecto a la caracterización de la producción de cobre y bronce, sabemos por los análisis metalográficos elaborados que frente a la alta variabilidad de sus composiciones

100 De hecho, remite a un modelo de “plancha”, del que se encuentra un paralelo muy cercano del yacimiento vecino romano-indígena de El Castro de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 150).

101 A excepción de la unidad arrasada 7 y la cercana compuesta por las construcciones 14 y 15 (*unidad e*) que tampoco cuentan con dicha vajilla.

102 Representado por la construcción 11 con un cálculo de unos 13,70 m² frente a unidades de ocupación que cuentan con anejos de habitación cuyas sumas doblan el espacio dedicado como la vivienda 8 con 17 m² más los 13 m² de su anejo 9 o la 3 con 17,80 m² y su anejo 2 de 18 m² (Fernández-Posse y otros, 1993: 203, Tabla 1).



se trata de objetos de adorno personal de aceptable factura: principalmente plaquitas decoradas, asas de vasijas, anillos, aretes y alguna fibula. Las impurezas características en ambas colecciones de restos de base cobre son altas en arsénico y antimonio así como, más esperable, en plomo y parece ser que hay cierta normalización respecto a bronce binarios (Cu-Sn en torno al 10-15% Sn). Esta variabilidad en las composiciones y el uso de cobre arsenicado y/o antimoniado no dejan de sorprender para la Segunda Edad del Hierro y en los objetos de adorno para lo que se utiliza, aunque se ha propuesto filones mineralógicos en el área de Borrenes, directamente relacionada con El Castrelín¹⁰³ (Fernández-Posse y otros, 1993: 210-213). Por último, los moldes de arcilla local para la elaboración de las sítulas bronceas decoradas aparecidas en el yacimiento de El Castrelín (Fernández-Posse y otros, 1993: 212-214; Galván y otros, 1993), con un patrón formal y decorativo compartido por todo el noroeste, muestran un conocimiento técnico prestado mayor por parte del metalurgo, sobre el que volveremos a la hora de tratar este fenómeno en el contexto de la introducción de la vajilla metálica como resultado del contacto indirecto romano.

Por otra parte no han sido detectados hornos de fundición propiamente dichos en ninguno de los dos yacimientos leoneses pero sí multitud de fragmentos de vasijas escoriñadas sin elementos diferenciadores con otras producciones cerámicas. Se trata del sistema primitivo -desde el Calcolítico- y rudimentario denominado vasijas-horno/vasijas de reducción¹⁰⁴ y que servía para transformar el mineral en cualquier parte, puesto que son hornos portátiles, sin requerir trabajos de preparación ni áreas de acondicionamiento, por lo que también podrían haberse utilizado al pie de mina para la primera reducción de la que hablaba arriba. Recientemente el mismo proceso metalúrgico de vasijas-horno ha sido analizado para el caso de los niveles prerromanos de La Campa Torres (Gijón) (Maya y Cuesta, 2001). Sin embargo, a diferencia de lo expuesto para La Corona y El Castrelín, se ha hecho especial hincapié en un modelo Asturiano diferente puesto que los restos del proceso metalúrgico no se concentran claramente en un área “especializada” sino que se insiste en su presencia prácticamente

103 Se trata del área de La Campañana (Borrenes, LE), en donde se encuentran filones mineralógicos que alternan tramos con Ag-Pb-Zn-Cu en dominio carbonatado con otros de asociaciones de Pb-Zn y Pb-Cu,. Dicha composición podría haber sido la fuente del antimonio y el arsénico presentes en las composiciones de los objetos manufacturados con mineral compuesto polimetálico procedentes de El Castrelín (Fernández-Posse y otros, 1993: 213).

104 Estas piezas se caracterizan por ser vasijas cerámicas profundas con una amplia superficie de contacto sin pico vertedero y con pastas mejores que las de los crisoles. Su papel es la obtención de lingotes de metal mediante el sistema feeder, calentando grandes masas metálicas en crisoles entre brasas, facilitando la eliminación lenta de gases nocivos y logrando una base de metal diferenciada apartada del contacto con el exterior. Suelen presentar adheridas a sus paredes gotas de fundición y aparecer fragmentadas a causa de la rotura intencionada tras la reducción del mineral para el aprovechamiento de la ganga (Renzi, 2010: 125-133).



en todas las cuadrículas excavadas (tanto asociadas a la muralla como en la llanada) desde los niveles del s. VI-V hasta el I a. C. El control de la materia prima que para el caso de la Campa Torres se hace necesario acudir a filones alejados 35-40 Km, como para el caso del cobre de la Sierra de *Aramo* o el Monte Sueve en la Asturias oriental o el estaño del área gallega, todo lo cual fortalece la idea de un asentamiento con vocación metalúrgica y dominio sobre redes de intercambio interregionales desde el hito referencial del Cabo Torres (2001: 238-239, 252-256). Para el caso de El Llagú (Latores, Oviedo) se ha incidido en el mismo aspecto de una orientación especializada en la metalurgia de todo el poblado y el control de las rutas de intercambio necesario para la obtención de la materia prima de la aleación para la producción de bronce principalmente (Berrocal-Rangel y otros, 2002: 27-30), con producciones de hierro menores y de extracciones en el entrono inmediato (1'5-2 Km.) (Fanjul y Marín, 2006: 120). Pero el problema que existe aquí es el de que en ambos casos se produjeron importantes transformaciones con la reorganización en época romana, principalmente en este punto en lo que a la aparición de poblados especializados y las redes interregionales de intercambio se refiere. La ocupación en época romana y su reorganización interna de los poblados puede desvirtuar la dispersión de los desechos metalúrgicos, los cuales en época prerromana también podrían desbordar las áreas de trabajo principales, como sucede en el caso del segundo recinto en El Castrelín. Tanto en la Campa Torres como en El Llagú, frente a la interpretación aceptada, se conocen restos de hornadas en sectores muy concretos como el XVI y el XIX asociados al nivel del s. II-I a. C. de la ronda de la muralla del primero (Maya y Cuesta, 2001: 59-60, 65-66) y en un área más o menos amplia en torno al sector suroeste del segundo, con una datación de un molde bajo la cabaña TO9 en una capa del s. IV-III a. C. (Berrocal-Rangel y otros, 2002: 194-195). Todo ello implica que no se puede tomar como absoluta la interpretación de dichos castros como núcleos metalúrgicos especializados en un ámbito regional por lo menos con anterioridad a la conquista romana. En su lugar la Campa Torres o El Llagú pudieron contar con unidades metalúrgicas localizadas como en los casos de La Corona o El Castrelín.

Respecto a la producción propiamente de hierro en La Corona y en El Castrelín se conocen como decíamos 100 Kg de escorias en cada uno. Se ha venido comprobando que las particularidades del proceso siderúrgico¹⁰⁵ habrían implicado una separación respecto de la labor en los talleres metalúrgicos

105 Como es bien sabido el punto de fusión del hierro es muy alto (1538 °C) y dadas las limitaciones de la época para alcanzar y mantener dicha temperatura, lo que se genera del proceso de reducción preindustrial del hierro es una *luPia*



como tales. Se trata de las actividades de la post-reducción en torno a la misma estructura de combustión específica para la fusión del hierro y, por otro lado, la depuración y forja del material en bruto. El problema radicaría en la evidencia de la limitada capacidad de los hornos conocidos, puesto que en las vasijas de reducción no habría podido ser muy grande la cantidad de metal generado. Parece que el trabajo más cotidiano habría sido el dedicado a la forja y a la producción continuada de sustitución y reparación de las herramientas para lo que no se habría necesitado una gran cantidad de mineral en la labor de reducción, cuadrando por tanto con el uso de las vasijas tan presentes en yacimientos como La Corona o El Castrelín pero también en La Campa Torres y El Llagú. Recientemente se ha dado conocer los datos de un sondeo en el castro Asturiano de La Garba (Teverga) con un hoyo de estructura ovoide adosado a la muralla exterior y excavado en la roca con restos de carbones, fauna, escorias de hierro y gotas de fundición de bronce. Pero lo más interesante ha sido la aparición asociada de fragmentos de bloques de areniscas con el mineral de hierro utilizado, lo que demuestra el traslado al poblado de la materia prima ferruginosa del entorno inmediato (Fanjul y Marín, 2006: 118). Otro asunto añadido en la fundición del hierro es el peligro del trabajo de reducción y post-reducción, fuente de olores y gases que emanan. Para el caso de El Castrelín se ha llegado a proponer que dicha producción de hierro, o al menos su fase de reducción, habría estado segregada del recinto principal gracias a los indicios del sondeo del segundo recinto. En concreto parece ser que unos 60 Kg de escorias, principalmente de hierro, fueron vertidos sobre un conjunto de estructuras de habitación que de esa forma quedaron clausuradas (Fernández-Posse y otros, 1993: 215-216). Este espacio podría haberse tratado de un área siderúrgica auxiliar, tal vez, de la unidad incompleta compuesta por la construcción 9 del primer recinto, en donde a modo de hipótesis se podría haber llevado a cabo la depuración y forja, y que habría que poner en relación tanto con las *praxis* del proceso técnico como con las sucesivas y complejas fases constructivas del poblado, del que sólo conocemos el último horizonte.

Siguiendo la interpretación del registro más documentado en el caso de los castros leoneses, la presencia sobresaliente de grandes vasijas en las construcciones principales de la unidad metalúrgica

o esponja de hierro bruto con una composición muy heterogénea (con inclusiones de escorias, relictos de minerales no reducido, restos de carbón, etc.). Sólo a través del martilleo sucesivo se va depurando dicha esponja ferruginosa en bruto o lupia, para una vez purificada darle la forma deseada a través de la forja (Rovira y Renzi, 2010: 114-120). Se conocen algunos cálculos experimentales que sólo en la producción siderúrgica –generación de *luPia* y post-reducción- podrían alcanzarse hasta 12 horas de dedicación en un contexto artesanal (Nosek, 1985: 167-168).



de La Corona permitieron interpretarlas como receptáculos de almacenaje sustitutas del almacén del resto de unidades domésticas. Esta vino a ser la prueba de los mecanismos de redistribución que habrían permitido a la familia del metalurgo, interpretado como especialista a tiempo completo, eximirse de buena parte del trabajo en el campo. Desde esta perspectiva, la concentración de vasijas de almacenamiento es el reflejo de los excedentes del resto de la comunidad como “pago” por la actividad especializada que se hubiera requerido. Por otra parte no existe ningún elemento más en el registro que permita argumentar la emergencia de una desigualdad social interna del metalurgo respecto a sus vecinos (Fernández-Posse y otros, 1993: 205; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998; Fernández-Posse, 2000a: 77; Sastre y Sánchez-Palencia, 2012: 298). En la clave de esta argumentación está la diferenciación entre “especialización” y “especialidad” expuesta por Meillassoux a la hora de caracterizar a los metalurgos en sus sociedades domésticas. En estos casos más que una especialización se habría tratado de una especialidad técnica que, en principio, no tendría porqué excluir al metalurgo de las actividades agrícolas. La interpretación de la unidad metalúrgica como unidad doméstica sin almacén, como vivienda del metalurgo y su familia en La Corona de Corporales, suponía una diferenciación notable del resto de vecinos. Meillassoux contemplaba ese caso que resolvía acudiendo al marco ampliado de los mecanismos de redistribución, a modo de una relación comunidad agrícola-cliente metalurgo. Pero frente a una necesaria jerarquización entre los distintos tipos sociales (campesino vs. metalurgo), el proceso de redistribución habría prevenido los efectos inmediatos de la división social del trabajo y habrían prevalecido los fundamentos de la comunidad doméstica (Meillassoux, 1999 [1975]: 60-61).

Esta interpretación campesina y segmentaria en ámbito castreño supuso un cambio radical a la visión apriorística que se tenía formada del metalurgo en la Edad del Hierro como individuo entre su estatus privilegiado cercano al poder y marginado por su especificidad tecnológica, envuelta en una nebulosa mágico-ritual. Dicha imagen remite al modelo social de jefaturas jerárquicas y en especial en aquellas de base indoeuropea o celtas, en el que el metalurgo actúa como un especialista artesano bajo el patronazgo de un jefe, para el que produciría las armas y adornos de su parafernalia de alto estatus (ejemplificado en el modelo para Danebury en Cunliffe, 1983: 169). Sin embargo, como han demostrado las críticas a este modelo social en ámbito británico (Collis, 1994; Hill, 1995b; 2006 y 2007), la especialización artesanal metalúrgica tiene su lugar en sociedades no estratificadas. Si se hace



un rápido análisis de los casos antropológicos documentados sobre el tema en comunidades agrarias con fuertes lazos igualitarios, se pueden encontrar distintos papeles para la figura del metalurgo; desde su relevancia político-religiosa hasta su marginación social como artesano itinerante¹⁰⁶.

En ámbito arqueológico algunos trabajos sobre el papel del metalurgo a partir del registro britano han tenido especial difusión para la Edad del Hierro europea (Hingley, 1997; Giles, 2007). Se hacía hincapié en la trascendencia simbólica del trabajo del metal a partir de algunos trabajos antropológicos clásicos como el de la metalurgia del hierro en sociedades centroafricanas (en Herbert, 1993). El trabajo especializado según el cual una roca-mineral se transforma en un artefacto, además de sus implicaciones tecnológicas, forma parte de un “proceso místico” con una lectura social del acto de producción (Hingley, 1997: 9). De la misma forma que en el contexto africano el trabajo del hierro se inserta en una concepción regeneradora del ciclo de la vida humana¹⁰⁷, en la Edad del Hierro britana pudo existir una misma asociación con el ciclo agrícola, reconstruyendo todo el proceso desde la extracción del mineral hasta sus significaciones sociales a imagen y semejanza del propio proceso de producción agrícola (1997: 10-13¹⁰⁸). Más recientemente se ha retomado la misma asociación entre el trabajo del hierro y la producción de cereal, a propósito de un gran silo amortizado con material agrícola y metalúrgico datado en plena Segunda Edad del Hierro¹⁰⁹ (Giles, 2007: 395-7). Aquí no sólo se traen a colación la importancia simbólica de la regeneración agraria, sino también la de la transformación destructiva y violenta consustancial a los momentos de negociación social o de los momentos vitales relacionados con la fertilidad y/o la muerte; la metalurgia como metáfora de la autoridad y el poder social (2007: 400-409). Las críticas al modelo clásico celta a partir de las analogías antropológicas y la puesta en marcha de un análisis del proceso metalúrgico como metáfora

106 Por ejemplo entre los Taman nepalíes, el herrero se representa como una única “casta” negativa, posiblemente resultado de los contextos sociales y productivos de la sociedad hindú como fuente de prestigio (Holmberg, 2007). En Siberia, los Yakuts, en cambio, consideran el papel del metalurgo respecto al del chamán, siendo ambos considerados hermanos de sangre, por encima el primero respecto del segundo, cobrando así la metalurgia un halo de “poder religioso” (Popov, 1933).

107 Hornos de fundición como vientres maternos, mineral como semen y torta de fundición como prole, en Herbert, 1993: 70-2

108 Así el inicio del proceso, parte de un *espacio* Fuera del dominio doméstico, aunque sea recogido del territorio local en paralelo al momento de siembra del campo. El lavado y machacado del mineral también tiene relación directa con el procesado de ciertas plantas. Continuando con la imagen agrícola, el mineral procesado, como cereal transformado en harina, sería fundido-cocido para crear una torta de fundición-torta de pan (Hingley, 1997: 10-13).

109 Se trata del silo G29 situado en el yacimiento de Garton Snack (East Yorkshire), en el que se amortizaron herramientas de metalurgo y una cesta con cebada carbonizada que había sido previamente trillada y aventada (Giles, 2007: 395-7).



de “paso”, de transformación de un estado a otro -en relación con el ciclo agrario, el reproductivo biológico o el del conflicto social- es el indudable punto de partida en cualquier reflexión sobre el papel del metalúrgico en la Edad del Hierro.

En el caso castreño segmentario ejemplificado con el caso de la unidad metalúrgica de La Corona se hace necesario revisar los datos conocidos hasta ahora respecto a las conclusiones que puedan extraerse para definir qué papel social pudo tener el metalurgo. A este respecto se parte de una serie de elementos que no quedaron del todo bien explicados en la interpretación de La Corona: en primer lugar la ausencia del característico ajuar de cocina presente en la mayoría de las unidades domésticas, el cual se asume igualmente en la imagen de una interpretación de la unidad metalúrgica como unidad doméstica, es decir como vivienda del metalurgo y su familia. En segundo lugar e íntimamente unido, las posibilidades que existen en comparación con los otros casos conocidos en relación con el lugar que ocupa espacialmente la unidad metalúrgica en el interior de los poblados castreños. Con todo ellos se pretende revisar en una misma línea del especialista metalúrgico en la sociedad castreña segmentaria desde un punto de vista más flexible y menos vinculado familiarmente al espacio de trabajo, como lugar integrado espacial y simbólicamente en el ámbito social de lo colectivo.

La información acumulada hasta hoy día sobre los espacios metalúrgicos castreños del Noroeste ibérico muestran un mismo patrón en el interior del único tipo de poblado detectado, a diferencia del panorama conocido en otros ámbitos europeos como el britano en donde el poblado recintado o hillfort convive con otros modelos de hábitat en abierto y se conocen datos extraídos de registros poco presentes o desconocidos en el Noroeste ibérico como son los depósitos atípicos (silos amortizados de forma ritual, depósitos de lingotes, etc.) tanto intra o extra-muros¹¹⁰, con la única salvedad de la orfebrería sobre lo que trataré en el siguiente bloque. Así para casos como el britano se reconoce un fenómeno compartido en la localización de los espacios metalúrgicos y de algunos de sus depósitos bien conocidos en torno a lo que se denominan áreas liminales, lo cual remite a la simbología de la transición o de paso¹¹¹ (véase Hingley, 1990a; 1997 y 2006; Giles, 2007). El caso ibérico es en

110 Son los casos de los espacios metalúrgicos en poblados en abierto como Wetwang Slack (East Yorkshire) o Winwall Down (Hampshire), los de los *hillforts* de Maiden Castle o Gussage All Saints (ambos en Dorset) y depósitos atípicos como el silo amortizado con herramientas de metalurgo en Garton Slack (East Yorkshire) o los depósitos de lingotes en áreas *off site* (Hingley, 1990b; 1997 y 2006; Giles 2007, entre otros).

111 La localización del taller metalúrgico depende en gran parte de la estructura del poblado, puesto que en un asentamiento en abierto existe mayor posibilidad para desagregarse del conjunto de espacios construidos que en un recinto perfectamente limitado. Sin embargo existen algunas ideas generales que apuntan a la localización del taller



cambio más difícil de sistematizar en este sentido. Por un lado, si observamos la localización del espacio metalúrgico en algunos de los poblados castreños que he citado, se encontrará una constante en su ubicación en el pasillo perimetral a la muralla¹¹². He indicado más arriba que tras esta elección está la selección de los lugares más proclives para habitar al resguardo de los fuertes vientos y de las zonas más a la intemperie. Además, parece que en la orientación dentro del poblado, este tipo de unidades especializadas reproducen un patrón sur-sureste¹¹³, algo más constante que en los casos ingleses que presentan mayor disparidad (Hingley, 1997: 13), corroborado para nuestro caso ibérico, también es cierto, en muchos menos ejemplos conocidos. Frente al factor simbólico de la liminalidad que presentan las disposiciones variables del registro metalúrgico en ámbitos como el britano, en el Noroeste ibérico sólo podemos encontrar una asociación recurrente que habrá que confirmar con los casos que se vayan dando a conocer. Se trata de la localización de las áreas de trabajo metalúrgico en el interior de los poblados asociada a los espacios potenciales de tránsito o de paso, próximos a los ángulos del recinto cuando los tiene. Esto es especialmente difícil de observar en casos de recintos circulares, pero en casos de recintos con “esquinas”, incluso con torreones, como el de El Castrelín, parece que el espacio metalúrgico se aproxima mucho a ese espacio de inflexión. En el caso de La Corona, el espacio abierto E, donde se localiza el área semidescubierta de trabajo y se acumula el principal escorial, podría ser uno de los ejes de acceso para toda la zona de unidades domésticas de esta parte del poblado, que parece la más habitada. A su vez, la principal construcción de la unidad metalúrgica contaba con una acera especialmente cuidada que ayudaba a superar el paso E' que pudo quedar encharcado casi todo el año (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 13). La preparación del suelo de todo este *espacio abierto E-E'*, parte del cual era potencialmente encharcable, tuvo un especial aporte de cientos de fragmentos cerámicos de todo el poblado además de los estériles, los cuales se reutilizaron para afianzar el pavimento de la falsa calle (1988: 26, 65). En El Castrelín la zona abierta G cubierta por escorias y el presumible espacio metalúrgico que debió extenderse hacia

metalúrgico en espacios liminales: así en un poblado en abierto como es el de Wetwang Slack, con una necrópolis tumular asociada, el taller aparece alejado del resto de las viviendas; en el de Winwall Down se localiza en la zona menos habitada y en Maiden Castle o Gussage All Saints, se sitúa propiamente a la entrada de los poblados (Hingley, 1990b y 1997).

112 Siendo en ese espacio donde se encuentran los lugares de combustión de Borneiro, Troña, Muro da Pastoria, A Forca, Chao de Samartín y probablemente los de La Campa Torres y El Llagú; y que además se reproduce en un mismo sentido que el resto de construcciones en casos como el de La Corona o El Castrelín, en donde las unidades se disponen y se extienden en un escrupuloso sentido paralelo al recinto dejando un amplio espacio sin habitar.

113 Con el caso claro de localización en la entrada en el Chao de Samartín o en el acceso a la acrópolis de Baroña, tal vez relacionado con el acceso del poblado por la zona occidental.



el ángulo suroccidental del poblado sin excavar, suponía el acceso más cómodo desde la entrada hacia las unidades que se extendían en paralelo al eje occidental del recinto. En este caso, como hemos visto este paso se utilizó como vertedero colectivo hasta que fue ocupado en parte por el crecimiento de la *unidad b*, respetándose el paso hacia la presumible principal construcción metalúrgica sin excavar (Fernández-Posse y otros, 1993; 2000: 75). No se debería descartar algún tipo de acceso desde esta esquina suroccidental al segundo recinto en donde se ha propuesto la segregación de un espacio dedicado a la siderurgia o concretamente a su fase de reducción del mineral, estando íntimamente relacionados los dos posibles principales espacios metalúrgicos de El Castrelín.

En estos ejemplos pero también en otros igualmente bien conocidos se detecta una misma pauta de ocupación de lugares de paso, como el área metalúrgica que se extiende entre la entrada principal del poblado y el espacio abierto monumentalizado o foro del castro del Chao de Samartín o los lugares predilectos de entrada a la acrópolis en Baroña o incluso en el caso del recinto circular de A Cidá de Borneiro en un área perimuraria cercana también a la entrada principal del poblado. Se aprovecha por tanto un espacio potencialmente de tránsito, el cual queda marcado por un área abierta en donde se llevó a cabo el trabajo del metalurgo y se acumularon a lo largo del tiempo los estériles de las distintas producciones metálicas. Respecto a esto último, no se debe entender como un bloqueo del paso ni tampoco como una ubicación notable en el interior del poblado. La unidad metalúrgica se presenta constructivamente como cualquier otra unidad doméstica y se estructura perfectamente en el entramado de respeto e independencia espacial, reflejando una misma estrategia que he denominado de inhibición por camuflaje. La concepción del escorial como espacio bloqueado, insalubre e intransitable puede ser bastante relativa si se compara con la repartición en plenas áreas de entrada o trabajo de cada unidad doméstica en relación con sus basureros. Hay que observar además que lo que se observa es la fase final de acumulación e estériles y que éstos son en última Instancia un elemento que puede usarse como empedrado, lo que se desprende de las aceras y el drenaje del área de patios abiertos en La Corona, que eran encharcables y con la disposición de los desechos metalúrgicos y otros como los cerámicos se ganó en transitabilidad del espacio. Además con la excepción de los humos de la fragua y de las reducciones más ocasionales que cotidianas, el espacio metalúrgico se mostraría como un área en gran parte abierta y mucho menos infecta que las concentraciones de desperdicios cotidianos ligadas con mayor intensidad al resto de unidades o en otras zonas marginales de basureros colectivos.



En relación con el carácter de lugar de paso que es lo que le podría otorgar una notabilidad en cuanto a lugar con potencialidad simbólica liminal a imagen del caso britano, se encuentran algunas puntualizaciones importantes. Lo primero es que la articulación de las vías de circulación por el poblado presentan siempre alternativas para llegar a un mismo lado, por lo que no existen lugares de acceso obligado a excepción de las puertas de entrada del recinto, o espacios en donde todos puedan concurrir necesariamente a modo de los lugares centrales vacíos u otros como las acrópolis, terrazas o recintos secundarios, si los hay¹¹⁴. Esto implica que con alguna mínima excepción aún por analizarse en profundidad, la localización de las áreas metalúrgicas no es ni marginal ni privilegiada sino la que podría ocupar cualquier otra unidad doméstica, y de ahí el carácter simbólico que he definido como inhibición por camuflaje al igual que cualquier otra construcción vecina. Sin embargo, sí que se tiende hacia una constante en espacios articuladores de conexiones entre unas áreas y otras que más que lugar de paso obligado, simbólica y ritualmente retirado y/o ensalzado o exhibido, asume en su transitoriedad e inclusión en el entramado de las construcciones domésticas (a través de una inhibición por camuflaje), un papel potencial de lugar de encuentro y por tanto, un ámbito social eminentemente colectivo.

Ya me he referido arriba al modelo de metalurgo que se ha interpretado para ámbito castreño desde el punto de vista segmentario como reacción al modelo tradicional de la Edad del Hierro europea, entre su estatus privilegiado e incluso mágico-ritual y su carácter marginal. Aquí propongo reflexionar en relación con la relectura y la aportación de datos nuevos a los que me he referido creo que se debería de revisar la interpretación de la unidad metalúrgica como una unidad de un metalurgo a tiempo completo. Como he apuntado en el capítulo anterior, en los poblados castreños existen espacios de trabajo específico denominados talleres como parte de algunas unidades de ocupación y con una orientación principal hacia la producción doméstica, tipo el trabajo de tallado lítico o la alfarería junto con otros ámbitos como el textil, etc. Dichas labores en algunos momentos pudieron haber producido un excedente por encima de sus posibilidades, como resultado de un reconocimiento colectivo de las destrezas o habilidades de una específica unidad doméstica o individuo en relación con una labor manufacturera determinada y con una red de solidaridades intervecinales más que con un intercambio

114 Como podría ser el caso del área metalúrgica de Baroña a las puertas de la acrópolis o el del Chao Samartín entre la puerta principal y el foro así como otros ejemplos aún por estudiar en profundidad como el de las actividades detectadas en recintos de acceso como Castromaior o la siderurgia del recinto secundario de El Castrelín.



organizado como tal. En este contexto la metalurgia no es un taller de trabajo más sino un espacio que requiere de un lugar particular para el trabajo por necesidades físicas del propio proceso de reducción y trabajo en frío de las piezas, así como con un área al aire libre exclusivamente dedicada al trabajo y no a las actividades cotidianas agropecuarias de las unidades domésticas. Además supone un peligro por la manipulación y conservación del fuego así como la emanación de humos y gases nocivos y el sangrado de material incandescente, etc., de la misma manera que necesita de un Instrumental específico. Todo ello hace de la unidad metalúrgica la unidad más especializada del poblado, lo cual le aleja del resto de construcciones aunque estructuralmente reproduzca una unidad de ocupación más, con la importante salvedad de no contar con un almacén. De hecho, en el caso de La Corona he llamado la atención sobre la ausencia de la cerámica de cocina y la mínima expresión de un espacio dedicado a la vivienda. En la interpretación del papel del metalurgo a partir de los datos de La Corona se reconocía esa mínima expresión de vivienda como tal pero que se habría visto condicionada por el espacio dedicado al trabajo, siendo las vasijas de almacenamiento tanto para las labores metalúrgicas como contenedores de almacenaje del excedente de los vecinos a cambio del trabajo del metalurgo (desde Fernández-Posse y otros, 1993: 205).

Desde la interpretación que hago aquí, no parece que podamos seguir manteniendo una asociación clara y necesaria entre el espacio metalúrgico y el control por parte de una unidad doméstica especializada a tiempo completo que ofrecía su conocimiento técnico a cambio del excedente agrario de sus pretendidos “clientes”. En su lugar los datos que apuntan sobre la escala y el volumen de la producción, responden mejor a una especialización a tiempo parcial: un especialista dedicado a las diferentes tareas en torno a la metalurgia (y a la orfebrería, posiblemente no como una misma persona y con ciertos matices que trataré en el bloque siguiente) pero en ciertos momentos sin que fuese una actividad única y excluyente del resto de las actividades de producción y reproducción doméstica. Su actividad especializada no tendría que haberle ocupado necesariamente todo el año y todas las horas del día. De hecho se conocen ejemplo en sociedades complejas en las que la demanda es muy superior y constante, como en el caso del mundo azteca, para el que en ámbito rural persiste la figura del especialista a tiempo parcial en tanto en cuanto no se permiten el lujo de verse asegurados en su subsistencia ante las delicadas fluctuaciones tanto del posible excedente como de la propia demanda (Earle y Brumfiel, 1987: 5; Brumfiel, 1998). En un caso como el castreño segmentario, para el que la



demanda de objetos habría superado mínimamente la esfera del poblado, lo más lógico sería pensar en un especialista que habría centralizado su trabajo en los momentos de mayor inactividad agropecuaria o tras el nodo de la cosecha para reparar el Instrumental agrícola o en ciertos contextos simbólicos de fiestas o eventos, en lo que se refiere a la elaboración de adornos o vajilla metálica¹¹⁵.

Su reconocimiento como especialista habría tenido como única fuente de poder al resto de la comunidad de la que el individuo mejor capacitado habría formado parte y en la que habrían estado plenamente involucrados. Dicho poder del especialista le habría permitido por un lado ser el coordinador y principal ejecutor de las labores que más conocimiento empírico y técnico o mayores riesgos podían entrañar¹¹⁶. Por otro lado, en este modelo tiene cabida la participación de la colectividad en algunas de las actividades menos especializadas del proceso metalúrgico; tanto en la mano de obra de la extracción/ bateo de placeres, como en la recolección de chatarra, algunos trabajos de forja y martilleo y, por supuesto, en las labores más cotidianas de afilado. En este punto habría que considerar el uso colectivo que de los escoriales hacen los habitantes de la comunidad, tal y como he apuntado en los casos de La Corona y en El Castrelín, transportándose a ciertos lugares abiertos y/o de paso e incluyéndose como parte de los solados y rehabilitaciones en las distintas fases constructivas. Si bien es cierto que la interrelación de estos tipos sociales no habría estado exenta de conflicto, se habría tendido hacia una estabilidad tal y como muestra la inexistencia en el registro de un estatuto privilegiado/ marginado de la actividad metalúrgica en el interior de los poblados castreños. Es la colectividad en su conjunto, la comunidad como unidad política tal y como se entiende aquí, quien sanciona, otorga y permite la labor del especialista metalurgo dentro del sistema de solidaridades creadas en el interior de la colectividad, impidiendo su diferenciación, exaltación o exención de las tareas directamente vinculadas con la metalurgia para el funcionamiento normal de la vida en el poblado.

Esta perspectiva de interpretación del especialista metalurgo a tiempo parcial permite observarlo imbricado en las actividades de subsistencia, contando con su propia unidad de ocupación con

115 El caso detectado en El Castrelín con un área principal metalúrgica en el entramado del primer recinto y otra siderúrgica segregado en un momento dado al recinto secundario, podría estar indicándonos momentos de mayor/menor producción. Como hemos visto, las composiciones de las escorias y los materiales que se han podido analizar indicaban que la actividad más habitual habría sido el reciclado y puesta al día del Instrumental así como la elaboración esporádica de adornos y vajillas de base cobre/bronce, lejos de una producción constante y sistemática.

116 Del tipo del reconocimiento de los filones, brechas y lugares adecuados para el bateo de los placeres auríferos, la reducción principalmente del hierro, el control de humos y gases nocivos, la habilidad requerida para la ejecución de objetos tanto de Instrumental más básico como de piezas excepcionales como las sítulas y los adornos, incluyendo en algunos casos la orfebrería que no tendría por qué haber sido el mismo especialista, etc.



almacén en el poblado, distinta de la de su área de trabajo especializado. La detección de dicha unidad de ocupación del especialista sería prácticamente invisible de detectar aunque pueden relacionarse algunos elementos que he venido señalando, como son algunas unidades contiguas o en la inmediata periferia del espacio de trabajo metalúrgico con especiales vertidos de escorias¹¹⁷. Pero como decía también es cierto que la dispersión de escorias ocupa distintos lugares de los poblados porque se utilizó en la pavimentación o incluso en las construcciones murarias de las casas. Por lo que se debe ser cauto y sólo señalarlo más como hipótesis de trabajo que habría que confirmar en el futuro.

Desligada la idea de una unidad de ocupación específica del núcleo familiar del especialista metalurgo a tiempo completo, el espacio de trabajo metalúrgico cobra una dimensión distinta como un espacio eminentemente colectivo. El hecho de que este espacio no sea una plaza o espacio abierto monumentalizado nos permite plantear el carácter simbólico otorgado al ámbito social colectivo. Se trata de una construcción aparentemente igual a cualquier unidad doméstica, camuflada en su factura y camuflada en el entramado del poblado con una misma estrategia de disposición espacial de inhibición. Sin embargo su función simbólica habría ocupado el lugar inmediatamente por encima de lo doméstico, no ya en las solidaridades internas y los conflictos por el crecimiento de los núcleos familiares sino en el necesario encuentro con el trabajo del especialista en las herramientas más cuidadas, necesarias y cotidianas, tanto en el ámbito más funcional del trabajo agropecuario como en el propiamente ritual de la vajilla metálica y, con sus particularidades, de la orfebrería.

6. Símbolos comunitarios y religiosos: la comunidad castreña segmentaria

En este capítulo prestaré atención a los ámbitos sociales que he definido como comunitario y religioso desde el punto de vista del modelo castreño segmentario. La autonomía que he esbozado para la organización interna de los poblados castreños no debe ensombreceer la relevancia estructural que conlleva la configuración política de la comunidad social. Es decir, la estructuración física y simbólica del colectivo de núcleos familiares en el lugar que ocupan como parte de un mismo proyecto

¹¹⁷ En Borneiro señalábamos que además del área principal de escorias existían otras zonas secundarias: las contiguas 5, 4 y 15 o la 7 y 8. De la misma forma, decíamos que en La Corona el área de dispersión de escorias parece desbordar el espacio libre E-E' para invadir parte del corral de la unidad doméstica vecina de las construcciones 13 y 14 (*unidad e*). En El Castrelín el escorial ocupó una zona bastante amplia a la que dieron la espalda la mayor parte de unidades vecinas (a, b, c y d) hasta que creció una de ellas (b) y precisamente se extendió sobre ese espacio de vertedero al que posiblemente estuviera abierto el "taller metalúrgico" suroccidental que quedó sin excavar (construcción 9).



común: comunidad política en el sentido de identidad suprafamiliar como forma de poder que emana del grupo social y se reconoce en un territorio compartido. A dicho ámbito pertenecen por tanto las formas de delimitación física y simbólica en relación con la configuración del territorio y también las relaciones de reproducción externas: conflictos e intercambios de objetos, animales y personas. Por último el ámbito religioso tiene su lugar en todos los ámbitos referidos, doméstico, colectivo y comunitario, siendo en este último en donde se refleja la visión social más amplia como resultado del comportamiento ritualizado de la comunidad: en lo que se refiere tanto al mundo funerario como sagrado, incluyendo ritos matrimoniales, encuentros festivos, resoluciones políticas y jurídicas derivadas de conflictos, delitos o ruptura de tabúes, etc.

Empezaré por la caracterización comunitaria de la sociedad castreña para abordar después el lugar que ocupa lo religioso. De esta forma lo que se desprende del registro material de los poblados castreños segmentarios es un modelo de comunidad definida de forma monumental a través de la construcción del recinto. A su vez, la localización de dichos recintos priorizaron territorios de explotación con una alta variabilidad en recursos de distinto tipo, de forma que se minimizara al máximo el intercambio externo. Sin embargo eso no quiere decir que no hubieran existido relaciones inter-comunitarias como demuestran los fenómenos culturales compartidos, desde las técnicas y objetos metalúrgicos y de orfebrería hasta las tradiciones cerámicas, constructivas, productivas-alimenticias y otros aspectos que podemos deducir *a priori* como el lingüístico, el simbólico o el religioso. El modelo segmentario castreño parte de la idea de una interpretación del registro como reflejo del esfuerzo comunitario por la salvaguarda de la identidad y la cohesión de cada territorio vinculado con su poblado tipo castro, a través de lo que se llama una “reciprocidad equilibrada” resultado de intercambios equivalentes (Sastre, Currás y Alonso, 2010: 182). Aunque se hayan demostrado distintos modelos territoriales y se hayan testado algunas teorías sobre el valor y sentido de elementos como la construcción de los recintos o los fenómenos de segmentación en la fundación de nuevos asentamientos, son muchos los retos que quedan aún por explorar. A continuación esbozaré una reflexión en relación al registro material al que ya me he venido refiriendo pero centrándome en el sentido segmentario del recinto como símbolo monumentalizado, reflejo de la comunidad política del castro y su territorio. Finalmente abordaré el planteamiento teórico del carácter ausente del registro material vinculado con el ámbito religioso, rituales funerarios y sagrados, coherente



con una estrategia locacional simbólica que tiene consecuencias, además de en otros aspectos, en la configuración del territorio. Dicho análisis sólo permitirá sentar las bases teóricas para futuras comprobaciones de la validez de dichas estrategias simbólicas y la realización de un estudio propiamente territorial desde esta perspectiva.

6.1. La comunidad monumentalizada o el poder de la comunidad

El carácter monumental en piedra de los recintos castreños a través de fosos y/o murallas, a veces con complicadas terrazas, varios recintos escalonados y entradas monumentales, hizo que desde muy pronto se buscara una explicación de aquellas obras del pasado. Y en esa labor, desde muy temprano se hizo hincapié en algunos aspectos de la Edad del Hierro en relación con la monumentalidad también en piedra del mundo megalítico, desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce. Tras ello subyacía una atemporalidad en la interpretación de las grandes obras de piedra, que para el caso del Noroeste dio lugar a la tradición erudita del s. XVIII y XIX que se conoce como “megalitismo céltico”. Dicha tradición hacía sincrónicos los monumentos megalíticos con los recintos monumentales castreños, interpretándolos indistintamente como poblados pero también como tumbas o *aras* (Martinón Torres, 2000). Esta percepción de las obras monumentales del pasado de forma atemporal se fue poniendo orden a través de las excavaciones de algunos próceres, como Martins Sarmiento en Portugal, para posteriormente desarrollarse en Galicia o Asturias. Sin ánimo de entrar aquí a analizar historiográficamente las vías que se siguieron, de lo que se cuenta con síntesis muy completas¹¹⁸, me bastará con recalcar la situación actual como heredera del gran hito que supuso el análisis de los castros en el territorio a partir de la Arqueología del paisaje, especialmente desarrollado en Galicia para el estudio de la Prehistoria (Criado, 1986; 1989a y b; 1993a y b) y posteriormente aplicado en detalle en relación con la Edad del Hierro (Parcero, 1999 y 2002). Estudios igualmente de paisaje se abordaron en otros ámbitos como el Occidente leonés que ya contaban con una importante tradición de investigación castreña desde los años 80, aquí sin embargo con el objetivo científico de valorar el impacto romano en la configuración territorial de las comunidades prerromanas (caso *CND*: Orejas, 1996; *ZAM*: Sánchez-Palencia, 2000).

¹¹⁸ para el caso gallego: Fernández-Posse, 1998; Díaz Santana, 2002; González Ruibal, 2006-2007: cap. 1, 23-60; González García, 2007; Ayán Vila, 2012a: cap. 1 y 2012b. Para el caso Asturiano: Marín, 2005 y 2012: cap. 1.



La acumulación y la necesidad de intercambio mostradas en los depósitos funerarios y metálicos de los momentos de transición del Bronce al Hierro dieron paso a los primeros poblados permanentes, atados plenamente a la tierra, vinculado a la ausencia funeraria y ritual característica toda la Edad del Hierro del Norte-Noroeste ibérico¹¹⁹. Como he señalado, las propuestas de las distintas génesis del mundo castreño han tendido a observar la aparición de los recintos como fortificaciones nacidas de la exaltación del conflicto y el lenguaje simbólico de la violencia. Sin embargo, como acertadamente se ha señalado, el paso del Bronce al Hierro habría conllevado importantes riesgos que se habrían resuelto a través del conflicto pero habrían impedido el desarrollo de la división social. Como resultado del conflicto las comunidades se habrían hecho visibles en el territorio a través de recintos, fosos y fortificaciones, como defensas a la par que como resultado de un importante trabajo colectivo, de la misma forma que en tiempos pasados lo habían sido la construcción de megalitos. (Parcero, 2009: 4-5). Así el recinto presenta a la comunidad como un todo ya desde la Primera Edad del Hierro. Sin embargo, a partir de este punto las principales interpretaciones sociales de la Segunda Edad del Hierro se distancian; desde los que consideran que esa construcción comunitaria representada por el castro terminó consolidando mecanismos de jerarquización social que conformarían las aristocracias guerreras del modelo social heroico (Parcero, 2009: 5; Villa, 2009; González García y otros, 2012; Parcero y Criado, 2013), frente a quienes observan el comportamiento de resistencia a la desigualdad social como un fenómeno de larga duración hasta la conquista romana como reflejo del modelo social segmentario (Sastre, 2002b; 2008; 2009 y 2012). Al margen de unas tendencias hacia la alta o la baja en lo que respecta a la génesis de la división social y el conflicto bélico, de lo que ninguna propuesta duda a día de hoy es del poblado castreño como hito monumental en el territorio.

En este apartado ahondaré en el potencial simbólico comunitario a través del recinto castreño en plena Segunda Edad del Hierro, coherente con una interpretación social segmentaria en el mundo astur prerromano. Así, como he tenido ocasión de apuntar arriba, la organización de las unidades de ocupación de los poblados castreños se disponen en paralelo a fosos, empalizadas y murallas dependiendo de cada uno de los casos, todo lo cual otorga su característica configuración de cabañas circundadas por un potente recinto. No existe ningún poblado de la Edad del Hierro que no se rodee de un recinto, mientras su pretendida continuidad hasta época romana avanzada se ha venido

119 Fábregas Valcarce y Ruiz-Gálvez, 1994; Fábregas Valcarce y Bradley, 1995; Ruiz-Gálvez, 1995a y b; 1998a; Díaz Santana, 1997; Bettencourt, 2002 y 2010a y b.



demostrando que sólo era una supervivencia aparente, como tendré ocasión de referirme más abajo. Es por ello que el punto de partida ineludible a la hora de describir el carácter del poblado castreño lo supone el papel del recinto que lo delimita, lo estructura y le da sentido. Es lo que se deduce de los castros del Occidente leonés. En el caso de La Corona de Corporales el recinto estaba definido por un foso que se adaptaba en forma circular a la cima del cerro y que pudo contar con una empalizada en algunos puntos¹²⁰. Por el contrario, en El Castrelín de San Juan de Paluezas se constató una importante muralla con algún torreón en el lado más accesible y un recinto secundario adjunto¹²¹. Son muchos los diferentes ejemplos de adaptación del poblado al espacio marcado por la muralla/foso, en ámbito astur desde El Chano en el Alto Cua (Celis, 2003) hasta el zamorano de As Muradellas en Lubián (Esparza, 1986: 89-91, 10-222) o El Picu Castiellu de Moriyón en área Asturiana oriental (Camino, 2003), pero también en el ámbito lucense interior, en castros Asturianos como los de Coaña o Chao Samartín (Villa, 2002; 2007a y b y 2013) y gallegos como Vilela (Álvarez González y otros, 2006) o Castromaior (López Marcos y otros, 2011).

También he señalado cómo desde el inicio de la investigación, era obvio que el propio recinto de los castros se convirtiera en el “fósil guía” de la Edad del Hierro desde la perspectiva histórico-cultural y posteriormente funcionalista, que más tiempo han dominado el panorama académico. Los primeros acercamientos y más consolidados a la investigación de los recintos fueron aquellos que sistematizaban las morfologías y tipologías constructivas de los mismos. En las excavaciones uno de los principales objetivos ha sido el análisis técnico de la edificación empleada con el objetivo de reproducir el proceso de construcción (recientemente en López y otros, 2011). En este sentido se recurre a una característica definición terminológica de uso descriptivo y funcional que remite a la función bélica asumida para los recintos como estructuras defensivas, tipo “fortalezas”, “torreones”, “bastiones”, “cuerpo de guardia”, “adarves” etc., sobre cuyo abuso ya se ha llamado la atención en otras tradiciones europeas como la anglo-sajona en relación a los *hillforts*¹²². En este sentido para el ámbito astur tipo La Corona, El Castrelín y otros como El Chano, junto con otros de la

120 Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 284 y ss; 1986: 143 y ss; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 56 y ss.

121 Fernández-Posse, 2000: 58 y ss.

122 Se trata del abuso terminológico desde en la propia denominación de *hill-fort* a otros característicos ya en las definiciones de recintos prehistóricos más antiguos como “rampart”, “guard chamber”, “chevaux de frise”, etc. (Brown, 2009: 190).



vecina área lucense interior, como Vilela o Castromaior, cuando se edifican murallas de piedra se realizan de forma continua y alcanzando importantes alturas, con un objetivo visual de ocultar a las unidades domésticas, que en algunos casos se ha detectado que tuvieron hasta dos plantas¹²³. A su vez, con los índices de pluviosidad altos de estas áreas geográficas debía tenerse muy bien asegurados los cimientos de dichas construcciones. Es lo que se demuestra en el caso de estudio reciente del castro lucense de Castromaior, con una tendencia constructiva bien conocida de ampliar la base y adelgazar el muro según se asciende en altura, especialmente en las entradas encajadas por callejones¹²⁴ o en otros ejemplos en los terminales de los ángulos sobre el terreno y en los accesos en relación con acabados salientes masivos en forma de torreones, como en El Castrelín, con el fin de adelgazar la estructura y otorgar consistencia a los puntos más débiles. Finalmente las cubriciones de entramados vegetales ayudarían a la impermeabilización y protección de las construcciones (López y otros, 2011: 55).

En área *astur transmontana* y en la cuenca del Navia en territorio ya lucense, se conoce una práctica constructiva específica de “murallas modulares” de castros como Chao de Samartín, San Chuis, Campa Torres o Llagú. Se trata de lienzos murarios elaborados en forma de módulos iguales adosados unos a otros, lo cual se ha interpretado en relación a la facilidad de poderse reconstruir por partes en caso de algún contratiempo así como con un conocimiento técnico compartido con el ámbito mediterráneo, del que se pone de relieve en relación con contactos prerromanos con el mundo fenicio-púnico (Villa, 2007a y b). Por último como una práctica específica del área astur más meridional se ha querido mostrar la presencia de “campos de piedras hincadas” como en los casos zamoranos de As Muradellas (Lubián, ZA) o El Cerco (Sejas de Aliste, ZA) entre otros, lo cual permitiría justificar una mayor permeabilidad de esta zona con el mundo céltico meseteño, celtibérico-vacceos y lusitano-vettón (Esparza, 1980 y 2011).

Más allá de las descripciones, tipologías y orígenes de técnicas constructivas, se han elaborado estudios territoriales que permiten valorar el lugar y la función social de dichas construcciones. En este sentido algunos castros cuya vida fue interrumpida de forma abrupta, nos permiten aportar

123 Como en Castromaior, donde el análisis de los derrumbes de los paramentos de la remodelación en piedra de las cabañas en el s. I a. C., permiten calcular alturas de hasta 4 m. y accesos de escaleras (López y otros, 2011: 51).

124 Los paramentos murarios son de media 7-8 m en su base y 4,5 m de altura. En la zona de la entrada en donde se forma un estrecho callejón se ensanchan los muros hasta 19 m y se alcanzan los 13 m de altura (López y otros, 2011: 55).



los elementos claves en el análisis de su fundamento social simbólico. Me refiero a los “castros inacabados”, cuyo ejemplo paradigmático fue la excavación de El Castro o La Corona del Cerco de Borrenes en El Bierzo (Fernández-Posse, 2000a). En otros ámbitos europeos como el anglosajón el fenómeno de los *unfinished hillforts* estaba perfectamente constatado ya desde los años 30’ del s. XX como referente historiográfico, en relación al cual se desarrollarían desde interpretaciones funcionalistas hasta simbólicas y rituales¹²⁵. Además de las diferencias insalvables entre el poblado interno castreño ibérico y los *hillforts* britanos que se integran en un poblamiento más diversificado tanto recintado como en abierto, el registro con el que contamos resulta aún excepcional para extraer cualquier tipo de conclusión fenoménica al nivel teórico que se ha desarrollado en ámbito anglosajón. En relación al sentido social y simbólico comunitario, la excavación de Borrenes supuso un hito como la primera evidencia arqueológica que permitía defender con autoridad una función del recinto más profunda que la meramente defensiva que siempre se había supuesto.

En concreto, las excavaciones llevadas a cabo en el castro de Borrenes pusieron en evidencia la potencia de una muralla¹²⁶ con una entrada y fosos en su lado nororiental, que delimitaba una superficie habitable que nunca se llegó a ocupar. Se reconocieron únicamente dos estructuras aisladas, algunos depósitos de desechos y hogares al aire libre en relación con la única entrada del recinto vinculada a un torreón. Pudo constatarse además que el lienzo de la muralla se derribó en una sola operación. La datación en torno al s. I a. C. obliga a plantear la intervención de las fuerzas militares romanas en

125 Desde Piggott (1931) retomado por Wheeler (1953) y Feacham (2971). En ambos casos paradigmáticos se observaba desde el punto de vista técnico constructivo, siendo una oportunidad para observar el diseño inicial y las fases de construcción que son habitualmente anuladas según se va completando el trabajo de recrecimiento murario. El carácter defensivo se daba por hecho y el razonamiento de por qué se habían abandonado las obras se interpretaba en el sentido de las *Deserted Medieval Villages*, en un pretendido contexto de guerras, epidemias, hambrunas o falta de capacidad para movilizar a la gente. Posteriormente en algunos casos se interpretaron como lugares que más que haberse desocupada, había servido para eventos ceremoniales comunitarios estacionales: desde los *raylling points* de Smith (1966) hasta la función simbólica y ritual que destacaron Bowden y McOmish (1987 y 1989) para la región de Dorset. Sobre la base de estos últimos se detectó una estrategia territorial que subrayaba la dicotomía entre tierras altas y bajas, lo cual se refleja en estudios más recientes como las topologies del curso alto y medio del Támesis (Hingley, 1984), o el estudio del paisaje simbólico y ritual en torno a centro ceremonial de *Uffington Castle* y la figura equina grabada en calcárea de *The White Horse* en Oxfordshire (Miles y otros, 2003; Gosden y Lock, 2007).

126 Se trata de una muralla construida con la piedra extraída del foso, que permitió levantar en seco y en bloques irregulares los paramentos interior y exterior y que contó con la ayuda de un relleno de piedra menuda y arcilla también procedente del foso y finalmente con listones de madera de roble. El perímetro construido es de 600 m. lineales con una anchura entre 3-4 m. y 2,5 m. de altura. Según los cálculos de 8-10 horas por jornada de trabajo de una media de 1,75 m² y la presencia de un grupo de 10-20 personas, se llegó a la conclusión de que la muralla del castro de Borrenes pudo haberse construido en 5-10 meses (Fernández-Posse, 2000a: 88-89, cuadro 12 y 14).



su avance de conquista en el Noroeste, lo cual indicaría que la comunidad podría haber sido atacada cuando construía un nuevo poblado. Las estructuras aisladas del interior habrían sido pequeñas habitaciones utilizadas durante el levantamiento de la muralla y la excavación de los fosos. Al margen del conflicto o castigo en el contexto bélico romano, del que se conocen casos en las fuentes literarias como el famoso castigo a la ciudad de Ségeda en el contexto de las guerras celtibéricas¹²⁷, representa el mejor ejemplo conocido de la interrupción del proceso de construcción de un asentamiento castreño. Borrenes muestra, sin lugar a dudas, que el primer elemento previsto de un asentamiento había sido recinto, muralla y/o fosos, a cuyo perímetro las unidades constructivas se adaptaban y no al revés. Todo ello conllevaría una serie de conclusiones respecto al sentido cohesionador y su potencial simbólico como resultado del trabajo comunitario (Fernández-Posse, 2000a: 82-91) (**Fig. 7**).

Posteriormente no se han encontrado casos homólogos a Borrenes, con la única excepción del castro Asturiano occidental de Picu La Forca, datado en la transición del Bronce al Hierro, recientemente dado a conocer (Camino y otros, 2009). Se trata de un pequeño cerro cónico de 409 metros de altitud situado sobre un espolón de la sierra del Pedroiro en Grado¹²⁸. El recinto, que apenas alcanza los 2000 m² (0,2 ha), consta de una muralla de hasta cuatro metros de anchura que no cierra por el norte porque ya hay una pendiente muy acusada por ese lado. Se constata que la muralla se hizo de la extracción de bloques de la propia roca *in situ* que debió de servir para igualar el terreno, y que la evidencia de madera carbonizada podría indicar que estuviese coronada por una empalizada, lo que habría otorgado una visibilidad a la mayor parte del conjunto murario en el paisaje. En el interior sólo se han encontrado una masa de piedras con distribución caótica y desprovista de signos constructivos, tal vez como estructura desvirtuada junto con algunas leves manchas de quema en el suelo¹²⁹.

127 En este caso se trató del incumplimiento de la prohibición romana de amurallar la ciudad, lo cual conllevó un castigo ejemplar por parte de los romanos y aceleró los acontecimientos bélicos con la alianza y traslado de la población a la cercana ciudad de Numancia, en torno a la que giraría la resistencia celtibérica hasta su sitio y conquista por Escipión “el Africano” en el 133 a. C. (App., *Iber.*, 44-47; DS, 31, 39-41 y Flor., *Epit.*, 1, 34, 3).

128 Este territorio se caracteriza por ser parte de la estrecha cordal que separa las cuencas del Nalón y el Narcea, muy cerca de la confluencia de ambos aunque el castro cae hacia la vega del primer río pero directamente vinculado a las planicies cimerales y próximo al paso natural hacia el valle del Narcea.

129 También se detectaron unos hoyos circulares pero que correspondían a una posición de tiro seguramente de la Guerra Civil. También se debe tener en cuenta que hay una trinchera minera de aprovechamiento del material constructivo al borde de la muralla, en la parte más adecuada para que se hicieran las construcciones pero en ningún sector sondeado apareció ningún elemento arqueológico. El estudio edafológico químico muestra una acidez enorme para la conservación de restos, pero también evidencia una ausencia de procesos de cremación o calcinación de restos óseos y concentraciones de fosfatos muy bajas que no justifican la preexistencia de restos orgánicos (Camino y otros, 2009: 147-50).



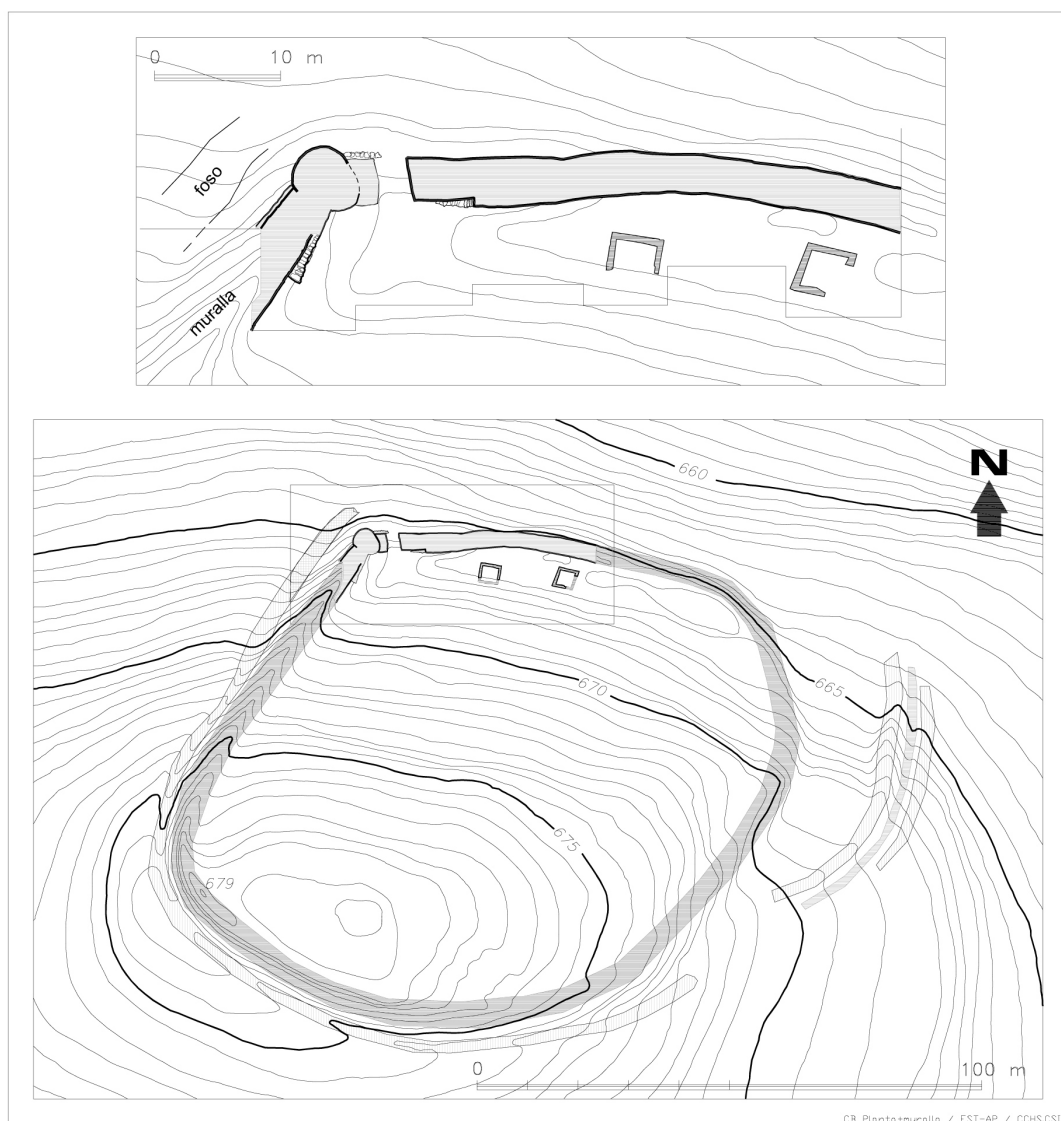
La datación por radiocarbono indican su construcción y vigencia entre los siglos VIII-VI a. C. (Camino y otros, 2009: 151).

Se trata por tanto de un poblado inacabado datado en la horquilla cronológica que corresponde con los albores de la génesis del patrón de asentamiento castreño en Asturias¹³⁰. Para los excavadores el castro no llegó a ser habitado tras su construcción, aunque morfológicamente conozcamos castros muy similares como el Picu'l Castru de Caravia (del Llano, 1919; Adán y otros, 1994), en donde se documenta perfectamente un lugar de asentamiento. Los excavadores explican la particularidad del registro de La Forca como una fundación inconclusa por motivos que se nos escapan, puesto que el hecho de que se hubiera concebido *ex professo* como refugio temporal sería inviable al no contar con estructuras o recursos hídricos para hacer frente a un pretendido asedio o refugio. Por el contrario, con Borrenes, lo que se demuestra es que el primer esfuerzo colectivo y comunitario en la construcción de un castro *ex novo* estaba dirigido a la delimitación del recinto y el levantamiento de murallas, fosos, etc. Y este hecho lo encontramos sólo en dos ejemplos hasta ahora conocidos, uno del propio momento de eclosión del patrón de poblamiento en la transición del Bronce al Hierro y el otro muy posiblemente en relación con la conquista romana que sirve de colofón al proceso de estructuración castreño prerromano. Nada parece remitir a modelos de centros ceremoniales o con alguna función que les hiciese destacar respecto a otros castros. Todo en ellos responde al modelo de poblamiento de la zona, siendo casos de fundaciones de castros que por un motivo u otro terminaron siendo abortados. El caso de Borrenes parece que hay que ponerlo en relación directa con las acciones exógenas de Roma en el s. I a. C., en relación al clima de inestabilidad que debió preceder a la conquista efectiva y la reorganización resultante que se alargó algunas décadas. El abandono del recinto de Picu La Forca obliga por el contrario a plantearse fenómenos internos, desde los conflictos que se habrían originado en la conformación de la nueva comunidad como resultado de procesos como la segmentación poblacional de uno o varios castros así como otras casuísticas tipo conflictos inter-familiares y/o inter-comunitarios que se resolvieron abandonando el recinto habitacional propuesto.

130 Jordá y otros, 1996; Jordá y otros, 2002; Villa Valdés, 2002.



Fig. 7: La Corona o El Cerco (Borrenes, LE). Fotografía aérea y fotointerpretación con detalle de la parte septentrional excavada. EST-AP.





En este sentido, los problemas históricos que subyacen a cada caso y el componente social y simbólico del recinto como reflejo de la comunidad fundacional obligan a plantearse algunas cuestiones a nivel teórico en relación con la estrategia locacional del registro desde la interpretación social segmentaria. En última Instancia se trataría de plantear qué prioridades (físicas, simbólicas, socio-políticas, etc.) están detrás de la selección por parte de la comunidad de un emplazamiento u otro respecto a la fundación de un nuevo asentamiento. Desde este punto de vista es necesario un enfoque territorial como algunos que se han desarrollado, principalmente en relación a la localización topográfica de los asentamientos y la potencialidad agraria de su entorno. Tal y como se vinieron ejemplificando a lo largo de los primeros estudios territoriales¹³¹ el patrón de emplazamiento más extendido en la Segunda Edad del Hierro es el de la localización en la ladera de un monte, aprovechando la línea de ruptura de las pendientes (tipo B de Carballo, 1996: 316). Existen otros emplazamientos topográficos como sobre cerros cónicos o espolones en relación con meandros o confluencias de ríos (además de los castros marítimos), lo que para algunos autores se ha denominado la “conquista del valle” o “paisaje cóncavo”, en contraposición con los asentamientos sobre montes o cerros con fuertes pendientes o “paisaje convexo” propio de la Primer Edad del Hierro (tal y como se ha aplicado para casos gallegos en Parcero, 2000 y 2002; Parcero y otros, 2007). Sin embargo, más allá de esta oposición desde un punto de vista diacrónico, lo que prima en el Hierro pleno es la prioridad de acceder a la mayor variabilidad de recursos, desde los pastos en altura hasta las vegas de ribera, en un emplazamiento más de ruptura y transición entre lo “cóncavo-convexo”. En relación con la caracterización del territorio de explotación contamos con importantes análisis arqueobiológicos¹³² que, entre otras cosas, permiten asumir plenamente el desarrollo durante la Edad del Hierro de un policultivo diversificado en el que coexistieron cereales de invierno (trigo escanda y cebada), el mijo y leguminosas como la judía y el guisante, mostrando así una importante diversidad de recursos reflejada en la doble cosecha de cereal (de invierno y de verano) (Vázquez Varela, 1993-1994; López Merino y otros, 2010: 11-14). Como se ha indicado, esta pauta se aleja de la especialización generalizada en el resto de Europa en el cultivo

131 para casos gallegos: Romero Masiá, 1984-1985; Agrafoxo, 1989; Xusto, 1986 y 1988-1989; Carballo, 1990. Para el área zamorana: Esparza, 1986. Para la Valderia y La Cabrera en el Occidente leonés: Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988. Para el valle del Cávado en el noroeste de Portugal: Martins, 1988b y 1990. Para el área portuguesa de Tras-os-Montes: Lemos, 1993. Para la *CND*: Orejas, 1996.

132 Aira Rodríguez y Vázquez Varela, 1985; Vázquez Varela, 1993-1994; López Sáez y otros, 2009; López Merino y otros, 2010, entre otros.



del cereal (trigo/cebada), y posibilitó a través de su variedad y complementariedad la explotación intensiva de terrenos relativamente reducidos, con una producción suficiente y preventiva¹³³ (Parcero y Ayán, 2009: 371-372). Es lo que se demuestra en el caso bien estudiado del territorio de explotación de El Castrelin, con los campos de cultivo circundando el castro, la presencia complementaria de amplios espacios de pasto para el ganado, bosques de ribera para recolección, madera, agua, caza y pesca, afloramientos mineros, placeres auríferos, etc. (Fernández-Posse, 2000a: 94, fig. 96; 98-100, cuadro 13; López Merino y otros, 2010). A su vez, se ha ido desarrollando una importante investigación de estudios *off site*, que han permitido la detección de diversas estructuras agrarias; desde terrazas y bancales hasta diversas estructuras multifuncionales tipo depósitos, fosos y caminos (Parcero, 1999 y 2006; López Sáez y otros, 2009).

Esta aproximación desde la Arqueología y la Arqueobotánica ha permitido esbozar unos calendarios de actividades que habrían regido el ciclo anual agrario de las comunidades de la Edad del Hierro (Teira, 2002; Parcero y otros, 2007: 235-8, Tabla 5¹³⁴), homólogo al de cualquier campesino de cualquier tiempo en una latitud similar. En ámbito anglo-sajón se ha planteado una lectura simbólica de la cultura material de la Edad del Hierro como reflejo metafórico del ciclo agrícola (Williams, 2003). Más allá de las particularidades de este enfoque, la mayor importancia reside en insistir en que la generalización y el afianzamiento de dicho destino cíclico humano en torno a las actividades agrarias, tiene una correspondencia con la reclamación social de un vínculo permanente con la tierra. Tras la sofisticación de los métodos agrícolas y la consecuente intensificación de la explotación del suelo, subyace una paulatina percepción mental dependiente de la producción, los ritmos agrícolas estacionales, el crecimiento biológico, las variaciones del clima y la experiencia acumulada. Otros autores han ahondado en los trabajos compartidos del ciclo agrícola a través de la Etnoarqueología con

133 El cultivo de verano del mijo permite una producción de cereal extra que puede servir ante cualquier suceso inesperado que echara a perder los cultivos de invierno del trigo escanda y la cebada (López Merino y otros, 2011: 13).

134 En él observamos que son los meses invernales de enero a mediados de febrero cuando se concentra el menor trabajo agrario, invirtiendo parte del tiempo en la poda de las especies arbóreas. A partir de mediados de febrero hasta abril se realiza la preparación de la tierra para la siembra y su abonado. De mayo a junio el trabajo agrario se centra en actividades como el arrancado de malas hierbas, así como se inician cultivos cortos como el del mijo y el lino, y la recogida de algunas plantas como las berzas. En los meses del estío (de julio a septiembre) se concentran las labores agrarias: se realiza la siega y la recogida de las cosechas así como su procesado y almacenaje, a su vez se recogen plantas de huerta, frutales y leguminosas. El otoño cierra todo este proceso con la recolección de los frutales de cáscaras leñosas como la castaña o la nuez y se finaliza el procesado del cultivo corto de cereales como el mijo o herbáceas como el lino (Parcero y otros, 2007: 237).



el fin de poder ilustrar, aclarar y revivir algunas actividades de las que el registro material no siempre es muy expresa (para el caso de las comunidades cantábricas: Torres Martínez 2003 y 2005). Por último, se ha pretendido vincular el calendario agrícola con la especificidad céltica a través del calendario lunar de festividades conocidas por fuentes escritas altomedievales (Torres Martínez, 2005: 261-295; 2007; Torres Martínez y Mejuto González, 2008), aplicándose en análisis arqueoastronómicos entre santuarios celtíberos, como Peñalba de Villastar, y algunas propuestas de “santuarios castreños” como en Campo Lameiro o A Ferradura (García Quintela y González García, 2010). Esta perspectiva se fundamenta en una misma base superestructural céltica compartida entre diferentes lugares en el espacio y en el tiempo, la cual permite la analogía de fuentes de información de muy distinta procedencia, función y sentido (desde la placa-calendario galorromana hasta las tradiciones vernáculas de los finisterres atlánticos de época altomedieval: Le Roux y Guyonvaric’h, 1995; Alberro, 2003).

Volviendo a los condicionantes sociales que operan en la fundación de los asentamientos castreños, se requiere abordar el mecanismo de la segmentación. Como muestra espacio prediseñado tanto del recinto como de los espacios de expansión de algunas unidades domésticas, se puede afirmar que en los castros prerromanos se tendió hacia un constreñimiento de la población o lo que es lo mismo se pone de manifiesto una “disciplina demográfica”. De la misma forma que cuando se ampliaba el núcleo familiar y se construían y remodelaba el espacio de acción de su unidad doméstica, cuando se rompía el umbral demográfico prediseñado por el recinto del poblado, se procedía a la puesta en marcha de un mecanismo de segmentación o fisión de dicho excedente humano fuera del poblado-madre. Sólo cuando se juntases suficientes núcleos familiares potenciales “segmentados” de sus respectivos poblados-madres, se habría procedido a la fundación de un nuevo poblado y la delimitación de su territorio por un acto de fusión social, el cual sería el origen de una nueva comunidad castreña. Ese momento teórico hay que observarlo dentro de un conflicto importante en donde el sustento y el apoyo de las nuevas unidades de producción en potencia del futuro asentamiento habrían requerido de un apoyo inter-comunitario, posiblemente vinculado con las comunidades de las que procedían (Sastre, 2009: 163). El territorio delimitado para esa nueva fundación habría encontrado difícil solución en relación con los ámbitos de acción de los territorios de los poblados-madres, llegándose bien por acuerdo bien por decisión de poblar alguna “tierra de nadie” a la decisión última del nuevo emplazamiento. Las redes de poblamiento castreño astur prerromano conocidas no muestran un poblamiento muy denso



sino que existen respetos territoriales bastante amplios, siendo raro el caso de constatarse castros inmediatos o compartiendo los mismos recursos inmediatos. Es lo que se puede deducir de La Corona de Corporales como único castro prerromano conocido en el curso alto de la Valderia en la sierra de La Cabrera, con castros vecinos al otro lado de la sierra del Teleno en el caso del Castro de San Mamé o La Corona de Lucillo (Orejas, 1996: 75-101, fig. 19, *CND*-39) o ya El Castro de Puente de Domingo Flórez en la confluencia de los ríos Cabrera y Sil (Fernández-Posse, 2000a; Orejas y otros, 2000). De la misma forma El Castrelín tenía sus castros vecinos en diferentes cuencas a decenas de kilómetros en torno a la hoya berciana y sólo compartió la llamada subfosa de Las Médulas hasta época tardía que es cuando se detecta la aparición del poblado abortado de Borrenes.

Se conocen también diversos castros con recintos subsidiarios, a veces como complejos sistemas que circundan el recinto principal y que resaltan el efecto monumental del aparato constructivo comunitario y otras veces como recintos auxiliares, que pueden incluso superar en mucho el tamaño del principal recinto habitado. La clave aquí es que no se ha demostrado que exista un poblamiento que se desborda de un recinto a otro y que la causa de dicha expansión arquitectónica corresponda con la de un aumento población o fenómeno sineicista que atrajera familias de fuera. En su lugar, los datos con los contamos hasta ahora señalan que o bien se constituyeron como recintos vacíos o abandonados de antiguo para acoger rituales comunitarios, como en el caso de las acrópolis de la transición del Bronce-Hierro como en El Chao Samartín, o bien se detectan espacios adicionales de actividades productivas como la metalurgia, de la que ya he mencionado en el caso del recinto secundario de El Castrelín o en Castromaior en relación a su sentido colectivo como lugar de encuentro de la comunidad castreña. Con todo ello, los fenómenos de fisión-fusión comunitaria debieron estar suficientemente controlados durante siglos, como se detecta en las fases bien conocidas que se remontan hasta el s. IV-III a. C. (casos de El Castrelín, Chao Samartín, Vilela, etc.). Para ello se debió acudir a diferentes mecanismos de control demográfico, desde en el núcleo familiar biológico, a través de abortos e infanticidios, hasta en la cooperación y solidaridad colectiva e inter-comunitaria a través de matrimonios, acogimientos, etc.

El componente simbólico del recinto castreño como reflejo de la comunidad desde el mismo momento de su fundación insiste en el carácter segmentario del mundo castreño prerromano. Junto a este sentido último y básico del recinto como construcción monumental de la comunidad en



su conjunto, es decir como un esCaparate de cómo quería la comunidad mostrarse así misma y hacerse ver de cara a sus vecinos, existen otros rasgos que pudieron ir implícitos que no deben obviarse. Me refiero a los aspectos de los que la tradición académica ha abusado en relación con lo defensivo, disuasorio, poliorcética, etc. Si nos fijamos en casos recientes bien estudiados como el castro lucense de Castromaioir, podemos observar que todos los esfuerzos monumentales giraron en torno a la entrada del recinto principal, buscando un efecto impactante a través de un largo recorrido ascendente atravesando hasta tres recintos y en último lugar una serie de portones por los que se accedían a través de un angosto pasaje (López Marcos y otros, 2011: 60-62) (**Fig. 8**). El efecto podía ser disuasorio por un lado e incluso se podría pensar en clave de conflictos, batallas y asedios. Recientemente se han aportado otros elementos a tener en cuenta como los análisis virtuales sobre una base mensurable incluidos en un SIG, con el fin de valorar la estrategia locacional de los emplazamientos castreños¹³⁵ (Parcero, 2013). Entre las dos hipótesis contrapuestas de lógica defensiva frente a lógica monumental, el resultado del análisis en el caso de estudio Castrolandín (Cuntis, PO) apoya que se invirtió un esfuerzo mayor en las partes topográficamente más accesibles frente a su carácter ni visible (desde/por más lugares: visibilización cuantitativa) ni prominente (desde/por los “mejores” lugares: visibilización cualitativa). Aunque se traten de lógicas excluyentes puesto que han de observarse tanto complementarias como construidas diacrónicamente, se concluye con un argumento en beneficio de la tesis más antigua que argumentaba el peso del carácter defensivo de los recintos castreños y que reforzaría el argumento social heroico y bélico del mundo del Hierro noroccidental. El análisis de la accesibilidad/inaccesibilidad, como condicionante básico de la defensibilidad, y el de la visibilización/invisibilización, como factor elemental en la lógica monumental, son bien conocidos en el debate arqueológico especialmente desde el análisis territorial de las distintas aproximaciones de paisaje. Ambos han estado presentes en los distintos estudios de territorio de diferentes ámbitos castreños. Sin embargo, los desarrollos a través de las herramientas de los SIGs han permitido una metodología de análisis nueva aún por explorar más profundamente y sobre todo en relación con elaborar un marco comparativo más allá del estudio singular de un castro, con el objetivo de observar los patrones desde esta perspectiva. Aún así y a la espera de

¹³⁵ Se trata de una novedosa aproximación que pretende aportar un soporte mensurable sobre la base de la evidencia empírica a través del desarrollo de un planteamiento de análisis de la defensibilidad: en parte de Martindale y Supernant, 2009 y en parte autónomo a través del trabajo de Parcero y Fábrega Álvarez, 2006.



Fig. 8: Fotografía aérea de los recintos del castro de Castromaior (LU), imagen de su entrada monumental y reconstrucción ideal. De López Marcos y otros, 2011.





dichos análisis territoriales reconstructivos necesarios, se deben extraer algunas reflexiones del análisis social del mundo castreño segmentario.

En primer lugar habría que tener en cuenta que tras los análisis sobre bases geométricas y matemáticas reconstructivas, con sus problemas específicos como el estado de conservación de los derrumbes y los fenómenos post-deposicionales que los limitan, existen los condicionantes perceptuales que se construyen social y simbólicamente. Dichos factores se han tenido en cuenta en alguna propuesta de análisis virtual pero, por lo general, se tiende a su simplificación. No pretendo proponer aquí un estudio analítico desde esa perspectiva sino sólo señalar algunos puntos perceptuales a tener en cuenta en el caso castreño, para que puedan servir en futuros planteamientos. La pregunta clave es para quién se quería que fuesen visibles las construcciones artificiales y en relación a ello valorar a quién iba dirigida la lógica de la monumentalización. Sólo entendiendo las variables que pueden operar en este sentido se podrán comprender otros condicionantes como la defensibilidad. Es decir, no se trata de enfrentar una lógica defensiva y belicista frente a otra monumental comunitaria y pacífica, simplificando los modelos sociales heroicos y segmentario. La estrategia locacional de los recintos castreños es monumental por definición antes que defensiva, la cual sólo sería una consecuencia de lo primero. Es decir, más allá de los análisis de casos específicos que muestren una inversión constructiva en las zonas más accesibles, lo que subyace es un fenómeno de exhibición o exaltación monumental de lo cerrado, que no tiene por qué tener un objetivo de hacerse ver, visibilizarse cuantitativamente o cualitativamente, o al menos de hacerse visible en el territorio. La lógica monumental castreña es cerrada antes que visible, por lo que podría haber tenido un carácter más o menos prominente circunstancialmente. Las dos referencias básicas de la sociedad castreña segmentaria, las familias y la comunidad, reproducen en dos escalas distintas la misma lógica monumental cerrada: las unidades domésticas se cierran en sí mismas de la misma manera que el poblado se cierra en un recinto en el territorio. Sin embargo, si las estructuras domésticas reproducen como decía un mecanismo de inhibición, puesto que esta ausente cualquier exhibición de unas frente a otras o de todas ellas hacia fuera, el recinto como mecanismo máximo monumental puede tender más hacia la exhibición o la inhibición en el paisaje según el caso. La monumentalización puede ser desde un recurso visible pero inhibido en el paisaje hasta otro mecanismo de visibilización de forma exhibida. Sin embargo, antes de esa configuración que tendrá que perfilarse en los futuros estudios se constituye como un esfuerzo



monumental de cara a la propia comunidad que la define desde su propia fundación como tal y la hace su referencia monumental, inhibida o exhibida en el paisaje, fuente de identidad social y política del grupo que lo habita.

El análisis desde esta perspectiva del recinto como máxima expresión de lo comunitario refleja una ideología de comunidad cerrada que gira sobre sí misma y en la que todo lo que le rodea empieza y acaba. Más allá de los límites de su territorio de acción y explotación, no queda más que el desorden y el caos de otros grupos a los que se perciben *a priori* peligrosos y/o se evitan como elementos que rompen el orden establecido. Pero ya he venido señalando que eso no significa que no hubiese procedido a una competencia/necesidad a través del conflicto/solidaridad social intercomunitaria, en donde tendrían cabida los encuentros y desencuentros en el intercambio de personas, objetos e ideas, especialmente palpables como decía a la hora de fundar una nueva comunidad. En este tipo de sociedad es en la delimitación tanto del espacio doméstico como del comunitario en donde se reproducen los mecanismos religiosos puesto que se trata de los ámbitos más importantes a la hora de definirlos y perpetuarlos como elementos simbólicos estructurantes. La estrategia visual correspondiente será aquí el ocultamiento intencionado, el cual permite ser valorado a través de algunos elementos del registro: desde los ritos domésticos de fundación hasta la apropiación funeraria y sagrada del territorio.

6.2. Del sacrificio fundacional y la diseminación funeraria

para los arqueólogos que han estudiado el mundo castreño prerromano ha resultado incomprensible la ausencia de un registro propiamente ritual. Pero entre todas las facetas del ámbito religioso, la ausencia de restos funerarios ha resultado la más llamativa desde el principio de la investigación. La tendencia que se arrastra desde entonces se fundamenta en diferentes hipótesis interpretativas sobre la conservación del registro en relación con la acidez de los suelos y algunas estructuras en absoluto inequívocas: hornos crematorios, cistas domésticas, etc. Muy de cerca le han seguido las interpretaciones de los restos faunísticos en depósitos atípicos en el interior de los poblados, sobre los cuales se han vertido hipótesis de ajuares en relación con pretendidos restos funerarios o se han vinculado con rituales asociados a la fundación del hogar o el recinto. Sin embargo, como veremos, a diferencia de los depósitos funerarios y faunísticos (sacrificiales) bien contextualizados en otros ámbitos culturales tanto de la llamada “Hispania indoeuropea” (Alfayé, 2005) como en el mundo



ibérico (Moneo, 2003), en el Noroeste ibérico asistimos a una estrategia generalizada de ocultamiento de dichas prácticas.

Partiré de la caracterización simbólica religiosa en el interior de los poblados castreños para posteriormente abordar los aspectos del ritual funerario, el cual atraviesa todos los ámbitos, desde el doméstico pasando por el colectivo hasta el comunitario, y encuentra su representación última en su disposición oculta en el territorio como reflejo de una cosmovisión específica de los muertos en el paisaje. A su vez, para este capítulo contaré con algunas referencias literarias grecorromanas, principalmente de Estrabón¹³⁶, las cuales aunque parciales, mediatizadas y reflejo de una ideología muy concreta, son ineludibles en relación con las *costumbres religiosas* que sirven para caracterizar al impreciso mundo de los montañeses ibéricos, con el que se asocian galaicos, astures y cántabros, a medio camino entre las *costumbres bárbaras* avanzadas y el retraso y salvajismo propio de los animales. Así observaré en este capítulo algunas citas en relación con los sacrificios animales y las costumbres del ajusticiamiento a los delincuentes, como reflejo de un tópico literario en el tratamiento a los muertos en potencia.

Del interior de los poblados castreños se tiene mucha información arqueológica puesto que ha sido el lugar central y predilecto de la indagación sobre el mundo castreño. Siguiendo muy de cerca la resistencia a la ausencia de un registro específicamente funerario, fueron muchos los ejemplos de restos faunísticos que se habían intentado asociar desde a los propios ajuares de pretendidas cistas de enterramientos humanos en ámbito doméstico (principalmente sistematizado desde Luengo, 1950) hasta otros contextos y objetos asociados con rituales más comunitarios que se vinculan con sacrificios de tradición indoeuropea (recientemente en García Quintela, 1999; Santos, 2002; Alfayé y Rodríguez Corral, 2009). Respecto a esto último, dejaré para el próximo bloque el análisis de la vajilla metálica y las sítulas castreñas por su vinculación al fenómeno concreto de la comensalidad (Bloque II, cap. 8), así como el lugar que ocupan ciertos objetos figurados, desde los “bronces sacrificiales” hasta el caso de las diademas en oro de Moñes con elementos que remiten al ritual y al sacrificio (Bloque II, cap. 7 y 9). Aquí quiero insistir en los mínimos datos en relación con un registro material específico asociado con el ritual de sacrificio animal.

¹³⁶ Traducción de Gómez Espelosín, 2008.



Si excluimos los restos faunísticos que en su día se asociaron a presumibles cistas funerarias domésticas, los únicos datos con los que se cuenta son el depósito fundacional con restos de cabra de La Corona de Corporales y algunas interpretaciones rituales de depósitos asociados a los recintos castreños (Alfayé y Rodríguez Corral, 2009; González Ruibal y otros, 2010). Respecto a estos último, se ha puesto de manifiesto la información oral en relación con el descubrimiento de huesos de caballo dentro de la muralla del castro de Espiñaredo (As Pontes, PO), lo cual no ha podido ser contrastado arqueológicamente, sirviendo sin embargo como *unicum* de un pretendido ritual homólogo a otras regiones como la *Celtiberia* en relación con el carácter liminal de la muralla (Rodríguez Corral, 2009: 180; Alfayé y Rodríguez Corral, 2009: 109). Otros elementos traídos a colación son los restos humanos fundacionales en la transición del Bronce al Hierro del Chao Samartín y La Campa Torres, sobre los que volveré abajo en relación con el mundo funerario, junto con la vinculación ritual de los materiales metálicos en el castro de Saceda (Cualedro, OR) y las cabezas pétreas de las llamadas “estatuas de guerrero” (Alfayé y Rodríguez Corral, 2009: 109-110; Rodríguez Corral, 2012). Sobre el caso de Saceda, sólo sabemos su localización asociada con la entrada y la muralla a la acrópolis que más que tener un específico valor ritual permiten asociarlo con el contexto espacial característico de la producción metalúrgica. Respecto a las cabezas pétreas y las estatuas de guerrero me referiré más abajo (Bloque II, cap. 7), por su asociación con los fenómenos en relación con la acción indirecta y la propia conquista romana. Por último, para el caso del castro marítimo de Neixón, en concreto para el recinto más antiguo o *Neixón Pequeno*, se conoce una acción ritual vinculada a la amortización de objetos de intercambio, fibulas, huesos animales y cerámicas en antiguos silos y en el foso de delimitación en relación con la más temprana evidencia documentada de interrelación comercial púnica-galaica desde el siglo V a. C. (González Ruibal, Rodríguez Martínez y Ayán Vila, 2010). Se trata éste de un contexto marítimo atlántico permeable a partir de cierto momento a los intercambios de origen mediterráneo que está aún en estudio (González Ruibal, 2006b; Ayán Vila, 2008), pero que de ningún modo permite extenderse al panorama castreño conocido. Como he señalado en el capítulo anterior los recintos castreños son en sí mismos un reflejo poderosísimo símbolo máximo de la comunidad castreña en el paisaje. Hasta ahora su asociación con rituales religiosos no puede ir más allá del trabajo comunitario fundacional de dichas construcciones y el despliegue, remodelación y mantenimiento de las mismas, lo que



sabemos podía haber estado sancionado ritualmente a través de fiestas cíclicas o estacionales, como sabemos por paralelos con el mundo anglosajón¹³⁷.

El único registro faunístico ritual contextualizado hasta ahora es el caso de La Corona de Corporales (**Fig. 9**). Se trata de un depósito intencionado con restos de cabra bajo el pavimento de una de las construcciones del castro datado en algún momento temprano del s. I a. C. Propiamente es un hoyo delimitado por cantos y tapado por una laja recortada en el suelo nivelado sobre el que se dispuso el pavimento, excavado hacia la esquina oeste de la construcción 2, posible hogar fundacional de una de las unidades de construcción de la llamada “calle A” que sufrieron una serie de remodelaciones, a las que me he referido arriba en relación con el fenómeno de segmentación generacional (cap. 5.2). En dicho hoyo se depositaron ordenadamente huesos largos de un ejemplar de *capra hircus*, en concreto los miembros anteriores y posteriores articulados¹³⁸. La interpretación de sus excavadores fue la de una “ofrenda o voto fundacional” (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 24). Dada la importancia para el mundo castreño del hogar, sobre el que gira la producción y reproducción de la unidad social básica en torno a la familia nuclear, el acto de fundación de una construcción doméstica supone un hecho potencialmente simbólico y religioso. Además el que se traten de restos de una cabra remiten inmediatamente a la descripción de las costumbres sacrificiales de los montañeses que nos legó Estrabón (*Str.* 3, 3, 7):

Todos los habitantes de las montañas [...] se alimentan sobre todo de carne de cabra y sacrifican a Ares un macho cabrío, prisionero y caballos; y hacen también hecatombes de cada clase al modo griego (como dice también Píndaro “de todo sacrificar cien”)

137 Es lo que se deduce de la disociación que existe en ámbito anglosajón entre asentamientos en abierto o tipo *hillforts* y *hillforts* específicos con una función ritual como en el caso de *Uffington Castle* y la figura grabada en calcárea del *White Horse* (Miles y otros, 2003). La inexistencia en ámbito castreño de dicha variabilidad podría hacer suponer un trabajo ritualizado en la fundación, construcción y mantenimiento del símbolo más poderoso de la comunidad en su conjunto: el recinto; pero del que no tendríamos un registro material específico.

138 Se trata de los fragmentos de los húmeros, fémures, tibias, metatarsos, radio y ulna. Llama la atención la ausencia del calcáneo y el astrágalo que deberían haberse conservado articulados entre la tibia y el metatarso puesto que son muy difíciles de separarlos. Existen otros fragmentos que no han sido identificados claramente y que podrían pertenecer a otra especie y/o corresponder a fragmentos de asta, tal vez de la misma cabra a la que pertenecen los demás restos. Agradezco los comentarios al respecto por la Dra. M. Moreno García (GI: ArqueoBio, CSIC).

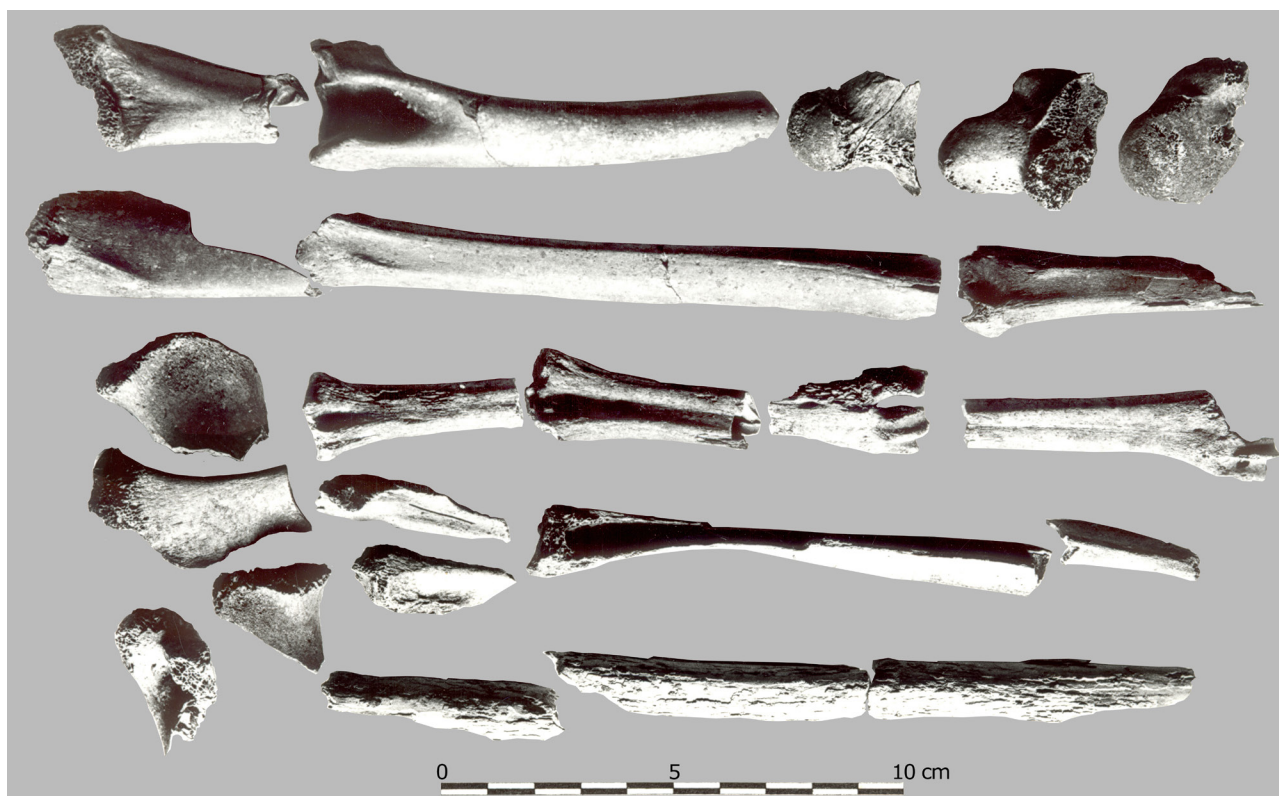


Fig. 9: Conjunto de restos esqueléticos del depósito fundacional de la construcción 2 de La Corona de Corporales (Truchas, León). EST-AP.

Respecto a casos análogos cercanos, sólo se cuenta con los datos procedentes del límite castreño oriental con el mundo meseteño en el asentamiento de La Corona/El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa., ZA), cercano a la confluencia del Eria con el Órbigo. Durante las excavaciones de urgencia que se llevaron a cabo se encontraron depósitos que parecen remitir a un tipo similar de “sacrificios fundacionales”, principalmente de corderos recién nacidos o crías, jabalí, conejo, gato, así como algún que otro feto y neonato humanos (Caro y López, 2001: 14-23; Misiego y otros, 2006: 121-22). En concreto esta costumbre no supera la fase más antigua del yacimiento, la cual viene a coincidir con la Primera Edad del Hierro-Cultura de Soto de Medinilla (siglos VII-V a. C.), los cuales se hacen vincular con otras estructuras “cultuales” de las que se han presentado en cambio varias dudas respecto a su funcionalidad¹³⁹ (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 115). Por otro lado, el acto de un depósito fundacional en el interior de una vivienda es una acción

¹³⁹ Se trata de unas estructuras de adobe de las que se detectaron 15 y que se localizan algunas veces agrupadas pero siempre dentro del poblado y como anejas a las estructuras que componen la unidad doméstica. Su morfología de estructuras circulares de forma radial, en cruz o estrella, han hecho pensar que careciesen de alzado, “pudiendo tratarse de verdaderos altares y túmulos”. Apoya a esta interpretación las evidencias de piezas pequeñas cerámicas y restos faunísticos atípicos como las astas de ciervo recortadas. Se interpretan “sin duda” con algún “tipo de ofrenda” asociadas como “altares o túmulos domésticos, vinculados a un ritual o creencia desconocida” (Misiego y otros, 2006: 121). Dichas estructuras pudieron sustentar otras en materiales perecederos aéreas, como los característicos sobre poyetes *cabazos* de los Ancares u *hórreos* de todo el norte peninsular, así como sobre columnas de adobes como elemento sustentante que permita circular el aire y generar espacios frescos y secos, ideales para el almacenaje o para hornos cerámicos, de pan, etc.



altamente extendida en diferentes puntos de la Península Ibérica (véase en general Moneo, 2003; Alfayé, 2005). Sin embargo, los datos con los que contamos, desde ámbito meseteño hasta el noreste peninsular, nos remiten a una práctica ritualizada constatada principalmente en la Primera Edad del Hierro o, al menos, de una ausencia en el registro de dichos depósitos fundacionales a partir del s. IV a. C.¹⁴⁰, siendo el caso de “La Corona un caso aislado en pleno s. I a. C. Se trata éste de un caso que hay que observar, por el momento, como excepcional, a la espera de otros datos que permitan avanzar en el conocimiento de este tipo de depósitos intencionados y ritualizados. Sin embargo sus condicionantes permiten apuntar con cautela algunas reflexiones que servirán para disociar dicha acción ritual de lo que se desprende del texto estraboniano y ponerlo en plena coherencia con el modelo simbólico segmentario en ámbito doméstico castreño que he descrito arriba.

Se requiere en primer lugar, observar con qué registro zooarqueológico contamos para valorar el carácter de los restos de cabra en el contexto productivo de ámbito castreño y que permite poner en su lugar la afirmación de Estrabón respecto a que los montañeses se alimentan principalmente de carne de cabra. En este sentido la evidencia material ha sido tradicionalmente muy limitada, argumentándose la acidez de los suelos como factor acelerante de la descomposición de los materiales orgánicos, en especial en el área atlántica y cantábrica. El único intento de balance de los restos faunísticos de época prerromana en el Noroeste ha estado constreñido como antecedente del registro mucho más abundante romano (Fernández Rodríguez, 2003). La base material del análisis prerromano está en las colecciones antiguas bien conocidas del litoral atlántico, conservadas en un medio muy distinto como es la arena de playa; básicamente los casos del Achadizo II y III (Boiro, CO), Cantodorxo (El Grove, PO) y A Lanzada (Sanxenxo, PO). No incluye en el estudio el rico registro de castros como El Castrelin de San Juan de Paluezas, de los que ya se habían publicado en un estudio preliminar (Fernández-Posse, 2000a: 101-102, fig. 16¹⁴¹). Con un estudio sesgado del ámbito más atlántico castreño se concluye con una preeminencia de la ganadería de ovicápridos, alternada con la explotación de recursos pesqueros (malacofauna). Según su análisis, la explotación de los recursos secundarios -fundamentalmente leche

140 Tal y como se evidencia en la fase I de La Corona/El Pesadero (Caro y López, 2001: 14-23; Misiego y otros, 2006: 121-122) o en casos muy alejados como en el mundo ibérico catalán (Miró y Molist, 1990: 316-318), entre otros muchos ejemplos. Sólo se vuelven a encontrar depósitos fundacionales domésticos con restos faunísticos y/o neonatos humanos en relación con la inserción de las comunidades hispanas en el mundo romano, p.e. en el caso vacceo (Alberto y Velasco, 2003).

141 El caso de El Castrelin ofrece una gran cantidad de restos esqueléticos que presentan una amplia variabilidad de especies, principalmente domésticas con menos de 1% de fauna salvaje representada por el ciervo, el jabalí y algún ave.



y lana- habría ocupado un lugar por debajo de la explotación cárnica (Fernández Rodríguez, 2003: 43-44). Por el contrario el caso berciano de El Castrelín presenta una orientación de la explotación contraria hacia los productos secundarios ganaderos: tanto de la carga y el tiro de los bóvidos como de la lana sobre la leche y el predominio de la oveja sobre la cabra (Fernández-Posse, 2000a: 102).

Como una primera aproximación se puede decir que tanto en los castros litorales como en el ejemplo berciano el grupo faunístico dominante es el de los ovicápridos. El porcentaje se invierte si tenemos en cuenta el peso de la especies detectadas, lo que para El Castrelín se expresa en un predominio del vacuno en casi un 60% del total de especies de la misma manera que en los castros gallegos, teniendo el cerdo una presencia terciaria también en ambos (Fernández-Posse, 2000a: 101-102; Fernández Rodríguez, 2003: 45-47). Las diferencias estriban en la interpretación sobre la explotación ganadera, hacia el consumo de la carne en ámbito gallego frente a la explotación de los productos secundarios en área berciana. En cualquier caso la cabra ocupa un lugar predominante por detrás de la oveja con una clara menor aportación cárnica frente a la de los bóvidos. Si tenemos en cuenta, como se deduce de El Castrelín por su cercanía geográfica y cultural con La Corona, que la cabra era un animal doméstico explotado por sus productos secundarios (leche, queso, cuero, asta de hueso, etc.) antes que por su carne, entonces debemos poner en entredicho la descripción de Estrabón como principal recurso alimenticio de los “montañeses”. Ahora bien lo que sí que muestra el registro es que se trata del único animal detectado en un depósito sacrificial.

Se debe destacar aquí que la descripción de Estrabón no se fundamenta en una documentación etnográfica al uso sino en la utilización de ciertos rasgos costumbristas seleccionados con el fin de perfilar un *topos* literario: el del carácter bárbaro de los pueblos sometidos y civilizados por el Imperio en los tiempos de Augusto¹⁴². Lo que me interesa destacar aquí es que la cabra como alimento principal y su sacrificio asociado en Estrabón remiten al tópico de una economía pastoril de segunda fila y asociada con las zonas montañosas frente al ganado bovino y ovino, propios de zonas con mejor clima y buenos pastos en donde se asienta la civilización. De la misma manera que Estrabón también señala que los montañeses son comedores de bellotas frente al cultivo de la triada mediterránea como propio de la civilización y así como otras tantas referencias

142 Estudios tanto ideológicos como filológicos de la Geografía de Estrabón en Van Passen, 1957; Mancinetti-Santamaria, 1978-1980; Laserre, 1983; Prontera -ed.-, 1984; Plácido, 1987-1988; Clavel-Lévêque, 1989; Nicolet, 1991; Clarke, 1997 y 1999; Dueck y otros, 2005.



alimenticias tópicas, como el agua frene al vino (*Str.* , 3, 3, 7), de lo que tenemos importantes análisis (Bermejo, 1986: 21-27 y Apéndice I; 1994 (1982): 43-66). El resto de elementos del pasaje sobre un sacrificio reglado de prisioneros de guerra y caballos al dios Ares-Marte y la cita de un griego legendario como Píndaro respecto a una homología con la costumbre griega de las hecatombes, responden al ritual bárbaro que en su estructura básica remite al mundo céltico pero entra en contradicción con el pretendido ateísmo de los galaicos, sobre lo cual me referiré más abajo. A nivel zooarqueológico no se puede por tanto defender inequívocamente que sean las cabras el alimento cárnico principal pero tampoco parece que los caballos tuvieran una importancia como la que han tratado de extrapolar algunos autores en relación con el sistema de tenencia equina individualizada y la competencia a través del pillaje entre una pretendida elite guerrera castreña (García Quintela, 1999: 274 y ss; crítica en Fernández-Posse, 2000a: 102 y Fernández Rodríguez, 2003: 47).

Volviendo al carácter del depósito fundacional de La Corona no podemos sino dejarlo al margen de una lectura directa vinculada con el texto de Estrabón, puesto que no existe ningún otro elemento, además de la coincidencia de que se trate de los restos de una cabra, que lo relacione con un ritual guerrero en un contexto suprafamiliar. Muy al contrario, una organización interna como la del poblado castreño en ámbito astur tendente al autoabastecimiento de cada núcleo familiar, permite suponer la posibilidad de contar por cada unidad doméstica con una pequeña cabaña ganadera de ovicápridos, algún bóvido y en menor medido un suido. La procedencia de los restos faunísticos de distintas áreas de desecho en El Castrelín permite comprobar esta relación en los casos de la última fase de ocupación, en la que se detectan los huesos animales en los campos de acción de algunas unidades de ocupación o, de forma ocasional, entre unas y otras. No se debe perder de vista que sin embargo el mayor porcentaje de restos animales proviene de los basureros comunales formados en el tiempo en áreas de paso claramente consensuadas para esa función¹⁴³. El carácter intencionado de la deposición de unas extremidades bajo el pavimento de una vivienda raíz de una unidad de ocupación, permite

insistir en que el acto simbólico no excede el ámbito de lo doméstico y tampoco le imprime a dicha construcción ningún rasgo excepcional que lo individualice respecto al resto de construcciones del

¹⁴³ Se trata del 60% de la muestra recogida para El Castrelín y son los datos usados para dar el perfil del yacimiento (Fernández-Posse, 2000a: 101-102).



poblado. Lo único que existe en este caso es un rasgo más en la variabilidad y diferenciación que hasta cierto punto se desarrolla entre unas unidades de ocupación respecto a otras pero sobre una misma estructura básica común; es decir la perseverancia de un mecanismo de inhibición que en el resto de unidades se oculta intencionadamente. Así, aunque el caso de Corporales puede explicarse como producto de un comportamiento segmentario, se debe dejar claro que la evidencia constatada para el conjunto del mundo castreño remite a que prácticas rituales como esta responden a un mecanismo de ocultación, tal y como se desprende de la ausencia en el registro material. De hecho, el que Corporales sea un caso único en un ejemplo de unidad remodelada por segmentación generacional, que no consta en otras unidades constructivas ni en otros yacimientos castreños y sus ejemplos más cercanos estén en la tradición de ámbito meseteño, permite plantear como hipótesis que se pudiera tratar de un ritual incorporado por un núcleo familiar en un plano privado como reflejo de una tradición importada. Sobre otros elementos, tipo el espiraliforme de plata como “producto de intercambio” o sobre la fundación en pleno s. I a. C. de la propia Corona de Corporales, que podrían apuntar al trasvase de población meseteña a través de alianzas matrimoniales o la reacción ante la presencia romana, volveré en el siguiente bloque.

A continuación, trataré el registro funerario ausente en el mundo castreño como resultado de un comportamiento ritual de ocultación consciente, coherente con la lógica segmentaria que vengo definiendo. En primer lugar se ha de señalar las tendencias historiográficas que se han resistido al vacío del mundo funerario y que todavía laten en el fondo de algunas interpretaciones. Una de las más predominantes fue la que asociaba en área galaica los monumentos *con forno* o tipo *pedras fermosas*, actualmente incluidos en las saunas castreñas, con hornos crematorios que habrían hecho desaparecer rastro alguno de los cadáveres en época prerromana (básicamente a partir de Cardozo, 1931-1932 y Lorenzo, 1948). Esta idea no tenía más argumento que la enigmática funcionalidad de dichas estructuras, puesto que nunca se pudieron confirmar restos cremados humanos y ni siquiera el uso del fuego como tal, y no sería hasta varias décadas después cuando con algunos datos dispersos se comenzó a explicar un modelo de lo que se llamaron “necrópolis intramurales” (García y Bellido, 1966). La base arqueológica fundamental venía de la excavación del castro de Meirás (Sada, CO) en los años 40 (Luengo, 1950). En dicho poblado se detectaron decenas de fosas con restos que se vincularon con depósitos funerarios, tanto bajo los pavimentos de las casas como en los espacios abiertos



vinculados a ellas¹⁴⁴. La descripción de la estratigrafía resulta altamente confusa y el único análisis de restos óseos (Carrero Otero, 1967) se debe poner en suspenso ante la confusión con el registro óseo de la necrópolis tardorromana de la Calle Real en La Coruña, excavada también por Luengo en los años 40, ya denunciado para el caso del registro faunístico¹⁴⁵ (Fernández Rodríguez, 2003: 82).

El modelo castreño basado en “necrópolis intramurales” sirvió para culminar la argumentación de las saunas como hornos crematorios. Dicha interpretación se ha descartado a partir del desarrollo en el análisis constructivo, tipológico y funcional de las estructuras que hoy día englobamos como saunas castreñas (desde Almagro-Gorbea y Álvarez Sanchís, 1993). Sin embargo y aunque el tema de lo funerario castreño ha sido muy obviado por el ámbito académico por lo parco de los datos y lo inaprensible de su explicación última, se ha revitalizado el modelo de fosas y cistas domésticas con función funeraria a partir del caso del registro dudoso de Meirás. Por un lado se trata de un modelo que se acomoda muy bien al de otros registros bien conocidos y emparentados por la tradición atlántica como el anglo-sajón. Es el caso de González Ruibal en su reciente síntesis sobre el mundo galaico¹⁴⁶ a partir de algunos datos que se han retomado o interpretado como depósitos o cistas funerarias tanto en el interior como en el exterior de los poblados castreños. Ninguno de ellos cuenta ni con una

144 En concreto 65 “sepulturas” básicamente localizadas alrededor de la Dependencia II, de la Dependencia III y en torno a la casa nº 2 y las indeterminadas colindantes (con algún caso disperso entre la casa nº 1 y el pretendido *ustrinum* en la Dependencia I). En dichas fosas sólo se detectaron huesos humanos en 4 casos que se definen como “enterramiento familiar”, siendo una mera suposición en el resto de casos que a lo sumo sólo se pudo detectar imprecisas “piedras, cenizas, carbones y huesos pulverizados” (Luengo, 1950: 50 y ss).

145 El análisis antropológico forense sólo se pudo hacerse en el caso de la llamada “tumba VI” que se relaciona con una “mujer joven” (Carro Otero, 1968). La descripción de dicho depósito resulta imprecisa en tanto en cuanto coincide con la publicada en las memorias de excavación, ya que se menciona un pendiente de bronce como ajuar funerario que sin embargo se asocia con restos en la esquina derecha de la Dependencia II, a unos 5 metros de la supuesta “sepultura” (Luengo, 1950: 97). A la hora de estudiar la colección faunística detectada tanto en Meirás como en la tumba tardorromana de la Calle Real (antigua playa en época romana) de La Coruña, Fernández Rodríguez mandó elaborar un análisis microbiológico que detectó micromoluscos característicos de la antigua playa que hubo bajo la calle Real coruñesa, en contraposición con la composición sedimentaria de esquistos del terreno de Meirás. Esto junto con la propia tipología faunística que correspondía a una muestra más típica de los asentamientos romanos que de los prerromanos, hace concluir que la muestra faunística de Meirás “es muy probable que haya que vincularla a la calle Real de La Coruña” (Fernández Rodríguez, 2003: 82). Aunque habría que elaborar un análisis específico de los supuestos restos óseos procedentes de Meirás, que sólo serían del *unicum* de la indeterminada “tumba VI”, el análisis del registro faunístico se puede extender para el resto de las muestras óseas, concluyendo una inviabilidad de su valoración como depósitos funerarios humanos (véase en Alonso, 2007 y 2008).

146 González Ruibal reinterpreta el caso de Meirás, tomándolo como modelo para interpretar otros casos de depósitos o fosas como en un caso del poblado en área bracarense de Lago (Martins, 1988a) como parte de una práctica que entroncaría con el registro funerario de tradición atlántica detectado en ámbito anglo-sajón (González Ruibal, 2006-2007: II, 579-582, fig. 4.200). Sobre el registro anglosajón y la tradición de restos funerarios en fosas: Hill, 1995a.



estructuración clara del espacio para un uso funerario como costumbre compartida, ni de hecho se cuenta con ningún resto óseo humano que permita tener una evidencia definitiva de la función de los mismos, con la única excepción del caso de Palheiros sobre el que volveré más abajo.

Para encontrar los últimos casos constatados de restos humanos en ámbito castreño debemos retrotraernos al mundo de transición del Bronce al Hierro en los casos de la calota craneal femenina depositada en una cista de piedra en la rampa de acceso a la acrópolis del Chao Samartín (Villa y Cabo, 2003), los restos infantiles con una mandíbula procedentes de sectores asociados a la muralla de la Campa Torres (Maya y Cuesta, 2001: 295; Barroso y otros, 2007b) y el enterramiento en cueva de Fuentenegroso (Barroso y otros, 2007a). Ambos remiten a un comportamiento del Bronce final que en el Noroeste refleja un proceso a lo largo de toda la Edad del Bronce que culmina con la pérdida del lugar de enterramiento como escenario público de negociación de la identidad social, trasladándose a otros ámbitos más individualizados como los recintos rituales tipo la acrópolis del Chao Samartín, los poblados tipo La Campa Torres o las cuevas como Fuentenegroso. No es raro por ello que sea en ese contexto donde aparezcan los escasos fragmentos humanos conocidos, resultado de una desmembración y objetificación ritual que refleja la pérdida de importancia del mantenimiento del cadáver y su valor material para promover la identidad social legitimadora de ocupación del territorio. Los restos del Chao y Campa Torres no responden ya a ningún patrón funerario sino a la conservación y amortización de restos humanos como reliquias: tanto con valor fundacional asociado a las rampas de acceso y/o los recintos como con un significado cosmológico esencial y manipulable en las acciones rituales comunitarios (Bettencourt, 2008, 2009 y 2010a y 2010b).

Para la Edad del Hierro se han encontrado particularidades de tradición atlántica en casos difícilmente demostrables pero que entroncarían con un modelo compartido de enterramientos de incineración en fosas para toda la Edad del Hierro europea, inspirado de forma directa en las culturas inmediatamente circundantes a la castreña: ámbitos lusitano, vacceo o celtibérico (Vilaseco, 1999; Bettencourt, 2000). En concreto sobresalen algunos depósitos vinculados con orfebrería que permiten amoldarse a la idea de un enterramiento de incineración con ajuar, tanto en casos en el interior del poblado como en el territorio inmediato de acción. Respecto a los primeros, contamos con casos de antiguo recientemente traídos al debate, como el de la Citânia de Briterios en donde se encontraron dos pendientes con filigrana vinculados a un numisma griego del s. III a. C. (Castro, 1995: 127; Ladra, 2002: 186) asociado a unos



específicos “vasos campanulados” que habrían contenido las cenizas del difunto, al modo de otras “necrópolis intra-mural” de casos paradigmáticos del norte de Portugal como en la Cividade de Terroso¹⁴⁷.

Asociados igualmente a supuestas estructuras funerarias se conocen otros dos casos de reciente excavación que presentan piezas de metal interpretadas como ajuar. Se trata, en primer lugar, de la intervención en el Crasto de Palheiros (Murça, Vila Real) (Nunes y Ribeiro, 2000; Bettencourt, 2000: 45-46; Sanches, 2008: 119), donde se excavó lo que se ha denominado *Estrutura de Deposição Funerária (EDF)* asociada a la construcción de la muralla principal que define el recinto del poblado de la fase de la Edad del Hierro (Crasto III), la cual cuenta con dataciones desde el s. IV-II a. C¹⁴⁸ (**Fig. 10A**). La estructura contenía un pequeño adorno de plata, el cual parece responder a algún tipo de arracada con anillas en suspensión y que podría ser el primer caso de un ajuar funerario castreño contextualizado (Sanches, 2008: fig. II.30.4). El problema viene dado por la muestra radiocarbónica asociada a dicho depósito cerrado¹⁴⁹, la cual se presenta del todo anómala, dando una horquilla de época alto medieval. Por ello y contando con que no existe una clara intrusión de la fosa en la muralla a nivel estratigráfico, lo más cauto es ponerlo en relación con las dataciones más dominantes en la última fase que aunque se tilda de Edad del Hierro, alcanza la época plena altoimperial¹⁵⁰.

De espacios *off site* se conocen algunos datos recientemente publicados como Devesa do Rei (CO) (Aboal y otros, 2005) y O Castriño de Bendoiro (Lalín, PO) (Fernández Pintos, 2008 y 2009). En concreto en este último se individualizaron en la zona sur fuera del recinto algunas estructuras como una posible zona de enterramiento y un complejo y extenso sistema de fosos perimetrales (Fernández Pintos, 2008: 182). Las estructuras Es-13, 29 y 36 de la Zona 1 se interpretaron morfológicamente como tumbas de inhumación, sin una clara evidencia ósea, y se

147 Se trata de un tipo de vaso en forma de campana invertida (tipo B en Silva, 2006 [1986]: 191-193) que se asoció en dos casos con presumibles funciones funerarias, el primero asociado a una pretendidas cistas pétreas anexas a las paredes de una estructura doméstica intra-muros en Terroso (Flores y Carneiro, 2005: 187) –en contra de la documentación antigua (López Cuevillas y Pinto, 1933-34) y moderna (Vilaseco, 1999; Bettencourt, 2000) que dicen presentarse dichas cistas vacías. En cualquier caso, actualmente se viene reconociendo una datación plena romana a estas “estructuras pétreas” hacia el s. I d. C., gracias a su reexcavación (Silva, 2006 [1986]: 303; Flores y Carneiro, 2005: 189-90). El caso de Briteiros se dice que contenía los dos pendientes decorados con filigrana extraídos desde antiguo de alguno de los pavimentos de una cabaña indefinida de Briteiros (Cardozo, 1996 [1971]: 74), sin posibilidad alguna de esclarecer algo más sobre ello (Alonso Burgos, 2007 y 2008).

148 Ua-22218 y 22219 (Sanches, 2008: 48).

149 CSIC1618 y 1619 (Sanches, 2000-2001: 21, 24).

150 CSIC-1215, 1218, 1279, 1320, 1403 y 1404 (Sanches, 2000-2001: 21, 24, Fase EH: 160 BC-140 AD (¡!)).



presentó un brazalete en bronce como único ajuar en la primera de ellas (Fernández Pintos, 2009: 210, Es-13) (**Fig. 10B**), datadas sin radiocarbono en un arco prerromano entre los siglos. III-I a. C., aunque el resto de indicios, como una fibula *Transmontana* y otros fragmentos de orfebrería en oro (hilo enrollado y anillo) junto con una moneda de la *caetra*, remiten al cambio de Era para el momento de colmatación de áreas como el foso, de donde procede la moneda (Fernández Pintos, 2009: 211-12). Estos argumentos de tumbas prerromanas castreñas se insertan en un contexto historiográfico antiguo que busca evidencias sobre las costumbres funerarias en el norte-noroeste durante toda la Edad del Hierro y que no sólo no ha conseguido dar frutos ninguna sistematización de los datos sino que todos los casos expuestos deben quedar en suspenso ante la falta de conclusiones definitivas¹⁵¹.

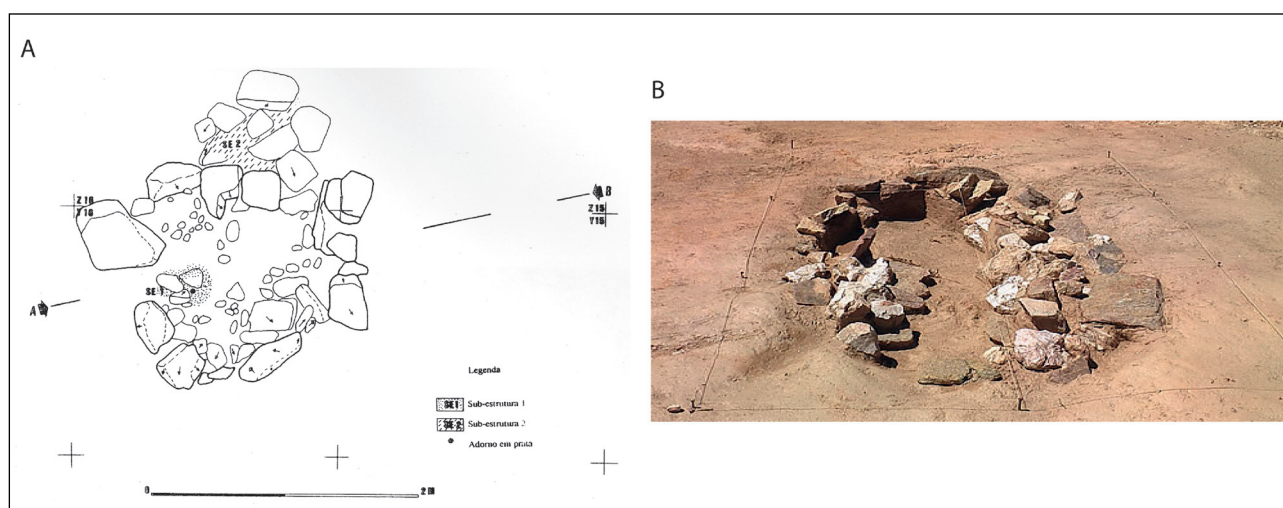


Fig. 10: A) Cista funeraria con adorno en plata de Palheiros (Murça, Vila Real) y B) estructura elíptica donde apareció el brazalete del Castriño de Bendoiro (Lalín, PO). De Nunes y Ribeiro, 2000 y Fernández Pintos, 2009 respectivamente.

El caso de Devesa do Rei presenta un interesante registro que pone de relieve la variabilidad de estructuras negativas asociadas con el paisaje agrario, como zanjas, caminos, fosas, etc. y la aparición de algunos depósitos intencionales o restos materiales dispersos que indican la frecuentación ritual(izada), cultural y funeraria, en dichos espacios en un periodo de larga duración (desde la Edad del Bronce al Hierro). Así, en este caso, se destaca unas estructuras excavadas en la roca madre en el sector 5, en donde además de alineaciones de bloques de piedra, hay una zanja y una fosa con una laja de piedra a

¹⁵¹ No existen restos ni de cremaciones ni de inhumaciones, ni tampoco la articulación de ningún modelo de cementerios como fueron las interpretaciones de los monumentos *con forno* como hornos crematorios, las llamadas necrópolis intramurales (García y Bellido, 1966) o algunos esfuerzos recientes que buscan paralelos en las comunidades circundantes a las castreñas, celtibéricas, vacceas y vetonas (Vilaseco, 1999). Para una visión de los datos arqueológicos en Bettencourt, 2000. Para una lectura crítica en Alonso, 2007 y 2009.



modo de estela que se relaciona con una funcionalidad funeraria y/o honorífica inédita, en relación a una frecuentación por radiocarbono del Hierro¹⁵², sobre un área cultural de larga duración durante el Bronce¹⁵³ (Aboal y otros, 2005: 175-177). Un hecho similar, podría también haberse detectado en relación con las zanjas y materiales del Hierro en el entorno del castro pontevedrés de Cameixa, aunque sin ser propiamente un depósito cerrado que, en este caso, lo conforma una fosa posiblemente de incineración también de una indeterminada Edad del Bronce (Parcero, 1997: 12-14). En ninguno de los dos casos existe un argumento de peso que permita extraer una conclusión de reutilización en la Edad del Hierro del espacio cultural (no solo funerario) de la Edad del Bronce; reflejado en Devesa do Rei por diferentes fosas y hogueras y en Cameixa por el depósito con jarro bitroncocónico roto intencionadamente y con contenido cremado. Las dataciones de Devesa do Rei muestran el hiato entre una frecuentación y la otra, difícilmente interpretables como resultado de la continuación del uso del espacio¹⁵⁴, por lo que debemos desechar las vinculaciones en relación a la apropiación del pasado remoto (en donde se podrían concebir los ancestros) por parte de la comunidad del Hierro. El hecho en sí de la utilización de depósitos variables, irregulares y plurifuncionales en el entorno de castros como enterramientos no es descartable a priori, pero no ha aparecido todavía ninguna evidencia que permita aseverar dicha función, más allá de los paralelos que se pueden encontrar con círculos de piedras de carácter funerario en ámbito prehistórico y protohistórico tanto peninsular¹⁵⁵ como atlántico y centroeuropeo¹⁵⁶.

Por todo ello debemos valorar como una hipótesis sólida la invisibilidad del mundo funerario castreño (Parcero, 2009: 2). Los esfuerzos en otra dirección enfocan mal la evidencia en sí misma de la ausencia material en el registro. Así, el punto de partida debe ser la aceptación de la ausencia funeraria como reflejo de una estrategia social e histórica específica. En primer lugar, empecemos con las ausencias

152 Ua-21685 (Aboal y otros, 2005).

153 Ua-20012 (Aboal y otros, 2005).

154 Como reconocen los propios autores existe un hiato, mínimo de 300 y máximo de 800 años, entre la datación por C14 del Bronce (Ua 20012: 1380-1051 cal BC,) y la del Hierro del interior del depósito y la zanja cercana, por su parte altamente variables (Ua-21685: 757-212 cal BC y Ua-2168: 4404-212 cal BC, respectivamente) (Aboal y otros, 2005: 176).

155 Como en el caso vasco de asociación de cromlechs y castros, en Peñalver, 2001. Sin embargo, profundamente divergente respecto del registro prerromano del noroeste y más en relación con las desigualdades sociales que están en la base de los ámbitos celtibéricos y cántabros.

156 El caso de la fosa del Hierro de Devesa do Rei encuentra su justificación, más que por un contenido cremado indemostrable en relación con restos funerarios humanos, dentro del contexto atlántico y centroeuropeo de Hallstatt y La Tène, con las características comunes de ser monumentos de obedecen a un patrón circular con una sanción en el perímetro de tipo zanjas o alineaciones pétreas, ubicados en entornos cercanos al poblado y con elementos de visibilización a modo de estelas rudimentarias (Aboal y otros, 2005: 176-177).



CUADRO III

	CENTRO	PERIFERIA 1	PERIFERIA 2	PERIFERIA DE LA PERIFERIA
	ROMA/GRECIA	EGIPTO	MUNDO CELTA: Galias, Celtiberia	MUNDO DE LOS EXTREMOS: etíopes, indios, germanos, montañeses (N-NO ibérico), etc.
Concepción difunto		Resurrección del alma del difunto-vida eterna	No temen a la muerte por creencia en la <i>metempsychosis</i>	Concepción del muerto como resultado de la adaptación animal a la naturaleza indómita
Aspectos rituales funerarios	<ul style="list-style-type: none"> Mantiene la memoria del difunto como modelo ejemplar cívico Enterramiento extramuros reglado como <i>res religiosa</i> 	<ul style="list-style-type: none"> Perpetúa recuerdo de las acciones del difunto Preserva la figura del cadáver Tratamiento ritual reglado 	<ul style="list-style-type: none"> Exposición del cadáver del guerrero honrado tras la batalla Traslado de las almas por aves carroñeras al Más Allá 	Ritual salvaje reflejado en: <ul style="list-style-type: none"> Alejamientos cadáver de la comunidad Privación de su forma humana a través de abandono y/o desmembración por los propios familiares y/o fieras, peces, etc. Eliminación de los miembros menos aptos socialmente o aquellos marginados por su comportamiento impropio
Función social de lo funerario	Mantenimiento de la memoria del difunto	Preservación del cuerpo y del alma del difunto	Exposición del cuerpo y el alma como máximo ritual honorífico al guerrero	Abandono por alejamiento y/o desmembración de los cadáveres y/o los miembros marginados socialmente
Modelo ideológico	MODELO CIVILIZACIÓN	MODELO CIVILIZACIÓN ANCESTRAL	MODELO ÉTICA AGONÍSTICA BÁRBARA	MODELO ADAPTACIÓN ANIMAL-BÁRBARO
Estrategia visual simbólica	MONUMENTALIZACIÓN civilizada		EXHIBICIÓN guerrera	OCULTAMIENTO como animales salvajes



constatadas en sus diferentes niveles. Al hecho de no contar con resto empírico alguno se une el no encontrar ningún patrón claro de lugar específico a nivel espacial que permita extrapolar la idea de una costumbre ritual funeraria visible: sea la de necrópolis como tales (*on-* u *off-site*) o la de asociar los restos humanos a objetos y/o desechos en registros de fosas, cistas, silos, basureros, etc., como bien se conoce para ámbitos como el anglo-sajón (Hill, 1995a). En el mejor de los casos, cada uno de los ejemplos que se han interpretado como posibles depósitos funerarios presentan más excepcionalidades que constantes en el registro y de ninguna forma se pueden vincular con la práctica más extendida de la sociedad en su conjunto. El mundo funerario castreño desde esta perspectiva visual se presenta como un registro arqueológico inmaterial. Ahora bien su inmaterialidad no implica una ausencia de ritualización del fenómeno funerario, como se conoce en multitud de casos antropológicos. Por tanto de lo que se trata es de argumentar qué estrategia simbólica acorde con el modelo social segmentario castreño puede reflejar un comportamiento funerario que no deje huellas materiales en el registro.

para ello contamos con dos fuentes de datos indirectos a nuestra disposición, por un lado la evolución del fenómeno funerario durante la Edad del Bronce en donde se debe discutir la continuidad o ruptura con las tendencias apuntadas y, por otro lado, la percepción que el mundo grecorromano tuvo de las prácticas funerarias en su última fase antes de la conquista, a través de una lectura crítica de las fuentes literarias. En este último sentido se trata de plantear la imagen que del fenómeno funerario o del tratamiento de la muerte en potencia, p.e. en relación con los condenados a la pena capital, tuvieron unos observadores externos en contraposición con sus costumbres religiosas mejor conocidas, para plantear en última Instancia en qué elementos se pudo fundar la diferencia cultural con el mundo prerromano. De nuevo, la cita de partida es la descripción de Estrabón sobre las costumbres penales de los montañeses (*Str.* 3, 3, 7):

*A los condenados a muerte los despeñan y a los parricidas los lapidan
más allá de las montañas o los ríos*

Aunque Estrabón está recogiendo aquí un rasgo en relación con el castigo que les espera a aquellos que atentan contra el pilar fundador del núcleo familiar y a los condenados por otras acciones contra la comunidad (sobre su lectura jurídica: Bermejo, 1994 [1982]), el hecho del ajusticiamiento a muerte



en un lugar físicamente alejado nos permite entroncar dicho aspecto con el imaginario funerario bárbaro. Y es que el hecho de alejar a aquello que está muerto o tiene que morir, por castigo o por su condición marginal que ya no se asume como parte de la sociedad, está presente en otras descripciones sobre pueblos que se consideran en un mismo estado de barbarie o periferia de la periferia, como los indios o los etíopes frente a los celtas, egipcios o los propios griegos y romanos (**CUADRO III**). A ojos de la cultura grecorromana en las comunidades menos civilizadas se elimina a sus miembros cuando sus dotes físicas ya no se adaptan a las exigencias de la comunidad¹⁵⁷ y se aleja el cadáver, privándolo de su forma humana (desmembrándolo, dejándolo como alimento a fieras o peces, etc.), de la comunidad, como reflejo de una costumbre cruel fundada en necesidades más propias de los animales y de la adaptación a la naturaleza salvaje que de las leyes¹⁵⁸. La mención indirecta a la muerte en el caso de las penas capitales entre los montañeses, como comunidad no civilizada que no se rige por ley alguna, es la misma que la que se desprende de las costumbres funerarias de otros autores sobre los *populi/ethne* menos desarrollados. En última Instancia, con el fin de reproducir y conservar el cuerpo social, el muerto debe ser eliminado, de forma y fondo, alejándolo del mundo cotidiano de la comunidad. Este carácter difiere de aquel que se otorga a las sociedades célticas, que se sitúan en un grado intermedio de civilización respecto a las creencias funerarias, en tanto en cuanto no temen a la muerte porque creen en la transmigración de las almas (*metempsychosis*), dejando a los cadáveres de los guerreros más bravos en el campo de batalla para que sus esencias sean llevadas al Más Allá por las aves carroñeras, dando sepultura¹⁵⁹ y haciendo honores al cadáver de forma que se sienta gratificado en la otra vida¹⁶⁰. Más lejos quedan aún de las culturas civilizadas ancestrales como la

157 Respecto al abandono de ancianos o miembros de la comunidad enfermos incurables, existe un rico *corpus* de leyendas y cancioncillas en el noroeste. Para el caso gallego-portugués contamos incluso con un análisis de lo que se denomina “eutanasia familiar” que, a pesar de las *a priori* sugerentes traslaciones con el mundo prerromano, fueron analizadas únicamente como resultado de dinámicas del mundo campesino católico moderno y contemporáneo (Bouza Brey, 1982 [1940]: I, 83-85 y 91, nota 22).

158 Se trata de tradiciones descritas para pueblos africanos del tipo de los *Trogoditi* (D.S., 3, 33, 2 y 5-6), *Ittiofagi* (3, 19, 6), *Oriti* (105, 1-21) o *Baleariti* (5, 18, 2) en paralelo con otras míticas como las de los habitantes de la Isla del Sol (2, 55-60) (Trevisan, 2012).

159 Curiosamente en los pueblos africanos que describe Diodoro Sículo, también hay casos en los que se “da sepultura” a los cadáveres pero siempre de una forma no civilizada en cementerios como tales. Las referencias ponen de manifiesto la costumbre de dejarlo en pedazos lapidado hasta que queda cubierto a forma de túmulo con algún caso de señalización en forma de cuerno de cabra, reflejo de un enterramiento poco duradero que incide más en una forma de deshacerse y alejar el cadáver que en conservarlo y perpetuarlo por una creencia en el Más Allá (p.e. entre los *Trogoditi* en D.S., 3, 33, 2 o los *Baleariti* en 5, 18, 2).

160 P.e. para los galos en Diodoro Sículo, posiblemente a través de Posidonio (D.S. 5, 28, 5-6). Para un estudio sobre



egipcia que se fundamentan en la tentativa de mantener vivo al difunto, perpetuando el recuerdo de sus acciones y preservando la figura humana del cadáver como reflejo del funcionamiento social fundado en leyes civilizadas¹⁶¹. Finalmente el mundo grecorromano se presenta como el centro de la civilización, entre el escepticismo filosófico y la creencia en el Más Allá, la supervivencia de la memoria a través del monumento funerario y su disposición en las necrópolis extramuros establecidas por las leyes cívicas.

Una concepción de los muertos como la que transmitieron las fuentes grecorromanas en su contexto ideológico de la civilización frente a la barbarie, pudo tener un fondo de realidad en relación con una estrategia funeraria muy distinta a la lógica de las altas culturas mediterráneas pero también diferente a la de los pueblos englobados como célticos (galos, celtíberos, etc.). Con el objetivo de esbozar un marco teórico funerario como resultado de una estrategia de ocultamiento producida por la comunidad de los vivos, abordaré a continuación algunos conceptos claves: ancestros frente a antepasados familiares y enterramientos personificados frente a la despersonalización en restos objetificados. Respecto a lo primero, existe una tradición académica en el ámbito de la Prehistoria que ha abusado enormemente del concepto de los ancestros para ilustrar a través de variopintos paralelos antropológicos ciertos registros materiales. Se trata de las referencias habituales en las interpretaciones sobre las comunidades prehistóricas del tipo “pasado ancestral”, “paisaje ancestral”, “fuerzas ancestrales”, etc., que, en última Instancia, van de la mano de la Fenomenología del pasado, reflejo del deseo nacionalista-romántico que pone énfasis en el sentimiento ligado a la ancestralidad del territorio¹⁶². Recientemente, sin embargo, se ha criticado esta insistencia desmedida a los ancestros en la Arqueología, llegando a considerarlos en el sentido del mismo *vicio* que tuvieron los antropólogos respecto a la recurrencia a las jefaturas¹⁶³ (Whitley, 2002). Básicamente se puede decir que hay dos orígenes para la genealogía de la idea dominante del ancestro en la Prehistoria. Una primera que maneja la hipótesis en relación a los lugares

la ética agonística en relación a las costumbres funerarias celtibéricas en Sopeña, 1987 y 2005. Respecto al conocimiento arqueológico de sus necrópolis de incineración, recientemente conocidas desde la Primera Edad del Hierro en la Meseta oriental (Tabernero y otros, 2008), y caracterizadas por la amortización de los ajuares en casos paradigmáticos como en la necrópolis celtibérica de los siglos III-II a. C. de Numancia (Jimieno y otros, 2004) o la vaccea de Las Ruedas de Pintia (Sanz Minguez, 1998).

161 Respecto a los egipcios (D.S., 1, 51, 2; 72, 4-6; 92, 4-5; 93, 2-4 y 2, 15, 1-4), etíopes (9, 3) e indios (19, 33-34).

162 Una conexión directa entre el presente y el pasado que reclama así la sensibilidad por y para la preservación de los “monumentos” -que pueden ir desde los más obvios como los megalitos o los castros hasta cualquier resto de la cultura material- y se fundamenta en la recurrencia a los ancestros -extraídos del registro arqueológico- de quienes habitan ahora ese mismo territorio y cuya convergencia se cruza en el paisaje. Para un análisis reciente sobre los vínculos del presente del folklore y el pasado de la Arqueología en Gazin-Schwartz y Holtorf, 1999.

163 Rememorando con el título de “Too many ancestros” el famoso artículo de Yoffee de 1993, “Too many chiefs”.



de enterramiento/funerales como fuente de legitimación sobre los derechos de la tierra a través de los ancestros -cuyo ejemplo paradigmático estaría en los megalitos-, y la tesis sobre la relación de las comunidades agrarias fundamentadas en el parentesco y que mantienen sus vínculos a través de los ancestros –parentesco ancestrocéntrico-. En ambas teorías subyace una misma concepción del “ancestro procreador”, en tanto en cuanto son los que sirven de *garantes* de la reproducción social, generando genealogías o linajes de las familias que componen la comunidad. Una crítica a esta idea de ancestro es la que incide en su carácter como antepasado difunto sin hacerlo procreador de ninguna genealogía, como ocurre con las llamadas “comunidades de la Anarquía”. En dichos colectivos no se recurre a la “ancestralización del parentesco”, quedando las referencias a los antepasados a los familiares y vecinos fallecidos más recientemente. Este último sentido del ancestro como difunto cercano no excluye su conformación en espíritu benigno o maligno con consecuencias directas sobre la vida cotidiana¹⁶⁴.

En el proceso de aproximación a la vida doméstica y paulatina invisibilización del mundo de los muertos a lo largo de la Edad del Bronce en el Noroeste ibérico se ha incidido en el paso de una concepción de los muertos como ancestros, símbolos de la identidad grupal, en el Bronce inicial hasta su paulatina desvinculación con la filiación de la comunidad y su asociación con los lazos de parentesco más cercanos. Los muertos como ancestros recurren a una expresión material con ajuar vinculada con los monumentos megalíticos o nuevas estructuras asociadas a ellos frente al traslado del ritual al poblado y la legitimación y negociación del poder en ciertos restos asociados con grupos de descendencia de familias concretas. Este paso además se asocia con el paso de los enterramientos selectivos con ajuar en el Bronce inicial a la selección de ciertas partes como resultado de un proceso de despersonalización y objetificación del cadáver en el Bronce final (Bettencourt, 2010a). Estos cambios se fundamentan en la consolidación de un proceso de territorialización que según avanza la Edad del Bronce se va haciendo más y más visible hasta su culminación en los poblados-recintos con sus territorios que caracterizan el mundo de la Edad del Hierro. Esto quiere decir que, como ya apuntaron algunos autores (Fábregas Valcarce y Ruiz-Gálvez, 1994; Ruiz Gálvez, 1995a y b; 1998) en el Hierro se llevan hasta sus

164 Caso de fallecidos que se convierten en el elenco de espíritus familiares benignos o malignos con los que se comparte la vida cotidiana y a los que se enfocan muchos rituales domésticos, p.e. entre los Buid (Gibson, 1986) o entre los Semai (Dentan, 1988; Robarchek, 1997: 52-53).



últimas consecuencias la tendencia ya experimentada a finales del Bronce en relación con la individualización y disgregación funeraria.

Como se ha mostrado para casos de áreas europeas circundantes como la gala o la britana, ambas con una constatación de variabilidad funeraria conocida¹⁶⁵, existen distintos procesos de tratamientos post-mortem en consonancia con la inmaterialidad y la variabilidad potencial del registro funerario castreño y que tradicionalmente han sido asociados, desde una visión presentista, con procedimientos vejatorios a sectores marginados o castigados por la comunidad. Entre ellas se destacan las deposiciones acuáticas¹⁶⁶, la desarticulación de restos humanos en silos domésticos¹⁶⁷, la exposición, descarnación y cremación sin enterramiento fijo¹⁶⁸, así como otras formas de desecación, inhumación selectiva de huesos limpios, desplazamiento especialmente de cráneos, etc¹⁶⁹. Por último, existen formas básicas de enterramiento con restos humanos cremados muy parciales sin ajuar o con una mínima expresión del mismo¹⁷⁰. Recientemente se ha llamado la atención sobre que para la mayor parte de la larga Edad del Hierro en casos como *Britania* está ausente un modelo de enterramiento “normativo”. En casos como la Escocia atlántica, se conocen muy pocas inhumaciones completas frente a la detección de ciertas partes del cuerpo o huesos individuales que no muestran haber sido el resultado de una desmembración deliberada sino de una separación natural por los efectos de la descomposición, frente a las teorías belicistas o caníbales. Esto quiere decir que predominó la exposición del cadáver en puntos controlados o protegidos en el territorio de acción de las comunidades y su posterior tratamiento y depósito ritual en ámbito doméstico (Shapland y Armit, 2012).

Frente a la apropiación familiar, doméstica o comunitaria del resto del cadáver como reliquia que tenemos constatado en el Noroeste ibérico en la transición del Bronce al Hierro, durante los siglos que siguieron pudo haber exacerbado dicho proceso de despersonalización¹⁷¹ del cadáver hasta

165 para el caso britano: Whimster, 1981; y para el caso galo: Delerive, 1998.

166 para el caso britano: Bradley y Gordon, 1988. Sobre deposiciones funerarias asociadas a cursos de agua deducidas a partir de algunos depósitos de orfebrería *off-site* del Noroeste como en el caso del río Ulla: Díaz Santana, 1997. Para el caso del suroeste peninsular: Belén y Escacena, 1992: 81-82; Escacena, 1992: 333-334 y Ruiz-Gálvez, 1995a y b.

167 para el caso británico: Hill, 1995a. Para el ámbito galo: Delattre y otros, 2000. Para el caso meseteño ibérico de Cogotas: Arnáiz y Montero, 2012.

168 Sobre estos tratamientos analizados en casos britanos: Carr y Knussel, 1997; Carr, 2007; Armit y Ginn, 2007; Madgwick, 2008 y Redfern, 2008. En caso ibérico de contexto de Cogotas: Esparza, Velasco y Delibes, 2012.

169 para el caso galo del área entre el Sena y el Yonne: Delattre y Seguiet, 2007.

170 para el caso britano en Mackinley, 2006.

171 Sobre el concepto de persona en Antropología y sus aplicaciones en Arqueología funeraria: Fowler, 2004.



sintetizarse en la exposición (aérea sobre parihuelas, acuática sobre el lecho de un río, en cuevas, etc.) en ciertos puntos del territorio como reflejo de una estrategia de ocultamiento funerario generalizado. La exposición sólo podría haber sido un paso en el complejo ritual de tratamiento del cadáver y despersonalización posterior. En este sentido, frente al carácter animal que tienen dichas costumbres desde la óptica grecorromana, los restos humanos despersonalizados en ciertos puntos en el territorio a través de la exposición no le quita un ápice al poder legitimador de los muertos para la comunidad de los vivos. De lo que se trataría aquí es primero de “des-ancestralización” del muerto en beneficio del antepasado familiar cercano y posteriormente del alto valor que habría tenido la conversión del muerto en objeto sagrado dispuesto, disgregado o diseminado en ciertos lugares de la delimitación del territorio físico y simbólico del castro. La estrategia simbólica del ocultamiento funerario respondería entonces a una poderosa arma de apropiación del territorio acorde con un comportamiento de larga duración en la Edad del Hierro que evita la singularización y apropiación de un lugar de enterramiento como espacio de exhibición social, en plena coherencia con la resistencia a la jerarquía y la desigualdad del modelo social segmentario castreño.

6.3. Más allá del ateísmo y del sacrificio guerrero: lo sagrado ocultado

Como en el caso del registro funerario, en relación con el mundo religioso genérico castreño de lo sagrado y lo votivo se detectan las mismas reticencias al reconocimiento de la inmaterialidad e invisibilidad. Sin embargo, aquí se ha forjado una vía de interpretación muy fructífera a partir de una estructura simbólica céltica compartida con otros ejemplos del contexto indoeuropeo a la que he venido haciéndome eco. Se trata de la línea de investigación a partir de los avances en la identificación de un arte rupestre atlántico producido durante el I milenio a. C., lo cual permite contar con una evidencia material como guía en la interpretación del mundo simbólico religioso de las comunidades castreñas¹⁷². Se parte por tanto de que dichos lugares con arte rupestre habrían tenido un alto contenido simbólico en relación con la actividad ritual de las comunidades de la Edad del Hierro.

¹⁷² Desde el análisis de los podormorfos rupestres y su interpretación como lugares de la Edad del Hierro en donde se habrían llevado a cabo “investiduras reales” de tipo céltico (García Quintela y Santos Estévez, 2000 y 2010; Santos Estévez y García Quintela, 2000) hasta la sistematización de un Arte Atlántico (Santos Estévez, 2005) y la detección de “santuarios” castreños y su importancia desde un punto de vista arqueoastronómico (García Quintela y otros, 2003; 2004; 2006; Santos Estévez y García Quintela, 2003; García Quintela, 2013; García Quintela y González García, 2009; García Quintela y Santos Estévez, 2004; 2008a y b; García Quintela y Seoane Veiga, 2011; Santos Estévez, 2005; 2008a y b; 2010; 2012; González García y otros, 2008; Belmonte y otros, 2013).



Fuesen o no sincrónicamente producidos, dichos grabados en las rocas o petroglifos tuvieron desde esta perspectiva una relevancia espacial y antes que figuras rupestres los lugares como tales fueron reconocidos y aprehendidos como parte de una cosmovisión en el paisaje propia del mundo castreño. El análisis de distintos casos de estudio se ha centrado en casos gallegos: A Ferradura (Amoeiro, OR), Caneda-As Canles (Campo Lameiro, PO), Corme (Ponteceso, CO) y Pedra Fita (LU). A partir del estudio de cada caso se ha mostrado una serie de constantes que se resumen en la fisionomía de varios cerros que compartimentan una gran área abierta y llana en altura, en donde se localizan los grabados, así como lugares prominentes tanto desde el llano como desde el mar: promontorios marítimos, hitos rocosos, cuevas o abrigos, etc. (García Quintela y Santos Estévez, 2008a).

El patrón espacial simbólico se ha venido denominando como un “paisaje acotado” que articula unidades fisiográficas bien definidas. Para definir dichos lugares como territorios religiosos y rituales en potencia, se acude al concepto grecorromano de *nemeton* que permite entender diversas casuísticas del entorno natural interpretadas desde una óptica sacralizada. En última Instancia se trata de una propuesta de definición arqueológica de un santuario entendido como *nemeton* a través de la disposición de petroglifos adscritos al mundo castreño en diferentes niveles: área amplia delimitada de forma simple o natural, ruta de acceso definida con ciertos petroglifos tipo cruciformes y punto central con petroglifo complejo como verdadero núcleo sagrado. En realidad se reproducen todos los elementos de la tradición grecorromana, asumidos por una misma base cultural y simbólica a partir del fondo compartido indoeuropeo: idea de delimitación del recinto a través de lo que se conoce como *peribolos* o *templum*, ruta interna procesional indicada con hitos del tipo *horoi* o *termini* y el punto nodal del área consagrada que ocupa en el mundo grecorromano el *ara* votiva (García Quintela y Santos Estévez, 2008b). Con todo ello se ve necesaria la existencia de un ritual sacrificial reglado dedicado a un panteón de dioses desconocidos y una localización central y conspicua del santuario en el territorio de cada castro prerromano. Todo lo cual se busca a través de diversas interpretaciones que se hacen de las fuentes literarias y algunos datos del registro usados anacrónicamente, principalmente del primer comportamiento religioso en ámbito romano-indígena -inscripciones rupestres, broncees sacrificiales, teónimos indígenas, etc.- como base en esta lectura simbólica santuario-céntrica para la Edad del Hierro en paralelo con la interpretación como clan cónico/sociedad heroica de jefaturas guerreras castreñas (García Quintela, 1999; 2002 y 2007; Brañas, 2000; 2004 y 2007).



Esta propuesta enlaza directamente con la tendencia a detectar lugares centrales, llamados “conspicuos” o “fisiografías”, en características divisorias topográficas naturales y fronteras actuales de cierta tradición histórica, cuyo precedente lo encontramos en algún trabajo sobre espacios sagrados leídos diacrónicamente en el paisaje, desde el Hierro a época romana, con algunos hitos fosilizados en la cultura tradicional (Parcero, Criado y Santos, 1998), o desde la Edad del Bronce al Hierro pleno como en los casos a los que me he referido de Devesa do Rei (Aboal y otros, 2005) y Cameixa (Parcero, 1997). En este sentido se han aportado algunos elementos a este debate como son las “piedras onfálicas” o “pilares con decoración cuatripartita”, en donde se encuentran los motivos rupestres y una defendida posición en el paisaje preferente (González Ruibal, 2006-2007: II, 549-550, fig. 4180; Fonte y otros, 2009). Todo ello insiste en un patrón intercomunitario único de “lugares de agregación” que jerarquizarían el territorio a través de un modelo social eminentemente desigual y competitivo, que no encuentra ninguna coherencia con la lectura desde el punto de vista segmentario castreño.

El enfoque de paisaje en la teoría de los “santuarios con arte rupestre” parece ser muy fructífero y adecuado pero necesitaría de una reorientación (Sastre, Currás y Alonso, 2010: 182). El primer problema es la aceptación de una escala temporal inabarcable para la frecuentación de dichos lugares con arte rupestre como un *continuum* de 3000 años desde la Edad del Bronce a la cristianización¹⁷³. Por un lado, se trata de una importante diferenciación a nivel estructural respecto a los milenios anteriores con propuestas de una temática del Bronce final y otra propia de la edad del Hierro y el mundo romano, que en algunos motivos como los cruciformes puede llegar hasta la época moderna anterior al Concilio de Trento que se condenaron dichas expresiones rurales¹⁷⁴. Es por ello que la clasificación del arte rupestre atlántico posterior a la Edad del Bronce hace perder de vista el aspecto histórico característico que subyacería al comportamiento religioso bien distinto entre las distintas comunidades que podrían haber producido y/o frecuentado los lugares con arte rupestre. Los otros dos problemas dependen de la interpretación de la que se parte a la hora de valorar el registro del mundo castreño, principalmente del modelo heroico celtista frente al segmentario durante la Segunda Edad del Hierro. Así, por un lado encontramos el uso anacrónico las fuentes utilizadas, que encuentran su

173 Desde el 2400-400 a. C. hasta un periodo que no diferencia entre la Edad del Hierro, la época romana e incluso la Edad Media hasta el Concilio de Trento (Santos, 2005).

174 La sesión XXV del Concilio de Trento (año 1563 de nuestra Era) se dedicó a las imágenes, explicándose el motivo por el que éstas son admitidas en el templo y prohibiendo imágenes insólitas, supersticiosas, *profanas* o poco honestas, donde se incluían las representaciones rupestres rurales.



justificación metodológica en el apriorismo *ad hoc* de la religión comparada de base indoeuropea y por otro lado el problema de que el modelo de santuario central sólo tiene sentido en un planteamiento jerárquico y aristócrata guerrero llevado hasta sus últimas consecuencias.

Con mayor antigüedad que los recientemente individualizados “santuarios con arte rupestre” gallegos, se conocían los “santuarios rupestres” que a lo largo de toda la fachada atlántica se han venido asociando con rituales de tradición prerromana. Se trataba de lugares naturales que se habrían continuado frecuentando en época romana como demostraban las inscripciones y a imagen de ejemplos bien conocidos del mundo rural itálico (Rodríguez Colmenero y Gasperini, 1995). Algunos de los casos en el Occidente ibérico muestran inscripciones en forma de seriaciones teonímicas y tarifas sacrificiales, desde el famoso santuario de Panoias¹⁷⁵ (Vila Real) (Alföldy, 1995 y 2002) hasta los casos en lengua lusitana de Cabeço das Fraguas¹⁷⁶ (Sabugal), Lamas de Moledo¹⁷⁷ (Castro Daire), Arroyo de la Luz¹⁷⁸ (CA) y Arronches¹⁷⁹ (Portalegre). Sólo se ha excavado el caso de la plataforma superior del poblado de Cabeço das Fraguas en donde está la inscripción rupestre datada en el s. I a. C.¹⁸⁰, el cual queda fuera de nuestro ámbito de estudio pero que nos servirá en relación con algunos aspectos traídos al debate del mundo religioso prerromano del Occidente ibérico. En dicha plataforma se ha detectado una frecuentación ininterrumpida desde el Bronce Final hasta el cambio de Era¹⁸¹. Las estructuras excavadas responden a cabañas asociadas a la metalurgia que en época romana se convertirían en una mínima expresión, posiblemente en relación con el uso público de la zona vinculado a la inscripción rupestre. Sin embargo y a pesar de no encontrar ningún resto sacrificial explícito, se asocia con un espacio cultural de tradición prerromana, que en el cambio de Era se trasladaría al llano en el lugar llamado Quinta de Santo Domingos (Santos y Schattner, 2010; Santos, 2010a: 139-142).

175 *CIL* II 2395a, b, c, y d.

176 *RAP* 466 = *AE* 1994, 819 = *HEp* 5, 1029 = *HEp* 6, 1042 = *HEp* 9, 745a-f = *HEp* 13, 992.

177 *CIL* II 416 = *HEp* 5, 1064 = *HEp* 9, 765 = *AE* 1989, 382 = *AE* 1992, 944 = *RAP* 467.

178 *CIL* II 738.

179 Ecarnação y otros, 2008.

180 Se trata del proyecto de investigación del *Deutsches Archäologisches Institut (DAI)* sobre santuarios en el Occidente y que ha llevado a cabo distintas intervenciones en lugares como el Santuario de Lar Berobreo en el Facho de Donón, al que me he referido más arriba, y en otros lugares principalmente de ámbito lusitano (santuario de Endovellico en São Miguel da Mota y el del deo Vaelico en Postoloboso).

181 Se han identificado al menos tres fases: una en la transición del Bronce final a la Edad del Hierro (siglos VIII-VII a. C.), otra propia de la Segunda Edad del Hierro (desde el s. IV-III hasta los siglos II-I a. C.) y una última romana temprana (siglos I a. C.- I d. C.) (Santos y Schattner, 2010: 97).



La detección de “santuarios rupestres” anepígrafos, vinculados con ciertas estructuras labradas en la roca como escaleriformes, cazoletas, piletas, canalillos, etc. han estado tradicionalmente abandonados a la especulación de cierta literatura pseudocientífica que los vincula con cierto imaginario sacrificial en torno a lo que se denomina como “piedras de sacrificios” y rituales “naturalistas”. Algunos de estos estudios pretendidamente empíricos han abonado áreas enteras de estudio como el occidente de Zamora, Salamanca y Miranda do Douro con un paisaje atemporal plagado de presumibles “santuarios rupestres” que sustituyen cualquier lógica de poblamiento del territorio (Benito del Rey y otros, 2003). Sólo a través de la sistematización de dichas evidencias rupestres y su contextualización arqueológica se puede avanzar en este campo de estudio tan peligrosamente elucubrador. Trabajos pioneros han sido los realizados en la llamada “Piedra de sacrificios humanos” de Monreal de Ariza (*Zaragoza*) (Alfayé y otros, 2001-2002) o en el espolón rocoso con escalones del Castelo de Mogueira (Resende, Viseu) (Santos, 2010b: 137-139). En ambos se ha puesto de manifiesto que algunas de las presumibles “piedras de sacrificios” o “santuarios de escaleras” son el resultado de un contexto militar o doméstico propio de habitats rupestres tardo-antiguos, medievales o modernos. Este hecho no excluye que no existan contextos rupestres culturales, pero se deben observar con gran cautela y a partir de la sistematización de los datos en estudio (véase Santos, 2010c). Los lugares más claros parecen estar en relación con ciertos conjuntos votivos romano-indígenas asociados con *arae* e inscripciones rupestres y parecen acomodarse a la implantación de una estrategia religiosa votiva monumentalizada emulada del mundo romano. En esta dirección seguro que esta línea de investigación traerá sugerentes aportaciones en el futuro próximo.

Con este panorama expuesto, no deja de sorprender que, en lo que respecta al ámbito genérico votivo y ritual, se haya dicho que durante la Segunda Edad del Hierro sea precisamente cuando aumentan significativamente los datos que poseemos acerca del ritual y las creencias y sea, en última Instancia, reflejo de una “visibilización de lo religioso” (González Ruibal, 2006-2007: II, 542). Aquí se hace gala del uso anacrónico de las fuentes romano-indígenas que hunde sus raíces en la historiografía decimonónica a la que ya me he referido en el estado de la cuestión introductorio. A no ser que nos amparemos en la creencia en una superestructura de larga duración fundamentada en una base lingüística y cultural celtista indoeuropea, los datos en el registro con los que contamos apuntan como en el ámbito funerario a una estrategia de ocultamiento del ámbito



ritual votivo. Las estaciones rupestres, tanto de petroglifos como de estructuras con escaleras y piletas, no han sido sistematizadas de forma inequívoca con el mundo prerromano y sólo permiten su asociación a partir de su ajuste en la estructura mental (eminentemente lingüística y literaria) céltica y no al revés.

Si volvemos a las fuentes literarias antiguas, especialmente Estrabón, encontramos algunos elementos contradictorios en relación con el ámbito costumbrista religioso de los montañeses. Si por un lado se describe un sacrificio reglado al dios de la guerra violenta Ares-Marte (*Str.* , 3, 3, 7) por otro se menciona que:

Algunos dicen que los galaicos son ateos (Str. , 3, 4, 16)

Se ha destacado cómo en la última referencia sobre el ateísmo precede por una opinión vertida por “algunos autores” que parece aludir a una referencia a una fuente más antigua (Santos Abengochea, 1999: 204-206). Su alusión junto con la referencia al culto de una divinidad innominada por los celtíberos, parece que deja claro que Estrabón está utilizando en este apartado, a tenor de los análisis de los especialistas de una fuente presencial precedente, posiblemente Posidonio y/o Polibio, aunque no se descarta a algún memorialista de la expedición de Junio Decimo Bruto “El Galaico”¹⁸². De esta forma cobraría sentido la famosa sentencia de que los galaicos son ateos como una información referente a un impreciso s. II-I a. C. Es preciso recordar aquí que la alusión al ateísmo en un pasado remoto por autores que precedieron a Estrabón, podría estar señalando una incomprensión ante los aspectos religiosos prerromanos de ámbito castreño¹⁸³. Lo cual no tendría por qué extrañarnos teniendo en cuenta las enormes disonancias estructurales que pudieron percibir los conquistadores romanos en relación con el modo social segmentario castreño, entre otras cosas en lo que se refiere al ámbito religioso tanto funerario como sagrado.

¹⁸² Se trataría de un informador ocular de la expedición de Bruto, del que habría bebido Posidonio como parece deducirse de Cat., 37, 20 (Lasserre, 1966: 14 y 198, page 75, 1; también en Trotta, 1996: 179, nota 316).

¹⁸³ Este aspecto ya fue tratado por Bermejo (1994 [1982]: 12) en su estudio sobre el “ateísmo galaico”, trayendo a colación que la incomprensión vendría dada por que más que ateos habrían sido pueblos que adorarían las propiedades divinas de todas y cada una de las esferas de la vida natural y social. En su argumentación se inspira en comentarios al respecto por autores decimonónicos como Usener, el cual estaba en perfecta sintonía con las interpretaciones antropológicas religiosas del momento del tipo del “naturalismo primitivo” de Reville.



Si comparamos las descripciones sobre otros pueblos como los germanos encontramos una clara contradicción en las fuentes de unos autores respecto a otros, en tiempos coetáneos a los que se refiere para el caso de los montañeses en Estrabón y sus fuentes de unos imprecisos siglos II-I a. C. Así para César, a mediados del s. I a. C., los germanos no tenían ministros de la religión, en contraposición de los druidas galos, ni hacían sacrificios, ni adoraban a otra realidad supranatural que no fuese aquello que siento palpablemente como el sol, la luna o el fuego/Vulcano, lo cual es como decir que eran ateos literalmente (Caesar, *Gal.*, 6, 21). Sin embargo para Estrabón, en el cambio de Era, ya se tiene un conocimiento más cercano de los germanos cimbros de los que se describe una casta de sacerdotisas que sacrifican cautivos de guerra y actúan cual arúspices examinando sus entrañas (*Str.* , 7, 2, 1) y ya a mediados del s. I d. C., en Tácito, encontramos distintas referencias a ritos y cultos a divinidades que remiten al panteón grecorromano como *interpretationes* (Tac., *Ann.*, 13, 57, 1-3 y *Germ.*, 43, 4).

Por su parte la referencia al sacrificio coetáneo a Estrabón, estos es al momento de conquista e inmediatamente después, con el que se caracteriza a los montañeses ha servido como coartada de un mismo fondo religioso compartido con la *koiné* céltica. No hay más que recurrir a las referencias precedentes sobre los lusitanos (de los que los montañeses forman parte todavía en las imprecisas poblaciones galaicas, astures y cántabras al norte del Duero), en relación con los sacrificios de prisioneros de guerra y específicamente sobre los vaticinios por medio de un arúspice-“observador de las cosas sagradas”/*hieroskópos* (*Str.* 3, 3, 6). Entre los montañeses no se menciona caso alguno de aruspicina o adivinación por distintos tratamientos de las entrañas y los cuerpos convulsos, sino que se describe un sacrificio reglado al dios de la guerra violenta, Ares-Marte, del alimento como he señalado arriba que les caracteriza, la cabra, y de prisioneros y caballos al modo griego de sacrificar cien de cada especie o hecatombe. Si comparamos con otros casos de descripciones de pueblos cercanos como las de los galos y germanos, así como celtíberos y lusitanos encontramos un tópico literario que prima a la hora de caracterizar las costumbres religiosas bárbaras en un estadio de asimilación o conflicto armado, en el caso de los montañeses las guerras cántabro-astures del último cuarto del s. I a. C. La muerte de los prisioneros y sus caballos junto con el botín de guerra se presenta como un culto bárbaro, pero perfectamente conocido en la tradición antigua grecorromana. Desde una realidad como son



los depósitos rituales de restos de batallas y sacrificios humanos y animales en santuarios galos descritos por César, se extendió una vinculación entre esta costumbre y el enemigo noble pero bárbaro, principalmente en la práctica de sacrificios humanos, la cual sabemos fue prohibida en época de P. Craso entre los lusitanos (Plu., *Quaest. Roma.*, 83). Por todo ello las fuentes literarias además de transmitirnos su parecer como reflejo de una ideología etnocéntrica nos dejan muy claro el lugar que tienen las costumbres de los motañeses: entre la dignidad del guerrero bárbaro con sus sacrificios exacerbados (aunque no ajenos a la tradición grecorromana) y la ingenuidad y salvajismo de los animales que viven apartados en lugares inhóspitos (**CUADRO IV**).

El modelo actual sobre el universo sagrado de las comunidades castreñas prerromanas tiende a simplificarse en una necesidad con un lugar epifánico centralizado, en última Instancia en un santuario en donde se organiza el culto reglado. Es lo que se deduce en la mayor parte de las aproximaciones al tema y en especial en la que interpreta el mundo castreño como sociedad heroica. Se trata de un modelo “santuario-céntrico” en el que se parte del apriorismo de un castro capital y un lugar ritual central, estático y perdurable dirigido por un jefe del que dependerían otros castros con sus áreas de explotación (García Quintela, 2007: 340-1, Fig. 91. Esquema 1). Desde la perspectiva segmentaria lo que refleja el mundo castreño es un paisaje (físico y simbólico) “segmentado”, marcado por una dialéctica constante entre tres factores: el carácter aislado y exclusivo de cada grupo; el enfrentamiento simbólico entre cada comunidad y todas las demás; y la inevitable existencia de relaciones exogámicas que generan formas de relación recíprocas (Sastre, Currás y Alonso, 2010: 181-2). Como he apuntado más arriba estos contactos son el resultado de una reciprocidad equilibrada de intercambios equivalentes que, aunque partan de una exigencia reproductiva esencial y por lo tanto permanente, es poco probable que diera lugar a vínculos o alianzas permanentes entre comunidades castreñas del tipo segmentario. Es posible pensar, por tanto, que se trate de relaciones efímeras que van variando de acuerdo con las necesidades particulares de cada momento.

Es por todo ello que desde un punto de vista teórico podemos esperar un mismo proceso al que he constatado en ámbito religioso funerario. Los espacios sagrados habrían sido el resultado de un proceso social y simbólico de des-personalización y des-agregación que habría tenido un reflejo material en el espacio a través de un fenómeno de ocultamiento de lo sagrado y votivo. Ello no quiere decir que no existiesen formas y rituales específicos sino que lo que se evita es una tendencia



hacia un modelo “santuario-céntrico”, ni tan siquiera una estandarización en el ámbito más privado y doméstico, en donde ya he señalado se neutralizan aspectos rituales mínimamente conocidos como el rito fundacional de un núcleo constructivo. El objeto sobrenatural al que estuviera dedicado el ritual debió funcionar de la misma manera que me he referido en relación con la percepción del muerto, a través de una des-agregación en el espacio como parte de los mecanismos de delimitación y apropiación del territorio de cada poblado-castro; desde la neutralización sacrificial en el seno de la fundación de una unidad doméstica hasta las actividades religiosas colectivas y comunitarias (ritualización del ciclo agrario, resolución conflictos, alianzas matrimoniales o políticas, etc.). En un modelo simbólicamente hablando en donde el único centro es el poblado recintado como metáfora material de la colectividad, cobran especial relevancia las creencias compartidas por todas las comunidades caracterizadas por la reciprocidad externa negativa, del tipo de una identidad fundamentada en el “nosotros” frente al “ellos”. Algunos paralelos antropológicos muestran que en algunas culturas existe una percepción constante de amenaza de los otros que pueden hacerse presente de forma física y simbólica a través de espíritus, embrujos o hechizos. Desde esta perspectiva, los lugares sagrados en el mundo castreño prerromano debieron estar caracterizados por su aspecto neutral, cambiante y variable, dependiendo de las relaciones que se conformaran en cada momento como resultado de la continua dialéctica de oposición-aislamiento de los límites de unas comunidades con sus territorios y otras.

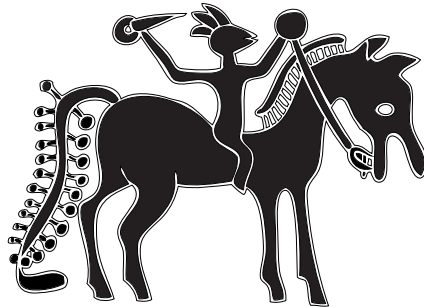


CUADRO IV

	CENTRO	PERIFERIA	PERIFERIA DE LA PERIFERIA
	ROMA	MUNDO CELTA: Galias	MUNDO DE LOS EXTREMOS: Celtiberia, galaicos, germanos, etc.
Fundamentos del ritual sagrado	Sistema religioso normativo: <i>Religio</i> <i>Res sacrae</i>	Rituales de sacrificios excéntricos a dioses que se prestan a la <i>interpretatio</i>	Ateísmo o culto a dios innominado como fases de salvajismo Ausencia de percepción sagrada correcta
Modelo ideológico	MODELO CIVILIZACIÓN	MODELO BÁRBARO AGONÍSTICO	MODELO BÁBARO-ANIMAL
Estrategia visual simbólica	MONUMENTALIZACIÓN civilizada	EXHIBICIÓN guerrera	OCULTAMIENTO animal salvaje

BLOQUE II

Dinámicas simbólicas en el Noroeste ibérico en la coyuntura histórica del siglo I a. C





7. Símbolos preromanos entre la resistencia y el cambio

Para el área castreña occidental atlántica, propiamente el mundo galaico meridional, se acepta de forma generalizada su entrada en la órbita romana a partir de las acciones de pacificación del área lusitana a finales del s. II a. C.¹⁸⁴. Como es bien sabido, las expediciones al Noroeste ibérico partieron del territorio occidental entre el Tajo y el Duero denominado lusitano y por tanto los nuevos pueblos conocidos, como los galaicos y brácaros, se incluyeron como lusitanos, llegando así sus límites hasta el Océano¹⁸⁵ (Plácido, 2004; García Quintela, 2012-2013). El momento de las primeras incursiones romanas más allá del Duero en territorio galaico coincide con el final de las guerras lusitanas y la muerte de Viriato urdida por el gobernador de la Hispania Ulterior, Q. Servilio Cepión (139 a. C.). Las fuentes mencionan que los lusitanos habían recibido el apoyo de los galaicos y vettones, mientras que los romanos tras su victoria habrían devastado los campos de estos aliados rebeldes (App., *Ib.*, 70). Sin embargo debemos pensar en esta acción más que como un castigo a pueblos organizados contra Roma, como una misión de reconocimiento e intimidación que, sin duda, debió de servir como primer impacto de los pueblos del Noroeste con las fuerzas militares romanas. Inmediatamente después el senado confió al procónsul de la provincia Ulterior, D. Junio Bruto “el Galaico” (138-136 a. C.), al menos dos campañas sucesivas hasta las regiones más septentrionales de lo que se consideraba Lusitania. Con dichas expediciones se procedió al primer reconocimiento en profundidad de la región galaica hasta el Océano, relatada a través del conflicto con brácaros y galaicos, la toma de una ciudad llamada *Valentia*, así como hechos legendarios del tipo de la deserción de las tropas por no cruzar el llamado Río del Olvido o la observación insólita del sol en el cielo del extremo occidental del mundo hasta entonces conocido¹⁸⁶.

184 Sobre el relato de las fuentes y la interpretación de las primeras incursiones romanas anteriores a la conquista: López Cuevillas, 1955: 19-30; Blanco Freijeiro, 1971; Rodríguez Figueiredo, 1973; Tranoy, 1981: 126 y ss; Torres Rodríguez, 1982; Rodríguez Colmenero, 1991: 101 y ss; Senén, 1993: 45 y ss; González García y Brañas Abad, 1995: 13 y ss.; Alonso Troncoso, 1996; Sánchez-Palencia y Orejas, 1999.

185 Hasta la expedición de Bruto los lusitanos llegan a ocupar todo el cuadrante noroccidental, para desde entonces adquirir el nombre del pueblo vencido más famoso, los galaicos, *a priori* lusitano también (*Str.*, 3, 3, 2). De aquí que para en tiempos de Estrabón, la *Gallaecia* era un territorio perfectamente definido al norte del Duero rodeado a norte y este por el Océano, se mencione a que “estos” galaicos eran llamados como “aquellos” lusitanos (3, 3, 3).

186 App., *Hist. Rom.*, 73-74; *Str.*, 3, 3, 1-4; *Val. Max.*, 6, 4; Ov., *Fast.*, 461-462; Flor., 1, 33, 12; Oros., 5, 5, 12. Existió un discurso pronunciado por Escipión Emiliano, amigo y aliado de Décimo Bruto, que se tituló De imperio D. Bruti, el cual no ha llegado hasta nosotros. También se sabe que el choque contra los brácaros, el 9 de junio del 137 a. C. se celebró en los anales de la Historia romana, conmemorándose con la construcción de un templo (Ov., *Fast.*, 6, 461).



Sin embargo tras esta toma de contacto, Roma no volvió a internarse en el Noroeste hasta que, en relación a las consecuencias de la última gran rebelión lusitana del 99 a. C., el procónsul P. Licinio Craso (96-94 a. C.) llevó a cabo una campaña relacionada con el control de la ruta fenicio-púnica del estaño y las llamadas islas Casiterides, según algunos localizadas frente a las costas galaicas¹⁸⁷. Aquí por primera vez se resalta el interés que tenían los romanos por las riquezas metalíferas de las que tenían información respecto al Noroeste, constatando que “se extraían a escasa profundidad y de que sus habitantes eran pacíficos” (*Str.* , 3, 5, 1). Posteriormente del periodo de las guerras civiles conocemos la incursión del general *Sertoriano*, M. Perpenna Veiento (hacia el 74 a. C.), hasta el Río del Olvido, huyendo de Metelo¹⁸⁸. Algunos autores han visto en esta acción que transmiten las fuentes, la posibilidad de que *Pepernna* hubiese intentado atraerse a los galaicos a su causa, cierta o no lo más destacable es que el área galaica occidental cada vez fue más permeable a las relaciones económicas y militares de las acciones de Roma. Finalmente, César como propretor de la *Ulterior* (61-60 a. C.), también dirigió una expedición al área lusitana y galaica por tierra y mar hasta *Brigantio* /La Coruña¹⁸⁹. A pesar de los motivos que argumentan las fuentes en relación con el bandidaje endémico y la gloria de enfrentarse a regiones aún inhóspitas para Roma, la incursión de César en el Occidente ibérico hay que ponerla en relación con un objetivo depredatorio para obtener un botín que le permitiera resarcirse de las deudas acumuladas para el desempeño de su carrera política¹⁹⁰.

Se ha venido recalando que en las fuentes literarias sobre las guerras cántabras y astures no se cite expresamente a los galaicos (*DC*, 53-54; *Flor.*, *Epit.*, 2, 33; *Oros.*, *Hist.*, 6, 21), señalando con ello que al menos la parte más meridional de la futura *Gallaecia* habría estado ya pacificada o aliada políticamente de alguna manera a finales del s. II a. C. El periodo que podemos esbozar entre la primera expedición de Bruto hasta la conquista efectiva por Augusto, requiere de un análisis por separado que permita valorar algunos de los cambios que se presentan en el registro en ámbito castreño. La permeabilidad del mundo galaico, especialmente costero y meridional, con las acciones de Roma durante la época republicana tardía, tienen un reflejo arqueológico en diferentes elementos: desde la llegada de las cerámicas capanienses y sus imitaciones a la introducción de las ánforas

187 *Plu.*, *Mor.*, 283 F; *Str.* , 3, 5, 11.

188 *Salust.*, *Hist.*, 3, 43; *Serv.*, *Aen.*, 7, 728.

189 *Plu.*, *Caes.*, 12; *App.*, *Ib.*, 102 ; *DC*, 37, 52-53; *Suet.*, 17-18.

190 Principalmente en relación a la deuda que tenía con Craso, hijo del P. Craso que recorrió la ruta del estaño por la costa del Occidente peninsular: Roldán, 1974; Ferreiro, 1988; Alonso Troncoso, 1996: 63-66; Novillo, 2010 y 2012.



greco-italicas así como otros elementos de importación, fruto del contacto cada vez más común con el mundo romano (Naveiro, 1991: 27 y ss; 63 y ss: mapas 4 y 12) que sustituyen los intercambios precedentes fenicio-púnicos e iberos¹⁹¹. El impacto de estos contactos, tanto directamente sobre el mundo galaico suroccidental como indirectamente con el resto del ámbito castreño (galaico lucense interior y astur), está aún por analizarse en toda su complejidad. De lo que nadie duda ya es que a lo largo del s. I a. C. existen suficientes datos materiales, tanto de objetos importados como de procesos internos, como para plantearse un modelo de distintas respuestas castreñas a la presencia del mundo romano en la periferia de su territorio conocido (Sánchez-Palencia y Orejas, 1999).

En la historiografía se detectan dos tendencias, una difusionista o colonialista que considera que los cambios de la *Gallaecia* meridional vinieron dados por la acción exógena de Roma y otra que pone énfasis en el carácter endógeno de las transformaciones detectadas. La primera queda desestimada por lo simplista del planteamiento (p.e. Silva, 1986: 46); está claro que las incursiones descritas arriba no habría sido el único motor de cambio en el mundo castreño galaico o al menos no por sí solas. La segunda en cambio tiene fundamentos en la lectura del registro de diversas zonas de poblamiento castreño a finales del Hierro. Son bien conocidos las evoluciones en el poblamiento de los valles del noroeste portugués (Martins, 1988b y 1990; Martins y Jorge, 1992) y de las Rías Bajas-Bajo/Medio Miño (Carballo, 1987: 140 y ss; Hidalgo y Rodríguez, 1987: 21 y 1988; Peña, 1992: 38 y ss), en donde las reagrupaciones poblacionales en grandes castros se aceleran entre los siglos II-I a. C. y perviven ocupadas hasta bien entrado el s. I d. C. El problema queda en el alcance de la evolución interna castreña en relación con la presencia romana. De esta forma, la teoría más afianzada es la que considera mínimo el papel de Roma que ni siquiera sería totalmente efectiva tras la conquista augustea propiamente dicha, alargando el proceso de evolución interna de forma continuista desde el Hierro pleno hasta bien entrado el s. I d. C.¹⁹² La misma tendencia de un poblamiento en “grandes castros” se observa en el área meseteña astur a partir del s. II-I a. C. y que la tradición académica ha tendido a relacionarlo con un impreciso “proceso de celtiberización¹⁹³”. Aquí además de faltar análisis de poblamiento más completos, especialmente las cuencas entre el Cea y el Esla como área fronteriza entre vacceos y astures, hay que considerar las

191 Estado de la cuestión: González Ruibal, 2006b. En relación con caso de estudio del castro de Montealegre en la ría de Vigo: González Ruibal y otros, 2007.

192 Véanse casos recientes como el análisis del castro de Palheiros (Murça), en donde la Edad del Hierro se data desde el 160 a. C. al 140 d. C. (Sanches, 2000-2001: 21, 24).

193 Esparza, 1987: 375; Celis, 1996: 55-58 y Orejas, 1996: 94 y ss.



acciones de los romanos en un doble frente lusitano y celtíbero. Es por ello que lo que se considera el fenómeno de la “celtiberización” en la Meseta más occidental, es más bien el mismo proceso aún por valorar de las acciones de Roma en las periferias de los territorios conquistados. Una cosa que se debe tener clara es que la aparición y las relaciones entre estos tipo poblados, tanto entre los palacios como los meseteños, no son uniformes y dependen de las capacidades y extensión de los distintos territorios (Sánchez-Palencia y Orejas, 1999: 29) más que en un apriorismo de “núcleo centralizadores” a modo de *oppida*, al estilo del proceso histórico del fenómeno de La Tène en las Galia como paralelo de los grandes castros del Cávado (Martins, 1990: 194).

Estas dos zonas que flanquean por el occidente y el oriente los distintos territorios del Noroeste montañoso interior, tendrán un papel importante en las acciones de conquista a finales del s. I a. C. Ya en las primeras interpretaciones de las fuentes se localizaron los frentes de conquista del territorio astur en el sector centro-occidental del área leonesa, que coincidiría con la frontera con el mundo vacceo del triángulo León-Astorga-Benavente así como desde el área lusitana-galaica (Syme, 1970: 87-90 y 100). Frente a las críticas a este modelo (Le Roux, 1982, 65 y nota 247), las áreas más dinámicas tanto galaicas como meseteñas, con grandes asentamientos en zonas abiertas por eso más fáciles de controlar, sirvieron de base para las acciones del ejército romano. Todos los autores que han tratado sobre el tema han sabido observar que en el mayor inconveniente que tuvo el ejército de Roma fue el enfrentarse a un poblamiento dominantes de pequeños castros entre valles angostos y quebradas montañosas sin ninguna articulación jerárquica que permitiera la detección (y conquista) de la capitales o cabezas de los distintos territorios. En este sentido es importante destacar que las principales fuentes literarias (Floro, Orosio y Dión Casio) nunca mencionan a ningún nombre propio en relación con los pueblos indígenas sino que se limitan a citar las veces que se pusieron de un lado o de otro en las distintas contiendas como colectividades de tipo *populi*: astures, cántabros, vacceos, lusitanos, vettones, etc. Como excepción, además de las referencias a traiciones de colectividades como la de los brigeinos en el contexto de las guerras (Flor., *Epit.*, 2, 33, 54-56), sólo contamos con la referencia a un líder denominado Corocotta (*DC*, 56, 43, 3), del que sin embargo se han presentado ciertas reticencias a considerarlo propiamente hispano ajeno a las contiendas cántabro-astures¹⁹⁴.

194 Frente a la tesis más tradicional, difundida por Schulten (1940: vol. V, 335), de que se tratase de un héroe de la resistencia, caudillo local cántabro, que se habría presentado ante Augusto personalmente entre el 26-25 a. C., las posturas más críticas remiten a un origen norteafricano del afamado y audaz ladrón (cuyo nombre en latín hace alusión a “el Hiena”



Dejando en suspenso la figura del “héroe cántabro” por excelencia, el resto de menciones en las fuentes literarias insisten en la reacción ante un enemigo colectivo (astur o cántabro principalmente) o el genérico de bárbaros, aparentemente descabezados y sin descripción de batalla alguna. No hay más que recordar el tratamiento de los sucesos de mayor patetismo de las campañas de las guerras cántabro-astures: los asedios del Monte Vindio y del Monte Medulio (Flor., *Epit.*, 2, 33, 49; Oros., *Hist.*, 6, 21, 5). Las referencias siempre colectivas del enemigo, en donde no se distinguen caudillos, ladrones o individuos sobresalientes, lo cual no indica que desde la perspectiva romana no se debieron percibir como tales, a diferencia de cómo se refleja en las fuentes para los lusitanos¹⁹⁵ y para las jefaturas de las distintas ciudades-estado celtibéricas¹⁹⁶. Sin clase dirigente más allá de la comunidad de cada castro, coherente con el modelo social segmentario, Roma habría tenido que ir prácticamente castro por castro. Frente a esa situación sólo las zonas periféricas galaicas y meseteñas habrían permitido un panorama distinto y de ahí que sea en relación a algunas de estas “ciudades” (*Lancia, Brigecio*) en torno a las que se menciona su asedio, traición, etc. (Sánchez-Palencia y Orejas, 1999: 28-29; Orejas y otros, 2000: 118-119, cuadro 16).

El objetivo en este bloque de análisis será detectar los elementos símbolos claves del registro arqueológico de las comunidades segmentarias castreñas más abundantes y persistentes, frente a las dinámicas particulares del mundo galaico meridional y meseteño en el proceso histórico característico del s. I a. C. Entre estos elementos destacan dos grandes fósiles-guías: la sistemática aparición de atesoramientos de piezas de valor (elementos metálicos –sítulas castreñas-, orfebrería y numismática) y las remodelaciones en distintos aspectos de la monumentalidad del poblado. En todos los casos no se debe tener la impresión de que dichos elementos hagan su aparición en el s. I a. C. por una simple moda exógena o asunción de elementos de prestigio por intercambio, sino que deben de observarse como el resultado de diferentes dinámicas locales específicas como reflejo de la reformulación de sus respectivas tradiciones comunitarias. Para mostrar el proceso de esas reappropriaciones de ciertas técnicas e iconografías locales fusionadas con otras importadas a través de distintas vías de contacto, trataré dos casos de estudio: el fenómeno de las llamadas sítulas castreñas en el contexto

o “el Chacal”). En www.celtiberia.net/articulo.asp?id=1149 (última visita 10/3/2011).

195 P.e. caso de Viriato desarrollado en García Quintela, 1999

196 P.e. en Segeda o Numancia donde se indican líderes rebeldes con nombres propios como el numantino Retógenes, en Apiano, VI, 94

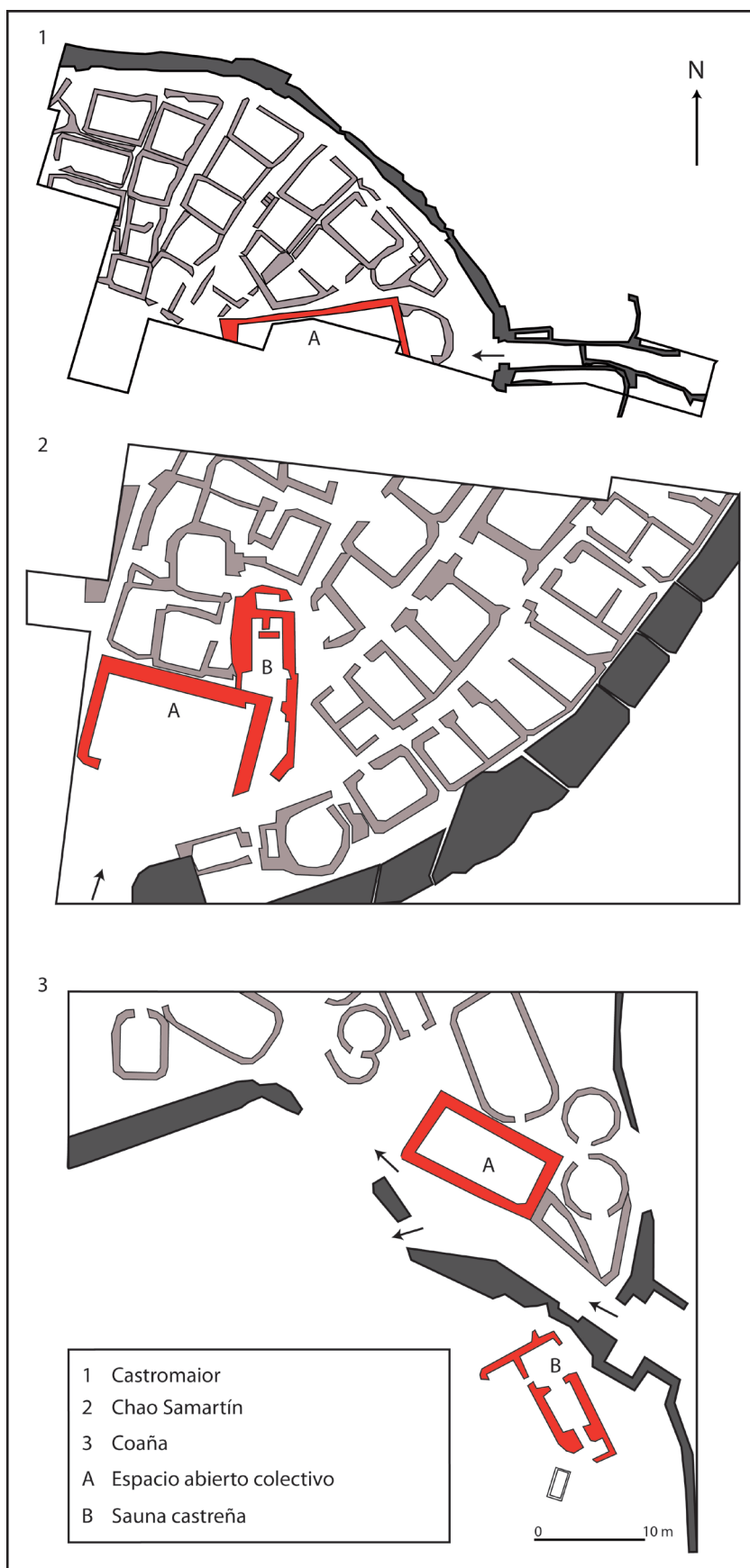


Fig. 11: Remodelaciones protourbanas en Castromaior (LU) , El Chao Samartín y Coaña (AS). A partir de VVAA.



de la introducción de la vajilla metálica tardorrepublicana romana; y a continuación, el caso de los únicos restos con iconografía figurada en las diademas de oro castreñas de Moñes. Por su parte aquí recogeré las tendencias que se detectan en el ámbito de las remodelaciones monumentales de algunos de los poblados, con el objetivo de valorar el alcance y las velocidades del proceso histórico de las comunidades segmentarias en el contexto de las acciones indirectas del mundo romano en el Noroeste.

Como primer elemento específico constatado en algunos castros del s. I a. C. tenemos que referirnos al refuerzo de las estructuras monumentales de delimitación, del que como he señalado arriba conocemos casos como Borrenes en relación con su interrupción en el proceso mismo de conquista. Pero también he puesto de manifiesto el despliegue de remodelaciones en un contexto precedente, como en el caso de Castromaior en ámbito lucense interior. Junto al desarrollo monumental y en extensión, a través de sucesivos recintos en algunos casos, de las estructuras de delimitación del poblado, también se constatan importantes transformaciones urbanísticas en el interior. Se trata de los espacios abiertos enlosados con bancos corridos a veces decorados con grabados, tanto en la entrada de los poblados como en unidades domésticas específicas¹⁹⁷, y la preeminencia de algunos edificios como las llamadas “gran cabaña/casa de asamblea” y las saunas castreñas¹⁹⁸ (**Fig.11**). Estas remodelaciones han sido detectadas con mayor intensidad en el área galaico lucense interior y septentrional, más que propiamente en ámbito astur, y tienen ciertas semejanzas con algunos elementos presentes en los grandes castros del área galaica bracarense, como las llamadas casas-patio o las estructuras de *pedras fermosas*, consideradas un tipo específico de saunas castreñas. La dispersión de las saunas castreñas del arco atlántico septentrional permite esbozar una región con una dinámica propia dentro del área castreña segmentaria del Noroeste ibérico. Todas ellas reproducen un mismo modelo de patio enlosado, asociado a canales o pilones de agua, por el que se accede a una estructura a modo de hipogeo que constaría de una antecámara, una cámara principal y una habitación con falsa cúpula a modo de horno. El paso de antecámara a la cámara principal es en el caso de las saunas bracarense se hacía a través de la pequeña apertura que existía en las llamadas pedras formosas, las cuales son

197 Son los casos de las plataformas abiertas y enlosadas alineadas con la entrada principal del poblado en “El Torreón” de Coaña, el Chao Samartín (Villa, 2009 y 2013) o Castromaior (López Marcos y otros, 2011). Asociado a dicha área en el Chao Samartín se encontró una placa con los grabados de dos caballos (Villa, 2004: 261, Lám. IV y 2006) y en el castro de Formigueiros se detectó un patio enlosado asociado a una unidad doméstica con grabados de peces, caballos y círculos (Meijide y otros, 2009).

198 Especialmente estudiadas en el caso del Chao Samartín pero también detectadas en Coaña, Os Castros de Mohías, Pendia y Pelou (Villa, 2008, 2011 y 2012)



grandes losas en algunos casos decoradas profusamente con motivos geométricos. La interpretación más aceptada de estos edificios es la de saunas rituales o iniciáticas a partir de la lectura del *ritus Laconum* en ámbito lusitano que menciona Estrabón (*Str.* , 3, 3, 3) y ejemplos traídos del análisis comparado con otros casos desde vetones (“sauna de Ulaca”, Sanchorreja, AV) hasta célticos y nórdicos (Almagro-Gorbea y Álvarez Sanchís, 1993). Esta interpretación se ha acomodado perfectamente con el modelo de sociedad heroica de jóvenes guerreros organizados en cofradías competitivas y sancionadas ritualmente a través de baños y banquetes de tradición indoeuropea (Armada, 2001), en donde las saunas reflejarían un complejo simbólico ctónico e híbrido, donde convergen el agua y el fuego (Villa, 2011 y 2012). Dicha interpretación estuvo precedida por la asunción de las estructuras *con forno* a modo de “hornos crematorios” castreños ¹⁹⁹, sobre lo que ya me he referido arriba en relación con la interpretación del mundo funerario prerromano (Bloque I, cap. 6.2). Muy de cerca a la discusión sobre su funcionalidad y sentido ha estado el debate sobre su antigüedad, puesto que los datos contextuales relativos remiten a un s. I a. C., que en algunos casos como *Tongobriga* (Freixo, Marco de Canaveses) se asocian directamente a época augustea y a su inclusión en las termas de finales del s. I d. C.²⁰⁰. (Dias, 1997: 33-34), reforzando la hipótesis de adaptaciones rurales de edificios termales en ámbito indígena-romano (Ríos González, 2000 y 2002). En cuanto a las excavaciones, re-excavaciones y dataciones absolutas, contamos por un lado con los casos de Braga y Briteiros 1 y 2 (Lemos, Bettencourt y Azeveda, 2003; Lemos, Cruz y Fonte, 2008) frente a la revisión del modelo de sauna del arco cantábrico en casos Asturianos como Chao Samartín, Pelou, Coaña 1 y 2, Pendia 1 y 2, Taramundi (Villa, 2006; 2011 y 2012) o el gallego de Punta dos Prados en Ortigueira, CO (Parcero, García Vuelta y Armada, 2009).

Respecto al descubrimiento de la sauna o balneario de Braga bajo la actual estación de tren tiene la particularidad de no estar asociado a un poblado castreño puesto que la capital romana de *Bracara Augusta* se fundó *ex novo* tras la conquista. Este hecho podría darnos una fecha *post quem* posterior a la conquista pero la excavación muestra otros problemas, como un recipiente encajado en el muro

¹⁹⁹ Interpretación como monumento romano funerario (Cardozo, 1928) y posteriormente como horno crematorio característico castreño (Cardozo, 1931 y 1932; Lorenzo, 1948; García y Bellido, 1968).

²⁰⁰ Se conoce en este caso que la antigua *pedra formosa* se integró en las termas a modo de una “sala de condensación” o “hipocausto rústico” destinado a mitigar, más que a transmitir, el calor que irradiaba hacia la antecámara (Dias, 1997: 33-34).



de la entrada que remite a una forma arcaizante²⁰¹, lo cual junto a la ausencia de datos y/o fechas radiocarbónicas de los niveles de fundación del edificio, obligan a poner en suspenso que el lugar donde se estableció la capital bracarense hubiese estado frecuentado (durante toda la Edad del Hierro) por las comunidades indígenas previamente a la conquista a modo de lugar de agregación ritual y/o festivo²⁰² (ya intuido por Tranoy, 1981 frente a Martins, 1990; Lemos, Bettencourt y Azevedo, 2003: 46). Por su parte en Briteiros se conocen dos estructuras balnearias, una en la ladera meridional que conserva *in situ* su *pedra formosa* y otra que está prácticamente arrasada en el extremo oriental y a la que debió pertenecer la primera *pedra formosa* conocida (Cardozo, 1931). El momento de mayor auge del asentamiento se tiene detectado en el s. I a. C., conociéndose el traslado familias de los grupos de poder locales (caso de los *Camali*²⁰³) a la cercana capital conventual de *Bracara* (Lemos, Cruz y Fonte, 2008; Lemos, 2010: 122-123).

De las saunas castreñas del arco septentrional contamos además de con una misma línea de interpretación como construcciones públicas con un carácter ritual de época prerromana, algunas dataciones radiocarbónicas a debate. En concreto la mayor información proviene de la labor en el Chao Samartín, asociadas a un horizonte de ocupación que hunde sus raíces entre la transición del Bronce-Hierro documentada en la acrópolis (s. VIII-VII a. C.) y las remodelaciones del área pública del poblado en donde se constatan la llamada “gran cabaña” junto a la sauna que habrían tenido su origen en una fase entre el s. IV y el I a. C. a tenor del análisis radiocarbónico²⁰⁴. Frente a la remodelación de la supuesta gran cabaña en el espacio público de la plataforma abierta, la sauna se vio reforzada y en uso hasta época romana altoimperial. Sin embargo, en poblados con ocupaciones de tan larga duración, es difícil saber si cambió la función y el sentido de la construcción de la sauna durante ese tiempo, es decir si fue una sauna como tal desde el principio. A tenor de los datos puede

201 Se trata de un vaso con un asa que se interpreta como una “deposición ritual”. Forma 2 de la fase II (Martins, 1990) = forma 10 (Bettencourt, 2000).

202 A lo cual se le une la interpretación que conecta al oeste un arroyo que nace en el área de la Sé o Catedral en la vertiente del río Ave con la sauna o balneario, frente a la surgencia del santuario rupestre de la Fonte do Idolo en el extremo oriental y que corre hacia la cuenca del río Cávado. Ambas fuentes de agua delimitan y conforman la colina sobre la que se asientan los edificios representativos de la ciudad romana en el llamado Alto Cividade: Lemos, 2010

203 En inscripciones rupestres de ámbitos domésticos de la acrópolis de Briteiros y en otros elementos como los sellos cerámicos (González Ruibal, 2006-2007: 416, Fig. 4.94). En Braga /*Bracara Augusta* en soportes epigráficos funerarios (*CIL* II 2445; *CIL* II 2447 = *CIL* II 5609; *EE* VIII 118 y 119) como votivos (*CIL* II 2402 (p892) = *RAP* 37) y honoríficos (*CIL* II 2426 (p900) = *RAP* 549).

204 CSIC-1473. Anexo 1.



existir una cimentación fundada en el s. IV a. C. (en el más alto del intervalo cronológico calibrado) de una construcción que pudo ser la base de la remodelación como sauna en pleno s. I a. C., cobrando en ese momento su función y sentido específico sincrónicamente a la construcción de la plataforma abierta. Las otras interpretaciones cronológicas de otros casos cantábricos se han realizado a partir de las conclusiones extraídas del Chao Samartín (Pelou, Pendia 1 y 2, Taramundi, Punta dos Prados) con una generalización en un origen en el s. V-IV a. C. (Parcero y otros, 2009: 90-91; Villa, 2011 y 2012), corroborada en las dataciones radiocarbónicas de Coaña 2 mientras en el caso de Coaña 1 se remite a un intervalo en el cambio de era²⁰⁵. Un problema que habrá que corroborar en el futuro serán estas hipótesis de dataciones a la alta extraídas a partir del caso del Chao Samartín pero de lo que nadie duda es de la importancia del s. I a. C. en la remodelación y/o fundación de dichas construcciones en relación con un programa más amplio de objetos y fenómenos que convergen en el registro arqueológico castreño.

En ese contexto que remite al s. I a. C. encontramos fenómenos monumentales como el de las llamadas “estatuas de guerrero” que se localizan en los grandes castros del Noroeste de Portugal y el Bajo-Medio Miño. Se conocen hasta 32 fragmentos que se reparten en los valles entre el Duero y el Miño principalmente en ámbito galaico bracarense. Representan figuras de varones en bulto redondo sobredimensionados (de media 2-2’5 metros pero hasta 4 metros en el caso de Ralle) que se adaptan de forma hierática a los bloques de granito, con una gestualidad característica relacionada con objetos como el escudo pequeño redondo o *caetra*, el puñal o espada corta a la cintura y, en algunos casos que se ha conservado, la presencia de un casco²⁰⁶. Debido a la presencia de inscripciones latinas en algunas de las estatuas²⁰⁷, desde bien temprano se planteó su interpretación como monumentos funerarios provinciales romanos de época julio-claudia (desde *CIL* II). Esta tesis se retomaría posteriormente indicando tanto una posible funcionalidad funeraria como honorífica en relación con jefes de la elite indígena que habrían luchado como *auxilia* con los romanos y que se les recordaría a modo de héroes

205 Beta-236944, 236945 y 236946. Anexo 1.

206 Calo, 1993; 1994 y 2003; Silva, 2003 y 2006 [1986]; Alarcão, 2003; Almagro, 2003; Koch, 2003; Schattner, 2004

207 Estatua de San Paio de Meixedo (Viana do Castelo): *P(ublio) Clodameo/ Corocaudi/ f(ilio) Seaueo[n]i/ L(ucius) Sest/ ius L(ucii) l(ibertus) Coroc/ audius/ contu(bernalis)/ frater et/ Tubene(n)s(es) f(aciendum) c(uraverunt)* (*CIL* II 2462 = *CIL* II 5611). De Santa Comba (Refojos de Basto, Braga): *artífices/ Calubrigenses et Abianien(ses)/ f(aciendum) c(uraverunt)* (*AE* 1983, 548). De São Julião (Vila Verde, Braga): *Malceino/ Dovilonis/ f(ilio)* (*AE* 1985, 573). De Rubiás (Bande, OU): *[L]adrono/ Veroti f(ilio)* (*CIL* II 2519). De Lesenho (Boticas, Chaves): restos de inscripción inédita. Análisis epigráfico: Redentor, 2008.



en pleno s. I d. C.²⁰⁸. Otros autores, en cambio, destacan que las inscripciones son anecdóticas y pudieron hacerse a posteriori, ya que no tienen un espacio propio y se adaptan irregularmente por los escudos o partes del cuerpo de las estatuas. Esta realidad junto con el descubrimiento, ya desde 1973, de unos pies de estatua encajados en una grieta de una roca natural que forma parte del recinto prerromano de la citânia de Sanfins (Paços de Ferreira, Porto) (*Silva*, 1999), llevó a algunos autores a plantear un doble contexto prerromano, a modo de héroes o divinidades tutelares, y otro imperial romano temprano, como jefes aliados que habría dirigido tropas auxiliares en las legiones romanas (Tranoy, 1988: 223; Amagro y Lorrio, 1989: 418; González Ruibal, 2006-2007:).

Recientemente se ha profundizado en un origen prerromano a través del análisis de la gestualidad iconográfica y el proceso de reciclaje simbólico de las piezas a través de las inscripciones de época romana (Rodríguez Corral, 2012). Ya que no se cuenta con ninguna estatua contextualizada, con la única excepción si información cronológica del bloque con pies sobre roca madre en la muralla de Sanfins, se ha procedido analizando los momentos de mayor esplendor de los grandes de donde parecen proceder las estatuas. De esta forma los mejores castros conocidos como Castromao, Monte Mozinho, Santo Ovidio de Fafe, Sao Juliao o Sanfins muestran una misma recurrencia a la que se me he referido en general en relación con las remodelaciones del s. I a. C. La interpretación prerromanista de las estatuas contempla que es a dicha centuria en donde se deben contextualizar la elaboración y el sentido de estos monumentos, pero como objetos que reflejarían una sociedad “no romanizada” aunque con “contactos con redes atlántica con el sur peninsular” (Rodríguez Corral, 2012: 86). Afirmaciones de este tipo no reflejan la complejidad que se viene apuntando para el Noroeste del s. I a. C., puesto que sin ser un territorio conquistado se fue convirtiendo en una periferia de fuertes contactos con Roma, en especial a través de la Lusitania al sur del Duero con el área galaica bracarense. De hecho las redes atlánticas del s. I a. C. no pueden entenderse sin asumir el control de dichas rutas por los romanos, no sólo por la información de las fuentes respecto a la llamada “ruta del estaño” sino como veremos en relación a la presencia de materiales de origen mediterráneo en las costas atlánticas. Lo que sí que es cierto es que el bloque con pies de la escultura de Sanfins en relación el recinto principal de gran castro del s. I a. C., el cual en época julio-claudia se inutiliza para extender el asentamiento extramuros, es el único dato para poder plantear un contexto anterior a la conquista romana.

208 Calo, 1994: 685-686, 806-807, 825-826; Alarcão, 2003: 116; Koch, 2003: 82; Peña, 2003: 175-176; Silva, 2003: 47; Redentor, 2008 y 2009.



La estatua que corresponde con dicho bloque con arranque de pies de Sanfins es el modelo iconográfico de “estatua de guerrero” más esquemático que se conoce, además con casco de tipo Montefortino, que podría indicarnos una mayor antigüedad preventiva respecto al resto del conjunto conocido con una importante naturalismo mostrado a la hora de representar los rasgos de los rostros y de los detalles de la vestimenta y el armamento, con casos que se sabe que estuvieron ricamente pintados con colores vivos. Con esto no quiero decir que corresponde Sanfins a un caso del s. I a. C. y los otros a un modelo más avanzado de época altoimperial puesto que pudieron existir artesanos con distinta destreza trabajando sincrónicamente. Todos los datos que tenemos apuntan al periodo convulso de la última centuria a. C., lo cual debe observarse con una entidad propia que ni debe atender a un exclusivismo prerromano ajeno a todo lo exógeno ni tampoco puede entenderse como una producción provincial romana de época ya imperial. Como en los casos de las remodelaciones urbanas de algunos castros y la presencia de construcciones señeras como las plataformas abiertas y enlosadas o las saunas castreñas, las estatuas de guerrero debieron imbricarse en dicho fenómeno social, político y simbólico de algunas áreas del mundo castreño que se mostraron más proclives al cambio ante las acciones indirectas de Roma sobre sus territorios. El análisis iconográfico de la gestualidad de las estatuas permite detectar claramente una insistencia en la representación de lo varonil guerrero, lo cual debe ponerse en relación con la exaltación de hombres armados (también presente en las diademas de Moñes como veremos), lo cual no tiene por qué reflejar que sus sociedades lo fuesen igualmente sino que lo valorasen en un plano simbólico: desde su lugar en los cultos ancestrales o en sus mitos de los orígenes.

Por último hay que referirse al conjunto de los llamados “bronces sacrificiales” que a modo de cetros o pequeños bastones decorados con trenzados y cabezas de toro/carnero, contienen una iconografía de bulto redondo muy característica en la se reiteran zoomorfos seriados, calderos, hachas, torques y en el caso más complejo, figuras humanas a modo de matarifes²⁰⁹ (Armada Pita y García Vuelta, 2003 y 2006; González Fernández, 2004: 128; Castro Vigo, 2009 Armada y otros, 2011-2012). En la actualidad se conocen tan sólo 9 ejemplos y sólo 1 en contexto arqueológico, debatiéndose la procedencia del resto que provienen de colecciones antiguas y se encuentran depositados en distintos Museos (MAN

209 Es el caso del bronce del IVDJ en donde hay un personaje con cuchillo en mano que se apoya entre un ovicáprido y un suido y otro perdido que podría arrastrar de una cadena a un oso y tal vez a un ave zancuda (Armada Pita y García Vuelta, 2003: 56).



I y II, IVDJ y MEV). Los casos con información sobre su procedencia más o menos fiables parecen remitir a todo el área occidental galaica, con una mayor concentración en las Rías Altas (Cariño y San Cibrao-Cervo, C) pero con casos del interior tanto lucense (¿Lalín?, PO y Lugo, LU) como bracarense (Celorico do Basto-Castelo de Moreira, Braga). Todo parece apuntar a una parafernalia en bronce asociada a un rito sacrificial cruento de series animales, constreñido en un lugar específico representado a través del entramado trenzado a modo de *temenos/templum* y reflejado en el Instrumental ritual del hacha, el torques y el caldero. Todo ello nos remite a un modelo religioso organizado y con especialistas tipo sacerdotes, ajeno a lo conocido para el mundo castreño en donde sólo se conoce un caso claro de sacrificio fundacional que no excede el ámbito doméstico. Por otro lado, sí que contiene algunos elementos característicos del rito romano, tanto en relación con la delimitación del espacio sagrado (*locus sacer*) como con la organización jerarquizada de víctimas animales seriadas y la presencia de especialistas religiosas. Sin embargo se presentan características ajenas y vinculadas con el mundo bárbaro como el torques, el caldero en vez del altar o *ara* y la presencia de víctimas animales exóticas (oso y ave del IVDJ).

El único caso conocido procedente de una excavación arqueológica nos muestra un contexto de amortización en la única fase de ocupación detectada en el yacimiento galaico-romano de Punta Atalia en San Cibrao-Cervo, desde el s. I a. C. al s. II d. C. (Castro Vigo, 2009: 4). Sin embargo para otros autores a través del análisis comparado con elementos presentes en piezas como las diademas de Moñes (caldero, torques, animales) o los ritos sacrificiales que se extraen de las inscripciones rupestres lusitanas, lo vinculan con una tradición que hundiría sus raíces a lo largo del a Edad del Hierro desde el s. VII al I a. C. (Armada Pita y García Vuelta, 2003: 71), sin eludir que fuesen el resultado de un proceso de hibridación inmediatamente posterior a la conquista romana (Armada y otros, 2011-2012: 17). En este último sentido no hay que olvidar la presencia de parafernalia religiosa o *regalia* provincial romana vinculada a cultos locales en otros ámbitos como el britano²¹⁰. Como he señalado respecto al modelo que transmiten las fuentes en relación a los rituales bárbaros y se observará en la apropiación del sistema religioso romano sobre la que me detendré en los siguientes capítulos, los elementos exóticos propios de las *superstitiones* podían tener cabida en tanto en cuanto dichas

210 Son los casos de los cetros (habitualmente con cabezas humanas tanto de dioses como de emperadores) y tocados para la cabeza (tipo coronas y/o diademas) asociados con indumentaria propia de sacerdotes locales de templos romano-britanos de larga duración, como en el caso de Wanborough, Beckford (Gloucestershire). Worlington y Willingham Fen (Cambridgeshire), Cavenham Heath (Suffolk) o Hockwold-cum-Wilton (Norfolk) entre otros (Henig, 1984a [2005]: 123-128).



creencias eran reconocidas y controladas pero como costumbres ajenas a la jurisdicción exclusiva del pueblo romano.

Recapitulando, la única forma de sostener representaciones como las llamadas “estatuas de guerrero” y los “bronces sacrificiales” con el modelo social segmentario sería asumiendo, con el resto de remodelaciones constructivas (plataformas abiertas y saunas) y objetos como las sítulas y la orfebrería, un fenómeno de “neutralización comunitaria” de un proceso monumentalización por exhibición. Dicho fenómeno debió depender de cada caso, puesto que cada castro es único e independiente y pudo tener un éxito o convertirse en un conflicto. En ese caso la comunidad se habría enfrentado a la disyuntiva de fracturarse por medio del mecanismo consubstancial en las comunidades segmentarias por medio de la fisión/fusión que daría origen al nacimiento del nuevo poblado. Pero también se habría visto tentada hacia la aceleración de un cambio social en beneficio de la aparición de la desigualdad al amparo del contexto de desestabilización suprarregional inducido por Roma antes y durante la conquista, lo cual se habría sentido con mayor intensidad en las áreas más permeables como las franjas costeras, el área galaica bracarense o el occidente meseteño astur. Posteriormente a la conquista efectiva no se debe perder de vista las distintas experimentaciones, más o menos prolongadas o censuradas por las autoridades romanas, que pudieron practicarse en los distintos castros que habían perdido ya su autonomía y formaban parte de una nueva organización del territorio provincial. A ese momento inmediatamente posterior a la conquista y muy difícil de detectar cronológicamente en las fases de los castros, pudieron acomodarse producciones de ciertos objetos, con usos y sentidos orientados a la reapropiación/reinvención de la tradición por los grupos de poder nacidos como intermediarios entre las nuevas comunidades y Roma. Estas propuestas que contemplan la respuesta segmentaria, su fracaso y desestructuración antes y durante la conquista como posteriormente durante las primeras actuaciones de reorganización territorial, se opone a la interpretación heroica de la sociedad castreña para la Segunda Edad del Hierro que pretender rastrear un comportamiento característico de jefaturas guerreras desde el mundo del Bronce final atlántico. Desde esta perspectiva el s. I a. C. no tendría entidad propia sino que sería una ventana de una tradición de la que Roma fue mera espectadora que terminaría por abortar las dinámicas de proto-ciudades estados locales. No se puede pretender simplificar en distintas posturas interpretativas de la sociedad un ámbito como el noroccidental ibérico sobre todo en el periodo al



que me estoy refiriendo del s. I a. C. Se debe observar por el contrario una variabilidad acelerada en algunas zonas sincrónicas que muestran distintas velocidades y ritmos en los cambios que se detectan en el registro arqueológico. Así estos elementos del registro a los que he prestado atención y a los que me dedicaré a continuación, al margen de sus orígenes en tradiciones más antiguas, la última centuria a. C. supuso su eclosión y amortización como resultado de su configuración al modo de símbolos claves re-creados.

8. Símbolos convivales: el fenómeno de las sítulas y el banquete en el mundo castreño

En este apartado trataré el fenómeno de las sítulas castreñas o grandes recipientes metálicos a modo de calderos profusamente decorados. Desde las primeras excavaciones antiguas en área castreña se fueron individualizando piezas y moldes características de estos recipientes en diferentes castros e incluso fuera del ámbito castreño en la zona lusitana al sur del Duero. No se ha encontrado ninguna pieza completa y en su lugar se han propuesto algunas reconstrucciones a partir de los restos habituales de bordes con anillas y de paredes. La mitad superior de los recipientes tendría una forma “acampanada”, con el borde extrovertido, el cuello cóncavo indiferenciado y el hombro vertical o ligeramente oblicuo y abierto, mientras que la parte inferior podría haberse desarrollado más o menos de forma esférica o troncocónica (Carballo, 1983: 21). Algunos autores se inclinan por clasificarlas en un modelo cónico o tipo B de morfología establecida por Hawkes para las Islas Británicas (Hawkes y Smith, 1957 en VVAA, 1995: 247). Desde muy pronto se asoció con el tipo de caldero que aparece representado en la iconografía de las diademas de Moñes, en donde se remarcan los bordes exvasados las anillas y las grandes asas junto con un cuerpo globular apoyado sobre algún tipo de base troncocónica, relacionándose a su vez con la tradición de sítulas etruscas y post-hallstáticas (Blanco Freijeiro, 1957: 143-148).

Gracias a los fragmentos de moldes cerámicos, más baratos y fáciles de producir que los de piedra, conocemos la técnica metalúrgica empleada que sabemos que era la cera perdida, fundiéndose el cuerpo final en varias partes que se remacharían en frío²¹¹. Las anillas y las abrazaderas bien fueron fundidas independientemente y se les dio a continuación forma curva al

²¹¹ Es lo que se deduce de algunos fragmentos como una pared procedente de Lomba do Canho (de Nunes, 1958: 329, fig. 3, en Carballo, 1983: 22).



travesaño²¹², o bien se realizaron de una sola pieza²¹³. La decoración de bandas y metopas con sogueados, puntos y motivos en SSS con botón central es una constante en prácticamente todas las piezas²¹⁴, mostrando un abigarramiento decorativo que ocuparía desde las anillas hasta el cuerpo central, sin saber cómo sería la parte inferior –tal vez lisa²¹⁵-. Por otro lado, respecto a la producción de dicha forma metálica bastante estandarizada, se pasó de considerar un centro productor en torno al castro de Santa Trega (Nunes, 1958: 333) a la consideración de una metalurgia local (Carballo, 1983: 25), que posteriormente se vería confirmada por la constatación arqueométrica del uso de arcillas locales en la elaboración de los moldes de sítula de El Castrelín (Galván y otros, 1993).

El área de dispersión de este tipo de piezas es muy concreta y a la vez muy amplia, correspondiendo con el centro y el norte de la fachada occidental ibérica, englobando todo el Noroeste en su conjunto. La concentración principal sin embargo, parece poder corresponder con la zona de grandes castros del área galaica meridional del noroeste portugués y del Rías Bajas/Bajo-Medio Miño²¹⁶. Sin embargo las excavaciones de diversos castros del interior galaico y astur han permitido ir aumentando la presencia de este tipo de recipientes, localizándose en Valadouro, Chao Samartín, Campa Torres, Picu Castiellu, El Chano y El Castrelín. A estos castros se les pueden ir sumando casos de más reciente publicación, como el del castro zamorano de San Martín de Castañeda (ZA) o la detección entre materiales considerados cerámicos o moldes sin especificar, en ejemplos bercianos como el castro de Pico Ferreiro (paradela del Río, LE) (Mañanes, 1981: 148, 154, fig. 4. 3 y 4) o recientemente en el de Castro Ventosa (Cacabelos, LE) (Mañanes, 1981: 85, fig. 25. 1 y 2; VVAA, 2007).

Finalmente contamos con sítulas castreñas en contextos lusitanos de la Beira litoral tanto en la ciudad de *Conimbriga* (Condeixa-a-Nova) como en los asentamientos militares de Lomba do Canho (Arganil) y Pedrão (Setúbal). (**Tabla 2 y Mapa 3**).

212 Como en Lomba do Canho (Nunes, 1958: 326-28)

213 Como en los moldes de Santa Trega o Castelo de Neiva (Carballo, 1983: lám. XV y lám. XVIII respectivamente) o El Castrelín (Fernández-Posse, 2000: 78, fig. 68).

214 Como excepciones contamos con elementos menos abigarrados como algunas anillas de Borneiro (Romero Masiá, 1987: fig. 14) o el soporte de Valadouro que introduce el motivo de las dobles espirales (CarbaLL, 1983: 22, lám. VI).

215 Así ocurre por analogía con los programas decorativos cerámicos, los cuales se concentran en borde, cuello y mitad superior de las piezas.

216 De Pontevedra: Castro de Santa Mariña de Orazo y Alto do Cuntis en A Estrada, Castro de Fozara y Troña en Pontearreas, Castro de Taboexa en As Neves, Castro de Vigo y Castro de Santa Trega y A Forca en A Guarda; de Minho: Castelo de Neiva y Santo Antonio de Viana do Castelo, Castro de Briteiros en Guimaraes y Braga.

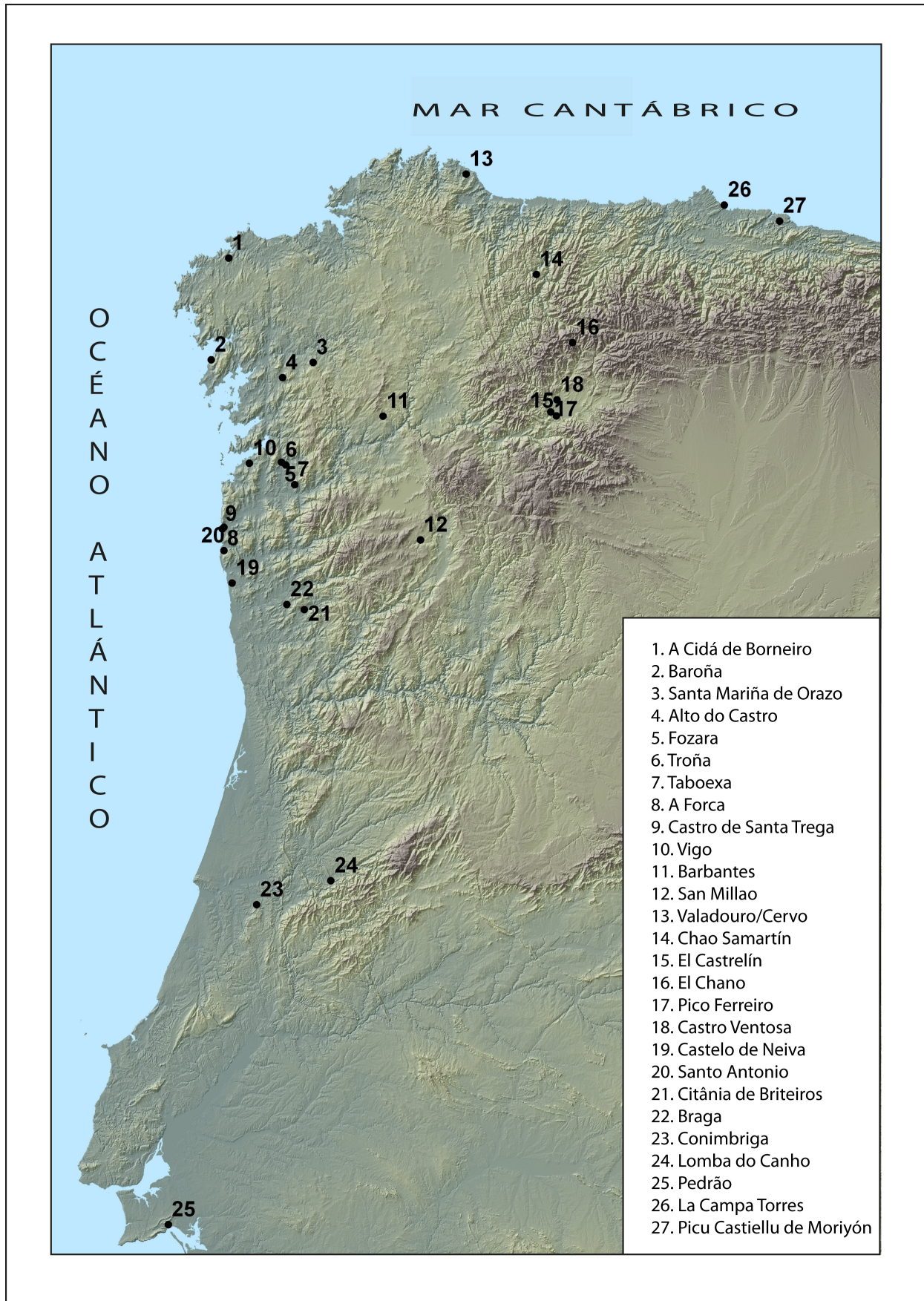




Tabla 2: Sítulas Castreñas

Provincia	Yacimiento	Moldes de sítula	Bronces de sítula	Cronología	Bibliografía
A Coruña	Borneiro	2 frag. de pared	2 soportes de asa 1 frag. de borde 1 frag. de pared	ss. II a. C.-II d. C.	Romero Masiá, 1987: 8, 28 y 1992: 141-143
	Baroña	1 frag. de pared		s. I d. C.	Calo y Soeiro, 1986: 15, fig. XII-13
Pontevedra	Sta. Mariña de Orazo		1 soporte de asa	Nivel revuelto	Carballo, 1983: 13-14
	Alto do Castro	1 frag. de pared		ss. II-I a. C.	Parcero, 2000: 168
	Fozara	1 frag. de pared o de fondo		s. III-I a. C.	Hidalgo y Costas, 1979: 178
	Troña		1 frag. de pared	s. I a. C.-I d. C.	Pericot y López Cuevillas, 1931
	Taboexa		1 soporte de asa 1 frag. de asa 1 frag. de borde	ss. II-IV d. C.	Carballo, 1983: 15-16
	A Forca	1 frag. de pared		ss. III-I a. C.	Carballo, 1987: 43
	Castro de Sta. Trega		3 soportes de asa	ss. I a. C.-I d. C.	Mergelina, 1945: 35-36; Nunes, 1958: 332-333
	Vigo		varios indet.	ss. II a. C.-IV d. C.	Hidalgo, 1989: 256
Ourense	Barbantes		1 frag. de borde	s. I d. C.	Chamoso, 1956: 53
	San Millán		1 frag. de pared	s. I a. C.-I d. C.	López Cuevillas y Taboada, 1958: 305
Lugo	Valadouro		1 soporte de asa varios indet.	Descontextualizado	Villaamil y Castro, 1907: 103
Asturias	Campa Torres		1 soporte de asa	Nivel superficial	Maya y Cuesta, 2001: 132
	Picu Castiellu de Moriyón		1 soporte de asa	Descontextualizado	VVAA, 1995: 247
	Chao Samartín	1 frag. de pared varios indet.	1 frag. de borde	ss. IV a. C.-II d. C.	Villa, 1999
León	El Castrelín	varios frag. de pared, borde y sorportes de asa		s. I a. C.	Fernández-Posse y otros, 1993: 210
	El Chano		1 soporte de asa	s. I a. C.-I d. C.	Celis, 2002: 202
	Pico Ferreiro	2 frag. de pared		Recogido en prospecc.	Mañanes, 1981: 154, fig. 4, 3-4
	Castro Ventosa	1 frag. de pared		Nivel superficial	VVAA, 2008
Zamora	San Martín de Castañeda		2 frag. de pared	Recogido en prospecc.	Esparza y otros, 1999: 609, 611, fig. 6
Viana do Castelo (Minho)	Castelo de Neiva	1 soporte de asa		s. I a. C.	Almeida, 1982: 24
	Santo Antonio	3 frag. de pared		s. I a. C.-I d. C.	Silva, 1986: 168
Braga (Minho)	Briteiros		1 frag. de pared	s. I a. C.-I d. C.	Cardozo, 1976: 56
	Braga	4 frag. de pared		s. I d. C.	Martins, 1988
Coimbra (Beira Litoral)	Condeixa-a-Velha		1 frag. de pared	s. I d. C.?	Alarcao y Ponte, 1979: 95
	Lomba do Canho		2 soportes de asa 1 frag. de borde 1 frag. de pared	75-25 a. C.	Nunes, 1958: 323-335
Setúbal (Estremadura)	Pedrão		1 frag. de pared	s. I a. C.	Soares y Silva, 1973: 274-275



La decoración de las sítulas reproduce motivos generalizados en otros soportes como en la cerámica castreña, principalmente de finales de la Segunda Edad del Hierro. Todo ello llevó desde el principio a que las sítulas fuesen interpretadas como objetos propios del “arte castreño” en su apogeo y, desde ese punto de vista, como uno de los productos más señeros de la cultura prerromana castreña que algunos autores hacen retrotraer hasta entroncarlo con los modelos del Bronce final (siglos VIII-VII a. C.) y presentes en distintos contextos como los siglos V-IV a. C. (Villa, 2004 y 2009a) o el s. III a. C. (Carballo, 1987). Sin embargo, en su forma final la mayor parte de los ejemplos conocidos remiten a los siglos II-I a. C. con su presencia en lugares romanos tanto sincrónicos, casos de Lomba do Canho y Pedrão, como durante el s. I d. C. en contextos urbanos, como en *Conimbriga* o *Bracara Augusta* (Carballo, 1983: 27). Como veremos por un lado, los modelos y las decoraciones son autóctonas y podemos rastrear una tradición antigua de las mismas en la metalistería de los calderos del mundo atlántico, pero por otro lado, contamos con una inusitada aceleración en la producción del modelo tal y se conoce especialmente durante el s. I a. C., en contacto con otras producciones metálicas romanas asociadas al banquete mediterráneo o *symposion*. La aceleración y apropiación de la producción específica del modelo final de sítulas castreñas fue uniforme en su morfología y estándares decorativos, asociado a un distintivo que podemos denominar “castreño”, pero debemos considerar la necesaria variabilidad intrínseca tanto en su función como en su sentido dependiendo de los diferentes contextos asociados a distintos ritmos históricos y respuestas sociales que abarcan desde el s. I a. C. hasta el s. I d. C. (**Fig. 12 y 13**)

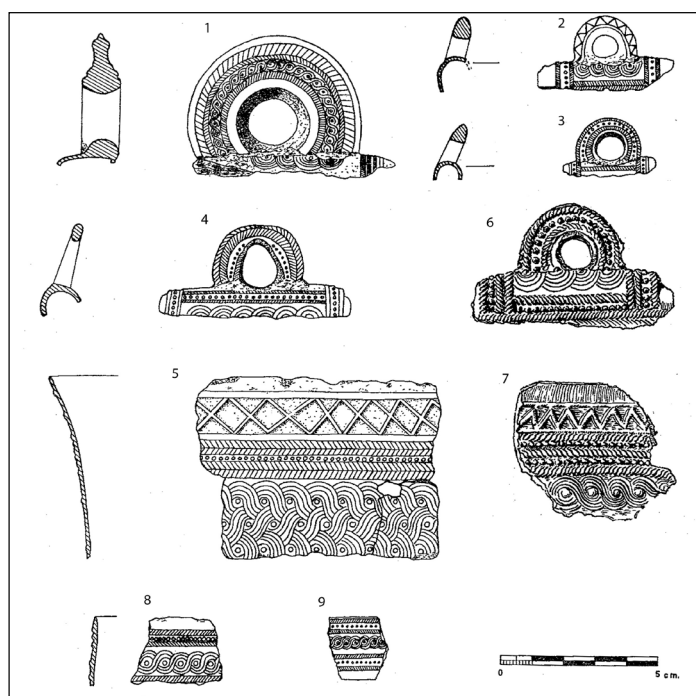


Fig. 12: Fragmentos de bronce de sítula castreña: 1) Santa Mariña de Orazo (Castrovite, A Estrada, PO); 2-3) Santa Trega (A Guarda, PO); 4-5) Taboexa (As Neves, PO) (de Carballo, 1983); 6-7) Lomba do Canho (Arganil, Coimbra) (de Nunes, 1956); 8) Barbantes (Punxín, OU); y 9) Pedrão (Setúbal) (de Carballo, 1983).

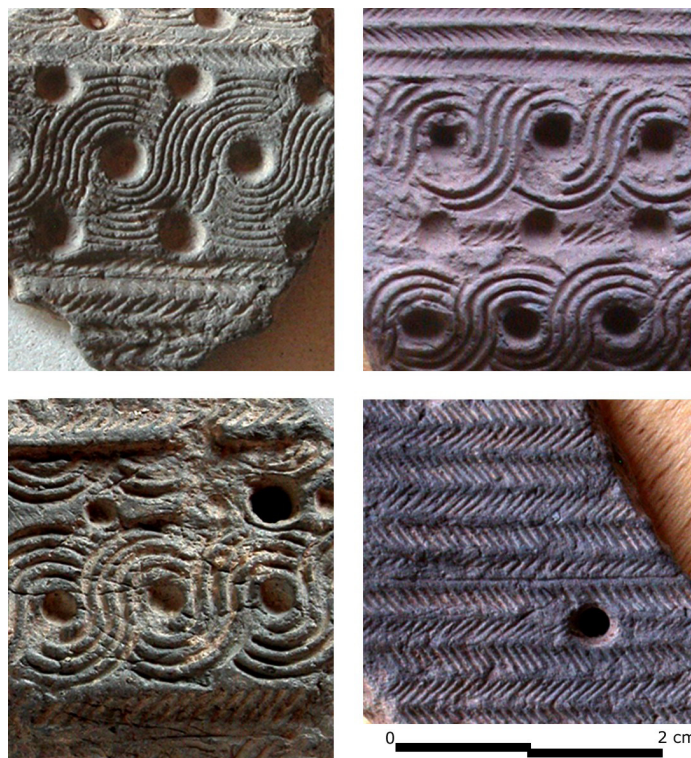


Fig. 13: Detalles de fragmentos de molde de sítula castreña procedentes de El Castrelín de San Juan de Paluezas (Borrenes, LE). EST-AP.



8.1. Las sítulas castreñas: entre la tradición atlántica y la innovación mediterránea

Como precedente de las sítulas del final del Hierro en ámbito castreño debemos hacer alusión a la larga tradición de los calderos del Bronce atlántico (Armada, 2005; 2008 y 2011). En esta época se constata una puesta en escena generalizada en el Norte-Noroeste peninsular de la comensalidad asociada básicamente a grandes calderos y ganchos de carne, así como algunos vasos de bronce como los de Berzocana o Baiões (Ruiz-Gálvez, 1995b). Dicha aparición se relaciona con los cambios producidos en la fachada atlántica asociados tanto con el modelo tradicional de impacto pre-colonial del Mediterráneo oriental, área sirio-palestina y chipriota (Almagro Gorbea, 2001: 243-245 y 249-251), como por la llegada de los modelos con el significado original perdido a través de complejas relaciones desde el Mediterráneo Central, Cerdeña, entre las que se incluye el valor del metal como chatarra (Ruiz-Gálvez, 1998b: 299-300). En esta última línea han incidido algunos autores recientemente, para los que las comunidades costeras del Norte-Noroeste se insertaron en complejas relaciones artesanales, ya desde el s. XIII a. C. pero intensificadas en el s. XI a. C., las cuales ligaron las tradiciones atlántica y mediterránea (Armada, 2011: 173-174). Los contextos de amortización de este tipo de vajilla metálica del Bronce Final parecen concentrarse en los poblados, aunque no falta su contexto funerario o en depósitos aislados²¹⁷. El modelo predominante asocia dichos materiales metálicos con grandes cabañas datadas en los siglos VIII-VII a. C., como la encontrada en la acrópolis del Chao Samartín y vinculada con un posible escudo y el depósito de una calota craneal femenina (Villa, 2007: 192-193; 2010: 161-163 y 2009a), el edificio en L del castro de Terroso (PO) (Peña, 1992: 20) o la cabaña semisubterránea del poblado de A Santinha (Amares) asociado con la quema de sustancias aromáticas (Bettencourt, 2001: 31, 44, 59).

Además de su función como chatarra metálica en algunos casos, no han faltado quienes asocien los calderos y su parafernalia con la ingesta ritualizada de bebidas alcohólicas (Coles, 1977: 56) o sustancias psicoactivas (Fernández Manzano y Guerra, 2003: 348-349). Otros han remarcado una especial relación con el consumo de carne (Armada, 2008: 152-153; 2011: 168), con dos claros códigos de convivialidad: en ámbito septentrional, carne hervida o guisada, y en la zona meridional,

²¹⁷ Los calderos predominan procedentes de asentamientos en un 59'1% frente a su localización en depósitos (22'7%), cuevas/galerías (13'6%) y contextos funerarios (4'5%). Los ganchos de carne aparecen aún de forma más constante en los asentamientos con las únicas excepciones de 4 piezas en depósitos -1 acuático- y 1 funerario. Los únicos vasos de bronce conocidos proceden de 1 asentamiento, 1 depósito y 1 tumba (Armada, 2011: 169-170).



carne asada con algunas disociaciones (Armada y López Palomo, 2003: 183). En cualquier caso, estos banquetes parecen vinculados con rituales privados que buscan mantener y reforzar unas posiciones sociales elevadas adquiridas (Bettencourt, 2001: 44-59), que encajarían con los cambios en el modelo de poblamiento de la época y que, sin embargo, tenderá a evitar la consolidación estructural de la desigualdad a lo largo de la Primera Edad del Hierro (Parcero, 2002; y otros, 2007: 180-182). De hecho para encontrar un modelo de caldero que entronque con las morfologías ya experimentadas en el Bronce Final habrá que esperar al fenómeno de las sítulas castreñas²¹⁸ y a la producción de calderos ya específicamente de época romana altoimperial²¹⁹.

Hay que tener en mente que las piezas metálicas tienden a tener una vida larga, puesto que suelen arreglarse con parches o reciclarse en otras piezas a lo largo del tiempo. Es por ello que hay quien ha llamado la atención sobre el peso de la tradición de metalistería del Bronce Final, haciendo pervivir dicho modelo de comensalidad hasta en objetos que parecen remitir a momentos inmediatamente anteriores a la conquista o propios del mundo romano-indígena temprano, como los llamados broncees sacrificiales (Armada Pita y García Vuelta, 2003) o el carrito de Costa Figueira (Coelho, 2007: 262-263; lám XCIV). Por su parte, el hecho de que se conservara la tecnología y la solución morfológica de los calderos como una tradición desde el Bronce Final a lo largo de la Edad del Hierro en las sítulas castreñas, no quiere decir que perviviese el mismo código simbólico de sentido. Existen algunas dataciones nuevas que permiten retrotraer el fenómeno de las sítulas del s. I a. C. a siglos centrales del Hierro pleno y tenemos que pensar en el reciclaje de piezas más antiguas en otras más modernas hasta su amortización en el contexto que detecta el arqueólogo. Sin embargo, todo apunta a un alcance máximo de producción y expansión del modelo específico de las sítulas castreñas a lo largo del s. I a. C. y durante el primer siglo de dominación romana en sitios muy urbanizados. Todo ello obliga a

218 Todos los ejemplos de calderos u otros recipientes de bronce, a parte de las sítulas castreñas, recogidos en el catálogo de Armada (2005: 425-427) remiten explícitamente a época romana altoimperial, ejemplificados en los fragmentos de Alvarelhos, Santo Tirso (Soeiro, 1980: 238) o El Castro de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 135, nº 105, fig. 59, lám. XLIV) procedente del ambiente 3a datado en la segunda fase de ocupación entre el 70/75-120 d. C.

219 Frente a los grandes calderos del Bronce Final como el de el de Lois (con 56 cm de diámetro) o el de Cabárceno (con 56 cm de diámetro y 70 litros de capacidad) (Armada, 2008: 135), los calderos de época romana no superan los 30 cm de diámetro. De la misma forma carecen de las características grandes anillas de suspensión y reproducen formas en los soportes de asas (tipos I Delgado de Mina do Fojo das Pombas, Valougo en Alcubierre e Castro, 1962: 173, fig. 6-12, 13 y 14- o de Peña Redonda, Villardiegua de la Ribera en Martín Valls, 1977: 407, fig. 2-2) que tenderán hacia los mascarones característicos altoimperiales con formas figurativas (tipo III Delgado) de los siglos II-III d. C. en casos por todo el Imperio (para *Conimbriga* en Delgado, 1970; para *Caesaraugusta* en Erice, 2006).



replantearse distintas formas de apropiación de un mismo modelo para todo el Noroeste castreño, en un momento específico en el que encontramos a los romanos establecidas militarmente en la periferia del mundo castreño como herederos en el control de las rutas comerciales atlánticas.

Los primeros datos que permitían retrasar la datación del modelo de sítulas castreñas vinieron de la excavación de A Forca, en donde se encontró un molde de sítula asociado con un nivel vinculado al posible espacio metalúrgico en el ángulo oriental de la cuadrícula O-12 (Carballo, 1987: 140-141). El abandono del poblado parece que se puede poner en relación con la segunda mitad o finales del s. II a. C. y principios del s. I a. C. en beneficio del poblamiento del gran castro asociado de Santa Trega, en donde se conoce una importante colección de fragmentos de sítula datados en los siglos I a. C. y I d. C.²²⁰. El caso de A Forca hizo plantear un debate entre quienes observaban el fenómeno de las sítulas en clara asociación con las expediciones romanas desde finales del s. II-I a. C. (Calo, 1994: 250-258) hasta los que proponían su producción endógena característica de una tradición de la Segunda Edad del Hierro que podría remontarse hasta el s. III a. C. (Rey Castiñeira, 1996).

Las excavaciones en el Chao Samartín traerían de nuevo al debate la antigüedad de las sítulas castreñas. Así, se conocen diversos fragmentos de piezas y moldes localizados en distintas áreas del poblado. En primer lugar del área de la acrópolis proviene un fragmento de soporte de asa que aunque no corresponde con los conocidos de sítula, reproduce un modelo similar que hay que datar en la transición del Bronce al Hierro, siglos VIII-VII a. C. (Villa, 2009a: nº 13). El grueso del conjunto de sítulas propiamente dichas provienen de diversas áreas e incluso de posiciones secundarias en contexto romano altoimperial (como en Villa 2009a: nº 35, contexto s. II d. C.). Un conjunto importante proviene del nivel inmediatamente inferior a la remodelación de la plataforma abierta en la entrada del poblado, sobre la que ya me he referido arriba. Junto con los restos de una posible “gran cabaña/casa de asamblea” y los cimientos de la sauna castreña y otros elementos como la losa con grabados equinos, aparecieron fragmentos y moldes de sítula que han permitido datarse en un intervalo desde el s. IV al s. I a. C.²²¹ (Villa Valdés, 2004: 258-9, fig. 5). Se debe tener aquí en cuenta que la presencia de dichos desechos de sítula están en última Instancia asociados con un nivel de relleno para la nivelación del terreno sobre el que se enlosó la plataforma abierta en pleno

220 Sobre el debate en torno a la antigüedad del fragmento de sítula de A Forca relacionado con las actividades de Roma en el territorio a finales del s. II-I a. C.: Calo, 1994: 250-258; frente a la idea de una producción endógena anterior

221 CSIC-1473 y 1652. Anexo 1.



s. I a. C.²²². Hay que pensar que el área metalúrgica del poblado se encuentra muy cerca en la esquina suroeste al lado también de la entrada principal y se pudieron aprovechar dichos restos en un momento de amortización *ante quem* s. I a. C. Todo ello hace observar la antigüedad de los restos de sítula con cautela aunque no se excluye ni la tradición tecnológica que hundiría sus raíces en el Bronce final ni tampoco el reciclaje de modelos similares hasta la forma final de sítula que conocimos para el s. I a. C.

En el caso de El Castrelín también se conoce que un número elevado de fragmentos de molde de sítula mezclados con distintos desechos de la actividad metalúrgica (escorias, crisoles, etc.) como parte del preparado sobre el terreno en el que se extendería la unidad b con las construcciones 4 y 7. Todo parece indicar, como ya he dicho, que el taller metalúrgico pudo estar cerca, tal vez en la esquina suroeste del poblado (construcción 9?), aunque también se conocen escorias en superficie en el recinto secundario contiguo al poblado (Fernández-Posse y otros, 1993: 206-208, 215-16). El horizonte de ocupación de dicho poblado es desde el s. III al I a. C. por lo que debemos pensar que el contexto de la mayor concentración y amortización de las sítulas de El Castrelín se vincula a las remodelaciones finales a lo largo del s. I a. C. De aquí conocemos las primeras analíticas de pastas que permitieron interpretar que el proceso de elaboración se hacía de forma local a través de la producción de moldes con arcillas autóctonas, lo cual ponía en entredicho un intercambio comercial a gran escala de los modelos de sítulas castreñas (Galván y otros, 1993).

Por su parte, el castro también berciano de El Chano, en la cuenca alta del Cua, presenta dataciones antiguas calibradas del intervalo entre los siglos IV al I a. C.²²³ (Celis, 2002: 204, fig. 10). El fragmento de soporte de asa de sítula encontrado procede de la construcción III, la cual parece poder vincularse con una unidad doméstica compuesta por las cabañas IV, V y VI. En la construcción contigua nº IV se encontró un tesorillo de denarios ibéricos que contenía monedas acuñadas desde finales del s. II hasta principios del s. I a. C. (Alegre Mancha y Celis, 1994; Celis, 2002: 205; fig. 11). El carbón del nivel de incendio sobre el suelo de dicha cabaña se data en el s. II a. C. lo que habría implicado la ausencia de numismática del s. I a. C. Por ello, deberíamos prestar cautela y decir con el excavador que aunque sea “discordante”, las fechas parecen señalar una cronología de mediados del s. I a. C. Para la última fase de ocupación (Celis, 2002: 204), la cual podemos extender al contexto del fragmento de sítula amortizado en la misma unidad doméstica.

222 CSIC-1471, 1472 y 1518. Anexo 1.

223 Beta-116327, 116328 y 116329 (Celis, 2002: 204, nota 2). Anexo 1.



Los casos más abundantes del área galaica meridional presentan igualmente unas concentraciones asociadas al s. I a. C. además de presentar a diferencia del mundo castreño del interior elementos propiamente importados del mundo mediterráneo. El caso más paradigmático es el de Castelo de Neiva (**Fig.14**), en donde se encontraron en un depósito *off site* fragmentos de molde de sítula y piezas de bronce en muy mal estado, tal vez de dos sítulas o de chatarra para el reciclaje, junto a un objetos muy atípicos procedentes de los circuitos comerciales controlados por Roma en época tardorrepública (Fabião, 1999). Me refiero a los dos cascos cónicos tipo Montefortino, tres copas tipo Idria sin asas, un fragmento de colador, dos artefactos de hierro, algunas cerámicas y un posible dupondio de Publio Carisio, todo lo cual parece datar la amortización de dicho depósito en la segunda mitad del s. I a. C. (Almeida, 1980: 245). Dicho conjunto se asocia con el servicio de mesa y en concreto con el ritual mediterráneo de consumición del vino: mezclándolo con agua y especias en un recipiente del que se vierte colándolo en copas en el característico *symposion*²²⁴. Dicho ritual de convivialidad específico es el que se extrae de las fuentes literarias que se refieren tanto a los lusitanos (en relación con las bodas de Viriato: *DS*, 33, 7, 1.4) como a los imprecisos montañeses (*Str.*, 3, 3, 6). En concreto se alude a un banquete ritualizado en el que cada comensal ocupa un lugar por rango y edad. En el caso del apunte de Estrabón sobre la costumbre de celebrar los banquetes en bancos corridos se ha interpretado para ámbito castreño en relación a multitud de casos específicos de cabañas con ese tipo de mobiliario o incluso en relación a las plataformas abiertas con bancos como la del Chao Samartín, asociando también aquí del ritual del baño en los edificios de las saunas como la tradición indoeuropea de un acto precedente al banquete (Armada, 2001). La vinculación de las sítulas y sus moldes con la vajilla metálica tardorrepública nos traslada a otros ámbitos fuera del ámbito castreño, directamente relacionados con la presencia militar romana.

Me refiero a los casos en ámbito lusitano en la Beira litoral portuguesa en donde se han encontrado piezas de estas sítulas castreñas. Se tratan de dos emplazamientos vinculados con el ejército en el valle del Alva, para el caso de Lomba do Canho y en la desembocadura del Sado el de Pedrão. Respecto al primero, se ha difundido que los fragmentos de sítula del yacimiento de Lomba do Canho procedían del vertedero de una cantera de piedra (Nunes, 1958) y así se ha seguido repitiendo hasta

²²⁴ Contamos con una tradición muy rica respecto al vino aguada y sus connotaciones sagradas en las libaciones de la prácticas de comensalidad mediterránea principalmente transmitida desde Homero hasta autores como Aristóteles que justificaron las virtudes del consumo de vino en detrimento del consumo de bebidas de cereales fermentadas tipo cerveza (Bermejo, 1994 [1982]: 43-66).



la actualidad, sin recoger las últimas aportaciones arqueológicas (Carballo, 1983: 19-20; “castro portugués” en Armada, 2005: 428). Sin embargo, las excavaciones sucesivas desde los años 70 y 80, permitieron una revisión del sitio definiéndolo como un asentamiento militar romano²²⁵. La cultura material es, en cambio, muy explícita en este sentido, con cerámica capaniense, ánforas itálicas e hispánicas, cerámica de paredes finas, lucernas, monedas y numerosas armas. La ausencia de *terra sigillata* y numismática augustea parecen sugerir una Instalación/uso/abandono durante el segundo y el tercer cuarto del s. I a. C (Nunes, Fabião y Guerra, 1988), posiblemente coincidiendo con el año 61 a. C. de la campaña de César contra lusitanos y galaicos (Fabião, 2004: 61-63; 2007: 122-126). La razón de este asentamiento superaba la idea de un campamento temporal y debió concebirse como un lugar permanente en relación con el control de las vías de comunicación y algunos recursos, como podrían ser las explotaciones auríferas del depósito aluvial del río Alva (Braz Martins, 2008: 550-561²²⁶), aún por reconocerse en profundidad²²⁷.

El poblado de Pedrão es un pequeño asentamiento fortificado de no más de 120 m² con pequeños compartimentos modulares con hogares individuales a modo de barracones militares y un posible granero a la entrada (Fabião, 2004: 63-64; 2007: 126-127). Los materiales encontrados responden de nuevo a cerámica itálica importada, capaniense, paredes finas, monedas y también armas (Soares y Silva, 1973). Se ha interpretado como un lugar estratégico para controlar el paso a través del estuario del Sado. Otros sitios similares morfológicamente a Pedrão existen en Mata Filhos (Mértola), Monte da Nora (Terrugem) o Castelo das Guerras (Moura) (Fabião, 2007: 120-21). Todos ellos responden a lugares asociados con el ejército romano y la explotación de los recursos y/o el control de los pasos, y no parecen haber aprovechado ninguna infraestructura ni modelo de origen prerromano o nativo. El propio hecho de que se encuentre principalmente material importado de Italia supone un

225 La organización interna obedece a un plan ortogonal en donde destacan un complejo con patio de 22 x 25 m interpretado como praetorium y una posible zona de baños, así como otras construcciones que parecen responder a un almacén y a los barracones de los soldados. No aparece ni mortero ni teja para recubrir los tejados, sólo piedra y tierra, lo que llevó a asimilarlo a un yacimiento nativo y no claramente romano (Nunes, Fabião y Guerra, 1988).

226 Las minas de Secarias (AL-006) son las que estarían directamente asociadas con el entorno inmediato del enclave militar de Lomba do Canho (Braz Martins, 2008: 550-554). Sarzedo, Coja y S. Pedro (éstas últimas datadas en el s. I d. C.)

227 El abandono del asentamiento se pone en relación con la guerra civil entre César y los hijos de Pompeyo y el pequeño asentamiento en la llanura cerca de la capilla de S. Pedro de Arganil (Fabião, 2006: 119; Braz Martins, 2008: 555-561) que posiblemente siguió estando relacionada con la minería de oro del entorno (minas de Sarzedo (AL-07), Coja (AL-08) y S. Pedro (AL-09), todas ellas datadas en el s. I d. C.: Braz Martins, 2008: 554-561).



contingente de origen principalmente itálico, tal y como es de esperar a mediados del s. I a. C. antes de la reorganización militar augustea.

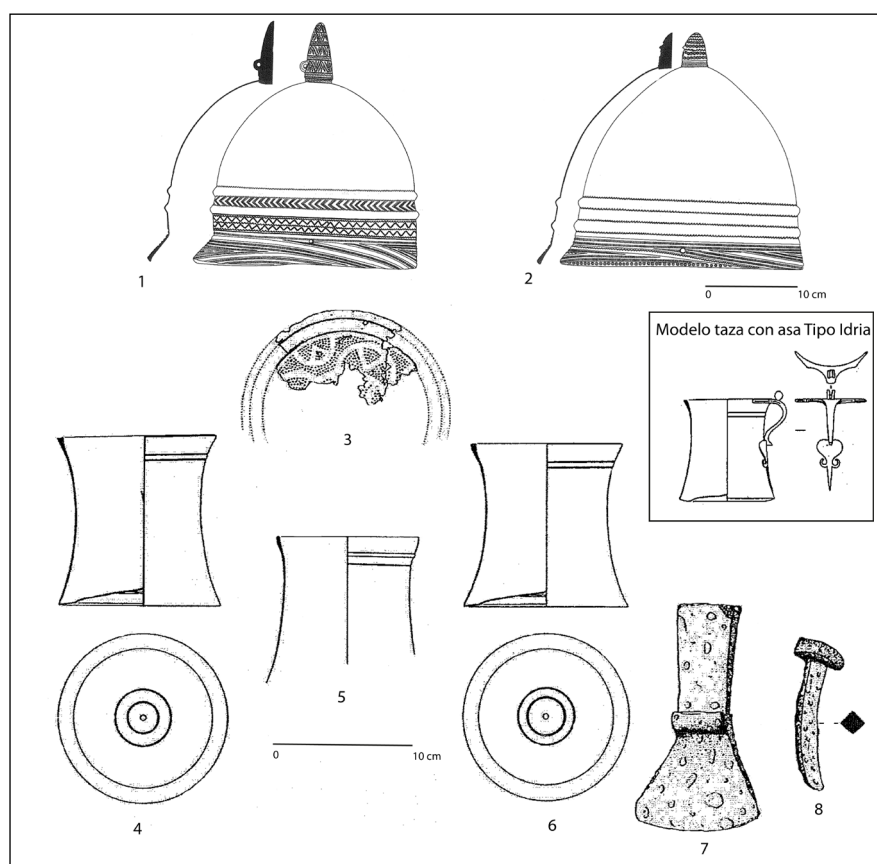


Fig. 14: Depósito de Castelo de Neiva: 1-2) cascos de bronce tipo Montefortino (de Coelho, 2007); 3) fragmento de colador en bronce; 4-6) tazas de bronce sin asas tipo Idria; 7) artefactos de hierro (de Almeida, 1980 y Fabião, 1999).

El hecho de que no hayan aparecido en estas zonas al sur del Duero, fragmentos de moldes de sítula, hace suponer que se trataran de importaciones desde el ámbito castreño (Carballo, 1983; Martins, 1988c: 25), aunque no habría que desestimar su procedencia de botines relacionados con las expediciones e incursiones desde finales del s. II y especialmente durante el s. I a. C.²²⁸. En cualquier caso no parece haber llegado el modelo de sítula a centros militares lusitanos de diferente tipo sincrónicos a Lomba do Canho y Pedrão, como *Castela da Lousa* (Mourão) o *Castra Cecilia/Cáceres el Viejo* (CA)²²⁹, por lo que se debe relacionar con la ruta del centro y norte de la

²²⁸ Es sintomático que en el yacimiento Chões de Alpompe en la confluencia del Alvela y el Tajo, cerca de Santarem, que se asocia con el campamento de Décimo Bruto en el 138-136 a. C., no se hayan localizado ningún resto de sítula castreña (Fabião, 2003: 118).

²²⁹ En estos casos el elemento metálico de origen indígena que aparece asociado a los elementos de la vajilla metálica (mangos de simpula, asas de coladores, etc.) suelen ser las placas de cinturón decoradas con elementos geométricos de zig-zag y punteados de triángulos: en *Castra Cecilia/Cáceres el Viejo*: Ulbert, 1984: Taf. II, nº 66 y 67; en *Castelo da*



fachada atlántica y el acceso a través de los valles más septentrionales al sur del Duero, como el del Alva²³⁰. Desde esta perspectiva algunos castros galaicos meridionales tanto costeros como de algunos valles específicos, se habrían insertado de alguna forma en la ruta atlántica de acceso del mundo romano durante el s. I a. C.

Finalmente me quiero referir a los contextos urbanos romanos altoimperiales en donde aparecen restos de estas sítulas castreñas. Frente al único fragmento conocido de *Conimbriga* (Alarcao y Ponte, 1979: 95), el mayor conjunto conocido procede de la fundación augustea de *Bracara Augusta* (Martins, 1988c y Morais, 2005). Lo interesante del caso de *Bracara* es que son moldes que evidencian la producción de dichos objetos en un contexto urbano, datados entre el cambio de Era y durante el s. I d. C. De todo el conjunto descubierto²³¹ se conocen cuatro moldes bien estudiados que proceden de las excavaciones de urgencia en el antiguo solar de las Cavalariças y están asociados a un estrato datado entre mediados del s. I a. C. y finales del s. I d. C.²³². (Martins, 1988c). Se trata de una de las áreas artesanales detectadas en la ciudad en donde aparecen restos de trabajo del metal, tipo crisoles para la fundición del bronce y el oro, junto con la zona contigua al foro en donde también se recuperaron más moldes de sítula, procedentes de las excavaciones en el Albergue Distrital (Morais, 2005: 95).

Todo ello lleva a observar el fenómeno de las sítulas castreñas como parte de un proceso que bebe de la tradición de los calderos del Bronce atlántico pero que tuvo una importante eclosión durante el s. I a. C., coincidiendo con la introducción de los elementos del banquete mediterráneo a través de los romanos y perviviendo en época altoimperial temprana. Observar de esta forma compleja el proceso es ir más allá de aislar los fragmentos de sítula como objetos que reproducen un patrón común exclusivo y propio de un grupo cultural, el castreño, incurriendo en una falsa homogeneidad para el Noroeste ibérico en el s. I a. C. En su lugar se trata de observarlo entre la tradición y la innovación,

Lousa: Gonçalves y Carvalho, 2004: 74, Fig. 13.

230 De algunos centros militares cercanos a la línea del Duero tenemos muy poca información, como en el caso del asentamiento de Mata Velha de Antanhol (Coimbra), cerca de *Conimbriga*, y destruido por un aeropuerto o el de Cava de Viriato en Viseu arrasado por un campamento posterior musulmán (Fabião, 2003: 118).

231 Se conocen hasta 28 fragmentos, 15 de ellos con la decoración representativa y 1 sólo caso de borde con anilla. Del área de Cavalariças proceden 17 fragmentos (Morais, 2005: II, 38-43, XXXIV, nº 11-12, XXXV, nº 13-14, XXXVI, nº 15-17, XXXVII, nº 18-20, XXXVIII, nº 21-22, XXXIX, nº 23-27) y del Albergue Distrital se han recuperado hasta 10 fragmentos (Morais, 2005: II, 34-37, Est. XXX, nº 1, XXXI, nº 2-3, XXXII, nº 4-6, XXXIII, nº 7-10).

232 La cultura material vinculada está compuesta por algunos fragmentos de *terra sigillata* itálica y paredes finas de época augustea así como un 39% de ánforas principalmente de tipo Haltern 70. Un 36% lo ocupan aún las cerámicas de tradición indígena y un 24% la cerámica común romana (Martins, 1988: 27-28).



como resultado de un largo proceso tecnológico prehistórico pero introduciendo las variables de las distintas apropiaciones del modelo en las diferentes regiones del Noroeste en el final del Hierro en sintonía con la intervención de la cultura del banquete mediterráneo importado por los romanos.

8.2. Banquetes divergentes en el mundo castreño del s. I a. C.

para valorar este fenómeno material en la fase de mayor concentración de su producción en el s. I a. C., atenderé por un lado a la evolución de las vajillas cerámicas en la Segunda Edad del Hierro junto a los elementos asociados al banquete para observar el potencial simbólico asociado a la comensalidad que pudo tener el modelo de sítula en las diferentes áreas castreñas. El hecho de tratar el tema de las sítulas recurriendo a la cerámicas castreñas no es nuevo puesto que tradicionalmente se ha llamado la atención a las concomitancias entre las decoraciones de ambos objetos. Se trata de las series de sogueados, punteados y motivos de SS con botón central, tanto en bandas como en metopas, los cuales se encuentran habitualmente en casi todas las series cerámicas castreñas. Sin embargo, la generalización de todos los motivos sistemáticamente en bandas y metopas debe ponerse en relación con las prácticas decorativas relacionadas con la técnica del estampillado que ya se introduce en los siglos V-I a. C.) ²³³. Durante el siglo I a. C., este catálogo se irá empobreciendo, reduciéndose los motivos a triángulos, círculos con aspa, soles, etc. en la vajilla común, en contraposición a las grandes tinajas (Tipo Vigo y Borneiro B), que veremos más abajo, de inspiración metálica, y el grueso de las producciones de sítula que reproducen un auténtico abigarramiento de motivos frente al resto de piezas (González Ruibal, 2006-2007: II, 497).

En cuanto a la morfología de los tipos cerámicos, aunque las jarras “tipo Toralla²³⁴” (Rey, 1990-1991: 150) como recipientes característicos de mesa se introdujeron entre el s. V a. C. de una forma muy localizada en la zona de las Rías Bajas y la desembocadura del Miño, no será hasta comienzos del s. I a. C. cuando se reproduzca un verdadero servicio de mesa asociado

²³³ Tanto de los motivos de risos de sigmas o SS simples y dobles con botón central del mismo tipo que los característicos motivos encontrados en las sítulas castreñas, así como otras composiciones como Semicírculos formando composiciones de guirnalda, círculos *con-* céntricos, algún motivo cuadrangular y medallones compuestos por triángulo al que se unen en su vértice inferior de uno a tres círculos (González Ruibal, 2006-2007: II, 466- 500).

²³⁴ Se trata de piezas pequeñas y medianas con perfil flexionado, borde ligeramente exvasado y dos asas. La decoración es a base de bandas con motivos geométricos estampillados o incisos y suelen llevar cuatro acanaladuras en cada asa. Son las primeras piezas de mesa con una clara función para contener, servir, o incluso –en los casos más pequeños- beber líquidos (Rey Castiñeira, 1990-1991: 150).



con la bebida, principalmente evidenciado a través de la sustitución generaliza por el modelo de jarras denominadas □ de hombro estriado²³⁵ de origen bracarense (Rey, 1990-1991: 153). A su vez, aparece el primer elenco de fuentes con asas interiores o exteriores que remiten a un cambio en los servicios de la mesa. En concreto, González Ruibal se refiere a ello como “el paso del consumo de gachas a pan propiamente dicho” (2006-2007: II, 495), pero también con el momento de mayor difusión de un servicio específico y generalizado de bebida. Este ajuar cerámico compartido, a grandes rasgos, desde la costa atlántica gallega hasta el Vouga, incluye vasos de gran porte para almacenaje, vasos para fuego en suspensión (con asas internas o de oreja perforada), ollas varias de cocina y tazas/vasos/jarras (Tipos A, B y C) de origen bracarense (norte de Portugal) frente a las tinajas con alta decoración plástica propias de la costa atlántica al norte del Miño. En relación con el servicio de bebida, en el norte de Portugal se generalizan las tazas (Tipo A²³⁶), los vasos campanulados (Tipo B²³⁷) y las jarras (C1: sin asas; C2: con un asa o “jarra de hombro estriado”; C3: con dos asas) (**Fig. 15**). Algunos de estos modelos cerámicos asociados con el servicio de mesa aparecen vinculados con fosas en el interior de los poblados de las que es difícil discernir su funcionalidad, desde meros basureros²³⁸ hasta depósitos rituales de banquetes²³⁹ o ceremonias funerarias²⁴⁰.

235 Principalmente generalizadas las de tipo monoansado de perfil achaparrado con carena marcada decoradas mediante estrias y borde exvasado conocidas también como “tazas lusitanas” (Rey Castiñeira, 1990-1991: 153) o jarras tipo C2 (Coelho, 2007: 191-192).

236 De forma pequeña abierta y baja con fondo recto y con perfil de pared en S con borde extrovertido p.e. en Cividade de Terroso, Cividade de Bagunte, Castro do Padrão, Citania de Sanfins, Paio de Vizela, Citânia de Briteiros, Castro de Santo Ovidio, Castro Máximo, Castro das Caldas o Castro de Santa Maria de Galegos (Coelho, 2007: 192).

237 Vasos pequeños de panza rebajada con fondo recto y perfil en S mayoritariamente carenado con borde extrovertido en forma de campana para el exterior, que se han interpretado como vasos de tocados, copas de beber (Pérez Outeiriño, 1982: 183-184) o –por su función como contenedores de joyas en Briteiros (Cardozo, 1996 [1971]: 74), Laundos o Estela– como vasos funerarios en casos como las cistas intra-murales de Terroso (Flores y Carneiro, 2005: 187).

238 Recientemente se ha rEExcavado el área puesta al descubierto por Sarmiento en la Citânia de Briteiros y se ha individualizado un característico basurero que reutiliza una fosa de extracción granítica vinculada a la estructura 3 de la “Casa da Espiral” en el sector 100B datado en la primera mitad del s. I a. C. (Lemos y Cruz, 2006-2007: 33-35, 45).

239 Es el caso de la variante C3 de la fase IIIB de cividade de Âncora son de cerámica gris fina pulida y tiene numerosos paralelos en la cerámica común romana destinada al servicio de beber (Coelho, 2007: 191-192), lo cual, unido al contexto de cabañas con bancos corridos, se ha venido relacionando con el pasaje sobre los banquetes entre los montañeses de Estrabón (*Str.* , 3, 3, 7) (ANC 81, VI, 3 en Coelho, 2007: 193).

240 Ya me he referido en relación con el depósitos rituales funerarios desde Meirás y los vasos campanulados de Briteiros hasta los ejemplos de las características “necrópolis intramurales” tipo cividade de Terroso (crítica en Alonso, 2008 y 2009).



A la par durante el s. I a. C. aparecen unos recipientes con profusa decoración a lo largo de la costa atlántica galaica, representados por las tinajas tipo Vigo²⁴¹ o las de tipo Borneiro B²⁴² (**Fig 16**). Ambas se vienen asociando con un uso social-ritual (González Ruibal, 2006-2007: II, 495; Rey, 1990-91: 153; Rodríguez Corral, 2008). Recientemente se han vinculado las del tipo Borneiro B como emulaciones de los modelos metálicos (principalmente en relación con la decoración plástica, en González Ruibal, 2006-2007: II: 497) y en concreto con las sítulas, resultado de un proceso de regionalización o nivel tecnológico como marca de espacio identitario vinculado con la tradición de la zona (Rodríguez Corral, 2008). Frente a la introducción de estas cerámicas de mesa asociadas con el servicio de bebida de las áreas de la costa actual gallega, la cuenca baja y media del Miño y el noroeste de Portugal, el interior del área castreña presenta un ajuar “monótono” y pobremente decorado (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 97-107; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988: 64-75; Villa y otros, 2008: 754-759). Tan sólo se conoce la difusión de los tipos denominados “urnas²⁴³”, que muestran una regionalización de modelos de vasos decorados al estilo de jarras con una posible vinculación con el servicio de bebida²⁴⁴. Por su parte algunas áreas marítimas del cantábrico Asturiano como la bahía de Gijón muestran una mayor permeabilidad al intercambio con el Occidente atlántico, tanto de origen mediterráneo como galaico meridional²⁴⁵ (Camino y Villa, 2003; Villa y otros, 2008: 759-760).

Todo ello nos muestra que durante la última fase castreña, en el mismo momento en que se está difundiendo el modelo de sítula se están produciendo cambios a diferentes velocidades y como resultado de distintas tradiciones locales, en lo que se refiere al ajuar de mesa y en concreto al

241 Son formas con el cuerpo globular y el borde reentrante. Tienen dimensiones variables y pueden llevar hasta ocho asas de puente en su pared y borde, decoradas con cordones y aplicados lisos o perlados, estampillas e incisiones (Rey Castiñeira, 1990-1991).

242 Son tinajas similares a las del tipo Vigo pero generalmente más altas, aún más profusamente decoradas y con el pie realzado (Rey Castiñeira, 1990-1991).

243 Se trata de formas de mediano y pequeño tamaño con borde vuelto más o menos exvasado, cuello cilíndrico decorado y panza bitroncocónica y fondo plano. Representan en el yacimiento de La Corona de Corporales el 13% de las vasijas y ¼ parte del grupo de “vajilla” (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 105, fig. 43).

244 Algunas ollas, principalmente las de menor tamaño y calidad, cumplirían una misma función que las urnas que llevan decoración, aunque tengan unos perfiles más bitroncocónicos, con uso de jarra (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 106).

245 La cerámica importada en ámbito castreño prerromano en Asturias se asocia por un lado con la detección de pastas con desgrasantes micáceos en un número considerable de poblados del ámbito central y oriental así como piezas de morfología galaica meridional como las ollas con mamelones perforados. Por su parte La Campa Torres en la bahía de Gijón es el lugar con mayor presencia de cerámicas exógenas (cerámica ática de barniz negro, ánforas greco-púnicas, cuentas de pasta vítrea y varios *kalathoi* de origen ibérico) (Camino y Villa, 2003; Villa y otros, 2008: 759-760).



servicio de bebida. No debemos olvidar en este punto el factor autóctono en la producción de los modelos cerámicos que, al igual que con los moldes de sítulas castreñas, sabemos que las arcillas son locales (como en el caso de la diferenciación de las pastas entre las Rías Bajas y el castro coruñés de Borneiro, en Rey Castiñeira y Soto Arias, 2002²⁴⁶). Por esta razón hay que contemplar la elaboración tanto de los modelos de sítulas como las de las cerámicas en sus diferentes áreas, como un reflejo de un *corpus* técnico-gestual paralelo a la sofisticación del proceso tecnológico, antes que como resultado de un intercambio surparregional organizado. Si por un lado asistimos a una introducción generalizada, principalmente durante el s. I a. C. en todo el Noroeste, de un servicio específico de bebida en cerámica, imitando modelos metálicos, e íntimamente vinculada con la aparición de las sítulas, por otro lado se constata la producción local de las distintas tradiciones regionales como marca del espacio identitario vinculado con la tradición de cada zona (Rodríguez Corral, 2008).

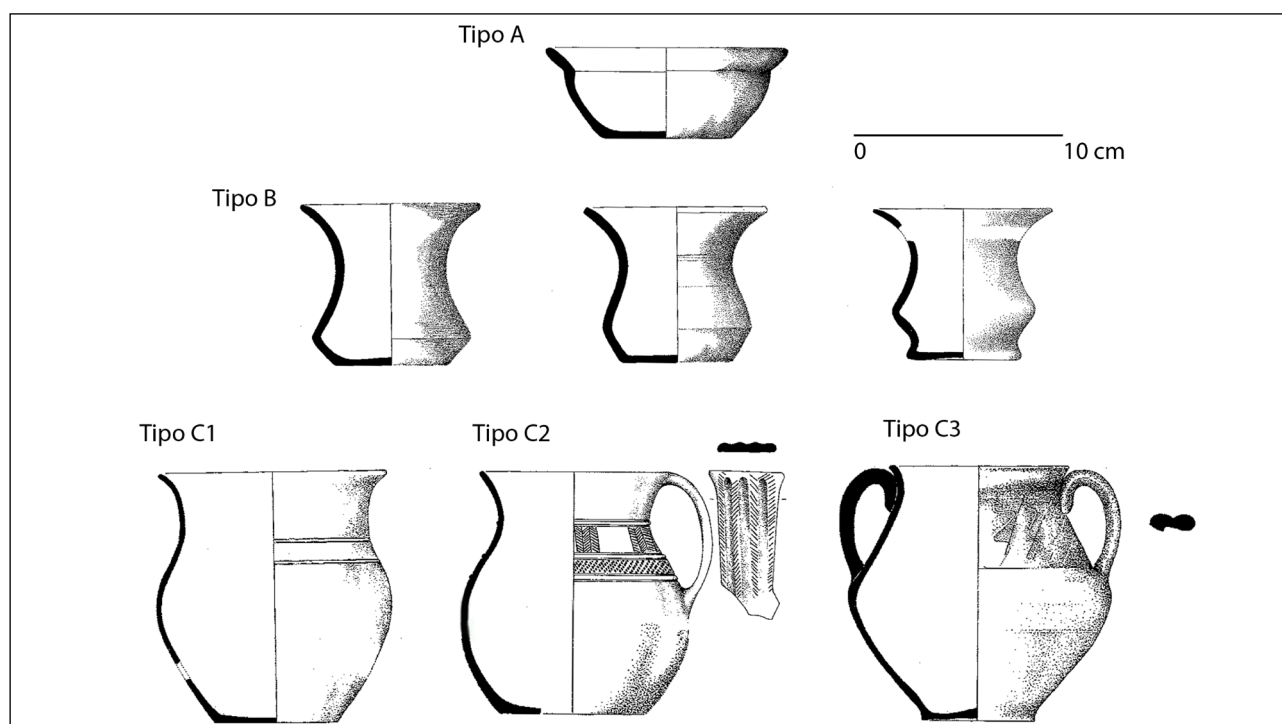


Fig. 15: Conjunto de cerámica de bebida de la Fase III en área bracarense. A partir de Coelho, 2007 y González Ruibal, 2006-2007.

246 Mientras en Borneiro predomina la textura gruesa y se detecta poca selección de la materia prima, en las Rías Bajas se evoluciona desde las tipologías de la Primera Edad del Hierro -también con texturas gruesas y alto porcentaje en feldespato, cuarzo, mica y caolinita así como una cocción deficiente en torno a los 600 °C- hacia pastas visiblemente mejor depuradas y texturas de finas a muy finas en la zona miñota (desde fase media datada en los siglos V-III a. C.) (Rey Castiñeira, 2002; Rey Castiñeira y Soto Arias, 2002).



Sincrónicamente las áreas más permeables al contacto con el mundo romano como el área galaica meridional, muestran la introducción de algunos elementos de la vajilla metálica de bronce asociada al banquete mediterráneo de vino o *symposion* al que me he referido arriba al describir el depósito de Castelo de Neiva (Fabião, 1999: 175 y 180). Básicamente se trata de la difusión muy limitada de coladores y tazas en bronce. Los primeros responden en ámbito noroccidental a un tipo específico con forma plana y platillo perforado que pone en relación centros lusitanos militarizados como Pedrão, *Conimbriga* o *Castra Cecilia/Cáceres el Viejo* con grandes castros como la citânia de Briteiros²⁴⁷ o el citado de Monte do Castelo de Neiva-castro de Moldes (Mansel, 2004: 25, nota 44)²⁴⁸. El modelo de tazas en bronce responde al tipo Idria, cuerpo cóncavo y asa para apoyo del dedo pulgar con apliques de hoja cordiforme, las cuales pueden aparecer sin asas (tres del Castelo de Neiva) o las propias asas o apliques sueltos (un asa del castro de Sabroso y un aplique de Monte Mozinho²⁴⁹). Dichas tazas se encuentran especialmente concentradas en ámbito lusitano (*Castra Cecilia/Cáceres el Viejo*, Cabeza de Vaiamonte, *Conimbriga*) desde donde parece clara su relación con el ámbito noroccidental hasta el Limia (Feugère, 1991: 54 y ss; Mansel, 2004: 22-23, Fig. 2).

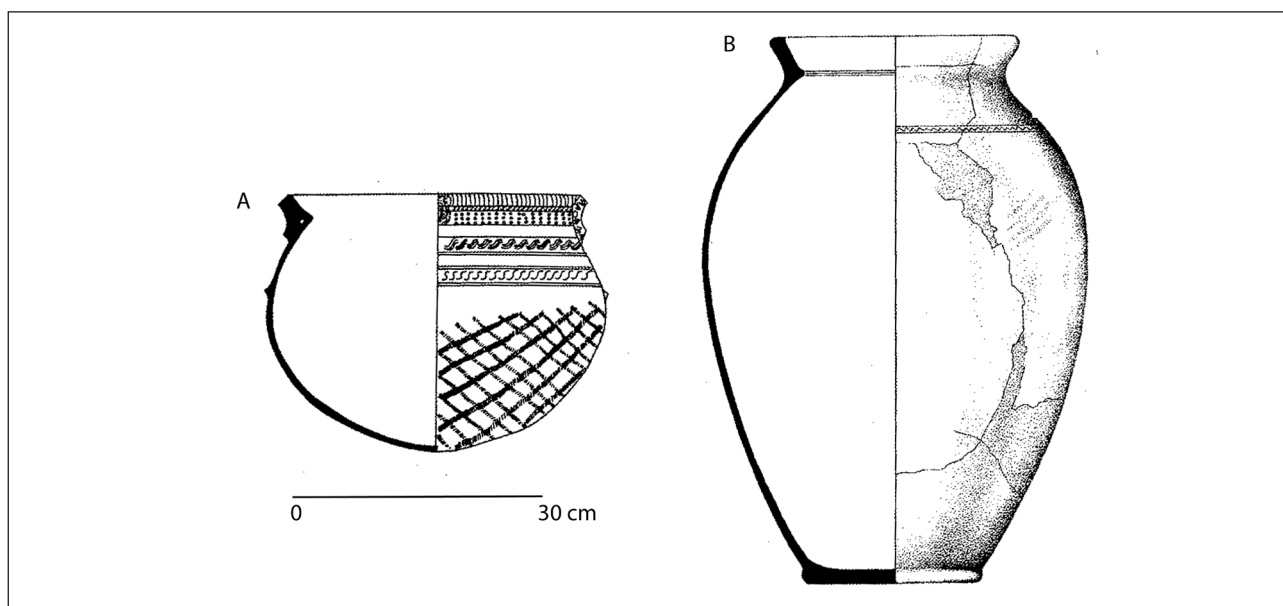


Fig. 16: Grandes recipientes decorados de la fachada atlántica: A) tinaja tipo Vigo (de González Ruibal, 2006-2007) y B) dolium tipo Borneiro B (de Rodríguez Corral, 2008).

247 Fabião, 1999: 180.

248 Dichos coladores pudieron derivar localmente de los más comunes itálicos que tienen una característica asa en forma de anillo para el dedo pulgar y que tenemos repartidos en la Península Ibérica tanto en centros del Ebro y Levante como en ámbito lusitano, desde donde sabemos su interrelación con el Noroeste: *Conimbriga*, Lomba do Canho, Cabeça de Vaiamonte, Cáceres el Viejo, etc. (Mansel, 2004: 26, Fig. 4).

249 Castro de Sabroso: Höck, 1985: 248-250, Fig. 2; Monte Mozinho: Soeiro, 1984: Fig. 130, nº 2.



Esta mínima pero significativa introducción de los elementos clave de la vajilla tardorrepublicana, junto con la presencia de la escasa cerámica capaniense sincrónica que proviene de niveles revueltos y que se suele catalogar en un mismo lote con el registro altoimperial²⁵⁰, se debe asociar con otros objetos que llegan sincrónicamente como las ánforas itálicas (Dressel 1), tardopúnicas (Mañá C2b) y las ibéricas (Pellicer D), datadas entre el 150-25 a. C. en su conjunto. Se trata de un conjunto de ánforas que se asocian con el comercio de control púnico-romano en torno al Estrecho y la ruta atlántica, que en el primer cuarto del s. I a. C. terminaría por quedarse en manos de Roma. Se relaciona habitualmente con el comercio de un tipo de vino fuerte que se orienta hacia el intercambio con las poblaciones ajenas a los gustos mediterráneos, desde núcleos bien controlados militarmente como Lomba do Canho (Fabiao, 1989). No habría que descartar que dichas ánforas hubiesen transportado diferentes tipos de bebidas alcohólicas, sazónadores, conservas, salsas, etc. Normalmente estos productos que aparecen en ánforas de época augustea en cartelas pintadas o *tituli picti* a modo de *defructum*, *sapa* o *mulsum*, se asocian con los gustos culinarios propiamente mediterráneos ajenos para a la mayor parte de la población del Occidente ibérico con excepción de algunos enclaves marítimos propuestos a modo de emporio (Punta do Muiño de Vento-Museo do Mar y castro de Montealegre, PO²⁵¹). Esta tríada de recipientes está presente en un número notable de enclaves de la fachada atlántica desde *Conimbriga* y al norte del Miño en casos de grandes castros como Santa Trega y Vigo, así como castros marítimos tipo A Lanzada y Montealegre. A partir del periodo cesariano y especialmente a mediados del s. I a. C. se detectan las ánforas denominadas ovoides que se remiten a fabricación gaditana (ovoides 1-4, LC67, Haltern 70) hasta la imposición masiva de los tipos béticos de época julio-claudia²⁵².

El lugar que ocupa la producción de las sítulas castreñas ha de observarse en este contexto de acción comercial atlántica, no tanto como una causa de la acción romana sino como un agravante y acelerador de la producción y estandarización del recipiente en bronce tal y como se difundió a lo largo del s. I a. C. por todo el ámbito castreño. A su vez dicha producción llegó a los enclaves

250 Uno de los casos con un conjunto considerable y sistematizado de cerámica capaniense es el castro de Santa Trega (Peña, 2001). En otros yacimientos como Montealegre la capaniense B es la más abundante y responde a un momento augusteo datado entre el 25 a. C. y el 25 d. C. (González Ruibal y otros, 2007).

251 Se tratan de enclaves comerciales o castros marítimos de la Ría de Vigo para los que se ha propuesto una presencia de gente mediterránea, al menos de manera estacional. Punta do Muiño de Vento-Museo do Mar: Suárez Otero, 2004; y castro de Montealegre: González Ruibal y otros, 2007.

252 Naveiro, 1991; Fabião, 1998; Morais y Fabião, 2007; González Ruibal y otros, 2007; Fabião, 2008; García Vargas y otros, 2011.



lusitanos más militarizados como nudos comerciales con el mundo mediterráneo romano tardorrepublicano como *Conimbriga*, Lomba do Canho o Pedrao. Tal y como he señalado en esos lugares se constatan los elementos característicos del ajuar asociado al banquete mediterráneo o symposium (coladores, tazas, ánforas vinarias, etc.). La contrapartida de estos intercambios en ámbito castreño empieza a tomar poco a poco una forma más completa y compleja, mostrando distintos tipos de enclaves tanto en la costa atlántica (A Lanzada, Punta do Muiño-Museo do Mar, Motealegre, castro de Vigo, Santa Trega, Monte do Castelo do Neiva-castro de Moldes) como tierra adentro a través de valles navegables (citânia de Briteiros o Monte Mozinho), que se corresponde con la distribución de las sítulas castreñas del área atlántica como área central desde donde se difundiría a regiones del interior noroccidental. Es muy posible que la vía de difusión del modelo conocido durante el s. I a. C. fuera desde la costa atlántica hacia el interior tanto lusitano como galaico y astur, frente a la ausencia al menos hasta hoy de ninguna sítula más allá del occidente leonés y zamorano.

Ahora bien, desconocemos el carácter que adquirió el modelo de banquete al que se deben asociar las sítulas., tanto en el ámbito galaico meridional insertado en las rutas atlántica y lusitana con el mundo mediterráneo, como en el ámbito interior galaico lucense y especialmente en el astur apartados de las conexiones con las potencias comerciales de su tiempo, con la única excepción de algunos lugares costeros cantábricos como la bahía de Gijón. Sería muy sugerente relacionar el vino y con él el banquete tipo symposium importado del sur con los recipientes de tipo sítulas, en un contexto de cambio en la vajilla cerámica y metálica en ámbito castreño. Sin embargo si bien es sólo en el mundo galaico meridional en donde podemos observar claramente unos cambios considerables en las vajillas cerámicas, también es en esa área y en concreto en ciertos lugares claves (asociados a posibles *emporia*) en donde se concentran las producciones anfóricas que, por otro lado, no tendrían por qué haber transportado únicamente vino. En el ámbito castreño más interior y alejado de esos contactos, el modelo de sítula compartida con diversos puntos de la geografía noroccidental debe observarse más que como la llegada de una tradición de comensalidad exógena, como el resultado de las relaciones inter-comunitarias (Sastre, 2008: 1045; Sastre, Currás y Alonso, 2010: 183), intercambio de técnicas e ideas de castro a castro, y la reapropiación en cada caso con distintas funciones asociadas a la convivencia y aprobadas colectivamente: desde las de ámbito doméstico (sítulas con función



culinaria y ritual familiar) hasta las del conjunto de la comunidad (sítulas con función culinaria y ritual colectivizada en contextos de fiestas, resolución conflictos, pactos y alianzas, etc.).

En última Instancia se trata de observar a las sítulas como símbolos materiales con una morfología y un programa decorativo compartido entre la tradición del Bronce y la innovación mediterránea pero con un carácter plurifuncional reflejado en usos y sentidos diferenciados funcionando sincrónicamente desde el s. I a. C. y hasta bien entrada la primera centuria tras la conquista. Aunque las sítulas sean un fenómeno material macrorregional, no se tienen que asociar con una única dirección en un sentido simbólico ni prestigioso ni ritual-religioso (Armada, 2005: 429-30) de la misma manera que no tienen por qué vincularse con un banquete simposiaco de tradición mediterránea. Cada vez vamos conociendo mejor cómo se fueron reinterpretando los objetos y productos importados mediterráneos asociados a la comensalidad en los distintos contextos sociales limítrofes con el mundo castreño, como el ámbito lusitano²⁵³ o el meseteño vacceo²⁵⁴. De la misma manera en este análisis del fenómeno de las sítulas castreñas se ha esbozado el proceso complejo en el que se difundió el modelo tecnológico y decorativo de las sítulas por todo el Noroeste, recayendo en cada comunidad tanto su elaboración como su sentido último, reflejando distintas dinámicas, velocidades y ritmos históricos y sociales. Así tras la uniformidad de un modelo material asistimos a un proceso de constitución de divergencias simbólicas: desde la ritualización del banquete simposiaco de vino o sucedáneo hasta la neutralización comunitaria en ámbito cotidiano, pasando por las distintas reappropriaciones tanto del producto (cerveza por vino) como del tipo de festín (colectivo frente a jerarquizado).

9. Símbolos preciosos: contextos sociales y simbólicos de la orfebrería castreña.

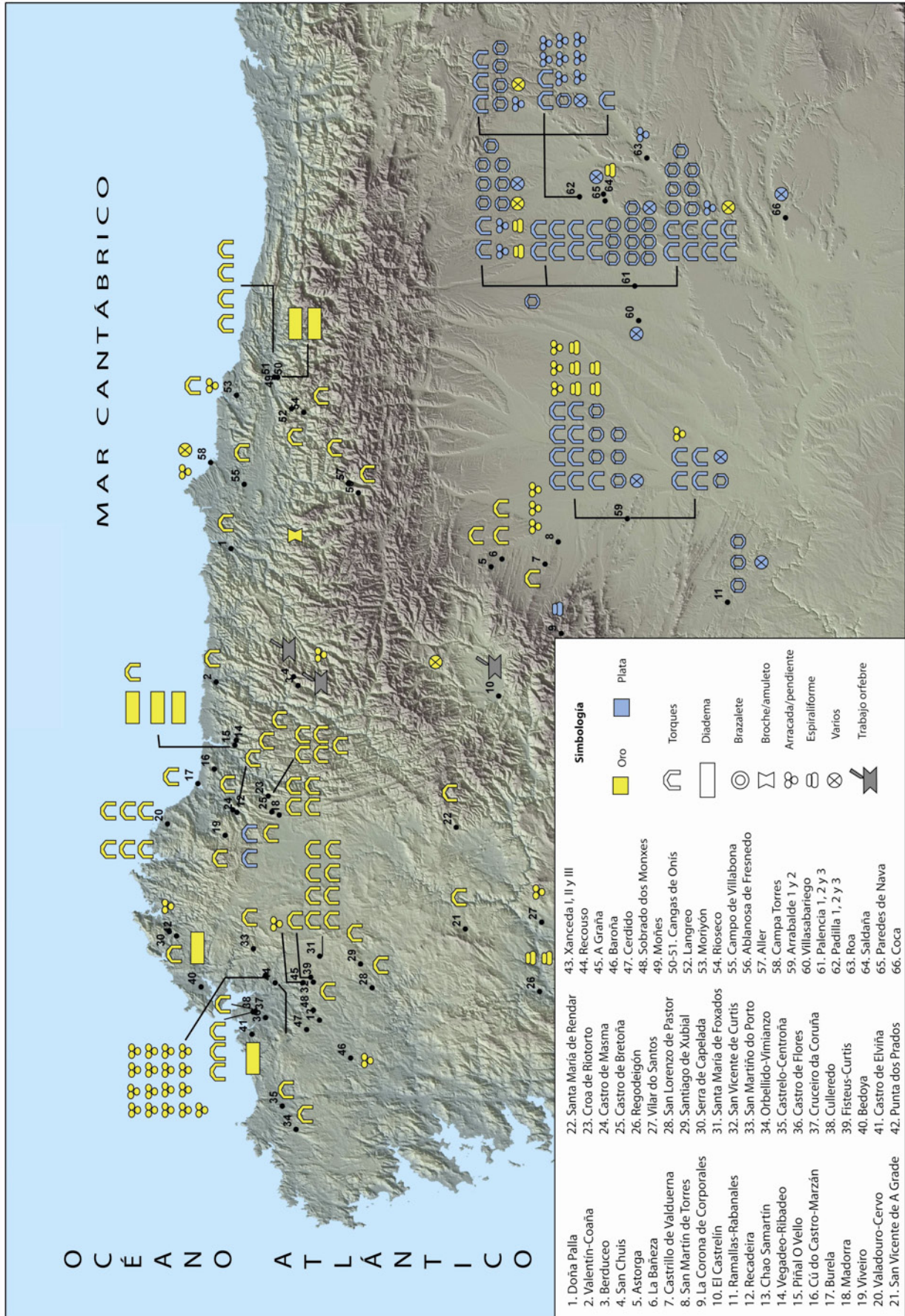
La orfebrería castreña está elaborada especialmente en oro y ha sido uno de los elementos del registro arqueológico que mayor atención han recibido, formando un capítulo aparte por su originalidad y diversidad técnica y formal que refleja una síntesis de la tradición atlántica y la mediterránea (desde López Cuevillas, 1951; Blanco Freijeiro, 1957). Se han señalado dos grandes grupos a través de los

²⁵³ Especialmente a partir de análisis de conjuntos excepcionales como los “altares” de los poblados de Castrejón de Capote o Cabeza de Vaiamonte, en donde se concentra vajilla de mesa tanto local como importada o figurillas de inspiración mediterránea en relación con un contexto de banquete ritualizado pero que no se asocia necesariamente con el symposium como tal y la ingesta de vino (Berrocal, 1994 y 2004).

²⁵⁴ En ámbito meseteño existe una mayor difusión de un modelo aristocrático y ritualizado de banquete y de ingesta de vino al modo de los symposia mediterráneos, pero con sus modelos de vajillas y parafernalia específica: Sanz y Velasco, 2003; Sanz y Romero, 2009.



MAPA 4: Distribución tipos y espacios de trabajo de orfebrería





morfo-tipos de las grandes piezas como los torques, diferenciando el área de los grandes castros del noreste de Portugal y las Rías Bajas frente al arco septentrional galaico-astur²⁵⁵, lo cual también parece tener una correspondencia con joyas pequeñas como las arracadas²⁵⁶ (González Ruibal, 2006-2007: 426, Fig. 4.96). Algunas piezas muy características como son las llamadas diademas-cinturón, se concentran en el área lucense septentrional y la *Asturia Transmontana* (García Vuelta y Perea, 2001; García Vuelta, 2001 y 2007: 180-236). En el interior astur propiamente la orfebrería está mínimamente representada (Sánchez-Palencia, 1983: 533-534; Perea y Sánchez-Palencia, 1995: 146), existiendo conjuntos importantes en el área de los grandes castros de la Meseta occidental, caracterizados como una fusión entre la tradición castreña en oro y la de origen meseteño o “celtibérica” elaborada genuinamente en plata (Delibes y Martín Valls, 1982; Esparza, 1988; Delibes, 2002; Cuesta, Delibes y Esparza, 2010) (**MAPA 4**).

Como es habitual en la recuperación de metales preciosos antiguos, los “tesoros” o conjuntos de orfebrería castreña especialmente elaborados en oro han arrastrado hasta nuestros días la falta de información elemental con respecto al lugar de procedencia y/o las circunstancias del hallazgo. Son muy pocos casos los que se han recuperado joyas menores (arracadas o pendientes, espiraliformes, material de desecho, etc.) bajo seguimiento arqueológico y la inmensa mayoría, en especial los grandes conjuntos y piezas excepcionales, de diversa procedencia, hasta su llegada a distintas colecciones desde antiguo, considerándose como un rasgo intrínseco en algunos tipos como los torques o las diademas (Armbruster y Perea, 2000: 98; García Vuelta, 2007: 29, nota 17). Es por ello que una de las labores más importantes en los últimos tiempos ha sido la reconstrucción de dichos acontecimientos y el seguimiento de las piezas en las distintas colecciones con el objetivo de desvelar cualquier pista sobre las características específicas de los hallazgos, las fotografías o dibujos de piezas perdidas o destruidas parcialmente, la detección de conjuntos perdidos, etc. (García Vuelta, 2007; García Vuelta y Armada Pita, 2003 y 2011).

Por otro lado como con el resto de la cultura material y en la orfebrería muy especialmente, ha prevalecido un discurso morfo-tipológico y de paralelos estilísticos que generaron diversos

255 Aquellos con remates piriformes o en doble escocia con varilla lisa o decorada de espirales, sogueados o alambres enrollados en los 2/3 inferiores, tendría una distribución en el arco septentrional atlántico-cantábrico. Frente a ello se reconoce un modelo de torques con remates campanulares y varilla de alambres enrollados en las 2/3 partes inferiores en torno a los grandes castros del área del noreste de Portugal y las Rías Bajas (Ladra, 2005; González Ruibal, 2006-2007: 423, Fig. 4.96).

256 Se trata de la bipolarización marcada entre un modelo de forma arriñonada más sencillo al norte y otro de colgante triangular al sur del ámbito castreño noroccidental (Pérez Outeiriño, 1982: 173).



debates respecto a la antigüedad, asignación cultural y origen mismo de las piezas, como en el caso paradigmático de Moñes sobre el que volveré abajo. Pero a su vez, también es cierto que desde muy temprano se puso de manifiesto la asociación con un artesanado cualificado que mostraba una gran destreza técnica y originalidad en cada una de sus producciones (López Cuevillas, 1951; Blanco Freijeiro, 1957). Dichos estudios morfo-tipológicos han continuado en gran aparte hasta nuestros días (Prieto, 1996; Ladra, 2002 y 2005; González-Ruibal, 2006-2007) y tuvieron algunas propuestas desde el análisis metrológico, vinculando el peso del metal precioso con el valor intrínseco de la joya, en concreto a través del patrón de peso fenicio-púnico²⁵⁷ (Galán y Ruiz-Gálvez, 1996; Ladra, 1999). Otras hipótesis sobre el valor del metal han defendido que la amortización de la orfebrería, principalmente aquella fragmentada y cincelada o en forma de tortas de metal en relación con depósitos monetarios entre la segunda mitad del s. I a. C. y el primer cuarto del s. I d. C., responde a una reutilización del metal precioso como material pre-monetario “a peso”, sin relación con ningún sistema ponderal (Centeno, 2011: 361; García-Bellido, 2011: 124-128). A estas interpretaciones se han ido imponiendo una línea de investigación del estudio tecnológico a través análisis arqueométricos que han venido demostrando la disparidad de composiciones en la orfebrería en oro²⁵⁸ (Perea, Montero y García Vuelta, 2004; Perea, García Vuelta y Fernández Freire, 2010). Esta última línea ha aportado además de estudios de seguimientos historiográficos de los avatares de las piezas, una información arqueométrica de grandes colecciones que ha permitido reconstruir y caracterizar a través de datos empíricos la tecnología empleada por los orfebres u orives castreños.

En primer lugar, como ya se había intuido en las primeras descripciones, se trata de una orfebrería original como síntesis de ámbitos tecnológicos atlántico y mediterráneo. En pocas palabras se puede resumir que el primero está representado por las técnicas del vaciado de la cera perdida y el segundo por la soldadura al que se le añadirían soluciones ornamentales como la estampación o la filigrana (Perea, 1995; Perea y Sánchez-Palencia, 1995: 37). El oro está presente

²⁵⁷ En este sentido, el espiraliforme de San Martín de Torres (León) puede servir como un ejemplo nuevo que corresponde *a priori* con el patrón de peso púnico propuesto por Galán y Ruiz-Gálvez y desarrollado por Ladra (23,3-23,6 gr en 6,5 unidades de 3,65 gr de oro cada una: Delibes, 2002: 222). Sin embargo otros muchos ejemplos se desvían de cualquier tipo de estandarización ponderal, en especial en aquellos casos en los que las joyas tienen alma de bronce o composiciones dispares del oro con altos contenidos en plata, estaño, cobre, plomo, etc.: Perea, Montero y García Vuelta, 2004; Perea, García Vuelta y Fernández Freire, 2010.

²⁵⁸ Armbruster y Perea, 2000; Perea, 2003; Perea, Montero y García Vuelta, 2004; García Vuelta, 2001 y 2007; Perea, García Vuelta y Fernández Freire, 2010.



en el Noroeste ibérico desde el Calcolítico en formas de láminas batidas hasta las piezas macizas mediante la cera perdida características de la Edad del Bronce, manteniéndose vigente desde el s. VII a. C. y conviviendo con otros tratamientos importados del ámbito fenicio-púnico a partir del s. IV a. C., como la soldadura y la decoración por estampación, filigrana y granulado. Tal y como han mostrado los análisis más recientes, la producción castreña muestra una improvisación en la solución de los problemas técnicos, que no quiere decir que exista una ausencia de conocimiento o una impericia tecnológica sino que se debe achacar más bien a la versatilidad de los artesanos a la hora de acabar las piezas. A su vez existe una variabilidad muy grande de algunos rasgos morfológicos, por ejemplo los distintos usos del alambre enrollado, que parecen responder más a la disponibilidad de un determinado material semielaborado fácil de manejar que a una intención diferencial de costes, calidades o esfuerzo del artesano (Perea, 1995 y 2003; Armbruster y Perea, 2000; García Vuelta, 2007).

Estas características obtenidas a través del análisis tecnológico han permitido plantear que el artesano del oro u orive habría tenido un profundo conocimiento y destreza técnica, tanto del control de las aleaciones y los distintos puntos de fusión de los metales como en la habilidad en los acabados decorativos de cada pieza (Perea, 1990). Todo lo cual hace plantearse si los metalurgos trabajaron en la orfebrería o si fueron especialistas distintos. Los datos que hemos recogido para el trabajo del metalurgo en el interior de los poblados castreños no parecen mostrar que la orfebrería hubiese sido una actividad común, frente al trabajo de arreglo, afilado, reciclaje de las herramientas y algún objeto de adorno o tipo sítula no preciosos. Pero sabemos que en los espacios metalúrgicos de los poblados se llevaron a cabo labores tanto con plata como con oro, tal y como muestran distintos restos en escorias y crisoles de castros como El Castrelín²⁵⁹, Chao Samartín²⁶⁰ o San Chuis²⁶¹. La orfebrería muestra una variabilidad morfológica y técnica que claramente no responde a variedades o distintas calidades de piezas normalizadas, fabricadas en serie e intercambiadas en

259 Se conocen fragmentos de labor argentífera en escorias y crisoles procedentes del principal vertedero metalúrgico G de El Castrelín (Fernández-Posse y otros, 1993: 206-207).

260 Del espacio metalúrgico del Chao Samartín propiamente dicho se encontró un conjunto de tortas y recortes de fundición de cobre y un hojal de suspensión en plata (Villa, 2004: 257-9, fig. 4, Lám. II y 2010: 106-107, Fig. 29). Del área remodelada bajo el pavimento de la plataforma abierta se recuperó un fragmento cerámico (¿crisol?) con gránulos de oro adheridos en su cara interna, el cual se asocia con desecho del área metalúrgica cercana (Villa, 2004: 258-261 y 2010: 105-107, Fig. 28).

261 Restos de botones o salpicaduras de oro adheridos en un fragmento cerámico (Villa, 2010: 105-107, Fig. 28).



circuitos comerciales, de la misma manera que impide pensar en un taller establecido o permanente. Todo ello hace que cobre fuerza la idea de un orive itinerante que utilizaría las Instalaciones para el trabajo especializado metalúrgico en el interior de cada poblado (Armbruster y Perea, 2000: 109). Se trataría de un artesano ambulante que daría servicio a amplias zonas geográficas y que viajaría con sus herramientas y conocimientos pero comúnmente sin la materia prima que le sería facilitada por los distintos poblados-clientes. Es lo que parece deducirse de las piezas acabadas como resultado de obras de artesanía en las que se resuelven problemas técnicos concretos en función del material que se dispone en cada momento y en cada lugar. Se debe tener en cuenta aquí que aunque esta tendencia detectada refleje una falta de normalización en la orfebrería, no impide que existiesen encargos a distancia de ciertas piezas singulares, tipo Moñes. Como trataré abajo, casos únicos como las diademas figuradas de Moñes pudieron responder a elaboraciones en talleres estables situados de forma fija o semipermanente, p.e. de forma estacional, en algún punto de encuentro tanto de la costa como del interior (Armbruster y Perea, 2000; Villa, 2010).

Estrabón describe el bateo de los placeres fluviales entre los ártabros, habitantes del extremo occidental, como el método característico de extracción del oro (*Str.* , 3, 2, 9). Por su parte, ya se propuso hace tiempo que la distribución de la orfebrería castreña coincidía dentro o en las proximidades de algunas fosas sedimentarias con cursos fluviales auríferos. Por el contrario, dichas zonas se alejaban de los principales yacimientos de oro primario e incluso, de las grandes cuencas sedimentarias con numerosos yacimientos secundarios, como el área central astur (Sánchez-Palencia, 1983a y b: 533-534 y 1995: 146). Otras fuentes como las etnográficas han servido para caracterizar el bateo del oro prerromano. Me refiero a la tradición de las *aureanas/oreanas* y *oureiros* o bateadores de placeres auríferos de las comarcas del Bierzo y Valedoras. Se conocen algunas descripciones de esta actividad principalmente realizada por mujeres, las cuales de forma estacional extraían una cantidad de oro que les servía para complementar su economía doméstica o aportarlo en sus respectivas dotes. Según las conversiones en medidas actuales los cálculos productivos de este tipo de actividades artesanales apuntan a unos optimistas 7Kg anuales para todo el valle del Sil durante el primer tercio del s. XIX frente a otras estimaciones más ajustadas en torno a los 2.470-2.875 gr por campaña estival entre Valedoras y Ribas del Sil, unos 12-14 gr. Por *aureana* (Becerro de Bengoa, 1833: 136 y Shulz, 1838: 396, respectivamente,



en Sánchez-Palencia, 1983). Otros autores han aportado cifras alternativas de hasta 150 gr por bateador (Vázquez Varela, 1995: 160). Las variaciones se pueden deber a distintas variables como la riqueza específica de cada placer en particular, el uso o no del *Mercurio* para separar el oro, la dedicación a tiempo completo o parcial de los bateadores, etc. Para su aplicación al mundo prerromano se debe de ser cauto y apostar por unos cálculos discretos para explicar la producción de orfebrería que conocemos. Así, con las estimaciones más bajas, unos 15 gr/año por bateador, entendidas en el contexto de un trabajo comunitario en poblados de menos de 1 ha con unos 150-200 habitantes de promedio, se habría conseguido en 1 o 2 años el oro suficiente para las piezas más grandes y excepcionales conocidas de entre 1 y 2 Kg (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1998: 239; Fernández-Posse y otros, 2004: 392).

A los datos que se conocen sobre la manipulación del oro en los espacios metalúrgicos castreños, casos del Chao Samartín y San Chuis, se ha unido el descubrimiento de la primera pepita en contexto prerromano, procedente de una cabaña del poblado zamorano de La Cigüadeña (Pino del Oro, ZA). El horizonte de ocupación de la amortización de dicha pepita se asocia con la transición del s. IV al III a. C²⁶². y su análisis microscópico revela una morfología redondeada resultante de su transporte en el agua, procediendo del bateo de los placeres fluviales muy posiblemente del cercano arroyo Fuentelarraya (Sánchez-Palencia, Romero y Beltrán, 2012: 159-161, Fig. 9). Este descubrimiento permite tener en cuenta una prueba empírica de la tradición prerromana del bateo de los placeres como método para obtener oro. Posteriormente, los romanos explotaron los filones de conglomerado aurífero primario del entorno de La Cigüadeña (Zona Minera de Pino del Oro: Sánchez-Palencia y otros, 2010a y b). Para detectar dichos filones los romanos debieron proceder a través del bateo fluvial de la misma manera que la tradición prerromana pero sólo como método de prospección como parte de un proceso de extracción más sistemático y a gran escala, tal y como informan las fuentes (*NH*, 33, 66-78) y se tiene constancia arqueológicamente. Aunque el oro y la plata prerromanos no debieron pasar desapercibidos para los romanos²⁶³, las proporciones mínimas no debieron suponer un atractivo económico explícito. De hecho Roma, como he señalado arriba, conocía por herencia mediterránea el Occidente ibérico en relación a la ruta atlántica del estaño antes que en relación con cualquier riqueza

262 Beta-318630 (Anexo 1).

263 Las fuentes informan de su presencia en los botines de guerra de los generales romanos, junto a la falta de valor por parte de los indígenas; por ejemplo en el caso de la toma de la ciudad de *Intercatia* (App., *Ib.*, 60)



aurífera. En cualquier caso y a pesar de algunas consideraciones en relación al conocimiento de las “reservas auríferas” al hilo de la interpretación temprana de las explotaciones auríferas Asturianas de El Valle-Boinás en torno al cambio de Era²⁶⁴ (Rozas y Cabo, 2002: 353; Villa, 2010: 104-105), la minería del oro que constatamos en época romana responde a una consecuencia de una política de sometimiento efectivo de las fronteras occidentales en época de Augusto y no a ningún móvil económico (Perea y Sánchez-Palencia, 1995: 61).

De esta forma se plantea la obtención prerromana de metales preciosos a través del bateo de los placeres auríferos y las explotaciones de pequeños filones para el caso de la plata. El acceso al oro fluvial y a los pequeños filones de plata por parte de la comunidad castreña en su conjunto, con una mínima especialización o utilización de técnicas sofisticadas, contrasta con la tecnología sofisticada que denotan los acabados de las piezas de orfebrería. Todo ello invita a pensar en un trabajo cooperativo o solidario entre los núcleos familiares de la comunidad que aportaría la materia prima al orfebre itinerante que trabajaría en el espacio metalúrgico del poblado. Esta hipótesis nos obliga a entrar en la dimensión social de la orfebrería que junto a su carácter simbólico han sido los aspectos menos tratados en la historiografía. Uno de los escollos más importantes remite al establecimiento de un contexto cronológico que permita relacionar la orfebrería con un proceso socio-histórico específico, puesto que habitualmente se tiende a simplificar, como en el caso de las sítulas, que o son un producto genuino del carácter jerárquico y de la parafernalia guerrera local de base étnica céltica²⁶⁵ o son el resultado de la acción directa de las guerras de Roma²⁶⁶. En este sentido los primeros tienden a retrasar las dataciones lo más posible para entroncarlo con la tradición de la orfebrería del Bronce atlántico conocida a través del análisis tecnológico, mientras que los segundos refuerzan el contexto de amortización del cambio de Era como reflejo de la bipolarización entre la resistencia a la desigualdad de las comunidades segmentarias y la formación de identidades aristocráticas

264 Registro de centro metalúrgico de Las escorias en las minas de El Valle –Boinás con horizontes de ruina en relación a época julio-claudia. A ello se le suma la datación por dendrocronología de los restos de castaño y roble del andamiaje de las galerías mineras también en el s. I d. C. como última fase (Rozas y Cabo, 2002: 353), lo que se debe poner en relación con una explotación desde el cambio de Era. Con todo ello se ha afirmado que “Roma tenía conocimiento cierto de las importantes reservas auríferas *Transmontanas* y de la capacidad técnica de sus *gentes* cuando, aún sin concluir el sometimiento de la región, el propio Augusto promueve en el año 23 a. C. la reforma que habría de establecer el oro y la plata como patrón monetario” (Villa, 2010: 104).

265 Desde López Cuevillas, 1951 hasta recientes interpretaciones: Marco, 1994; García Quintela, 1999: 280-81; Ladra, 1999 y 2005.

266 Silva, 2006 [1986]; Calo, 1993 y 1994; Peña, 1996: 88; Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1998: 234; Castro Pérez, 1998; Sastre, 2001: 76 y 2002: 224-25; Fernández-Posse y otros, 2004: 396.



que habrían monopolizado la joyería. Las discusiones a partir de las dataciones por radiocarbono se retrotraen a momentos del contacto indirecto de Roma en algunas zonas como he señalado, presentándose en el debate dos importantes transiciones cronológicas para caracterizar la orfebrería castreña; siglos II-I a. C., I a. C.-I d. C. Son casos de orfebrería menor tipo arracadas o pendientes, espiraliformes o fragmentos para refundir, frente a la orfebrería mayor representada principalmente por torques, diademas y brazaletes, característica de los tesoros descontextualizados de forma endémica.

El caso más antiguo datado por C14 es el de la arracada de A Graña (C) (Meijide, 1990 y 1996). Apareció cerca del zócalo del fondo de la cabaña FC-5, para el cual contamos con dos dataciones radiocarbónicas algo diversas²⁶⁷. Una que contextualiza la segunda fase del yacimiento en una fecha de abandono en el s. I d. C., y otra que data directamente el origen del pavimento de la cabaña FC-5 en el s. II-I a. C. Es por ello que la conclusión a la hora de asignarle una cronología reside en un arco temporal desde el s. II-I a. C. hasta el s. I d. C., es decir o se amortizó en el Hierro final característico de la zona en la última centuria a. C. o lo hizo en plena época romana altoimperial. La misma disyuntiva se presenta en la discusión sobre la datación de la arracada recuperada en las excavaciones del castro de Baroña (C) (Calo y Soeiro, 1986: 19, 20, 27), recientemente retrasada hasta el s. IV a. C. en relación con la reinterpretación del castro y sus materiales (Rey Castiñeira, 1996; González Ruibal, 2006-2007). Esta tendencia está presente en los contextos de los materiales de orfebrería recuperados en el castro de Chao Samartín, datados entre los siglos IV-II a. C., remarcando con ello una Segunda Edad del Hierro libre de injerencias romanas (Villa, 2004: 258-261 y 2010). Se trata de una arracada de oro con pasador de plata (**Fig. 17**) junto con otras piezas como un par de cuentas vítreas doradas y una fina lámina áurea, además de los gránulos de oro adheridos en un fragmento cerámico como muestra del trabajo local del orfebre. Las dataciones por C14 a las que se asocian los distintos materiales provienen de las construcciones comunitarias del poblado (plataforma abierta, sauna) ²⁶⁸, a las cuales se las hace sincrónicas del horizonte del cercano espacio metalúrgico desde el s. IV a. C., pero que sufrieron su principal remodelación en el s. I a. C. (Villa, 2004: 259, nota 3). Una datación similar entre el s. IV-III a. C. se ha propuesto de partida para la arracada del castro de Punta dos Prados (Esposende, C), sin contexto

267 Gd-5555 y Gd-5859 (Meijide, 1990) (Anexo 1).

268 CSIC-1471, CSIC-1472 y CSIC-1518 (Villa, 2002: 260) (Anexo 1).



arqueológico²⁶⁹ pero asociada a la producción de larga duración de cierto grupo de cuentas de pasta vítrea que tienen su máxima difusión entre los siglos V-III a. C. (Parcero, García y Armada, 2009). La hipótesis general es que el castro adquirió su fisionomía más compleja con la construcción de la sauna amortizando parte de uno de los fosos tras la conquista romana, constatándose un material que marca una horquilla de finales del s. I a. C. y principios del s. I d. C. De esta forma, paradójicamente al presupuesto inicial, lo más cauto para los autores es no datar la amortización de la arracada más allá de los siglos II-I a. C. (2009: 103-4).



Fig. 17: Arracada del Chao de Samartín. © Museo de Chao Samartín.

La misma datación entre finales del s. II-I a. C. es recurrente en otros casos procedentes de excavaciones tanto del área Asturiana central como oriental, tanto en relación con las piezas varias en oro²⁷⁰ procedentes del castro de Campa Torres (Maya y Cuesta, 2001: 134-146), como con el torques perdido y la arracada del Picu Castiellu de Moriyón (Camino en VVAA, 1995: 247). Del área leonesa occidental contamos con el espiraliforme de plata procedente de la construcción 3 de

269 La arracada apareció en un lugar marginal directamente sobre la roca madre, únicamente cubierta para la nivelación del terreno en época moderna. Se trata, por tanto, de un nivel superficial de ocupación del espacio castreño que alcanza hasta la plena presencia romana así como alguna reocupación localizada tardorromana-altomedieval (Parcero, García y Armada, 2009: 91-92).

270 Se trata de un tubito decorado mediante estampillado con finos troqueles de líneas de puntos y círculos concéntricos, un corto tramo de alambre plegado en espiral, una chapita doblada, un aplique circular orinamentado con sogueados de filigrana y una pequeña anilla. Todo apunta a restos de desecho de otras piezas listas para su reciclaje (Maya y Cuesta, 2001: 134-136).



La Corona de Corporales que responde a una morfología y al empleo de la plata fente al oro a medio camino entre la orfebrería castreña, con su paralelo más cercano en los casos de Regodeigón (OU) (Lorenzo Fernández y García Álvarez, 1956), y los casos conocidos de ámbito meseteño o “celtibérico” (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: fig. 8 nº 25, 28, 318-19) (**Fig. 18**). Dicha espiraliforme presenta un contexto asociado a la ocupación del poblado concentrada en el s. I a. C.²⁷¹ y su amortización se pone en relación con la fase de destrucción del poblado asociado a las guerras cántabro-astures (1985: 277-278). Finalmente los casos de orfebrería asociada a tesoros numismáticos, remiten siempre a un momento inmediatamente anterior o pleno de la conquista augustea y relacionado con tesaurizaciones y ocultaciones directamente relacionadas con dicho periodo de inestabilidad.

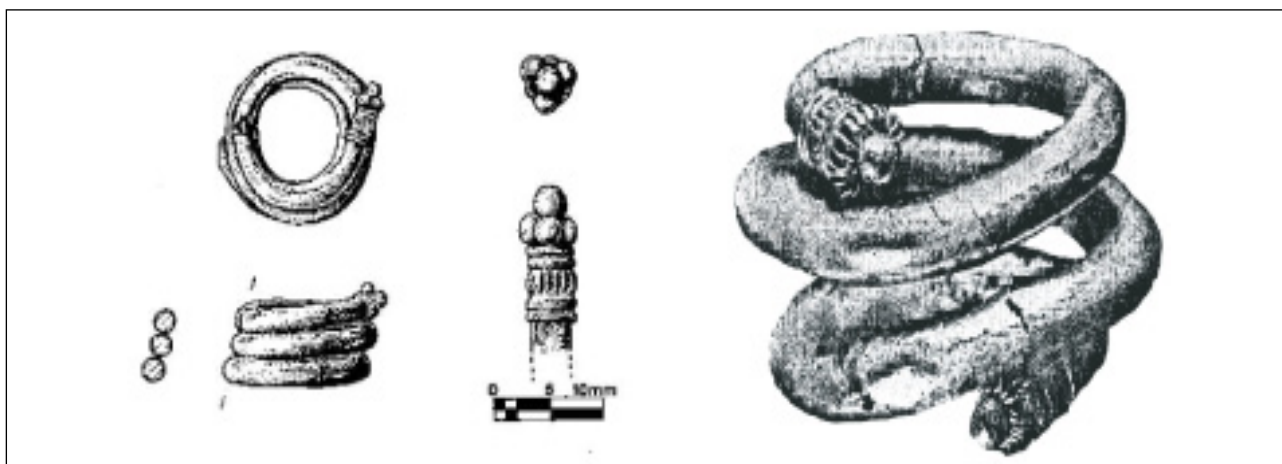


Fig. 18: Espiraliforme de La Corona de Corporales (Truchas, LE) (de Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: fig. 8 nº 25) a la izquierda y a la derecha espiraliforme procedente de Regodeigón (OU) (de Lorenzo Fernández y García Álvarez, 1956).

Tal es el caso de los tesoros astures del área meseteña occidental de Arrabalde 1²⁷² (**Fig. 19**), Ramallas Rabanales²⁷³ o Castrillo de la Guareña²⁷⁴, entre otros. Como norma general en el Noroeste parece que sea en ese momento al que corresponden las distintas noticias numismáticas conocidas, tanto en área

²⁷¹ CSIC-428, CSIC-429 y UGRA-48 (Anexo 1).

²⁷² El conjunto numismático lo componen 16 denarios ibéricos y 4 romanos republicanos que corresponden a una fecha *post quem* entre el 32 y 31 a. C. (Blázquez Cerrato, 2004: 321-323).

²⁷³ Se tratan de 5 piezas de la segunda mitad del s. II a. C., 12 de la primera mitad del s. I a. C. y 7 propiamente de las guerras cántabro-astures. Se considera fecha *post quem* de la serie acuñada por el general de Augusto, Carisio, entre el 25-23 a. C. (Martín Valls y Delibes, 1982: 24; Blázquez Cerrato, 2004: 323-324).

²⁷⁴ Conjunto de monedas de oro que se asocian con acuñaciones de las guerras cántabro-astures (Esparza, 1986: 165).



meseteña²⁷⁵ como leonesa occidental²⁷⁶ y Asturiana²⁷⁷. En el noroeste portugués en cambio contamos con presencia numismática algo más antigua pero que remite al arco tardorrepublicano desde el 75 a. C. aproximadamente (Centeno, 2011: 360-364; Figs. 2 y 3), lo cual debe ponerse en relación con los distintos ritmos de la presencia de Roma en el Noroeste ibérico.



Fig. 19: Tesoro de Arrabalde 1. © Museo de Zamora.

Los contextos datados de la orfebrería se refieren al último momento de vida de dichos objetos que pudieron tener una larga vida y respondieron a una ocultación, reciclado o abandono por motivos de inestabilidad interna o externa en relación con las acciones de Roma durante el s. I a. C. A través del análisis morfo-tipológico y tecnológico se han presentado distintos argumentos que permiten rastrear algunas técnicas y modelos hasta el Bronce atlántico por lo que, aunque todavía sean escasas las noticias de un registro datados con anterioridad a lo largo de la Primera y la Segunda Edad del Hierro, no debemos dudar del largo proceso de creación y sentido de la orfebrería castreña a lo largo

275 Casos de San Martín de Torres (Mañanes, 2000: 19-22; Delibes, 2002: 218) o La Magdalena (Milles de la Polvorosa, ZA) (Vicente González, 2011: 60-61).

276 El Chano (Peranzanes, LE): Alegre Mancha y Celis, 1994; Celis, 2002: 202-203.

277 Tanto de áreas campamentales asociadas con las vías de penetración de la conquista como La *Carisa* (Camino y otros, 2005) como en diferentes noticias de presencia militar en castros por todo Asturias (Villa y Gil, 2006; Gil y Villa, 2006).



del I milenio a. C. (Perea, 1995; Armbruster y Perea, 2000: 112; Perea, 2003: 146-147). Asumiendo esa larga tradición propongo revisar la carga social y simbólica que se puede deducir de la orfebrería que conocemos principalmente de la última centuria a. C. en relación al modelo social segmentario. Desde este punto de vista choca enormemente la visión tradición de la joyería como un bien de prestigio y distinción social. Sin embargo, como vengo refiriendo, la particularidad del s. I a. C. es que muestra con mayor claridad una variabilidad social y regional en la que se discuten los desarrollos y dinanismos locales con las consecuencias de una presencia cada vez más activa de Roma: control de ruta atlántica, expediciones y contactos con área galaica meridional y meseteña occidental. Dichas dinámicas se reflejan en distintos elementos del registro como las remodelaciones en los poblados o la presencia de algunos objetos como las sítulas y, para lo que aquí nos interesa, la orfebrería. En este sentido la presencia de la orfebrería castreña difiere enormemente de unas regiones a otras. Dicha distribución opone en primer lugar las dos áreas de grandes castros, la *Gallaecia* meridional, que no trataré aquí pero que habría que explorar en relación con el mundo lusitano, y el área meseteña occidental como límite de transición de la orfebrería “celtibérica”, frente a la excepcional concentración del arco septentrional cantábrico y la considerable disminución en las zonas interiores.

Se han argumentado distintas propuestas para entender dichas variabilidades en la distribución de la orfebrería. La primera ha sido la de intentar encontrar un signo de identidad específico que la diferenciase de conjuntos bien definidos como la orfebrería meseteña o “celtibérica”. En este caso la idea de una “orfebrería astur” no parece poder adaptarse a todo el territorio que se conoce en época romana como *Asturia*, puesto que frente a los conjuntos del arco septentrional que remiten al mundo galaico, los tesoros astures meridionales (casos de Arrabalde, Ramallas-Rabanales, San Martín de Torres) responden a una fusión de algunos modelos pero con una identidad tecnológica y simbólica que remite a un mundo meseteño “supraétnico” ya en la órbita de Roma (Esparza, 2010; Cuesta, Delibes y Esparza, 2010). Los casos de ejemplos atípicos de orfebrería en el interior del área leonesa occidental, como la espiraliforme en plata de La Corona de Corporales o las fibulas anulares de oro de algún lugar incierto en El Bierzo, se distancian enormemente de los grandes conjuntos del reborde occidental meseteño y de las grandes piezas como torques y diademas del área astur *Transmontana* y galaica lucense. En unos casos y otros la dimensión social y simbólica podría haber diferido o al menos haber tenido ritmos o velocidades de adaptación a distintos modelos, como he propuesto en el



caso de la variabilidad en la introducción del fenómeno del banquete en el caso de las sítulas.

El caso de la espiral de La Corona de Corporales nos hace reflexionar sobre el contexto en un ámbito segmentario agrario castreño. Así, su última deposición está vinculada con la evolución constructivas de las unidades domésticas en torno a la calle A (construcciones 2, 3 y 4-construcciones 1 y 5) que debieron estar ligadas por algún tipo de vínculo, tal y como hemos señalado en el bloque anterior²⁷⁸. La neutralización espacial de lo extraordinario, sucede con el único caso de depósito fundacional conocido para ámbito castreño en la construcción 2, la presencia de la espiral de plata encontrada en la habitación contigua no supone una diferencia de estatus entre una unidad doméstica con depósito fundacional y espiral de plata respecto a otra que no lo tenga. Es por ello que presumiblemente, sea el origen de la espiral de Corporales resultado de comercio, de intercambio de personas (por relaciones matrimoniales, alianzas políticas, etc.) o elaboración artesana encargada por una familia concreta, en el sentido más amplio de la palabra, el resultado no excede a la unidad doméstica en donde se amortizó con el abandono repentino del poblado en el momento de las Guerras Cántabras.

En los casos de los tesoros de grandes castros no parece en cambio que el contexto de amortización fuese el mismo que en La Corona. Frente a lo aislado de una pequeña joya en el interior de una unidad doméstica, los tesoros escondidos en los grandes castros de Arrabalde o San Martín de Torres, parecen vincularse con un último esfuerzo de la comunidad por salvar las riquezas que pensarían recuperar posteriormente. La cuestión sería saber a qué tipo de organización social debemos vincular dicha acumulación de riqueza o mejor dicho si existía lo que algunos autores han denominado uno de los primeros reflejos de “propiedad privada” o “gesto individual” (Delibes, 2002). La elaboración de orfebrería mayor de los castros Asturianos trasmontanos y galaicos lucenses septentrionales, ha encontrado su acomodo en el planteamiento social heroico en relación con una parafernalia guerrera (Villa, 2010: 108-109, 112-113), cuya apoteosis estaría representada en las diademas figuradas de Moñes (Marco, 1994; García Quintela, 1999: 280-281) o en relación a “indicadores étnicos suprarregionales” (Prieto Molina, 1996). La única voz disonante ha sido la de una lectura comunitaria de dichas grandes joyas como “emblemas ideológicos”, en concreto sobre la reinterpretación de las marcas de estampillado que se conocen en algunos torques como en los de Arrabalde (Sastre,

²⁷⁸ Recordamos que las dos cocinas (construcciones 1 y 3) compartían muro medianero a diferencia de la norma común que invierte esfuerzo en dejar exentos todos los muros que componen las diferentes estructuras de su unidad doméstica respecto a la de su convecino.



2001: 74-75, Figs. 4 y 5). Esta lectura social y simbólica de la orfebrería mayor responde al mismo mecanismo neutralizador del componente distintivo de prestigio y riqueza que he definido arriba en relación al espiraliforme de La Corona, sólo que en vez de en una escala doméstica corresponde a una escala comunitaria. Esta “neutralización comunitaria” podría haberse reflejado en una parafernalia de joyas específicas para desenvolverse en ciertas ceremonias festivas y/o religiosas que afectasen a la comunidad entera y por tanto quedase ritualizado su efecto distintivo y singular. Se trata de un modelo interpretativo genérico como en el caso de la utilización de las sítulas en banquetes no jerarquizados con muchas vías de análisis y de aplicación en casos concretos que habrá que explorar en el futuro.

El problema a la hora de plantear una interpretación social y simbólica en términos de “neutralización (doméstica y/o comunitaria) por inhibición” en el contexto del final de la Protohistoria en contacto indirecto con Roma, reside en que se trataría de una reacción necesariamente temporal o parcial y abocada al fracaso. A la larga y en relación con la tesaurización de los grandes conjuntos se tendería a resquebrajar las solidaridades que habían impedido la diferenciación social a través de elementos como la orfebrería, en beneficio del monopolio de dichas joyas por algún tipo de poder, el cual podría emanar bien del ámbito doméstico o de la comunidad en su conjunto. En este sentido habría que ser flexibles en la interpretación social ante la variabilidad que presenta el registro a lo largo del s. I a. C. como momento de la amortización de la mayor parte de los conjuntos. De esta forma parece claro que no se puede simplificar que la orfebrería fuese el resultado de la injerencia de Roma de la misma manera que no corresponde con un evidente significado asociado a una clase guerrera castreña que hunde sus raíces en el Bronce final, invisible desde la perspectiva social segmentaria. Es por ello que tampoco las dataciones ayudan, porque no se tiene definido una significación social y simbólica única, especialmente compleja en el proceso histórico específico de la última centuria a. C. en el Noroeste y que es únicamente superable a través del estudio de los contextos arqueológicos específicos. Así dependiendo prácticamente de la dinámica interna de cada castro se pudieron conjugar aspectos *convergentes* o *divergentes* con el modelo social segmentario, respondiendo la orfebrería a “emblemas” domésticos o comunitarios como resultado de fenómenos de “neutralización de la exhibición”, frente al desarrollo de una incipiente desigualdad que rompería con las solidaridades de la comunidad castreña segmentaria. La presencia indirecta de Roma, a través de sus periferias de acción, mundo lusitano y mundo celtibérico-vacceo, habrían interferido a distintos ritmos y velocidades en el Noroeste caracterizado como una “periferia de la periferia”.



A continuación propongo una relectura de los fragmentos de las diademas de Moñes, único caso de la orfebrería astur y de todo el ámbito castreño que contiene una iconografía figurada y por tanto como una fuente de información excepcional. Como he venido diciendo, se trata del máximo ejemplo que ha servido como coartada a la visión celtista de la orfebrería castreña como producto de una sociedad guerrera ritualizada. El esfuerzo del análisis iconográfico que planteo reside en despojarse del peso de la superestructura simbólica celtista para abordar la base empírica de la imagen en sí. Apoyándome en los análisis morfológicos, arqueométricos y en las precedentes interpretaciones, valoraré el sentido de la secuencia narrativa y sus posibilidades en relación con la lectura social del contexto arqueológico y social perdido de las piezas.

9.1. Iconografía, rito y cosmogonía en transición: las diademas de Moñes

La conocida como diadema-cinturón de Moñes es uno de los más raros ejemplos de iconografía estampada en láminas de oro de toda la Península Ibérica en la Antigüedad y, por ello, una fuente de información de valor incalculable. Sin embargo, contamos con detalles muy confusos e incompletos sobre su procedencia, y contexto arqueológico. Además, no se conoce ningún paralelo cercano como referencia para la explicación de las complicadas escenas representadas, lo que convierte los fragmentos de Moñes en un *unicum*. En su lugar, contamos con una historia larga y confusa de la dispersión de los fragmentos hasta su conservación en tres Instituciones diferentes de dentro y fuera de España: Museo Arqueológico Nacional (fragmentos A y B-C), *Musée des Antiquités Nationales* (fragmentos D y E) e Instituto Valencia de Don Juan (fragmento G). Si bien se conocía el estudio técnico de los fragmentos conservados en Francia (Eluère, 1986-1987), no ha sido hasta recientemente cuando se ha procedido a un análisis completo (García Vuelta y Perea, 2001; García Vuelta, 2003: 156-158 y 2007). Todo ello ha complicado cualquier análisis iconográfico de las piezas y limita enormemente el alcance de las propuestas posibles de estudio (**Lámina 1a**).

Los análisis tecnológicos sobre los distintos fragmentos han concluido que debió existir al menos dos piezas, una con dos frisos llamada Moñes I (fragmentos A, B-C, D y E) ²⁷⁹ y otra con uno solo o Moñes II (fragmentos F y G) ²⁸⁰ (García Vuelta y Perea, 2001; García Vuelta, 2003: 156-158 y 2007).

Teniendo en cuenta una longitud media de las otras diademas-cinturón con decoración geométrica

²⁷⁹ Fragmento A y B- C (MAN; 5 x 5,4 y 8,8 x 5,4 cm), fragmento D y E (MSGL; 6,3 x 5,3 y 4,8 x 2,9 cm)

²⁸⁰ Fragmento F (MSGL; 8,8 x 2,9 cm) y fragmento G (IVDJ; 5,4 x 2,9)



conocidas, en torno a 40 cm, tenemos para el caso de Moñes I prácticamente $\frac{3}{4}$ partes de la pieza, mientras que para Moñes II solo contamos con $\frac{1}{4}$ parte. La anchura media del primero rondaría los 5,5 cm mientras que la del segundo no alcanzaría los 3 cm, teniendo ambos una anchura media de 0,15 mm (Eluère, 1986-1987: 194). Gracias a los análisis de composición de todos los fragmentos²⁸¹, se ha podido argumentar una gran semejanza en el material empleado aunque se ha constatado una menor cantidad de plata en el fragmento F, lo que podría indicar no tanto una justificación para un material de origen distinto como una misma base material posteriormente recortada (García Vuelta, 2007: 208).

El proceso de fabricación que se extrae del análisis de los distintos fragmentos es el de martillado y recortado, con algún tipo de cizalla, de la finísima lámina rectangular de base. Las dos bandas en Moñes I y la única banda de Moñes II están enmarcadas por líneas en resalte que sirvieron de referencia previa a la estampación y/o repujado desde el reverso de la lámina. Se considera que más que una única herramienta de matriz compleja (al modo de los “Cilindros-sello” mediterráneos en Maya, 1987-1987: 137-138), debieron emplearse varias matrices combinadas, simples y polisémicas junto con otras complejas casi simétricas, tal y como ha demostrado el estudio topográfico de los fragmentos en España (García Vuelta y Perea, 2001: 14-15). El sistema de cierre o sujeción difiere entre las dos piezas individualizadas en el número de anillas abiertas en forma de C de sección rectangular, trabajadas por martillado, repujado en forma de pequeñas estrías y soldadas por el anverso, tal y como se observa en el extremo del fragmento A para Moñes I y en el del fragmento G para Moñes II (García Vuelta, 2007: 214-215). Por último, la pieza de doble friso de Moñes I contaba con una serie de elementos plásticos en forma de conos decorados con líneas y punteados, a partir de láminas semicirculares, recortadas, enrolladas y soldadas sobre la banda superior (García Vuelta, 2007: 215-216, Fig. 20).

El debate sobre la funcionalidad de las piezas como diademas o cinturones ha sido difícilmente resuelto a falta de paralelos. El análisis técnico y topográfico de los distintos fragmentos ha detectado pequeñas perforaciones con factura antigua en el anverso de los fragmentos A, E y F. Por un lado pudieron tratarse de indicios de reparaciones (Eluère, 1986-1987: 193-194) y así se ha señalado en los últimos análisis como simples fallos de fabricación o roturas de uso (García Vuelta y Perea, 2001:

281 Hartmann, 1982: 114-115 AU 1849; Eluère, 1986-1987: 197; García Vuelta y Perea, 2001: 13-14; Perea y otros, 2003; García Vuelta, 2007: 208, Tablas 1 y 2.



Lámina 1a: Propuesta de reconstrucción de Moñes I y Moñes II

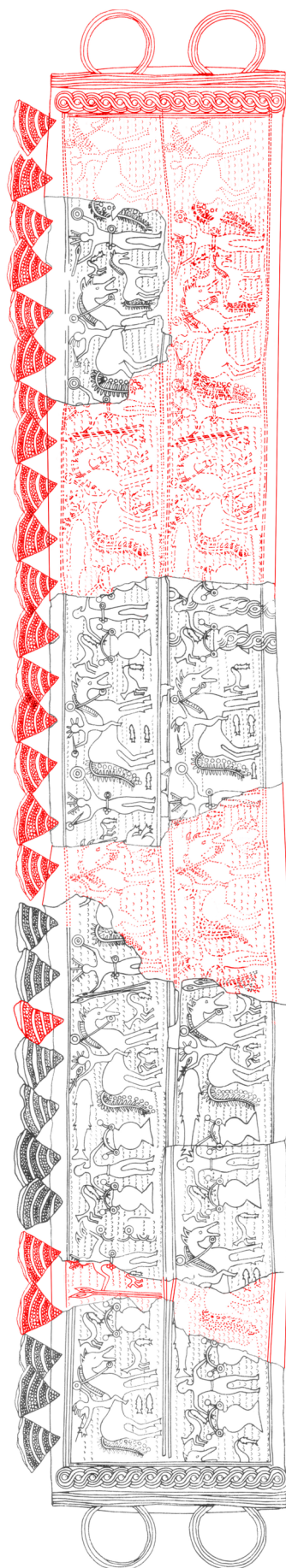
MOÑES I

Fragmento A
(Museo Arqueológico Nacional)

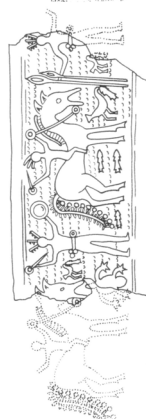
Fragmento B-C
(Museo Arqueológico Nacional)

Fragmento D
(Musée des Antiquités Nationales
Saint Germain-en-Laye)

Fragmento E
(Musée des Antiquités Nationales
Saint Germain-en-Laye)



MOÑES II



Fragmento G
(Instituto Valencia de Don Juan)

Fragmento F
(Musée des Antiquités Nationales
Saint Germain-en-Laye)

0 5 cm



16). Otros autores lo observaron como reflejo del sistema de fijación perdido de las láminas de oro a algún soporte material flexible y perecedero necesario para el uso continuado que se extrae del análisis de los fragmentos (Maya, 1987-1988). En este sentido es sintomático algunas zonas de coloración oscura así como una microestructura rugosa con microfracturas y corrosión intergranular detectada en el análisis del microscopio electrónico de barrido (MEB) (García Vuelta, 2007: 214). Todo ello parece implicar que las finas láminas de oro de Moñes I y Moñes II debieron ir adheridas a cintos de algún soporte tipo piel y que pudieron indistintamente formar *a priori* parte de un tocado o de un cinturón. No deberíamos perder de vista en este punto la aparición de finas láminas de oro y plata decoradas con bandas y espiguillas en contextos peninsulares desde el s. III a. C. en relación con *donaria* de depósitos votivos o en ámbitos santuarios, como p.e. en La Encarnación (Brotons y Ramallo, 2010). Si bien ambas procedencias parecen indicar su vinculación con ofrendas a la divinidad también es cierto que como productos nuevos de la orfebrería indígena su fuente de inspiración debe estar en las coronas helenísticas que reproducían coronas de hojas de laurel, roble u olivo. Creo que Moñes, junto con el conjunto de diademas-cinturón astur-galaicas, responde al desarrollo y apropiación local de una tradición que hunde sus raíces en los gustos ostentosos de coronas victoriosas de cuño mediterráneo helenístico. Con un significado profundamente alterado respecto a aquellas primeras emulaciones indígenas peninsulares, Moñes es un producto específico de transmisión y asunción de una narración ritualizada a través de la imagen figurada, cuyos rastros de uso muestran su utilización posiblemente como parte de algún tocado y no su ofrenda votiva o funeraria ex professo.

Respecto a la datación de las piezas de Moñes, nos encontramos ante los mismos problemas que con la mayoría de la orfebrería castreña conocida, respecto a la ausencia de un contexto arqueológico. Es por ello que las propuestas cronológicas de Moñes han venido dadas principalmente por la presencia de algunos de sus elementos figurados. Los calderos representados eran para unos ejemplo de una presumible pervivencia del Bronce atlántico entre los siglos VII al IV a. C. (García y Bellido, 1941), mientras para otros la identificación de algunas armas informaba de un contexto del s. III al I a. C. (Raddatz, 1969: 190; López Monteagudo, 1977: 108 entre otros), opinión esta última asumida para el resto del conjunto de diademas-cinturón asturgalaicas defendida mayoritariamente en la actualidad (García Vuelta y Perea, 2001: 20; García Vuelta, 2007: 236). Otros como Marco supieron observar que la singularidad de las piezas



figuradas de Moñes debían datarse en una “época inmediatamente prerromana o de la más antigua romanización” (Marco, 1994: 345).

Ante el estado de nuestro conocimiento debemos asumir que no se puede acceder a un contexto que permita tener una visión completa sobre las piezas. Es por ello que principalmente me centraré en el análisis de la imagen con la grave debilidad de no poder contextualizarla arqueológicamente. Utilizaré la base documental y técnica sobre las piezas a la que me he referido más arriba, la cual ha sido muy atendida recientemente²⁸². Tomaré ese punto de partida para poder ceñirme al análisis propiamente iconográfico, del que hasta ahora se asume la interpretación ofrecida por Marco desde una perspectiva celtista (Marco, 1994; reforzada en García Quintela, 1999). Tras la valoración de Moñes y el valle del Piloña como procedencia de las piezas de orfebrería y su asociación con un conjunto de orfebrería aún mayor, atenderé al análisis de las imágenes representadas en los frisos de los fragmentos agrupados en lo que se ha denominado Moñes I. A través de la observación de los elementos recurrentes y la sucesión de patrones en la imagen, propondré una interpretación de la secuencia narrativa como un código social y ritual en un contexto de profunda inestabilidad interna y externa como resultado de las acciones de Roma en torno a la conquista del norte-noroeste ibérico.

9.1.1. El contexto perdido: el valle del Piloña

Durante más de un siglo se han mantenido diferentes procedencias del conjunto pasando desde una générica Asturias (Maya, 1987-88: 135) a Cáceres²⁸³, para volver a la tesis Asturiana, precisamente con el origen más aceptado hoy en Moñes, Villamayor, Piloña (Mélida, 1906: 112; Somoza, 1971 [1908]: 7), después de asumirse lugares más occidentales como Ribadeo o San Martín de Oscos (Manzanares, 1971; López Monteagudo, 1977). La propuesta de Moñes, ya mencionada a principios del siglo XX (Mélida, 1906: 112), ha sido recientemente revalorizada a la luz de correspondencia d el coleccionista canguense Soto Cortés (García Vuelta, 2007: 222-23), en donde se hacía referencia a las piezas después de haberse publicado las primeras imágenes como parte de la colección del académico Asturiano Salomón, a cuya muerte se dispersaría parte de la colección con destino al *Musée du Louvre* (fragmentos A, B, C, D, E y F). Como han aportado los estudios recientes a partir de contactos

282 Perea y Sánchez Palencia, 1995; García Vuelta y Perea, 2001; García Vuelta, 2003 y 2007.

283 Asumida mayoritariamente por la historiografía extranjera a partir de Schlumberger, 1885: 4; Cartailhac, 1886: 334-36; Hübner, 1888: 226; Paris, 1904: 248).



con los herederos de Soto Cortés (familia Pendás), el fragmento G, que no está en las primeras imágenes del conjunto (las de R. Salomón, 1868- en Prieto, 2003; las de Schlumberger, 1895: Pl. II), aparece como parte de la colección Soto Cortés primero²⁸⁴, para aparecer en 1931 como parte de la del Instituto de Valencia de Don Juan, donde sigue hoy día. El rastreo de este fragmento, el menor de todo el conjunto (similar en tamaño y peso al fragmento E del Museo de Saint Germain-en-Laye), recientemente estudiado por García Vuelta (2003 y 2007), y su relación con otras piezas que ingresaron en el Instituto de Valencia de Don Juan (colgantes-amuletos, conjunto de Cangas de Onís, diademas de Vega de Ribadeo, etc.), pueden tener, según mi opinión, la clave sobre la procedencia de lo que pudo ser un descubrimiento de orfebrería mucho mayor que se habría amortizado en el entorno de Moñes.

En concreto, en la correspondencia con Mérida en abril de 1906 se hace una aclaración que ha puesto en relación el fragmento G con el llamado lote de Soto Cortés²⁸⁵. En ella se menciona un “verdadero tesoro” compuesto por al menos de “7 a 8 torques y alguna alhaja de hermosa filigrana, de cuya inmensidad no se conservan más que dos trozos de torques bastante destrozados y una pequeña pieza que pude adquirir y es análoga a las de la diadema”. Esta última expresión de “análoga a las de la diadema” se superponía a otra apreciación en la que se decía “parecida a una de las del Sr. Salomón”, que ha permitido pensar que se refiera posiblemente a la pequeña pieza llamada fragmento G de Moñes (García Vuelta, 2007: 225, nota 107). Aunque la procedencia del “tesoro” sea una genérica comarca de Laviana, no tenemos porqué pensar que coincidiese con el lugar del hallazgo sino con alguno de los lugares en la cadena de compra-venta en la que se podrían haber visto envueltas las piezas.

Es cierto que con el lote de Soto Cortes o de Cangas de Onís -por la ubicación de la residencia familiar en Casa Labra, Cangas de Onís-, que posteriormente compraría el Estado, se incluyeron otros objetos como una diadema completa con decoración punteada y dobles anillas en los extremos, similar a la que se ha reconstruido para una de las diademas-cinturón de Moñes (García Vuelta, 2007: 180-86), así como tres torques incompletos con huellas de trabajo y de fractura antigua con algunos motivos semejantes a las piezas de Moñes, como el motivo de sogueados²⁸⁶. El hecho de presentar

284 Y, por tanto, en sus manos al menos desde 1906, imposibilitando la tesis de su descubrimiento en 1924 (Manzanares, 1971: 240).

285 En principio con los dos conocidos torques como “de Cangas de Onís” (García Vuelta y Perea, 2001; García Vuelta, 2007: 114-15).

286 En concreto el de sogueado que se desarrolla en el fragmento A de Moñes y en las terminales internas de los torques fragmentados 33.137 y 33.138 (García Vuelta, 2007: 98-99, Lám. XLV y XLVI).



marcas de trabajo -aunque no se excluyen otras recientes tras su descubrimiento y despedazamiento (2007: 116)- puede ser homologable a las “fases” que muestran algunas sobrestampaciones que se constatan sobre el registro narrativo de las piezas de Moñes, como veremos, y no necesariamente como producto de la recurrida interpretación de las piezas como “depósito de orfebre”. Por último se incluían otros objetos menores como un colgante decorado con glóbulos y filigrana²⁸⁷, que acabó en el Instituto de Valencia de Don Juan como el fragmento G de Moñes. Es tentador pensar en una misma procedencia para todo este conjunto de torques, diademas y colgante. Se trataría de un conjunto afin a otros depósitos similares con otras diademas con decoración geométrica, los característicos torques y colgantes (p.e. los del conjunto de Vega de Ribadeo en el extremo occidental astur-galaico, en García Vuelta, 2007: 187-203).

Por otra parte la propuesta de localización de Moñes resulta hasta ahora meramente aproximativa a la espera de contar con nuevas informaciones. Algunos datos han venido dados por la recogida de información oral por parte del *Conceyu d'Estudios Etnográficos Belenos* (1996: 7-9). El lugar que estos datos refieren, se encuentra en el valle oriental del río Piloña (Villamayor, Piloña) y en su entorno no existe ningún castro, tal y como se espera por sus condiciones topográficas en un fondo de valle (Martínez Vega, 2003). Su situación en una zona abierta y delimitada por una orografía muy accidentada hace que los asentamientos tipo castro se encuentren situados en las sierras que circundan el valle; son los casos de El Cierrón de Castiellu, El Castru de Argandenes y El Picu Viyao de Borines. Ninguno de ellos presenta una identificación clara con la morfología y las evidencias materiales características de los poblados castreños de la Segunda Edad del Hierro y los mínimos argumentos defendidos hasta ahora parecen remitir a época romana²⁸⁸, aunque también puede ser esta su última ocupación y de ahí que estén sus materiales más en superficie. Sin duda debemos

287 Que aparece en la imagen de Llanos, 1903- (de García Vuelta, 2007: 114, Lám. LVI; 224, Lám. CXXXV, del archivo de la familia Pendás)

288 Los más cercanos a Moñes serían El Cierrón (Castiellu) y El Castru (Argandenes, Piloña). Del primero en la margen derecha del Piloña y sobre una pequeña colina no queda rastro alguno por levantarse actualmente un bosque de eucaliptos sobre él (Fanjul, 2005: 109). Del segundo, en la margen izquierda del valle y sobre una colina en ladera con una extensa visibilidad sobre la comarca se conocen aterrazamientos en su vertiente sur aunque sin elementos defensivos artificiales visibles y materiales poco identificativos que llevan a catalogarlo como dudoso establecimiento rural de época romana (2005: 107-108). Sobre las estribaciones rocosas inmediatamente al norte de El Castru de Argandenes, se encuentra el llamado Picu Viyao (Borines, Piloña), del que se conoce alguna moneda romana (2005: 107) y recientemente se han analizado el conjunto de aterrazamientos en la vertiente este como *brachia* de un posible asentamiento militarizado romano (González Álvarez y otros, 2011b).



contar con la falta de excavaciones en este área interior frente a los estudios de los castros marítimos de la fachada cantábrica al norte de las sierras que nos ocupan; desde antiguo en *Caravia* (Llanos, 1919; Adán y otros, 1994) y más recientemente en la ría de Villaviciosa con un estado de la cuestión de la Asturias oriental (Camino y Viniegra, 2002; Camino, 2003). La Arqueología Asturiana viene haciendo una importante labor de análisis crítico de los asentamientos tipo castro, asumidos de forma simplista como poblados de la Edad del Hierro sin contar con la variabilidad de los mismos tanto funcional como temporalmente. Como es bien sabido este tipo de yacimientos se reproducen topográficamente en reocupaciones e incluso fundaciones *ex novo* de época romana e incluso durante la época medieval (Fanjul, 2005: 81-91). Algunos autores han criticado la sobrevaloración y abuso de las cartas arqueológicas provinciales en donde, con un objetivo urbanístico y patrimonial, se incluye bajo la etiqueta “castro” distintas realidades (desde los característicos asentamientos castreños de la Segunda Edad del Hierro hasta asentamientos rurales y/o militares romanos, torres y castillos medievales, etc.) (González Álvarez y otros, 2011b: 31).

Contamos con datos incipientes del poblamiento histórico del valle del Piloña (Barros y otros, 1980; Caso Blanco, 2007). Lo más sobresaliente para el contexto protohistórico, son algunos restos en las proximidades de El Castru en el propio pueblo de Argandenes, principalmente cerámicos y líticos pero descontextualizados, posiblemente en relación con la remoción de las tierras para el cultivo. De la cercana iglesia de San Román de Villa, situada en la falda del mismo castro, se han localizado cuatro piedras decoradas con entrelazados/sogueados complejos, con rellenos de puntos en los huecos tal y como se conocen en otros casos como la estela de Duesos (*Caravia*) o la de Rubiás (OU) entre otras, así como en piezas de orfebrería como en el terminal del torques de oro de la colección Soto Cortés y el extremo izquierdo del fragmento A de Moñes, ambos con cenefas de sogueado simple²⁸⁹ (Caso Blanco, 2007: 472-473, fig. 1-2, 6, 8-9). El Castru de Argandenes parece que se ocupó hasta

289 Respecto a este motivo tenemos que indicar que se trata de un desarrollo de las características series de SS que encontramos en el programa decorativo de las sítulas a las que hemos hecho referencia más arriba. Se puede decir que es un motivo banal que se encuentra tanto en otros elementos de orfebrería –en el remate de un torques del lote Soto Cortés (García Vuelta, 2007: 99, Lám. XLVI) o en un broche/colgante de Vega de Ribadeo (2007: 238-47)- como en estelas anepígrafas de todo el ámbito castreño y de plena época romano-indígena –destacamos aquí el fragmento de dintel en pizarra de la domus de Las Pedreiras de Lago de Carucedo (Sastre y Orejas, 2000: 292-293 –cuadro 46- y 296-297, fig. 352)- y ampliamente constatado en la musivaria en todo el Imperio Romano –conocido como motivo de “cestería” o “de trenzas de dos cabos”-, muy común en todo el norte peninsular y característico de lugares como la Casa del mosaico del oso y los pájaros de *Asturica Augusta* (Burón, 2006: 304-305)-.



época tardorromana a tenor del descubrimiento de lo que parece ser una necrópolis monumental en donde se ha individualizado una aedícula²⁹⁰. Sin embargo, más interesante por su vinculación con eloro de Moñes, parece la constatación de posibles explotaciones mineras auríferas en el río Valle y en la Riega del Pipotón, directamente vinculadas a la aldea en donde se recuperaron los fragmentos figurativos (García Iglesias y otros, 1981; Caso Blanco, 2007: 473), lo que nos indicaría el acceso de las comunidades locales a placeres fluviales. Estas noticias geológicas habrán de ser contrastadas en un futuro.

Otro apartado en discusión lo suponen los motivos iconográficos compartidos entre las piezas de Moñes y algunas evidencias rupestres y escultóricas de algunos puntos del noroeste castreño²⁹¹. Son los casos de los círculos, peces y caballos, todos ellos inscritos en losas de un empedrado del interior del castro lucense de Formigueiros (Meijide, 2009; Meijide y otros, 2009;) y los caballos unidos por el lomo de una losa de pizarra del contexto de relleno bajo la plataforma abierta del casto del Chao Samartín (Villa, 2004: 261, Lám. IV y 2006). Por último, existe un soporte pétreo con la sucesión de caballos y un jinete reutilizado en Formigueira (Amoeiro, OU) (Castro y Reboreda, 2006; Llinares, 2008). En este sentido debemos apuntar que en el territorio inmediato de Moñes en Lledo, en las inmediaciones de Villamayor, se conoce una “llosa” o losa plana con incisiones rupestres llamado “El Llendón”²⁹². En la única descripción conocida con croquis esquemático del conjunto y los motivos (Fernández Montes, 1945: 321, Fig. 1, 324, Fig. 2-7), se mencionan algunos motivos como un supuesto jinete muy esquemático, un pez o un pato junto con una cierta recurrencia a los círculos, en absoluto nada concluyentes²⁹³.

Aunque empiezan a vislumbrarse algunos elementos que nos permitirán en un futuro cercano contextualizar mejor algunos de los motivos representados en Moñes en el norte-noroeste castreño

290 <http://www.lne.es/oriente/2010/12/07/hallan-tumbas-romanas-cerca-deposito-san-roman-argandenes/1004268.html> (última visita: 14/7/2011)

291 Existen otros puntos del Occidente ibérico en donde se cuentan con insculturas en losas o afloramientos rocosos que remiten a algunos de los motivos recurrentes en Moñes como los caballos y jinetes. Es el caso de la iconografía rupestre detectada en las murallas del castro de Yecla de Yeltes, con ciertos paralelismos a petroglifos del Noroeste tanto de la Edad del Bronce como de la Edad del Hierro pero en un contexto de posibles reutilizaciones y reproducciones durante la época romana y medieval (Martín Valls, 1983). Más recientemente se ha traído a colación algunos grabados del conjunto rupestre del valle del Còa, que se han datado en la Segunda Edad del Hierro. Lo forman algunas composiciones superpuestas de caballos y/o cérvidos con antropomorfos, en un caso como jinete, algunos de los cuales parecen mostrar rasgos ornitomórficos y empuñan espadas y lanzas, estos últimos rasgos homólogos a Moñes (Luís, 2008).

292 Fernández Montes, 1945; Fernández y González Vallés, 1975: 518-19; “El Llónsón del Lleú” en Barros, Caso y Miyares, 1980: 669-670.

293 Se observan además una serie de canalillos y hoyos como parte de algún “ritual céltico” junto a otras formas se interpretan como alfabeticas -entre los que se reconocen las siguientes letras: P, I, M, A, O, E, C, S, L entre otras (Fernández-Montes, 1945).



y se están revisando los datos relacionados con el poblamiento de la Segunda Edad del Hierro y la época romana temprana en la zona, así como otros aspectos como la mineralización de la zona, el deseado contexto arqueológico de las piezas de Moñes dista aún mucho de poderse aclarar por el momento. Es por ello que deberemos conformarnos con el panorama expuesto, al menos como marco sobre el que se puedan valorar las futuras incursiones, y pasar directamente a la propuesta de lectura iconográfica de los fragmentos figurados conservados.

9.1.2. Propuesta de análisis de Moñes I: caracterización general y fases

Las distintas interpretaciones que se han ofrecido sobre la secuencia narrativa de Moñes han insistido en el carácter guerrero y ritual de las representaciones (Balseiro, 2000; García Vuelta, 2007: 234), relacionándolos con procesiones o desfiles vinculados con el culto al agua (López Cuevillas, 1951: 56), danzas guerreras con carácter sacrificial (Blázquez, 1975) y haciendo especial hincapié en algunos elementos como el papel del caballo, los torques y los calderos (López Monteagudo, 1977: 107-8; García Quintela, 1999: 280-281; Villa, 2006 y 2010: 108-109, 112-113). Dos aspectos primordiales han sido ignorados en todas estas lecturas y serán el punto de partida en esta propuesta de análisis: uno es el carácter animalizado de las figuras interpretado como ornitomorfismo, de lo cual Marco dio buena cuenta de ello en su hipótesis interpretativa (Marco, 1994), y el otro es la constatación de al menos dos piezas, Moñes I y Moñes II, y diversas reparaciones/ sobrestampaciones en algunos de los fragmentos (García Vuelta y Perea, 2001; García Vuelta, 2007).

La clave en la lectura de la secuencia narrativa está en su análisis contextual interno, evitando entrar en una identificación pormenorizada de algunos detalles de las figuras que nos llevarían a interpretaciones indemostrables y poco productivas. Más allá de la caracterización del tipo de objetos (armas, caldero), las especies animales o las especificidades en vestimenta o tocados, etc., a la hora de definir las secuencias lo importante es detectar los gestos de las figuras. Esa gestualidad se encuentra interrelacionada en patrones recurrentes que hacen concebir a la secuencia iconográfica como una sintaxis. A través de la enunciación de los grupos de iconos, imágenes agrupadas por sus gestos representados, podremos alcanzar una lectura de los segmentos que componen el esquema iconográfico como si de un texto se tratase. Dicho texto es en un idioma



desconocido pero su estructura, es decir la sintaxis de sus frases (aquí la secuencia iconográfica), puede ser detectada a través de la posición y el carácter de sus palabras (aquí, imágenes con gestos y posturas recurrentes)²⁹⁴. La recurrencia o la ruptura serán, en última Instancia, las claves en la lectura iconográfica de los fragmentos de Moñes.

para ello me detendré en una lectura de la secuencia iconográfica de la pieza más completa conocida como Moñes I (fragmentos A y B-C del MAN y D y E del MSGL), aceptando cinco fragmentos de los siete conocidos como integrantes de una misma diadema-cinturón con dos registros, anillas dobles y acabado superior en campánulas, tal y como se ha propuesto a través de su análisis tecnológico (García Vuelta y Perea, 2001; García Vuelta, 2007: 205-236). Seguiré una descripción de la secuencia de izquierda a derecha, puesto que es la que indican todas las figuras de perfil con la excepción como veremos del personaje portador de calderos (PCs) que está de frente y vuelve su cabeza hacia la izquierda. De la misma manera haré una alusión simultánea entre la secuencia del friso de arriba al de abajo que *a priori* es recurrentemente simétrico, con la excepción del friso superior del fragmento A y del B en donde se constatan dos fases sobrestampadas que analizaré a continuación. El resultado será una descripción de la estructura de la narración iconográfica que nos servirá para plantear la interpretación de las recurrencias y patrones detectados (**Lámina 1b**).

Con carácter general y antes de entrar en la descripción secuencial misma, en primer lugar se diferencian *a priori* dos tipos de figuras básicas, uno humano y otro animal. Las figuras aparentemente humanas difieren unas de otras, primero a través de su disposición, entre aquellas que van a caballo (denominadas jinetes) y las que van a pie (llamadas genéricamente portadores), y después agrupadas por los objetos que portan, enristran y/o empuñan, detectándose al menos siete subtipos:

Jinete con venablo y rodela (**JPV R**) Lám. 1c: 1

Jinete con lanza y torques (**JPL T**) Lám. 1c: 2

Jinete con puñal y rodela (**JPP R**) Lám. 1c: 3

294 Este es el tipo de análisis iconográfico desde un punto de vista semántico y gestual ha sido especialmente desarrollado para el caso de la mitología griega en el registro vascular, p.e. en Darmon y Schnapp-Gourbeillon, 1981; o para nuestro ámbito en la iconografía ibérica y celtibérica respecto a la simbolización del espacio y el paisaje a través de la imagen: Le Meaux, 2006; Olmos, 1992; 1996a y b; 2007; González Reyero, 2012.

[illegible]

Fragmento D (MSG L)

Ag = Ave grande
Pp = Pez pequeno

Ap = Ave pequeña O = Figura cenital

Pg = Pez grande
Cp = Caballo pequeño



Portador de lanza y rodela (**PL R**) Lám. 1c: 5 y 6?

Portador de lanzas y rodela (**PLs R**) Lám. 1c: 7

Portadores de puñal y rodela (**PP R**) Lám. 1c: 4

Portador de calderos (**PCs**) Lám. 1c:8, 9 y 10

Por su parte, las figuras animales se diferencian a través del tamaño en parejas contrapuestas de grandes y pequeños, con la única excepción de la figura cenital que no tiene parangón alguno. Algunos animales se diferencian claramente del resto por las acciones que representan, principalmente los caballos grandes que sirven de asiento a los jinetes y las aves, grandes y pequeñas, caracterizadas por portar un pez en su pico. Los subtipos detectados son también siete:

Ave pequeña con pez en el pico (**AP**) Lám. 1c: 12

Ave grande con pez en el pico (**AG**) Lám. 1c: 11

Pez pequeño (**PP**) Lám. 1c: 16

Pez grande (**PG**) Lám. 1c: 13

Caballo pequeño (**CP**) Lám. 1c: 15

Caballo grande (**CG**) [incluido en las figuras de jinetes]

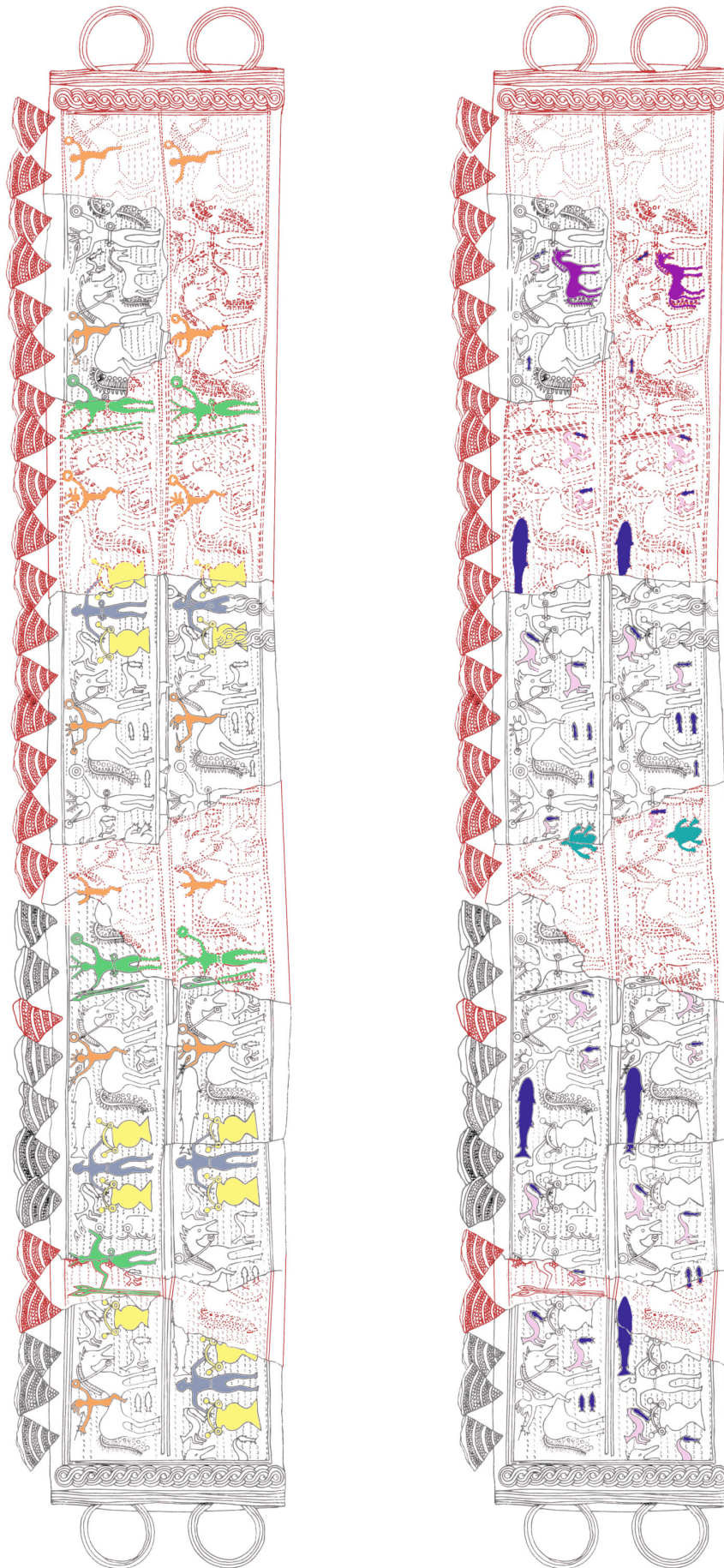
Especie animal desconocida/cenital (**O**) Lám. 1c: 14

(Láminas 1c y 1d)

No existen habitualmente figuraciones en la orfebrería castreña con la única excepción de los motivos ornitomorfos que permiten una asociación con el protagonismo que denotan las aves en las piezas de Moñes (Pérez Outeiriño, 1980). Sin embargo en los otros casos con representaciones estampadas o más excepcionalmente exentas de aves en torques o arracadas se tiende a la esquematización, simplificándose a veces en los motivos de series de SS presentes en la cerámica o en las sítulas, y no se la alcanza la complejidad que se constata en las piezas de Moñes. Como señalaré a continuación, si por un lado a nivel general se diferencia un plano humano de otro animal, no es menos cierto que como adelantaba más arriba en las figuras humanas existen algunos rasgos que las “animalizan”. Esta característica particular de las imágenes humanas es realmente trascendental a la hora de interpretar la secuencia iconográfica y fue lo que Marco definió como “ornitomorismo”, puesto que se reconoce pico, tocados y una especie de “moño” en los rostros de perfil humanos (Marco, 1994: 322). Esa forma de marcar la presencia de pico en las representaciones de las figuras humanas, fue interpretada



Lámina 1d: Señalización de personajes humanos animalizados arriba y animales con objetos debajo en Moñes I.





desde una perspectiva celtista a través de su paralelos numantinos²⁹⁵ y otros como la lúnula de Chao de Lamas (Marco, 1993: 502), como ejemplos de un hibridismo humano-animal consustancial a las creencias celtas (Marco, 1994: 340). Respecto al tocado propiamente dicho, en Moñes se distinguen al menos tres tipos: uno primero con moño que puede tratarse de una característica ornitomórfica como he señalado más arriba, y que individualiza claramente a las figuras portadores de calderos. Otro tocado es el de las tres ramificaciones y acabados globulares, que son las que se han interpretado habitualmente como cornamentas²⁹⁶. Y por último, la variación de las ramificaciones en forma de cresta triforme curvada hacia atrás. No creo que debería excluirse la interpretación de todos los tocados con un carácter ornitomórfico de la misma manera que se ha aludido con el moño de los portadores de calderos. En este sentido podrían tratarse de distintos tipos de penachos o emplumados, ramificados o en forma de cresta.

En cualquier caso, como ocurre con la identificación de otros caracteres como los objetos que portan las figuras, debemos tener en cuenta la especificidad de la matriz que se utilizó para sobrestampar y/o repujar cada motivo desde el reverso de la lámina de oro. Así dependiendo del sello con el que se contase, algunos motivos se habrían visto muy limitados, técnicamente hablando, a la hora de ser representados. Algunas matrices son claramente complejas y reproducen motivos prácticamente simétricos, como son los casos de los cuerpos de jinetes y portadores, la llamada “serie de bucráneos” y los sogueados (García Vuelta, 2007: 210). Sin embargo, los tocados ramificados, las crines de la cola y la testuz de los caballos grandes así como las riendas de los mismos y algunos detalles de otras figuras (las patas de las aves, los picos, las “antenas” de los calderos, etc.), han sido elaborados a partir de la estampación y/o repujado de un mismo motivo simple lineal. Igualmente los motivos circulares dobles de aros o rodela comparten una misma matriz con los acabados de algunos cintos y puñales. Estos ejemplos permiten observar algunos motivos como polisémicos, es decir, dependiendo a qué otras representaciones se asocien tendrán un significado u otro: una línea con acabado globular

295 Son los casos de unos danzantes con los brazos entablados simulando alas (Wattenberg, 1963: Lám. X, 1-1236 = Romero Carnicero, 1976: fig. 6, nº 23), un guerrero metido en una especie de cuerpo trasero de ave con cola empuñando un venablo o dardo (Wattenberg, 1963: Lám. X, 10-1245) y otro guerrero en un combate singular con un rostro caracterizado por tener el conocido pico dentado -que parece incluso mostrar una larga lengua- como ser híbrido/monstruoso (Wattenberg, 1963: Lám. XI, 10-1256).

296 Principalmente en relación con el supuesto *Cernunnos* numantino (Wattenberg, 1963: Lám. XI, 5-1252) a su vez inspirado en el dios galo y el del caldero de Gundestrup, estos dos últimos con doble cornamenta. Recientemente Alfayé ha indicado, sobre la representación numantina, que más que un *Cernunnos* se trata de la representación de un guerrero (Alfayé, 2003: 79-80), de cuyo tocado prefiere no manifestarse.



puede agruparse para representar las crines o riendas de un caballo o el tocado de un individuo, de la misma forma que un motivo circular sirve para marcar un escudo tipo rodela o el acabado de un cinto o, tal vez, la base de la funda de un puñal.

Las armas que portan todas las figuras humanas, menos los portadores de calderos que solo tienen señalado el cinto, sirvieron en las descripciones precedentes como elementos fundamentales de comparación con casos del mundo ibérico y celtibérico (López Monteagudo, 1977: 103-104, fig. 5). Así se individualizó un armamento con particularidades locales en donde podían identificarse armas de defensa y de ataque características de la Protohistoria peninsular: del tipo *pilum*, *soliferreum*, *falarica*, *gaesum* para las armas de *Astil*, puñales tipo *pugio*, *gladius* o *falcata* o escudos pequeños a la manera de rodela o *caetra*²⁹⁷. Dentro de la imposibilidad de identificar el tipo exacto de dicho armamento representado en Moñes, como decía se encuentran claras diferencias entre tres elementos: las armas de astil, los puñales o espadas y los escudos o rodelas. La forma de representar las manos de las figuras humanas como motivos globulares con rasgos lineales abiertos en algún caso en forma de dedos, impiden ser exactos a la hora de valorar la forma de enristrar/empuñar unas armas u otras como elemento definitorio para la identificación del objeto. Sin embargo, está claro que ha habido un interés por diferenciar el motivo de arma de *Astil* sea ésta lanza o venablo frente al de puñal o espada y en relación con ellos el elemento de doble aro como rodela. Las matrices de dichos motivos parecen similares entre lo que denominaremos el conjunto de portadores de lanzas (JPL, PL y PLs) frente al de puñales (JPP y PP) con la presencia de rodelas en todos los casos menos en los jinetes portadores de lanza de los fragmentos B-C que llevan el motivo que decía más arriba de torques. Solo una figura portadora de arma de *Astil* tiene una serie de particularidades formales, tanto en la inclinación de la estampación del motivo como en la esquematización del arma y el detalle de marcar los dedos abiertos²⁹⁸. Se trata de la figura que inicia la presumible pieza de doble registro de Moñes I

297 Me estoy refiriendo a un armamento romano republicano que podemos constatar en un arco amplio desde el s. II al I a. C. en ámbito ibérico, cuando se sustituyen elementos de *Astil* pesados como los *hasta por pilum* y se generalizan las tropas auxiliares de infantería ligera (*leves armaturae*, *caetrati*) en relación con las tropas cesarianas frente a la tropa legionaria con escudos más pesados entre otros elementos (son las *cohortes scutatae* en *Caes., Gal.*, 1, 39; Quesada, 2010: 148).

298 Oobsérvense los tres dedos estirados que parecen estar soltando el arma, en un acto de lanzarla; igualmente aparecen representadas esas mismas manos de tres dedos estiradas en los portadores de calderos en acto de asir los calderos y en los jinetes portadores de lanzas en acto de soltarlas. Se diferencia notablemente de la representación en forma globular cuando las figuras sostienen las rodelas/torques o la no representación de la mano cuando sostienen las lanzas en el caso del portador de lanzas o empuñan los puñales tanto portadores como jinetes.



en el friso superior y que he denominado para diferenciarla respecto a los portadores de lanzas como jinete portador de venablo (JPV). Es además característico que como a diferencia de los jinetes que le siguen en los fragmentos B-C con torques, éste porte una rodela. Con ello no pretendo diferenciar un arma de astil tipo lanza frente a otra tipo venablo/jabalina/dardo puesto que es imposible afinar hasta ese grado²⁹⁹. Sin embargo lo diferencio del resto porque creo que se trata de una figura excepcional de la secuencia que inicia toda la narración iconográfica y porque pudo tratarse de un retoque posterior que como veremos está detectado en el mismo friso superior entre los fragmentos A y B.

En este sentido, el inicio del fragmento B es altamente interesante en relación a las reutilizaciones y transformaciones que se han detectado en las piezas antes de su última deposición antigua, y junto con el jinete portador de venablo (JPV R) del fragmento A rompe con la simetría entre el friso de arriba y el de abajo. Así se han interpretado, acertadamente en nuestra opinión, las sobrestampaciones denominadas como “serie de bucráneos” o “de cabezas cortadas” (López Monteagudo 1977: 102, 108), superpuestas a una figura (que se supone de jinete) de la que aún pueden observarse las orejas del caballo (García Vuelta 2007: 211, Lám. CXXV). Como se ha apuntado al hilo de estas marcas, no parece que estén en la superficie de la lámina por simple presión (p. e. por haber estado enrollada la pieza y haberse transmitido unos motivos sobre otros por aplastamiento³⁰⁰). Por el contrario, tal y como demuestra el análisis del reverso, el motivo de superposición no es casual. García Vuelta ha destacado, en apoyo de esta teoría, el borrado de parte del borde derecho del friso superior del fragmento B, así como las huellas en el reverso de matrices sobrestampadas y el relleno *a posteriori* de series de punteados de acuerdo a la imagen final (García Vuelta, 2007: 211-13). En la misma línea creo que se pueden apuntar otros detalles destacables.

En el friso inferior del fragmento A se desarrolla la impronta del hocico de un caballo característico del motivo de jinete al que le sucede la figura del portador de calderos, aves con peces en sus picos y les sigue el pez grande en un nivel superior. Dichos motivos no cuadran con el espacio en su reflejo superior entre el jinete portador de venablo del fragmento A y el portador

299 Conocemos casos celtibéricos con representaciones comparables tanto de lo que he denominado venablo como de lo que llamo aquí lanza. Del primero contamos con casos de la cerámica de Numancia (Wattenberg, 1963: Lám. X, 8-1243 y 10-1245) y de Azaila (Cabré, 1944, Lám. 32B12). Del segundo contamos con casos como el “Vaso de los Guerreros” numantino (Romero Carnicero, 1976: fig. 4).

300 Como parece el caso de los sogueados del fragmento D que corresponden con el motivo del arranque izquierdo de fragmento A sobre el que se pinzan las anillas.



de calderos completo del fragmento B. Algunos detalles parecen apuntar hacia otra posibilidad que desarrollamos a continuación. La llamada “serie de bucráneos” está literalmente ejecutada para cubrir los resaltes más sobresalientes de una figura que, por los restos conservados, se trataba de una figura de jinete con su característica ave zancuda con pez en el pico bajo la testuz del caballo. Sin embargo, respecto a la figura incompleta que se sobrestampó en una segunda fase, no pensamos que se trate de un portador de calderos aunque fuera lo que deberíamos esperar (y así se ha reconstruido p.e. en López Monteagudo 1977: Fig. 4; Pingel 1992) a juzgar por el friso inferior del fragmento A. Por el contrario, encontramos puntos comunes entre la figura incompleta y la del portador de lanzas (PLs), tanto la incompleta al final del mismo friso superior del fragmento B y la que precede a otra “serie de bucráneos” en el fragmento F, como son el motivo globular del puñal al cinto, tal vez como representación de su contera, que no llevan los portadores de calderos ni los jinetes, el extremo derecho de una antena ramificada y, por último, la presencia de un ave zancuda pequeña con pez en el pico por debajo (Ap) de la cintura de la figura incompleta. Por todo ello pienso que sobre la figura de jinete y ave zancuda con pez en el pico se estampó al menos los motivos del portador de lanzas -aunque sin rodela-, con ave pequeña zancuda con la misma asociación de ave pequeña con pez en el pico y “serie de bucráneos”, tal y como vemos en el fragmento F de Moñes II. Es cierto que quedaría descolgado parte del brazo característico del portador de calderos que sostiene el asa del caldero del fragmento A, pero pensamos que puede estar relacionado con la propia matriz del caldero que pudo estar unida a la representación del brazo y que quedó reflejada con el caldero en una posición inmediatamente anterior a la figura propuesta del portador de lanzas. Este hecho como veremos a continuación tiene una gran importancia a la hora de valorar el cuidado en la elaboración de este friso superior de los fragmentos A y B como parte fundamental en la secuencia narrativa de Moñes (**Lámina 1e**).

9.1.3. Lectura iconográfica: del viaje acuático al Más Allá céltico al espacio del mito del cambio social

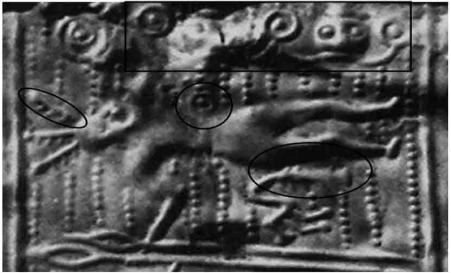
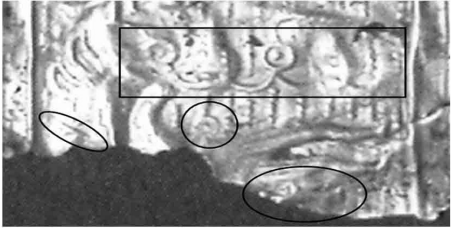
Como he venido señalando, se puede observar en una lectura atenta de la secuencia de los fragmentos de Moñes I, que los conjuntos iconográficos más sobresalientes son por un lado los jinetes y portadores de armas asociados y los portadores de pares de calderos que destacan e interrumpen



Lámina 1e: Reconstrucción fases en fragmentos A y B-C de Moñes I



Fragmento B-C
(MAN)



Detalle de fragmento F



dicha sucesión de figuras armadas. Entre dichas figuras se entremezclan de una forma abigarrada los motivos de animales, principalmente recurrentes los peces pequeños y grandes y las aves con peces en sus picos. Todo ello genera una primera impresión caótica y encriptada que se ve reforzada por las series de punteados que inundan todo el fondo de los frisos. Este último recurso ha sido uno de los argumentos para justificar un ámbito acuático característico, que unido a la presencia de peces y aparentes aves zancudas con peces en sus picos, sería la base de la interpretación de apoteosis guerrera a través del tránsito acuático (Marco, 1994).

La interpretación como escenas de heroización y tránsito acuático de fondo céltico realizada por Marco, es hasta ahora reconocida como convincente por parte de la comunidad investigadora (Armada, 2005: 555; García Vuelta, 2007: 235). En ella el papel de un escenario acuático cobra una especial importancia en el contexto de apoteosis guerrera céltica. En este sentido, la presencia recurrente de peces nadando a diferentes alturas entre las demás figuras, así como el relleno del fondo con un punteado repujado, se interpretaron como signos de una escena acuática. Algunos autores han retomado recientemente el tema para desarrollar esta idea a partir de una interpretación celta del tránsito acuático al Más Allá en la iconografía de la/s diadema/s (Marco, 2009: 212-14). Coherente con la exposición de los caídos en batalla a las aves o la metempsícosis aérea en ámbito celtibérico (Sopeña, 1987: 76-114; 2005) y vettón (Sopeña, 2008 y 2009), el escenario acuático parece reforzado en el área norteña a partir de las fuentes literarias clásicas bien conocidas en relación a la concepción de islas como destino del Más Allá y la presencia del río *Lethes* o del Olvido en el extremo occidental³⁰¹. En última Instancia estas referencias harían alusión a un relato pancéltico semejante³⁰² al que habrían historizado las fuentes grecorromanas (García Quintela, 1999: 168-69; García Quintela, 2012-2013).

Sin embargo, desde otra perspectiva, ni la presencia de peces a diferentes alturas, entre otros seres animales y humanos, ni el punteado del fondo, implican primordialmente un contexto acuático. La presencia de peces, algunos de ellos sobredimensionados, a diferentes alturas entre distintas figuras

301 Sobre las “Islas de los Bienaventurados”, “Afortunadas” o “de los dioses” más allá del mar, respectivamente en Plu., *Sert.* 8, 9; *Ptol.*, 2, 6, 73; *NH*, 4, 119; sobre el Río *Lethes* o del Olvido en *Str.*, 3, 3, 5.

302 En este sentido se incide sobre el carácter de procesiones de guerreros al Más Allá a través de una puertas llamadas *Letavia* que coincidirían con el río *Lethes* y el suceso de las legiones de Bruto De esto último se destacan las versiones de Floro (1, 33, 12), donde solo se refiere al río del Olvido tan temible para los soldados como una *evocatio* en relación con la conquista de los nuevos territorios; Livio (*Per.* 55), para el que los legionarios se negaron a atravesar el río hasta que su jefe no lo hiciera primero con el emblema del signífero; y Silio Itálico (1, 235-6; 16, 476-77) que explica que fue porque se pensaba que al cruzarlo perderían la memoria y que cambian el sentido que le da Estrabón pero con los mismos personajes (García Quintela 1999: 165).



humanas y animales, y la tendencia hacia el *horror vacui* está ampliamente constatada en el repertorio iconográfico, principalmente vascular, ibérico y celtibérico³⁰³. Las imágenes de animales y motivos geométricos o fitomórficos se integran en las escenas figurativas de distintos soportes como un reflejo de la construcción social y simbólica de la naturaleza y el cosmos. Los motivos animales, vegetales y/o abstractos como el punteado, no son ni meros elementos decorativos con el fin de rellenar el espacio vacío, ni tampoco buscan una representación fiel de un ambiente de la naturaleza. La percepción de la naturaleza desde una perspectiva pre-industrial concibe el espacio como el resultado de los relatos y la memoria de los pueblos que lo habitan. En este sentido, el espacio en la imagen antigua no se representa de forma realista sino que se seleccionan distintos elementos, enfatizando unos y deformando otros, buscando un valor social y simbólico compartido; una identidad en la imagen representada. Es por ello que se suele recurrir a la representación de animales fantásticos, sobredimensionados o empequeñecidos y se hacen claras alusiones a una vegetación abundante. Esta referencia a la naturaleza es como vemos altamente social y simbólica y suele encarnar lo que se denomina el espacio del mito como un lugar atemporal, *in illo tempore* (Eliade, 1988 [1957]: 66), en donde la comunidad social define su papel en el cosmos, comúnmente a través de la lucha del héroe contra lo salvaje, representado por el monstruo o animal monstruoso, y la consecuente organización y refundación del mundo. Ese espacio salvaje es una metáfora del tiempo del mito en donde se define el orden del cosmos de forma ritual, es decir, recurrentemente a través de distintos actos que vienen a recordar ese espacio/tiempo primigenio. La naturaleza o *physis* se representa como una metáfora que puede incidir en la idea de la fertilidad o brote de vegetación húmeda, *hygrà physis* de la hiedra verdeante, en espacios poblados de animales de todos los reinos (Olmos, 2010: 54). En última Instancia la continua prosperidad como fuente de

303 De Sant Miquel de Liria (VA), producción cerámica siglos III-I a. C.: *lebes* en el que se representa un pez gigante que vuela entre aves, cuadrúpedos y figuras humanas (Bonet, 1995: 6-D.15); “Vaso de la batalla naval” en donde los peces un ave y un caballo se cruzan a distintas alturas (1995: fig. 27); y “Vaso del Prodigio” en donde se figura una procesión de infantes hacia una flor de la que surge un ave y entre los que nadan y vuelan peces, figuras astrales y/o vegetales (1995: fig. 83; Olmos y Grau, 2005). De área jienense, contexto s. I a. C.: tesoro de plata de Mogón (Villacarrillo, J) varias diademas en plata entre la que sobresale una de tipo La Aliseda con una representación de un pez gigantesco que persigue a un ciervo que se gira hacia él (Raddatz, 1967: taf. 27, Ia-b); relieve en piedra de Las Peñuelas (Martos, J) representa a un caballo embridado sobre cuyo lomo parece nadar un pez de gran tamaño junto a otros objetos suspendidos como una “paleta de tocador” (Gabaldón y Quesada, 1998: 21). Ámbito celtibérico, producción cerámica s. I a. C.: casos de peces entre cuadrúpedos en Numancia (Romero Carnicero, 1976: fig. 6, n 22 = Sopeña 1987: IXC; Wattenberg, 1963: Lám. XX, 1-324); Azaila (Cabré, 1944: 69, Fig. 56) Izana (Taracena, 1929: Lám. VI, 3 = Sopeña, 1987: Lám. IXB) y Alcorisa (Le Meaux, 2006).



vida, en lo salvaje, lo extraordinario y/o lo ritual asociada al territorio mítico y fundacional del imaginario de la comunidad³⁰⁴.

Desde esta perspectiva el motivo del repujado punteado de Moñes, compartido en otras piezas de la orfebrería castreña³⁰⁵, debió tener un alto contenido simbólico en lo que a la representación del espacio se refiere. Al ser la representación de un espacio plano, el abigarramiento de puntos más que transmitir necesariamente un ámbito acuático, remite a una naturaleza que lo invade todo. Se trata de un espacio en donde no se ha interesado destacar ninguna especie vegetal ni ningún ecosistema específico de la misma manera que no se ha marcado la presencia de signos que remitan al mundo agrario y a sus tiempos (escenas de *arado*, *siembra*, *frutos en flor*, et.). Por el contrario se ha recurrido a un signo sencillo de puntos que invaden todo el espacio haciendo a las figuras destacarse sobre él. Dicho signo del punteado es una metáfora del espacio en el que se enmarcan las escenas figurativas de Moñes y hace directamente referencia a una lugar sin tiempo, un espacio del mito, en donde todo está aún por *forMarse* en su estado socialmente aceptado. Es por ello que se representan distintas especies animales en distintos estados y algunas de ellas sobredimensionadas y de forma anti-natural a distintas alturas como el caso de los peces, parte estructural de la narración iconográfica como veremos. A su vez, aparecen las figuras humanas y las humanas animalizadas, como resultado de una síntesis fuera del orden social que vuelven a insistir en la representación de un espacio del mito, sin un tiempo y un espacio fijado, potencialmente simbólico y ritual como veremos a continuación.

La lectura de la secuencia narrativa de Moñes I empieza con el denominado portador de venablo con rodela (JPV R), reproduciéndose, con una serie de particularidades, el modelo de jinete armado que se sucederá recurrentemente en ambos frisos en todos los fragmentos. Para continuar la descripción de los patrones detectados, debo ceñirme a la reconstrucción en dos tiempos de la continuación entre el fragmento A y el B en el friso superior. Así, en una fase I he argumentado que habría existido un motivo de jinete completo y similar al que le precede (JP?), el cual en una fase II y última fue cancelado posiblemente por la sobrestampación de un portador de lanzas con ave pequeña con pez en el pico y “serie de bucráneos”, tal y como se observa en

304 Tal y como ha sido estudiado para casos ibéricos vinculados al desarrollo de la aristocracia en contextos de grandes asentamientos y territorios jerarquizados (Olmos, 2000; 2005; 2007 y 2010, entre otros; también en González Reyero, 2009: 41-43; 2012).

305 Casos de la del lote Soto Cortés y las tres del conjunto de Vega de Ribadeo (García Vuelta y Perea, 2001; García Vuelta, 2007: 180-201).



el extremo opuesto del fragmento F de Moñes II. Como sobrestampaciones intencionales que fueron y tuvieron como objetivo alterar la secuencia ornamental del friso superior de Moñes I, creo que dicha reelaboración lejos de cambiar radicalmente el significado del conjunto, supuso incidir simbólicamente en un mensaje iconográfico sin transformarlo sustancialmente, recurriendo a una figura clave que se repetirá a lo largo de la secuencia narrativa. Así, el friso superior del fragmento A y B supondría el inicio del relato que se representa y en el que ante un jinete particular (JPV R), un caldero y aves con peces en los picos, la figura del portador de lanzas (PLs)³⁰⁶ simbolizaría el comienzo de un tiempo-espacio más allá del representado que, en el contexto que hemos señalado del espacio del mito, ronda lo *maravilloso* en el sentido más amplio del término. La figura del portador de lanzas (PLs) de los fragmentos de Moñes responde a una recurrencia iconográfica que puede interpretarse como “pantalla” imaginaria entre un estado-ciclo-periodo-evento y el que se desarrolla tras ella.

A continuación, si hacemos una lectura de la posición y el carácter de los peces, tanto libres como en los picos de las aves, podemos observar que sirven de hilo argumental a la secuencia a lo largo de ambos frisos. Se trata de un patrón que se *repite* en las escenas representadas arriba y abajo con la excepción de las remodelaciones en el friso superior A-B. Así, encontramos bajo la panza del primer jinete (JPV R) un par de peces pequeños (PP) que parecen ser llevados al caldero por las aves y que, tras la pantalla que generarían las lanzas dobles del portador de lanzas (PLs), se abriría un ciclo nuevo en donde el portador de calderos (PCs) tiene el papel de mediador. Las figuras de los portadores de calderos son las únicas que rompen la dirección de izquierda a derecha, girándose hacia el ave zancuda que asciende y lleva el pez en su pico. El carácter ornitomorfo del portador de calderos, difiere del resto de las figuras humanas, por llevar además de pico un tocado en forma de moño, que podría insistir, como decía, en la forma de la cabeza de algunas aves, como las zancudas. Su gesto de girarse hacia el ave que porta un pez en su pico, rompiendo el sentido de izquierda a derecha de todas las figuras, permite pensar en una vinculación comunicativa con dicha ave. Este hecho podría entenderse no sólo como una figura que asume rasgos ornitomórficos sino como un verdadero

306 Algunos elementos iconográficos como las lanzas, los escudos o los elementos de los soportes de la imagen (p.e. las asas de los recipientes) pueden simbolizar espacios distintivos como en el caso orientalizante del trono de madera de Verucchio (siglos VIII-VII a. C.), en donde dos figuras portadoras de escudos delimitan el espacio del sacrificio (Von Eles, 2002); o el papel de las asas como elementos constitutivos en la construcción del espacio iconográfico en ámbito ibérico, caso del “Vaso de los Guerreros” de La Serreta (Alcoi, V) (Olmos y Grau, 2005).



intermediario entre las aves y los humanos, asumiendo un posible carácter ritual-sacerdotal³⁰⁷. En este contexto el “vehículo” simbólico de esta relación podría estar en el motivo de la sítula/caldero³⁰⁸, en el que las aves con peces en sus picos parecen depositar su cargamento de peces. Estos recipientes con pie troncocónico han sido interpretados habitualmente con las características sítulas castreñas, lo cual no está exento de problemas³⁰⁹, y aparecen por pares, a excepción del primero con fragmento de brazo que aparece en el friso superior del fragmento A al que he hecho alusión más arriba. Si consideramos que el ave viene ante la figura portadora de calderos para depositar en uno de ellos su carga en forma de pez, podemos proponer una lectura narrativa según la cual por el otro caldero surgiría ese mismo pez, pero sobredimensionado.

En ese contexto el par de calderos funcionaría como recipientes clave de la metamorfosis/resurrección/transformación de un estado del pez (joven/muerto) a otro (adulto/renacido), expresamente representado por un caldero que recibe y otro que expulsa. Así, si en un caldero un ave deposita un pez pequeño, del otro caldero parece surgir el pez sobredimensionado. De la misma manera que aparece el jinete portador de lanza y torques (JPL T) entre los portadores de calderos (PCs) del friso inferior del fragmento A-B, en el friso superior e inferior del fragmento B, por primera vez del todo simétricos, vuelve a repetirse el patrón del jinete portador de lanza y torques (JPL T). Por debajo del hocico y bajo la panza de los caballos de dichos jinetes, que se alternan con los portadores de calderos, parecen de nuevo resurgir más aves con peces en sus picos pero siguiendo un patrón de ave pequeña (Ap) antecede a ave grande (Ag).

307 Se conocen paralelos en la iconografía vascular celtibérica numantina, en la que se reitera la figura de un encapuchado/*cucullatol* asociado al sacrificio de un ave sobre un altar Taracena, 1954: fig. 168 = Wattenberg, 1963, Lám. X, 4-1239 = Romero Carnicero, 1976, fig. 41, nº 346 = Sopeña, 1987, Lám. II y en acto de comunicarse con otra ave posada en su mano (Wattenberg, 1963: Lám. X, 7-1242), el cual se ha interpretado en clave sacerdotal (Alfayé, 2008: 221-222). Sobre la aruspicina y la presencia en las fuentes literarias de un galaico experto en adivinación por entrañas, el vuelo de las aves y la observación de las llamas en el contexto de la Segunda Guerra Púnica: *Sil. Ital.*, 3, 344-45.

308 El caldero es un arquetipo simbólico universal, presente desde época arcaica en el mundo mediterráneo, específicamente en relación con la resurrecciones a través del paso por el recipiente de héroes en los mitos de la *koiné* mediterránea como los de Jasón (Ou., *Met.*, 7), Pélope (Ou., *Met.*, 6, 406-411) o Melikertes (Ou., *Met.*, 6, 406-411). Este aspecto está también presente en los prototipos míticos celtas altomedievales, como en el relato de la bruja galesa Ceridwen o el del rey irlandés MaTholwch, los cuales se han querido ver representados en objetos arqueológicos singulares como el caldero de Gundestrup (Olmsted, 1979). En ámbito peninsular es paradigmático el relieve de Pozo Moro en el que el caldero se asocia con la cocción humana y el ritual del *apothanatismós* (“salida de la muerte”) a través del recipiente en una doble dirección: de la vida a la muerte o de la muerte a la vida, cocción sacrificial y cocción de resurrección (Olmos, 1996a: 106-108 y 1996b).

309 Los calderos representados en los fragmentos de Moñes reproducen con especial detalle una morfología que remarca especialmente los soportes circulares de un asa que parece prolongarse a modo de antenas no identificadas. Si los calderos aquí representados querían reflejar el modelo de sítulas castreñas no hicieron hincapié en la abigarrada decoración característica y añadieron el elemento no identificado en ámbito noroccidental de las “antenas”.



Todo este patrón recurrente de ave grande con pez en el pico (Ag), portador de calderos (PCs), pez sobredimensionado (Pg), jinete portador de lanza y torques (JPL T) y ave pequeña (Ap) y ave grande (Ag) con peces en sus picos, queda jalonado por la figura portadora de lanzas, gracias al extremo conservado en el friso superior del fragmento B. Con ello parece cerrarse otra escena y abrirse tras de sí un nuevo momento de la secuencia narrativa, asumiendo, como el resto de los investigadores, su continuación en el friso superior del fragmento D.

Ese friso superior del fragmento D se inicia con una parte de la figura cenital que por paralelismo podemos encontrar completa en el fragmento F (en el G aparece igualmente incompleta). Si aceptamos reconstruir como contiguos los fragmentos B-C y D suponemos que se ha perdido lo que pudo ser un jinete portador, tal vez, de puñal como lo hacen toda la serie que le sigue y a cuyos pies se encuentra la figura cenital. Esta representación de un animal en perspectiva cenital aparece incompleta en el friso superior del fragmento D de Moñes I, y presumiblemente habría tenido un reflejo simétrico en el friso inferior perdido. La representación mejor conservada aparece en el fragmento F y, de nuevo incompleta, en el fragmento G de Moñes II. Dicha recurrencia de representación iconográfica cenital tiene una larga tradición en ámbito meseteño, tanto en soporte metálico (téseras de hospitalidad, figurillas, orfebrería), lítico (estelas) como en el más abundante cerámico (Wattenberg, 1959); siendo uno de los motivos decorativos guías para la llamada cultura vaccea, pero estando presente igualmente en una amplia *Celtiberia* y regiones anexas –o tradicionalmente “celtiberizadas”-. En el caso de Moñes, además, se ha reforzado la imagen de un cuerpo globular a diferencia de en el resto de las representaciones cenitales meseteñas en donde se opta por un cuerpo “de reloj de arena”³¹⁰ o Cilíndrico³¹¹. En las últimas aproximaciones sobre el tema se han abordado tipologías que organizan los materiales hasta hoy recogidos (Blanco García 1997; Romero Carnicero, 2010). Según estos estudios se constata una figura con unos rasgos muy claros e identificativos³¹² que habrían generado motivos más

310 Como en los casos de Azaila o Segovia (Abarquero, 2006-2007: fig. 5.3 y 5.5 respectivamente).

311 Principalmente en los casos más esquematizados o geometrizados como los de Padilla de Duero -en soporte cerámico, metálico y lítico-, Palencia, Tiermes, en orfebrería propiamente en el caso de Arrabalde o en una estela romana de Lara de los Infantes que representa una cacería, en donde puede haber sobrevivido el motivo (Abarquero Moras, 2006-2007: fig. 5.19)

312 Los ejemplos más claros son los de Numancia, Uxama, Segovia, Azaila y Cuesta del Mercado (Blanco García 1997: 189). Sin embargo algunas interpretaciones se resisten como la del caso pintado polícromo sobre cerámica del “Cernunnos” de Numancia (Wattenberg, 1963: Lám.Lám. XI, 2-1249 = Romero Carnicero, 1976: fig. 8, 26), recientemente traído a colación en la revisión sobre algunos hitos de la iconografía celtibérica (Alfayé, 2003: 78-79). Sin embargo, ya Romero Carnicero lo vinculó con el conjunto de figuras cenitales meseteñas y Sopeña propuso que se tratase de un lobo



esquematzados y geometrizados. La interpretación más generalizada es la de un símbolo apotropaico o profiláctico relacionado con los cánidos, tanto en forma del perro doméstico (desde Taracena, 1941: 152-53) como a imagen del lobo salvaje³¹³ (Blanco García, 1997: 190), que en casos como en el área vaccea habría podido desarrollarse como indicador étnico (Romero Carnicero, 2010: 533).

La figura cenital que aparece en los fragmentos de Moñes no tiene los rasgos que apuntan a la imagen del lobo siendo la de perro la más aceptada en un principio (Cid y otros, 2009: 96), además de otras más desafortunadas interpretaciones que lo interpreta como tortuga o batracio (recientemente retomado en Villa, 2012: 21). La representación de perros, lobos u osos, comparte los rasgos morfológicos más destacados centrados en las orejas, el hocico, las garras y el rabo, entre otros. Entre un lobo y un oso (recordemos el hocico apuntado que estos últimos también tienen), el matiz podría estar en el rabo; largo para los lobos, corto para los osos. Entre un oso y un perro parece más complicado, ya que algunas especies caninas domésticas pueden tener el rabo corto en comparación con sus especímenes salvajes o lobos. Sin embargo, lo que está claro es que la significación simbólica habría sido muy distinta entre unos y otros. Habitualmente se considera al perro como el animal que encarna al compañero fiel -ser humano metonímicamente- y al oso como la fiera salvaje que puede devorar al hombre -ser subhumano- contra la que se hace frente. Los contextos iconográficos en donde se acepta la representación de perros tienden sin embargo a escenas muy específicas relacionadas con el mundo cotidiano, como en la doma de caballo tanto en el caso ibérico de Liria³¹⁴ como en un homólogo celtibérico de Numancia³¹⁵, además, nunca aparece de forma cenital sino de perfil³¹⁶. En este sentido podría ayudar en su identificación, el paralelo iconográfico de la representación del oso del bronce sacrificial del Instituto de Valencia de Don Juan, principalmente si observamos a esta figura de bulto redondo precisamente en perspectiva cenital. La representación de este plantígrado encadenado parece contar con todos los elementos presentes en la iconografía de la figura cenital representada

(Sopeña, 1995: 19).

313 Sobre la polivalencia simbólica de la figura del lobo en el registro ibérico: González-Alcalde, 2006. Sobre una misma interpretación de la imagen zoomorfa cenital en relación con uno de los más recientes descubrimientos, el de la Era de San Blas en Roa (Burgos), con digresiones diacrónicas que lo vinculan con el teónimo romano *Vaelicus* -que sería un dios-lobo- y con una presumible supervivencia cristiana por su esquematismo cruciforme: Abarquero Moras, 2006-2007.

314 Bonet, 1995: fig. 61.

315 Romero Carnicero 1976: fig.1, nº 1.

316 Casos numantinos en Wattenberg 1963: Lám. XI, 11-1258 = Romero Carnicero 1976: fig. 8, nº 19.



en Moñes; destacándose las garras, las patas arqueadas, las orejas, el hocico y el rabo corto, características claves en la observación de una piel extendida de oso³¹⁷. Lo que se viene asociando simbólicamente al lobo en ámbito mediterráneo y meseteño, prototipo de fiereza salvaje y monstruosidad, podría evocarse a través de la figura del oso en ámbito montañoso cantabro. En el caso de Moñes estos rasgos se individualizarían claramente a través de una representación atípica en forma cenital a partir de una perspectiva de “piel extendida” para representar entre el resto de animales su carácter no doméstico, fuera del control y el orden que imponen los humanos, pero plenamente integrado y neutralizado como cría en la secuencia narrativa.

Respecto a la localización de la figura cenital en el friso superior y presumiblemente de manera simétrica en el inferior tal y como se ha observado en el fragmento conservado D de Moñes I, está relacionada con un ave pequeña con pez en el pico (**Ap**). A continuación asoman por vez primera los portadores de puñales con rodela y posible puñal al cinto (**PP R**), seguidos de los jinetes portadores de los mismos puñales con rodela (**JPP R**) y de nuevo los portadores de calderos (**PCs**). Es de destacar en esta nueva escena a partir del último portador de lanzas la desaparición de los peces gigantes, siendo sustituidos por la representación de un pez pequeño y una pareja del mismo tipo bajo la cola y la panza del caballo sobre el que monta el jinete portador de puñal con rodela (**JPP R**), de forma simétrica en ambos frisos. Le siguen de nuevo las aves grandes con peces en el pico (**Ag**) que ascienden al encuentro del portador de calderos. En el caso inferior esa misma figura aparece marcada por una doble sobrestampación paralela del mismo motivo de sogueado, al que ya nos hemos referido más arriba, en el extremo del fragmento A. Dicho motivo parece haber sido hecho conscientemente tal vez con algún objetivo de anular la figura del portador de calderos en la banda inferior, más que como el resultado de la transferencia de dicho motivo por aplastamiento tal y como se observó en el reverso en el análisis franco (Eluère, 1986-1987: 197). Sin embargo, a diferencia de las fases detectadas a partir de las sobreestampaciones del fragmento B, en este caso por la falta de la sucesión de figuras en dicha banda inferior, nos es imposible poder plantear alguna hipótesis. Lo que se puede argumentar es que de la misma forma que en el fragmento B, aquí se debió reelaborar la secuencia

317 Una representación más o menos fiel de un oso no debía estar al alcance de cualquiera, ya que no debía de ser su presencia entre las comunidades humanas algo corriente. Por ello y como ya se apuntó en el caso de la tésera de Segóbriga (Tovar 1948; Almagro Basch 1982: 201-202, Fig. 2, .Lám. I, C y D, 1984: 15-17, Fig. 2, .Lám. II, A y B; Blanco García 1997: 189), nota 4 la inspiración del artista debió residir en la observación de la piel extendida del animal en donde todos los rasgos morfológicos mencionados se exaltan.



narrativa y posiblemente se puede deducir que para reforzar de alguna forma el mensaje iconográfico, más que cambiarlo radicalmente.

La pieza principal de doble friso que estamos analizando (fragmentos A, B-C y D) se completa, a partir de sus análisis morfotécnicos más recientes (García Vuelta y Perea, 2001), con el fragmento E, para el que se le supone un lugar a continuación del friso superior del fragmento D. Sin embargo, existen serias dudas sobre qué figura se puede reconstruir para el incompleto brazo con rodela que emerge del extremo izquierdo del fragmento E. Éste puede asignarse o a un portador de alguna arma (lanza o puñal) o al portador de lanzas (**PL/PP/PLs**) que como hemos venido interpretando interrumpe las escenas otorgándole un ritmo narrativo al mensaje simbólico de la pieza. Es difícil de interpretar y además no excluyo que el fragmento que falta sea aún mayor y en él estuviese representado de nuevo la metamorfosis de los peces pequeños en grandes peces, seguidos de un jinete y optando por un portador de lanzas tal y como hemos observado en el fragmento B-C. En este sentido parece observarse en el extremo conservado del fragmento D en ambos frisos, lo que podría ser el arranque de la cola de los peces sobredimensionados (**Pg**) pegados al hombro de la figura del portador de calderos (**PCs**). En cualquier caso lo que deja ver claramente la iconografía del fragmento E es la escasez notable de las representaciones de peces pequeños (**Pp**), siendo la única representación un mínimo exponente bajo el puñal que levanta el jinete. Íntimamente asociado con ese hecho, delante del jinete se representa a un nuevo animal, esta vez un caballo pequeño o potro (**Cp**), como en el caso de la figura cenital u osežno (**O**) con un ave pequeña que porta un pez en su pico (**Ap**). El fragmento lo cierra un portador de lanza (**PL**), que rompe la serie del armamento con puñal, remitiéndonos a las primeras series que hemos descrito para los fragmentos B-C. Aunque su continuación nos es imposible reconstruirla, propongo que al último portador de lanza le sucediese un jinete portador de lanza (**JPL**), cuya cabeza del caballo continuase en el friso inferior del fragmento A, generándose con ello la impresión de continuidad de un friso a otro en un *continuum* cíclico de la escena.

Como he anunciado al principio, no continuaré la lectura iconográfica de la otra hipotética única pieza compuesta por los fragmentos F y G de Moñes II, puesto que confío en la valoración que se ha hecho como integrantes, estos dos últimos fragmentos, de otra pieza con un único friso -obsérvese que no aparecen rastro alguno del enganche de los colgantes del friso superior (tal y como se ven en los fragmentos A, B-C, D y E), como sería de esperar, y no parecen por tamaño corresponder



a fragmentos del friso inferior-. En cualquier caso, en ambos segmentos se representa una misma escena que retoma la figura cenital de nuestro hipotética cría de oso con jinete portador de puñal y jinete portador de puñal y parece cerrar, al menos claramente en el fragmento F, como el extremo derecho con anilla (sin sogueado a diferencia del fragmento A), con la figura del portador de lanzas y la “serie de bucráneos”, lo que sigue apoyando la tesis del carácter liminal que he venido apuntando para esta figura.

La interpretación de la secuencia narrativa que he reconstruido para los fragmentos A, B-C, D y E en una pieza con doble friso denominada Moñes I, pienso que pueda tener una importante base en un hecho biológico, perfectamente atestiguado en el ámbito de Moñes y en concreto en el entorno interfluvial del Piloña y el Sella (en donde desemboca el río Piloña, a escasos 10 Km. del sitio de Moñes en Arriendas). Estoy pensando en el desove de los salmones y su estrecha vinculación con su recurrencia estacional. Este aspecto no se le pasó por alto a Marco quien, en su interpretación, aludía al flujo-reflujo, en términos aristotélicos, al que podían vincularse si los peces representados fuesen salmones (Marco 1994: 342, nota 19; recientemente también en Cid y otros, 2009). Conocemos casos etnohistóricos para los que el ciclo biológico de los salmones y, en concreto, su momento de desove -que puede ir desde agosto hasta noviembre o diciembre dependiendo de la especie- supone un verdadero marcador cronológico para algunos calendarios pre-industriales³¹⁸. Los salmones podrían haber tenido un significado simbólico y ritual sin necesidad de que sea un recurso alimenticio principal, puesto que debemos pensar en una explotación diversificada del entorno por parte de las comunidades castreñas, lejos de cualquier especialización no detectada en el registro. La lectura secuencial de los frisos narrativos de Moñes I tiene, desde el punto de vista de la representación del ciclo biológico de los salmones, una percepción mítica y ritual con una serie de connotaciones estructurantes para todo el conjunto iconográfico.

En primer lugar, debemos tener como telón de fondo en donde se desarrollan las escenas, las apreciaciones a las que me he referido más arriba, sobre la representación de un espacio del mito, a través del abigarramiento de series de puntos sobre los que se destacan las figuras en una doble

318 Así, entre los Chehalis de la Colombia británica los meses de octubre y noviembre los denominaban “mes del desove” y designaban un intervalo del calendario que iba de *fines* de julio a principios de octubre como la “juntura de los dos cabos del años” y el final del ciclo biológico como la “época en la que mueren los salmones” (Lévi-Strauss, 1976: 433, nota 9). De esta manera, la época del desove supone el fin del ciclo del calendario que se fundamenta en el propio ritmo biológico de los salmónidas.



dirección, de izquierda a derecha y de arriba abajo una serie de figuras humanas animalizadas (ornitomórficas) acompañadas de animales, algunos de ellos sobredimensionados (caso de los peces). El conjunto de doble friso genera una traslación de un mensaje iconográfico al observador en tanto que las figuras parecen siempre ir en una dirección en un *continuum* que se *rEpite* y que no tiene fin. En este sentido es especialmente visual cómo emerge y se interrumpe la imagen en el friso inferior del extremo proximal del fragmento A y en el extremo distal del friso del fragmento E, respectivamente, reforzando la idea de ese continuismo de uno a otro friso. En ese marco de representación iconográfica de un espacio-tiempo indefinido, en un plano mítico, y con una secuencia que imprime un carácter cíclico y constante de figuras que se *rEpiten* recurrentemente, se acomoda perfectamente el hecho biológico integrado en un mensaje social a través del mito y el rito comunitario.

Como he señalado, el friso superior del fragmento A tiene una serie de elementos que en parte fueron remodelados hacia lo que he interpretado como un refuerzo iconográfico del mensaje narrativo que se representa en Moñes I. Se trata de un principio continuo de la narración en donde tras la representación de un jinete singular, el cual enristra un arma de *Astil* única que no comparte con ningún otro jinete, se presentan los elementos claves de la secuencia; los peces, las aves con peces en su picos y el caldero. Tras ello, tal y como he señalado para la fase última de remodelación entre los fragmentos del friso superior A y B, se representa un posible portador de lanzas acompañado del motivo de “serie de bucráneos” que funciona como un recurso delimitador en la secuencia de la imagen, señalando la presencia de un acto portentoso en donde se conjugan los elementos figurados previamente. Se trata del portento mágico y ritual del que sirven de mediadores los portadores de calderos que se vuelven hacia la izquierda, rompiendo la dirección predominante, para recibir en uno de sus calderos a los peces que llevan en sus picos las aves y emerger por otro caldero el pez sobredimensionado como resultado de una metamorfosis mística. Esta acción debe ponerse en relación con la descripción de un relato mítico e inmemorial de un *ostentum/prodigium/thaúmata/portenta*³¹⁹ vinculado a la figura del portador de calderos, a la vez vehículo y testigo de la metamorfosis o aparición *maravillosa*. En

319 El origen de estos distintos nombres en la tradición grecorromana, tenía para Cicerón un claro origen etimológico como aquello que se nos aparece, se nos pone delante, se nos muestra y nos aporta predicciones, por ello se llaman “apariciones”, “portentos”, “monstruos/advertencia de los dioses” o “prodigios” (Cic., *De div.*, 1, 93).



última Instancia se trata del momento clave en las invenciones y reinenciones de los relatos fundacionales de una elite, una comunidad y su territorio (Olmos, 2010: 54).

Tras este acto mágico y ritual aparece un jinete portador de arma de lanza y torques, igualmente de manera exclusiva en este friso superior y en los jinetes representados en el friso inferior correspondientes de los fragmentos B-C. La presencia del torques aquí no debe ser menospreciada puesto que no se representan en ninguno de los fragmentos conservados de nuevo a jinetes con ese elemento, siendo sustituido por el doble aro o rodela, que he señalado más arriba. Esta claro que tras la individualización de este motivo está el hecho de ser los jinetes asociados a las representaciones de los portentos que siguen a las figuras portadoras de caldero, y es por ello que su presencia debe ponerse en relación con el acto ritual y mágico que se representa. Se trataría del torques con una función principalmente ritual en relación con el portento de la metamorfosis de los peces a través del paso por los calderos. En este punto no debemos perder de vista las apreciaciones sobre la representación del torques en conjuntos claramente rituales relacionados con el sacrificio tal y como he señalado en los llamados “bronces sacrificiales” (Armada Pita y García Vuelta, 2003).

En el extremo distal del fragmento B aparece de nuevo la figura del portador de lanzas que, siguiendo la interpretación sobre su función delimitadora en la imagen, parece señalar el fin de un acto y el comienzo de otro. En este sentido juega un papel muy importante la posible presencia de un pez a la altura del brazo con rodela del portador de lanzas en el borde del friso superior del fragmento B. Con ello y como veremos a continuación, parece señalarse el comienzo de un nuevo ciclo del que han desaparecido los peces sobredimensionados que habrían emergido de los calderos representados y a los que siguieron jinetes con lanza y torques. En esta misma secuencia que sigue en los fragmentos D y E, tal y como se ha reconstruido para Moñes I, se podría reconstruir a través de un patrón representativo de jinete (**JPP R**)-animal (**O**)-portador (**PP R**)-jinete (**JPP R**)-portador de calderos (**PCs**)-jinete (**JPP R**)-portador (**PP R**)-jinete (**JPP R**)-animal (**Cp**)-portador (**PP R**)-jinete (**JPP R**). Estos fragmentos impiden la reconstrucción total de los frisos conservados pero incide en una representación recurrente de portadores a pie y a caballo con puñales y rodela que custodian la presencia de dos clases de animales; una primera (fragmento D) en perspectiva cenital que he interpretado como oso y otra segunda (fragmento E) que es claramente una especie equina de porte pequeño. Sobre ellas y entre las figuras de portadores y jinetes se representan recurrentemente peces y aves con peces en sus picos que



de nuevo en el extremo del fragmento D se vuelven a encontrar con la figura portadora de calderos y, por lo que parece tímidamente conservarse, se podría haber representado de nuevo el portento de la metamorfosis de los peces a través de los calderos. Es altamente indicativa la presencia cada vez mayor de peces y aves con peces en sus picos de izquierda a derecha hasta encontrarse con el hito del portador de calderos, para reaparecer de nuevo una tímida expresión de un único pez representado bajo el brazo con rodela que se conserva en el extremo proximal del fragmento E, de la misma manera que aparecía bajo el brazo del portador de lanzas del fragmento B.

Dicho acto portentoso del fragmento D está representado en este punto de la secuencia entre la presencia de un animal cenital-oso primero y seguido por el de un caballo pequeño-potro después. La asociación de puñales, en vez de lanzas y torques, y su inclusión en el conjunto de la secuencia iconográfica parece remitir a una vinculación de estos animales con algún rito propiciatorio para la repetición del acto portentoso a través de los calderos. En este punto, teniendo en mente que tras la representación mítica de Moñes existe una base natural de los salmones, la figura del oso cobraría aún una mayor importancia por ser uno de los mayores depredadores de dichos peces en competición con los humanos³²⁰. Para beneficiarse de dicha fuente alimenticia en algunos lugares se recurre al sacrificio de los plantígrados como símbolo de sus competidores naturales. La ingestión de partes de este animal, como su sangre o su cerebro, son una constante en muchos rituales de sacrificios de osos³²¹. Como he señalado más arriba, la presencia del oso en el contexto cantábrico-astur podría estar hipotéticamente presente en algunas figuras cenitales, según la interpretación expuesta, en el estampado de Moñes, así como en el “bronce sacrificial” del Instituto de Valencia de Don Juan. Es en este bronce en donde más claramente se representa el traslado de un oso encadenado hacia una

320 De nuevo en muchos mitos indígenas norteamericanos el oso tiene connotaciones de haber sido parte de la propia naturaleza humana en el principio de los tiempos y está íntimamente ligado a su vez con la presencia intermediaria del ave. En las versiones Thompson se habla de niños mitad osos mitad peces que terminan convirtiéndose en el ave paro y en otros casos ese mismo ave procede de la unión de una mujer oso y un pez -trucha o salmón-. Según Lévi-Strauss el pensamiento indígena introduce una separación entre el medio terrenal y ctónico del oso y el acuático del salmón así como entre el carácter antropomorfo y sobrehumano del pescado y de su intermediaria el ave, y el carácter caníbal y subhumano del oso (Lévi-Strauss, 1976: 427 y 435).

321 Al hilo de estas costumbres contamos con una referencia de los pueblos cántabros hispanos precisamente, de los que se dice que comían el cerebro del oso para adquirir su rabia furiosa (Plinio, *NH*, VIII, 130), aludiendo claramente al tópico literario de la adquisición a través de costumbres “salvajes” de un potencial animal incivilizado asociado a pueblos bárbaros combativos entre los que destacan los cántabros (de cuya fama se conservó el nombre de un emblema auxiliar, ver Peralta, 2003: 198-99), pero de lo que desconocemos si realmente pudo aludir a algún sacrificio indígena o a alguna práctica supersticiosa localizada.



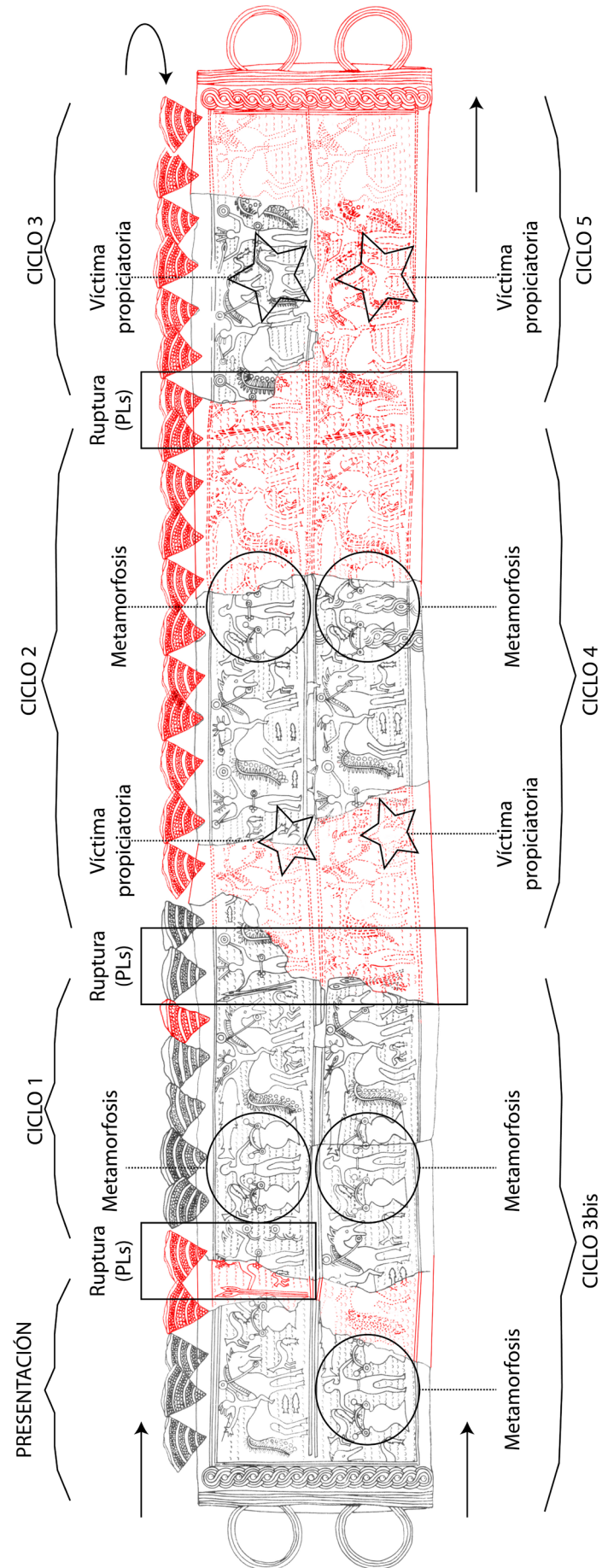
presentación propiciatoria-sacrificial con otros animales, principalmente ovicápridos y suidos, pero también una posible ave zancuda de la que restan únicamente las huellas de sus patas, lo cual reclama una sintonía con las aves con peces en sus picos representadas en Moñes. Todos los animales parecen vinculados al sacrificio a través de distintos elementos como los cuchillos/puñales que blanden las figuras humanas con torques y la presencia del caldero ante el que todos se presentan como si de un *ara* para el sacrificio se tratase (Armada Pita y García Vuelta, 2003: Lám 2). En la secuencia de Moñes I podríamos observar la presencia del oso primero y del caballo después como animales propiciatorios, tal vez en relación con un sacrificio no representado explícitamente, para la continuidad del ciclo de los salmones. El oso y el caballo representan dos animales con posibles connotaciones complementarias y contradictorias a la vez. Uno representa el ámbito de lo salvaje domesticado y aliado del humano -el caballo- mientras el otro representa lo salvaje en estado puro, depredador y competidor en el acceso al recurso alimenticio de los salmones, el oso. Ambas connotaciones naturales y simbólicas podrían confluir perfectamente en la interpretación sobre la secuencia iconográfica de Moñes. La simetría entre un friso superior y otros inferior conservada en el fragmento D indica a mi entender una misma constante en el fragmento E lo que insistiría en la repetición del ritual propiciatorio del portento de los peces a través de los calderos, verdadero eje de toda la representación (**Lámina 1f**).

Moñes presenta una representación iconográfica del espacio y el tiempo del mito en donde se da lugar la transferencia de atributos no-humanos, principalmente ornitomorficos, al colectivo humano como reflejo de una estructura híbrida de seres humanos y no-humanos. Dicha estructura se refuerza a través de un contexto de armonía cósmica en la recurrencia iconográfica de un portento o prodigio cíclico, la metamorfosis de los peces portados por las aves a través del símbolo del caldero, del cual se busca su propiciación a través de las propiedades que encarnan otros colectivos no-humanos, en el caso de Moñes los osos y los caballos, símbolos de la vertiente salvaje y la doméstica animal. Finalmente, tras la coartada ritual y simbólica fundamentada en un el posible hecho biológico/natural en torno al ciclo de los salmones, creo que Moñes representa un mensaje fuertemente ideologizado como producto de un aparente estado social inestable que debió requerir de la reformulación de sus mitos de los orígenes y rituales cosmogónicos en beneficio de la adquisición de un nuevo orden (Fig. 14).

Recapitulando, Moñes representan una síntesis entre la tradición orfebre castreña, representada en la morfología de diadema de oro, con sus acabados de sogueados, anillas, su estructura interna



Lámina If: Interpretación iconográfica de Moñes I





en frisos y el elemento tintineante de la serie de campánulas, frente a la recurrencia de la imagen figurada, con una gestualidad híbrida guerrera y sacerdotal y algunas especificidades como el zoomorfo cenital, que remiten al mundo meseteño e ibérico dentro de la órbita romana. De nuevo la presencia de los dinamismos locales y la introducción y reapropiación de elementos exógenos característico del s. I a. C. en ámbito castreño, tal y como he señalado para las remodelaciones constructivas internas en los castros, el fenómeno de las sítulas, la orfebrería en su conjunto en su última fase de amortización y ahora el caso específico de Moñes. La interpretación iconográfica propuesta muestra un relato mítico de reinvención de la tradición característico de momentos de cambio social. Dicha expresión simbólica y ritualizada que evoca a jinetes e infantes armados junto a individuos con carácter sacerdotal no son coherentes con el discurso social del mundo segmentario. Pero la clave interpretativa aquí reside en que Moñes no es un reflejo fiel de la Edad del Hierro castreña sino de su desestructuración. Representa en última Instancia una transformación simbólica inducida tanto por el fracaso de las solidaridades internas y mecanismos de neutralización de la desigualdad, como por un contexto de creciente desestabilización por la injerencia de Roma y las respectivas respuestas en los territorios de su acción directa (Lusitania/Celtiberia) y su reflejo en la periferia de la periferia (mundo castreño). La comunidad que encargó las piezas de Moñes no tiene que responder a un modelo social exitoso que permaneciera en el tiempo sino que responde al resultado de diversas respuestas que pudieron darse en el contexto del s. I a. C. Resumo a continuación en una serie de propuestas las características a las que pudo responder, todas ellas no exentas de problemas aún por resolver en el futuro:

Propuesta A: fueron elaboradas como resultado de una “neutralización comunitaria” de dos diademas de oro base, es decir láminas repujadas con anillas y subdivisión en frisos, en el seno de una comunidad segmentaria. En cierto momento de desestabilización se consolida un grupo de poder como ruptura de las solidaridades internas y exacerbación del conflicto. Dicho grupo de poder encarga a un orfebre, con clara vinculación en su artesanía en relación con el mundo meseteño, la reelaboración de las diademas a través de la estampación de un discurso narrativo por medio de la imagen figurada (en dos fases en Moñes I) como reflejo de un mito refundacional representación de un nuevo orden social. Modelo de jefatura de guerra temporal o coyuntural³²².

322 Estos grupos de poder podrían remitir a la idea de los “jefes de guerra” en sentido clastriano, como cabeCILLas de la comunidad sancionadas de poder en un momento de amenaza externa pero con un carácter temporal y transitorio.



Propuesta B: elaboración como resultado de una base de tradición prerromana pero reelaboración/reapropiación de las piezas de Moñes en el contexto post-conquista como resultado de la reorganización del territorio y la conformación de las primeras aristocracias de poder romano-indígenas. Dichos grupos de poder estarían vinculados a las elites de segunda generación del ámbito meseteño, bien directa (alianzas, trasbase de aristocracias con implantación militar de Roma, etc.) o indirectamente (emulación cultural), que representarían un modelo de identidad sometido y aceptado por Roma, reflejando algunos elementos de su iconografía principalmente vascular (aquellos que remiten a un mundo bárbaro heroico: hibridismo humano y no humano entre jinetes, infantes, sacerdotes y los mitos fundacionales, etc.). Esas primeras aristocracias romano-indígenas habrían buscado reafirmar su identidad y la de las nuevas comunidades reorganizadas tras la conquista a través de la reinvenición de la tradición ante Roma³²³.

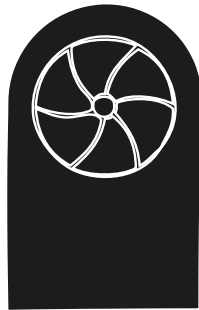
Propuesta C: el contexto astur *transmontano* de Moñes responde a una amortización de un objeto que se hizo para otra comunidad *exógena* y que habría llegado a través del intercambio y/o botín en un momento de acción directa de Roma en la Meseta con su consecuente reacción en ámbito castreño. El objeto respondería en este caso a una elaboración de uno o varios orfebres y al menos uno de ellos de origen castreño por la técnica y morfología empleada, tal vez pudo haber portado una pieza de oro en forma de diadema base que se terminaría en algún ámbito meseteño no detectado, tanto bajo el control de Roma más o menos efectivo como en estado de resistencia hacia ella. Contexto secundario y modelo social *exógeno* al castreño.

Es la comunidad la que tiene el verdadero poder para mantener o deponer a su “jefe”, *garante* y mediador de la tradición peor a la “prisionero” de la colectividad (Clastres, 2010 [1974]: 39-46, 57, 219).

323 En este sentido se ha llamado la atención respecto a un ajuar característico de los *principes* testimoniados en la *epigrafía* temprana en área lucense interior: CIL II 2585 = IRLu 34 = IRG II, 50 y ERPLu 374 (García y Bellido, 1943: 418-30; Marco, 1994: 327 y 329). El título *princeps* en contextos indígenas se encuentra en otros ejemplos post-conquista del Imperio romano, como en ámbito alpino o norteafricano, y se entiende más que como poder político independiente (tipo “jefatura militar” prerromana: Pitillas, 2003) como “el primero” de su comunidad, aliado e intermediario con Roma (Mangas y Martino, 1997). Sin embargo la propia asimilación del hábito epigráfico parece ser posterior a la utilización del mensaje iconográfico a través de la orfebrería en Moñes, no pudiendo encontrar una clara vinculación ni cronológica ni contextual con entre el fenómeno de los *principes* y las piezas de Moñes.

BLOQUE III

La religión romana y los cultos indígenas en ámbito astur (s. I-II d.C)





Tras el análisis del modelo simbólico prerromano y la valoración de algunos de sus elementos y fenómenos materiales que aceleran su presencia y difusión en el s. I a. C., a continuación abordaré en este bloque el impacto de la conquista romana en el ámbito religioso de las comunidades astures. Para ello introduciré el fenómeno de la conquista en el Noroeste ibérico, haciendo especial hincapié en el plan ideológico y los elementos del sistema religioso romano (*religio*) que se ponen en marcha con especial eficacia desde un momento temprano sobre los territorios conquistados. Posteriormente me centraré en definir las características de dicho sistema y la importancia de los procesos de emulación por parte de los grupos de poder nacidos de la reorganización post-conquista, los cuales desequilibraron el orden segmentario prerromano al que he venido haciendo referencia. Dicha desestructuración en lo político, lo social y lo económico tendrá un importante reflejo en el mundo religioso de las comunidades sometidas, afectando ideológica y simbólicamente en la forma y sentido que adquirirían desde entonces las prácticas rituales funerarias y votivas.

A la hora de valorar el cambio en el ámbito simbólico religioso en este contexto es ineludible empezar aludiendo al tópico historiográfico de la “romanización débil”. Se trata de la idea tradicional de una inclinación de “dejar hacer” por parte del Imperio romano, reflejado especialmente en la supervivencia y continuismo de las tradiciones locales en las provincias occidentales frente a las orientales que habían servido de modelo cultural desde época tardorrepública. Lo que se plantea desde esta perspectiva es que existió una acomodación/asimilación de las zonas conquistadas a los intereses económicos del Imperio, valiendo cualquier resultado cultural de las provincias³²⁴. El concepto clásico de “romanización” cobra su significado pleno en el contexto de expansión imperial a partir de Augusto con la consumación, anexión y reorganización de los distintos pueblos culturalmente diversos sometidos desde el final de la República durante las dos últimas centurias del s. I a. C. Desde la interpretación más clásica, dicha empresa imperialista se habría visto reforzada a través de un acogimiento entusiasta de los representantes indígenas locales que habrían imitado, con mayor o menor acierto, el modo de vida romano (principalmente el del modelo urbano), “romanizándose”. Pero este modelo historiográfico, que se ha dejado sentir por todas las tradiciones de la Europa

324 P.e. en que el sistema de ideas resultado de la romanización habría dado cohesión a las elites pero podría haber pasado de forma tangencial a la vida diaria de las masas: Hopkins, 1996; o la asimilación y la inexistencia de voluntad “romanizadora”: Keay, 1996: 147.



occidental, minimizó dicha “romanización” en sus respectivos ámbitos (galo, britano e hispano indoeuropeo), abogando por una perpetuación de las estructuras prerromanas incluso hasta época post-romana, claramente relacionado con las distintas Historias nacionales (o nacionalistas)³²⁵. La reacción más crítica a esta visión tradicional ha venido de la mano de la corriente post-colonialista británica³²⁶, reflejando un golpe de péndulo historiográfico en donde los actores con poder de “resistencia a la romanización” serían las masas populares indígenas. Esta línea de investigación demostró como la interpretación historiográfica del Imperio Romano se había visto envuelta por complejos caminos a través de analogías entre el presente y el pasado, de lo que es buena muestra de ello el caso del Imperio Británico y su interpretación del pasado imperialista romano como modelo (Hingley, 1996). La labor fundamental está en de-construir el propio concepto de “romanización” en las diferentes tradiciones académicas en beneficio de una historia “de los márgenes” alejada de las auto-historias de las civilizaciones dominantes occidentales, haciendo hincapié en el activismo de los sometidos/colonizados a través de la idea de “resistencia³²⁷”. Si es este fenómeno anglo-sajón el que más ha calado en la actualidad, bien es cierto que el análisis de procesos de resistencia en el mundo antiguo tiene sus precedentes tanto en ámbito anglo-sajón como francés e incluso hispano³²⁸. En materia religiosa los planteamientos postcoloniales tomaron el rumbo clásico de acercarse al tema a través de las imágenes de la religión britano-romana (o celto-romana), profundizando en el concepto de un arte intercultural

325 Una “romanización deseada” que a su vez había permitido la supervivencia de la tradición local en el Occidente del Imperio que ya estaba en algunos de los primeros romanistas como Mommsen y que se hace reflejo de la ideología colonial moderna principalmente en las tradiciones británica y francesa (Haverfield, 1912 o Jullian, 1910; 1920 y Toutain, 1967 [1917-1918], respectivamente). Más recientemente en lo que se refiere al mismo sentimiento positivo de unas elites indígenas por “romanizarse” y una política imperial tolerante con la tradición: MacMullen, 1981. En el caso hispano dicho modelo historiográfico se reprodujo en algunos próceres como Vasconcelos (1989 [1905]: 371-72; 1989 [1913]: 194) o Costa (1917: 72-74) y posteriormente: Sánchez Albornoz, 1972; Barbero y Vigil, 1974; Blázquez, 1981: 76-77; Pastor, 1983; Cid, 1990: 158 o Ramírez Sábada, 2000. Para una revisión en ámbito académico ibérico: Bendala, 2006a.

326 En relación con el caso britano: Webster y Cooper, 1996; Webster, 1996; Hingley, 1996 y 2005; Mattingly, 1997. Para el caso galo: Woolf, 1998 y Derks, 1998, entre otros.

327 Principalmente inspirados por el “Orientalismo” de Said a la cabeza, pero también con mucho de reflexión sobre poder, hegemonía, conocimiento y lenguaje en autores como Gramsci o Foucault (Webster, 1996).

328 Principalmente para lo que a nosotros nos interesa en torno al África romana y las revueltas nativas galas y britanas en Dyson (1971), Bénabou (1976), Thébert (1978) o Sheldon (1982). En ámbito hispano contamos con algunas tímidas aportaciones sin haber alcanzado nunca una monografía coherente en esta línea, se tomaron algunas ideas para el caso concreto del celtíbero Olindico en Marco y García Moreno (Marco, 1987: 69-70 y García Moreno, 1988: 92). Sólo recientemente contamos con reflexiones más profundas fundamentadas en los recursos dialécticos que ofrece el debate postcolonial en relación al concepto de hibridismo aplicado a la romanización en los espacios funerarios béticos (Jiménez Díez, 2008).



entre conquistados y conquistadores (Webster, 1997a y 1997b) y cuyo resultado ambiguo evita llamar “romanizado”, tildándolo de “criollo” (Webster, 2001 y 2003)³²⁹.

A lo largo de los bloques anteriores he traído a colación algunos datos procedentes de las fuentes literarias grecorromanas de tiempos de la conquista, esencialmente Estrabón, y he destacado que el discurso que subyace es el del mensaje imperialista que se difundió con Augusto en relación con el sometimiento de los pueblos montañeses del extremo occidental del mundo conocido, sobre lo que ya no volveré aquí. Por su parte la lectura desde la Arqueología en el Noroeste ibérico, mostraba un mensaje contradictorio: por un lado se constataban ciertas particularidades en el registro que se alejaban del modelo clásico de difusión urbana, lo cual se interpretaba como pervivencia prerromana y, por otro lado, se hacía ineludible que Roma había controlado la explotación de ciertos recursos naturales estratégicos, especialmente los mineros auríferos. Según este presupuesto subyacía la idea de la “romanización débil”, para la que Roma sólo se habría interesado por explotar ciertos recursos como los mineros sin afectar prácticamente a la organización social prerromana, reflejada en un poblamiento rural en el que persistía el asentamiento tipo castro³³⁰ y en la presencia de las organizaciones suprafamiliares de la epigrafía (tipo *gens*, *gentilitas*, *cognatio* y genitivos de plural y C invertida) como muestra de la pretendida tradición de sociedad gentilicia/basada en el parentesco³³¹.

Sin embargo algunos estudios pioneros desde diversas perspectivas sobre la romanización en diversas regiones de la *Asturia*, superaron desde la Arqueología el tópico historiográfico a través de un análisis de los cambios detectables en el poblamiento y las estructuras sociales que se desprenden del registro material arqueológico y epigráfico³³². Desde esta última perspectiva especialmente

329 Su aportación va más allá del concepto de sincretismo felizmente abrazado por las elites indígenas, puesto que los objetos habrían contenido mensajes de resistencia camuflados. Más que tratarse de ideas “celtas” en soportes “no-celtas”, expresarían un proceso *criollo* como idea -no exenta de problemas como apuntaré más abajo- de respuesta “desde abajo”, trayendo a colación procesos de *mimicry*, *maestry*, *comter/sub-cultures* de fenómenos esclavistas afro-americanos como la santería caribeña (Webster, 2001 y 2003).

330 para el caso de El Bierzo: Mañanes, 1981; 1983 y 1988.

331 El debate historiográfico giró en torno a los “grados de parentesco” que dichas expresiones hacían, pero siempre con el apriorismo de que eran resultado de una superestructura inmanente indoeuropea/céltica prerromana, lo cual dejaba sin explicar la implantación de las relaciones desiguales de poder del modelo romano (Básicamente en González Rodríguez, 1986; Beltrán, Pereira, Lomas, González Rodríguez, Salinas o Santos en González y Santos –eDS-, 1994; crítica en Sastre, 200: 167).

332 para el caso de Asturias: Fernández-Ochoa, 1982. Para estudios desde el Occidente leonés: Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1985; Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1988; Sánchez-Palencia y Orejas, 1994; Orejas, 1996; Ruiz del Árbol y otros, 2000; Orejas y Sastre, 2000; Sastre y Orejas, 2000; Sastre, 2001, 2002a y 2007, entre otros trabajos.



quedaba patente que el hábitat castreño en época romana estaba inmerso en un nuevo sistema a escala regional, provincial e imperial, con otros poblados en abierto especializados en distintos aspectos. Algunos asentamientos tipo castro de época romana en ámbitos mineros asemejaban recintos como los prerromanos pero en realidad respondían a delimitaciones del propio sistema hidráulico de explotación minera a modo de red de zanjas-canales. Otros en cambio respondían a funciones también vinculadas con la organización minera como los pequeños poblados relacionados con el mantenimiento de canales, los asentamientos en abierto metalúrgicos, agrícolas o viarios, los campamentos militares estacionales y permanentes, el alojamiento de cuerpos gestores romanos y/o aristocracias romano-indígenas, etc. Algunos castros prerromanos a los que me he referido en los bloques precedentes se abandonaron de forma brusca o paulatinamente, mientras que otros continuaron habitados en época romana, entre los que se cuentan característicamente los grandes castros del norte de Portugal y Rías Bajas-Bajo Miño y, a menor escala, algunos de los castros del arco septentrional en donde habían operado algunos cambios en los espacios comunitarios³³³. Todos estos últimos castros a una mayor o menor escala cobran ahora importancia como verdaderos centros regionales de territorios provinciales bien jerarquizados. Con todo ello se llega a la conclusión de un verdadero cambio estructural en la organización del paisaje, tanto a nivel territorial como doméstico y cotidiano, del que las fuentes literarias nos dan cuenta a través de su mensaje imperialista, “civilizador” del mundo bárbaro.

Más recientemente han tenido cierta repercusión otros enfoques a la romanización que han tratado el impacto de la conquista desde parámetros que atañen a lo mental, como la teoría de la “inseguridad ontológica” de inspiración heideggeriana (González Ruibal, 2006-2007: II, 601-604) o, íntimamente unida, la de “violencia simbólica” (Marín, 2012: 641, 671-672). Desde el punto de vista fenomenológico se ha insistido en el proceso de *embedness* o inmersión identitaria indígena en un tiempo largo, el cual habría tenido su correlato material en lo que denomina *kitsch* o cultura material sincrética, mestiza o ambivalente negociada bidireccionalmente (González Ruibal, 2006-2007: II, 601-604). Se ha puesto de relieve que el resultado arqueológico post-conquista debe verse como una muestra material de un orden hegemónico impuesto por la fuerza, en el que se ejerció una “violencia simbólica” mucho más eficaz que cualquier violencia física, actuando de forma

333 Son los casos de las citânias del norte de Portugal del tipo Briteiros o Sanfins y castros o cibdás del tipo Santa Trega o San Cibrán de Las, algunas de ellas abandonadas a finales del s. I-II d. C. y otras ocupadas hasta época tardoantigua. Para el caso Asturiano del Chao Samartín como centro regulador de la nueva *civitas*, en Villa, 2009.



inconsciente mediante la *praxis* cotidiana (Marín, 2012: 641). En estas aproximaciones se muestra un proceso post-traumático de una conquista de un Estado imperialista sobre unas comunidades castreñas que, especialmente en el caso del modelo segmentario como sociedad anti-estatal, debió de suponer una importante desorientación y un estado de ansiedad e inseguridad identitaria. Si bien estoy de acuerdo en el peso traumático y desestructurador por efecto de una conquista, por otro lado se excede en el análisis del ámbito religioso en el uso arraigado por la tradición de una información anacrónica, especialmente en lo que se refiere al campo de la religión (símbolos funerarios y significados teonímicos³³⁴).

Y es que en este ámbito simbólico religioso, *a priori* el que tiende a un mayor conservadurismo y rechaza la innovación, ha persistido la idea de permanencia tanto desde la visión clásica para la que la “moda romana” se circunscribiría parcialmente a las elites como desde las visiones renovadas que fomentan la resistencia de las culturas híbridas provinciales. En este sentido se tiene extendida la imagen metafórica de inspiración geológica de la cultura y de la religión especialmente como un “conglomerado heredado³³⁵”, resultado de diferentes capas acumuladas sin llegar a anular unas a otras sino componiendo cada vez un mayor complejo ecléctico sucesivamente retroalimentado. En última Instancia se aboga por un “sincretismo (religioso) eminentemente práctico” en donde es el politeísmo del conquistador el que se amolda a las estructuras mentales indígenas. Estas ideas aplicadas al registro conservador del Noroeste castreño, el *bAstión* más indoeuropeo celtista para algunos, tienden a defender que sólo fueron “romanizadas” las estructuras económicas productivas, quedando un sustrato religioso indígena que sobreviviría al propio Estado Romano. Las reflexiones teóricas y metodológicas dominantes siguen partiendo acríticamente de ciertos tópicos como la tolerancia religiosa romana o la ineficacia de la implantación de la superestructura romana, todo lo cual habría hecho que las tradiciones religiosas prerromanas pudieran mantenerse fieles a sus principios. Sólo habrían sido las elites promocionadas socialmente las únicas que habrían sintonizado con el lenguaje común del conquistador mientras que las masas populares habrían continuado con sus creencias ancestrales prerromanas, al modo de lo que ya ha cobrado la denominación propia de romanización como “manchas de leopardo” (Guzmán Armario, 2007).

334 Respecto al tratamiento del panteón romano indígena como pervivencia del mundo simbólico prerromano en González Ruibal (2006-2007: II, 542-560) y en Marín (2012: 573 y ss).

335 Tomado del análisis de “lo irracional” de la cultura helena: DodDS, 1997 [1951]: cap. VII.



Sin embargo, en nuestra propia tradición académica ya se hizo hincapié hace décadas sobre la complejidad intrínseca que subyace en lo que se denominan sincretismos religiosos y la variabilidad de situaciones que cubren, subrayando su papel en la articulación de las nuevas relaciones de poder a todos los niveles sociales (Plácido, 1988). Surgieron así interpretaciones más matizadas y reflexivas, que desconfiaban de los presentismos post-colonialistas pero también criticaban la visión de un “imperialismo religioso” y la imagen de un “dulce idilio” entre intermediarios indígenas y romanos. La clave en este sentido ha estado en la relectura del concepto de *interpretatio* (*Caes.*, *Gal.* 6, 17; *Tac.*, *Ger.* 43, 4), sobre el que volveré más abajo, aquí en un doble sentido (indígena y romana) en la que los romanos favorecieron el proceso entre las aristocracias indígenas y provinciales³³⁶ (Marco, 1996: 232). Sin embargo y a pesar de destacar desde esta perspectiva que al formar parte del culto público -las inscripciones como fuente principal de estudio están básicamente en latín- las divinidades indígenas debieron ser tomadas como romanas en sentido Institucional, la *interpretatio* indígena habría utilizado soportes grecorromanos para expresar creencias prerromanas en última Instancia. La interpretación del registro epigráfico funerario y teonímico como fuente principal de información seguirían siendo una “ventana” sugerente al pasado prerromano. De la misma manera otras reflexiones sobre el sincretismo han traído al debate conceptos como el hibridismo cultural (Jiménez, Díez, 2008), sólo que aquí en ámbitos de fuerte tradición prerromana de tipo estatal e incluso imperialista como el mundo ibérico o el púnico en el sur de la Península Ibérica. Esta perspectiva ha permitido la observación de la romanización a través de la metáfora culinaria de una “menestra cultural”, expresión de la diversidad imperial romana en sus distintos planos y escalas en donde los “ingredientes” pueden ser reconocibles pero ninguno queda ya en la situación originaria (Bendala, 2006b).

Las reflexiones de otros ámbitos peninsulares circundantes al Noroeste no deben ser ignoradas pero tienen un sentido y un contexto, el mundo celtibérico meseteño con sus homologías con el galo y el britano o el ámbito meridional bético de tradición ibero-púnica, que no pueden ser compartidas ni valoradas de la misma forma para casos de modelos sociales como el segmentario castreño que he señalado predominante en el mundo astur prerromano. Como he venido refiriéndome en relación con

336 Rompiendo en el caso galo, que estudia Marco de cerca, el eje vertebrador religioso que fue el druidismo y no considerándose la idea de una resistencia druida como contenedores de un nacionalismo galo “inexistente” (Marco, 1996: 232). Para un estudio más reciente de ámbito celtibérico sobre el caso de la diosa *Silbis* de *Turiaso*: Marco, 2008.



la interpretación heroica del mundo castreño prerromano, existe una importante tradición que aúna contextos diferenciados como el celtíbero, el galo o el britano en una misma base común celta. De esta forma, el Noroeste se inserta en la “Hispania indoeuropea” o la *Celtica* hispana y se justifican así paralelos con las identidades y funciones de algunos teónimos y rituales de otras áreas célticas (básicamente la Celtiberia, las Galias y *Britania*) para paliar el registro del Occidente peninsular que se considera “más pobre y menos rico” (Olivares, 2002a: 15). Dicha concepción no hace sino servir de coartada de la menor interferencia exógena en las formas sociales y simbólicas religiosas indígenas³³⁷ (teonímia, onomástica, organizaciones parentelares, etc.), de lo cual se ha abusado en nuestra tradición académica como recientemente se ha criticado (Alfayé, 2012). Y es que no tenemos una evidencia de una misma estructura social compartida en todos los contextos prerromanos que se hacen pertenecer a la superestructura indoeuropea céltica, puesto que las jefaturas celtíberas, galas y britanas tienen diferentes características que se reflejan en unas estrategias simbólicas religiosas muy distintas a las detectadas en ámbito castreño: necrópolis que reflejan tipos sociales a través de ajuares guerreros y objetos de prestigio diferenciados (casos celtíbero-vacceos, latenienses galos y britanos) así como santuarios con personal especializado y rituales muy desarrollados (especialmente en casos galos). El registro ausente castreño prerromano como reflejo de una estrategia locacional de ocultamiento simbólico religioso no puede compararse con el desarrollo monumental y exhibicionista en el ámbito funerario y ritual votivo que se constata en otros contextos limítrofes.

El impacto de la conquista y reorganización romana sobre unos modelos sociales y simbólicos religiosos respecto de otros no puede valorarse de la misma forma puesto que se parte de realidades diferenciadas. En este sentido se debe de tener en cuenta además los ritmos y las formas variadas de contacto con el mundo romano. El contexto romano de anexión durante la época tardorrepública tiene también unos condicionantes y características distintas a las que se observan en el despliegue de la maquinaria imperialista de la época augustea en que se lleva a cabo la conquista efectiva del Noroeste ibérico. En el BLOQUE II se han tratado los objetos claves de las síntulas o la orfebrería castreña como reflejo de distintas respuestas durante la coyuntura histórica a lo largo del s. I a. C.

³³⁷ La información que se desprende del registro del Occidente peninsular está “muy poco alterada desde todos los puntos de vista; es por decirlo así, de gran pureza si nuestro fin inmediato es extraer la estructura del panteón indígena” (léase prerromano). “Tenemos la posibilidad de partir del estudio exclusivo de los teónimos indígenas no romanizados por lo que, aunque se reduce la cantidad de información, las conclusiones son de mayor claridad” (Olivares, 2002a: 15-16).



en el Noroeste. La conquista efectiva de dichos territorios como parte del plan de anexión imperial de Augusto desarrolla unos mecanismos que hasta entonces no habían sido experimentados hasta sus últimas consecuencias y pondrán las bases de la tendencia que se seguirá a lo largo de la época alto-imperial. A continuación me centraré en dichos mecanismos desde el punto de vista ideológico y simbólico con el objetivo de sentar las bases de la primera difusión del *modus operandi* romano sobre el territorio conquistado en lo que al ámbito religioso se refiere.

10. La potencialidad simbólica de la conquista del Noroeste en el contexto de la ideología de Augusto: confines consagrados y la génesis del culto imperial

El cambio en el Noroeste ibérico de la presencia romana tardorrepublicana a la organización de una conquista efectiva en el último cuarto del s. I a. C., tuvo unas motivaciones más ideológicas que económicas como parte del plan imperialista de anexión de los extremos del mundo conocido por parte de Augusto. El conocimiento que se tenía de las riquezas especialmente minerales, no parece que excediese la simple corroboración de prácticas de explotación menores que sólo con el tiempo corroborarían la importancia del control estratégico en concreto con la obtención de oro como base del nuevo patrón monetario del *aureus*³³⁸. Así tanto por la motivación ideológica fuertemente cargada de símbolos del poder imperial en el territorio recién conquistado, a través de las dedicaciones monumentales y la difusión del culto imperial, como por el rápido interés en el control de las fuentes minerales auríferas, el Noroeste ibérico cobraría su lugar específico como parte del Imperio romano. Las comunidades prerromanas castreñas entrarían desde entonces en un proceso sin retorno que acabaría por desestructurar y eliminar las tradiciones y experimentos sociales y políticos que hubiesen podido desarrollarse al amparo de las inestabilidades del periodo pre-conquista. En su lugar el mundo castreño entraría en la órbita del Imperio por derecho de conquista a través de su imbricación a todos los niveles en un nuevo marco social, político, territorial, ideológico y simbólico.

Si prestamos atención al registro arqueológico sobre el proceso de las guerras cántabras y astures, se observa que las vías de introducción desde las bases principales campamentales en el área de grandes castros del occidente meseteño (Palencia/*Pisoraca*-León/Legio-Astorga/Asturica-

338 Respecto a un análisis clásico en relación con la minería en Corbier, 1989. Sobre el tema del suministro del metal precioso, en Howgego, 1992: 4-8. Para una revisión reciente respecto a la función de la moneda de oro en el Imperio, en Lo Cascio, 2008.



Rosinos de Vidriales/*Petavonium*) se hace principalmente por los accesos por la cornisa cantábrica -principalmente la vía de La Carisa, la de La Mesa y Montes de León-La Cabrera y Sierra de Ancares, con una especial vocación por acceder al interior montañoso de Asturias, el occidente de León y el interior septentrional gallego. Los campamentos de montaña en área astur, cada vez mejor conocidos en la cordillera cantábrica occidental (los diversos recintos de Valdelameda, Curriechos, El Mouro, A Recacha, A Granda das Xarras, Moyapán o Picu Viyao entre otros), parecen mostrar que las principales acciones estuvieron orientadas hacia los refugios de montaña de las distintas comunidades castreñas astures. Frente a los campamentos meseteños de época de la conquista tanto zamoranos (El Alba/*Albocela* y Rosinos de Vidriales/*Petavonium*) como leoneses (Astorga y conjunto de Castroalbón), que perdurarían en el tiempo, los recintos de los pasos de los Montes de León y la Cordillera Cantábrica, muestran un despliegue militar más efímero y asociado con acciones durante e inmediatamente posteriores al proceso de conquista aún por evaluar en toda su complejidad (Camino y otros, 2008; González Álvarez y otros, 2008; 2011a y 2011b).

Por su parte la aparición de numismática en castros y campamentos del interior de *Asturia* coincide con el proceso de conquista (29-19 a. C.) y sus efectos durante el periodo tardoaugusteo-tiberiano (principalmente entre el 2 a. C. y el 14-15 d. C.) en relación con abastecimiento de moneda a los contingentes militares movilizados, sólo precedido unos años en casos de ocultaciones con orfebrería del occidente meseteño como Arrabalde I (32-31 a. C.)³³⁹. El grueso de los conjuntos numismáticos muestran una distribución asociada a la conquista augustea tanto en el frente occidental meseteño (San Martín de Torres, Ramallas-Rabanales, Castro La Magdalena, Castrillo de la Guareña³⁴⁰) como en las diferentes vías de penetración hacia el interior astur y lucense (La Carisa-Monte Curriechos, El Chano, Chao Samartín, Coaña, Pendar, La Escrita, entre otros³⁴¹). Las noticias o tesorillos de numismática ibérica pre-conquista y el grueso del conjunto augusteo-tiberiano reflejan el proceso de conquista y reorganización del territorio a través de la presencia de militares de forma permanente. No se puede contemplar la difusión de la moneda de manera generalizada

339 Se trata de un conjunto 16 denarios ibéricos y 4 romanos tardorrepublicanos que ofrecen una fecha post-quem entre el 32-31 a. C. (Sánchez de Arza, 1984; Blázquez Cerrato, 2004: 321-323).

340 San Martín de Torres, LE (29-19 a. C.): Delibes, 2002: 218. Ramallas-Rabanales, ZA (25-23 a. C.): Blázquez Cerrato, 2004: 323-324. Castro La Magdalena, ZA (27-23 a. C.): Vicente González, 2011: 60-61. Castrillo de la Guareña, ZA (29-19 a. C.): Blázquez Cerrato, 2004: 326-327.

341 La Carisa-Curriechos, AS (23 a. C.): Camino y otros, 2006. El Chano, LE (Alegre y Celis, 1994; Celis, 2002: 202-203. Castros de la cuenca del *Navia* y en general para Asturias: Villa y Gil, 2006; Gil y Villa, 2006.



en las transacciones económicas de las comunidades locales desde el último cuarto del s. I a. C. y hasta bien entrada la primera centuria, sino que se trata de una economía monetaria vinculada con el cuerpo militar, tal y como atestiguan cecas campamentales o itinerantes del Noroeste bien conocidas desde las de la época de conquista (serie de Carisio) como las inmediatamente posteriores (monedas contramarcadas con cabeza de águila) (Villa y Gil, 2006; Gil y Villa, 2006).

Desde el punto de vista jurídico el acto de conquista romana de un territorio suponía una rendición total de todo aquello, físico e inmaterial, que componía a una comunidad específica. El término *deditio in fidem* y la condición de *dediticii* o sometidos, hace alusión a dicha imposición del poder romano por derecho de conquista. Intrínsecamente unido a este hecho de claudicación está la generalización del modelo de *civitates peregrinae* como organización básica del suelo provincial³⁴². Con el Imperio se marcó un punto de inflexión en las formas de dominación, pasando a primer plano los mecanismos de ordenación y sistematización de la tributación provincial. Para ello el Estado romano rehabilitó jurídicamente el carácter temporal *dediticio* por una restitución (*redditio*) de las personas -con una condición libre-, suelo, construcciones, leyes y demás³⁴³, incluido aquí los cultos o sacra, en el marco de las leyes y las costumbres locales (*leges moresque peregrinorum*³⁴⁴). Sin embargo, pese a la apariencia de una vuelta al estado precedente, bajo dicho acto las poblaciones sometidas quedan bajo la autoridad y la protección de Roma, obligadas como comunidades estipendiarias a pagar un tributo y someterse a levadas como *auxilia* del ejército romano. A su vez, el Estado romano se reservaba el derecho de intervenir en dicha restitución premiando a unas comunidades y castigando a otras, además de recuperarse para su explotación algunas zonas como las minas de oro (*metalla*) o los *prata militares*, en forma de *ager publicus*³⁴⁵. El *ager peregrinus* se organiza en lo que los agrimensores denominan *ager per extremitatem mensura comprehensus* (Front., *Th.* 1-2) Esta categoría gromática, que no jurídica, permitía las costumbres locales en el suelo de la *civitas*, concibiéndolo ante todo para controlar su tributación en bloque (Orejas y Sastre, 1999; Orejas, 2002). Con dichos mecanismos jurídicos de imposición del poder

342 Es lo que se desprende de la lectura *De agrorum qualitate* de Frontino (Front., *Th.* 1-2; Orejas y Sastre, 1999). Sobre la consolidación territorial y la tributación regular altoimperial: Gonzales, 2002 o Plácido, 2008b.

343 [...] *agros et aedificia leges cetera omnia* [...], como dice el Bronce de Alcántara (AE 1984, 495; HEp 1, 151).

344 En relación al matrimonio en el seno de comunidades peregrinas: Gaius, *Inst.*, 1, 92.

345 Orejas y Sastre, 1999; Orejas y otros, 2000; Sastre 2001: 95-130; García Fernández, 2007. Para el caso específico de la *deditio* de Alcántara: López Melero y otros, 1984. Sobre el Edicto de El Bierzo como reflejo de la organización post-conquista en *civitates* desiguales: Sánchez-Palencia y Mangas, 2000; Grau y Hoyas, 2001.



romano en el territorio se verían dislocadas para siempre las relaciones segmentarias de tradición prerromana, en su inserción en el suelo provincial a través de la *civitas* como unidad administrativa, política, fiscal y religiosa³⁴⁶.

Todo ello se pudo llevar a cabo gracias a la movilización de los contingentes militares que habían participado en la conquista del territorio. Así se sabe que de las siete legiones convocadas quedarían a partir del 19 a. C. tres asentadas de forma permanente en el Noroeste, replegándose el resto de las legiones hacia la frontera septentrional del Imperio, en ese momento especialmente inestable³⁴⁷. Las legiones permanentes fueron la *Legio X Gemina*, la *VI Victrix* ambas en área astur y dirigidas por un legado, y la *IV Macedonica*, en área cántabra, dirigida por otro legado. Dichos legados imperiales (*legati*) formaban con un tercero, sin tropas adjudicadas al cargo de la zona pacificada de la Meseta, la representación máxima de los nuevos distritos (*diocesis*) post-conquista ante el gobernador de la *Hispania Citerior* (*Str.* 3, 4, 20; *Tac., Ann.*, 4, 5, I). Aunque ha habido que esperar a las demostraciones arqueológicas, hoy día podemos afirmar que las tres legiones que quedaron permanentes ocuparon tres puestos privilegiados en el control interno de las comunicaciones del norte-noroeste a través de la *via Aquitana*: la *X Gemina* se estableció en *Asturica Augusta*/Astorga, León³⁴⁸ y posteriormente en *Petavonium*/Rosinos de Vidiriales, Zamora³⁴⁹, la *VI Victrix* en Legio/

346 Orejas y otros, 2000; Ruiz del Árbol y otros, 2000; Sánchez-Palencia y otros, 2001; González Rodríguez, 2008; Marco, 2009a; Orejas y Alonso, 2013; entre otros.

347 La *I Augusta* se acantonaría en el *limes* germánico en la *Colonia Agrippinensis* primero y en *Bonna* después por lo que recibiría el sobrenombre de *Germanica*, pasando después de la rebelión contra los bátavos en el 70 d. c. a formar parte de lo que sería la *Legio VII Gemina galbiana*, La *II Augusta* fue enviada también a Germania tras la derrota de Teotoburgo, en la que se perdieron las legiones XVII, XVIII y XIX, y se sentó posiblemente en Maguncia/ *Mogontiacum* y luego en Estrasburgo/ *Argentoratum*, participando posteriormente en la conquista claudiana de *Britania*, La *V alaudae* se envió a la *Colonia Agrippinensis* para posteriormente tras la revuelta bática o tras la primera guerra dácica quedar aniquilada. Por último, la *IX Hispana* fue trasladada a la frontera renana para retirarse tras la batalla de Teotoburgo y participar en incursiones en Mauritania y en la invasión britana. Para un análisis del ejército de conquista clásico en Syme, 1933; García y Bellido, 1961 y Schulten, 1962. Más recientemente en Santos Yanguas, 2007.

348 A partir de algunas evidencias epigráficas y de las interpretaciones sobre la estrategia de conquista, ya se había propuesto desde antiguo: Gómez Moreno, 1925: 8-22; Schulten, 1962; Jones, 1976; Mañanes, 1983: 12-13; 1983/84: 215. Sin embargo, existió un consenso que hacía hincapié en el origen indígena como capital de los *Amaci*: Luengo, 1961: 152-53; Pastor, 1976: 70-73; García y Bellido y otros, 1987: 39. La prueba definitiva vendría dada por las excavaciones de los niveles más antiguo en distintos sectores de la ciudad, los cuales desvelaron estructuras perecederas de postes y un doble militar tipo *fossae fastigatae* datado por los materiales entre el 15/10 a. C.-15/20 d. C.: González Fernández, 1996: 85-90; Burón Álvarez, 2006; Morillo y García Marcos, 2006. Finalmente se han detectado dos grandes bloques de granito reutilizados con la marca de cantería legionaria (*LXG*) que no hacen sino refrendar que a la ciudad de Astorga le precedió un campamento militar *ex novo* de la *Legio X Gemina*: García Marcos y Vidal, 1995: 115; Morillo, 2003: 89, nota 2.

349 Se conocen dos recintos campamentales superpuestos. El origen del más antiguo se interpretó en la época de la conquista (aprox. 20/15 a. C. en Carretero y Romero Carnicero, 1996: 10), pero tras el reciente estudio del material se ha



León³⁵⁰ y la *IV Macedonica* en *Pisoraca*/Herrera de Pisuerga, Palencia³⁵¹; además de los puestos de algunas de sus unidades auxiliares de las que se conocen recintos campamentales en distintos puntos³⁵².

Hasta la conquista cántabro-astur, las tierras al norte del Duero habían pertenecido a la Lusitania, *provincia Hispania Ulterior*, terminando tras una importante redistribución territorial en la integración de los galaicos y astures en la provincia Citerior. La *provincia Hispania Citerior* era una provincia “imperial”, gobernada por un *legatus Augusti pro praetore*, es decir por una persona de la confianza imperial cuyos subordinados eran nombrados igualmente por el emperador, del cual dependían las legiones permanentes citadas. La reorganización administrativa que llevó a la inclusión de las áreas galaicas y astures a dicha provincia pasó por la creación de una provincia transitoria que se denominó *Transduriana provincia* conocida a través del Edicto de El Bierzo (Sánchez-Palencia y Mangas, 2000; Costabile y Licandro, 2000; Grau y Hoyas, 2001). Dicho título debía aludir específicamente a los territorios al norte del Duero (desde una percepción meridional, desde la *Ulterior*), los cuales se vincularían básicamente con *Asturia* y *Gallaecia*. Se discute que hubiera sido tanto una organización provincial experimental y de duración efímera, como una “misión militar” o “ámbito de competencia de un funcionario” dentro de la provincia como tal, en el contexto de las acciones durante la conquista y en su reorganización inmediatamente posterior³⁵³.

venido aceptando que su fundación debe posponerse al menos hasta un momento tardoaugusteo-tiberiano que enlaza muy bien con un traslado plausible de la *Legio X Gemina* desde Astorga, de la que se conoce un importante conjunto epigráfico (Morillo, 2003: 90). Posteriormente la legión debió permanecer hasta el 63 d. C. con destino Petronell/Carnuntum (Austria), siendo el campamento posterior del Ala II Flavia asignada a la *Legio VII Gemina*, la cual permanecería hasta el fin del Imperio (*Not. Dig. Occ.* 42, 27).

350 Se había propuesto su asociación desde antiguo en un plano hipotético, aunque también se valoraba su presencia en *Bracara Augusta* por su presencia epigráfica (García y Bellido, 1961: 122-23). Sin embargo, no ha sido hasta recientemente cuando se han explorado las fases más antiguas de la ciudad de León, cuya fundación se asocia al momento de conquista (20-10 a. C.) (García Marcos y Morillo, 2000-2001 y 2002; Morillo y otros, 2002; Morillo y García Marcos, 2004).

351 El conjunto epigráfico militar es aquí mucho más discreto y su conocimiento arqueológico es todavía incipiente aunque parece que no hay duda sobre su asociación, para un acercamiento reciente en Pérez González, 1999.

352 A través de algunos campamentos que debieron pertenecer distintas unidades auxiliares desde época de la conquista y principalmente durante la reorganización augustea como los recintos de Valdelameda en la ladera del Teleno, destruido posteriormente por la actividad minera aurífera que se propone para el primer cuarto del s. I d. C. (Sánchez Palencia, 1986), los de Castrocalbón en relación con la *via XVII* ((Morillo, 2007: 232) o el de El Alba/*Albocela* en Villalazán, en el occidente de Zamora asociado al paso de la llamada vía de la Plata (Del Olmo y Rodríguez, 1993; Del Olmo, 1994-1995, 115-118), entre otros.

353 Alföldy, 2000b; Sánchez-Palencia y Mangas, 2000; Costabile y Licandro, 2000; Grau y Hoyas, 2001; Diego Santos, 2002; Ozcáriz, 2009: 330-331; López Barja, 2010.



La importancia del Noroeste parece que hubiera residido en el interés que tuvo la autoridad imperial con las zonas en las que se requería de una presencia militar que se haría clave en relación con las explotaciones mineras³⁵⁴. Se discute todavía sobre la fecha de dicha reorganización y se acepta generalmente el periodo de estancia en la Península del mismo emperador Augusto entre el 16-13 a. C., en cualquier caso antes del 2 a. C., momento del inicio de la producción epigráfica del gobernador de la Citerior P. Fabio Máximo con varias inscripciones en las capitales conventuales galaicas³⁵⁵ (Alföldy, 1969: 207; Tranoy, 1981: 146-147; Ozcáriz, 2009: 324). Sin embargo, también es cierto que el Noroeste peninsular llevó un proceso progresivo de administración diferenciada respecto al resto de la Citerior. Existieron cargos específicos para la zona astur-galaica (*iuridici* y *procuratores Asturia et Gallaecia*) y finalmente a principios del s. III d. C. se inicia otro proceso con la conformación de una provincia *Hispania Superior* que comprendía el área galaica extraída de la Citerior, llamada entonces *provincia Hispania nova Citerior Antoniniana* (Alföldy, 2000a: 28-34, 43-44 y 2007: 8-9; Ozcáriz, 2006: 37-47).

La organización interna en los *conventus* del Noroeste, *Lucensis*, *Bracarum* y *Asturum*, que se conocen plenamente activos en el Noroeste desde la época Flavia en el último cuarto del s. I d. C., ha sido debatida en relación con una implantación conventual precedente desde época augustea. La aparición de la *Tabula Lougeiorum*, cuya autenticidad fue cuestionada³⁵⁶ hasta la realización de análisis más completo³⁵⁷, permitió la constatación de un *conventus arae August(a)e* datado en un pacto de hospitalidad entre un individuo y la *civitas* de los *Lougei* en el 1 d. C.³⁵⁸ (Balbín, 2006: 201-4). Ya se conocía otro *hospitium* entre un susarro y un *castellum* de la *civitas* Lougeiorum³⁵⁹ que se asociaba

354 No hay que olvidar en este sentido que sincrónicamente se procedió a la inclusión del *saltus Castulonensis* (porción oriental de Sierra Morena) en la provincia Citerior, vinculado también con la presencia militar y la explotación minera de la región.

355 De Lugo: *CIL* II 2581 (p 907); *IRLu* 20 = *IRG* II, 55; *AE* 1993, 1030. De Braga: *RAP* 477.

356 Su descubrimiento vino dado después de que se intentase vender al *British Museum* en 1983, sin llegar a establecerse una procedencia exacta del mismo y sospecharse de los conocimientos filológicos de un amigo del expoliador (Ozcáriz, 2006: 52-3). Su principal cuestionamiento vino dado por el análisis de Canto (1990).

357 Dopico, 1988; Fernández-Ochoa y Morillo, 2002; Ozcáriz, 2006: 52-61.

358 *C(aio) Caesare Aug(usto) f(ilio) L(ucio) Aemilio Paullo co(n)s(ulibus)/ ex gente Asturum conventus Arae/ August(a)e / civitas Lougeiorum hospitium fecit cum/ C(aio) Asinio Gallo libereis postereisque eius/ eumque liberos posterosque eius sibi libe/reis postereisque suis patronum cooptarunt/ isque eos in fidem clientelamque suam suo/rumque recepit/ egerunt legati/ Silvanus Clouti/ Nobbius Andami* (*HEp* 1, 458 = *HEp* 3, 247; *AE* 1984, 553 = *AE* 1987, 561 = *AE* 1989, 431 = *AE* 1997, 862).

359 *Appio Iunio Silano P(ublio) Silio/ Nerva co(n)s(ulibus)/ Tillegus Ambati f(ilius) Susarrus/ o(castello) Aiobrigiaeco hospitium/ fecit cum Lougeis castellanis/ Toletensibus sibi uxori libe/ris posterisque suis eumq/ue uxorem liberosque eius/ in fidem clientelamque sua/m suorumque in perpetuo cas/tellanei Toletensis receperunt/ egit Tillegus Ambati ipse/ mag(istris) Latino Ari et Aio Temari* (*AE* 1961, 96 = *AE* 1973, 289 = *HEp* 8, 334 = *IRPLEu* 55 = *AE* 2000,



con una sepultura del castro de Monte Cido- Torre Cabreira en el Alto Caurel en la frontera entre El Bierzo y Galicia (Luzón y otros, 1980: 35-36), por lo que es muy posible que la *civitas* se extendiese en el área más occidental de la *Asturia Augustana*. Por último, existe otro documento de época galbiana mucho más controvertido³⁶⁰ que menciona el cargo de *quaestor gentium Araugustanoru(m)*³⁶¹ (HEp 7, 1116). El *conventus Arae Augustae* ha sido interpretado desde la confirmación de la organización conventual augustea por la que ya apostaba Schulten, haciéndolo el precedente del *conventus Asturum* (Dopico, 1986: 267-70 y 1988: 47-63), hasta su asociación con todo el territorio galaico y astur (Fernández Ochoa y Morillo, 2002: 889). Los hay también que piensan que se deba circunscribir a la *Asturia Transmontana* (Colmenero y Carreño, 1992: 403, nota 64) o bien a la propia capital *Asturica Augusta* (Alföldy, 2007: 333-335). En cualquier caso, parece que hay un consenso respecto a que las competencias jurídicas de dicha circunscripción sólo debieron homologarse al resto de *conventus* hispanos con los Flavios (Mangas, 2007: 710-711).

Tras la propia etimología del nombre del *conventus* más primigenio conocido para el Noroeste ibérico, como altar a Augusto, se delata la importancia del culto imperial en la génesis de los territorios provinciales, de lo que existe un largo debate³⁶². Se sabe que los *concilia* provinciales debían llevarse a cabo frente a un *ara* dedicada a Augusto (Hardy, 1906: 257). La fundación de algunos lugares, ciudades y colonias del Imperio, giran en torno a dicho hito sagrado, máximo símbolo de la adhesión imperial, tanto desde su carácter fundacional como en el caso de *Lugdunum*, actual Lyon (Woolf, 1998: 78-80 y 216-17; Turcan, 1982; Fishwick, 1987-2005), como en la denominación del *Ara Ubiorum* (Colonia, Alemania), que mantuvo la referencia sacra en su nombre posterior, *Colonia Claudia Ara Agrippinensis* (Tac., *Ann.*, 1, 39, 1 y 57, 2; Fishwick, 1987-2005: II, 9-21). También desde comienzos del siglo pasado, se estableció una vinculación entre la titulación de *sacerdos/flamen* con su adscripción respectiva a un *ara/templum*, lo que habría indicado una naturaleza distinta del culto entre los distintos *conventus* y capitales provinciales (Jullian, 1921: 426-27; Fishwick, 1987-2005:

748).

360 Se trata de un conjunto de documentos romanos en bronce que se dieron a conocer en 1997 a través de fotocopias de calidad mediocre enviadas por fax (Ozcáriz, 2006: 52).

361 *Ti(berio) Claudio Ae/milli(!) f(ilio) Quir(ina) Presso/ quaestori gentium/ Araugustanoru(m)/ sacerdoti Romae/ et Aug(ustorum) dilectatori/ Imp(eratori) Galbae Aug(usti)/ Aemilia Alla et Aemi/lla Auga patri* (HEp 7, 1116 = HEp 6, 1005 = HEp 9, 712-715).

362 Pippidi, 1939; Etienne, 1958; Alföldy, 1973; Fayer, 1976; Fishwick, 1987-2005; Delgado, 2000a y b; Mangas, 2007; Ozcáriz, 2006 y 2009.



I, 165-68). Algunos autores han retomado esta idea para ponerlo en relación con el *conventus Ara Augusta* de la *Tabula Lougeiorum* y proponer que todos los *conventus* del Noroeste debieron tener un *ara* dedicada al emperador, ya que en todos están constatados los sacerdocios (Ozcáriz, 2006: 83).

El problema aquí está en la documentación epigráfica en relación con los títulos sacerdotales vinculados al culto imperial en el Noroeste que proceden de individuos sobresalientes que terminaron su carrera en *Tarraco*³⁶³ y están datados en época post-flavia, durante el s. II d. C.³⁶⁴. Se trata de un conjunto de *flamines provincia Hispania Citerior* y *sacerdotes Roma et Augusto*, en los que se señala su *origo* de distintos lugares noroccidentales: bergidoflaviense, brigiaecino, lanciente, límico bracaraugustano, générico lucense, entre otros. Otros epígrafes con el desempeño del cargo de *sacerdos*, son propios de las capitales conventuales de Asturica³⁶⁵ y Bracara³⁶⁶, con dataciones algo más tempranas, propiamente flavias en el último cuarto del s. I d. C. Contra la especificidad del título de sacerdote como propio de la carrera conventual, otros autores defendieron una simple jerarquía de titulaturas a desarrollar de manera flexible en el seno de la *civitas-conventus-provincia*, en donde primaría la carrera particular del individuo emergente (Alföldy, 1973: 46). Lo que se demuestra en última Instancia es que, al menos desde la llegada de los Flavios, se abrieron nuevas vías de ascenso para ciertos individuos vinculados con el culto imperial en los *conventus* más alejados, dependientes jerárquicamente del flaminado provincial (Ozcáriz, 2006: 81-82). Con la excepción de un caso cluniense, también honrado en *Tarraco*³⁶⁷, la ausencia de culto sacerdotal en los *conventus Caesaraugustano*, *Cartaginensis* o *Tarraconensis* ya llevó a una explicación muy discutible, que suponía que la diferente titulatura de los sacerdotes de los *conventus* del Noroeste estuviera relacionada con el insistente tópico de la “romanización débil” de dichos territorios, frente a los otros que habrían estado más romanizados y habrían potenciado más un culto municipal antes que conventual (Etienne, 1958: 181-2). Los datos en este sentido no se pueden mantener, como han

363 Con *origo* del *conventus Asturum*: *CIL* II 4223; 4248 y 6094. Del *conventus Bracarensis*: *CIL* II 2426; 4204; 4215; 4236 (flaminica) y 4247. Del *conventus Lucensis*: *CIL* II 2638 y *AE*, 1897 (Alföldy, 1973: 63 y ss; no incluye *CIL* II 2416).

364 Datados por Alföldy a lo largo del s. II d. C. (Alföldy, 1973: 63, 71, 75-76) y más tempranamente a partir de Vespasiano por Mangas (Mangas, 2007: 709-710).

365 Son los casos de *CIL* II 2637 (datado en época de Vespasiano) y 5124 (datado a finales del s. I-II d. C.).

366 Son los casos de un *Camalus Melgaeci* f. como *sacerdos Romae Augustorum Caesarum* (*CIL* II 2426) y el caso de la única mujer conocida en el noroeste con el cargo de *sacerdos perpetua Romae et Augusti*, en un voto a *Iside Augusta* (*CIL* II 2416).

367 Se trata de *CIL* II 6093 de origen *intercatiense ex gente Vaccaeorum*, *sacerdos Romae et Augusti ararum Augustanarum*.



insistido algunos autores (Ozcáriz, 2006: 83; Mangas 2007: 710-711). En concreto sabemos que el título de sacerdote de culto imperial (*sacerdos Romae et Augusti*), como el de los cargos municipales, en el contexto de las provincias sólo podía ser disfrutado por la oligarquía local, tal y como se desprende de la *lex civitatis Narbonensis de flamonio provinciae*³⁶⁸, y por tanto tiene que ver con la reproducción de un *modus operandi* plenamente romano, aunque fuese en un contexto en el que no estuviese desarrollado el modelo urbano de ciudad que sí el modelo de organización básico de la *civitas*. El resto de datos sobre el culto imperial en ámbito provincial, desde la organización interna y el acceso a los cargos sacerdotales hasta las actividades vinculadas al culto, son muy limitados en el contexto general del Imperio³⁶⁹, por lo que las particularidades en la implantación en el Noroeste se hacen de difícil resolución.

Con respecto a la difusión del plan ideológico de Augusto en relación con los nuevos territorios conquistados, al margen de si encubren o no el germen de la organización de un culto imperial en ciertos centros, se conocen monumentos epigráficos de diversos lugares del Noroeste que honran a Augusto y su familia junto a los propios títulos de las capitales que delatan su fundación augustea (*Bracara Augusta*, *Lucus Augusti* y *Asturica Augusta*), junto a ciertos elementos como las llamadas *arae Sestiane* y las *turris Augustae*. Respecto al *corpus* de menciones honoríficas de Augusto y su familia en el Noroeste, contamos con un conjunto importante repartido en las dos capitales galaicas, un caso excepcional en Chaves/*Aqua Flavia*, como único caso de municipio constatado en el Noroeste. Todos los epígrafes se concentran en los finales de la última década del s. I a. C. y los primeros años del s. I d. C., algo más de veinte años después del fin de la contienda cántabro-astur, y tienen por objetivo celebrar y honrar tanto a la figura de Augusto³⁷⁰ como la de sus legados provinciales –en concreto de Paulo Fabio Máximo entre el 3-2 a. C. en Lugo³⁷¹ y en Braga con los *bracaraugustani*³⁷²– y sus

368 *CIL* XII 6938.

369 Respecto a la organización interna se plantea que fuese por paralelismo como en Roma y que no se organizaran en colegios aunque no se desconocen las relaciones con colegios específicos como los de los pontífices de las respectivas ciudades. El acceso al cargo podría ser tanto por consejo de decuriones como por nombramiento popular o por la conjunción de ambas pero habría dependido en función de la época, las provincias y la organización de las ciudades. Las actividades culturales son prácticamente desconocidas y sólo existen datos a cerca de los beneficiarios del culto. La situación se complica en relación a papel específico de los cargos del culto imperial detentados por mujeres (flámnicas y sacerdotisas): Fshawick, 1987-2005; Delgado, 2000a y b.

370 Como en su referencia como *pater patria* de Braga, *post quem* 2 a. C., en *CIL* II 2421.

371 de Lugo dedicadas por el mismo legado, en *AE* 1993, 1030 –inscripción de tipo bidental en la que algunos autores han querido ver la refundación de la ciudad debido a la caída de un rayo (Montero y Perea, 1996); *CIL* II 2581 (p 907) e *IRLu* 20 = *IRG* II, 55

372 [...] *sacrum Bracaraugustani Paulli Fab· Maxsimi legati pro praetoris natali dedicata est* (RAP 477).



relativos con aspiraciones sucesorias -como a sus nietos Cayo y Lucio³⁷³ o al hijo del lugarteniente de Augusto Agripa, Agripa Póstumo³⁷⁴. De Chaves/*Aqua Flavia*, también en territorio galaico procede una inscripción fragmentaria dedicada a Augusto *sacrum publice*, posiblemente datada también en torno al cambio de Era (*AFFE* n° 601³⁷⁵). Este lugar debe ponerse en relación con el proceso de promoción local, que llevaría a ostentar uno de los posibles títulos municipales, ajenos a la dinámica general del Noroeste, a partir de Vespasiano. Por último en el ámbito astur sólo se conoce un epígrafe de finales de la primera década del s. I d. C. dedicado por el legado provincial Cneo Calpurnio Pisón hacia el 9-10 d. C., con una *damnatio memoriae* tiberiana después de haber sido acusado de traición, y localizada ya desde el siglo XVI en la Campa Torres, Gijón (*CIL* II 2703), sobre el que volveré a continuación. En ningún caso parece que se tratase de altares propiamente dichos, en torno a los que girase un ritual de culto, aunque sí son muestras de diferentes tipos de pedestales para estatuas o lápidas realizadas para fijarse a edificios más o menos monumentales y que debieron estar en el origen de los espacios públicos o representativos más oficiales. Como tales, muestran en sí mismos la lealtad de los legados y las principales comunidades (estuviesen o no organizadas como conventus) a Augusto, tras lo que se debió estructurar el fuerte programa político, ideológico y simbólico, en el que se deben incluir las bases del culto imperial en pleno cambio de Era.

Directamente relacionado con el sancionamiento simbólico y religioso de la anexión de los territorios del extremo occidental del orbe conquistados por Roma, se conocen las referencias en las fuentes literarias a las *arae Sestiane*³⁷⁶. De ellas se sabe que fueron diversos altares erigidos en honor de Augusto por el legado Lucio Sestio Quirinal que cumplió su cargo inmediatamente después de la conquista cántabra-astur y que según algunas fuentes consagró tres *arae* por el litoral noratlántico-cantábrico de forma imprecisa³⁷⁷. En esta misma línea cabe destacar la reciente investigación histórica y arqueológica en torno a la inscripción de Calpurnio Pisón (9-10 d. C.) del castro de la Campa Torres, tradicionalmente vinculada con una de estas *arae Sestiane*. Su localización en la península

373 Procedente de Braga dedicado por una genérica *Gallaecia* en *CIL* II 2422 (p XLIV, 706, 900).

374 De los *bracaraugustani* hacia el 4 d. C. (*AE* 1974, 392).

375 Cae]s(ari) di[vi - - - / - - -] co(n)s(uli) / l(iberti) p(ublici) [p(atrono) (*HEp* 2, 844a = *AFFE* n° 601).

376 Mela, *Chor.*, III, 13; Plinio, *NH*, IV, 111; *Ptol.*, *Geogr.* II, 6, 3. Para un estudio reciente sobre el tema en Fernández Ochoa y Morillo, 2002 y Grüner, 2005.

377 La confusión de su localización debe residir en el doble topónimo de *Noega*, ya que existió uno en ámbito astur -*Noega Ucesia*-, vinculada a la propia Campa Torres, y otro galaico en territorio de los *copori* en las Rías Altas lucenses (Fernández-Ochoa y Morillo, 2002: 901-902).



del extremo de la ría de Aboño al noroeste de la bahía de Gijón, debe asociarse con un núcleo prerromano (posible *Noega Ucesia*) que debió contar con algún contingente militar durante buena parte de la primera centuria (Villa y Gil, 2006: 497) y cuya población terminaría por trasladarse al futuro emplazamiento de Gijón/Gigia. Incluso se ha puesto de manifiesto que se tratase de la capital de la *Asturia Transmontana*, expresamente al margen de *Asturica Augusta* (Alföldy, 2007: 333-335). Por lo que se sabe hasta ahora, la lápida de la Campa Torres fue parcialmente borrada por la traición de Estado del dedicante en época de Tiberio y a tenor de los estudios recientes, pudo formar parte de la fundación de una *turris Augusta* a modo de faro controlado por el ejército en un importante punto de cabotaje de la costa cantábrica (Fernández-Ochoa y otros, 2005).

A este hito marítimo en la Campa Torres se habrían unido otros en ciertos lugares estratégicos de todo el extremo noroccidental, como La Coruña/Brigantium³⁷⁸ y otros en la ruta comercial atlántica³⁷⁹, que podrían ponerse en relación, por su importancia simbólica, con una sacralización en torno a altares en honor de Augusto (*arae Augusti*)³⁸⁰, entre los que estarían las menciones literarias de los que erigió Sestio Quirinal (*arae Sestiane*). El acto fundacional de un monumento de este tipo, sea tipo *turris* o *ara*, así como sus ritos asociados (sacrificio, libación, etc.), están plenamente integrados en la concepción de hito/límite grecorromano (*semeïon/péras*³⁸¹ (gr.)- *finis/terminis*³⁸² (lat.)). Dicho acto sacrificial parece estar presente en la referencia del propio concepto romano de hito liminal o *semeïon/finis* y su carácter sagrado relacionado con el dios *Terminus*³⁸³. En las descripciones

378 Me refiero al monumento conocido como Torre de Hércules en donde se conoce una inscripción dedicada por *G. Seivius Lupus* a *Mars Augustus* (CIL II 5639 = 2559) que debió formar parte de otras dedicatorias no conservadas. Sobre su referencia como faro, en Oros., *Hist.*, 1, 2, 33. Para un análisis del monumento: Arias, Fernández-Ochoa y Morillo, 2009.

379 Sobre la ruta comercial atlántica que enlaza el noroeste (principalmente *Finisterre*, A Coruña/ Brigantium, Gijón/ *Noega*, Santander/*Portus Victoria* e Irún/*Oiasso*) con la costa aquitana (*Burdeos/Burdigala*) y la britana (*Dóver/Duvis* y Londres/*Londinum*) en Fernández Ochoa y Morillo, 1994; Fernández-Ochoa -ed-, 2003; Fernández-Ochoa y Morillo, 2009.

380 Aquí se debe traer a colación dos de las inscripciones de Tarragona de *sacerdos Romae et Augusti conventus Lucensium* y *Cluniensis* en donde se mencionan unas *Aris* [*Aug(ustanis)*] y unas *Ar(arum) Augustanar(um)* respectivamente (CIL II 2/14, 1145 y 1114) que se han puesto en relación con *Finisterre* para el ámbito lucense y con alguno o varios de los puertos cántabros principales además de *Portus Victoria* y *Oiasso* (como San Vicente de la Barquera/*Portus Vereasueca*, Suances/*Portus Blendium*, o Castro Urdiales/*Portus Amamum* en NH, 4, 110-111 y *Ravenn.*, 308, 1) para el ámbito cluniense (Alföldy, 2007: 336).

381 Utilizado en griego para referirse en el sentido de hito liminal/ *semeïon* o límite/ *péras* propiamente dicho.

382 Igualmente presente como en griego la misma distinción, como se puede observar en las propias descripciones romanas del territorio por parte de los agrimensores (p.e. en Hyg., *Th.* 77, 45 o 90, 135).

383 En la concepción romana, la creencia en el dios *Terminus* servía para enmarcar de forma sacralizada el carácter de las delimitaciones territoriales. Los límites de esta forma se respetaban de manera inviolable y perenne como si de una divinidad o una potencia divina se tratase. Todo ello se reflejaba en la propia ceremonia religiosa de consagración



geográficas imperialistas, como en la de Estrabón, el papel de los *finis* sancionados simbólicamente es un referente continuo. Ya en el inicio del relato estraboniano encontramos una referencia simbólica, el Promontorio Sacro -*Hieròn Akrotériou*-, que conforma una marca o límite final de la ecúmene a través de indicadores como la Torre de Cepión (a modo de *semeíon*) (*Str.* , 3 1, 9). En el imaginario griego fueron las Columnas de Hércules el límite occidental respecto a su mundo conocido y el hecho de situar el cabo más occidental pasadas éstas y en pleno Océano, suponía incidir en el papel de la conquista romana, no necesariamente eficaz sobre dicho territorio³⁸⁴. Desde ese punto se marcan dos cabos más que jalonan el Océano al norte; el Promontorio Bárbaro y el Nerio, un límite (definido como *péras*) tanto occidental como septentrional. Éste es en donde se localizan para Estrabón “los últimos”, que denomina cántabros (*Str.* , 3, 3, 5). En este punto se resalta la campaña pseudo-histórica de finales del s. II s. C comandada por D. Junio Bruto y los sucesos en el río *Lethes* o del Olvido a los que he hecho referencia en relación a las lecturas interpretativas de los fragmentos iconográficos de Moñes. Se trata en resumen, del relato de un acto valeroso de las milicias romanas al superar las creencias supersticiosas³⁸⁵. En este sentido el río del Olvido conforma otro importante *finis* simbólico en las fronteras del mundo conocido, situado en aquel tiempo en el impreciso Noroeste.

En este contexto, las referencias a las *turris Augustae*, bien pueden parangonarse metafóricamente con límites simbólicos sancionados religiosamente a modo de *arae*: faros monumentales como grandes altares. El carácter de estos *finis* guardaría una estrecha relación con los triunfos monumentales. En concreto de época de Augusto conocemos que están enclavados en lugares de paso imponentes, como el paradigmático paso alpino de La Turbie (Alpes Marítimos), conocido como de las Tres Galias, que conmemora la sumisión de los pueblos alpinos occidentales en el 14 a. C. (Formigé, 1949), o el de Saint-Bertrand-de-Comminges (Alto Garona) -antigua *Lugdunum Covenarum*- del 16-13 a. C., en pleno paso pirenaico, que celebraba las victorias tanto de Oriente (*Actium*) como las occidentales

que precedía a su colocación tal y como se recoge en los tratados gromáticos, p.e. en Sic. Fl., *Th.*, 105, 5 y 16. Sobre un análisis del tema en Castillo Pascual, 1996: 51 y 59.

384 De hecho, como dice Plácido, la descripción del territorio local (turdetano) no alcanza a la del Promontorio Sacro, dejando un área extensa principalmente del Algarve portugués sin describir y reflejando con ello el valor puramente simbólico de dicho semeion o *finis* (Plácido, 1987-88: 246)

385 *Str.* , 3, 3, 5; Liv., 55, 56; App., *Iber.*, 71-73 y 80; Flor., II, 17, § 12; Oros., v. 5. Respecto a la mitología de los ríos infernales y del pasaje de un mundo conocido a otro desconocido en las fuentes clásicas, en García Quintela, 1999: 158-69.



galas aquitanas y las cantabro-astures hispanas³⁸⁶ (Picard, 1947; Boube, 1996; Peralta, 2003: 269-71). En ningún caso creo que se deba de relacionar ni las *turris* ni las *arae Sestiane* con lugares en donde se habría llevado a cabo un culto imperial continuado, ya que no se puede deducir del contexto de la Campa Torres que existiera un altar propiamente dicho³⁸⁷, aunque sí con un reflejo embrionario de lealtad sagrada al plan imperial, íntimamente relacionado con el papel del ejército y el control en estos casos, de los principales puertos marítimo cantábricos y atlánticos³⁸⁸. La importancia de las llamadas *arae Sestiane*, y con ellas las *turris Augusti*, fueran o no la misma cosa, debió de residir en su concepción como triunfo monumental en el paisaje conquistado a modo de hitos simbólicos en los extremos occidentales hechos para ser visibles desde el mar y con una clara vinculación con el trasiego marítimo³⁸⁹. Así habrían sido tanto monumentos con función de faros militarizados como triunfos sobre los extremos del mundo conocido. Tras estas primeras apprehensiones ideológico-simbólicas ligadas a las acciones militares inmediatamente posteriores a la conquista efectiva del Noroeste como el extremo occidental del mundo conocido, está la génesis de la difusión del modelo religioso romano a través de la ritualización del *monumento* escrito. A continuación me centraré en la definición de lo que los romanos entendían como su sistema religioso (*religio*) así como los problemas en el proceso de emulación de dicho modelo en ámbito peregrino. La cuestión clave será definir cómo se acomodó, se hizo inteligible y se reapropió por parte de las comunidades indígenas a través de dos casos de estudio funerario y votivo en ámbito astur, mostrando una desestructuración respecto al modelo simbólico religioso segmentario prerromano definido en los bloques anteriores.

386 Este trofeo tiene además la trascendencia de competir con el levantado por Pompeyo en la vía que unía el Empordà con el Roselló, cerca del actual paso de La Junquera. Parece ser que Augusto lo habría levantado en relación con la fundación de la ciudad de *Lugdunum Covenarum* y para contrarrestar la reputación y la propaganda todavía pompeyana en la zona (Marco, 1998: 58).

387 Puesto que aunque tradicionalmente se vinculó cierta construcción anexa a la torre del faro con un altar modelo *Ara Pacis*, no se debe excluir que fuera simplemente parte de la plataforma de acceso (Fernández-Ochoa y otros, 2005: 143).

388 En este sentido se ha llamado la atención sobre la salida natural al puerto de la bahía de Gijón de la *Legio VI Victrix*, una de las tres legiones encargadas de la reorganización post-conquista, que estaba acantonada en León/Legio. La presencia del campamento de A Ciudadela respecto del puerto de La Coruña/*Brigantium* podría haber tenido una importancia similar pero la presencia militar estable en esa área está datada a partir de finales del s. I d. C. en relación a la *Cohors I Celtiberorum*. Dicha relación de los faros y el ejército se muestra en otros casos a lo largo y ancho del Imperio tanto en área atlántica como mediterránea (Fernández-Ochoa y otros, 2005: 143).

389 para un estudio sobre el paisaje marítimo en las descripciones geográficas griegas en Pédech (1978). Sobre su reproducción en la descripción estraboniana al hilo de algunos indicadores como la Torre de Cepión en el Promontorio Sacro: Plácido 1987-1988: 249.



11. Símbolos religiosos y emulación indígena peregrina

En primer lugar haré una síntesis de las características del sistema religioso romano para poder valorar el alcance de su implantación, difusión y reapropiación en el contexto provincial de las comunidades astures. Lo que denominamos como religión romana tiene propiamente un sentido cívico que sienta las bases jurídicas que pervivirán en el sistema a lo largo del tiempo y que hunde sus raíces en los cultos políados bien estudiados en el caso del mundo heleno (Polignac, 1984). Una religión *cívica* quiere decir ante todo que está orientada a los ciudadanos, los cuales en el mundo antiguo se restringen a la población autóctona masculina adulta, frente a las mujeres, los niños, los extranjeros y los esclavos. Se trata de una religión que existe por y para lo que representa la comunidad *cívica* activa y por tanto la religión romana en origen y en esencia es la religión de Roma (Gordon, 1990; Scheid, 1991 [1982] y 2005a). Por esta característica básica, la religión está íntimamente unida a los intermediadores con lo sagrado: desde cada *pater familias* en su propia casa en ámbito privado hasta los distintos tipos de especialistas, tanto magistrados civiles como sacerdotes religiosos, en ámbito público. Este sistema hace primar lo sagrado por encima de lo político, como la manifestación propia de la ciudad, puesto que lo precede y lo fundamenta. El culto público se organiza en relación al conjunto de los ciudadanos y sólo en función de los intereses de la comunidad *cívica* a través de los *agentes* especializados que actúan escrupulosamente llevando a cabo los rituales que sirven de cauce de comunicación con los espíritus y divinidades. Los magistrados elegidos en los comicios asistidos por los sacerdotes vitalicios son los que se encargan de fundar el culto a un determinado dios (*consecratio*), asignándole un terreno, dándole templo (*locus sacer-templum*) y dictando una ley sagrada (*lex sacra*).

A partir del s. III a. C., los distintos sucesos de la Historia de Roma, conflictos itálicos con las comunidades latinas y participación en las guerras púnicas, afectarían al sistema religioso cívico, especialmente en relación a la percepción de los cultos extranjeros que son bien recibidos entre las clases bajas o marginales tipo la plebe, las mujeres, etc. Con el triunfo romano tanto en suelo itálico como en el Mediterráneo tras la caída del Imperio cartaginés, el sistema religioso romano se encontró con multitud de cultos que por derecho de conquista iba atrayendo a su propio panteón³⁹⁰. Estos sucesos y otros conllevaban unos mecanismos religiosos romanos de (re)apropiación

390 Ando, 2003, 2005, 2007 y 2008; Lipka, 2009.



denominados *evocatio*³⁹¹ e *invocatio*³⁹², específicamente en relación con la movilidad de los cultos y las divinidades de dentro y fuera de la ciudad de Roma. Es aquí donde se debe contextualizar la implantación de culto como el de las Bacanales³⁹³ o el de Cibeles-Magna Mater³⁹⁴, oponiéndose políticamente un sector conservador de la tradición, de las *mores Maiorum*, representado por la ideología de Catón el Censor, frente a otro más abierto y flexible, reflejado en la familia helenizada de los Escipiones (Ando, 2008: 10-14 y 134-135). De la presencia de dichos mecanismos se deduce que, a pesar del lugar donde se adore a un dios en origen en la concepción romana, los dioses desean siempre más devotos, más lugares donde ser adorados, *gentes* y pueblos que los descubran. Desde este punto de vista Roma tuvo un afán por atraerse siempre el favor de todas las potencias sagradas, lo cual queda reflejado en los decretos senatoriales (*senatus consulta*) de la conformación de los municipios itálicos en la República tardía, en donde no se hacía hincapié en cambiar las formas del ritual local aunque sí se aconsejaban que el hombre que los oficiase no fuese un sacerdote-*sacerdos*, en el sentido romano del término. Sabemos por ejemplo, que en el caso de la conocida ciudad de *Fregellae* arrasada por su resistencia, el senado de Roma no actuó tanto contra los dioses adorados como contra los comportamientos de los oficiantes a sus cultos³⁹⁵. Con las guerras en suelo itálico, sus ciudades con sus dioses fueron asumidos bajo la ley y el poder de Roma (*iuris atque imperii Romani*: Tac., *Ann.*, 3, 71, 1) a través de la concesión del derecho latino (*ius Latii*). Es por ello que tras la actitud de permisividad y respeto aparente con lo sagrado de aquello que se conquistaba, se terminó por generar una “domesticación” de las prácticas foráneas a través de su inclusión en las normas de la ley romana (Ando, 2007: 438).

Esta tendencia se agrava en el s. I a. C., mostrándose la manipulación del culto público en beneficio de los distintos partidos políticos romanos enfrentados. La fundación del Imperio y las victorias del plan de conquista de los extremos del mundo conocido, contribuyeron como una prueba de la

391 *Evocatio* en el contexto de las guerras contra Veyes en Liv., 5, 21, 1-5 y 22, 3-7; contra Cartago en Macr., *Sat.* 3, 9; *evocatio* y *exauguratio* en Roma en el caso de la remodelación del Templo de Júpiter Capitolino y el traslado del dios *Terminus*, invocándolo, desacralizándolo y volviendo a dedicarlo en otro lugar, en *Fest.*, 1, 55.

392 *Invocatio* para que no se lleven la estatua de Roma y la eliminen en Liv. 5, 22, 3-7.

393 Liv. 39, 8, 13, 15 y 18.

394 Liv. 29, 11, 7 y 14, 10-14; Ov., *Fast.*, 4, 317.

395 De la que se nos cuenta que después del castigo que ejecutaron los romanos, los ciudadanos de *Fregellae* siguieron acudiendo al mercado y a representar ciertos ritos (*Str.* 5, 3, 10). Este hecho muestra como de forma ostentosa o piadosa se permite que se continúe el culto incluso cuando los romanos se han encargado de dismantelar el entramado cívico local que había dado significado a esos cultos.



legitimidad religiosa gracias al cumplimiento piadoso de la comunidad *cívica* romana. El acto del triunfo militar significaba demostrar de forma incontestable la potencia mística y a la larga divina de la figura del emperador que se convierte en el máximo representante político e intermediario religioso (*Princeps Senatus-Pontifex Maximus*), recobrando poderes de la época monárquica romana. El emperador encarna la piedad religiosa romana (*pietas*) junto a otros valores y se convierte en fuente única de legitimidad tanto sagrada como pública, siendo los magistrados y sacerdotes asistentes del emperador, y poniendo las bases de lo que es el propio culto imperial al que me he referido en el anterior capítulo. Con el Imperio la realidad religiosa alcanza un sistema complejo entre la firmeza, reflejada en el cumplimiento íntegro del calendario ritual romano, y la flexibilidad ante la presencia de cultos extranjeros tanto en el propio panteón romano, profundamente helenizado reflejado en los dioses olímpicos junto a distintos cultos orientales muy arraigados y personificaciones de poderes y virtudes, como en las distintas *civitates* y provincias de los territorios reorganizados bajo el Nuevo Orden romano (González Rodríguez, 2005).

Es en este punto donde comienza la reflexión en relación al sistema religioso romano en el contexto posterior a la conquista en ámbito hispano astur. De esta forma a lo que primero nos enfrentamos es que cuando se habla de la religión romana de época imperial en ámbito indígena, se suele dar por sentado que dicho concepto se refiere a algo muy diferente de la “religión romana clásica” (Le Roux, 1994). Se remite con frecuencia a un conjunto de religiones en plural por tratarse de un aglomerado de distintas tradiciones religiosas de tradición local, resultantes de un proceso de conquista tolerante en esas materias. Se da a entender que la religión romana como tal no habría existido en las provincias, que habría que hablar de distintas “religiones” como sistemas de creencias diferentes y separados (tipo “religión ibero-romana”, “celto-romana”, “galo-romana”, etc.), coexistiendo en distintos contextos, en los que la cultura romana habría tenido un mayor o menor calado. Esta es la idea que subyace a la interpretación de una religión de estirpe celta pre-romana que habría convivido con la religión oficial romana de manera autónoma, común a distintos territorios y provincias reunidas en el genérico Occidente del Imperio por oposición al mundo mediterráneo y oriental. En este sentido la presencia epigráfica de teónimos indígenas en un proceso de paulatina incorporación por interpretación/traducción (*interpretatio*) en latín-griego al panteón romano, mostraría la forma en que las religiones de tradición local pervivirían camufladas a través del lenguaje religioso romano hasta incluso épocas recientes en ambientes tradicionales.



Frente a esta idea, la diversidad que podemos encontrar en la religión romana imperial como producto de su proceso histórico de absorción de distintas tradiciones culturales (religiosas, para el caso que nos interesa), no debe confundirse con la imagen de “religiones separadas”, cada una de ellas con sus escrituras sagradas, clérigos, tipos de edificios templares, ritos y costumbres, a imagen de una concepción anacrónica de las “religiones del Libro”, más comunes a nuestra tradición judeo-cristiana (Rives, 2007: 5-6). Para entender este gran salto conceptual con la religión romana politeísta de época imperial y el lugar que ocupan en ella los cultos indígenas, se debe hacer un esfuerzo tratando de comprender aquellas palabras que se refieren a los aspectos religiosos y rituales transmitidas por las fuentes escritas greco-romanas. Así tenemos que empezar por extraer de nuestra mente la imagen de un sistema coherente y unificado de creencias, prácticas e Instituciones etiquetado como “religión (única y verdadera)”. Ni en la tradición helena ni en la romana existe ninguna palabra que pueda ajustarse a dicha definición, sencillamente porque no se había desarrollado dicho concepto ideológico de la religión. En ambas lenguas lo sagrado y lo divino son palabras que designan el acto de reverencia de una persona hacia lo sobrenatural³⁹⁶. La palabra de la que derivan en la mayor parte de las lenguas romances, es la del latín *religio*, que Cicerón hace proceder a su vez de *relegere* (Cic. *ND*, 2, 72), lo cual significaría una obligación de respeto para con la divinidad, en relación con una fuerza negativa, en el sentido de prohibición o escrúpulo o en un sentido positivo como cumplimiento de la norma o el ritual prescrito (Liv., 31, 14, 7; Apul., *Met.*, 11, 26). Por ello, la definición más cercana a nuestra concepción de religión sería la de una “concepción de/ reverencia para/ deseo de agradar a las fuerzas sobrehumanas” (Rives, 2007: 4).

La división clásica en esferas teológicas de Varrón, para el que existiría una subdivisión en una teología mítica de los poetas en el teatro, una física que los filósofos emplean y aplican al mundo y otra civil que la gente usa y se desarrolla en la ciudad (Aug., *De civ. Dei*, 6, 5), ha llevado habitualmente a confundir el concepto amplio de religión romana, en un sentido estanco, cohesivo e integrado a imagen de nuestras religiones actuales, cuando en realidad se debe concebir como prácticas culturales en el seno de un núcleo identificable (Rives, 2007: 22-23 y 42). Y es que realmente se debe evitar hablar de “creencias” que tienen lugar en el mundo religioso romano, a diferencia de la ortodoxia cristiana que promulga dogmas, puesto que en Roma podían existir creencias y cultos asociados a ellas

³⁹⁶ En gr.: *hieros/hagios* y *eusebia*; en lat.: *sacer* y *pietas*; o en relación al acto de culto propiamente dicho en gr: *latreia/thrêskeia*; en lat: *colere/cultus*.



que resultaran *a priori* incompatibles si entrar en conflicto entre ellas (King, 2003). Es por ello que nuestra palabra “culto”, como “religión”, conlleva ciertos problemas a la hora de asumirla tal y como la concebimos en la actualidad. Desde la tradición cristiana cuando nos referimos a prácticas culturales, las asociamos con actos propios de una comunidad vinculada a unas creencias y dogmas exclusivos. En cambio en el mundo romano, el *cultus* de una fuerza sobrehumana es aquel acto de devoción/veneración que pretende atraerse unos beneficios a través de un ritual, sacrificando, ofreciendo, purificando, adivinando, interpretando mensajes, etc. Sólo a partir del desarrollo ideológico en los cristianos apologetas de finales del Alto Imperio, se desarrollarían dichos conceptos de *religio* y *cultus* en el contexto de un “sistema de creencias y prácticas distintivo”, cambiando sus significados en beneficio propio, haciéndola provenir del *religare* latino, en el sentido del estrecho vínculo de la piedad con el único verdadero Dios frente a la *superstitio* pagana e idólatra³⁹⁷ (Momigliano, 1987: 142-58; Ando, 2000: 48 y 2007: 431; Rives, 2005 y 2007: 13).

Respecto a la *superstitio* se debe igualmente tener en cuenta que su traducción con las connotaciones de creencia falsa contraria a la razón, en el sentido de nuestra “superstición”, es también debida a la apologética cristiana en relación a su menosprecio por los cultos “paganos”. Para el ciudadano romano pre-cristiano no habría pasado de significar una característica impropia, desaprobada como calumnia o insulto hacia los otros, cuyas creencias eran consideradas inferiores pero no falsas. De hecho, Séneca aludía a la diferencia entre *religio* y *superstitio* como dos formas básicas de relaciones con los dioses, la primera los honraría mientras la segunda los juzgaría mal (Seneca, Cl., 2, 5, 1). La concepción moral romana contaba con un mecanismo de autocomplacencia (*pietas*), cuya asunción era alabada en todo individuo, ejemplificado en la figura del emperador desde la reestructuración augustea³⁹⁸, entre los cuales los buenos emperadores eran aquellos que manifestaban su *religio*, mientras los malos ignoraban a los dioses o sus ritos y se les criticaba por su impiedad. Sabemos que el concepto de *superstitio* no se desarrolla hasta el s. I d. C. y ello está íntimamente unido al momento en el que el Imperio Romano empieza a percibir prácticas religiosas extranjeras de una manera más sistemática. A la hora de valorar estos cultos no romanos y el estatuto jurídico que Roma

397 Tert., *Apol.* XXIV, 2; Lact., *Inst.* IV, 28,2; Aug., *Retract.* I, 12, 9; Isid., *Etym.* VIII, 2, 2. Para un estudio sobre el cristianismo temprano en relación con la religión romana: Klauck, 2003; Rives, 2005.

398 *Virtus*, *clementia*, *iustitia* y *pietas* son los conceptos morales y políticos de los que se sirvió Augusto en su legitimación del poder, y que hundían sus raíces en los prototipos míticos de Rómulo y Eneas. Para una visión sobre el tema: Zanker 2005 [1987]: 239-254.



contempló para ellos, algunas creencias de las tierras conquistadas se presentaron como *superstitiones* poderosas y amenazadoras de la *religio* y del Estado, y fueron condenadas y perseguidas, como los casos del druidismo o el judaísmo, así como otros cultos locales muy concretos que hicieron su acto de presencia en momentos de revueltas contra el Estado³⁹⁹. Como se deduce del consejo que le da Mecenas al propio Octavio (Augusto), los cultos extranjeros no son peligrosos por sus dioses sino por la gente que trae dichas divinidades con un ánimo por cambiar las cosas y generar conspiraciones, revueltas y facciones (*DC*, 52, 36, 1-3; Beard, North y Price, 1998: I, 214-227). Más allá, la imagen que se desprende de las fuentes no es la de un estado conflictivo respecto a la variedad religiosa que albergó el Imperio romano. Este hecho no implicó, pese a algunos tópicos enquistados en la historiografía, ni un *laissez-faire* en materia religiosa por parte de los romanos y un consiguiente renacimiento religioso de tradición prerromana, ni tampoco un espíritu “misionero” con una actitud vigilante y escrupulosa de una norma establecida universalmente, al modo de las religiones modernas y contemporáneas.

Tras estos tópicos sobre la tolerancia religiosa romana o su espíritu misionero, está una larga historiografía que se remonta a finales del s. XVII y en la trasposición de la ideología de los Imperios modernos a los antiguos. El estudio del paganismo tradicional romano no ha gozado de simpatía por el mundo académico⁴⁰⁰. Al contrario, la historiografía de la religión romana ha hecho especial hincapié en el origen del cristianismo y por ende en las religiones mistéricas u orientales como precursoras e incluso rivales. De esta forma tradicionalmente se ha observado argumentado son los Imperios los *agentes* del cambio y que frente a la ambición o los Instrumentos, se impuso la ley, el lenguaje y la religión (Pagden, 1995). Una religión del Imperio (*Reichsreligion*) que contribuye a su justificación

399 para el primero en relación con el contexto centroeuropeo y britano y para el segundo en ámbito semita, vinculados a superstitiones acusadas de sacrificios humanos en unos y magia en otros, como aglutinantes de movimientos de resistencia liderados por jefes espirituales. Sobre el druidismo en general: *Caes., Gal.*, 13-18. Sobre las profecías contra Roma: Tac., *Hist.*, 4, 54, 4; *Ann.*, 14, 30. Sobre la difusión y condena del druidismo en época de Claudio: *NH*, 29, 52 y 30, 4; *Suet.*, 25. Para un análisis completo sobre este tipo de movimientos en las Galias y *Britania*: Webster, 1999. Sobre las revueltas judías del 66 d. C. y su primer acto rebelde asociado a la interrupción de los sacrificios oficiales en nombre de los romanos: I., *BI*, 2, 409-21. Sobre otros casos menos estructurados como “movimientos religiosos” pero que muestran a cultos y ritos locales como parte de revueltas o los símbolos de la religión romana, algunas rebeliones germanas y britanas que se vinculan a sacerdotes locales, atacan símbolos religiosos estatales como templos o se inician en cultos y juramentos no-romanos: Tac., *Ann.*, 1, 39, 1 y 57, 2; 14, 31, 4 y 32, 3; *Hist.*, 4, 54, 61, 65 y 5, 22, 24.

400 Con grandes excepciones como el *Religion und Kultus der Römer* de H. G. Wissowa (1971 [1902]) o *La religion romaine archaïque* de Dumézil (2000 [1966]), hasta ahora no superados en relación a su carácter como grandes compendios de información vinculada a nuevas tendencias para el contexto en el que se generaron.



y que, aplicado al mundo romano, no exalta el politeísmo precristiano sino el papel providencial del Imperio como tal en la propagación de la Fe verdadera. A ello se le sumó la constatación de un Imperio que “romanizaba”, como algo deseado, a través de un modelo de vida ciudadano que mientras florecía en Oriente, constatando con ello su perfecta aculturación, costaba mucho imponer en el Occidente bárbaro, en el que pervivían los sentimientos tribales prerromanos. A principios del s. XX se terminó por extender la interpretación de una romanización gradual que se hizo sentir con mayor profundidad en el ámbito oriental más que en el occidental, siguiendo un paralelo etnohistórico de los Imperios coloniales representados por hombres blancos frente a los negros/blancos incivilizados. Habría sido el modelo de la ciudad una auténtica “misionera de cultura romana” y en cuanto a la religión, los indígenas habrían acogido con entusiasmo al panteón greco-latino podrían haber sobrevivido sin embargo dioses prerromanos a través de “máscaras”, no destruyéndose nunca del todo los sentimientos tribales y étnicos o “nacionalistas” que persistirían para resucitar cuando las condiciones fuesen propicias (bien reflejado en el caso de la historiografía británica: Haverfield, 1912). A ello se le unía la tradición de un Imperio romano pagano que habría fomentado el *laissez-faire* a modo de tolerancia religiosa romana. Sobre ello se sabe que es sólo desde mediados del siglo XVIII con Hume (1757: cap. 9), cuando el politeísmo por definición se concibe como “tolerant and accomodating”. Dicha idea se ha mantenido prácticamente hasta nuestros días sin matices (en ámbito británico abiertamente: MacMullen, 1981). Desde esta perspectiva, la religión romana es vista como esencialmente permisiva con todas las creencias coetáneas, con la excepción de la maltratada religión judeo-cristiana.

En el contexto inmediatamente posterior de época propiamente imperial, la asimilación de distintas tradiciones culturales generó un mecanismo de incorporación de algunos cultos a través de lo que se denomina en unas específicas referencias literarias como *interpretatio Romana* o *Graeca* (Caes., *Gal.* 6, 17; Tac., *Ger.* 43, 4). A la hora de abordar este concepto muy recurrido por la tradición historiográfica⁴⁰¹, no se debe perder de vista que se trata de un proceso de asimilación desigual entre dos sociedades distintas (la local y la romana). Desde esta perspectiva la *interpretatio* de las fuentes contempla las formas de denominar y representar a los dioses y sus cultos a través de una traducción o *translatio* que permita

401 Distintas aproximaciones desde la idea más arraigada de una mera traducción de los dioses de un pueblo al lenguaje religioso de otro (Wissowa 1916-1919 o Le Glay 1984: 162) a las reflexiones y críticas desde el post-colonialismo (Webster, 1995a y b) o la lectura de las fuentes (Ando, 2005 y 2008). Para el caso hispano especialmente para el registro conocido como “indoeuropeo o céltico”: Marco, 1996; desde un punto de vista lingüístico: De Bernardo, 2008.



hacer comprensible la diversidad cultural en dos direcciones (*translatio latina* y *translatio peregrina*⁴⁰²). Estos mecanismos y otros tienen su base en la concepción sobre la propia materia religiosa peregrina en la jurisdicción romana, asunto sobre el que incidiré a continuación. Sobre el marco jurídico religioso peregrino, contamos con datos indirectos, como el de la respuesta del emperador Trajano, a la solicitud de Plinio el Joven, en calidad de embajador, a principios del s. II d. C., de consagrar un santuario local situado en la región anatólica de *Bitinia* (Plin., *Ep.*, 10, 50). En la documentación epistolar conservada, se expresa claramente que el suelo peregrino no requiere la misma consagración que el suelo bajo jurisdicción romana⁴⁰³, delatando la autonomía de los dos estatutos -el romano y el peregrino-. Por su parte, Gayo lo deja también claro cuando afirma que un terreno provincial no se puede convertir en religioso porque solo existe como parte del dominio romano pero no bajo la aplicación de las leyes romanas. Aunque de forma estricta se podría decir que desde el punto de vista jurídico romano no existe, en suelo provincial se considera que dicho espacio religioso y sagrado existe como tal⁴⁰⁴. La razón de esta ambigüedad se debe a la categoría tan particular que tenía el suelo no itálico sobre el que regía un *dominium populi Romani vel Caesaris*, que servía para justificar la tributación a las provincias, en donde el territorio o era *ager publicus* o *stipendiarius* por definición⁴⁰⁵. A priori, dicha base jurídica de autonomía de los espacios sagrados peregrinos, nos podría hacer creer que cualquier culto precedente a la conquista romana habría tenido un nicho perfecto para seguir desarrollándose a los ojos permisivos y tolerantes que tradicionalmente se han vinculado con la visión religiosa romana. Por el contrario, estamos ante una concepción jurídica que contempla un estatuto inferior para el ámbito provincial pero que permite conformar los espacios de culto de las comunidades peregrinas con una predisposición de ser sagrados de la misma forma que en el ámbito religioso privado, en beneficio de su inserción en el lenguaje de poder dominante a través de la emulación del sistema romano.

402 Con la *Translatio peregrina* se incluyó la *translatio Graeca*, como no-latina en su fundamento lingüístico (a partir de una extensión del concepto de “*translatio celtica*”: De Bernardo, 2008).

403 *Solum peregrinae civitatis capax non sit dedicationis, quae fit nostro iure* (Plin., *Ep.*, 10, 50).

404 *Sed in provinciali solo placet plerisque solum religiosum non fieri, quia in eo solo dominium populi Romani est vel Caesaris, nos autem possessionem tantum et usumfructum habere videmur; utique tamen, etiamsi non sit religiosum, pro religioso habetur; item quod in provinciis non ex auctoritate populi Romani consecratum est, proprie sacrum non est, tamen pro sacro habetur* (Gaius, *Inst.*, 2, 7).

405 Así, mientras que el suelo itálico podía ser *sacrum*, *religiosum*, susceptible de *mancipatio*, de *in iure cessio* y de *usucapio*, el “suelo provincial” era *pro sacro*, *pro religioso*, no mancipable y sólo se podía transferir la propiedad por *traditio*. Para un análisis sobre el tema de la condición jurídica del suelo provincial: Sastre, 2001: 98-113.



El hecho de que la religión romana imperial albergase a muchos dioses y sus cultos -en principio los de todos los pueblos conquistados- no significa necesariamente que no haya límites o que todo valga. Aunque la Historia religiosa romana haya estado representada, especialmente con el Imperio, por la innovación, pudo haber mostrado tanta o más resistencia como cualquier religión monoteísta, sólo que a través de distintos mecanismos puesto que no contemplan el mismo punto de partida en cuanto a su exclusividad y Verdad sobre sus creencias. Este hecho lo observamos tanto en las opiniones que se vierten sobre los cultos extranjeros (*superstitiones*) como “crímenes religiosos” como en los castigos públicos por transgresiones religiosas entre otros. Es por ello que ya que ningún romano propuso que su visión debería ser respetar la libertad religiosa de los otros pueblos (Garnsey, 1984; Marcos, 2007), debemos partir de que *Rome was never a religious free for all* (Bearth, North y Price, 1998: I, 212). La elite romana sin duda concibió su propio sistema religioso “superior” (*religio populus Romanus*) a los cultos de la gente que conquistaba (*res sacra peregrina*). Esto no quiere decir que los romanos fuesen “intolerantes” ni tampoco tuvieron la misión de convertir a una religión verdadera, siguiendo con lo inapropiado y anacrónico de los conceptos, sino que su proceder en materia religiosa tendió hacia la delimitación de un modelo religioso que sirvió para definir las nuevas formas del ser-romano -nuevas formas de pensar qué es romano y que no lo es-, en el contexto de asunción de las diversas realidades provinciales peregrinas. En este punto son muchos los trabajos que han desarrollado desde la formación de identidades, incluida la identidad religiosa (más o menos discrepante), los distintos niveles dentro del contexto imperial romano⁴⁰⁶. En esta línea la clave está en tratar de discernir los caminos complejos de los ámbitos de poder provinciales a través de los cuales incorporaron y generaron tradiciones locales, las cuales en su fundamento no contradijeron el fundamento religioso politeísta romano, como conocemos para ejemplos como los galos y britanos con registros prerromanos funerarios y votivos bien conocidos⁴⁰⁷. La concepción religiosa romana y su difusión condujo, directa y/o indirectamente, hacia la conformación de nuevos lenguajes de poder que sancionasen la desigualdad de nuevo cuño de los grupos indígena-

406 Sobre el tema de las identidades en el mundo romano contamos con aproximaciones en Woolf, 1998; Mattingly, 2004 y 2011, entre otros.

407 Es en este sentido como creo que deben comprenderse las reocupaciones de lugares santuarios de la Edad del Hierro gala y britana, con sus resultados culturales híbridos en templos romano-celtas o rituales de deposición de ofrendas votivas característicos (p.e. la tradición de sacrificios humanos y botines de guerra en el santuario galo de Ribermont-sur-Ancre, en Brunaux -coord.-, 1999, o los recintos y depósitos del espacio cultural britano de Marcham/Frilford, en Kamash y otros, 2010).



romanos (y con ella su nueva identidad de ser romano-indígena), marginalizando a aquellos que no detentaban poder reconocido por Roma, sin suprimir necesariamente las oportunidades de expresión religiosa⁴⁰⁸ (Hingley, 2011: 755). Las creencias y cultos ajenos a la tradición normativa debieron estar apartadas a un espacio inofensivo política e ideológicamente hablando, como parte de sus peculiaridades más o menos estrambóticas y/o desviadas, las cuales en su base de *superstitiones*, habrían sido eliminadas en cuanto se hubiesen exteriorizado como ofensivas o peligrosas para el mantenimiento de la paz social por el Estado romano.

Partiendo del fenómeno de la *interpretatio* que se menciona en Tácito, estudios recientes han mostrado que no se trata únicamente de un *nominis pro nomine positio*, en el sentido de un consenso universal de traducciones teonímicas aplicable a todo el Imperio, sino un proceso metonímico post-conquista que formaría parte de otros mecanismos extralingüísticos (Ando, 2005). Pero además desde la lingüística no existe una única traslación o identificación de un dios que “suena” a otro conocido, desde el punto de vista romano, sino que se pueden distinguir dos procesos básicos a la hora de intentar comprender la variabilidad y la génesis teonímica de algunos contextos en los que abunda un registro no-clásico de “dioses indígenas” y/o “sincretismos de dioses clásicos e indígenas” (De Bernardo, 2008). En esencia se trata de lo que se viene denominando la *translatio* y/o la *identificatio* (*Romana vel peregrina*), que van más allá del concepto ambiguo de *interpretatio* y que pudieron funcionar sincrónicamente en la génesis de los panteones provinciales. Sólo el último es el que correspondería con la idea tradicional de *interpretatio* (es decir la interpretación de una divinidad exógena con otra clásica grecorromana del tipo *Ataecina Proserpina* o *Sulis Minerva*). Sin embargo, la *translatio* se trata del proceso lingüístico (a través de la conformación de epítetos culturales) en el que las cualidades ligadas a una potencia sagrada o divinidad se expresan en lengua latina (*translatio latina*) o en lengua de origen no-latino (*translatio peregrina*). Sólo la *identificatio Romana vel*

408 Aquí estoy pensando tanto en los elementos religiosos contestatarios de los dos principales movimientos comandados por líderes espirituales, el druídico en ámbito centroeuropeo y britano y el judío en ámbito semita, como en algunos contextos marginales con continuidad de ciertos cultos y ritos de la fase pre-conquista durante la primera etapa de reorganización del territorio: p.e. algunos depósitos domésticos de tradición de la Edad del Hierro, como en el caos de los objetos de hierro en Hingley, 2006 y en algunas fases antiguas de centros de culto prerromanos, desde en los más estructurados como santuarios aristocráticos y/o guerreros galos, britanos y germanos, bien conocidos, hasta los más humildes tipo las “hogueras votivas” o *brandopferplätze* del arco alpino, muy vinculadas a tradiciones latenienses (en Zemmer-Plank y Sölder –dirs., 1999). En todos los casos a la larga, dichos contextos de culto de una tradición prerromana clara fueron o abandonados o profundamente asimiladas a cultos romanos de diferentes formas, sobre lo que volveré en el capítulo sobre el ámbito votivo.



peregrina (tradicional concepción de *interpretatio*) se relaciona con nombres de dioses pre-existentes (de tradición prerromana), mientras los procesos de translaciones se restringen a composiciones semánticas que reflejan la variabilidad local de los panteones indígena-romanos. En el contexto del Noroeste ibérico, los teónimos que podrían indicar un proceso de *identificatio/interpretatio* son muy excepcionales (tipo *Mars Tilenus*), excluyendo los casos claramente de cultos importados en contextos como *Asturica* (casos de *Mars Sagato* y *Apollo Grannus* en *ERPL* 60 o *Mars Gradivo* en *ERPL* 49). Por el contrario, las formas teonímicas más comunes responden a conformaciones de panteones locales y procesos de *translationes*, bien en latín bien en lengua no latina pero escrito en latín, como reflejo de un proceso de lo indígena (y con ello de su tradición prerromana) a lo romano a través de la asunción de las nuevas formas de culto normativas del mundo grecorromano: la antropomorfización de los dioses y la representación escrita de los teónimos en latín, la localización del rito y el culto vertebrado en torno al *locus sacer* y al *ara*, etc.

En este sentido dejando para el estudio en cada caso de la génesis teonímica de algunos ejemplos del registro astur-*augustano* que trataré posteriormente, quisiera proponer una revisión del concepto de “religión criolla” procedente de la crítica postcolonial en relación a la “romanización religiosa” (Webster, 2001 y 2003). Dicho concepto tomado ciertos ejemplos etnohistóricos de sincretismos religiosos afro-americanos⁴⁰⁹, podría invitar a la reflexión si atendemos no tanto a la resistencia y negociación indígena, como al producto de la dominación romana y la adecuación de los nuevos discursos simbólicos adoptados por parte de los grupos de poder indígena-romanos. De esta forma, lo que se desprende de un análisis de la religiones mestizas del ámbito caribeño como la santería (Lachatañeré, 1992; Brown, 2003; Argyriadis, 2005) u otras reinterpretaciones más contemporáneas de signo también espiritista como el culto venezolano a María Lionza (Ferrándiz Martín, 1999), es que precisamente no conservan prácticamente rastro alguno de sus características simbólicas y rituales primigenias; las que habrían existido en la religión del Reino Yoruba de Nigeria y que transmitieron los esclavos negros en el Caribe o las de los primitivos venezolanos para el culto de

409 Como en el caso de los esclavos en Carolina en los siglos XVII y XVIII con decoraciones de simples cruces en círculos, rectángulos o convertidas en esvásticas que se identifican con cosmogramas de sus lugares de origen en el Zaire africano (creencias Minkisi). La asociación de estas cerámicas con cursos de agua se relacionan con cultos y ritos al margen de la religión cristiana oficial (contra-cultura). Otro caso en este sentido sería el de la tesaurización e imitación de objetos occidentales por parte de algunas culturas como la Baule de Costa de Márfil o la Owerri del sur de Nigeria como símbolos de poder no emulados sino resultados de un proceso de mimetismo. Por último se acude a la santería observada como sub-cultura criolla en el contexto del Caribe amerindio, africano y occidental cristiano (Webster, 2001 y 2003).



María Lionza. Por el contrario, ambas realidades contemplan un complejo simbólico *ex novo* a partir de la realidad colonial, que aunque en principio pudiera haber contenido ciertos rasgos contestatarios y de resistencia al poder metropolitanos, con rituales al margen del decoro cristiano como en los cultos sacrificiales cruentos y en las posesiones tanto entre los santeros como entre los marialionceros, el resultado final adoptado por los grupos de poder constituye una religión aculturada desigualmente en beneficio de los rasgos de la religión dominante; la cristiana católica. En el particularismo religioso de dichas adopciones criollas-mestizas de la elite local estará su fuente de identidad que podrá ser utilizada posteriormente contra el poder metropolitano, pero sólo como parte de un mismo lenguaje simbólico fundamentado en unos mismos pilares compartidos -la santería exalta el culto a la imagen como una parte fundamental de la vertiente cristiana católica y el culto de María Lionza exalta a una virgen católica con altas dosis de espiritismo fundamentado en la base de las posesiones presentes igualmente en la religión popular católica cristiana-.

Desde esta relectura, una “religión criolla” incide en un culto popular de ámbito local pero en un contexto colonial/imperialista Instrumentalizada por parte de los grupos de poder (criollos), en última Instancia homologada al mismo lenguaje del conquistador pero con sus particularidades identitarias en tanto en cuanto son gestionadas por ellos, pero ni como simple traducción lingüística ni una adopción o emulación en forma de resistencia velada, sino como un resultado cultural mestizo en un contexto socialmente desigual⁴¹⁰. El recurso de dicha religión criolla y mestiza debe ir encaminado a una concepción de un culto indígena adoptado en un contexto desigual en beneficio de la religión de los conquistadores, con la adopción por parte de la elite local de los canales simbólicos adecuados para su homologación (cultural) con el poder establecido. Algunos autores se han referido a que la “despolitización de la religión ancestral (tradición prerromana), su traslación del campo de lo público al de lo privado, modificó en tal medida la religión prerromana que resulta un error denominarla indígena”, optando por una denominación de “religión mestiza” y que se termina por definir con todas las salvedades como “religión provincial romana” (Plácido, 1988: 240). Es en este sentido del “mestizaje” o “criollismo” desde el que hay que plantear un estudio del cambio religioso a través del registro material con el que contamos, especialmente epigráfico como veremos. Ello no quiere decir

410 Tal y como demuestran los distintos acercamientos al tema tanto desde su acepción lingüística (Ansaldi y otros, 2007: 227) como histórica (Stewart, 2006: 17), y en concreto para el caso hispano-americano (Cañizares-Esguerra, 2006: 35).



que dicho proceso, aunque esté marcado de base por el modelo religioso imperialista, no hubiese tenido luego sus particularidades en la forma de reapropiación por parte de la iniciativa local (Plácido, 1988: 302, nota 48). Otras propuestas como la de recurrir a denominar a esta realidad “religión vernácula” (Goldberg, 2009), aunque pretendan superar la dicotomía de romano vs. nativo, me parece contraproducente puesto que incide en una denominación extraída de los estudios que abogan por la permanencia y el estatismo de la tradición de un lugar a modo de folklore, sin contemplar sus importantes dinimizaciones y mutaciones a lo largo del tiempo.

En resumen, siguiendo una síntesis reciente, se pueden señalar tres mecanismos conceptuales que operan en la religión politeísta imperial romana.: 1) el polimorfismo o que los dioses pueden tener múltiples identidades sin atributos incompatibles; 2) la ortopraxia o ritual y creencia “normativa” estandarizada; y 3) la *pietas* o idea recíproca del voto en tanto en cuanto existe una obligación flexible entre los múltiples dioses y los diferentes niveles de una persona (King, 2003). Sobre todo ello, en especial el punto 3, tendré ocasión de volver en el apartado sobre el caso de estudio votivo aplicado al mundo astur romano-indígena. En este punto sólo quiero terminar haciendo hincapié en los dos primeros conceptos, respecto a la “religión normativa” en relación con un estándar ritual implícito, resultado de las dos grandes tradiciones culturales imperantes (religio grecorromana). Se trata de una ortopraxia que se difunde por todo el Imperio sin entrar en contradicción con la autonomía en materia religiosa provincial. De esta forma, más que una ecuación con una pretendida inmutabilidad de las tradiciones precedentes a la llegada de Roma, el carácter polimórfico y la ortopraxia de la religión romana permitió y alentó la transformación y la innovación a través de la desarticulación de la estructura simbólica precedente por parte de los grupos de poder provinciales y su interés por asociarse al prestigio y a la unidad del Imperio por medio de la emulación de un lenguaje de poder compartido.

A continuación me centraré en dos tipos epigráficos como símbolos claves que remiten al ámbito funerario (*stelae*) y votivo (*arae*), los cuales se abordarán como resultado de los mecanismos que sirvieron para sentar las bases del modelo de implantación, emulación, difusión y desarrollo del sistema religioso romano en ámbito provincial hispano astur. Desde este punto de vista el registro epigráfico es un acto comunicativo ideológico que debe encontrar su sentido en relación a un contexto socio-histórico concreto. Debe entenderse aquí “ideológico” como “ideología dominante”,



puesto que el registro funerario epigráfico en el contexto imperial romano es la representación y materialización de una clase. Son el resultado de las justificaciones de poder operadas por las clases superiores (sean las ciudadanas en el ámbito urbano como las de los grupos de poder en ámbito peregrino) en su relación de dominio con el resto de las clases (Pereira, 1973; Sastre, 1998; 2001 y 2002a; González Villaescusa, 2001: 44-47). El uso de la escritura en los monumentos epigráficos como los propios conceptos jurídicos que están en la base del sistema religioso romano tanto en relación con la *res religiosa* o aquello vinculado a los muertos y la *res sacra* o aquello relativo de los dioses, son elementos que se fundamentan por y para los ciudadanos romanos. Lo cual por la difusión de dicha forma de vida a través de la incorporación de territorios extranjeros a través del derecho de conquista, terminaría configurando un sistema social en el que se reflejaba el comportamiento simbólico religioso que debía enfrentarse a sus propias contradicciones.

El primer escollo es el que se presenta en el modo de emular el comportamiento traído por los conquistados por parte de las aristocracias libres nacidas del Nuevo Orden pero no privilegiadas jurídicamente. Para ello se observará un proceso de reinterpretación de los modelos funerarios, sus actos rituales y las creencias en el Más Allá y los dioses de las clases ciudadanas romanas, para las que se contemplaban jurídicamente unas costumbres propias (*leges moresque perergrinorum*) al margen de las romanas que remiten a su tradición más arcaica (*mores Maiorum*). Pese a que parezca una contradicción, se trata de la constatación de las clases excluidas del sistema ciudadano, en ámbito urbano principalmente esclavos y libertos y en ámbito rural las elites indígenas peregrinas, que comparten la misma ideología con sus esquemas de dominación para introducirse con sus mismos “lenguajes” en los mecanismos del poder establecido. En otras palabras, la epigrafía (aquí funeraria y votiva esencialmente) reúne a las formas materiales con potencial simbólico en cada uno de sus campos en las que se inscribían las “identidades públicas”, es decir, aquellas que había poseído o interiorizado los valores culturales y sociales romanos (Woolf, 1996: 39). Se debe asumir que el análisis de las inscripciones a nivel global no nos ofrece una realidad histórica del conjunto de la sociedad, ni siquiera una imagen fija de un momento dado, por el contrario, se reproduce una pseudo-representación o huso esquematizado de la pirámide de la sociedad de clases romana (Pereira, 1973: 144, Fig. 1). Sin embargo, la representación epigráfica funeraria, como cualquier elemento material privilegiado, son de los primeros en verse afectados por los cambios en las relaciones de poder y, por



tanto, conociendo sus características y las implicaciones de sus cambios podemos determinar cuándo opera un cambio en la estructura social (Pereira, 1973: 149). No son por tanto modas inocentes las que subyacen a la elección de un soporte epigráfico u otro, de una iconografía u otra o de la propia forma de inscribirse a través de un nombre o de otro, de una filiación u otra, de una colectividad u otra. Detrás de todo ello existe una “voluntad de poder” y por tanto, son uno de los elementos materiales simbólicos privilegiados a la hora de valorar la evolución diacrónica de la génesis y la configuración en el tiempo de los grupos de poder peregrinos.

12. Símbolos a los muertos: las *stelae* en área astur zoela (siglos I-II d. C.)

12.1. epigrafía y arqueología funeraria romana: el caso del Noroeste en el contexto imperial

Como marco general, el mundo funerario romano se caracteriza por la costumbre de enterrar a sus muertos en necrópolis a imagen de la comunidad de los vivos y a menudo su señalización y transmisión de un mensaje no verbal, inscrito y/o iconográfico, a través de la lápida o mausoleo. Por su parte en la jurisdicción romana se recoge que las necrópolis y sus rituales asociados pertenecen a las *res religiosas* que se diferencian nítidamente de las *res sacrae*, en tanto en cuanto lo sagrado en las primeras se concentra únicamente en el cadáver en sí mismo⁴¹¹. Ese carácter del muerto podía ser aprovechado para marcar de manera inviolable y perenne un límite territorial, tal y como se delata de su presencia en los tratados de *Agrimensura*⁴¹². Por todo ello se puede decir que cualquier individuo, de manera privada, con sólo enterrar a un difunto otorgaba un halo de sacralidad religiosa al terreno (*locus religiosus*), quedando todo lo demás (tumba, lápida, ritos, etc.) sujetos a la jurisdicción romana de la propiedad privada⁴¹³. Tras todos los entresijos legales y rituales⁴¹⁴, recogidos en parte en el llamado

411 Ulp., *Dig.*, 1, 8, 6, 4; Gaius, *Inst.*, 2.4 y 2.6; Cic. *Leg.*, 2, 22

412 En las controversias de índole gromático está presente el *locus religiosus* unido a los *loca sacra*: Front., *Th.*, 2, 9, 13; 3, 21; 10, 69; 13, 85, 88, 91; 15, 106, 107; 16, 109, 110; 17, 113, 114, 115. Como *loca sacra, sepulchra, delubra*: Hyg., *Th.* 83, 90. Como *aris, templis, sepulchris et his similibus*: Hyg., *Th.*, 77, 45. El carácter de los muertos como límites, en la forma de *sepulchra finalia*; Sic. Fl., *Th.* 104, 3, 9. Sobre el tema: Castillo Pascual, 1996: 58-59.

413 Regulándose en relación a dicho espacio las violaciones de tumbas que debieron ser comunes, sobre todo en la época tardía (Venul., *Dig.*, 43.24.22.4). Para un análisis legal del mundo funerario romano: Visscher, 1963. Desde el caso hispano: Abascal, 1990 y Remesal, 2002.

414 para un estudio clásico sobre los funerales romanos: Toynbee, 1971: 43-72. Para el caso de la ciudad de Roma: LinDSay, 2000. Síntesis reciente sobre el tema: Hope, 2007.



*ius Manium*⁴¹⁵, y su evidencia en el registro, la constitución de las necrópolis romanas invitaba ante todo a un diálogo “vivo” con el difunto reflejado en su *titulus* o inscripción, tal y como había querido ser recordado públicamente, su “identidad pública” (Woolf, 1996: 39). Una actitud “dialogante” con esa identidad pública del difunto, que está presente en el origen de algunas de las fórmulas funerarias más comunes y difundidas como *STTL* (*sit tibi terra levis*) así como otros mensajes tanto hacia el difunto como hacia el viandante.

Respecto a la definición romana de lugar funerario, nuestra palabra cementerio resulta inadecuada para aplicarla a los contextos antiguos tanto por su etimología cristiana⁴¹⁶ como por la ausencia de una referencia directa con la comunidad de los vivos. Para los romanos el lugar funerario debía reflejar una “ciudad de los muertos”, del griego necrópolis y en latín referido más genéricamente como “lugar con tumbas” o *sepulcretum/sepulcrum*⁴¹⁷. En las zonas suburbanas los espacios funerarios son una extensión de la arquitectura pública y privada dispuesta en el interior de la ciudad. En este sentido, las tumbas se distribuyen en la necrópolis a través de calles como las casas en el entramado urbano y son una muestra a modo de espejo de la vida social de cada familia representada. Este hecho se hace palpable desde época arcaica en la Ley de las Doce Tablas que expone que los muertos deben ocupar un espacio propio fuera de las murallas de la ciudad⁴¹⁸, así como su configuración propiamente en *Gräberstraßen* o “calles de tumbas” en otras leyes municipales como la *Ursonense* (*Lex Urs.*, 73-74) (Pearce, 2011). Dicha regularidad no es una norma que se constate siempre en las necrópolis excavadas⁴¹⁹ pero sí que en general se buscó esa organización lineal de las tumbas en “calles”.

415 Sobre esta legislación en referencia a la regulación de los aniversarios funerarios en torno a las fiestas de las *Parentalia* o *Lemuria* entre otras, en contextos ciudadanos: Cic., *Tusc.*, 1, 12, 27 y *Leg.*, 2, 22 y 54.

416 La palabra cementerio procede del griego “lugar de los sueños” y remite a una visión cristiana de la muerte como espera temporal hasta la Resurrección el Último Día de los Tiempos: Tert., *De anim.*, 51; Hip., *Haer.*, 9, 12, 14.

417 Existe cierta diversidad de nombres en relación con las tumbas pero con significados algo más concretos, como el *tumulus* como túmulo de tierra, *bustum* como pira funeraria y *monumentum* como monumento. Como *sepulcrum/sepulcretum*: Cic., *Leg.*, 2, 22, 55; Hor. *Sat.*, 1, 8, 8-13; Cat., 59, 2 o Pr., *Dig.*, 11, 7, 2, 5.

418 *Hominem mortuum in urbe ne sepelito neve urito*. Dicha ley posiblemente del 451-450 a. C., debe ser entendida tanto para preservar la salubridad pública como para evitar incendios, muy comunes en los poblados arcaicos principalmente hechos en materiales perecederos. Dicha práctica parece que se relaja a partir de la transición de los siglos III-IV d. C., desde cuando se empiezan a constar los primeros enterramientos en espacios antes y/o aún habitados (como se sabe para el caso de Tarragona/Tarraco en Gurt y Macías, 2002: 88-89).

419 Algunos ejemplos de superposición o ausencia de alineamientos de tumbas detectados principalmente para época tardorromana p.e. en casos italianos del norte en Nobile, 1992; ejemplos británicos en Philpott, 1991, o para algunos casos del noroeste hispano de Braga/*Bracara Augusta* en Martins y Delgado, 1989-1990.



Por lo que se refiere al soporte que señala el lugar de la tumba y de los rituales en su honor, se debe de tener en cuenta que en el mundo romano el acto de erigir una lápida inscrita suponía una conmemoración monumentalizada con el objetivo de expresar públicamente el estatus y el lugar que ocupaba en la sociedad el difunto. La lápida más común es la definida con el término de *stela*, la cual se ha generalizado en nuestro vocabulario como *estela* y ha terminado por englobar al conjunto de distintos monumentos funerarios expresados con conceptos variados. Se conocen monumentos funerarios referidos a través de su asociación con el texto, básicamente *titulus* o en formas más complejas como *verba*, *versus* o *carmina*, así como los que se refieren morfológicamente al soporte propiamente dicho, desde el genérico *monumentum* hasta otros más específicos como *cippus*, *cupa* o *ara*, o al tipo de construcción asociada, *tumulus*, *bustum*, *columbarium*, *aedicula* o *templum*. El concepto *stela* es el más adecuado para los monumentos funerarios que se tratarán en el caso astur meridional, aunque con un significado similar para algunos autores sea mejor denominarlo de forma genérica *cipo*⁴²⁰. Este hecho se explica porque ambos conceptos corresponden a soportes de base cuadrangular, destacándose la *estela* con una cabecera semicircular y compartiendo con los *cipos* el carácter original de delimitador del *espacio* Funerario como terreno sagrado e inviolable (*locus religiosus*), de la misma manera que los *termini* o *finis* señalizados también con *cippi* o *arcae* (en principio anepígrafos) en la concepción agrimensora⁴²¹. Ambos conceptos se vuelven muy escurridizos a la hora de valorar algunos de los modelos más primitivos difundidos en la Península Ibérica como ocurre p.e. con las estelas de los tipos del grupo II⁴²², mitad *cipo* mitad *estela* del conjunto epigráfico en granito de Mérida/*Emerita Augusta*, datado a finales del s. I a. C.-principios del s. I d. C. (Edmondson, 2006).

Como han mostrado algunos estudios recientes, es el modelo de *stela* el que más se difundiría en ámbito funerario provincial a lo largo del s. I d. C. En su forma más básica tiene inscrito habitualmente un texto sencillo (básicamente nombre del difunto + filiación + edad) y que desde hace

420 En el ámbito italiano: Forni, 1988. Para una reflexión reciente sobre la terminología y las funciones de la epigrafía funeraria romana desde la perspectiva hispana: Abásolo, 2005: 29-39.

421 Los *cipos*, sobre los que luego volveré, tienen una vinculación más directa con los límites que marcan los terrenos en tanto en cuanto se conocen varios epígrafes, con información sobre su situación, intercalados en los muros que delimitan el espacio dedicado al enterramiento. En relación con los propios sepulchra como *finis* o *termini* mencionados en los tratados de agrimensura: Hyg., *Th.*, 77, 45 y 83, 90. Sobre el tema en estudios germanos: Gabelmann, 1972 y Noelke, 1980: 125-135. Para una referencia más genérica: Carroll, 2006: 9.

422 Se trata de estelas rectangulares características con proyectos de cabecera con arco incorporado, a mitad de camino, se podría decir, entre un *cipo* y una *estela* (Edmondson, 2006: 25-49).



tiempo se viene relacionando como el reflejo en piedra de *Epitafios* más comunes en madera⁴²³. Otros han creído ver en dicha morfología una simplificación antropomórfica que está muy presente en el registro funerario de cipos con parte superior discoidal y texto simplificado, especialmente presentes en Pompeya y denominados *columelle* (D'Ambrosio y de Caro, 1987; Kockel, 1987) y para nuestra tradición ibérica en el caso de las estelas antropomorfas (Frankowsky, 1920). Recientemente incluso se ha podido detectar que la guardia pretoriana que se enterró en la necrópolis de Porta Nola en Pompeya, lo hizo en *stelae* y no en las características *columelle* como forma de marcar la identidad de un cuerpo de milicia procedente de fuera de la ciudad⁴²⁴. Se conoce que a la par se difunde dicho modelo en travertino en la misma Roma, asociado a clases humildes (incluidos esclavos y libertos) en espacios funerarios reservados para ellos por sus ricos aristócratas patronos y dueños⁴²⁵. Desde aquí se generalizará dicho modelo en las provincias como es el caso de la Narbonense⁴²⁶, con claras menciones de indicación del lugar a través de fórmulas como *HSE* (*hic situs est*) o señales que marcan las distancias del terreno funerario (*in fronte, in agro, etc.*) que reflejan la importancia que tienen como indicadores de propiedad, tal y como he señalado en la misma base compartida con los hitos delimitadores en *Agrimensura* (Meffre, 1993: 386). Por último, se observa su aparición en la Península Ibérica en relación a la fundación de colonias en ámbito lusitano, producto de las desmovilizaciones militares de la contienda cántabro-astur, como es el caso de la citada Mérida/*Emerita Augusta*, así como será el soporte elegido por los cuerpos militares acantonados en el Noroeste, básicamente los de la *Legio X Gemina* a partir de los conjuntos conocidos de Astorga/*Asturica Augusta* y Rosinos de Vidriales/*Petavonium*. Como señalaré con el análisis del caso astur meridional, la difusión de este último modelo de *stela* de morfología cuadrangular con cabecera semicircular, que incluye la tradición helenística de representar un espacio arquitectónico a modo de tumba-templo⁴²⁷, es la que está en la base del primer hábito epigráfico emulado por los grupos de poder indígenas.

423 para el caso hispano ya fue anunciado por Bianchi Bandinelli en relación con algunos tratamientos de epigrafía hispana en las cabeceras discoidales, como son los casos de las decoraciones biseladas de conjuntos como el burgalés de Lara de los Infantes, en relación a un pretendido substrato celta (Bianchi Bandinelli, 1976: 184, 192). Para una recapitulación sobre el tema: Abásolo, 2005: 35-36.

424 De hecho, los pretorianos nacidos en Pompeya usan los monumentos tipo *columelle* para señalar sus tumbas en la necrópolis de *Porta Stabia* (en Kockel, 1987: 195, pl. 30c; Cooley y Cooley, 2004: 156; Carroll, 2006: 9).

425 P.e. casos de *AE*, 1991, 86 y 138; *CIL* I², 1237.

426 P.e. en *CIL* XII 4501; 4661; 4903; 5153; 5154 y 5154 add.

427 A través del concepto de *heroon* o *naískos* en la versión latina de *aediculae* o *tabernaculi* (Abásolo, 2005: 37; Carroll, 2006: 9).



El estudio del complejo epigráfico (en el que se incluye el análisis morfológico, iconográfico, textual, paleográfico, etc.) es clave a la hora de entender el fenómeno, su difusión e impacto sobre las poblaciones de distintas culturas conquistadas. Debido a los datos personales que identifican las lápidas a través de las inscripciones, básicamente nombres, filiaciones, edades y, en los casos más completos, la señalización de la *origo* y/o adscripción a distintas organizaciones suprafamiliares (militares, comunitarias, asociaciones, etc.), el análisis epigráfico funerario permite plantear estudios específicos en tres líneas generales: aspectos cuantitativos de los conjuntos funerarios respecto a otros tipos, el coste de la elaboración de las lápidas y la veracidad de los datos inscritos con potencialidad de análisis estadístico.

La primera cuestión es la de la proporción superior de la epigrafía funeraria respecto a otros tipos como el votivo o el honorífico. Las reflexiones en torno a dicha proporcionalidad, provienen de ámbitos profundamente urbanizados y bien conocidos, en donde cuantitativamente las lápidas son superiores en número en relación con la frecuentación y uso de las áreas sepulcrales en los cementerios extraurbanos (Bodel, 2001: 6-10)⁴²⁸. Frente a esta práctica, encontramos la que configura los conjuntos votivos en torno a altares inscritos es más esporádica como resultado de actos evergéticos o como parte del registro cultural de los espacios públicos urbanos. Es en ámbitos como el mundo astur, donde el carácter rural permite comprobar otras dinámicas distintas menos claras respecto a la proporción de uno u otro tipo epigráfico. También en el análisis epigráfico son los casos de contextos urbanos los que ha ofrecido distintas referencias para valorar lo que podría costar una lápida inscrita a un particular, en cuya inversión se refleja la posición y prestigio social. Existen al respecto algunas referencias literarias clásicas⁴²⁹ pero son los conjuntos epigráficos urbanos los que han permitido elaborar algunos cálculos que vienen a poner de relieve un trabajo artesanal especialmente caro, que sólo se podrían permitir algunos individuos y familias de las clases más acomodadas⁴³⁰. Del ámbito

428 Por citar algunos casos recientes en los que se hace especial hincapié en el factor urbano como motor de los principales conjuntos epigráficos funerarios: para Italia: Shaw, 1991: 73-76. Para las Galias: Woolf, 1998: 81. Para el caso de Mérida: Edmondson, 2002: 46-47.

429 Principalmente a partir de la escena imaginaria del rico liberto Trimalción en la que describe a sus amigos su sepulcro ideal en la novela de Petronio (*Petron.*, 71, 6-12).

430 En este sentido influye en el coste de la lápida, el terreno que ocupa en la necrópolis y la distancia respecto a la vía principal como eje vertebrador del *espacio* Funerario (principalmente en ámbito urbano), así como los accesorios monumentales (recinto, jardines, esculturas, etc.). Las referencias son muy variadas pero se puede tomar como base el mínimo de 250 sestercios/persona, que estableció Nerva para financiar los entierros de beneficencia en Roma (Abascal, 1990: 227-232). Otros lo desglosan con un resultado un tanto superior: 100 sestercios de base y hasta 3 meses de trabajo a



rural se vienen debatiendo aspectos en torno a la elaboración de las inscripciones de las lápidas por *lapidistas* itinerantes o incluso a través de un conocimiento escrito básico por parte de algunos miembros de la comunidad⁴³¹. La transmisión de los modelos iconográficos propiamente se habría producido por medio de la difusión de lo que se denominan “cartones”⁴³² (Susini, 1964: 44, nota 4; Abascal, 1990: 228). No se debería perder de vista que la tónica general debió ser una oralidad generalizada. De la misma forma se debería contemplar distintos intercambios y colaboraciones entre el cliente y el *lapicida*; desde en la participación en las labores de cantería hasta en la constitución de la inscripción como imagen antes que como escritura. Es por ello que el precio de las lápidas resulta muy relativo y depende de un amplio abanico de posibilidades, más allá de la concepción que se extrae de la literatura antigua o los ámbitos urbanos.

Por último, a partir de los datos procedentes de los distintos *corpora* epigráficos se presenta una tendencia historiográfica a extraer conclusiones directas de los fallecidos a través de los textos inscritos o algunos elementos iconográficos característicos. Contamos con análisis en este sentido que abordan la demografía antigua, la variabilidad por sexos y edades en la mortalidad, etc., tanto de conjuntos epigráficos urbanos como rurales⁴³³. La principal vía de estudio ha sido la estadística pero a pesar de las recientes síntesis y el debate en torno a ellas, se han puesto en evidencia algunos problemas de base a la hora de hacer un estudio en este sentido que, sin embargo, no impiden extraer algunas conclusiones generales. En primer lugar, no siempre aparece la edad señalada y cuando lo hace suele existir cierta imprecisión, son comunes los redondeos en

lo que habría que sumar el estipendio de un funeral medio, en torno a los 250-300 sestercios, es decir, unos 400 sestercios que en Roma era la media de 4 meses de subsistencia para una familia (González Villaescusa, 2001: 111-112). Respecto a un estudio concreto a través de la epigrafía en relación al ámbito militar de la *Legio III Augusta* en la necrópolis africana de *Lambaesis*, con una ratio de costes por entierro de entre 400 a 26.000 sestercios: Le Bohec, 1987.

431 Frente a los *lapicidas* itinerantes que servían de enlace con los talleres que se generarían en los ámbitos más urbanizados, la idea de su adaptación en ámbito rural fue traído a colación respecto al contexto epigráfico de la Transpadana. Se ha planteado que hubiesen sido ex militares que conocerían mínimamente la escritura y podrían haber actuado como *lapicidas* ocasionalmente (Menella, 1993: 278-279), en casos de conjuntos epigráficos pequeños. Por su parte, recientemente, en el análisis de la necrópolis de Cerrione, Biella, se han detectado suficientes particularidades en las grafías que permiten plantear una posible intercesión en la propia inscripción por parte de distintos miembros de la comunidad (Cresci Marrone y Solinas, 2011: 101-102, nota 83 y 84).

432

433 para un estudio de síntesis estadística (principalmente basado en *corpora* de Italia, Galia, Germania y Norte de África): Scheidel, 1996. Para el tema de la mortalidad: Shaw, 1996. Sobre la demografía en la Roma Imperial: Scheidel, 2001. Sobre casos específicos como en el caso de la población dálmata: Salmon, 1974. Para el caso de la mortalidad por análisis estadístico de edades en la epigrafía zoela de la región de Bragança: Redentor, 2002: 223-225, cuadro 3.



múltiplos de 5 y 10. Se detecta que los hijos están más presentes que las hijas en las dedicatorias, de la misma forma que los esposos y viudos. Igualmente se aprecia una desigual representación de sexos, en donde prima el hombre (como dedicante y como dedicado) de edad avanzada, en ámbito urbano ciudadanos y algunos de sus esclavos y libertos, especialmente aquellos que representan cargos ilustres en la comunidad o fuera de ella (en ambientes como el ejército o la administración provincial y/o imperial)⁴³⁴.

Tras todas estas aproximaciones en epigrafía funeraria, subyace el modelo de la ciudad clásica que viene a apoyar la idea de que a mayor urbanización, mayor será la muestra epigráfica (especialmente la funeraria). A la hora de estudiar el alcance de la epigrafía en el ámbito eminentemente rural de las comunidades astures, se debe tener en cuenta la presencia del ejército romano de forma permanente como el primer y más eficaz Instrumento de difusión del hábito epigráfico. Se trata por tanto de un proceso histórico concreto cuyos paralelos más cercanos habría que buscarlos en regiones asociadas a fronteras tipo *limes* galo-germano o britano para el área occidental del Imperio, comúnmente descritas como “relativity under-urbanized, but highly militarized” (Wolf, 1996: 23; de la Bedoyère, 2001: 153-161). Se asume con ello que en los territorios en donde no existe una frontera militarizada como tal y en donde está generalizado un poblamiento rural con una mínima representación de elementos urbanos, el “deseo” de las elites indígenas por emular los hábitos epigráficos habría sido anecdótico y de una forma muy ruda. Es cierto que está ampliamente constatado que en ámbitos rurales, el elemento militar supuso el principal motor de difusión del hábito epigráfico (Le Roux, 2002), junto con mercaderes romanos e individuos que seguían a las tropas⁴³⁵. Esto no quiere decir, como se ha mantenido durante mucho tiempo, que la aparición y mantenimiento de dicho hábito estuviese necesariamente relacionada con aquellos lugares en donde existían destacamentos militares con el objetivo de contener las fronteras del Imperio. Los datos que puedan ilustrar el proceso de difusión del hábito epigráfico en contextos rurales con diferentes índices de militarización están muy escasamente sistematizados provincialmente⁴³⁶. Se trata principalmente de compendios arqueológicos o *corpora* epigráficos y algunos esfuerzos actuales por interrelacionar las distintas fuentes de datos⁴³⁷. Entre

434 Una revisión del tema en González Villaescusa, 2001: 110-112.

435 Casos del Rhin, el Danubio y Alsacia inmediatamente después de la conquista: Hatt, 1951: 226-227; Gabelmann, 1972: 93-94; Carroll, 2001: 90-91 y Conrad, 2001.

436 Como se denuncia en algunos trabajos de síntesis como en Morris, 1992 o en Pearce, Millett y Struck, 2000.

437 En los grandes estudios sobre el mundo funerario romano, la principal fuente material son las inscripciones



estos últimos, recurriré a dos ámbitos analizados por algunos trabajos de síntesis recientes para el caso de la Galia del norte (Carroll, 2001 y 2006) y la *Traspadana* (Brecciaroli, 2000 y 2011), con el fin de observar algunas tendencias en la interpretación de la difusión del hábito epigráfico en ámbitos rurales con distintos índices de presencia militar y/u oficial romana.

En los casos galo belga y germano, para los que en época prerromana se tiene constatada la tradición generalizada de enterrar a las elites locales en túmulos, en algunos casos coronados por esculturas y/o piedras hincadas, se sabe que el hábito epigráfico funerario romano supuso una adaptación a una tradición nueva. Como han resaltado algunos autores, se trató de una tradición que por primera vez conmemoraba a los difuntos individuales de diferentes sexos y edades, e incluso condiciones sociales distintas⁴³⁸, a través de la inscripción y la iconografía de lápidas organizadas en espacios funerarios en distintos ámbitos (rurales, urbanos, etc.) (Carroll, 2006: 17, nota 60). Sin embargo a nivel regional las comunidades no se acogieron de la misma manera a dicha práctica, encontrando áreas como la flamenca al oeste del río Scheldt, en donde no perviven los enterramientos de tradición prerromana de la elite, pero se continúan las cremaciones y enterramientos simples con materiales perecederos que caracterizan el registro funerario del grueso de la población de la Segunda Edad del Hierro (Vermeulen y Bourgeois, 2000: 152-153). Por su parte en el Medio y Alto Rin, la población nativa adoptó, desde el mismo momento posterior a la conquista en la primera mitad del s. I d. C., la costumbre de enterrarse a la romana con lápidas, tumbas-templo y estatuas, principalmente en torno a la actual Mainz (Witteyer y Fasold, 1995). En el Bajo Rin por último, se adoptarían dichas costumbres de forma generalizada sólo a partir del s. II d. C. (Carroll, 2001: 57-59, 90-91). En este

caso, la clave parece estar en la presencia en el Medio y Alto Rin de una inmigración constante (textos y soportes), prestándose muy poca atención a los contextos arqueológicos y aún menos en su lugar en el territorio. Son los casos del principal ensayo sobre los funerales y el ritual romano en Toynbee, 1971 y en otros generales que le siguieron como Reece, 1977; Morris, 1992 o Pearce y otros, 2000. Igualmente existe una importante bibliografía centrada en conceptos legales abstraídos de las fuentes literarias y epigráficas en Hinard, 1987 y 1995; Von Hesberg y Zanker, 1987 o Heinzelmänn y otros, 2001. Finalmente está la perspectiva de los historiadores del arte que solamente observan el soporte epigráfico como objeto artístico sin prestar atención al texto ni al contexto; p.e. Koortbojian, 1996. Por su parte, han empezado a generalizarse estudios epigráficos integrados en el contexto arqueológico tanto en ámbito italiano (para el caso urbano de la necrópolis pompeyana de Porta Nocera: Lepetz y Van Andringa, 2008 y 2011; para un ejemplo rural traspadano: Brecciaroli, 2011, entre otros) como en las provincias (p.e. en ámbito britano para el caso de las excavaciones en la necrópolis de Brougham, Cumbria: Cool, 2004, o en relación a los conjuntos de Aquileia, Mainz y Nîmes: Hope, 2000 y 2001, entre otros).

438 Ya no sólo existe una elite prerromana digna de ser enterrada con los mayores honores sino que ahora conforman bien el entramado de las relaciones cívicas, bien un estatuto militar o peregrino en el seno de las redes clientelares post-conquista, etc.



del mundo mediterráneo, entre la que destaca el contingente militar y administrativo romano. Pero más allá de la adopción de una moda romana por las elites indígenas, el proceso de adopción de la epigrafía funeraria es ante todo, a diferentes tiempos y en diferentes espacios, un mecanismo que permite hacer visibles las nuevas relaciones de poder resultantes de la conquista. Como es natural, el hábito epigráfico se hizo visible por primera vez allí donde se hizo más presente la autoridad oficial romana, fomentando la expresión pública de la condición social y económica de los nuevos grupos de poder, difundiéndose posteriormente en otras regiones a diferentes ritmos y por diversos cauces (Carroll, 2006: 17-18).

En otros lugares como la *Traspadana*, se conoce una epigrafía desde finales del s. I a. C. y durante el Alto Imperio, propiamente rural sin presencia militar ni oficial romana, definida como *epigrafía povera*; tanto por estar elaborada en materiales toscos, como grandes cantos rodados, como por su *ductus* irregular y descuidado. Esta epigrafía ha sido uno de los ejemplos que han fundamentado la tesis de “resistencia indígena” contra la norma romana, a la misma vez que como el producto de un “encargo privado” que no habría sido característico de otras regiones más apartadas de la Península Itálica, tradicionalmente interpretadas como “poco romanizadas” (Cresci Marrone, 1991; Mennella, 1993). Sin embargo a nivel arqueológico se conoce en algunas de estas áreas un registro muy rico de necrópolis de cremación altoimperiales en contextos rurales. Es el caso de la región prealpina de Biella, donde se encuentran las minas de oro tardorrepublicanas de La Bessa, explotadas a través de la concensión a sociedades privadas o *publicani* y precedente en técnicas y métodos de extracción que se aplicarían durante el Imperio en otras provincias, como las galas o especialmente en Hispania (Sánchez-Palencia y otros, 2010c). En dicho territorio se conocen al menos dos importantes necrópolis rurales, una en la misma Biella (Brecciaroli, 2000) y otra en la aldea de Cerrione (Brecciaroli, 2011; Cresci Marrone y Solinas, 2011). En la primera, de la que ya se conocían noticias desde antiguo y que abarca todo el Alto Imperio⁴³⁹, se encontraron como señalizadores de las tumbas grandes cantos anepígrafos e incluso fragmentos de madera hincada. La mayor información, sin embargo, la ha aportado la documentación sobre los cambios en el ritual funerario de la cremación, en torno a diferentes tipos de estructuras que albergan los restos, así como en la composición de los

439 Aunque sólo hayan sido datadas 50 de las 420 deposiciones se entrevé una cronología desde la segunda mitad del s. I d. C. hasta la presencia esporádica en el primer cuarto del s. III d. C., retomándose posteriormente desde finales del s. III d. C. hasta el s. IV/V d. C.



ajuares en un momento avanzado de la reorganización romana del territorio, hacia mediados del s. I d. C (Brecciaroli, 2000). Respecto a la necrópolis de Cerrione contamos, por el contrario, con un *espacio* Funerario rural en el que excepcionalmente se han podido documentar restos cremados y lápidas inscritas *in situ* asociadas a ellos. Gracias a esa característica se han extraído conclusiones arqueológicas y epigráficas, pudiéndose seguir la evolución del ritual y las prácticas funerarias a la par que varias generaciones de la población a través de la onomástica⁴⁴⁰. Sabemos que el hábito epigráfico que se difundió en el *espacio* Funerario de Cerrione no tuvo una causa directa con la presencia de las sociedades de publicanos que explotaron las minas de oro de La Bessa, puesto que el inicio de la necrópolis coincide con el abandono de la explotación en el s. I a. C. y la organización del territorio en pequeñas explotaciones rurales. Es en este contexto en el que hay que entender que las familias locales, lepónticas o galo-cisalpinas, hubieran entrado a formar parte de las *gentes* romanas y utilizaran unos mismos mecanismos de representación compartida a través de la adopción de los rituales funerarios. Dicha costumbre refleja la adopción cultural romana sin una presencia clara de gente exógena y/u oficial romana, sino como resultado de un mismo código de poder asumido por las familias más representativas, de las que además se discute su incipiente “alfabetización” Instrumentalizada en las fórmulas básicas de las lápidas de nombre, filiación y edad (Cresci Marrone y Solinas, 2011: 101-102, notas 83 y 84).

En los casos sintetizados de *Galia Bélgica*, *Germania Superior e Inferior* o *Traspadana*, encontramos distintos escenarios rurales con diversos grados de intercesión de la autoridad militar oficial romana que muestran la difusión de rituales y costumbres, en este caso del ámbito funerario, que sirven como símbolos del nuevo lenguaje de poder de cuño romano. A distintas velocidades y ritmos, pero con una gran uniformidad desde momentos muy tempranos, se detectan las interrupciones de las costumbres de tradición prerromana por parte de las familias representativas de cada comunidad, las cuales partiendo de distintos procesos de emulación y reapropiación de sus diversas tradiciones, construyen unas nuevas identidades reconocidas por Roma.

El caso del Noroeste hispano presenta algunos problemas de partida a la hora de analizar la difusión del hábito epigráfico funerario y sus características iconográficas por un lado y en cuanto al

440 A partir del análisis onomástico se detecta que las primeras inscripciones de finales del s. I a. C. son lepónticas o en lengua galo-cisalпина con una onomástica mixta de nombre + filiación. Posteriormente se constatan inscripciones en alfabeto latino (*trianomina* y *duanomina*), conservando el mismo esquema básico, a veces de hasta doble filiación. Por último en los siglos II y III d. C. aparecen inscripciones que presentan el *DM* (Cresci Marrone y Solinas, 2011: 97-98)



conocimiento arqueológico de los rituales y la organización de las necrópolis por otro. Respecto a lo primero, la mayor parte de los epígrafes conservados, por no decir su totalidad, se han hallado fuera de su contexto original lo cual limita a la hora de conocer cuál era la visibilidad de los monumentos y por tanto dónde estaban colocados y a qué tipo de tumbas, rituales y ajuares estaban asociados, algo fundamental para intentar comprender el mundo funerario romano-indígena. Se parte por tanto de que el epígrafe fuera de su contexto, “pierde gran parte de su significado y de su valor” (Encarnação 1993: 314-315), pero no pierde el sentido básico que tuvo la adopción del monumento inscrito como tal y la difusión del hábito epigráfico e iconográfico funerario. A ello han contribuido importantes trabajos de análisis epigraficos internos de tipo onomástico desde diferentes perspectivas (González Rodríguez y Santos, 1994; González Rodríguez, 1997; Sastre, 2002a, entre otros) así como diferentes estudios monográficos del tipo inscripciones que presentan a) Descripciones militares⁴⁴¹, tribus⁴⁴², mujeres y relaciones familiares⁴⁴³, etc. Por otro lado, se desarrolló un gusto desde bien temprano por tratar la iconografía característica de algunos conjuntos de estelas del Norte-Noroeste, interpretada desde el punto de vista estilístico como elementos que en última Instancia debían evocar o contener símbolos del pasado prerromano que seguiría perviviendo en época romana⁴⁴⁴.

La sistematización iconográfica de las “Estelas del norte y NO” que se hizo a mediados del siglo pasado, reconocía en su distribución los límites de una “curiosa provincia artística” que correspondía con la Hispania indoeuropea de “evidente abolengo céltico”⁴⁴⁵ (García y Bellido, 1949: 321-85). En este grupo epigráfico más allá de la *rara* calidad artística o el más común análisis epigráfico al modo de la publicación del *CIL*, el interés radicaba en los temas relivarios y motivos

441 P.e. Para el caso del *corpus* epigráfico de *Petavonium* (Hernández, 1999a), en el que se recoge la epigrafía en bruto de las unidades militares asociadas al campamento y que vienen a corresponderse con las principales testimoniadas en el noroeste (*Legio X Gemina*, *Legio VII Gemina*, *Ala II Flavia*, etc.).

442 P.e. en relación a las menciones de la *Quirina tribus* y la municipalización flavia en Pintado, 2004.

443 P.e. sobre la mujer hispanorromana a través de la epigrafía desde en los trabajos de Albertos (1977b) a los más recientes principalmente de Gallego (1998 y 2000).

444 Gómez Moreno, 1903-1908; Vasconcelos, 1989 [1913]: 406-46; Frankowski, 1920; Martínez Santa-Olalla, 1931-1932; García y Bellido, 1949, entre otros.

445 Vendría a coincidir con las provincias de León, Zamora, Salamanca, Burgos, Navarra y norte de Zaragoza (España) y Trás-os-Montes y Beira Alta (Portugal) (García y Bellido, 1949: 321, nota 1). Para García y Bellido sería el llamado por él, grupo burgalés, en torno a *Lara* de los Infantes, en donde estarían “los mejores y más numerosos especímenes del grupo, así como habría sido el grupo más entregado a la decoración figurada relivaria” (García y Bellido, 1949: 323).



ornamentales⁴⁴⁶. Aunque sobresalgan conjuntos para este autor, como el burgalés de Lara de los Infantes⁴⁴⁷, el denominador común habría estado en las características esenciales, formas y elementos iconográficos que respondían a la reiteración de algunos motivos. Se trata de piezas alargadas monolíticas (stelae) con una sola cara ornada (con cabeza horizontal, semicircular y rueda casi exenta) y el constante símbolo de la rueda radiada, así como de lunas crecientes o ambas asociadas con otros posibles astros, con simulaciones arquitectónicas con columnas o pilastras. La sistematización de estos motivos junto a la interpretación de un fondo de tradición prerromana, serían la base para los distintos estudios regionales y de conjuntos epigráficos excepcionales de toda la mitad septentrional hispana⁴⁴⁸. Esta epigrafía venía a hundir sus raíces en otros análisis que ya se habían experimentado en casos como las estelas en forma de casa burgalesas (Martínez Santa-Olalla, 1932) y sus vinculaciones con otras partes del Imperio (Linckenheld, 1927), en donde se insistía en un particularismo morfológico como fundamento de la una base étnica de tipo céltico (Martínez Santa-Olalla, 1935). Esta tradición se encuentra igualmente en los trabajos clásicos sobre la ideología funeraria romana (Cumont, 1923 y 1942) en donde se considera que fueron las creencias religiosas indígenas y sus símbolos, de ámbito griego, oriental pero también púnico o céltico, las que fascinaron a Roma⁴⁴⁹. Los datos epigráficos servían para corroborar en ese fondo indígena, lejos de cualquier imposición romana como evolución local compartida⁴⁵⁰. Así el destino astral del difunto transmitido en algunas fuentes⁴⁵¹ y materializado en los motivos de las rosáceas,

446 Ya que “es aquí (en sus símbolos) donde radica todo o casi todo, el interés y el valor de estos monumentos funerarios” (García y Bellido, 1949: 327-28).

447 Abásolo, 1974 y 1977.

448 para Asturias: Diego Santos, 1954; 1959 y 1963. Para Salamanca occidental: Navascués, 1963, Grupo alavés: Elorza, 1970. Caso de Vigo: Julia, 1971. Galicia: Rodríguez Lage, 1974; Acuña, 1974. Grupo cántabro: Iglesias Gil, 1976. Para las “estelas de tradición indígena” turolenses: Marco, 1978. Para el célebre conjunto burgalés de Lara de los Infantes: Abásolo, 1977. Para el cluniense y el *Caesaraugustano*: Marco, 1978. Para una visión genérica reciente de la epigrafía del centro y norte, en Abásolo, 2002.

449 En Cumont, encontramos el uso de autores para el ámbito galo (Linckenheld, 1927), germano (Nagy, 1935) o hispano (Martínez Santa-Olalla, 1931-1932) que le sirvieron para fundamentar su hipótesis de influjo oriental (principalmente de misterios frigios anatólicos) mezclados con fondos locales púnicos o celtas, lo cual habría transformado y/o amplificado las viejas concepciones indígenas sobre el destino del difunto (Cumont, 1942: 220-221).

450 para ámbito púnico los símbolos astrales romanos venían a asumir una misma iconografía de base local principalmente reflejada en la esquematización de la diosa Tanit como un creciente lunar y un astro solar (Cumont, 1942: 210-211). En Galia (principalmente en las regiones de Perigueux, Bourges, Autun y Langres), en territorio germano al borde del Rhin o en ámbito burgalés hispano se destacan las *stèles funéraires en forme de maison* con una iconografía astral muy rica de un mismo compartido fondo celta (1942: 220-221). Estas mismas analogías las encuentra en *Pannonia*, *Noricum* y *Raetia* en asociaciones de crecientes lunares y rosáceas en un contexto indígena (1942: 231-232).

451 Especialmente en relación con el destino lunar: *Lucr.*, 5, 726 y 978-986; *Plu.*, *De fac. lun.*, 940f-945d.



ruedas y lunas de las estelas romanas provenía en última Instancia de origen oriental pero mezclado con un fondo celta (Cumont, 1942: 116 y ss). Específicamente respecto a dicha tesis en ámbito galo, se ha demostrado hace tiempo que el motivo del creciente lunar está ausente en las regiones “bien celtisés” y, por el contrario su uso es masivo en los principales centros urbanos (Kooy, 1981: 59-61). Es por ello que se debe poner en tela de juicio el hecho de que el símbolo funerario lunar tenga una base necesariamente del sustrato celta y no directamente vinculado con una creencia ecléctica generalizada por Roma.

Respecto al caso hispano el motivo iconográfico en forma de “L”, normalmente pareado e invertido, en lo que se denomina motivos de “escuadras”, es uno de los rasgos especialmente difundidos en las estelas del Norte-Noroeste peninsular, ya tratado desde antiguo por su presencia en otros ámbitos del Imperio⁴⁵². Dicho motivo aparece duplicado o cuadruplicado (una en cada ángulo) especialmente en las estelas de *Lidia*, *Frigia* o *Pannoniae* (Keil y von Premerstein, 1911; Nagy, 1935). Su interpretación ha pasado porque se tratase de una esquematización de los “montantes de las puertas del cielo” (Jullian, 1910: 89), cerraduras como aberturas angulares (Keil y von Premerstein, 1911), en cualquier caso en relación la idea de la “puerta del cielo” (Cumont, 1942: 234). El caso es que el hecho de encontrarse especialmente difundido en el norte hispano y en el extremo oriental de las *Pannoniae*, encontraba su explicación en que habían sido llevadas a la Península Ibérica por militares del *limes* germano que fundarían la *Legio VII Gemina*⁴⁵³. La interpretación de difusión de dicho motivo se fundamentaba en una cronología avanzada asumida para los casos hispanos principalmente de los siglos II y III d. C. Como trataré más abajo, este motivo al margen de su interpretación, está presente en el conjunto epigráfico de la primera mitad del s. I d. C. de la *Legio X Gemina* que precede a la producción epigráfica de la VII y por tanto, invalida toda la tesis de difusión militar desde el *limes* germano, aunque no su transmisión a través del ámbito militar alejado de un fondo preexistente y común a lo largo y ancho del Imperio.

En relación al segundo punto que se refiere a los espacios funerarios o necrópolis, son muy pocos los estudios arqueológicos territoriales y especialmente escasos aquellos en ámbitos rurales, salvo las labores de urgencia a raíz de epígrafes encontrados en la periferia de los

452 Sobre el tema para el caso ibérico, ya lo habían tratado tanto Jullian, 1910 como Vasconcelos, 1989 [1913], y a ellos se refiere Nagy, 1935: 11, nota 28.

453 Fundada por Galba en España en el 68 d. C. Para ser inmediatamente transportada a Italia y bajo Vespasiano a *Pannonia* (Tac., *Hist.*, 3, 10,1 y 21, 2) para volver de nuevo en el 74 d. C. y asentarse definitivamente en León (Cumont, 1942: 233, nota 3, 238).



núcleos romanos más urbanizados⁴⁵⁴. Se conocen además en el Noroeste algunas cistas de tégulas o lajas para inhumaciones que vienen datándose genéricamente como tardorromanas. Si bien es cierto que en términos generales predomina el ritual de la cremación en el Alto Imperio frente al de la inhumación, se debe tener en cuenta que existe un periodo de convivencia desde el mismo s. I d. C. constatado en la Península Ibérica⁴⁵⁵. Parece sin embargo que en el Noroeste los tipos de inhumaciones en tumbas de tégulas, especialmente las de sección triangular o “de caballete”, están bien datadas a partir de la segunda mitad del s. III-IV d. C.⁴⁵⁶. A su vez, es el ritual de la cremación el que se conoce en el Noroeste en las únicas necrópolis altoimperiales excavadas sin lápidas inscritas⁴⁵⁷. Se trata de la necrópolis de Gondomil en Valença do Minho, Viana do Castelo (Almeida y Abreu, 1987) y la de Montes Novos/Croca en Penafiel, Porto (Correia, 1998).

La primera corresponde a un área asociada directamente al Castro de Gondomil, apenas a 30 metros del mismo, en la que se localizaron más de una veintena de cremaciones, algunas superpuestas datadas entre Claudio y principios del s. II d. C. (Almeida B. y Abreu, 1987: 199, 201-204 y 217, nota 78; sobre cronología *idem*: 217-220). De manera uniforme durante ese tiempo se procedió a una cremación sobre hoguera o *bustum* que pasaba por la excavación de una pequeña fosa en la que se introducían ramas de árboles, se levantaba una estructura de troncos de madera y se colocaba sobre ella algún tipo de parihuela o ataúd⁴⁵⁸ en el que estaba el cadáver al que se procedía a quemar

454 Destacan las capitales conventuales dea Lugo/*Lucus Augusti*: Carreño Gastón, 1995; González Fernández, 1995 y 2005; Herves Reigoso, 1995a y 1995b; Braga/*Bracara Augusta*: Martins y Delgado, 1989-1990; Astorga/*Asturica Augusta*: González y otros, 2003; entre otros. También se conocen casos de necrópolis de incineración altoimperiales de otros lugares urbanizados al margen de las capitales tipo la necrópolis de la calle Areal de Vigo/*Vicus* (Hidalgo y Viñas, 1999). Una síntesis sobre el caso gallego: Rodríguez Colmenero, 1997.

455 para un estudio sobre el tema en el occidente del Imperio: Bendala, 1991 y 1995. Para casos de estudio de convivencia del ritual crematorio y el de inhumación en Córdoba: Vaquerizo, 2002.

456 Son los casos de las conocidas en A Hermida, Culleredo (Luengo, 1943), parada de Outeiro, Xinzo de Limia (Vázquez Urtiaga, 1978), A Lanzada, O Grove (Peña Santos, 1982), Guisande (Valdés, 1996), Ourense (Vázquez Rodríguez, 1943 y Eguileta Franco, 2008) o Vigo (VVAA, 2001: 207) entre otras.

457 Existen noticias o recogida de materiales en superficie así como algunas excavación dispersa que podrían señalar la existencia de otras necrópolis de cremación altoimperiales como Fonte Velha en Bensafrim, Horta das Pinas en Vila Viçosa y Santo André (Almeida B. y Abreu, 1987: 197, nota 9), algunas de Monte Mozinho (Almeida F., 1977: 29-30), A Lanzada (Blanco Freijeiro y otros, 1961) o incluso inhumaciones tempranas por la cerámica recogida, como las de Agrads de Gondim, Fojo Velho o Nascente (Almeida B., 1990: 72-77).

458 Este hecho se deduce de la cantidad de clavos y chinchetas de diversos tamaños que hacen suponer que debían sostener algún tipo de armazón de madera así como podían también formar parte del característico calzado romano (*caligae*) o para asegurar sábanas mortuorias y cubrir al difunto y su armazón a ojos de los presentes en el ceremonial (Almeida B. y Abreu, 1987: 200).



in situ. Paulatinamente el cadáver y las estructuras se cremaban y los restos quedaban en la fosa y en sus inmediaciones. Los fragmentos de la cerámica del ajuar, principalmente de jarras y tazas usadas muy probablemente durante el banquete fúnebre, y algunos objetos excepcionales (como algún ungüentario y vidrio, una fibula en omega, un cuchillo y un par de pesas de telar), fueron depositados en diferentes momentos, según se fue consumiendo la pira funeraria. Algunos vasos se dedicaron a recoger parte de las cenizas de todo el proceso. Finalmente se procedía a cubrir con tierra que contenía fragmentos cerámicos del cercano espacio habitacional. Algunas de las piezas cerámicas, dos vasos crematorios, un jarro y una jarra de cerámica gris fina y un ungüentario, tenían inscritos algunos grafitos de propiedad, utilizando distintas grafías en letras capitales cursivadas, que se han interpretado en algunos de los casos como *trianomina* e incluso *cognomina* de origen griego (Almeida B. y Abreu, 1987: 200-201 y 214; Láms. III, 2; IV, 1 y 3; VIII, 4; X, 3).

Estos grafitos, la superposición de algunas tumbas y la uniformidad del ritual ha hecho pensar que se trató de un aumento excepcional de fallecidos por causas relacionadas con alguna *epidemia* y/o guerra, que además debían de ser principalmente de origen exógeno, a tenor de la hipótesis oriental de algunos de los grafitos, tal vez militares relacionados con el control de la zona (Almeida B. y Abreu, 1987: 219-220). Es cierto que existen datos relacionados con la presencia militar en la zona, e incluso existen explotaciones auríferas en toda la cuenca del Miño que podrían haber tenido aporte administrativo oficial. No se puede descartar sin embargo que la necrópolis hubiese estado asociada más propiamente al poblado castreño cercano de clara vocación agrícola. Las superposiciones parecen ser muy coherentes con los diferentes grupos familiares en el *espacio* Funerario, acudiendo a cremar a sus difuntos en relación al lugar donde estaban sus parientes, y la uniformidad del ritual está relacionada con un alto conservadurismo respecto a las prácticas que debían haber arraigado en la población, tras más de 75 años de la conquista efectiva del territorio. Por el momento no podemos más que testimoniar el único caso de excavación en área de una necrópolis de cremación altoimperial sin señalización lapidaria, que en su estructura básica, cremación sobre hoguera o simples fosas con restos cremados, debió de ser la característica en ámbitos rurales.

Por su parte, la necrópolis de Montes Novos/Croca (Penafiel, Porto) se conoce mucho peor puesto que no se pudo completar la excavación al estar destruido el lado meridional y oriental por la construcción de un camino empedrado (y se piensa que la zona excavada era la menos ocupada).



Sin embargo se excavaron hasta 150 tumbas de las cuales las sepulturas de cremación eran las peor conservadas, conociéndose algún *ustrinum* y simples fosas en el afloramiento natural que se rellenaron con parte de los restos cremados. Sólo se evidenció un caso de cremación sobre la misma hoguera o *bustum* al modo de la necrópolis de Gondomil. Se constata una convivencia de los ritos crematorios e inhumatorios a partir de los siglos I-II d. C., siendo la inhumación preeminente en los siglos III-IV d. C. El ajuar es principalmente cerámico y las formas son platos y jarras asociados a ofrendas y libaciones. Los vidrios son más escasos y la presencia de la moneda va creciendo exponencialmente⁴⁵⁹ (Correia, 1998: 190-192).

En resumen los pocos datos con los que contamos para el Noroeste en relación a necrópolis de ámbitos rurales en época altoimperial, sólo permiten observar la costumbre de la cremación sobre la hoguera o del enterramiento de parte de los restos cremados en simples fosas sobre la roca natural. A su vez queda patente también la dificultad a la hora de detectar evidencias de dicho ritual, especialmente debido a los ajuares escasos y poco representativos. Por todo ello y a la espera de nuevos datos en la dirección de definir espacialmente las necrópolis y sus rituales asociados, me propongo a continuación abordar un caso de estudio desde el análisis iconográfico del material epigráfico conservado con el objetivo de valorar la forma en que se desarrolla el proceso de emulación del sistema religioso funerario para el área meridional astur, a la que se ha adscrito tradicionalmente la *civitas Zoelarum*.

12. 2. El caso de estudio de la epigrafía funeraria de la *Asturia* meridional (siglos I-II d. C.)

El análisis del caso estudiado al que haré referencia se enmarca en la investigación dirigida por F.-J. Sánchez-Palencia e I. Sastre en el Occidente de Zamora en torno a la Zona Minera de Pino del Oro (*ZoMiPO*) desde 2006, en cuyos proyectos asociados he tenido ocasión de participar durante mi vinculación pre-doctoral con el grupo de investigación *EST-AP* (CSIC)⁴⁶⁰. Sobre los resultados de dichas

459 Con 3 únicos casos de monedas de los siglos I-II d. C. y un aumento de las series de los intervalos cronológicos del 260-265, 265-270, 270-275 d. C. y 305-380 d. C. con especial concentración en 335-340 (en 19 tumbas) y 345-350 d. C. (en 17 tumbas) (Correia, 1998: 192).

460 Grupo de Investigación “Estructura social y territorio-Arqueología del paisaje” del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Los proyectos principales en los que ha estado enmarcada la investigación en el Occidente de Zamora han sido: “La Zona Minera de Pino del Oro (Zamora). Investigación y valoración como recurso (2006-2010)” dentro del programa Hábitat Minero de la JCyL y el de “Paisajes culturales en las zonas mineras antiguas del cuadrante noroccidental de la Península Ibérica (PaCMiNO)” (PIE/200410E366). Desde 2010 la investigación se está llevando a cabo dentro del proyecto I+D “Formación y disolución de la *civitas* en el NO



investigaciones existe una bibliografía reciente especialmente dedicada al estudio de la explotación minera, del poblamiento y de la epigrafía⁴⁶¹ pero aún están en curso de investigación todas las líneas de análisis⁴⁶². Para el caso epigráfico de la *Asturia* meridional cuento también con importantes estudios parciales precedentes⁴⁶³ pero los trabajos de actualización y sistematización de *EST-AP* han permitido importantes avances y descubrimientos en la investigación histórica de la zona, los cuales han sido parcialmente publicados⁴⁶⁴. Es por ello que la base documental epigráfica junto con la interpretación principalmente iconográfica que utilizaré en mi argumentación para este capítulo proceden de los últimos análisis en los que he participado y que en parte están o inéditos o todavía en curso de estudio, por lo que debo agradecer la generosidad del equipo para que pueda incluirlos en este trabajo doctoral. Las referencias en este trabajo de las inscripciones del caso de estudio de la *Asturia* meridional asociada tradicionalmente al área zoela seguirá la simbología y abreviaturas de los catálogos o *corpora* epigráficos en preparación, tanto de Zamora como de la región portuguesa de Tras-os-Montes oriental⁴⁶⁵. En el **Anexo 2** señalaré las correspondencias bibliográficas disgregadas⁴⁶⁶ con las que coincide dicha simbología para las regiones más meridionales de entre los astures, entre las actuales Zamora occidental y la portuguesa Trás-os-Montes, existe la identificación con una enorme *civitas Zoelarum*. Dicha área junto con el occidente leonés, localizados entre las importantes tradiciones de investigación del mundo castreño centralizado en Galicia, Asturias y el noroeste de Portugal por un lado y el ámbito celtibérico y vacceo meseteño por el otro, han sido asociados con una “banda de indefinición” a la peninsular (*Civitas*)” (HAR2008-06018-C03-01/HIST) y del Proyecto Interfronterizo.

461 Sastre y otros, 2009; Sánchez-Palencia y otros, 2010; Sánchez-Palencia y otros, 2010a y 2010b; Sánchez-Palencia y Currás, 2010; Romero, 2010.

462 En la actualidad están en curso dos tesis doctorales, una sobre el poblamiento prerromano y romano en el Occidente de Zamora y la región portuguesa de Miranda do Douro por D. Romero, dirigido por F.-J. Sánchez-Palencia, y la otra sobre el estudio integral epigráfico de la región interfronteriza por A. Beltrán, dirigido por I. Sastre.

463 Abásolo y García Rozas, 1990; 1990-91; 2006; Abásolo y Marco, 1995; Navarro, 1998; Sastre, 1999; 2000: 233-58; 2002: 47-78; Redentor, 2002 y 2003.

464 Beltrán y otros 2009; Beltrán y Alonso, 2010; Beltrán, Romero y Alonso, 2013; Sastre, Beltrán y Alonso, e. p.

465 epigrafía Romana de Zamora = *ERZa* y epigrafía de Trás-os-Montes oriental = *ERTOMOr*, dirigidas por I. Sastre y A. Beltrán (*EST-AP*).

466 El primer *corpus* como tal de la epigrafía de Zamora (*CIRPZa*) es relativamente reciente (Alonso y Crespo, 2000) y a él le preceden una tesis doctoral inédita de gran valor documental (Bragado Toranzo, 1991) y algunos compendios parciales (Abásolo y García Rozas, 1990 y 1991-92) y una monografía epigráfica aislada del campamento de *Petavonium* (Hernández, 1999). Para el caso de Trás-os-Montes oriental sólo se ha llevado a cabo un catálogo de la región de Bragança recientemente (Redentor, 1999), no habiéndose superado la labor de algunos próceres del s. XX para el resto de regiones (Lopo, 1987 [1897]; Alves, 2000 [1909-1947]) y algunos trabajos de los años 80 (Afonso y Morais, 1981; Afonso y Moreira, 1981; Afonso, 1984; Mourinho, 1984 y 1986) y más reciente para el caso de estelas de mármol de brecha de Santo Adrião (Navarro, 1998).



que había que abordar con la mayor premura (Orejas, 1996: 26-31). Sobre la base de la recopilación de material y de noticias predominante en la mayor parte del siglo pasado⁴⁶⁷, se construyeron las más importantes investigaciones desde la Arqueología espacial tanto en área portuguesa (Lemos, 1993) como zamorana (Esparza, 1986). A su vez, como me he referido se está llevando a cabo una investigación desde la Arqueología del paisaje a partir del análisis de la *ZoMiPO*, en la que se integra el estudio del territorio sayago-alistano y sus áreas asociadas, tanto de Zamora occidental (Alba, Tierra del Pan, Sanabria, Vidriales) como en parte de Trás-os-Montes oriental (Vimioso, Miranda do Douro y Mogadouro). Existen otros proyectos de investigación en marcha en área zamorana y portuguesa pero cuyas limitaciones, bien por estar demasiado localizados en la excavación de algunos yacimientos⁴⁶⁸ bien por ser análisis muy especializados como desde la Arqueobotánica⁴⁶⁹, no han permitido desarrollarse aún en toda su potencialidad.

Las relaciones de los conjuntos epigráficos con los núcleos detectados en el poblamiento antiguo no son en absoluto inequívocas. De hecho uno de los problemas asociado al estudio de esta epigrafía rural lo constituye su carácter endémico descontextualizado. Y es que la práctica totalidad de los epígrafes conservados proceden de contextos reutilizados en construcciones modernas (ermitas, iglesias, viviendas, pajares, cercados, etc.) o antiguas (murallas tardorromanas como en el caso paradigmático de Muelas del Pan, iglesia de San Pedro de la Nave, etc.). En otras ocasiones el hallazgo de algunos conjuntos ha sido fortuito, debido a la realización de diversas obras públicas o labores agrícolas con algunas noticias antiguas de importantes descubrimientos, como en el caso de Moral de Sayago (Garnacho, 1878) o Pino del Oro (Gómez Moreno, 1927: 35-37). La primera noticia es la única con información suficiente para intuir el *espacio* Funerario íntegro que se descubrió y que fue desgraciadamente expoliado⁴⁷⁰, el cual se debe de poner en relación con el núcleo antiguo en el entorno

467 para área *Transmontana* recopilaciones en Lopo, 1987 [1897] y Alves, 2000 [1909-1947]. Para área zamorana, Gómez Moreno, 1927 y Sevillano Carbajal, 1978.

468 para las excavaciones zamoranas del Castro de Peñas de la Cerca en la región de Sanabria y de El Castrillón en Santa Eulalia de Tábara (Tierra del Pan), en Rodríguez y Sastre, 2008. Para una revisión de los datos en la región de Macedo de Cavaleiros a partir de las excavaciones en Terronha de Pinhovelo, en Tereso, 2008b.

469 Tipo el estudio arqueobotánico de las estructuras romanas de Terronha de Pinhovelo en Macedo de Cavaleiros, en Tereso, 2008a.

470 Tenemos información detallada de antiguo (1859-1860) de la necrópolis que posiblemente fue descubierta intacta en la llamada Cortina de las Eras. Al hacerse eco de la valía del descubrimiento los propietarios pidieron una recompensa a la Real Academia de la Historia, resultando infructuosa la intermediación de Garnacho y contando sólo con sus descripciones y algunos dibujos para reconstruir los restos exhumados (entre los que se contaba con estelas, zoomorfos, ajuares, cenizas y huesos, etc.). La mayor parte de los cuales fueron destruidos e incluso en época reciente se



inmediato del actual Moral de Sayago, corroborando el planteamiento de poblado y necrópolis asociada. Un modelo similar podría ser el del caso de Pino del Oro a tenor de las informaciones en relación al poblado de El Picón (Romero, 2010). Sin embargo este modelo no tiene por qué reproducirse siempre de forma clara, asociando conjuntos funerarios a localidades actuales, tengan o no un yacimiento asociado. De hecho casos como el de la reutilización de las estelas en la muralla tardorromana de Muelas del Pan⁴⁷¹ invitan a reflexionar sobre la procedencia de dicho conjunto, el cual pudo provenir de un expolio de varios yacimientos altoimperiales de la zona o de alguno de gran entidad aún no detectado, siendo su localización en un mapa la identificación de su lugar de amortización último pero no del *espacio* Funerario original con el que se tendría que relacionar. Lo mismo se puede decir para el caso de la trasladada iglesia de San Pedro de la Nave en relación al conjunto epigráfico reutilizado en antiguo en su interior⁴⁷². No se debería de perder de vista que junto al modelo de poblado asociado a su necrópolis podría haber convivido otros modelos como espacios funerarios vinculados a núcleos de pequeña entidad, así como necrópolis de agregación situadas en lugares intermedios y utilizadas por varias comunidades. El hecho de evaluar los yacimientos arqueológicos a través de las piezas epigráficas conservadas parcialmente y establecer una jerarquía descentralizada en el poblamiento, a través de “capitales” y “centros secundarios”, tanto para el territorio romano de Tras-os-Montes utilizando terminología latina para los asentamientos secundarios como *vici*⁴⁷³ (Lemos, 1993) como mantiene un rechazo endémico a cualquier tipo de investigación de los pocos fragmentos que quedan reutilizados en las casas (Garnacho, 1878; Sevillano Carbajal, 1978; Abásolo, 2008).

471 El conjunto epigráfico se encontraba principalmente reutilizado en las murallas del poblado tardorromano, datadas a finales del s. IV o principios del s. V d. C., abandonándose precipitadamente entre finales del s. VI y principios del s. VII d. C. (Domínguez Bolaños y Nuño González, 1993 y 1998). La procedencia de este conjunto se discute entre el núcleo altoimperial de Ricobayo, en la orilla contraria del Esla en frente del recinto tardorromano de Muelas del Pan, la asociación con el lugar del que procederían también el conjunto reutilizado en San Pedro de la Nave y/o la vinculación con el núcleo de Almaraz de Duero entre Villalcampo y Villalazán para el que no se conoce resto alguno epigráfico.

472 La iglesia fue trasladada a principios del s. XX por la construcción de la presa de Ricobayo, de la orilla derecha del Esla en Villalflor a la izquierda en su actual localización en El Campillo-Almendra. Sobre la procedencia del conjunto epigráfico reutilizado en su interior no existe consenso. Podrían provenir o bien del otro lado del Aliste del yacimiento del Teso de San Martín de Manzanal del Barco de donde se conoce otro epígrafe o bien del otro lado del Esla, tal vez, expoliado de las murallas de Muelas del Pan. Es cierto que las estelas de San Pedro de la Nave están muy completas, a diferencia de las fragmentadas *ex professo* reutilizadas en las murallas de Muelas y tampoco debería descartarse algún yacimiento desconocido en el entorno de la misma Villalflor, el cual no habría sido detectado y permanecería sumergido por el embalse de Ricobayo que inundó la desembocadura del Aliste en el Esla. (Corzo, 1986; Larrén, 2004).

473 Se concibe el poblamiento romano en torno a dos capitales regidoras de los dos territorios más definidos: Torre Velha de Castro de Avelães para la depresión de Bragança y Castelar de Picote para la Altiplanicie de Miranda. En el primero, además, existirían otros centros menores o *vica* como Sacoias en Lombada y en el segundo, Granja de Duas Igrejas y Lombo de Ouro en Saldanha, por debajo de los cuales se desarrollarían el resto de centros de menor entidad (Lemos, 1993: Ib, 390-6).



para el área zamorana occidental evitando dicha terminología latina⁴⁷⁴ (Sastre, 2002a: 47), no están exentas de problemas. En este capítulo la distribución epigráfica se utiliza de una forma aproximativa con vistas a futuras disquisiciones de casos concretos al estilo de algunos trabajos presentados para las regiones de Aliste y Alba (Beltrán, Romero y Alonso, 2013).

El caso de estudio epigráfico de la *Asturia* meridional cuenta con uno de los conjuntos funerarios en ámbito rural más elevados cuantitativamente hablando de toda la zona Norte-Noroeste hispana. Entre la zona portuguesa oriental de Trás-os-Montes y la española de Zamora occidental, se ha contabilizado un conjunto más o menos equilibrado de unos 250 epígrafes por lado: en total casi 500 piezas (Beltrán y Alonso, 2010) (**Fig. 20**). A ellos habría que sumarles otros muchos anepígrafos fragmentados que pueden contener una información morfológica, iconográfica y onomástica muy valiosa para la sistematización y valoración de los datos desde un punto de vista integral. Hasta ahora la interpretación a partir de las fuentes de un única e inmensa *civitas Zoelarum*⁴⁷⁵ para todo el área meridional astur se ha asociado con una epigrafía homogénea denominada de “tipo Picote” (Le Roux y Tranoy, 1984: 37 y ss). Los sucesivos estudios desde diferentes puntos de vista han ido señalando los puntos más débiles de esta falsa unidad étnica, arqueológica y epigráfica zoela.

En primer lugar contamos con los datos del Pacto de los Zoelas, en el que en un primer momento (27 d. C.) se ratifica la hospitalidad entre las diferentes *gentilitates* (dos zoelas y un orniaco⁴⁷⁶) en un lugar denominado *Curunda*, interpretado como capital político-administrativa zoela. Dicho debate ha estado íntimamente relacionado con la definición de los conceptos latinos que hacen referencia a las unidades organizativas indígenas (*gentes*, *gentilitates*, *cognationes* y *genitivos de plural*)⁴⁷⁷. El grueso de la historiografía consideró que dichas referencias hacían

474 Introduce el área zamorana y lo propone como otro eje rector junto con Bragança (Vinhais y Macedo de Cavaleiros) y Miranda (Vimioso y Mogadouro), y cuya capital habría sido Villalcampo así como otros centros secundarios en Rabanales de Aliste o Moral de Sayago (Sastre, 2002a: 47).

475 Así se las contempla en las fuentes literarias como *populus Zoela* (Plinio, HN 3, 28), *Zoelicum* como denominación de un lino de calidad (Plinio, HN 19, 10), en las fuentes epigráficas como referencia territorial, *origo* (Zoela en Astorga, *CIL* II, 2651 = *ERPL*e 316 y en Sancedo, *AE* 1988, 759 = *ERPL*e 141; cives Z(o)ela en León, *CIL* II, 5684 = *ERPL*e 209; como dedicante colectivo –*ordo Zoelarum*– en Castro de Avelãs, Bragança, *CIL* II, 2606; como *magistratum Zoelarum*/ *Zoela* en el Pacto de los Zoelas, *CIL* II, 2633 = *ERPL*e 303) y, finalmente, como *gens Zoelarum*/ *magistratum Zoelarum*/ *gentes* Zoelas (también en el Pacto de Astorga o de los Zoelas (*CIL* II, 2633 = *ERPL*e 303).

476 Se trata de un pueblo astur que se ha venido asociando con la Valduerna leonesa en relación a la identificación del río Duerna con el *Ornia flumen* de las fuentes (Tranoy, 1981: 50; TIR, K-29, 81).

477 En concreto lo que se desprende de los pactos de los Zoelas es que éstos habrían pasado de ser una *gens* a



alusión, en diferentes grados, a □ grupos de parentesco □ de tradición prerromana⁴⁷⁸, lo que con alguna excepción anterior, fue contestado desde la visión de la implantación organizativa romana en el seno de las *civitates*⁴⁷⁹. La localización de esa *civitas Zoelarum* ha sufrido cambios notables siempre en relación con una referencia general entre el *conventus Bracarense* y el *Asturum* de la *prov. Tarraconense* y la *Emeritense* de la *prov. Lusitana*. Así, la discusión en torno a las fronteras de los zoelas ha conllevado la modificación en favor o en detrimento de uno u otro *conventus/provincia*⁴⁸⁰. Por un lado se detectó el núcleo al que se atribuía la posible capital zoela en relación a la identificación de un epígrafe que mencionaba al *ordo Zoelarum* (*CIL* II, 2606) con Castro de Avelãs en la región de Bragança⁴⁸¹ (Tranoy, 1981: 159). A su vez, la asignación lusitana de la *civitas Baniensium*, en la comarca portuguesa de Torre de Moncorvo⁴⁸² (Alarcão y otros, 1990: 321), ha supuesto también un importante referente a la hora de delimitar a la *civitas* por el sur⁴⁸³. La frontera septentrional parece estar en la Sierra de Montesinho, mientras que el límite occidental estaría en la sucesión de la Sierra de Nogueira y la de Bornes, que recorren la cuenca principal del río Sabor de norte a sur (Lemos, 1993: 483, Fig. 12). En todos estos planteamientos en el área española zamorana, mientras la región de Aliste quedaba claramente integrada en todas las propuestas, la de Sayago se presentaba como un área poco definida entre el Duero y el Tormes, verdadera frontera meridional interprovincial. Así, con la localización de los

principios del s. I d. C., a considerarse una agrupación colectiva superior, tipo *populus-civitas*, que contiene a las mismas *gentilitates* y a otras *gentes* a mediados del s. II d. C. Sobre la discusión en relación a las estructuras organizativas indígenas en González Rodríguez y Santos Yanguas -eDS-, 1994.

478 Lomas, 1994: 162; Beltrán, 1994: 90-96; Salinas, 1994: 170.

479 Retomado por González Rodríguez respecto al sentido *de gens* en el primer pacto de los Zoelas (González Rodríguez, 1998: 334) y posteriormente criticado todo el debate en Sastre, 2001, retomando el significado de las entidades dentro de la comunidad que, sin embargo, pueden superar socialmente ese marco local, siendo sus distinciones y matices locales y regionales producto de distintos ritmos históricos (Sastre, 2001: 167-170).

480 El punto de partida nos lo daba Plinio a la hora de indicar la frontera septentrional lusitana (*Durio Lusitania incipit* en Plinio, HN, 4, 2) y separar a los astures respecto a los vettones en el río Duero (*Durius [...] determinatis ab Asturia Vettonibus [...] en NH, 4 112*). A partir de la frontera en el río Sabor del leonés y el gallego del s. X d. C. (Menéndez Pidal, 1929: 322) se descendió la frontera occidental de los astures por la sierra de Mogadouro hasta el Duero.

481 Gracias a la aclaración de la confusión del *CIL* entre el Avelanoso de Vimioso y el de Torre Velha de Castro de Avelãs de Bragança como origen de la inscripción dedicada por un *ordo Zoelarum* (*CIL* II, 2606) y como su posible capital.

482 Por su presencia en la inscripción del Puente de Alcántara (*CIL* II, 760) y en relación con una dedicación a Júpiter Óptimo Máximo por la civitati Baniensiu(m), de Adeganha en Torre de Moncorvo (*CIL* II, 2399, p XLIV)

483 Así, en relación a aquella, Lemos matizaría la frontera meridional zoela proponiendo igualmente como principal núcleo el yacimiento de Torre Velha en Castro de Avelãs aunque como veremos, asociado jerárquicamente con una serie de importantes *vica* (Castelar en Picote, Sacoias en Lombada, Lombo de Ouro en Saldanha, Granja en Duas Igrejas, Villalcampo en Aliste-Zamora) (Lemos, 1993: 390-96).



Banienses en el área de Torre de Moncorvo al norte del Duero, se trazaría una frontera imaginaria por el Tormes, incluyendo Sayago en la Citerior como parte de la *civitas Zoelarum* (Alarcão y otros, 1990), idea que se retomaría para plantear la posibilidad de otra *civitas* astur diferenciada (Sastre, 2001: 146).

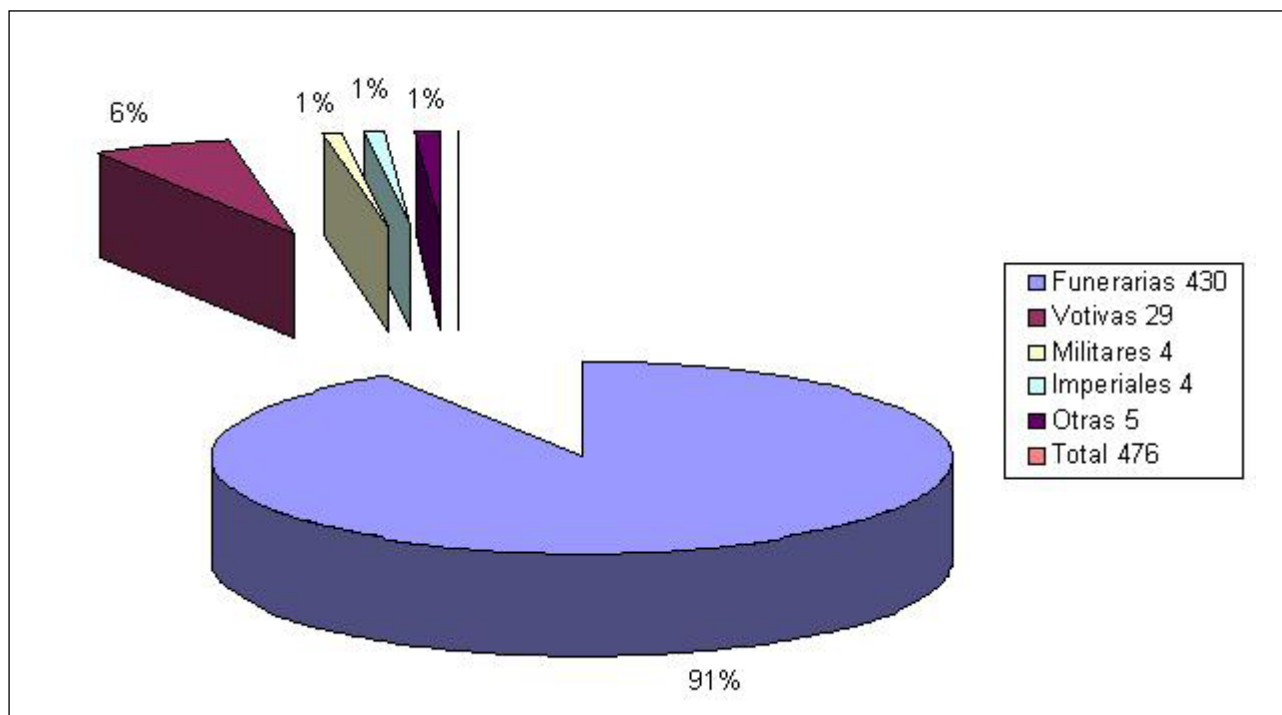


Fig. 20: Tipos de epigrafía en Asturia meridional: Tras-os-Montes oriental y Zamora Occidental. De Beltrán y Alonso, 2010.

El reciente descubrimiento en las labores de investigación del grupo *EST-AP* de dos fragmentos de una tabla de hospitalidad⁴⁸⁴ datada en el 27 d. C.⁴⁸⁵ en el yacimiento de El Picón en Pino del Oro (Sastre y otros, 2009a y 2009b), hace replantearse de partida algunas ideas respecto a los límites de la *civitas* de los zoelas y la relación del sur de Aliste, Sayago y las cuencas de Tormes, Huebra y Yeltes en el occidente de Salamanca. Dicho pacto se ha interpretado como la renovación de la *amicitia* característica de la relación clientelar del *hospitium* entre un individuo, que se habría convertido en una especie de “ciudadano honorífico/patrono”, y el pueblo y el senado de

484 [... *hospitium* ...reno]/vavit. cum s[enatu populul]/oq(ue) Bletisam[ensi...eum]/que senatus [populusque]/Bletisamen[sis liber]/os. posterosq(u)e. ei[us... in...am]/icitiamque su[am receperunt]/ ita. ut civem [...] in perpetu[o...]/egit ipse A[...]/ TONE [...] (Sastre y otros, 2009a; Sastre y otros, 2009b : 17).

485 López Barja señala tres fechas más alternativas en el 14 a. C., 64 d. C. u 87 d. C., en base a otros cónsules de los Crassi Frugi. Este autor destaca el hecho de que se trata de una renovación del pacto y que la fecha más temprana del 14 a. C., en plenas guerras cántabras, habría sido altamente improbable (López Barja, 2010: 62).



los bletisamenses⁴⁸⁶ (Sastre, 2010). Además de los sugerentes aspectos jurídicos planteados, la referencia en el Bronce del Picón del pueblo bletisamense hace replantearse la localización que de dicha *civitas* se tenía en relación a la actual Ledesma en el noroeste de Salamanca al sur del río Tormes (Sastre y Ruiz del Árbol, 2005). La revisión de todos los datos a nuestra disposición permite plantear hasta tres hipótesis respecto a la localización de la *civitas Bletisamensis* y la frontera meridional entre astures y lusitanos:

HIPOTESIS A: que la comarca de Sayago y el occidente de Salamanca (cuencas Tormes-Huebra-Yeltes) conformen la *civitas Bletisamensis*. Frontera entre astures y lusitanos en el Duero⁴⁸⁷.

HIPOTESIS B: que la *civitas Bletisamensis* se restrinja al occidente de Salamanca (cuencas Tormes-Huebra-Yeltes) y que la comarca de Sayago sea parte de una *civitas* con el sur de Aliste y el occidente de Tierra del Pan. Frontera entre astures y lusitanos en línea Duero-Tormes⁴⁸⁸.

HIPOTESIS C: que la *civitas Bletisamensis* hubiese correspondido con el occidente de Salamanca (cuencas Tormes-Huebra-Yeltes) y con parte del interior sayagués. Frontera entre astures y lusitanos estaría en la línea Duero-interior de Sayago.

Habrá que esperar a un futuro próximo para poder aportar argumentos en favor de una u otra hipótesis. En cualquier caso lo que demuestra la mención de los bletisamenses en un pacto en el sur del Aliste zamorano es que la imagen de una única *civitas* zoela empieza a resquebrajarse ante una complejidad superior a la que se imaginaba hasta el momento. El propio análisis de las relaciones detectadas a través de la Arqueología y la conformación de las particularidades de distintos conjuntos epigráficos más allá del tipo Picote, están empezando a permitir realidades geo-históricas que podrían responder a un mapa mucho más complejo de *civitates* en este extremo meridional astur, de las que la zoela habría sido la

486 Éste mismo proceso se documenta en otros pactos como el de Herrera de Pisuerga (Balbín, 2006: 212, nº 53) y el de Paredes de Nava (Balbín, 2006: 210: nº 52) y ya ha sido resaltado por F. Beltrán (2003). No se excluye que pudiera haberse tratado de la fórmula *civem et patronum cooptavit* como en el caso del bronce de Arre en Navarra (Balbín, 2006: 230, nº 63) (Sastre y otros, 2009b: 18). En cualquier caso, se habría tratado de una posible “ciudadanía honorífica” que para unos rompería la norma romana presente en los pactos béticos y seguiría una tradición indígena (López Barja, 2010: 63-64) y para otros como una variante propiamente romana, el contrayente individual habría residido en Pino del Oro y habría actuado como patrono de la *civitas* de *Bletisama* (Beltrán, 2010).

487 Propuesta en Sastre y Ruiz del Árbol, 2005. Definida tras el descubrimiento del Bronce de El Picón como opción A, en Sastre y otros, 2009: 21. Finalmente defendida en Ruiz del Árbol, 2010.

488 Opción B en Sastre y otros, 2009: 21.



única conocida gracias a su mención en las diferentes fuentes. Mi aproximación en este sentido será presentar una síntesis de los resultados de la evolución epigráfica funeraria detectada principalmente a través del análisis iconográfico. Desde este punto de vista lo que me interesa destacar es la evolución de un modelo como símbolo en la génesis, difusión y desarrollo del sistema religioso funerario romano a través de la emulación peregrina del patrón epigráfico militar más temprano atestiguado en el Noroeste, en relación a la *Legio X Gemina*. Sólo la imbricación de este análisis en los trabajos en curso arqueológicos y epigráficos intergrales permitirán observar una visión completa de dicha evolución iconográfica que se presenta como un estudio parcial con el objetivo concreto de observarse desde el punto de vista del cambio simbólico en el caso de estudio astur de esta tesis doctoral.

12.2.1. Criterios para la datación epigráfica funeraria

para valorar la diacronía de las estelas en este caso de estudio se hace necesario dejar claros los criterios que permiten otorgar una datación relativa a través tanto de los elementos internos como externos del documento epigráfico. Este análisis ha supuesto siempre una ardua tarea en el análisis epigráfico puesto que se carece habitualmente de elementos que permitan dataciones exactas⁴⁸⁹. A su vez, una de las características que dificultan el establecimiento de cualquier tipo de cronología lo constituye el hecho del pronunciado localismo y la irregularidad de las inscripciones en soportes pétreos no nobles como el granito, y el aislamiento respecto a las referencias mejor conocidas procedentes de contextos urbanos. La epigrafía en granito resulta tosca y de difícil lectura, dependiendo de su naturaleza cristalina y del grosor de sus incrustaciones. Su decoración permite poca sutileza y detallismo en la iconografía aunque a veces se logren efectos o calados sorprendentes. La información es, como han manifestado abiertamente algunos, “decepcionante y ambigua” (Le Roux, 2009: 271), puesto que a los condicionantes intrínsecos del grabado en granito se le une una conservación que suele ser poco favorable o pésima. Lo cual difiere notablemente del trabajo sobre piedras nobles como el mármol, el cual habitualmente protagoniza los principales conjuntos urbanos (como el caso de alguna placa excepcional procedente de Villalván: García Rozas, 2010) o en entornos rurales de importantes canteras, como las de Santo Adrião en la portuguesa Terra de Miranda, sobre cuya producción me detendré en relación a su derivación del modelo en granito de Zamora occidental.

⁴⁸⁹ Como cuando aparecen referencias consulares y aún así, éstas no están exentas de problemas, como hemos apuntado para el caso de la datación del Bronce de El Picón (López Barja, 2010: 62).



Como ha criticado Sastre, la cronología relativa de la epigrafía portuguesa-zamorana ha dependido de la idea que se tenía sobre la romanización progresiva sobre un territorio considerado marginal y atrasado, lo cual apuntaba a un momento de asunción de la práctica epigráfica tardío en unos indeterminados siglos II-III d. C. (Sastre, 2002a: 49). El presupuesto de una cronología en torno a mediados del s. II d. C, e incluso hasta el s. IV d. C., para el conjunto de las estelas hispanas del Norte y Noroeste, entroncaba con esa tradición apriorística de una “romanización tardía” en ámbitos rurales sin especial interés para Roma. La contribución de García y Bellido generalizó una datación amplia de mediados del s. II a finales del s. III d. C. (García y Bellido, 1949: 324-25). Algunos años después, Diego Santos en su estudio del conjunto epigráfico de Villalcampo otorgaría una arco cronológico más laxa con un inicio más temprano, entre los siglos I y II d.C., pero sin mucha base, y llegando a datar algunas en los últimos años del s. I a.C. a partir de la homonimia de un difunto con el legado de Augusto, Publio Carisio⁴⁹⁰ (Diego Santos, 1954: 490). La datación del s. II-III d. C. sería asumida para nuestra área por los sucesivos autores (Del Val y Delibes, 1975-1978; Bragado, 1991: 543), coherentemente con otras zonas *afines* como la de Salamanca occidental (Navascués, 1963: 187).

Recientemente no han faltado interpretaciones que enlazan la iconografía de las estelas romanas con una pretendida tradición prerromana, a partir de la vinculación de las esvásticas, ruedas de radios, cruces y pretendidos torques como símbolos apotropaicos o profilácticos asociados a una Edad del Hierro genérica (Coimbra, 2007: 136; Esparza, 2011⁴⁹¹). La tendencia predominante, sin embargo, ha sido la de recalcar la *romanitas* de esta epigrafía y su datación temprana a partir de paralelos con estelas militares poco definidas, sustituyendo el planteamiento cronológico tardío de los siglos II-III d. C. *ad hoc* por un último cuarto del s. I d. C. En esta línea están los trabajos para el ámbito zamorano occidental de Abásolo y García Rozas entre otros⁴⁹² y Redentor para el caso de la región de Bragança (Redentor, 2002: 211). Éste último se apoya en el trabajo de Navarro sobre las estelas *de rueda sobre peana en brecha de Santo Adrião* a la hora de datar la aparición de los zoomorfos en las estelas, aplicando la tesis de que los campos rebajados sin líneas incisas corresponderían a un primer

490 Se refiere al *Carisio Fronto* presente en la estela VC-22 y el altar votivo VC-55.

491 En este tipo de estudios se vincula un mismo fondo celta o indoeuropeo que hace entroncar la desconocida cosmología prerromana castreña con los datos que se extraen de contextos centroeuropeos o britanos, que tienen evidencias de cultos prehistóricos a elementos como la rueda solar y sus esquematizaciones en esvásticas y cruces así como en relación a los torques.

492 Abásolo y García Rozas, 1990: 551; Abásolo y Marcos, 1995: 330; Navarro, 1998: 188-89; Sastre, 2002a: 49; Abásolo y García Rozas, 2006: 164.



periodo (Grupo I: s. I- principios s. II d. C.), mientras que la incisión indicaría un periodo consecutivo (Grupo II: a partir del s. II d. C.) (Navarro, 1998: 189-190; Redentor, 2003: 167-68, 176). Desde mi perspectiva, como he apuntado más arriba, considero que no se pueden observar las estelas de este área portuguesa-zamorana como un conjunto más o menos homogéneo compartido para toda la pretendida área zoela (Bragança, Miranda do Douro y occidente de Zamora), sino como parte de un proceso de formación material e ideológica más diversificado, complejo y temprano a partir de la difusión de un modelo militar muy concreto, reflejado en los conjuntos de estelas de la *Legio X Gemina*.

Para apoyar esta idea partiré de una revisión cronológica de la epigrafía portuguesa-zamorana occidental, teniendo en cuenta una base comparativa sobre algunos elementos, tanto internos como externos, de la inscripción, dados a partir de estudios recientes y contrastados⁴⁹³. Ya que sobre algunos criterios externos como la morfología y la iconografía prestaré una especial atención, he resumido los elementos internos utilizados para datar las inscripciones en la **Tabla 3**. Se trata de algunas convenciones que otorgan un valor cronológico relativo que permite una primera sistematización de los datos. Respecto a los aspectos internos del epígrafe contamos con referencias al tipo y el estilo de la grafía (capital, cursiva, algunos rasgos arcaizantes, tipos de interpunciones), las fórmulas y tratamientos funerarios más comunes (incluyendo la forma de indicar la edad del difunto) y la onomástica o el uso, el caso y la posición del nombre inscrito (tanto del dedicante como del dedicado). En relación con los elementos externos de la estela, la morfología y la iconografía nos permiten también contar con algunas importantes dataciones relativas o al menos, fechas *ante quem/ post quem*, las cuales ire desarrollando en relación con el análisis diacrónico de la sucesión de los tipos epigráficos y que, en última Instancia, han de ser interpretados en conjunto con los datos abstraídos de los elementos internos de la inscripción (Sastre, Beltrán y Alonso, e. p.).

No he incluido en el apartado de onomástica las asociaciones cronológicas a partir de una concepción evolutiva lineal de estructuras peregrinas (nombre único + filiación) a ciudadanas clásicas –romanas y/o latinas- (*praenomen + nomen + filiación + tribu + cognomen*). Ya Sastre criticó el hecho de que se sucedan unos modelos onomásticos a otros, como parte del modelo

⁴⁹³ Me refiero a estudios de contextos en rganito cercanos como el caso de la colonia de Mérida/*Emerita Augusta* en Edmondson, 2006; otros más genéricos como el estudio para la Bética en Stylow, 1995 y 1998; y finalmente otros de distintas regiones y casos concretos que han reforzado o aportado datos importantes respecto a la datación relativa de alguno de los elementos (entre ellos, Alföldy 1975; Beltrán Lloris 1980; Echevarría 1989; Knapp 1992; López Barja, 1993; García Merino, 2008, etc.)



TABLA 3

C R I T E R I O S			I N T E R N O S	
Tipo de letra y particularidades gráficas	Datación relativa	Referencias	Capital cuadrada	Desde finales del s. Ia. C.-I d. C. hasta el 125 d. C. que se generaliza en monumentos públicos y honoríficos
			Cursiva	Desde apróx. 70 d. C. pero generalizada en siglos II-III d. C.
			II = E	Desde finales del s. I a. C. y durante el s. I d. C.
Fórmulas y tratamientos funerarios			<i>HIC SITUS EST/ H.S.E.</i>	25 a. C.-25 d. C.
			<i>H.S.E.S.T.T.L.</i>	Primera mitad del s. I d. C.
			<i>DIIS MANIBUS</i>	Desde finales del s. I d. C. y generalizada en el s. II d. C.
			<i>D.M.</i>	Desde principios del s. II d. C.
			<i>D.M.S.</i>	Finales del s. II-III d. C.
Indicación edad			Tratamientos de en superlativo (-issimo/a)	A partir de mediados s. II-III d. C.
			<i>an(norum) [...]</i>	Se generaliza desde Augusto (finales s. I a. C.-s. I d. C.)
			<i>vixit annos [...]</i>	Principalmente post. 25 d.C.
			<i>annorum [...]</i>	Finales s. II-III d. C.
			Nombre fallecido en nominativo	Último cuarto s. I a. C.-I d. C.
Onomástica			Nombre fallecido en dativo	Posterior a primer cuarto s. I d. C.
			Dedicante en primer lugar	Desde mediados del s. I d. C.
			Desaparición tribu	Finales del s. I d. C. y durante el s. II d. C.
			Ausencia <i>cognomen</i> (fórmula <i>praenomen + nomen</i>)	Desde Tiberio y generalizado en la segunda mitad del s. I d. C.
			Omisión del <i>praenomen</i>	A partir de mediados del s. II d. C.
			<i>Nomen</i> abreviado	A partir de mediados del s. II d. C.
			Omisión de la filiación	Generalizado desde mediados del s. II d. C.



tradicional de asunción paulatina de las formas de organización romanas, contraindicando que la expresión de un nombre está condicionada por la participación en unos círculos de poder y no en otros, y muestra cierta posición social aunque de manera multidireccional y ambivalente (Sastre, 2002a: 34-35). La epigrafía funeraria en granito del área portuguesa-zamorana, que es la más abundante, contiene característicamente el modelo onomástico peregrino⁴⁹⁴ de nombre único (o *cognomen* indígena) + filiación. Los casos de *trianomina* en el territorio son absolutamente excepcionales y suelen conllevar otro tipo de modelos epigráficos que los diferencien como tales. Así en Villalazán contamos con algún ejemplo claro en placa de mármol con un *trianomina* adscrito a la *Quirina tribu*⁴⁹⁵, típica en la *Tarraconense* desde época principalmente flavia⁴⁹⁶ (Andreu Pintado, 2004 y García Rozas, 2010: 205-208). Por otro lado se conoce el famoso epígrafe votivo también al dios Mentoviano⁴⁹⁷ realizado en una placa y empotrado en el Ayuntamiento de Zamora capital, que posiblemente provenga de este mismo yacimiento, tratándose de un ciudadano adscrito a la *Quirina tribu* y no a la *Sergia*, más característica de época pre-augustea para las regiones meridionales y de la costa mediterránea⁴⁹⁸. En otro caso de Viñas de Aliste, se ha dado recientemente a conocer el caso de otra placa marmórea con la indicación de otro *trianomina* acompañado aquí de la fórmula del *DM* y el tratamiento de cariño acabado en *-issimo* que remiten a un s. II d. C. avanzado⁴⁹⁹ (García Rozas, 2010: 201-205). La generalización de ciertos individuos pertenecientes a familias romanas, reflejado onomásticamente a través de *duanomina* y *trianomina*, tanto en forma de alguna estela, cipo-pedestal, placa o estelas bisomas y trisomas, generalmente en mármol, son característicos de un contexto geo-histórico muy concreto originado a finales del s. I d. C., como tendré ocasión de mostrar más adelante.

494 El modo onomástico que Sastre denomina “de latinización” y que puede tener las siguientes formas: a) *cognomen* latino + filiación indígena y *cognomen* indígena + filiación latina; b) *cognomen* latino en *-inus* derivado del *cognomen* del padre y c) *nomen* romano + filiación indígena. (Sastre, 2002a: 36).

495 [. . Te]rentio / [Fl]acci filio / [Qui]r(ina tribu?) Iusto / [a]n(norum) XLV

496 “Los pocos casos de individuos adscritos a la Quirina de época preflavia son resultado de una inmigración desde fuera de España” (Stylow, 1995: 105-6).

497 *Deo Mento/viaco; M(arcus) Atilius, / Silonis filius), / Quir(ina tribu), Silo, / ex voto.* (Abásolo, 1993; García Rozas y Abásolo, 1995-2007)

498 Sólo se documenta un caso de tribu *Sergia* en el Noroeste en un militar de la *Legio X* de Padrón, sin embargo, procedente de *Hispalis* (CIL II 1176 (p 841) = CILA II, 20).

499 *D(is) M(anibus)/ M(arco) Aemilio, Q(uinti filio)/ Reburro an(norum) XVIII/ Sempronia Alla/ filio pientissimo/ et sibi an(norum) L*



Onomásticamente el caso de la “estela gigante” en granito de Villalcampo dedicada a *P(ublius) Carisius Fronto* en Villalcampo (VC-22), ha despertado el interés por su homonimia con el legado augusteo, ampliamente difundido en la serie monetaria bien conocida de la *caetra*, datándose muy tempranamente (finales del s. I a. C., en Diego Santos, 1954: 490). En cuanto al gentilicio de los *Carisii* contamos con algunos ejemplos de libertos en ámbito meseteño⁵⁰⁰ y el caso de un centurión de la *Legio VII* en Lugo⁵⁰¹. En un epígrafe en Braga se asume el nombre de Carisio como nombre único en relación con el grupo de poder indígena de los *Camali* (EE VIII, 118), al que ya he hecho referencia vinculado a la *citânia* de Briteiros y a Braga/*Bracara Augusta*⁵⁰². Es decir, lo encontramos presente en ambientes de ascendencia servil, militar o de tradición indígena. La probable aparición del mismo individuo en uno de los pocos casos de registro votivo de toda la región al dios *Mentoviac* como *Carisius Fronto* (VC-60) sin *praenomen*, podría indicar que se tratara de un individuo de procedencia indígena promocionado socialmente, con una relevancia suficiente como para llevar a cabo un acto cultural público a través del altar a Mentoviac. Recientemente se ha dado a conocer otro altar a la misma divinidad procedente del mismo lugar y cuyo dedicante podría leerse como *M(arcus) Aelius Lupus?*⁵⁰³ (VC-55; Abásolo y García Rozas, 2006: 160), por lo que la asociación de individuos onomásticamente privilegiados y el culto local parece corroborada. Por su parte el modelo iconográfico que ostenta el *Epitafio* de *P. Carisio Fronto* en cuestión (modelo iconográfico completo en granito) no parece indicar una datación anterior a la segunda mitad del s. I d. C. y no finales del s. I a. C., que no tiene más base que la de vincular por homonimia un epígrafe con una posible red clientelar de los sucesores del legado augusteo de muy difícil demostración.

Algunos elementos, como los epítetos de los nombres de los cuerpos militares, permiten una datación más o menos fiable *ante quem/post quem*, la cual en algunos casos puede ser decisiva. Para los cuerpos legionarios que estuvieron asentado durante un gran periodo como la *Legio VII*, la datación resulta poco útil, aunque permite utilizar los datos bien conocidos de su fundación, la

500 Es el caso de una liberta que suponemos tiene el nombre de *Carisia Avita* (CIL II, 5223) o el del ciudadano *M(arco) Carisio Blando* al que sus libertos *Carisio Calisto* y *Carisio Philotimole* dedican una placa a su *genius* en Tarazona (AE 1997, 935 = HEp 7, 1104). Otros casos menos claros son el de un Marco Carisio Limico? en Horna, Guadalajara (HEp 5, 356) y *Carisio Ocu[...]* en Clunia (HEp 1, 143e).

501 *Carisio Rufo* en CIL II 2583 (p 907) = IRLu 76 = IRG II, 78.

502 Tranoy, 1981; Martins y Delgado, 1989/1990; Tranoy y Le Roux, 1989/1990; Lemos, 2010: 122-123.

503 El mal estado de esta pieza no permite una lectura segura, la cual está en estudio.



asunción de sus títulos⁵⁰⁴ y el de algunos de sus cuerpos auxiliares más importantes (como el *Ala II Flavia Civium Romanorum*), para encuadrar en un tiempo o en otro los epígrafes militares de dicha legión. Este mismo mecanismo para datar ciertas inscripciones a través de sus descripciones militares se puede utilizar con el resto de legiones conocidas, aunque para las que precedieron a la *Legio VII* (la *X Gemina*, la *VI Victrix* o la *IV Macedonica*) tuvieron una historia precedente a su acantonamiento en nuestra Península, por lo que no nos sirven en nuestros casos epigráficos. El caso de algunas unidades auxiliares presentes en dos únicos casos del área *Transmontana-zamorana*⁵⁰⁵ permite argumentar su asociación con la primera centuria frente a dataciones posteriores. La primera unidad constatada es la *Ala Secun(da) Tracum*, procedente de una estela fragmentada en granito de Villalcampo (VC-14). Desconocemos el nombre del difunto pero sabemos el del dedicante que alude al término “hermano” muy frecuente en el ámbito militar (*Arro fratri*). Respecto a la segunda caballería tracia se sabe que estuvo estacionada en el norte de África (*Mauritania Caesariensis*) desde el 58 d. C. ininterrumpidamente hasta el s. III d. C. (Roldán, 1974: 216; Benseddik, 1977). Contamos con un único ejemplo más en Hispania, mucho más completo⁵⁰⁶, hallado en Villar de Plasencia/Capara. El individuo porta un *trianomina* pero con filiación peregrina y señala su *origo* local (*caparensi*), lo que hace pensar en que hubiese sido un jinete auxiliar de origen peregrino al que se le habría otorgado la ciudadanía romana tras cumplir los 25 años de servicio, retirándose posteriormente a su lugar de nacimiento. En el caso zamorano de Villalcampo puede que se tratase de un auxiliar fallecido sin haber cumplido el requisito de los 25 años de servicio al que le dedicase un colega suyo de la misma condición. Este tipo de acciones las tenemos constatada en algún ejemplo cercano como en Rosinos de Vidirales/*Petavonium* en donde unos “amigos”, posiblemente ciudadanos con *duanomina* y extranjeros (*Valerius Elaesus Fusci f. uxamensis et Elcuius Modestinus emeritensis amici*) le dedican

504 El 10 de junio del año 68 d. C., Galba fundó un primer destacamento en *Chunia* para destituir a Nerón, llamándose en su honor *Legio Galbiana* o *Hispana*. Tras su asesinato y la sucesión de Otón y Vitelio, con Vespasiano fundida con los restos posiblemente de la *Legio I Germanica* hacia el 73 d. C. se conformó como la *Legio VII Gemina Felix*. Casi un siglo después, a partir del 196 d. C., tras hacerse partidaria de Clodio Albino y Septimio Severo, asumiría el epíteto de *Pia* de la familia de los emperadores Antoninos.

505 Más problemas plantea la inscripción de Picote. Bragança (*HEp* 3, 449) que dice Fausto / S. S. V. L. / A. O. L.?. La transcripción propuesta de *Fausto/ S(ignifero) S(uo) S(umpto) V(otum) S(olvit)/ A(nimo) C(enturia ?) L(ibens)* en Mourinho, 1986, nº 4, incluye a un posible *signifer*, aunque la resolución de las siglas presenta muchas dudas. Sobre esta inscripción volveremos en el siguiente capítulo por ser el único caso del lado mirandés que reproduce el modelo de rosa hexapétala propio de las estelas de la *Legio X*.

506 *M(arco) Sulpic[i]o Andaeti f(ilio) Camalo equite alae II Thr[a]cum turma Iuli Pro[c]uli* (*CIL* II, 812)



a un tal *Sedato Arreni f.* una estela funeraria (*HEp* 6, 996).

Respecto a la otra unidad auxiliar constatada se trata de un signífero del *Ala Sabiniana*, en la famosa inscripción del castro de São João das Arribes (Aldeia Nova, Miranda do Douro) (*HEp* 7, 1173), la cual tiene una morfología muy distinta de la anterior en forma de placa o cipo/pedestal aunque también en granito. La inclusión de una referencia controvertida a una *cognatio de cen(turia)* o *de gens*, la ha hecho ser uno de los datos protagonistas como una de las evidencias en la argumentación basada en el parentesco de las unidades organizativas de tradición prerromana⁵⁰⁷. Respecto a la datación que se extrae de su adscripción militar, parece que apunta hacia la primera centuria, posiblemente hacia finales de la misma por la morfología de placa, ya que a lo largo del s. II tenemos constancia de un *Ala I Pannoniorum Sabiniana* en el Muro de Adriano en Halton Chesters/ *Onnum* ⁵⁰⁸, en donde sabemos que permanecería incluso hasta los siglos IV-V d. C. (*Not. Dig.* xl.37). También en este caso pienso que se trate de un individuo de origen peregrino que muriera durante su servicio y al que, tanto por el formato del monumento como por la inexactitud del nombre de la unidad militar, se le rindiese un homenaje en su lugar de nacimiento⁵⁰⁹.

Como tendré ocasión de analizar en detalle, para el caso zamorano occidental en concreto, el conjunto de estelas en granito puede datarse masivamente en el s. I d. C., representando con ello un 85% del total de las estelas que se tienen documentadas en dicho territorio⁵¹⁰. El 15% restante lo representan estelas que corresponden a momentos del s. II d. C. y hasta principios del s. III d. C. (principalmente bísomas y verracos). El área mirandesa y en parte la alistana del noroeste zamorano, presenta una dinámica más rica en tanto en cuanto su representación epigráfica está menos desequilibrada, contando con un 65% datado en el s. I d. C. (principalmente cipos-pedestales y primeras estelas de mármol) y

507 Sobre el debate en torno a las *cognationes*: González Rodríguez, 1997: 83 y ss.

508 La única evidencia epigráfica de esta *unidad* es una estela de Halton Chesters datada en la primera mitad del s. III d. C. (*RIB* 1433). El resto de referencias son sellos en otros lugares del Muro de Adriano como South Shield (*RIB* 2411.86) y Cordbridge (*RIB* 2411.87).

509 Recordamos que la pieza está completa y no consta ninguna referencia a la edad de fallecimiento, como es común en todo el área, por lo que no parece que esté hecha para señalar una tumba y por el contrario sí que parece que por el grosor del cubo de piedra pudiese haber estado en algún lugar público del asentamiento y funcionara a modo de peana para alguna estatua.

510 De los 246 casos de estelas funerarias se han podido situar cronológicamente 159 de ellas, correspondiendo el resto a fragmentos de difícil adscripción. Aún así la enorme desproporción de *Epitafios* correspondientes al siglo I y el hecho de que la mayor parte de los fragmentos pertenezcan al modelo característico en granito, hace pensar que estos fragmentos sigan una proporcionalidad parecida en su datación (Beltrán y Alonso, 2010; Beltrán, Romero y Alonso, 2013).



un 35% que se extiende a lo largo de todo el s. II d. C. decayendo la producción a la par, en un ámbito y en otro, en el s. III d. C. Es por todo ello que el registro que propongo estudiar es altamente valioso tanto desde el punto de vista histórico como desde la metodología cuantitativa aplicada a la epigrafía imperial que mantiene una tendencia de ir aumentando progresivamente a lo largo del s. II d. C., con una mínima representación epigráfica en el s. I d. C. (Mrozek, 1973⁵¹¹). El conjunto zamorano del s. I d. C., especialmente numeroso, permite proponer una gráfica contraria a la asumida generalmente para la producción epigráfica.

12.2.2. La emulación funeraria peregrina y el desarrollo del modelo de estela en la Asturia meridional (ss. I-II d. C.)

Con el objetivo de demostrar el carácter temprano de los conjuntos epigráficos asociadas al área zoela, empezaré por analizar el conjunto militar que sirvió como modelo para las primeras estelas emuladas en el ámbito de estudio. Se trata de las estelas de la *Legio X Gemina*, principalmente de Astorga/*Asturica Augusta* y Rosinos de Vidriales/*Petavonium*, que asumen una misma tradición de reproducción del modelo de *stela* detectado en ámbitos coloniales lusitanos pero con algunas características particulares. Son con los modelos militares con los cuales se debe de poner en relación los primeros modelos emulados en ámbito indígena astur, datando la adopción del hábito epigráfico no en un tímido último cuarto del s. I d. C. sino en plena sincronía con la eclosión de los modelos militares en la primera mitad de la primera centuria. Mi principal aportación, además de la argumentación cronológica, girará en torno a la defensa de una sucesión de modelos epigráficos a través de la difusión de ciertos elementos simbólicos en su iconografía, a partir de un patrón-raíz difundido por la *Legio X*. A partir de dicho modelo emulado peregrino se derivarán las características producciones en granito y a su vez las elaboradas en mármol local de brecha, éstas últimas como las únicas que hasta ahora se contemplaban como las características zoelas o de “tipo Picote”.

12.2.2.1. El patrón epigráfico militar y la emulación peregrina

En la labor de desentrañar la génesis de la primera epigrafía atestiguada en el área astur meridional, recurriré al patrón militar con el objetivo de detectar los elementos clave que pudieron estar en el

⁵¹¹ Por reinados de emperadores, se constata una curva ascendente desde finales del s. I d. C. pero que realmente se acentuaba a lo largo del s. II d. C. hasta Septimio Severo, cayendo vertiginosamente a finales del mismo y quedando mínimamente representada a finales del s. III d. C. (Mrozek, 1973: 114).



proceso de emulación peregrino en ámbito funerario. El conjunto epigráfico conservado más abundante es el de la *Legio X Gemina*, de la que sabemos su participación en las contiendas de conquista del Noroeste y su acantonamiento primero en el campamento primigenio de Astorga y posteriormente en el de Rosinos de Vidriales, ambos en las vías de entrada de Roma en ámbito astur. Como me he referido arriba respecto la configuración y génesis del modelo de *stela* funeraria en el Occidente hispano se debe de buscar en la primera epigrafía de granito de Mérida en relación a los primeros colonos itálicos y veteranos de los cuerpos militares participantes en las guerras cántabro-astures. La vía de comunicación desde Lusitania por la conocida como vía de la Plata hasta Astorga es el eje vertebrador de la difusión del hábito epigráfico a través principalmente de la producción asociada a la demanda militar. Hay que tener en cuenta que contamos para los primeros ejemplos militares en área astur con un registro muy limitado y con distintas particularidades que permiten inducir la excepcionalidad y el prestigio que subyacía al encargo y colocación de este tipo de monumentos en los espacios funerarios. Detectar a su vez el salto de este tipo de monumentos al ámbito indígena peregrino encargados por y para el mundo oficial del ejército romano no es tarea fáCIL, pero existen algunos elementos iconográficos que podrían indicar el paso a la utilización de un mismo símbolo funerario a través de un proceso de emulación.

La serie epigráfica funeraria de la *Legio X* la tenemos representada tanto en Astorga/*Asturica* como en Rosinos de Vidriales/*Petavonium* (**Fig. 21**). Procedentes de la primera destaca el conjunto más sobresaliente, por su antigüedad y su característica iconografía (*ERPL*e 144⁵¹², 210⁵¹³, 214⁵¹⁴, 244⁵¹⁵). Su lugar de aparición parece asociarse a un contexto sucesivamente remodelado en el área del actual Seminario Conciliar y la parte de esa zona de la muralla tardoantigua, al suroeste de la ciudad y del primer trazado campamental que dio origen al núcleo urbano. El modelo iconográfico de los *Epitafios* que conocemos, (a excepción del que se desconoce su paradero = *ERPL*e 244),

512 *C(aius) Coelius / C(aii) (filius) Pap(iria) Valens / Nar(boniense) mil(es) l(egionis) X G(eminae) / |(centuria) Castellani / ann(or)um XXXV aer(or)um / XIII H(ic) S(itus) E(st) h(eres) e(x) t(estamento) (IRPL*e 79 = *ILAR* 21).

513 *L(ucius) Octavius / L(uci) (filius) Pup(inia) Ba(e)t(e)r(ensis) / Magius / ann(or)um XXXVII / aer(or)um XIX tub(i)c(en) / mil(es) leg(ionis) X Ge(minae) / |(centuria) T(iti) Numisi / heres exs t(es)t(amento) s(uo) / fecit sit t(ibi) t(erra) / levis (AE 1928, 163 = IRPL*e, 84).

514 *C(aius) Pelgus L(uci) / f(ilius) Scaptia / Cl[e]m[en]s / veter(anus) l(egionis) X G(eminae) / vi(xit) an(nos) LVI H(ic) S(itus) E(st) / C(aius) Pelgus Pri/mus lib(ertus) ex / testamento (CIL II 5076 = CIL II 5662 = IRPL*e 85 = *AE* 1904, 160).

515 *[C(aius) Val(erius)] Vie(nna) Virillio / mil(es) l(egionis) X g(eminae) / |(centuria) p(rimi) p(ili) ann(or)um / XXXII / aer(or)um X[III]I / H(ic) S(itus) E(st) [s(it)] l(evis) t(erra) (IRPL*e, 89 = *ILAR* 24).



destaca frente a la austeridad de los primeros modelos emeritenses y, sin embargo, se caracteriza por una gran sencillez que se separa de los modelos más desarrollados en otros ámbitos peninsulares, tanto de origen militar como peregrino, a partir del s. I d. C. avanzado⁵¹⁶. Comparten todos ellos la morfología de *stela* con cartela rehundida que en algunos casos se remarca por primera vez a través de una arquitectura encolumnada. Sobre ésta, aprovechando la cabecera redondeada, se ajusta el motivo siempre presente de la rosa hexapétala encuadrado con las referidas formas de “L”, a veces invertidas, conocidas como “escuadras (de carpintero)” o “brazos de Atlante”.

En el *hinterland* de *Petavonium*⁵¹⁷ (conjuntos epigráficos de Rosinos de Vidriales, Santibáñez de Vidriales, Fuente Encalada y Tardemézar, ZA) se reproduce el mismo modelo de rosa hexapétala inserta en un círculo, aparentemente sin escuadras (RV-01⁵¹⁸, muy significativo su parecido con *ERPL*e 210; y SB-13⁵¹⁹), aunque destaca por encima el motivo del creciente lunar con las puntas hacia arriba (SB-03⁵²⁰ y 12⁵²¹) y un caso mixto con dobles rosetas y creciente (RV-02⁵²²). Tanto rosas hexapétalas insertadas en círculos como crecientes lunares están grabados en bajorrelieve y delatan el uso del compás para ejecutar las formas semicirculares, que encadenadas dibujan los pétalos de la rosa o el creciente lunar. Todos los casos pertenecen explícitamente a soldados de la *Legio X*, con la excepción de una de las que porta un creciente lunar (SB-03) de la que sólo hay una lectura fragmentada pero que por ser idéntica a otro caso (SB-12), suponemos de otro soldado de la misma legión. La otra excepción es una de las estelas con rosa hexapétala (SB-13), en la que se menciona

516 Aunque se podrían citar aquí los modelos completos que se desarrollan en áreas como la *Transmontana-zamorana*, tal y como tendré ocasión de señalar, destacan por encima respecto a una decoración fitomorfa y geométrica de manera abigarrada, algunos conjuntos del centro-norte peninsular como el grupo palentino-cántabro, el conjunto de *Lara* de los Infantes y algunos casos de la *Legio VII Gemina* de Astorga o León, todos ellos datados principalmente desde finales del s. I d. C. y comienzos del s. II d. C.

517 Habitualmente asociado con Rosinos de Vidriales pero por su procedencia de los pueblos circundantes también con Santibáñez de Vidriales, Fuente Encalada y Tardemézar, asociados en todos los casos tanto al campamento militar propiamente dicho como a su *cannaba* asociada, incluyendo un área sacra en torno a la actual Ermita de Nuestra Señora del Campo (Romero Carretero y Martín, 1995; Hernández, 1999a).

518 *P(ublius) Cosco(nius) P(ubli) / Gal(eria) Ars(ensis) / mil(es) l(egionis) X G(eminae) c(enturia) Etrili an(norum) XXXI ae/ror(um) XI / h(ic) s(itus) est* (RV-01).

519 *Albanus / nat(ione) Gal(l)us / an(norum) XXV / Endegus ver(na) Erca(vicensis) / an(norum) XII / M(arci) Valeri / Pilae ser(vi) / h(ic) s(iti) s(unt)* (SB-13).

520 *[-c.3.]AE L[-c.2.-] / [- - -]M[- - -] / [- - -]F[- - -] / [- - -]PP[- - -] / - - - - -* (SB-03).

521 *M(arcus) Cornel(ius) / M(arci) f(ilius) Ani(ensi) For(o) Iuli(i) miles / l(egionis) X G(eminae) |(centuria) Tereb/rae an(n)o(rum) XXII / [aer(or)um?] II]I H(ic) S(itus) E(st)* (SB-12).

522 *L(ucius) Herenniu[s L(uci)] / f(ilius) Gal(eria) Callicus / domo Ugia / mil(es) leg(ionis) X Gem(inae) / |(centuria) Li[cini] Cle/me[ntis] a[nn]o(rum) / XXIX aer(or)um IX / H(ic) S(itus) E(st)* (RV-02).



Fig. 21: Estelas funerarias de la Legio X procedentes de Astorga/Asturica Augusta (LE) (a. ERPLe 210; b. ERPLe 144; c. ERPLe 214) y Rosinos de Vidriales/Petavonium (ZA) (d. RV-01 y e. SB-12). © Hispania Epigraphica on line y EST-AP.

a un esclavo galo y a otro público de la conuense ciudad de *Ercavica*, dedicados por un individuo con *trianomina* (Marco Valerio Pila), a partir de cuya onomástica se podría deducir su relación con el servicio militar⁵²³.

Tanto en un conjunto como en otro, la arquitectura simulada a partir de columnas-pilastras ensalza el espacio inscrito y sostiene, a modo de entablamento, el arco semicircular dentro del que se representan los motivos de la rosa hexapétala o el creciente lunar. Esta arquitectura simulada o cartela encolumnada se representa en todos los casos militares de la *Legio X* tanto asturicenses como zamoranos. Cuando no se marca el capitel -caso de las zamoranas con creciente lunar- se insinúan las columnas-pilastras rebajando los laterales y el campo epigráfico, así como marcando el “entablamento” que divide el espacio de la cabecera del de el campo epigráfico. La única excepción de un caso asturicense (ERPLe 144), coincide con la representación de la rosa hexapétala sin círculo y con cuádruples escuadras, que parecen remarcar aquí una posible función como incipientes marcas de una arquitectura simplificada. El origen de esta arquitectura simulada o “falsa arquitectura” debe de estar en aquellas *stelae* de Italia central y Galia Cisalpina que tuvieron, durante toda la primera centuria, una fuerte influencia helenística de la idea del monumento tipo *heroon* y/o *naískos* en la versión latina de *aediculae* o *tabernaculi*, a lo que ya me he referido (Abásolo, 2005: 37). En última

523 El *cognomen* Pila puede tener relación con el *pilum* o jabalina usada por tropas militares (Kajanto, 1965: 343).



Instancia en el conjunto de la *Legio X* se exaltaba por primera vez una lectura simbólica en vertical, con diferentes registros “construidos”, entre los que resaltaba esa arquitectura simulada que, en vez de un retrato⁵²⁴, ensalza plenamente el símbolo escrito -donde se indican los datos del fallecido- y sobre él parece descansar el arco de la cabecera en la que se extienden los motivos decorativos de la rosa hexapétala y el creciente lunar, con o sin “escuadras”.

Respecto a la cronología de ambos conjuntos, el dato asumido en los principales corpora, lo supone la fecha *ante quem* basada en la partida definitiva del destacamento legionario en época galbiana (63 d. C.), con una estancia puntual en el 70 d. C. hasta su sustitución en la Península por la conformación de la *Legio VII Gemina*⁵²⁵. Por todo ello se ha planteado un periodo de actividad de la *Legio X* durante los tres primeros cuartos del s. I d. C., aunque se haya tendido hacia la datación tardía e incluso posterior a la fecha de partida de la legión. Este es el caso de *ERPL* 214 que conmemora el enterramiento de un veterano encargado a su liberto y que se interpreta -por la veteranía del legionario- con posterioridad a la partida de Hispania de la Legión, cuando su licenciamiento y su entierro pudo haber ocurrido a lo largo de toda su estancia desde finales del s. I a. C. Para el resto de dataciones se suele aludir a un “hasta el 63 d. C.”. Otros autores, sin embargo, ya han llamado la atención sobre fechas más tempranas, al menos tiberiano-claudias (segundo cuarto del s. I d. C.), aunque sin argumentarlo del todo, en relación a las recientes dataciones de los estratos campamentales de *Asturica* y *Petavonium* correspondientes posiblemente con las estancias de la *Legio X*. Así, se considera como marco cronológico una estancia militar en Astorga hasta el 10-20 d. C. en que se rellena el foso campamental y se procede a la transformación urbana del antiguo recinto militar y el posible traslado hacia el 25-37 d. C. hacia el valle del Vidriales, que no excluye la presencia anterior de parte del destacamento desde el cambio de Era (Morillo, 2003: 90).

En lo que se refiere a las fórmulas funerarias utilizadas en el conjunto de la *Legio X* podemos constatar la diversidad en cuanto a sus combinaciones. Ninguna de las convenciones es absoluta y mucho menos para afinar en un periodo de tiempo tan corto como puede ser la primera mitad del s. I

524 para la reproducción de este modelo como espacio sagrado que cobija el retrato de los difuntos en forma de “*aedicula* con retrato”, exportado desde Roma entre individuos con aspiraciones de poder, en Edmondson-Nogales-Trillmich, 2001: 92-93.

525 Durante todo ese periodo, que ocupa desde finales del s. I a. C. hasta la década de los 60 del s. I d. C., que sepamos la *Legio X* sólo abandonó puntualmente la Península en el 41-42 d. C. por orden del emperador Claudio que, tras el asesinato del rey Ptolomeo de Mauritania por Calígula (*Suet.* 26, 1) y durante la revuelta de su liberto *Aedemon*, la envió para poner orden y ayudar a la transformación de la Mauritania en provincia romana, al mando del cónsul *M. Crasus Fruggi* (D. C., 59, 25, 1; *Suet.*, 17, 6).



d. C. Sin embargo podemos suponer que la presencia de ciertos rasgos nos puede apuntar una fecha post quem. Es el caso del *vi(xit) an(nnos)* del veterano asturicense de *ERPL*e 214 que nos puede indicar un periodo tiberiano-claudio frente a la generalización post-augustea de la abreviatura de *an(norum)* que encontramos en los casos más completos de *Petavonium* (RV-01 y 02; SB-12). La generalización del nominativo es también un síntoma generalizado en todas las estelas de ambos conjuntos (con la excepción de *ERPL*e 244) que nos remite a un momento temprano indeterminado (25 a. C.-25 d. C.). Asociada a esta datación suele ir la fórmula abreviada del *H(ic) S(itus) E(st)*, la cual cuando es seguida por el *S.T.T.LEVIS* como en la asturicense *ERPL*e 210 y tal vez la propuesta como *H.S.E.[S.T.T.]* de la también de Astorga, *ERPL*e 244, parece indicar un momento algo más avanzado del segundo cuarto del s. I d. C. Por su parte, en *Petavonium* las fórmulas abreviadas de *HSE*, con la única excepción de un *H.S.EST* (RV-01), parecen solaparse con las estelas de Astorga como *ERPL*e 10 y 244 (recuerdo aquí además la similitud dentro de la gran variedad detectada de la primera de éstas con RV-01). Por último, el conjunto de Astorga, a diferencia del zamorano, tiene la particularidad de destacar el encargo por testamento del monumento funerario a través de distintas fórmulas abreviadas o semiabreviadas⁵²⁶, datado a lo largo del segundo cuarto del s. I d. C.

Analizando por su parte la procedencia de los militares, se concluye que es mayoritaria la presencia itálica en Astorga, a diferencia de un origen más diversificado en *Petavonium*. Así en el conjunto asturicense contamos con los casos de *C. Coelius Valens nar(nense)* de la *Papiria tribu* (de *Narnia*, Umbria) (*ERPL*e 144), *G. Pelgus Clemens* de la *Scaptia tribu* que remite al área de Friuli en el noreste itálico (*ERPL*e 214) y, para el caso de la placa funeraria, *[M.] [P]ersius [Bla]esus* de la *domo Hasta* (*Asti*, Liguria) de la *Polia tribu* (*ERPL*e 216). El caso de *L. Octavius Magias batr(...)* de la *Popinia tribu* (*ERPL*e 210), parece igualmente indicar un origen itálico aunque no es definitivo. El hecho diferencial entre ellos se hace patente en las distintas tribus a las que pertenecen (*Papiria*, *Polia*, *Scaptia* y *Popinia*), todas ellas poco frecuentes en la Península, a diferencia de la *Galeria* o la *Aniense tribu*, que fueron otorgadas a las colonias de *Emerita* y *Caesaraugusta* respectivamente. Estas dos tribus son a las que pertenecen los epígrafes completos del área de *Petavonium*. Se trata de dos casos de béticos adscritos a la *Galeria tribu* (RV-01 y 02 a la *Galeria*) y un caso de un galo narbonense, de *Foro Iulio* (Frejús), adscrito a la *Aniense tribu* (SB-12 a la *Aniense*). Sólo *C. Pelusius* (*CIL* II

⁵²⁶ *H(eres) E(x) T(estamento)* -*ERPL*e 144-, *heres ex tes(tamento)* -*ERPL*e 210-, *h(ere)s ex t(estamento)* -*ERPL*e 244- o específicamente *lib(erto) ex testamento* en *ERPL*e 214

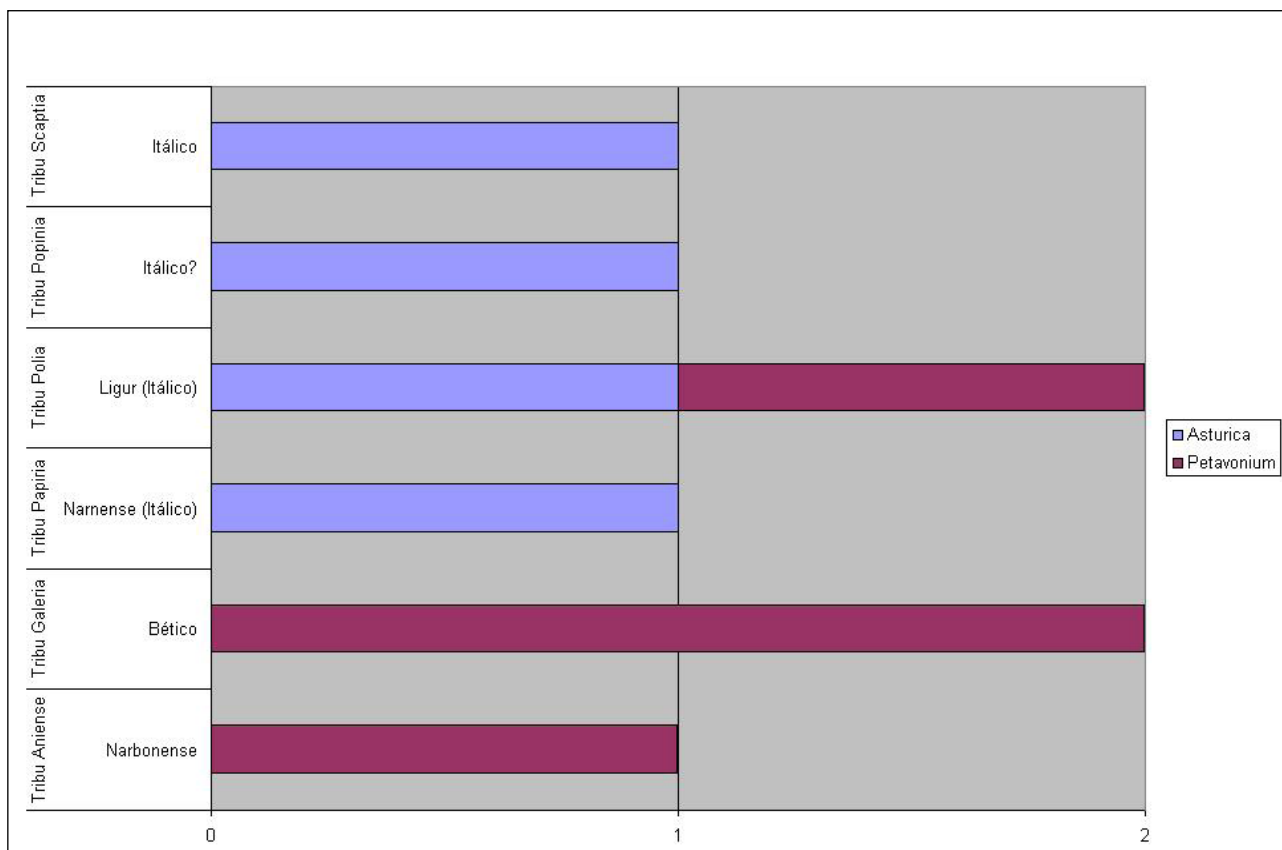


Fig. 22: Tribus romanas representadas en los conjuntos de estelas funerarias de la Legio X en Astorga/Asturica Augusta (LE) Augusta y Rosinos de Vidriales/Petavonium (ZA).

2629) procede del ámbito itálico ligur y pertenece a la *Pol(l)ia tribu* (como el caso asturicense de *ERPL*e 216). Por lo tanto, como podemos observar en el gráfico (**Fig. 22**), si bien la presencia itálica es dominante en Astorga, en el campamento zamorano se diversifica con una presencia provincial predominante de provincias senatoriales como la Bética o la Galia Narbonense.

Detrás de este hecho puede que esté reflejada la política militar de Augusto, que se difundiría durante la dinastía julio-claudia y que tendió hacia la sustitución en las levass militares del componente itálico por el provincial, lo que implicaría pensar que el conjunto asturicense podría ser más antiguo que el zamorano. Cruzando todos los datos podemos plantear una datación aproximada para la elaboración de las estelas en un periodo tardoaugusteo-tiberiano (aprox. 10-30 d. C.), lo que podría ajustarse con el momento de transformación de Astorga en ciudad, en detrimento del traslado del contingente militar hacia el valle del Vidriales. Para el conjunto de *Petavonium* considero que su realización pudo solaparse en el tiempo con la de algunas de las estelas de Astorga (por la similitud entre los modelos de *ERPL*e 210 y RV-01) pero podría indicarse una datación algo más tardía en general entre los años



30-50 d. C.⁵²⁷. En cualquier caso, ambos conjuntos reprodujeron un modelo epigráfico durante las primeras décadas del s. I d. C. que se alejaba de la austeridad de los conjuntos coloniales tipo Mérida. A partir de la detección de ciertas semejanzas en algunas estelas de los conjunto en ámbito peregrino, desarrollaré a continuación la idea de que estos modelos militares asturicenses y zamoranos son la base sobre la que se emularían los primeros monumentos epigráficos de toda la zona Norte-Noroeste hispana y en especial en lo que respecta al caso de estudio astur meridional, comúnmente asociada al mundo zoela.

El conjunto epigráfico de ámbito peregrino lo conforman algunas estelas con rasgos muy específicos tanto en ámbito zamorano occidental como en las regiones portuguesas de Miranda do Douro y Bragança. Se trata de estelas que comparten la generalizada morfología semicircular, la cabecera remarcada decorada con la rosa hexapétala dentro de un círculo o el motivo del creciente lunar, así como la arquitectura simulada a través de la cartela epigráfica encolumnada. Dichos elementos remiten directamente al patrón-raíz que he descrito arriba de la *Legio X*, pero con la particularidad de mostrar algunos rasgos que permiten pensar en la imitación a partir de un modelo prediseñado, especialmente en el caso de la elaboración de la rosa hexapétala a mano alzada sin compás (Beltrán y Alonso, 2010). El conjunto de estas estelas que emulan los modelos militares lo componen los casos con rosácea y onomástica peregrina (nombre único + filiación + edad) de las zamoranas de Villalazán (VI-05⁵²⁸) y Villalcampo (VC-23⁵²⁹) así como Picote en Miranda do Douro (*HEp* 3, 449). Una misma composición pero en estelas anepígrafas la tenemos constatada en las también zamoranas de Pino del Oro (PO-18), Muelas del Pan (MU-10⁵³⁰) y otra de origen incierto (ZA-01). En todos estos casos las estelas no presentan escuadras y la rosa hexapétala está grabada⁵³¹ y no en bajorrelieve como en las de la *Legio X* asturicenses o zamoranas (**Fig. 23**).

En el caso de la estela más oriental procedente de Villalazán, muy posiblemente asociado al

527 Posiblemente asociada con el paulatino traslado del contingente militar asturicense y con la estancia en los años 40 de la *Legio X* en Mauritania, en donde se conoce un epígrafe desaparecido encontrado en *Volubilis* de M. Valerio Rufino (*AE* 1941, 112), en el cual se continua el uso de la referencia al fallecido en nominativo pero se constata su procedencia provincial no itálica (de Tolosa) y el uso del *HSESTTL* (Le Roux, 1982: 182, 324; Hernández Guerra, 1999a: 37) a medio camino entre las fórmulas constatadas en *Asturica* y *Petavonium*.

528 *Chilo/ Arconis/ filio) an(norum) XII* (VI-05).

529 *Comen/(a)e Coric[i]/ filia) an(norum) L* (VC-23).

530 De Muelas del Pan conocemos al menos tres casos más inéditos con el motivo de la rosa hexapétala.

531 A excepción del caso de Picote que podría reforzar la hipótesis de que fuese propiamente de un militar cercano a la *Legio X*.

campamento militar y asentamiento de El Alba/*Albocela*, la estructura arquitectónica simulada tiene detallados los capiteles similares a los del veterano asturicense (*ERPL*e 214). Este ejemplo además muestra un dibujo de la rosácea plenamente grabado con compás y sin botón alguno como en todos los casos militares constatados tanto de Astorga como de *Petavonium*, y la señala como paralelo para el caso de Picote al que me he referido como posible militar, tal vez vinculándolo también con difuntos como auxiliares o relativos al ejército. La arquitectura de la de Villalcampo y la de Pino del Oro es más sencilla pero simula igualmente una arquitectura exenta, similar a la de las estelas con crecientes lunares de *Petavonium* (SB-03 y 12). En los casos de Villalcampo o Pino del Oro parece bastante claro que aún grabándose el círculo con compás, éste no se utilizó para elaborar los “pétalos”, quedando una especie de botón central grabado, como un referente a partir del cual se imita la forma final de los ejemplares a compás, característicos en los conjuntos de la *Legio X* o de casos que debieron ser más cercanos a las producciones militares como Villalazán, Muelas del Pan o incluso Picote (**Fig. 24**).

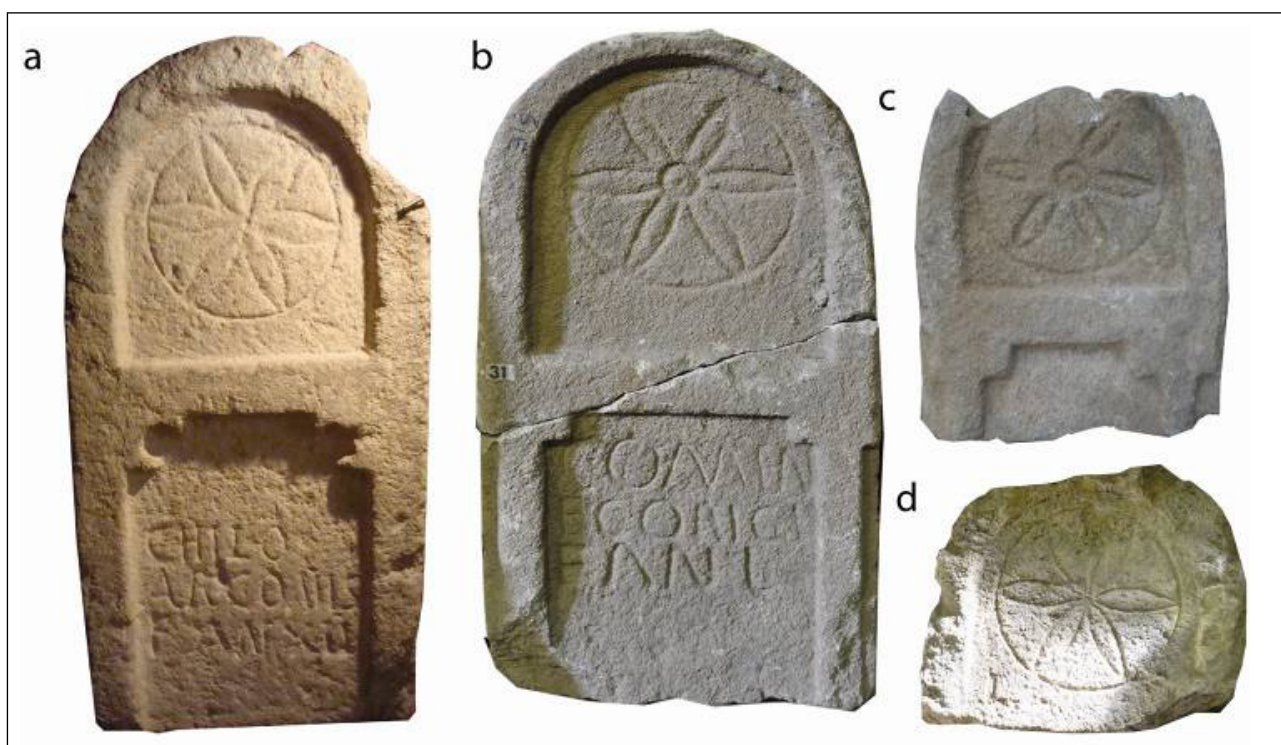


Fig. 23: Estelas funerarias emuladas de modelos militares de la Legio X procedentes de Zamora occidental: a. VI-05, b. VC-23, c. PO-18 y d. MU-10. © Museo de Zamora y EST-AP.

Un caso excepcional braganzano y que podríamos vincular a este grupo epigráfico temprano, lo supone una estela de Castro de Avelães con rosa hexapétala y orificio central en bajorrelieve con un triple registro enmarcado (Redentor, 2002: nº 60). Los dos primeros los ocupan la dedicatoria en



nominativo a *Iumuria* el primero, y el segundo la indicación de filiación (*Turai f.*), la edad (*an. LV*) y la fórmula atípica en este conjunto de *H(ic) S(ita)*. Se ha destacado para el último caso un registro con motivo aviforme, igualmente atípico que parece remitir a una decoración propiamente clásica como símbolo del alma del difunto o su apoteosis (Redentor, 2002: 204, 241). Otros casos que parecen emular al modelo con creciente lunar y marco arquitectónico que encontramos en los fragmentos del área de *Petavonium* (SB-03 Y 12), parece tener su correspondiente indígena en otros casos de Bragança con motivo de creciente lunar (invertido) y/o motivos astrales asociados (Redentor, 2002: nº 37, 71 y 107), así como en un caso en Rabanales de Aliste (VC-15). De esta última zona en el valle zamorano del Aliste, procede la posible reutilización de una estela funeraria aDscribable a estos modelos tempranos. Se trata de un modelo con rosa hexapétala inscrita en un amplio círculo, cuya elaboración parece que respeta el espacio del botón central, aunque no sea muy perceptible. La dificultad que entraña esta estela, es que parece que su cartela epigráfica encolumnada fue cortada para la introducción de un motivo posterior representado por la doble serie de arcos ultrasemicirculares o de herradura (Beltrán, Romero y Alonso, 2013).

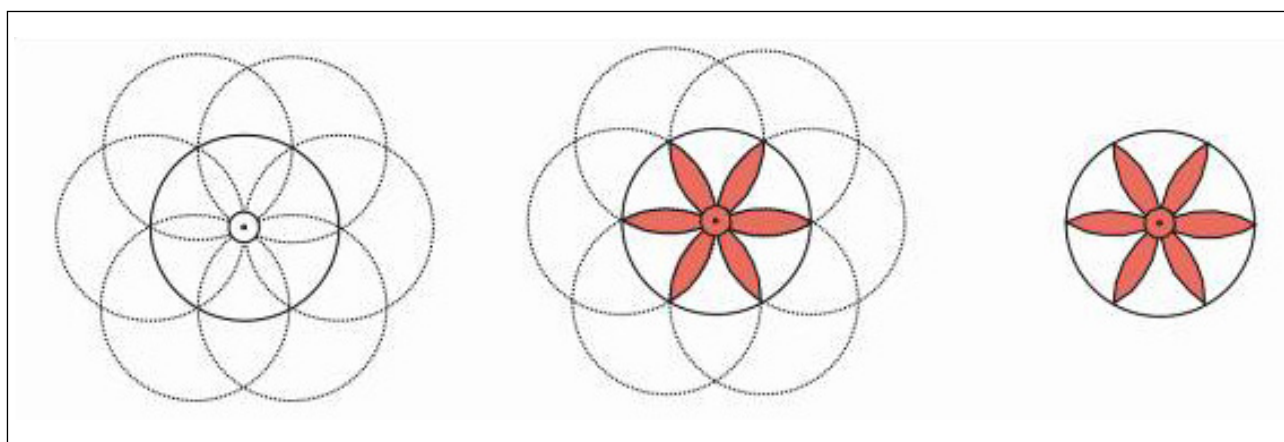


Fig. 24: Configuración del motivo de la rosa hexapétala con compás

Otro caso muy similar al conjunto temprano con rosa hexapétala procedente de la Valduerna leonesa en Villalís (*ERPL*e 296), a medio camino entre Astorga y *Petavonium*. Se trata de un fragmento de la cabecera con rosa hexapétala inserta en un círculo con pétalos en bajorrelieve no trazados a compás y con botón central, sin resto de inscripción alguna. Todo apunta a un ambiente vinculado con la *Legio X* o alguno de sus cuerpos auxiliares, lo cual no sería extraño contando con la importancia minera aurífera de la zona. Este mismo modelo de la rosa hexapétala dentro de un círculo pero con



los pétalos rehundidos y muy posiblemente trazados con compás, está presente en dos dedicatorias en el extremo suroccidental del área zoela en lo que correspondería con el ámbito lusitano de la *civitas Baniense*. Se trata de dos estelas en la que se honran a dos peregrinos de los que se señala su origen *seurro* (y *seurro transminiense*) y el *castellum* del que provienen (*CIL* II 6290⁵³² y *AE* 1934, 19⁵³³). La primera, con cabecera remarcada y dobles escuadras invertidas, tiene inscrito el nombre de un varón y no tiene dedicante, mientras que en la segunda, más fragmentada, se homenajea a una joven a la que posiblemente su pareja le dedique el monumento. Si el ejemplo de la Valduerna entronca directamente con los conjuntos de la primera epigrafía zamorana suroccidental con pétalos emulados y botón central, los casos *Banienses* nos remiten directamente a los conjuntos militares de la *Legio X* y los casos peregrinos de Villalazán (VI-05) o al menos seguro de Picote (PI-03), y por tanto su posible vinculación con las mismas o muy cercanas producciones.

Respecto al granito, el material utilizado es abundante en la zona y aunque falten análisis oportunos, podemos suponer que se habría utilizado la granodiorita local, de la que se conocen tipos dominantes que se pueden observar en las estelas y algunas zonas de posible extracción y transformación en bruto⁵³⁴. Todo ello implicaría la obtención de una materia prima accesible que no habría conllevado grandes costes para las comunidades demandantes. Desde la epigrafía se suele solicitar habitualmente la “perspectiva arqueológica”, en relación con la detección de las escuelas, talleres y oficinas que, aunque invisibles, “forzosamente existieron” (Abásolo, 1994: 187). Contamos con un detallado análisis metodológico sobre los conceptos -de los más amplios a los más concretos- de “provincia artística”, “horizonte epigráfico”, “círculo”, “escuela”, “centro”, “estilo” y “taller” (Abásolo, 1994). La secuencia básica es la de detectar un estilo concreto y argumentar la correspondencia de un “centro productor” con un área territorial más o menos delimitada. La posibilidad de encontrar la *officina* o “taller” propiamente dicho, entre los muchos que pudieron tener cada uno de los centros de producción, es mucho más improbable y sólo contamos con casos excepcionales ya clásicos en la historiografía

532 De Felgar, Moncorvo: *Reburrus/ Ari (filio) seur/s □ (castellum) Nareli/a an(norum) LXII (CIL II 6290)*.

533 De Felgueiras, Moncorvo: *Tridiae M/odesti filia) se/urr[a]e t/ransm(iniensis)/ exs □ (castello) Se/rante/ an(norum) XX Va/lerius V(aleri) filio) (AE 1934, 19)*.

534 Geológicamente hablando encontramos tres áreas destacadas: 1) la granodiorita de Ricobayo, de grano medio, tonos claros y dos micas; 2) la diorita de Pino, de grano medio a fino, de tonos oscuros verdosos, muy localizada al noreste de Pino y similar a la diorita de Moveros; 3) granito de dos micas, sintectónico, de Ceadea, de grano medio con escaso fenocristal de feldespato. La gran banda granítica de Ricobayo tiene asociado un yacimiento de procesado y transformación de roca en el lugar llamado Campazuelo, en una zona llana con ligera caída al Ayo. de La Conserval, al noreste del pueblo de Muelas de Pan (NºJCyL: 49-135-0002-11).



epigráfica (Susini, 1962; Manacorda, 1980). Es por ello que lo más habitual es, desde la perspectiva epigráfica, darse por satisfecho con una “comprensión global del monumento, más cerca del círculo que del taller” (Abásolo, 1994: 192). Es aquí donde entraría la concepción tradicional de “horizonte epigráfico” detectado para el noroeste de Salamanca en un conjunto muy concomitante al nuestro (Navascués, 1963; Susini, 1982). Tradicionalmente, en el ámbito italiano son tres los elementos que caracterizan la *praxis* del *lapicida*: la técnica de la ejecución, la forma del monumento y las fórmulas, nexos y símbolos decorativos, es decir, modelos, esquemas e Instrumentos. Este análisis es el que permitiría determinar un lenguaje iconográfico característico en un contexto social asociado a un lugar, una ciudad o un territorio concreto.

El labrado en granito conlleva una serie de limitaciones dependiendo del tipo, variando enormemente los modelos en granitos finos de los medios y gruesos, más fácilmente desgranables. La tónica general fue la del labrado de un granito medio que obligaba a una importante esquematización del modelo, no permitiéndose un gran detalle, aunque no faltaron excepciones en granito fino, como veremos. En general, los capiteles de las cartelas encolumnadas no suelen estar muy desarrollados y la tendencia general fue hacia la esquematización de las formas geométricas. El esquema de rueda de radios curvos, cuya génesis propondré a continuación, junto con algunos elementos como las arquerías o la inclusión de algún zoomorfo es lo único que rompen dicha geometría. Al modelo básico se le añadirán otros elementos como son las escuadras contrapuestas y las hendiduras incisas o bandas, que junto con las arquerías en un registro inferior, inciden en la lectura simbólica vertical de plantas o registros contrapuestos. El esquema básico de estos característicos monumentos funerarios -ruedas de radios, cartela rehundida o encolumnada y arquería inferior- adquiriría una gran difusión sincrónicamente en otras regiones hispanas y en otros lugares del Imperio. En este contexto considero que el conjunto del área zoela debió de ser uno de los más precoces y más cercanos al modelo militar itálico emulado, desarrollándose especialmente a lo largo de la segunda mitad del s. I d. C., tanto en el modelo completo de estela en granito que trataré a continuación, como en el mármol de la región portuguesa de Miranda do Douro sobre el que me centraré más abajo.

Hasta aquí puedo esbozar lo que debieron ser las primeras muestras de epigrafía funeraria en ámbito rural peregrino militarizado de una manera más o menos directa. Recapitulando, parece que algunos de los modelos asturicenses y los dos ejemplos con rosas hexapétalas de



Petavonium, guardan una semejanza más estrecha con aquellos ejecutados con compás y sin botón central de Villalazán, Picote y, posiblemente, los dos *Banienses*. La reproducción de este mismo motivo a partir de un botón central “a mano alzada”, como en Villalís, Pino del Oro y Villalcampo, indica la derivación del modelo precedente (más cercano al patrón militar) en un contexto claramente peregrino. Tal vez estemos ante la elaboración sincrónica por parte de diferentes manos e incluso ante el desconocimiento del uso del compás para la realización no sólo de los círculos sino también de los propios pétalos de la rosácea. De cualquier forma, parece que el motivo del creciente lunar del ámbito de *Petavonium* se circunscribe, hasta el momento, al área braganzana y alistana. Todo ello nos invita a pensar en los campos de acción de ciertos talleres o radios de acción de los *lapicidas* más o menos sincrónicos a lo largo del segundo cuarto del s. I d. C., que se apartaban de las producciones más austeras de los contextos urbanos y que debían estar vinculados al mundo militar de una u otra forma. Es por ello que esta primera *epigrafía* de ámbitos rurales peregrinos, como lo son el área portuguesa-zamorana occidental y otros circundantes como la Valduerna al norte o la *Baniense* al sur, puede tener en algunos casos una explicación de la acción militar directa en el contexto de la primera reorganización de estos territorios. En todos ellos, debemos pensar en destacamentos de la *Legio X*, principalmente, en relación a la materialización de distintos pactos y derechos por conquista de los que se beneficiaron en primer término, junto a Roma, aquellos peregrinos premiados o especialmente afines.

Una de las labores más importantes habría sido el trazado de las vías de comunicación y la mejora y redireccionamiento de los existentes caminos, en virtud de los diferentes atractivos económicos y/o intereses políticos. En este punto debemos de tener en consideración las rutas que comunican los centros en donde aparecen los modelos emulados, tanto en el eje norte-sur en la llamada vía de la Plata como siguiendo el Duero y la región alistana para unirse a la *vía XVII*. Esta vía ponía en comunicación el entorno de la actual Bragança con el valle del Aliste y a través de su paso por la Sierra de la Culebra, con el valle del Tera, donde confluía con la salida del valle del Vidriales, donde se asienta *Petavonium*, y con la vía de la Plata, a la altura de *Brigeco*/Benavente. Precisamente esta última vía es la que comunica la producción asturicense directamente con los enclaves suroccidentales de Zamora, a partir del nudo en torno a Villalazán



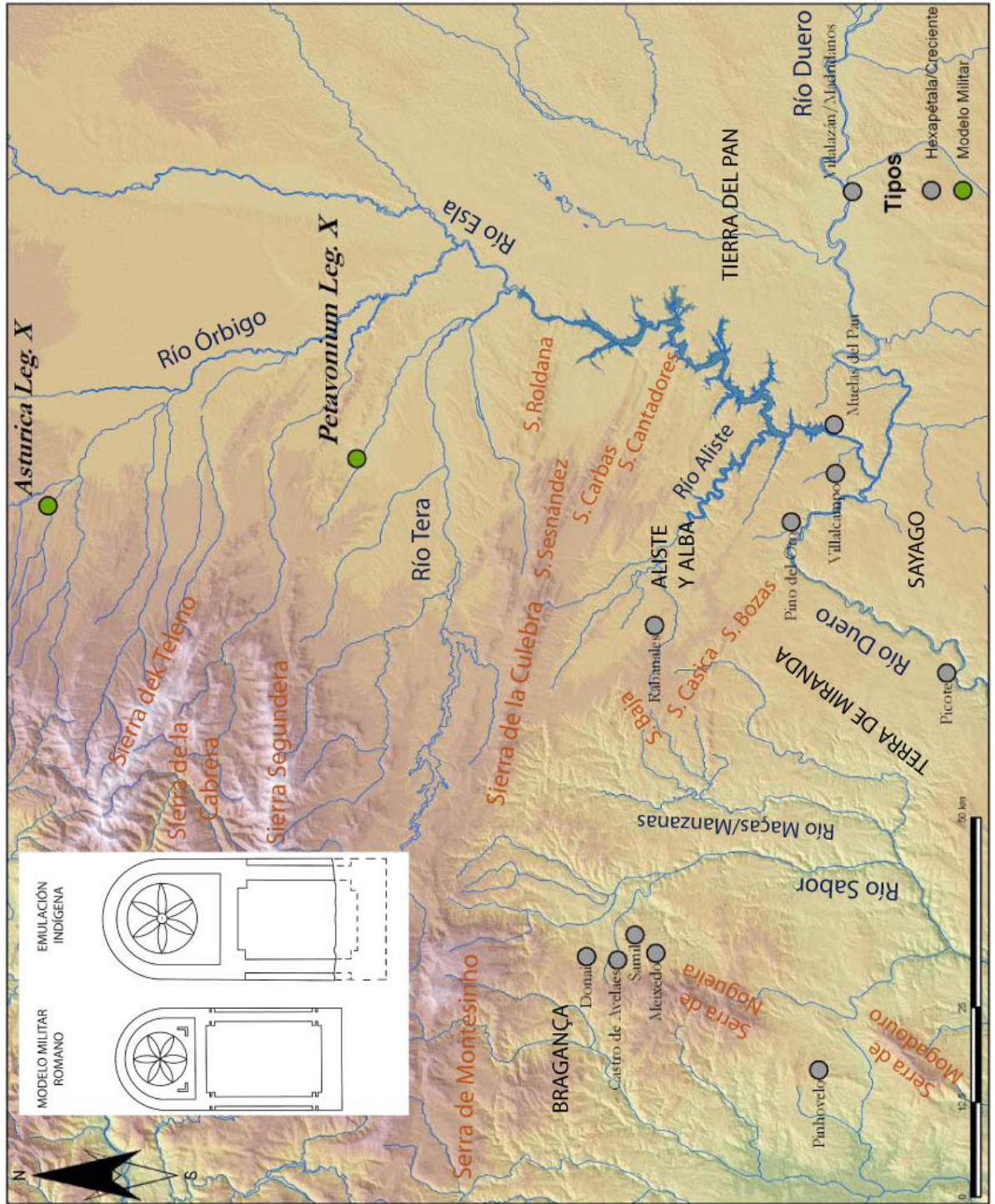
(El Alba/*Albocela*). Desde ese paso donde el Duero sigue en curso más o menos lineal, se habría llegado a partir de una vía secundaria que recorrería el tramo inicial de los meandros del río hasta su confluencia con el Esla (entre Muelas del Pan y Villalcampo) y el comienzo de los Arribes del Duero (Pino del Oro). El hecho de que esta vía pueda desembocar en la XVII a través del valle del Aliste a la altura de Rabanales, otorga un carácter de nudo secundario a este lugar como vertebrador del territorio que se verá reflejado en la continuidad de los motivos iconográficos funerarios, como tendré ocasión de analizar. En este momento, en la orilla portuguesa del Duero en la región mirandesa encontramos el caso controvertido de Picote, que parece indicar una comunicación menos fluída en lo que al desarrollo del primer hábito epigráfico emulado de los modelos militares de la *Legio X* se refiere (**MAPA 5a**).

La difusión del hábito epigráfico en estas áreas debió de contar con producciones emuladas de las militares, si no eran propiamente como he señalado. Toda esta producción epigráfica en granito de ámbito rural se ha venido asociando con producciones bastas y rudas (propias de la *epigrafía povera*), en contextos en donde Roma estuvo poco presente y dominó la tradición prerromana. Lo que se deduce de los primeros modelos en granito emulados a partir de las *stelae* militares de la *Legio X*, refleja una realidad muy distinta. Por un lado demuestra la intercesión de las producciones oficiales militares en la difusión del primer hábito epigráfico, que en nada parece asociarse con una pretendida y desconocida tradición prerromana, sino que se funde con una corriente estilística, iconográfica e ideológica funeraria que recorre todo el Imperio en relación a la difusión del modelo de *stela* funeraria. A su vez no parece tratarse de una epigrafía pobre y marginal sino de la muestra más ostentosa y poderosa de un ámbito local libre pero no privilegiado, que se aleja de la adopción en ámbitos coloniales y cívicos y asume un papel sociológico concreto en un contexto de fuerte competitividad de poder en ámbito peregrino.

Se trata por tanto de la detección, a nivel epigráfico, del mismo momento en el que se desarrolló la adopción local de un modelo funerario muy concreto que se difundirá con especial profusión en el ámbito portugués-zamorano como tendré ocasión de mostrar a continuación. La emulación propiamente dicha de una iconografía funeraria de fondo itálico pero reproducida en un ambiente militar ecléctico, alejada de la austeridad de los contextos coloniales, no debe entenderse como una *copia* exacta o una simple traslación literal del mundo militar al



MAPA 5a: Localización de modelos epigráficos funerarios procedentes de Astorga/*Asturica Augusta* y Rosinos de Vidriales/*Petavonium* y distribución de las estelas emuladas en ámbito peregrino en área astur meridional.





peregrino, sino que debe observarse como una apropiación local, que dista mucho de cualquier acto creativo libre o inocente al modo de una imitación superficial o coyuntural. Se trata de un producto resultado de un proceso socio-histórico específico en el que confluyen las particularidades de cada territorio y el papel de la *Legio X* en su reorganización de cara a los intereses estatales y el mantenimiento del orden. La emulación como apropiación local está en la base de la formación de un lenguaje de poder (en este caso el de ámbito funerario) afín a los nuevos grupos indígenas amparados por Roma. Como interlocutores con el poder oficial, desde los individuos sobresalientes a los auxiliares, familiares de los militares, comerciantes, etc., habrían buscado el beneplácito de los conquistadores para obtener beneficios a dos bandas a través de mecanismos como la clientela. Por un lado, de cara primero a las comunidades locales, exacerbando las desigualdades en el ámbito de un nuevo recinto dedicado a reunir a los linajes de nueva generación y reivindicar los derechos en base a ello. Por otro lado como *garantes* del nuevo orden explotando a sus convecinos con el trabajo y el tributo impuesto por Roma. Y finalmente, sólo en un segundo momento y en los casos más sobresalientes, se habría contemplado su ascenso a través de la concesión de la ciudadanía y su conformación dentro de las familias gentilicias romanas.

12.2.2.2. El modelo completo de estelas en granito (finales del s. I-II d. C.)

He indicado cómo una de las características del motivo de la rosa hexapétala en los modelos militares era su elaboración con compás, tanto en grabado como en altorrelieve, mientras que en la mayor parte de los modelos peregrinos parecían haberse grabado “a mano alzada” señalando su centro con un botón central. Es ese motivo el que parece que pudo evolucionar hacia el altorrelieve en los ejemplos de estelas con rueda de seis radios curvos que conserva el botón central (**Fig. 25**). Las apreciaciones sobre que las rosáceas hechas esquemáticamente hubieran podido ser “una guía para el *marmorarius* en la preparación del esquema de la rueda solar” (Abásolo y García Rozas, 1990: 546), o la idea más explícita de que las ruedas de radios derivan de las rosáceas militares (Navarro, 1998: 177), estarían incompletas sin haber individualizado previamente el conjunto de las primeras emulaciones indígenas de rosas hexapétalas y crecientes en el área portuguesa y en la zamorana-leonesa occidental. El hecho de que se trate de “artistas locales”,



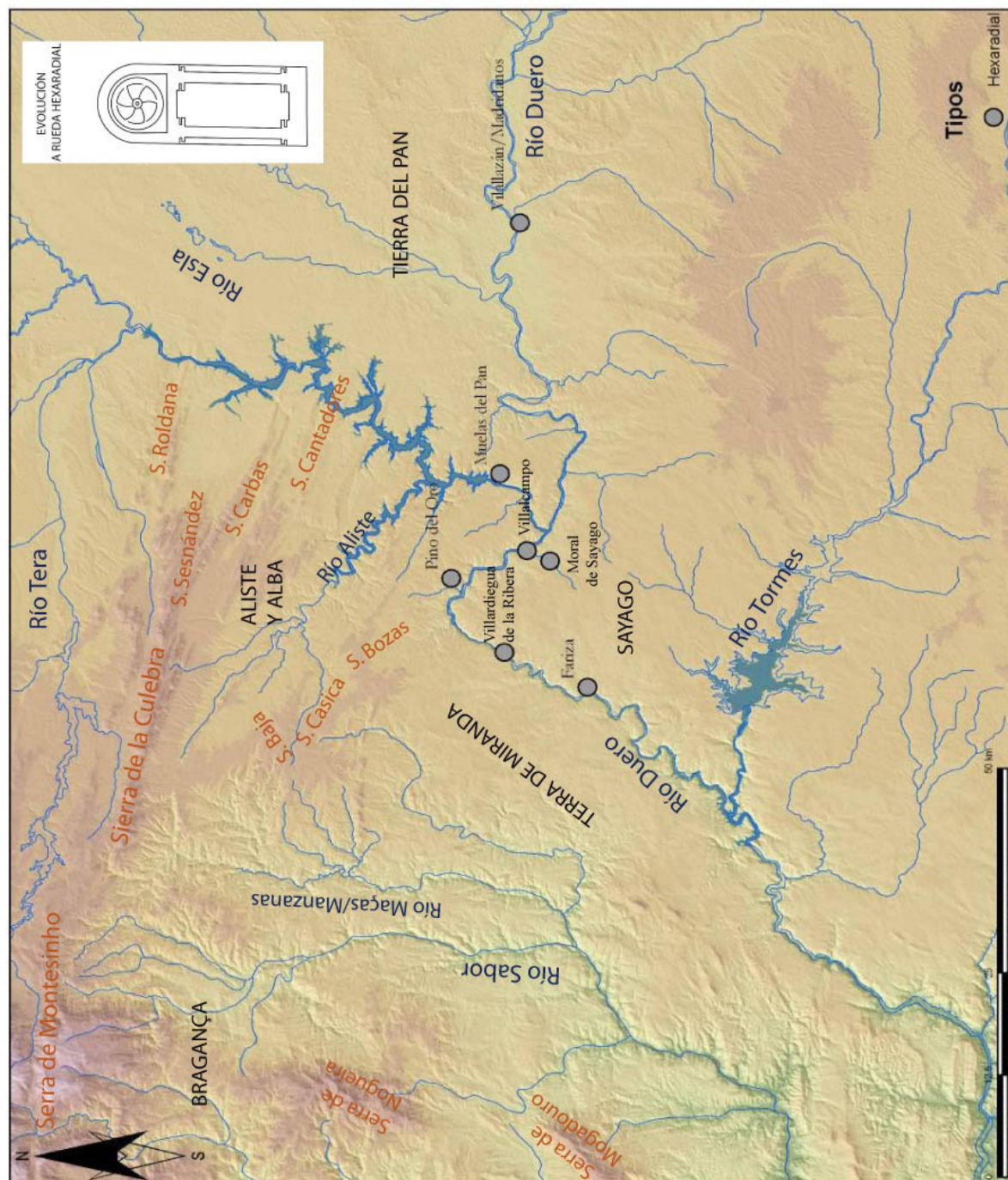
podría tener en las emulaciones “a mano alzada” cierto apoyo, pero que en ello estén contenidos “posibles pero indefinidos elementos ideológicos indígenas” (Redentor, 2003: 2002: 200), es ir mucho más lejos, ya que no tenemos ningún rastro iconográfico prerromano que nos lo indique⁵³⁵. En su lugar propongo pensar que los modelos de cabeceras molduradas con la rueda de radios abombada y con el botón central marcado, fueron los modelos que debieron seguir muy de cerca, iconográfica, ideológica y cronológicamente, a los primeros ejemplos que remiten al conjunto epigráfico militar. De entre ellos, las estelas de seis radios debieron de ser los primeros ejemplos del modelo de ruedas de radios curvos en el área zamorana occidental, por compartir el mismo número que las rosáceas (**Fig. 26**)(**Mapa 5b**). En algunos casos están presentes allí donde ya vimos los primeros modelos emulados y en donde encontraremos una continuación a lo largo de toda la producción epigráfica en granito, como en Villalazán (VI-14), Villalcampo (VC-04 y VC-25) y en Pino del Oro (PO-05), mientras que en otros, con lo conservado de los datos, hacen su primera aparición, como en Villardiegua de la Ribera (VR-07). La composición de estas estelas comparte la misma estructura en esencia que las que reproducían el motivo característico de la rosa hexapétala. Sincrónicas a estas producciones pudieron ser algunos casos idénticos pero con cartelas epigráficas simples sin esbozar ningún sentido arquitectónico, como en Villalcampo (VC-46). Otros casos se ejecutaron directamente sobre la cabecera pero conservando el idéntico modelo de rueda abombada de seis radios con botón central como en un fragmento de Villalazán (VI-15). Un interesante ejemplo en Villalcampo puede que sea una de las primeras estelas que incluyó el motivo del arco con almohadillado en el registro inferior asociado a una cartela epigráfica simple (VC-26). Otro paralelo es una estela *hexaradial* hipercurvada con botón y doble arquería con almohadillado reutilizada en San Pedro de la Nave (SP-06). La factura ruda y en un bloque de granito grueso que no alcanza el metro de altura, las aleja del común de producciones más refinadas que asumen el motivo de la arquería en el registro inferior, como veremos más abajo en los modelos más completos.

A través de la conversión de rosáceas en ruedas de seis radios curvos, se pudieron reproducir muy rápidamente los diversos tipos de ruedas que alternan número y dirección de radios. Una de las características del motivo resultante será su abombamiento, a partir de la técnica del altorrelieve,

⁵³⁵ Aunque se empeñen en algunas interpretaciones en las que se adopta un mismo fondo celta o indoeuropeo en relación a símbolos como la rueda solar o los torques, p.e. en Coimbra, 2006 o Esparza, 2011.



MAPA 5b: Distribución de las estelas hexaradiales en área astur meridional en ámbito peregrino en área astur meridional.





que ya se había destacado en las molduras, rebajes y encolumnados de los modelos militares, pero que sin embargo estaba ausente en el motivo plano de la rosa hexapétala de los primeros ejemplos grabados peregrinos. La tendencia detectada es la de incidir en el carácter efectista de la rueda de radios, desarrollando un juego de sombras a partir del abombamiento del motivo, el rebaje profundo y la tendencia hacia una hiper-curvatura de los radios a los que se añadirán en un determinado momento los vanos abiertos del registro inferior. Siguiendo el modelo de evolución iconográfica de esta producción de estelas en granito, la tendencia apuntada parece que fue en el sentido de remarcar la curvatura de los radios e ir añadiendo algunos elementos que “aligeren” el peso de la estela, sobre todo en el caso de los modelos más grandes (modelos completos llamados “gigantes”), como con el rebaje de arquerías en el registro inferior. En algún momento inexacto parece que se añadieron en la cabecera de ciertas estelas el motivo ya referido en los modelos militares de las escuadras, así como otras variantes, que parecen evolucionar de éstas y de su asociación con bandas rebajadas (**Tabla 4**), las cuales parecen reforzar de forma esquemática la arquitectura simulada que configura toda la estela⁵³⁶. La presencia de todos esos motivos conformará el modelo más completo de este tipo de estelas en granito, construyendo un referente en consonancia con otros modelos de las regiones circundantes y comunes en su estructura con otros contextos del Imperio.

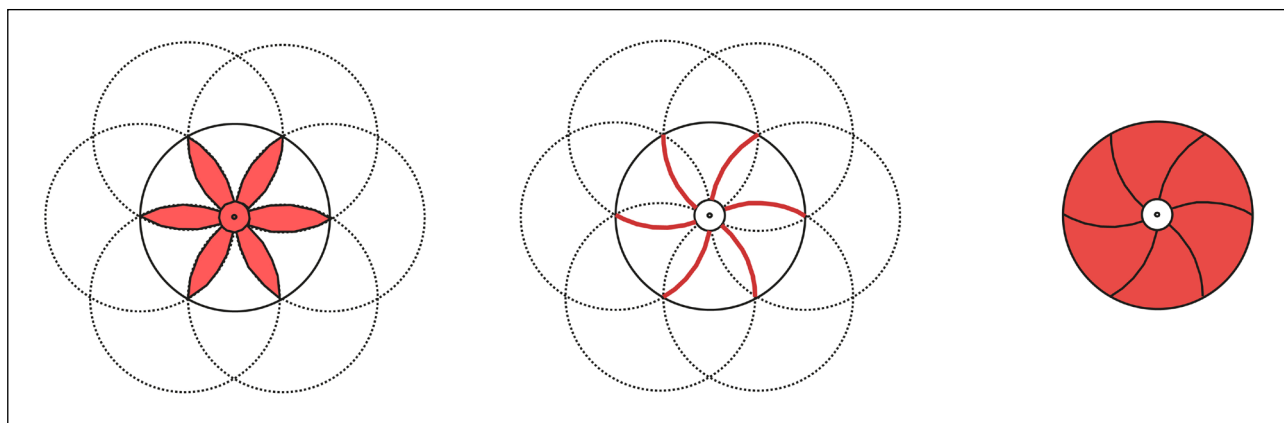


Fig. 25: Evolución del motivo de rosa hexapétala al de la rueda de seis radios curvos o rueda hexaradial.

Este conjunto es el más numeroso y lo componen aquellas estelas que acentúan el motivo de la rueda de radios curvos multiplicando su número, sin ningún patrón constante y en ambas direcciones, conservando siempre el botón central y profundizando la labor de bajo relieve hasta conseguir efectos de sombras muy marcadas, los cuales deben comprenderse dentro de su localización y orientación en el *espacio Funerario*

⁵³⁶ Como se simula en los modelos tardorrepublicanos itálicos, con frontón triangular y acróteras, simplificado en algunos conjuntos coloniales augusteos hispanos, como el *Emeritense* en granito tipo 1 (Edmondson, 2006).



-de lo que no podemos concluir nada por el momento-. El número que más abunda después del modelo hexaradial, es el de doce radios tanto en sentido dextrógiro⁵³⁷ como levógiro⁵³⁸. El resto de casos lo ocupan ruedas de cuatro⁵³⁹, cinco⁵⁴⁰, siete⁵⁴¹, ocho⁵⁴², nueve⁵⁴³, diez⁵⁴⁴ y once⁵⁴⁵ radios, estando muy por encima los casos en dirección levógira que dextrógira. La explicación más plausible puede que esté relacionada con la mano del *lapidista*, siendo la más abundante la dirección levógira⁵⁴⁶ por haber existido una mayoría de artesanos diestros frente a los zurdos que habrían tendido hacia un sentido dextrógiro⁵⁴⁷ (Fig. 27 y 28).



Fig. 26: Estelas funerarias hexaradiales procedentes de Zamora occidental: a. PO-05, b. VC-25 y c. VC-26. © Museo de Zamora y EST-AP.

537 PO-13; RA-02; VC-16, 33, 35, 39 y 45; SP-01 y 11.

538 MS-12; VC-01 y 17; VR-12 y SP-03.

539 PO-10.

540 PO-08.

541 GA-04; PO-12; VC-37 y 42.

542 FI-01; MH-02; VC-28, 36 y 48; VI-13; SP-12 y 14.

543 VC-12 y VR-04.

544 VC-32 y 44.

545 VC-29.

546 De 6: 21; de 7: 4; de 8: 8; de 9: 1; de 10: 2; de 11: 1 y de 12: 17.

547 De 6: 6; de 8: 2; de 9: 2 y de 12: 19

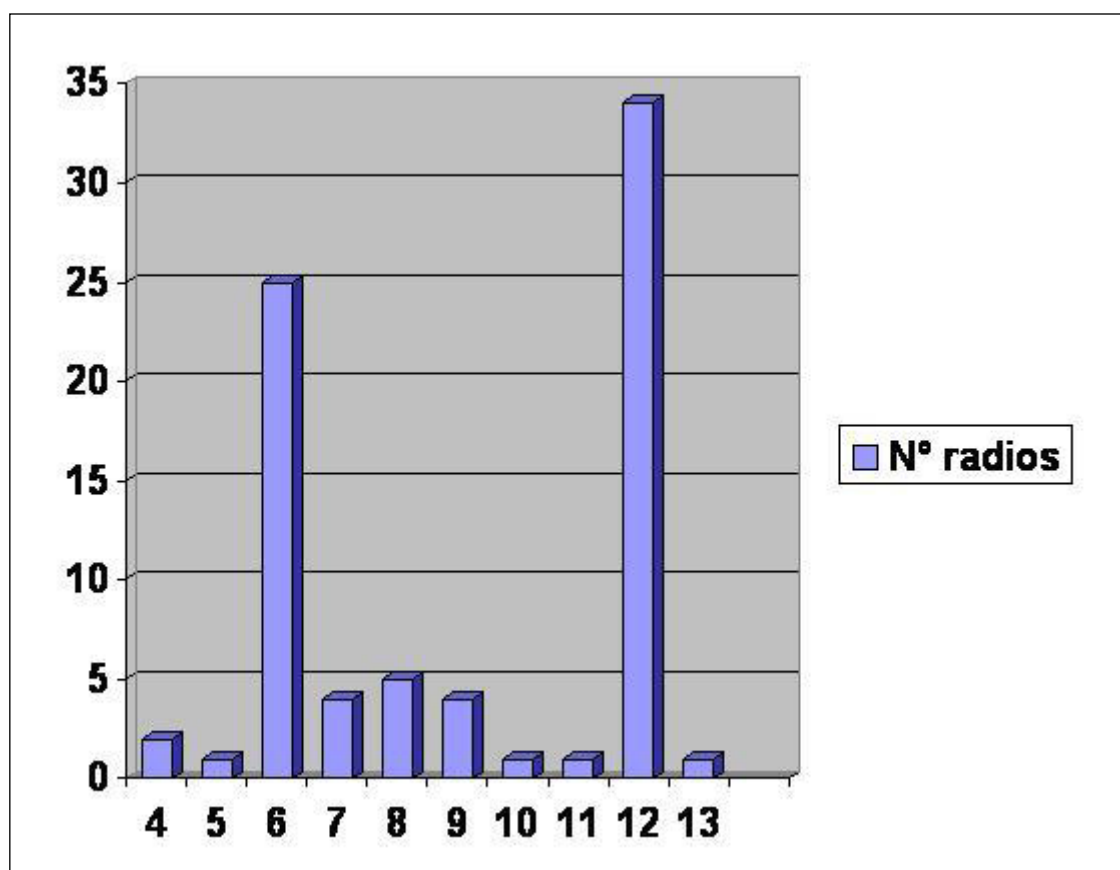


Fig. 27: Frecuencia del número de radios en las estelas del modelo completo de Zamora occidental.

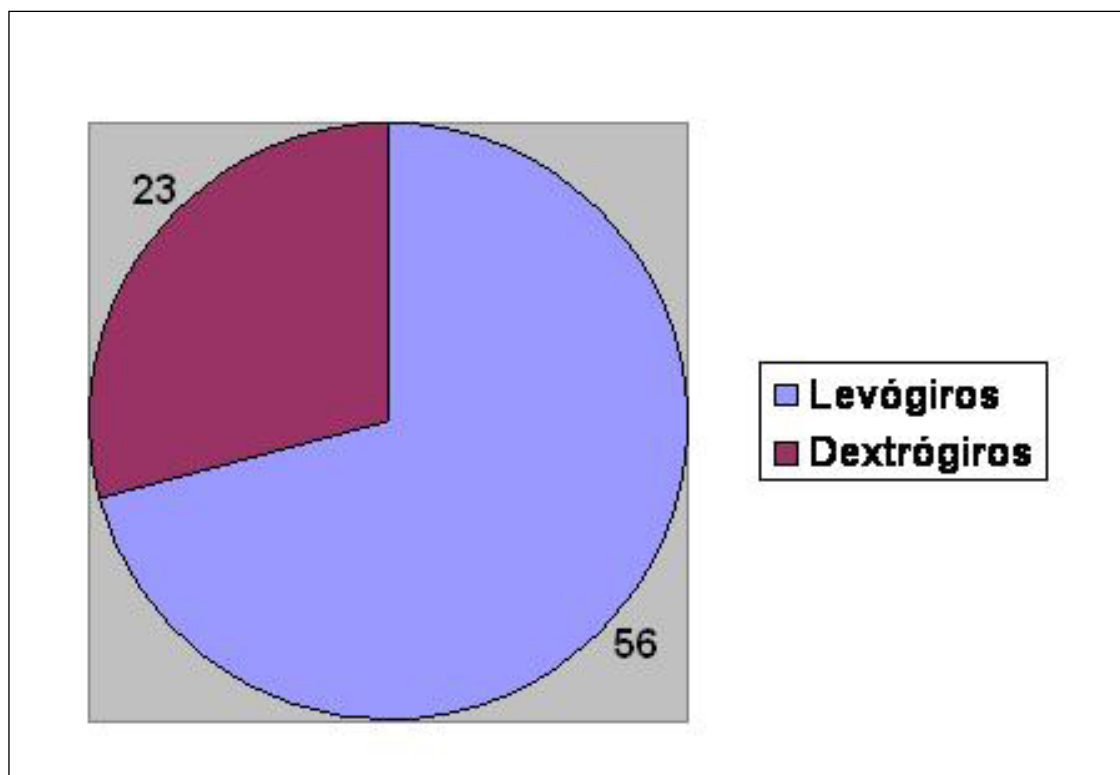


Fig. 28: Frecuencia de las direcciones de los radios de las estelas del modelo completo de Zamora occidental.










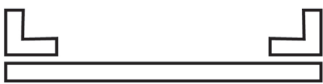







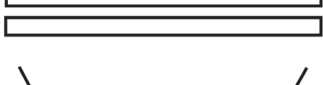



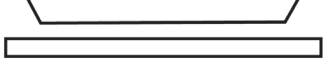


Bandas y proto-peanas	Escuadras	Mixtos
A1 	B1  	C1 
A2 	B2  	C2 
A3 	B3  	C3 
A4 	B4  	C4 
A5 	B5  	C4 
	B6  	

TABLA 4: Variantes de los motivos de banda, escuadras y mixtos.

El botón central de las ruedas de radios se conserva en casi todos los conjuntos, como en el de Villalcampo⁵⁴⁸, Villalazán-Madridanos-El Alba/*Albocela*⁵⁴⁹, Pino del Oro⁵⁵⁰, Villardiegua de la Ribera⁵⁵¹, Moral de Sayago⁵⁵², Fresnadillo de Sayago⁵⁵³, Fariza⁵⁵⁴, San Pedro de la Nave⁵⁵⁵, Castillo de Alba⁵⁵⁶ y Rabanales⁵⁵⁷ (**Fig. 29**). Estas estelas comparten todas ellas una calidad especial y un carácter muy homogéneo, que las hace ser las mejores representantes del modelo más completo y mejor labrado en granito fino del occidente zamorano. En este conjunto la falsa arquitectura se generaliza totalmente, se simplifican los capitales de los pilares que enmarcan la cartela epigráfica, e se introducen motivos como las arquerías y las escuadras y/o bandas y sus variantes. Ya hemos hecho alusión a uno de los casos más excepcionales, con un único arco semicircular y cartela sin encolumnar de Villalcampo⁵⁵⁸ o el de San Pedro de la Nave⁵⁵⁹. Los modelos más característicos corresponden a los más grandes y macizos, “estelas gigantes⁵⁶⁰”, que portan desde una única arcada sostenida por una

548 VC-16, 17, 19, 21, 22, 29, 31, 32, 33, 34, 35, 36?, 37, 39, 40?, 43, 44, 45, 48

549 MA-03? y VI-03, 04, 07, 12, 13.

550 PO-01 y 07?.

551 VR-14, 18 y 25.

552 MS-01, 02, 03, 07 y 20 A, B y C.

553 BR-01.

554 FA-01.

555 SP-03, 11, 12 y 14.

556 LO-02?.

557 RA-02.

558 VC-26.

559 SP-02.

560 Principalmente asociado para algunos casos de Villalcampo más completos que superan 1 mt de altura y 40-50



columna⁵⁶¹ hasta las series pares o impares, de arcos semicirculares o cuadrangulares⁵⁶², a diferencia de los característicos ultrasemicirculares o de herradura del área braganzana, que se exportarán posteriormente en el modelo en mármol. Contamos con ciertos casos como en Villalcampo⁵⁶³, Rabanales⁵⁶⁴ así como otro conocido únicamente a través de un dibujo de San Vitero⁵⁶⁵, que parece tener una arquería de herradura, aunque pensamos que pueden ser el resultado de profundizar en el detalle de los capiteles de las falsas columnas/pilares, aunque no excluimos la permeabilidad del modelo braganzano en zonas alistanas como Rabanales y San Vitero. Habitualmente se realzan unos almohadillados en los pies de los arcos de tal forma que inciden en la profundidad del vano, aunque suele ser de los fragmentos menos conservados por no contar con una iconografía llamativa tipo la ruda de ruedas o restos de inscirtura⁵⁶⁶. Por último, en algunos casos se decora el espacio que ocuparían la arquería con un aspa (VC-43), que quizás tuviera algún sentido arquitectónico en relación con los *ferrei forcipes*, característico enrejado de los recintos funerarios, que enfatizarían la estructura construida o recintada en la que se inscribe al difunto a imagen del lugar que ocuparía la estela en un *espacio* Funerario privado.

En este conjunto del modelo completo en granito se sigue reproduciendo el mismo esquema al que me he referido en las primeras estelas emuladas de los patrones militares: nombre único (dativo) + filiación (genitivo f.) + edad; con homologías en los tipos onomásticos y la estructura de nombre y filiación bien conocidos en documentos jurídicos como el primer pacto de los zoelas procedente de Astorga⁵⁶⁷. Hombres y mujeres aparecen representados como pertenecientes a la minoría peregrina de individuos libres no privilegiados reflejada a través de esta fórmula onomástica. La proporción generalizada viene a ser de 1:2, es decir, los individuos masculinos doblan su presencia respecto cm de anchura: VC-01, 12, 13, 15, 17, 19, 21, 31, 32, 33, 34, 39, 40, 43 y muy posiblemente los fragmentos de cabeceras y parte de las cartelas de VC-02, 04, 14, 16, 22, 24, 28, 29, 30, 35, 37, 38 y 44. Recientemente se ha encontrado un fragmento de cartela de estela en Villadepera en donde no se conocía resto epigráfico precedente y que correspondería con este modelo completo (VD-01).

561 Casos de Villalcampo en VC-12 y Gallegos del Campo, Figueruela de Arriba en FI-08.

562 Como p.e. en VC-41.

563 VC-52.

564 RA-11 y 15.

565 SV-01.

566 P.e. en MS-01, 02 y 07; VC-52; VR-25; o fragmentos como en PO-17. Esta tónica de reutilización moderna es contraria a la detectada en el relleno tardoantiguo de la muralla de Muelas del Pan, en donde abundan precisamente estos fragmentos a veces irreconocibles (*corpus* e.p.).

567 *Araus Ablecaeni, Turaius Clouti, Docius Elaesi, Magilo Clouti, Bodecius Burralli, Elaesus Clutami, Abienum Pentili* (CIL II 2633 (p 911, 1049)).



a la de las mujeres. A diferencia de algunos tópicos estrabonianos sobre la supervivencia de cierta importancia de la mujer en el Noroeste en la epigrafía (Tranoy, 1981: 367). Recientemente se ha negado cualquier síntoma de relevancia o superioridad, reflejándose claramente una filiación parentelar y una superioridad proporcional del hombre sobre la mujer, como se ha indicado para la epigrafía braganzana (Redentor, 2002: 221). Un punto importante aquí es la evolución onomástica peregrina a partir de nombres latinos, más presente entre los hombres que entre las mujeres, que parecen conservar un nombre más local y tal vez de origen indígena⁵⁶⁸. Estas características pueden ilustrarse a través del conjunto de Villalcampo, en el que entre las estelas más legibles que corresponden al modelo completo, se encuentran representados 16⁵⁶⁹ hombres frente a 9 mujeres⁵⁷⁰.



Fig. 29: Estelas del modelo completo procedentes de Zamora occidental: a. VC-31 y b. VR-25. © Museo de Zamora y EST-AP.

⁵⁶⁸ Hay casos de nombres peregrinos característicos de la zona como *Ambatus*, *Asturius*, *Reburus* o *Toutonus*, junto a un porcentaje mayor de nombres únicos derivados de *praenomina* y nomina latinos como *Caesius*, *Quintus*, *Sex(s) tus* y *Tiberinus* para el primer caso y *Domitius* y *Flavus* para el segundo. Entre las mujeres abundan los nombres locales como *Ableca*, *Ableganga*, *Caburia*, *Caelena*, *Iemuria*, *Pistira* o *Salicia*, frente a los que pueden tener alguna derivación latina como *Aunia* o *Venicia*.

⁵⁶⁹ 2 *Asturius*, 2 *Flav(v)us*, 1 *Ambatus*, 1 *Avelcus*, 1 *Caesius*, 1 *Domitius*, 1 *Furenus*, 1 *Mustarus*, 1 *Quintus*, 1 *Reburus*, 1 *Sexstus*, 1 *Talavus*, 1 *Tiberinus*, 1 *Toutonus*

⁵⁷⁰ 1 *Ableca*, 1 *Ableganga*, 1 *Aunia*, 1 *Caburia*, 1 *Caelena*, 1 *Iemuria*, 1 *Morila*, 1 *Pistira*, 1 *Salicia*, 1 *Venicia*



A este conjunto mayoritario de individuos representados en las estelas onomásticamente como peregrinos, se suman las primeras referencias a individuos que portan *trianomina* y se vinculan con *gentes* latinas. Es el caso del ya citado *P. Carisius Fronto* de Villacampo, tanto en su estela (VC-22) como en un altar como dedicante (VC-55). Es de destacar que a diferencia de sus demás convecinos, *Carisio Fronto* se hace inscribir sin filiación alguna, de la misma manera que otros casos también de Villacampo, como el de *M(arcus) Aelius Lupus?* (VC-55) o el liberto *Magilo* (VC-04), indicando bien su procedencia exógena o bien inaugurando un nuevo linaje sin referencia alguna peregrina, posiblemente como resultado de una promoción individual a un estatuto privilegiado. Se le suman a este conjunto al menos otros 6 casos de distintos individuos que presentan gentilicios latinos comunes como el de los *Silonii* (VC-41 y 42?), *Flavii* (VC-08) o *Domitti* (VC-24), así como otros inéditos más de lecturas más complejas. Es el caso de [...] *Rubidius Proculus* (VC-38), en una estela fragmentada con restos de arquería y de grandes dimensiones, que bien pudo pertenecer a este mismo grupo más privilegiado como exponente de una *gens Rubidia* o como reflejo de doble *cognomina*, lo cual no hace sino incidir en el carácter diversificado de la representación onomástica en este grupo que se resiste a concentrarse en “familias”, bien a través de gentilicios latinos o bien a través de filiaciones parentelares compartidas⁵⁷¹.

El conjunto más sobresaliente de familias latinas lo tenemos representado en el área de Villalazán-Madridanos, con dos casos de la *gens Valeria* (VI-20 y MA-05?), distintos miembros de la familia de los *Plexenae* (VI-01) y de los *Arcii* (VI-19), en estos dos últimos casos con la presencia anómala de dedicantes del tipo *uxori*. Además contamos con el conjunto más importante de libertos (MA-01; VI-02 y 03). Finalmente existen dos casos de placas a los que me he referido más arriba por su excepcional formato y adscripción a la tribu Quirina, lo que les delata como ciudadanos romanos. Se trata de la placa votiva al característico *Mentoviaco* en granito, reutilizada en Zamora capital pero posiblemente del conjunto de Villalazán-Madridanos, en donde se menciona a un *M(arcus) Atilius Silo* (ZAM-01 = *CIL* II 2697), y la de mármol recientemente publicada en la que se lee a un posible [...] *Ter]entius Iustus* (VI-06). De otra zona, posiblemente fronteriza entre las *civitates* propuestas, en el entorno del Esla y la desembocadura del Aliste, se conocen dos referencias a la misma *gens Domitia*: *Caius Domitius* de Manzanal del Barco (MZ-01) y *Q. Domitius*, reutilizado

571 Más difícil de desentrañar por el estado de la inscripción el caso de la posible *Aia Icrā[n]a?* (VC-07), aunque podría formar parte de este grupo de individuos que ostenta una onomástica distinta a la peregrina.



en San Pedro de la Nave (SP-02). En ningún caso parece que los *Domiti* tengan una especial representación ni en el área zamorana ni en la vecina zona portuguesa, sólo haciendo presencia en el conjunto epigráfico más tardío tanto en Saldanha, Mogadouro (SAL-08) como en Pino del Oro (PO-06), pero para entonces ya no tendrían nada que ver con estas relaciones de poder de la primera centuria. Propiamente del valle del Aliste, en Flores, se conoce otra estela en granito a través de un dibujo antiguo de una dedicatoria de una esclava a su señora Aelia Sabina (GA-03). En el área sayaguesa sólo contamos con un fragmento muy dañado en donde parece leerse *Aurelius Faustinus*, en Escuadro (AL-03), mientras que en Moral de Sayago tenemos contancia de un esclavo de una tal *Albucia* (MS-10). El tema de la pertenencia de esclavos y de su manumisión como libertos, presentes en Villalcampo y sobre todo en Villalazán-Madridanos, habría supuesto un importante añadido al estatuto del individuo en este tipo de ámbitos eminentemente perergrinos, posiblemente unido a su promoción como ciudadano⁵⁷².

Estos conjuntos del área zamorano occidental deben de insertarse plenamente en la primera centuria, sin extenderse más allá de finales de la misma (Beltrán y Alonso, 2010; Beltrán, Romero y Alonso, 2013). La mayoría de los autores, como ya he señalado, habían optado por un inicio de la producción epigráfico en el último cuarto del s. I d. C., justo cuando, desde nuestro análisis en el área zamorana occidental, la epigrafía cae en picado. Ya Sastre llamó la atención sobre una tendencia contraria a la habitual constatada en la epigrafía imperial (Sastre, 2002a: 49), en la que el aumento generalizado se producía precisamente a partir de la segunda centuria (Mrozek, 1973). Nuestro principal argumento lo constituye la ausencia de la fórmula de la *ad precatio* a los dioses Manes, cuya difusión en ámbito hispánico es ampliamente reconocida desde principios del s. II d. C., y cuya representación más extendida es a través de la difusión del *DM*. En lo que se refiere al área zamorana suroccidental, tras un análisis detallado de las piezas conocidas hasta hoy, podemos afirmar la descompensación entre las estelas que portan dicha fórmula y las que carecen de ella, siendo estas últimas las absolutas protagonistas⁵⁷³. Habría que explicar el por qué de este aislamiento a pesar de

572 Ya que desconocemos cualquier legislación peregrina respecto a la tenencia de esclavos y la onomástica no permite concluir nada puesto que se cita bien el *praenomen* bien el *cognomen* del patrón, tomando en el caso del liberto el gentilicio de su ex-familia propietaria

573 A veces, incluso, se fuerza la introducción del *D(is) M(anibus)* de una manera injustificada, ya que iconográficamente nada impediría su pertenencia al grupo de las estelas en granito más completas en pleno s. I. Es el caso de una estela fragmentada de El Alba, Villalazán, con tria nomina: [*D(is) M(anibus)S(acrum)*] / - - - - -/[- - -C]a[b/ur]anci · f(iliae) /an(norum) · L · Arco · Bet/uni · uxso/ri (VI-19).



limitar con áreas como las cuencas salmantinas del Huebra y Yeltes, cuyos conjuntos epigráficos portan con mayor asiduidad la intitulatura del *DM* a partir de un indeterminado s. II d. C. en casos como el de Hinojosa de Duero (*ERHiDu*). Como hemos visto, la tradicional posposición cronológica de estos conjuntos epigráficos ha hecho perder de vista algunos de los elementos de datación relativa más básicos como son la ausencia del *DM*, que en este caso del occidente zamorano nos indican una clara fecha *ante quem* durante la primera centuria.

Es cierto que en un caso paradigmático como es Moral de Sayago contamos aparentemente con un número equivalente de estelas en granito con y sin *DM* (con *DM* en MS-14, 15, 16 -única con dibujo-, 17 y 18)⁵⁷⁴. Decimos aparente porque se trata de estelas irrecuperables de las que sólo se conocen las referencias antiguas (Garnacho, 1878; Abásolo, 2010). La falta en el territorio de un conjunto de estelas con *DM*, a excepción de los casos de estelas bísomas que veremos a continuación y las trísomas tardías que abordaremos en el siguiente párrafo, nos llevan a plantear que se *trataran* bien de casos bísomos fragmentados e incluso que iconográficamente perteneciesen a modelos más tardíos como las trísomas, de las que hablaremos más abajo. La presencia de pequeñas estelas fragmentadas bísomas con *DM* + nombre único (dativo/nominativo) + edad, la tenemos atestiguada en casos como el inédito de Tudera en donde todo parece remitir a una única pequeña estela bísoma (FA-02 y FA-03).

Los casos de estelas bísomas (**Fig. 30**) suponen una práctica que debió surgir sincrónicamente a los modelos más completos pero que, sin embargo, se diferencian de ellos tanto en tamaño como en calidad. El argumento principal lo conforma un conjunto muy particular que, o no presenta la *adprecatio* a los Manes, o son casos anepígrafos. Una concentración muy especial se desarrollará en la comarca zamorana de Sayago, en lugares hasta ahora no representados epigráficamente. El conjunto de Escuadro, Almeida de Sayago, presenta gran interés, pues toda su representación epigráfica la componen estelas bísomas (AL-04, 05 y 06⁵⁷⁵). Sus características morfológicas tienen cierta tendencia a la hiper-curvatura de los radios, la presencia de cartelas rehundidas sin encolumnados y en el único caso completo (AL-04), arcos dobles semicirculares excéntricos, bajo cada rueda de radios.

574 *D(is) M(anibus) S(acrum) Clo(u)t(in)a e M/[a]gil[oni]/s [f(ilia)] [a]n(norum) XXXV* (MS-14); *D(is) M(anibus) Cunisiae/ Ciese/ri f(ilia) an(norum) LVII* (MS-15); a) *D(is) M(anibus) S(acrum) /Veteu/lenus /an(norum) XII* b) *D(is) M(anibus) S(acrum) /Feli/cula /an(norum) XX/VII* (MS-16); *D(is) M(anibus) S(acrum) /Mes/si(a)e/ f(ilia) an(norum) / XV* (MS-17); *D(is) M(anibus) S(acrum) [---]* (MS-18); *D(is) M(anibus) S(acrum) / Martiae / an(norum) LX* (MS-19 = MA-04).

575 a) *O / [- - - - -]/ an(norum) LX* b) *Casie/nae R/eburi / f(iliae) an(norum) XL* (AL-04); anepígrafa (AL-05); posible fragmento de bísoma (AL-06).



Las estelas bísomas propiamente con *DM*, se concentran igualmente en Sayago, con continuidad en Escuadro (AL-02⁵⁷⁶), así como otros pequeños conjuntos de uno o dos ejemplos como el de Villalazán, Fresnadillo de Sayago (BR-02⁵⁷⁷), Tudera, Fariza (FA-02 y 03⁵⁷⁸) o Arcillo, Pereruela⁵⁷⁹. De todas ellas, sólo en Fresnadillo se contaba con un modelo completo en granito (BR-01). En el caso del ejemplar bísomo encontramos que se reproduce el modelo de estelas en granito completo duplicado: ruedas de radios molduradas, escuadras unidas con brazos, cartelas encolumnadas y dobles arcos semicirculares. La de Arcillo reproduce un modelo muy similar al de la bísoma de Fresnadillo, mientras que la de Tudera responde a un esquema más simplificado, pequeño, sin molduras y con simples ruedas de radios hipercurvados y cartelas rebajadas, sin arquería ni motivo de escuadra y/o banda de ningún tipo. Este esquema lo vemos en otros ejemplos en conjuntos muy consolidados en granito como en Moral de Sayago (MS-19 = MA-04), Muelas del Pan (MU-04) o Villalazán (VI-24). Al conjunto de Muelas pertenecen también otras estelas bísomas más complejas, con escuadras pareadas y banda única (MU-06) y de gran altura y posibles cartelas encolumnadas y arquerías (MU-13). En Villalcampo contamos con un único caso de estela bísoma en granito muy similar a uno de Muelas (MU-06), con banda única y cartelas simplemente rebajadas (VC-55). En un único caso que se conoce por un dibujo antiguo del conjunto de Moral de Sayago (MS-16), contamos con un modelo similar al de Escuadro sin *DM* (AL-04), con arcos bajo las ruedas de radios con el añadido de que en este dibujo se añaden arquerías cuadrangulares también en su lugar común bajo las cartelas inscritas. Este mismo modelo lo reproduce una estela bísoma ilegible de Villalazán con la excepcionalidad de incluir, en uno de los espacios remarcados bajo las ruedas de radios, una posible figura humana togada y en acto oferente (VI-23). Por último, de Samir de los Caños procede una pequeña estela muy desgastada -tal vez pueda leerse un *DM*- con cartela encolumnada muy esquemática que pensamos puede tratarse del fragmento de una bísoma (SM-01).

Por último, uno de los elementos que se han considerado intrínsecos al estilo Picote y por extensión de la epigrafía trasmontana-zamorana occidental como zoela, es el de la representación de zoomorfos. Tanto es así, que su presencia en una estela de León, en fila de tres, asociada a

576 *D(is) M(anibus) / Licinie / Licini / [f(iliae)] an(norum) XX / [- -]* (AL-02).

577 a) *DM(S) / Flavi / [ae]. Fla(VII) / [f(iliae)]. An(norum) [LX] //* b) *DMS / Rebu / [rine]. / [Reb(urini). F(iliae)] an(norum). L* (BR-02).

578 *DMS / Vita / ni san(norum) XL* (FA-02); *DMS / Nati / us / an(norum) X* (FA-03).

579 *[DM] / Efre / f(ilio) an(norum) L* (PE-01).



Fig. 30: Estelas bísomas en granito de Zamora occidental: arriba BR-02 y abajo VC-57. © Museo de Zamora y *EST-AP*.



una rueda de radios curvos sobre peana por cada animal, ha sido una característica suficiente para remitir al origen zoela de la familia representada (*ERPL* 199; Le Roux, 1982: 223-35). Recientemente han sido analizados todos los casos tanto del área *Transmontana* como zamorana (Redentor, 2003), y se ha demostrado que pertenecen en su gran mayoría a los casos que integran propiamente el “estilo Picote”, es decir los modelos en mármol de brecha que analizaremos en el siguiente capítulo y que hacemos corresponder con un periodo posterior a finales del s. I d. C. y a lo largo de la segunda centuria. La posición del zoomorfo suele ser intermedia bajo el espacio epigráfico y, cuando existe, sobre la arquería inferior. A veces están aislados como dentro de un espacio construido, con el mismo recurso que para el campo epigráfico encolumnado. Sin embargo, algunas excepciones sitúan a los animales representados en el interior del propio campo epigráfico o en el de la propia cabecera, compartiendo en unos casos su procedencia braganzana (Castro de Avelães, Sacoias, Grijo de parada y Pinhovelo) o zamorana (Villalcampo, Muelas del Pan y Rabanales) (2003: 167), nunca del área mirandesa y siempre en granito o esquisto lo que sin embargo no sirve para cuestionarse al autor.

Respecto a la representación de zoomorfos son, tanto en el área zamorana como en la braganzana (así como en otras como la *Baniense*, caso de Corgas, Adeganha, Torre de Moncorvo = *AE* 1985, 576), auténticas excepciones aisladas que no tienen continuidad. Estos modelos que presentan a los zoomorfos de manera excéntrica, representan la asunción de un símbolo posiblemente exportado posteriormente al momento de mayor auge de la epigrafía en granito, tal y como lo demuestra la presencia de la *adprecatio* a los Manes asociadas a ellos (de Villalcampo, en VC-49), así como su presencia en modelos bísomos en esquisto (de Grijo de parada: Redentor, 2002: nº 76). Sin embargo, otros casos presentan modelos más tempranos del motivo del zoomorfo, plenamente integrado en el modelo completo sin ocupar todavía un espacio reservado para él. Son los casos de Rabanales, en donde el texto de la cartela encolumnada se adapta a la figura de un posible cévido que mira hacia la derecha (RA-02), de la misma manera que en uno de los casos inéditos de Muelas del Pan (MU-20). El resto de los casos o son anepígrafos, como en otro caso inédito de Muelas del Pan (MU-21) o en uno zamorano de origen desconocido (ZA-02), o son parte del conjunto braganzano pero con ciertas particularidades⁵⁸⁰. El hecho de que contemos con la representación de zoomorfos en un espacio

⁵⁸⁰ Todos los casos tienen un espacio rebajado para albergar al zoomorfo y parecen tener formularios característicos desde mediados del s. I d. C. (HS, *STTL*), presentando los más completos su ausencia del *DM* (Castro de Avelãs, Redentor,



intercolumnado autónomo en los primeros ejemplos de estelas en mármol desde finales del s. I d. C., nos hace plantear que sea a partir de esas producciones mirandesas desde donde se extienda, brevemente y *sui generis*, dicha costumbre entre los conjuntos en granito zamoranos occidentales y braganzanos. Sobre los casos de zoomorfos exentos o “verracos”, símbolos tradicionalmente de un sustrato prerromano y asociados con los difuntos honrados (Redentor, 2003: 171, 175), volveré algo más extensamente a continuación en relación con el conjunto de estelas derivado de los modelos en granito pero elaborados en el mármol de brecha del área de Miranda do Douro.

12.2.2.3. La génesis de las estelas en mármol de Santo Adrião (finales del siglo I d. C.-II d. C.)

De manera sincrónica al momento de máxima difusión de las producciones del modelo completo en granito, se detectan una serie de monumentos, en forma de cipos-pedestales, asociados a ciertos núcleos de la altiplanicie mirandesa (Aldeia Nova, Duas Igrejas, Picote, Malhadas, Cercio, entre otros), con la particularidad de tratarse en la mayor parte de ellos de individuos vinculados a gentilicios latinos con dedicaciones expresas de miembros de su familia (**Fig. 31**). A su vez estos monumentos se vinculan con los primeros modelos de *stelae* en mármol (propiamente “tipo Picote”), iconográficamente evolucionados a partir de las producciones en granito principalmente del área zamorana occidental. Frente a la masiva presencia de grupos de poder peregrinos en los conjuntos en granito entre los que se camuflan algunos individuos posiblemente promocionados socialmente (en algunos de los principales conjuntos como el de Villalazán y el de Villalcampo entre otros), en el área mirandesa se representarán a través de la epigrafía funeraria principalmente familias gentilicias latinas, marcando una distancia social importante que parece excluir mutuamente los respectivos territorios. El territorio alitano meridional y sayagués por un lado así como el ámbito braganzano parecen quedar apartados del todo de las producciones de cipos-pedestales y estelas en mármol, de la misma forma que de las representaciones familiares detectadas onomásticamente, las cuales, sin embargo, encuentran su salida natural al campo alitano septentrional, posiblemente como parte del desarrollo geo-histórico de más de una *civitas* en el área astur meridional.

2003: nº 3; Pinhovel, Redentor, 2003: nº 2). Se tratan de ejemplos con ciertas particularidades, como presentar un atípico aviforme asociado a un motivo de rosa hexapétala (Castro de Avelães) o el situarse en un espacio superior inmediatamente por debajo de una supuesta reconstruida estela con caracteres antropomorfos (Pinhovel).



Este conjunto singular de sólidos bloques paralelepípedos con función de monumentos funerarios y/u honoríficos a modo de cipos-pedestales⁵⁸¹ junto con las primeras estelas en mármol a las que me referiré a continuación, deben entenderse como sincrónicos al modelo completo de estelas en granito que he descrito más arriba. Su identificación como tales ha pasado desapercibida en los estudios epigráficos, los cuales parecen haber asumido una tipología de estelas generalizada para cualquier epígrafe o se incluyen como excepciones a la norma general de las estelas de mármol de brecha de Santo Adrião (Navarro, 1998). Es cierto también, que sin una comprobación *in situ* en los diversos lugares donde están depositadas las piezas y, en este caso los cipos-pedestales, las noticias escritas que se pueden obtener resultan contradictorias e inexactas⁵⁸².

El conjunto de cipos-pedestales lo conforman hasta ahora doce ejemplares repartidos entre Duas Igrejas (DI-05, 11, 12, 13 y 18), Picote (PI-05, 06 y 14) Malhadas (MAL-06) y São João-Aldeia Nova (ALD-04, 06 y 16), todos ellos en Miranda do Douro. Morfológicamente son bloques paralelepípedos a modo de monolitos que excepcionalmente, se configuran como placa enmarcada (caso de ALD-04) o incluyen un frente de *cornua* a modo de *ara* funeraria (caso de DI-13). Dicho modelo lo encontramos desarrollado en conjuntos bien conocidos como el de ámbito lusitano de la *civitas Igaeditanorum* en la portuguesa Beira interior⁵⁸³. Lo más interesante del caso mirandés son sus referencias a gentilicios latinos (*gentes Silvia, Valeria, Annia, Antonia, Aemilia*, entre otras), reflejados en la forma de *duanomina* y *trianomina* así como a través del *cognomen* por el que se hacían conocer. La pertenencia a familias latinas es novedosa en este área y coincide con la presencia de los primeros individuos detectados entre el conjunto en granito de elite peregrina del área zamorana occidental. La ausencia generalizada de abreviaturas en los gentilicios y, principalmente la ausencia de los *DM*, nos sitúan a finales del s. I d. C. y tal vez en las primeras décadas del s. II d. C., si a *DM* itimos algunas dataciones relativas expuestas. El hecho más interesante constatado en este caso es la recurrencia de las *gentes* y sus posibles interrelaciones, teniendo la posibilidad de vincular algunos ejemplares a través de la

581 El concepto de cipos-pedestales hace alusión a una morfología que se distancia de la de las *stelae* en tanto en cuanto son simples bloques paralelepípedos con una ambigua funcionalidad tanto funeraria como honorífica (principalmente en aquellos en los que no se menciona la edad) y cuya localización debe suponerse en algún espacio público para tal fin, del que no excluimos sea la propia necrópolis local.

582 Sobre el conjunto de Duas Igrejas conocido hasta entonces (4 piezas), el Abada do Baçal informa sobre una publicación en la Revista Arqueológica en 1887 y se recogen como asépticas “lápides” (Alves, 2000: t. IX, 190) incluyéndose una pieza más, ésta propiamente una estela, que documentó Vasconcelos (1989 [1913]: 417).

583 Los cipos corresponden a un 3,3% del total del conjunto epigráfico y son interpretados como resultado de una “aculturación plena a nivel estético” en donde están presentes indígenas, *duanomina* y liberto (Ferreira, 2004: 38-41).



Fig. 31: Cípos-pedestales de Trás-os-Montes oriental: a. DI-11, b. DI-19, c. DI-24, d. PI-05 y e. PI-06. © EST-AP.





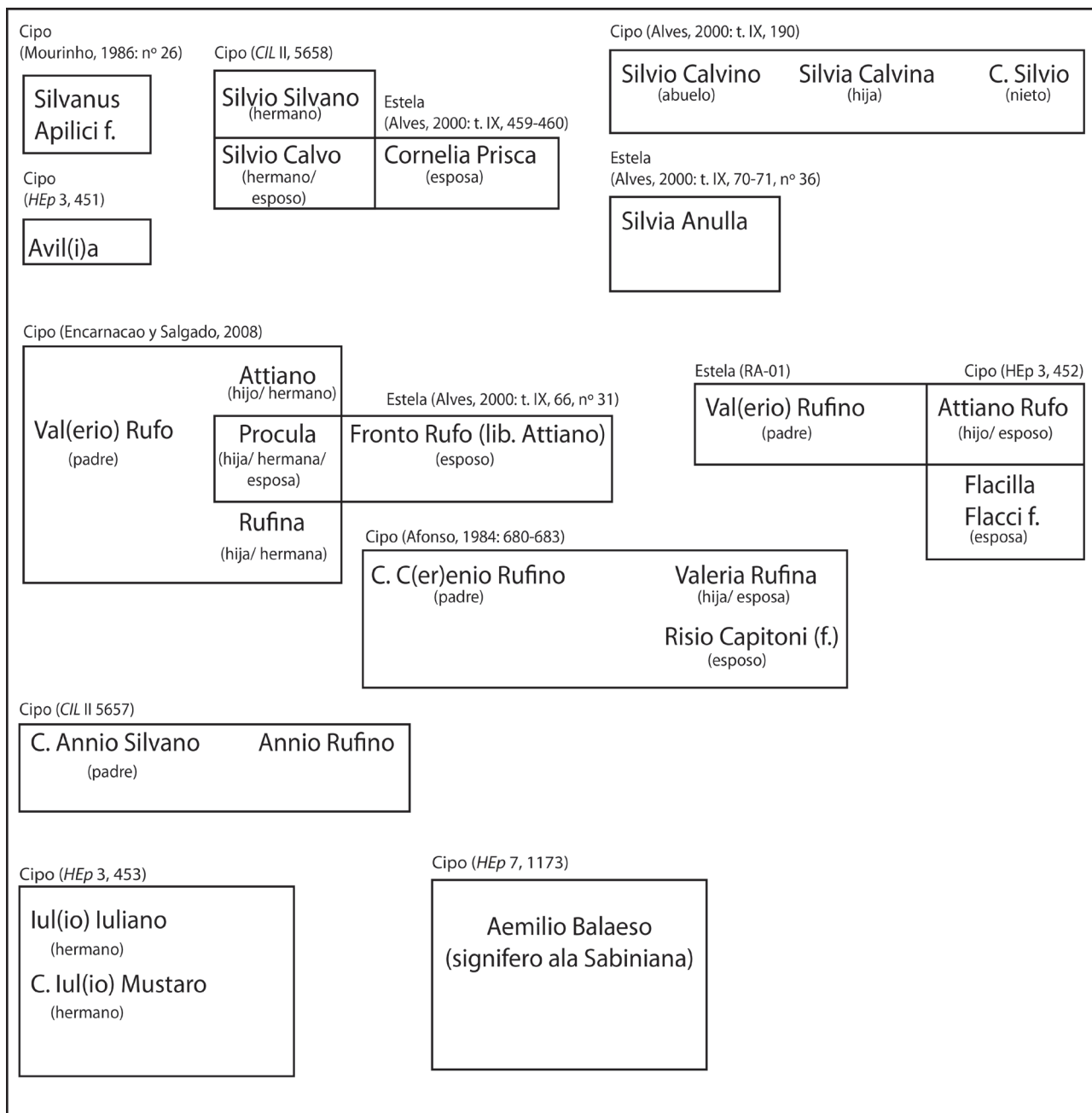
onomástica, tanto de los cipos-pedestales como de las primeras estelas elaboradas en mármol local de brecha de Santo Adrião (**Tabla 5**).

A la par de este conjunto epigráfico de los cipos-pedestales se desarrolla la que parece ser la primera epigrafía en un mármol local. Por un lado tenemos un conjunto que está vinculado a las *gentes* representadas en los cipos-pedestales y por otro aparecen otros individuos. El primero lo conforman los casos de las estelas de *Silvia Anulla* y la de *Fronto*, liberto de (*Valerius*) *Rufo Atianus* de Picote (PI-14 y 19 respectivamente), así como la del posible antecesor de éste, *Val(erius) Rufinus* en Rabanales de Aliste (RA-01) (**Fig. 32**). A estos casos se les deben sumar otros que iconográficamente comparten un mismo modelo, pero que se caracterizan por su onomástica peregrina y que se reparten en Picote (PI-16 y 17), Palaçoulo (PA-03), Cércio (CE-01) y otros fragmentados e ilegibles que podríamos adscribir a este momento, como los dos fragmentos de Angueira (AN-01 y 02). Todas estas piezas tienen en común el representar el modelo precedente en granito sin la fórmula del *D(is) M(anibus)*, lo que nos hace datarlas entre finales del s. I y principios del s. II d. C. Todas ellas desarrollan el modelo de la rueda de radios curvos pero con algunos añadidos importantes, como el que se circunde dicha rueda por esferas que parecen rodearla por completo. En la base de la cabecera parece que las características escuadras de otros modelos se funden como basas de columnas-pilares que rodean al diseño, como si fuera una bóveda cubierta (¿bóveda celeste?). Además se marca lo que se ha venido denominando el motivo de peana, sobre la que se apoya la rueda de radios como si de un altar astral se tratase⁵⁸⁴ y sobre el que algunos han enfatizado su morfología antropomórfica (Abásolo y García Rozas, 2006: 163). A su vez, se conserva intacto el modelo de encolumnado del campo epigráfico, duplicándose a veces, para albergar la figura de un zoomorfo como en un caso de Picote (PI-14). Por último, se selecciona para el registro inferior el tipo de arcos, normalmente en sucesión de tres, ultrasemicirculares o de herradura. Estos arcos ultrasemicirculares son característicos en las estelas braganzanas (comúnmente en granito pero también en talco, calcarea y esquisto) y los modelos completos en granito de la misma área mirandesa, pero asociados característicamente con la fórmula de *DM* y por tanto no anteriores al s. II d. C., tal y como los caracterizó Redentor en su tipo IV (Redentor, 2002: 201; p.e. nº 66, XVIII, 69). Sin embargo un estudio atento de los datos presentados muestra otros ejemplos que representan

584 Sobre este aspecto ya se propuso que podría tratarse de la figuración de algún objeto que se adorase por los fieles en las ceremonias (Cumont, 1966: 22; García y Bellido, 1949: 33) y que podría verse representado asociado a las “escuadras” como pirámide en relación con recientes lunares, astros y brotares vegetales (como en los casos leones *ERPL* 102, 107 y 237).



TABLA 5: Cipos-pedestales y estelas de mármol de Santo Adrião con propuesta de relación parentelar entre los individuos representados en ellos.





un mismo modelo sin *DM* (Redentor, 2002: nº 26, 28 y 29). Ninguna de las estelas braganzanas con arcos ultrasemicirculares sin *DM* poseen siquiera una incipiente peana, sobre la que se apoye la rueda de radios curvos característica. En su lugar se desarrollan las escuadras que enmarcan la cabecera superior de las estelas y a veces, característicamente de esta área, se representa el tema de los tridentes⁵⁸⁵. Este modelo con arcos ultrasemicirculares, como hemos visto en el anterior capítulo, está prácticamente ausente en el occidente zamorano⁵⁸⁶, correspondiendo con la misma ausencia de peanas y de la fórmula del *DM* que se circunscribe a ejemplos tardíos de estelas trísomas en mármol, como señalaré más abajo. Sin embargo en un momento precedente a la generalización del modelo iconográfico en mármol, contamos con arcos de herradura en granito con peanas incipientes en Aldeia Nova⁵⁸⁷ o con idéntica iconografía a la de las estelas marmóreas pero en granito (de Atenor, AT-02), o en calcárea o mármol calizo (de Duas Igrejas, DI-10 o de Saldanha, SAL-04) (**MAPA 5c**).

Por su parte el nuevo material de prestigio tenía su principal cantera de mármol y alabastro en las llamadas Cuevas de Santo Adrião en Caçarelhos, Vimioso⁵⁸⁸. Existen otras canteras abandonadas del característico mármol grisáceo y *alabastrino* o alabastro de Vimioso en Silva (Miranda do Douro)⁵⁸⁹. El terreno limítrofe entre Vimioso y Miranda se denomina Monte de Ferreiros y desde antiguo se conoce material romano recuperado propiamente en él (Delgado, 1887; Lemos, 1993: Ib: 361). Hoy en día se conocen algunas piezas⁵⁹⁰ romanas encontradas en las minas del terreno limítrofe que se conoce como Monte de Ferreiros. Además de la cabecera de estela de mármol descontextualizada en el entorno de la mina, el conjunto epigráfico más cercano de su lugar de producción sería el de Angueria⁵⁹¹ (con 2 fragmentos de cabecera y uno de un pie), a menos de 7 kilómetros en línea recta que sin embargo, está

585 Asociado a la cabecera de la nº 80, por debajo del campo epigráfico en la nº 82 y encima y debajo repetido cuatro veces en la nº 28. Sólo en el caso de la nº 21 se representa sobre un creciente que substituye a la rueda de radios en la cabecera (Redentor, 2002: 24).

586 Sólo dos casos aislados: [...]/rae Tv/rai F(ilia) an(norum) L, de Villalcampo en VC-53; y en Muelas del Pan en la que podría ser una bísoma fragmentada (ilegible e inédita).

587 Con peana incipiente en ALD-01; fragmentada con arcos ultrasemicirculares en Mourinho, 1987: nº 35 y casi completa con peana incipiente y arcos ultrasemicirculares en inédita e ilegible del Museo de Miranda.

588 Al ser un conjunto de grutas de origen calcáreo con las características estalagmitas y estalactitas en las que se explotó hasta época reciente mármol y alabastro, hizo que fuera indicado desde antiguo (Delgado, 1887).

589 Estos yacimientos de afloramientos de mármol y de alabastro de Vimioso-Santo Adrião, están constituidos por masas lenticulares intercaladas en esquistos Silúricos y fueron metamorfoseados por la intrusión granítica de Caçarelhos durante la edad Ordovícica Superior. Base de Datos do Catálogo de Rochas Ornamentais Portuguesas do IGM.

590 Se trata de algún Instrumento como un pico de minero y una cabecera de estela marmórea de rueda de radios curvos, depositados en el Museo do Instituto Geológico e Mineiro de Lisboa (Braz y Lemos, e.p.: Fig. 11 y 12)

591 AN-01 y 02.

muy por debajo de los grandes conjuntos en mármol como el de Duas Igrejas⁵⁹², a menos de 10 km, u otros como Picote⁵⁹³ (Miranda do Douro) y Saldanha⁵⁹⁴ (Mogadouro). En la línea de los ejemplos de Angueria contamos con otros casos como el de Santulhão (Vimioso)⁵⁹⁵, Malhadas⁵⁹⁶, Palaçoulo⁵⁹⁷, Cércio,⁵⁹⁸ Atenor⁵⁹⁹ (Miranda do Douro), Valcerto⁶⁰⁰, Castelo de Oleiros, entre Urrós y Bemposta⁶⁰¹, Algosinho⁶⁰² o Vilar do Sinos⁶⁰³ (Mogadouro), entre otras.



Fig. 32: Estelas de mármore de Santo Adrião: a. RA-01 y b. PI-14. © Hispania Epigraphica on line y EST-AP.

592 DI-03, 06, 07 (bísoma), 10, 15 y 16.

593 PI-01, 02, 07 y 35 (bísoma).

594 SAL-01 (bísoma), 04, 05 y 07.

595 SAN-01.

596 MAL-09 y 14.

597 PA-01 y 02.

598 CE-02 (bísoma).

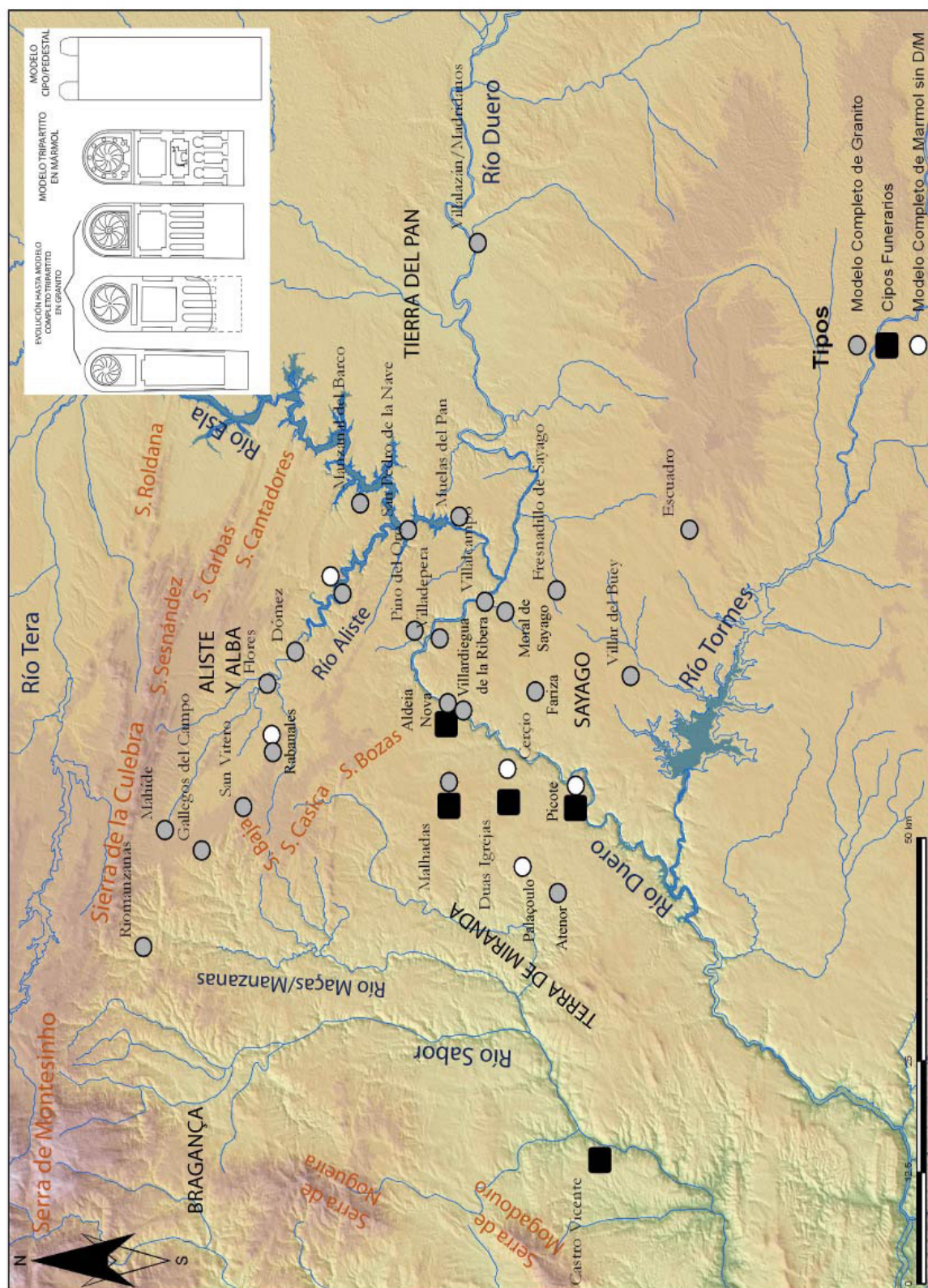
599 AT-01 (bísoma), 03, 04 (bísoma) y 05 (bísoma).

600 VAL-01.

601 BEM-01.

602 ALG-01.

603 VIL-01 (bísoma).





En todos ellos hay dos características que se generalizan: por un lado, la paulatina costumbre de emparejar *Epitafios* en estelas bísomas⁶⁰⁴ y por otro, la presencia de un registro reservado a la representación típicamente zoomórfica, tanto en estelas únicas⁶⁰⁵ como bísomas⁶⁰⁶, y con algún caso de antropomorfo⁶⁰⁷ (**Fig. 33**). Como decía más arriba en referencia a la introducción de los zoomorfos, su aparición debió estar íntimamente relacionada con la emergencia de las familias mirandesas, estando presente en uno de esos modelos más antiguos sin *DM*, de finales del s. I d. C., en el caso del toro en la estela dedicada a *Silvia Anulla* procedente de Picote (PI-19). Algo ineludible a la hora de tratar sobre las representaciones de animales en las estelas funerarias son los zoomorfos exentos, conocidos comúnmente como verracos o *berroes*. En nuestra área trasmontana-zamorana occidental contamos con tres inscritos (de Villalcampo, en VC-51 y de Muelas de Pan, en MU-07) y catorce, hasta ahora, anepígrafos (cuatro de Villalcampo, cuatro de Villardiegua de la Ribera, uno de Fariza, uno de Pino del Oro, uno de San Vitero, uno de Sejas de Aliste, dos de Picote y uno de Duas Igrejas (Álvarez Sanchís, 2003: 370-373), otros casos podrían existir en Moral de Sayago⁶⁰⁸ así como los casos inéditos de Muelas del Pan⁶⁰⁹). Ya Leite de Vasconcelos, apuntó un presumible carácter totémico de los verracos como monumentos *sepulcrais proto-históricos* (Vasconcelos, 1989 [1913]: 36-43), concibiendo a su vez la iconografía zoomórfica de las estelas funerarias como una traducción en forma romana de creencias pre-romanas (1989 [1913]: 443). La cronología prerromana de los verracos es un tema muy controvertido que se encuentra tras la propuesta de Álvarez Sanchís que otorga sólo a los verracos de tamaño menor (y en su mayoría con inscripción), una cronología romana altoimperial (Álvarez Sanchís, 1999: 268-72, 24, 276), en un momento de *stand by*. Redentor en su análisis, retoma la idea

604 De San Mamed, Rábano de Aliste, en RB-04; de Picote, en PI-09; de Atenor, en AT-01, 04, 05; de Cércio, en CE-02; de Duas Igrejas, en DI-07; de Saldanha, en SAL-01 y de Vilar dos Sinos, en VIL-01.

605 De Atenor en Mourinho, 1986: nº 14; de Duas Igrejas en Mourinho, 1986: nº 22; de Saldanha en Mourinho, 1987: nº 41 y fragmento de Bemposta en Lopo, 1987 [1897]: 136.

606 De San Mamed, Rábano de Aliste, en RB-04?; de Atenor, en AT-01, 04 y 05; de Cércio, en CE-02; de Palaçoulo, en PA-02, y de Saldanha, en SAL-01.

607 Además de la comentada más arriba de *Fronto Rufo*, liberto de Attiano (*Rufo*) y esposo de Rufina (*Rufo*) (PI-14), estela a *Atte Luci filia* de Palaçoulo (PA-02), en la que está esbozada la parte superior de una figura de perfil y con el brazo hacia atrás (?).

608 De la necrópolis desmantelada de Moral de Sayago, Garnacho describía en 1878 que los sepulcros “no todos eran de igual tamaño y algunos encerraban toscas esculturas, también de granito, de las que solo vi una figurando un becerrillo, así como fragmentos de vasijas cinerarias [...]” (Ilustración en facsímil de 1859 y 1860 en Abásolo, 2008: 124, Fig.1 y 125, Fig. 2).

609 Del conjunto inédito de Muelas de Pan, en Domínguez Bolaños y Nuño González, 1993 y en Abásolo y García Rozas, 2006: 165, “varios verracos” (sin especificar).



de Álvarez Sanchís que otorga una “sintonía estilística” entre la postura de los animales exentos y los relieves de las estelas (Tranoy, 1981: 235-6; Álvarez Sanchís, 1999: 221; Redentor, 2003: 168). Sin embargo, no deberíamos perder de vista en el debate sobre el significado y la cronología de los verracos, los análisis recientes que denuncian lo sesgado y aleatorio de la aplicación en el modelo de control territorial prerromano (Charro, 2008: 339).

Recientemente se ha reestudiado el caso de la extracción del verraco de grandes dimensiones del yacimiento de Castelar de Picote sobre la plataforma de Puio en la que se encuentra la capilla del Cristo, con motivo de un sondeo en 2005 que ha sacado a la luz otro verraco de similares dimensiones (Redentor y Pereira, 2007). En los años 50 se encontró en la zona más prominente un verraco en el interior de unos habitáculos que se han relacionado con la necrópolis romana y un posible santuario bajoimperial de carácter zoolátrico (Lemos, 1993: IIa: 230-31, nº 329). Sin embargo para Redentor y Pereira el poblado romano y su necrópolis debió estar en el actual pueblo mientras que dicho asentamiento sobre la plataforma de Puio parece relacionarse con un enclave prerromano y restos de la muralla que lo circundaba, en razón de una prospección llevada a cabo en 2001⁶¹⁰ (Redentor y Pereira, 2007: 15-17). La propuesta es observarlos como sendos verracos colocados en el corredor de entrada del poblado extramuros con un sentido apotropaico y con un presumible origen y sentido prerromano (2007: 20-21).

Más interesante me parece retomar la idea de Tranoy que, dejando a un lado su hipótesis de una pretendida supervivencia económica prerromana basada en la importancia ganadera (Tranoy, 1981: 235-6), plantea por primera vez el carácter sacrificial de esta figuración animal en honor del difunto/s (1981: 349-50). Redentor sin embargo, opta por profundizar en la misma línea que Blázquez sobre la heroización del difunto a través del animal, como en el caso del simbolismo ecuestre y la epigrafía vadiniense (Blázquez, 1977: 278-89; Marco, 1978: 36). Para ello incide en la relación directa entre los difuntos y su representación animal asociada, a pesar de que ya M. Navarro desestimó cualquier vinculación por sexo y edad pero sin excluir otras connotaciones indígenas o personales (Navarro, 1998: 66). Para A. Redentor, sin embargo, sí que parece constatarse al menos una asociación entre el sexo del difunto y el del animal, asociándose generalmente los suidos con el sexo masculino y los

⁶¹⁰ La mayor parte de los materiales más antiguos se concentran en el intervalo de los siglos VII-VI a. C. aunque según los autores de la prospección se podría dilatar hasta el Bronce Final Atlántico III, principalmente por distintas fíbulas de tipo Ponte (4, 5, 11 y 25) y una punta de lanza del Bronce Final (Redentor y Pereira, 2007: 16-17)



cérvidos con el femenino (Redentor, 2003: 171), confirmándose además para estos casos individuos de edades inferiores a 30 años. Todo ello lleva a Redentor a plantear que las figuras zoomorfas son “representações simbólicas desses defuntos, como ideogramas, presumivelmente revestidas de carácter elogioso” (2003: 171, 175). Le sirve para reforzar su hipótesis que, exclusivamente en los casos zamoranos (Redentor, 2003: nº 28, 29, 31, 32 y 33), aparezcan los animales representados dentro del campo epigráfico, reservado para el *Epitafio* en donde se identifica al difunto, y en dos ocasiones (Redentor, 2003: nº 32 y 33) insinuando su plena asociación funeraria anepígrafa (2003: 172). En cambio ya he indicado el carácter excepcional que suponen estos casos en el contexto zamorano occidental y por lo tanto no pueden servir como máximo argumento que defienda la hipótesis planteada de representación del difunto a través de la figura animal.

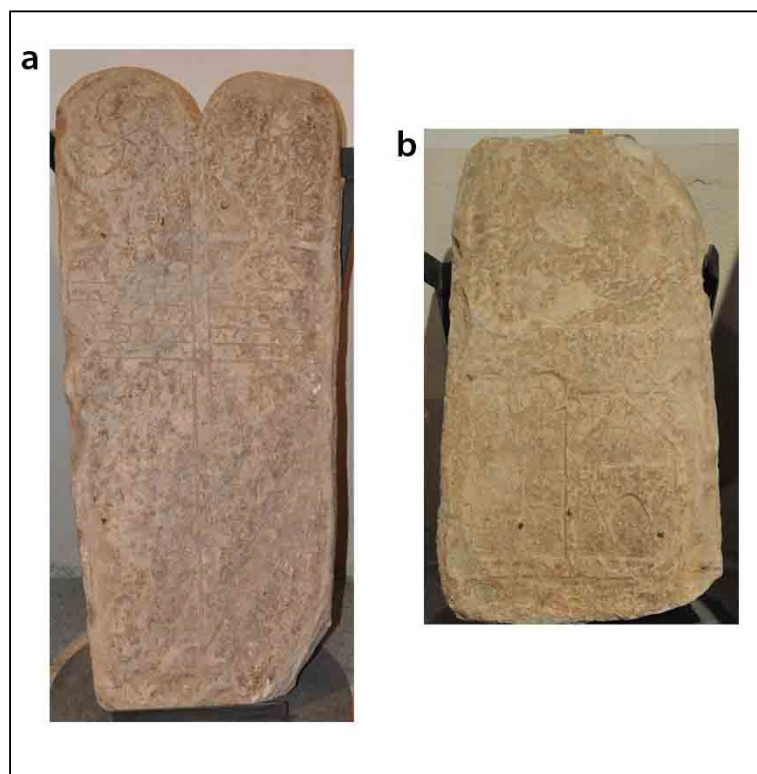


Fig. 33: Estelas bísomas de mármol de Santo Adrião: a. RB-05 y b. RB-04. © EST-AP.AP.

Para Redentor, si los verracos prerromanos (siglos II- I a. C.) tuvieron un significado relacionado con la fecundidad y la demarcación del paisaje y con la identificación social (Álvarez Sanchís, 1999: 278-94), en el contexto romano habrían condensado únicamente una dimensión funeraria como *cupae* o figuras votivas del ajuar del difunto (Redentor, 2003: 175). Ese periodo romano en el que se desarrollarían



las estelas funerarias a la par que los verracos romanos, supone un arco cronológico que abarca desde el s. I al III d. C. Para defender distintos tiempos, Redentor se apoya en la tesis, ampliamente aceptada de Navarro, según la cual los campos rebajados sin líneas incisas corresponderían a un primer periodo (Grupo I: s. I- principios s. II d. C.), mientras que la incisión indicaría un periodo consecutivo (Grupo II: a partir del s. II d. C.) (2003: 167-68, 176). La correspondencia entre la presencia de animales y las “estelas de rueda sobre peana en brecha de Santo Adrião” (Navarro, 1998: 189-90), indicaría un centro principal para estas piezas en el Planalto Mirandês, admitiendo un polo secundario en Rabanales-Santibáñez de Vidriales (Navarro, 1998: 180, 186; Redentor, 2003: 176). En este punto, curiosamente, el autor evita retomar el conjunto zamorano occidental para extraer cualquier conclusión.

El sentido último de la iconografía zoomorfa incluida como un registro más en la estructura de las estelas originadas en el entorno de Miranda do Douro, debe estar íntimamente relacionado con el afán de incidir en el acto ritual funerario, en beneficio, al menos en un principio, de la representación de las familias emergentes. Es por ello que posiblemente los animales tengan una relación con el difunto dedicado en las estelas, en tanto que son víctimas del ritual que se habría llevado a cabo, quedando representada la ofrenda como tal grabada en la propia estela. Para apoyar esta hipótesis, destaco cómo en otros modelos africanos o europeos, muy *afines* a los nuestros en el mismo espacio que ocupan los zoomorfos en este tipo de estructuras está desarrollada la representación del animal vinculada con la práctica sacrificial⁶¹¹. No excluimos de ningún modo que la elección del animal, su sexo o edad, estuviera vinculada con las del difunto, pero más allá de una “heroización”, creo que puede estar vinculado con la generalización del acto ritual del sacrificio cruento dentro de la simbología de la propia estela como lugar sagrado, *aedicula* o, en última Instancia, *templum*.

En cuanto al tema de la aparición de estelas bísomas ya he aludido respecto al caso zamorano occidental, su asociación generalizada con un momento de diversificación de “estilos” en la producción en granito y con la mayoría de casos asociados con la introducción de la *adprecatio* a los *D(is) M(anes)*, aunque con algún caso precedente. La producción de estelas bísomas en mármol tiene en cambio, una

611 Los casos de las estelas tunecinas de La Ghorfa son los más evidentes en este sentido. En ellos aparecen vinculados los zoomorfos en un espacio inferior a la cartela epigráfica, perfectamente recintado y asociado a figuras antropomorfas que portan un cuchillo sacrificial (p.e. de La Ghorfa en Ben Abdalah, 1986: n° 233). En otros casos aparece el zoomorfo como expuesto a modo de ofrenda en relación al símbolo astral de Tanit de tradición púnica (p.e. la de Ain Barshush en Bisi, 1967: Tav. XXII, Ib). En este mismo sentido podrían interpretarse los zoomorfos también enmarcados por debajo de la cartela epigráfica (Nagy, 1941: LI, 1 y LIV, 3), o inmediatamente por encima en relación con arquerías inferiores y tema de cacería asociado (Nagy, 1941: XLIX, 1), en Panonia.

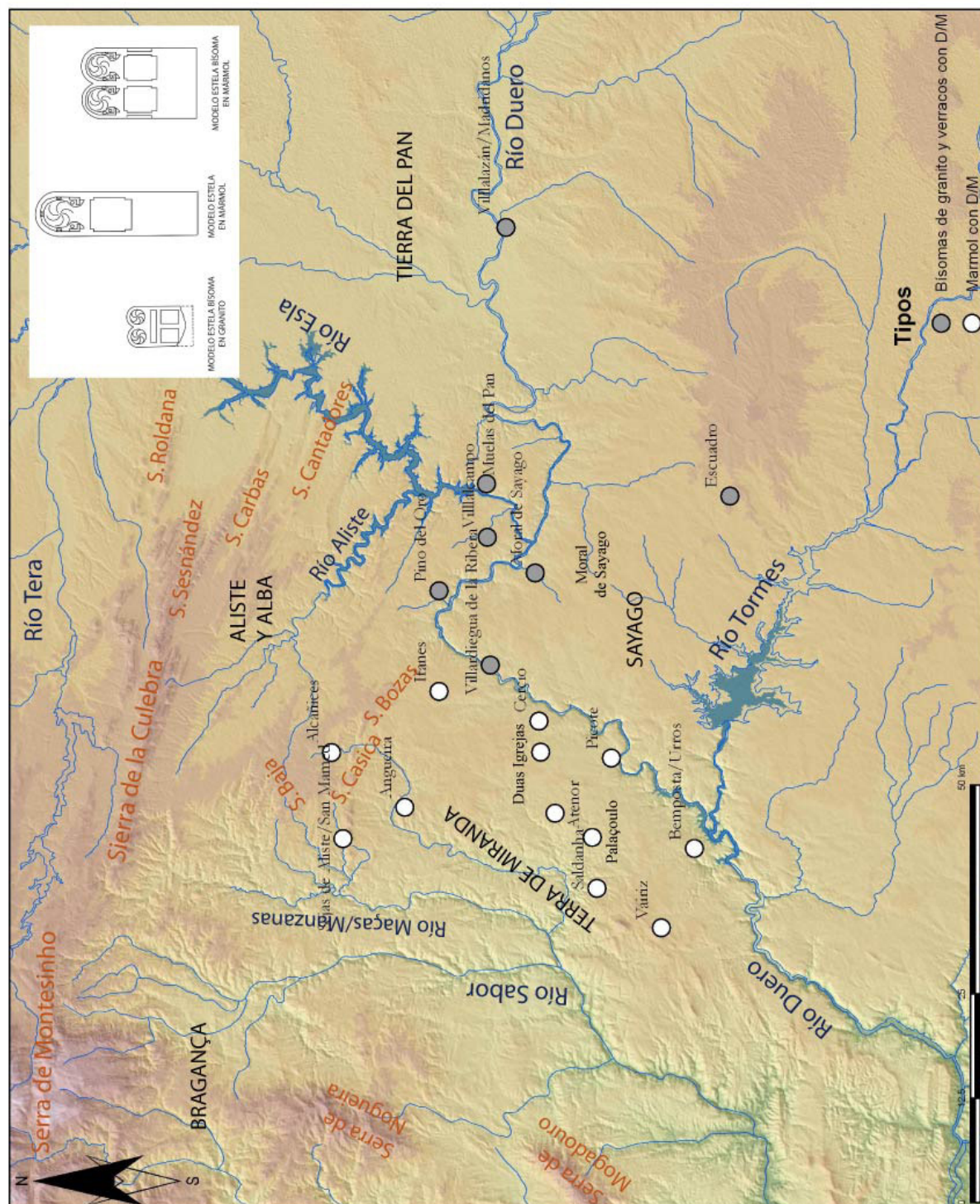


importante difusión que en la franja de Mogadouro-Miranda-Vimioso-Aliste septentrional se puede simplificar en tres modelos: 1) sencilla sin zoomorfos, 2) con zoomorfos y 3) con zoomorfos y arquería de tipo *gladius*. Los dos primeros son modelos posiblemente sincrónicos y característicos del s. II d. C. junto con las estelas igualmente en mármol, con *DM* y registro específico con zoomorfo, mientras que las arquerías de tipo *gladius* pertenecen a la evolución del tipo de arcos ultrasemicirculares o de herradura y se datan en un momento algo posterior, tanto en bísomas como en estelas únicas (MAPA 5d).

12.2.3. Conclusiones: las *stelae* como símbolos a los muertos en la *Asturia* meridional (ss. I-II d. C.)

Como conclusión de este capítulo dedicado a la génesis y difusión del modelo epigráfico y de la *stela* como símbolo de la implantación del sistema religioso funerario romano en la *Asturia* meridional, destaco tres aspectos claves en relación con la génesis del símbolo epigráfico funerario en ámbito peregrino, la difusión y desarrollo regional del modelo y la *privatización* de un tipo derivado en mármol local como reflejo de distintas dinámicas de promoción social.

En primer lugar el punto de arranque lo podemos señalar en el patrón epigráfico de los primeros militares asentados de forma permanente tras las guerras cántabro-astures y las labores de reorganización del territorio en el cambio de Era y durante la primera mitad del s. I d. C. Durante este último periodo podemos situar la aparición de los primeros modelos emulados en ámbito peregrino para casos de la *Asturia* meridional, en los ejemplos de un conjunto aún muy limitado pero que parece representar la asunción de un *modus operandi* romano en relación con el culto al difunto en los espacios funerarios a través del levantamiento de la estela y su carácter iconográfico que remite a la arquitectura simulada del lugar sagrado del difunto y una decoración de rosáceas y crecientes que pone las bases de una corriente asociada con el renacer de las flores y la luna como destino astral tras la muerte. Los primeros representados en estos monumentos reflejan a una minoría de individuos que muestran una onomástica peregrina de nombre único + filiación, otorgando importancia a su vínculo familiar local pero a través de una fórmula perfectamente integrada por medio de la escritura y la lengua vehicular utilizada con los Instrumentos de poder de los conquistadores romanos. Tras la elevación de cada estela debemos suponer la fundación de un lugar funerario frecuentado y mantenido ritualmente por la familia peregrina correspondiente (e incluso utilizado ya como la fundación del





lugar de enterramiento de todos los miembros familiares), de forma privada a imagen y semejanza del modelo del *locus religiosus* romano. De esta forma se pudo sembrar el germen de los linajes de nueva planta en ámbito peregrino a través de la asunción del símbolo funerario a la romana para identificarse y hacerse inteligibles desde el plano simbólico como los grupos de poder o linajes familiares intermediarios de sus comunidades con el poder oficial (FASE I).

A finales de la primera centuria contamos con un conjunto en granito de estelas que han ido desarrollando una evolución iconográfica propia en lo que conocemos como el modelo completo (FASE I, II, y IIIA). Dicho modelo refuerza el carácter arquitectónico del monumento, incorporando las arquerías inferiores, los elementos tipo escuadras y bandas y termina por recurrir a la conocida rueda de radios curvos derivada directamente de la elaboración de la rosácea, como posible símil de la rueda solar. Por primera vez contamos con las primeras menciones onomásticas de *gentes* latinas (*duanomina* y *trianomina*), las cuales al margen de la discusión sobre su asociación con una promoción social diferenciada, tienen la particularidad de hacer su entrada en el lenguaje simbólico de los espacios funerarios a través de un mismo modelo epigráfico compartido en granito con el resto de individuos representados onomásticamente de forma peregrina. Dichos difuntos con onomástica latina se representan en un primer momento de forma individualizada sin señalar ningún tipo de filiación, mostrando posiblemente con ello el interés por presentarse ante la comunidad como linajes de nueva planta aunque sin utilizar un despliegue monumental distinto al del resto de los grupos de poder locales. Por último, aunque las estelas bísomas junto a los zoomorfos en granito aparecen sincrónicamente al modelo completo, su verdadera difusión debe situarse a lo largo de la segunda centuria, pudiendo reflejar una importante diversidad y esquematismo que no hace sino reflejar un declive en el uso del soporte funerario por parte de los grupos de poder principalmente en área alistana-sayagués, claramente eclipsado por las producciones marmóreas de la vecina Miranda do Douro y el norte de la zamorana región de Aliste (FASE IVA).

Sincrónicamente en el área portuguesa de Miranda do Douro a dichos modelos completos en granito se integran otros que se realizan en grandes bloques a modo de cipos-pedestales y que muestran una reivindicación de individuos asociados a onomástica latina con menciones interfamiliares. Estas familias que asumieron un monumento funerario distintivo en el espacio de la necrópolis en la que hasta entonces sólo se distribuían las estelas, tienen además vínculos parentelares con los primeros



individuos representados en estelas elaboradas en el mármol local de brecha de Santo Adrião (FASE IIIB). Por su parte, la generalización de la fórmula del *DM* en las estelas en mármol, tanto únicas como bísomas, nos situamos en plena segunda centuria (FASE IV-B). A lo largo de este periodo, que podría llevarnos hasta el último cuarto del s. II d. C., el modelo iconográfico en mármol alcanza su máxima extensión, difundiéndose desde la portuguesa Mogadouro hasta Aliste septentrional. En estas estelas se reflejan ya no únicamente los miembros de las familias más prominentes sino diferentes individuos, que portan habitualmente *duanomina* y carecen de filiación, los cuales parece indicar que podrían estar insertados en las redes de clientelas precedentes o en otras nuevas. En cualquier caso, como fase sincrónica a la de la generalización de estelas bísomas y zoomorfos exentos en granito en área eminentemente zamorana occidental (FASE IV-A), parece constatarse una clara diferenciación entre los grupos de poder de uno y otro lado del Duero, tal vez en relación a dinámicas características del desarrollo de dos *civitates* enfrentadas a las que habría que sumar al menos las dinámicas propias detectadas en la región de Bragança, área tradicional de los zoelas (Redentor, 2002), lo cual en un futuro cercano podrá ser desarrollado en relación con la interrelación de los datos arqueológicos y epigráficos aún en estudio.

La concentración en la primera centuria de un volumen tan grande de estelas funerarias vinculadas a un ámbito rural, como es el caso de estudio astur meridional, supone una doble contradicción desde el punto de vista académico tradicional, para el que todo este conjunto pertenecía a una homogénea epigrafía tardía y de tradición indígena (epigrafía zoela, tipo Picote). La consabida tendencia a un mayor uso de la epigrafía precisamente a partir de finales del s. I d. C. y durante la segunda centuria se torna inversamente proporcional en nuestro área de estudio. Dicha tendencia sólo podría identificarse relativamente en el área mirandesa respecto a su producción restringida a los soportes marmóreos a partir del último cuarto del s. I d. C. Es cierto que no existe una explicación única a este hecho, puesto que quedan muchos elementos por explorar. Sin embargo, se puede esbozar una evolución clara que señala ciertos enclaves y territorios interconectados a través de este tipo de epigrafía funeraria, desde Villalazán hasta Rabanales de Aliste y desde aquí hasta el sur de Sayago. Lejos de buscar una explicación en torno a un deseado núcleo urbano (García Rozas, 1995: 302), se trata de reivindicar la ruralidad del territorio comprensible dentro de un proceso histórico de formación de grupos de poder peregrinos y el surgimiento y consolidación de las primeras familias promocionadas, todas las cuales



utilizan un lenguaje simbólico funerario compartido, tal y como ha quedado patente a través de la propuesta de génesis y evolución epigráfica e iconográfica.

La relación y la lectura complementaria de conjuntos epigráficos y núcleos de poblamiento no puede ser directa aunque permita una primera caracterización mútua. En primer lugar porque no conocemos los espacios funerarios y su relación con los núcleos de población del entorno, pudiendo existir el modelo de distintos tipos de poblados y necrópolis pero no descartándose las necrópolis de agregación en lugares intermedios. A su vez, se debe descartar la ecuación en relación al carácter epigráfico y la jerarquía y estatuto del poblamiento; como el modelo de *vici* para Tras-os-Montes (Lemos, 1993: Ib: 390-396) o los intentos de buscar núcleos capitales a través del número conservado en los conjuntos epigráficos como todavía se le asigna a Villalcampo, sin contar los datos más recientes (Santos, 2010). De hecho el propio análisis cronológico de la epigrafía propuesto no sirve para establecer la propia cronología del asentamiento al que pensamos pertenezca el conjunto epigráfico, puesto que entonces no existiría poblamiento romano durante buena parte del s. I d.C. en el área mirandesa o a la inversa a lo largo de la segunda centuria en los asentamientos zamoranos. Por el contrario, la lectura epigráfica funeraria debe partir de su valor social y simbólico, antes de cualquier hipótesis territorial o de poblamiento. Como vengo indicando, la importancia de estas estelas reside en que reflejan la asimilación de un lenguaje de poder pro-romano y su presencia y/o ausencia a lo largo del proceso histórico debió tener consecuencias territoriales que afectaron económica y socialmente al poblamiento, principalmente en lo que se refiere a la determinación de las dinámicas de una distribución compleja tanto de grupos de poder como de la propia conformación de *civitates* diferenciadas frente a la falsa unidad étnica, política y social del pueblo zoela en el sur de *Asturia*.

13. Símbolos a los dioses: las *arae* en la *Asturia Augustana* (siglos I-II d. C.)

13.1. Epigrafía y arqueología votiva romana: el caso del Noroeste hispano en el contexto imperial

De la misma manera que en el mundo funerario, para el ámbito votivo romano se constatan dos elementos estructurantes: por un lado la delimitación y señalización del lugar sagrado y por otro la construcción del monumento votivo en donde desarrollar el culto ritual. El *locus sacer* homólogo al *locus*



religiosus del ámbito funerario, define una categoría jurídica específica en relación a las propiedades de los dioses dentro de la *res sacrae* o *sanctae* (*res divini iuris*)⁶¹². Sin embargo, a diferencia del *locus religiosus* como *espacio* Funerario, en el que sólo era el cadáver el que se consideraba sagrado, el espacio sagrado definido como *locus sacer* es por definición todo él divino y sacro⁶¹³. Esto quiere decir que para los romanos a la propia concepción de la divinidad en sí misma o de su naturaleza divina se le suma lo que es parte de ellos (desde su actividad hasta su apariencia, sentimientos, etc.) y lo que les está consagrado o reservado (en donde se incluyen las cosas y lugares ofrecidos, como *loca sacra*). De esta forma el espacio sagrado no se rige por el derecho privado como en ámbito funerario sino que tiene un derecho particular que afecta al terreno con estatuto civil romano. Así, desde el punto de vista romano la transferencia de un terreno a la divinidad se procedía a través de la llamada *consecratio*, con efectos tanto sobre el ámbito público como sobre el secular⁶¹⁴. Una vez consagrado el lugar de culto, como *locus sacer*, todo lo que estaba en su interior (construcciones, altares, ofrendas, oficiantes del culto, peregrinos, etc.) quedaba absolutamente protegido, restituyéndose incluso tras destrucciones acaecidas por ataques enemigos o por causas naturales⁶¹⁵. En este sentido la profanación o violación estaba bien sujeta a castigos o multas importantes. Dichos terrenos sagrados a su vez quedaban así exentos del comercio (*res extra commercium*) y de su traspaso como bienes, puesto que son inalienables y su compra no es válida por no ser propiedad privada como tal⁶¹⁶.

En este sentido, los *loca sacra*, como espacios con un jurisdicción propia de la que emana la sacralidad en el sentido de “propiedad de los dioses”, tienen un papel importante a la hora de definir

612 *Summa rerum divisio in duos articulos deducitor; nam aliae sunt diuini iuris, aliae humani. Divini iuris sunt veluti res sacrae et religiosae* (Gaius, *Dig.*, 1, 8, 1 = *Inst.*, 2, 2-3).

613 *Sacrum est (...) quicquid est, quod deorum habetur* (*Treb. en Macr., Sat.*, 3, 3, 2).

614 Ex auctoritate *populi Romani* o ex auctoritate principis a través de una ley, un decreto del senado o un acto del emperador (*Ulp., Dig.*, 1, 9, 9 y Gaius, *Inst.*, 2, 5). Se trata de un acto público, en nombre del Estado, en presencia de los magistrados pertinentes y de un pontífice que sigue un ritual y unas fórmulas específicas, similar a la *adsignatio* pero pasando la propiedad en vez de a los hombres a los dioses.

615 El lugar como tal no puede perder su carácter sagrado aunque sea destruido en una batalla o por un terremoto o un incendio. La única forma de perder dicha condición es mediante la elaboración del rito concreto de la *exauguratio*. Sobre este tema: Marc., *Dig.*, 1, 8, 6, 3; Pap., *Dig.*, 18, 1, 73 y Pomp., *Dig.*, 11, 7, 36.

616 Respecto a la imposibilidad de ser comprados ni de forma pública ni privada: Mod., *Dig.*, 18, 1, 62, 1; Gaius, *Dig.*, 44, 7, 1, 9 = *Inst.*, 3, 97; *Ulp., Dig.*, 18, 1, 2. En relación con que no son propiedad de nadie: Marc., *Dig.*, 1, 8, 6, 2; Gaius, *Inst.*, 2, 9; Paul., *Dig.*, 41, 2, 30, 1. De aquí se deduce que tampoco sean susceptibles de los modos de adquirir una propiedad, ni de *usucapio* (Gaius., *Dig.*, 41, 3, 9 = *Inst.*, 2, 48) ni por *stipulatio* (Paul., *Dig.* 45, 1, 83, 5) ni por fideicomiso (Scaev., *Dig.*, 32, 38, 6) ni por testamento o herencia (*Gell.*, 1, 12). Tampoco se aplica la servidumbre en los lugares sagrados (Paul., *Dig.*, 39, 3, 17, 3 y 8, 1, 14, 2).



y organizar el territorio, tal y como se desprende de su inclusión en las controversias que recogen los tratados de *Agrimensura*⁶¹⁷ o las denominaciones de ciertos lugares en relación con mansiones viarias, a veces corroboradas arqueológicamente⁶¹⁸. Respecto a lo primero es muy importante la concepción *Agrimensural* en relación con el confinamiento de estos “lugares sagrados” a través de la organización del *ager per extremitatem mensura comprehensus*. Lo cual, como en el caso de la delimitación del *ager publicus* o de las *civitates peregrinae* (para el caso del Noroeste hispano: Orejas y Sastre, 1999; Orejas, Ruiz del Árbol y Sastre, 2005), equivale a decir que la propiedad sagrada era tan sólo objeto de medida perimetral y así aparecía dibujada sólo en la forma, en la que se indicaba su superficie y el nombre por el que era conocida⁶¹⁹. No importa ni la totalidad aDScrita al santuario si lo hay, ni las divisiones internas si las tiene, puesto que no estaban sujetas a los controles y gestiones económicas en el contexto de las formas de transmisión y heredad. Se conocen los casos de dos tipos de *loca sacra* vinculados con colonias, como concesiones del Estado romano a cambio de un *vectigal* que conforman una *unidad extraterritorial* dentro del territorio⁶²⁰ o bajo la tutela de la ciudad⁶²¹. Dicha configuración generaba distintos tipos de controversias entre la comunidad y un particular o entre las propias comunidades, las cuales se resolvían dentro de la jurisdicción ordinaria (atendiendo a la documentación oficial de la *forma*), aunque se podía llegar a implicar en última Instancia al gobernador provincial como custodio y guardián de este tipo de lugares⁶²². Frente a los primeros que forman parte del *ager publicus populi Romani*, los segundos, y en realidad cualquier

617 Habitualmente asociados como *locis sacris* aut/et religiosis: Front., *Th.*, 2, 9, 13-16; 3, 21; 10, 69; 13, 85, 88, 91; 15, 106-107; 16, 109-110; 17, 113-115; como *luci publici in montibus* en Front., *Th.*, 9-13-16; como *loca sacra, sepulchra, delubra*: Hyg., *Th.*, 83, 90; como *aedes*: Front., *Th.*, 9, 65; como *aris, templis, sepulchris et his similibus*: Hyg., *Th.*, 77, 45.

618 Del Itinerario de Antonino casos de *Ad aras* (*Itin. Ant.* 413, 4 y 419,3), *Ad septem aras* (420, 5), *Ad templum* (74,4), *Ad statuas* (244, 3; 285, 5; 400,5); *Ad Iovem* (551, 1), *Ad Matrem Magnam* (103, 3), *Ad Dianam* (21, 1), *Ad Herculem* (83, 4; 293,1; 408,3), *Ad Martis/e* (311, 3; 341, 4; 357, 2; 556, 3;). Para un análisis sobre este tipo de topónimos viarios en Roldán, 1966: 114-15. Sobre casos específicos como el de la *mansio Ad septem aras*/Alburquerque, Cáceres: Pérez Vilatela, 2000: 194. Sobre *Ad statuas* y su asociación con el conjunto escultórico ibérico encontrado en el “Corral de Saus”, Mogente-Alicante: Aparicio Pérez, 1984: 178.

619 *Aequae lucus au loca sacra aut aedes quibus locis fuerint, mensura comprehendemus, et locorum vocabula inscribemus, nos exiguum vetustatis solet esse instrumentum, si locorum insignium mensurae et vocabula aeris inscriptionibus constant* (Hyg. Grom., *Th.*, 161, 8-12; la misma idea en Hyg., *Th.*, 77, 44-45 80, 8-11). Al modo del *mons sacer populi Romani* de la Colonia Augusta: *Th.* Fig. 20.

620

621 Del tipo del *mons lucus Dianae Iuliensium* de la Colonia Iulia Constantia: *Th.*, Fig. 127 y 128.

622 Sobre este tipo de controversias en Agenn. Urb., *Th.*, 48, 4-12; 13-15. Sobre sus resoluciones y modos en Front., *Th.*, 9, 13-14 y 15-17; Agenn. Urb., *Th.*, 48-21-23.



espacio consagrado bajo la custodia de una comunidad (sea municipal, colonial o peregrina), se incluían entre los *loca publica* de la *civitas*, no tanto como lugares públicos propiedad del *pupulus* como de sus dioses. Apoyando esta no extraterritorialidad, conocemos el lugar que ocupan los *loca sacra* en las leyes municipales y coloniales conservadas⁶²³.

A la hora de denominar los distintos tipos de lugares sagrados en el mundo romano, existe una amplia variabilidad como se deduce de las referencias literarias. Los términos más frecuentes en relación con los *loca sacra* son: *templum*, *aedes*, *ara*, *temenos*, *fanum*, *delubrum*, *lucus*, *nemus*, *aedicula*, *sacellum*, *sacrarium* y *donaria*. Cada uno de ellos podía hacer referencia a uno de los dos elementos que caracterizan en esencia a los lugares sagrados; en relación a la delimitación del espacio⁶²⁴ y/o de sus construcciones específicas⁶²⁵, tomándose a veces una parte por el todo a la hora de definir el lugar sacralizado⁶²⁶. En cuanto a lo primero, el *templum* hace referencia a un área (de la tierra o del cielo) ritualmente definida y seleccionada por designios o presagios que interpreta el augur o el *haruspice*, dependiendo del tipo de señal que sea; signos del cielo, entrañas de víctimas sacrificadas o vuelos de las aves, entre otras⁶²⁷. Por tanto, el concepto de *templum* no solo hace referencia al lugar consagrado a la divinidad (*locus sacer*) sino a todo el espacio augurado⁶²⁸. En este sentido, el *templum* asume desde el término *temenos* hasta los de *fanum*, *lucus* o *nemus*, y contiene, si es preciso, las construcciones sagradas específicas, incluidas en el concepto genérico de *aedes sacra*⁶²⁹.

623 Existen leyes a modo de estatutos de los templos concedidos en el momento de su fundación como *leges dedicationum* o *leges consecrationum* como la *Lex Furfensis*, *Lex luci lucerina*, *Lex luci spolentina* o la *Tabula Veliterna*. En todos los casos se refieren a penalizaciones como actos jurídicos dentro de las particularidades de cada comunidad. Respecto a las leyes de *Urso* e *Irni* sabemos que la razón por la que no se expresa un capítulo específico sobre la propiedad de los dioses es porque a todos los efectos, incluido el jurídico, se administra como se hace con los bienes públicos, lo cual está perfectamente reglado en dichas leyes y en otras (Castillo Pascual, 1996: 189-198; 2000: 96-100 y 102-109).

624 Principalmente *templum*, *temenos*, *delubrum*, *fanum* o *lucus*.

625 Estos son los casos principalmente de *aedes*, *aediculum*, *sacellum*, *sacrarium* o *donaria*.

626 para un análisis pormenorizado del vocabulario latino para los *loca sacra*, en Castillo Pascual, 2000: 87-96 y Egelhaaf-Gaiser, 2011. Sobre un análisis de los templos romanos clásica en Stambaugh, 1978.

627 *In terris dictum templum locus augurii aut auspicii causa quibusdam conceptis verbis finitus*; Var., *LL*, 7, 8. En general el augur consulta e interpreta los *auguria* o *auspicia* mientras que el harúspice, íntimamente ligado con la tradición etrusca, interpreta tres tipos de fenómenos: *extra*, *mostra* y *fulgura* (Serv., *Aen.*, 6, 120; Cic., *Leg.*, 2, 21 y *ND*, 2, 11; Liv., 56, 4-5). Para un análisis del tema en Dumezil, 2000 [1966]: 125-126, 167 y 573 y ss.

628 Incluyendo, como sabemos, para el caso de la ciudad de Roma a la propia ciudad y a edificios públicos de índole política tipo la *Curia Hostilia*, etc.: Liv., 1, 30, 2; Gell., 14, 7, 7 o Serv., *Aen.*, 1, 446.

629 P.e. del tipo de la mención en algunos textos de *templa ac delubra*. Entendiendo como *templum* el recinto sagrado en sí mismo y *delubrum* un área concreta del mismo, habitualmente cubierta o relacionada con la construcción en donde está la estatua del dios, en Gel., 4, 9, 9; Liv., 9, 9, 5, entre otros.



El hecho de que se utilice para designar habitualmente sólo una parte, el edificio sagrado principal construido, debe ser evitado puesto que invade el campo semántico de los conceptos adecuados para definir dichas construcciones.

para definir el amplio abanico de construcciones propias de los lugares sagrados se puede recurrir al concepto genérico de *aedes sacra*, con una etimología del hogar vinculado a Vesta y en última Instancia “casa o templo de la divinidad”. Se podría decir que lo que para nosotros es un templo como construcción religiosa o sagrada, para los romanos se denomina genéricamente como *aedes*⁶³⁰. En el interior de dicha construcción es donde se situa la *cella*, la habitación en donde residía la imagen de la divinidad, la cual se define de diferentes formas como *suimulacrum*, *signum* o *effigie*⁶³¹. La uniformidad arquitectónica en los espacios sagrados fue un aspecto secundario en el mundo romano. Así, sobre la base de la delimitación del terreno recintado a través del límite sagrado o temenos, reforzado a través de muros y pórticos (*mura*, *maceria* o los *saepta*), se podía complejizar mucho con la construcción de templos sobre *podium*, avenidas sagradas, capillas menores (a modo de *aedicula*, *sacella*, *sacraria* o *delubrum*), e incluso contener lugares de enterramiento intramurales, conformándose en algunos casos en importantes centros santuarios⁶³² o, incluso, “ciudades sagradas”⁶³³.

Sin embargo el *locus sacer* es ante todo un espacio delimitado y cargado de una serie de prerrogativas jurídicas especiales que no necesita de construcción alguna sino de una demarcación mínima a través de un presagio o prodigio, sancionado mediante el ritual de la *consecratio*. Es decir ante todo se debe cumplir la idea que condensa el concepto *templum*. Los términos de temenos, *fana*, *lucus* o *nemus* hacen referencia a algunas particularidades o elementos indispensables en este sentido en relación con la esencia de los lugares sagrados. El primero hace alusión a la demarcación del recinto sagrado propiamente dicho, mientras los otros tres se refieren de diferente forma a la totalidad del espacio sagrado. Respecto a *fanum*, en algunas leyes municipales aparece la referencia *fana templa delubra*

630 Ulp., *Dig.*, 39, 1, 5, 8 y 9; Gaius, *Inst.*, 4, 149 y 166a.

631 Las cuales se diferencian en relación a sus características y su asociación como objetos móviles o permanentes. Incluso las deidades, dependiendo del culto podían ser adoradas de forma anicónica, dependiendo de las tradiciones de cada lugar (Gladigow, 1994). Sobre una crítica a la tradición de antropomorfizar a los dioses en el mundo romano, en Varrón a través de Aug., *De civ. Dei*, 6, 5.

632 Basta traer aquí a colación algunos centros como el del complejo santuario gallo en Trier/ *Augusta Treverorum*, con decenas de altares inscritos, un teatro y más de una docena de templos y capillas vinculado principalmente a *Mars Lenus* (Van Andringa, 2002) o el britano de Bath/*Aqua Sulis* en el suroeste britano en plena Fosse Way (Cunliffe, 1986).

633 Como es el caso en la Bética del santuario y *municipium* de Munigua, dentro de un contexto de extracción minera en el territorio. Para un análisis reciente: Schattner, 2003.



(Lex. Urs., 128), en donde *fana* alude propiamente al recinto, templa a las construcciones y delubra a alguna área en concreto habitualmente vinculada con la presencia de la estatua de la divinidad. Con ello, la forma *fanum* en algunos casos designa la totalidad del lugar, área o recinto sagrado, con o sin edificios⁶³⁴ y es uno de los términos aplicados para definir las realidades particulares de los *loca sacra* provinciales (Fabrini, 1968: 543 y ss; Ruggiero, 1997: 16). Por su parte, los términos *lucus* y *nemus* hacen alusión directamente a un bosquecillo dotado de carácter sagrado, bien armonioso de manera (sobre)natural (*lucus*), bien ordenado por la mano del hombre (*nemus*), lo cual se diferencia del bosque salvaje, caótico y sin cuidar, denominado *silva*⁶³⁵. Son por ello sinónimos de espacios sagrados por sí mismos, en tanto en cuanto la presencia divina se hace presente ante nuestros ojos (como tal y no como una imagen), en ambientes de la naturaleza encerrados entre árboles en donde no llega la luz ni el ruido y se trasmite un temor o inquietud misteriosa a modo de espacios no humanos⁶³⁶. Son sinónimo de *templum* en su sentido de lo sagrado en sí mismo, epifanía de la sobrecogedora presencia de la divinidad, en un lugar particular sin necesidad de construcción o imagen alguna. En este sentido son estos espacios epifánicos o numinosos aquellos primigenios lugares de culto que habrían sancionado tanto los rituales religiosos (*cultus*) como las reuniones en asamblea (*concilia*)⁶³⁷.

En el contexto del Noroeste peninsular, en donde no contamos con importantes menciones literarias ni evidencias epigráficas ni arqueológicas en relación con construcciones de tipo templar, se hace imperiosa la necesidad de profundizar en los mecanismos estructurales de la sacralización del espacio desde el punto de vista romano, con el fin de poder desentrañar dicha ausencia generalizada de construcciones sagradas o de culto. En referencia con la sacralización básica del lugar me he referido más arriba en relación con el altar o *ara*, como símbolo en la primera sacralización de los límites de los territorios conquistados por Augusto y en la base de la génesis de la reorganización oficial y del culto

634 Como recinto que se fija con *termini* en Liv., 5, 50, 2. Como lugar donde se emplazará el templo aún sin construir, en Liv., 10, 37, 15. Otros testimonios en Cic., *ND*, 3, 84 y Tac., *Ann*, 15, 41, 1 (en donde se utilizan indistintamente con términos como *templum* o *delubrum*) o *NH*, 2, 210. Para ámbito jurídico en Ulp., *Dig.*, 21, 1, 1, 10 y Gaius, *Inst*, 1, 53.

635 *Interest autem inter nemus et silvam et lucum; lucus enim est arborum multitudo cum religione, nemus vero composita multitudo arborum, silva diffusa et inculta* (Serv., *Aen.*, 1, 310).

636 *Est enim quidam opiniones species deorum in oculis, non solum in mentibus. Eandem rationem luci habent in agris* (Cic., *Leg.*, 2, 26-27). También en la famosa cita pliniana: *Haec fuere numinum templa, pricosque ritu simplicia rura etiam nunc deo praecellentem arborem dicant; nec magis auro fulgentia atque ebore simulacra quam lucos et in iis silentia ipsa adoremos* (*NH*, 12, 3). En el sentido de la asociación de estos términos y la ausencia de luz en Quint., *Inst.*, 1, 6, 34; Serv., *Aen.*, 1, 141. Desde el punto de vista apologético de luces de los rituales que en el interior de esos lugares tenían lugar en Isid., *Orig.*, 14, 8, 30 y 17, 6, 7.

637 En este sentido último en Serv., *Aen.*, 9, 4 o desde el punto de vista gromático en Agenn. Urb., *Th.*, 48, 13-14.



imperial en el Noroeste a través de las *arae Augusti*. En el contexto de la consagración de un lugar como *locus sacer* (es decir, su concepción como *templum*, *fanum*, *lucus* o *nemus*), el *ara* habría actuado como estructura vertebradora del culto y el ritual hacia la divinidad. Es por ello que sería el principal elemento “construido” o también, la forma más sencilla y básica de un “edificio sagrado”. En los contextos más urbanos esta claramente integrada en otras construcciones que se recogen en el término genérico de *aedes sacra* y giran habitualmente en torno a la imagen o estatua de la divinidad⁶³⁸. En ámbito peregrino con una tradición votiva atectónica y anicónica del tipo de la castreña prerromana, la emulación de los *loca sacra* habría tenido como máxima expresión la manipulación de ciertos lugares naturales (tipo “santuarios e inscripciones rupestres”) y/o asociado con la idea del altar (*ara*) sobre el que gira el culto en un recinto designado para ello (*templum*/temenos) a través de alguna forma de consagración peregrina. Esta forma sencilla pero poderosa, habría puesto las bases de la difusión del hábito epigráfico votivo a través de la transformación del concepto de sagrado, de culto y de ritual que conllevaría la transformación y demarcación del lugar natural y la elevación del altar como Instrumento y fundamento del espacio consagrado a la divinidad.

A la hora de comprender el contexto votivo romano y su reflejo en ámbito provincial astur, se exige una reflexión sobre algunos conceptos que resumo a continuación. En primer lugar, la propia palabra “votiva” hace alusión a la generalización de la filosofía del *votum*, lo cual está en la base de la configuración religiosa grecorromana. El voto hace referencia a un contrato entre el oferente y la divinidad, a través de una promesa, oración, sacrificio, libación u ofrenda, con el objetivo de obtener a cambio un beneficio tangible o intangible dios mediante. Este acto se desarrolla en dos parte: la *nuncupatio* o petición y promesa (como en las maldiciones de las tablillas tipo *tabellae defixionum*⁶³⁹), y la *solutio* o pago del voto materializada de alguna manera (a través de la ofrenda y/o la inscripción votiva en un *ara*) y depositada en el espacio sagrado. La epigrafía votiva como *titulus praelatus* debe concebirse, en este sentido, dentro de las soluciones. Todo esto quedaba de esta forma reflejado en la

638 Pe. Para el caso galo en Van Andringa, 2002: 108-118.

639 Se conocen los casos paradigmáticos de los contextos britanos de los santuarios de Bath/*Aqua Sulis* o el de Uley, y recogen una peticiones a la ayuda divina (en estos casos a *Minerva* y a *Mercurio/Mars/Nodens* respectivamente) por diferentes motivos (robos, perjuros, amores no correspondidos, etc.) y con diferentes fórmulas de resolución (desde la venganza y el castigo divino hasta ofrendas para conseguirlo). Sobre el tema desde el análisis clásico: Audollent, [1904] 1967; hasta los estudios recientes dentro del contexto de la magia en el ámbito popular: Ogden, 2002: 210 y ss. Para un análisis más social: Adams, 2006. Para el caso de Bath: Tomlin, 1988. Para el de Uley: Woodward y Leach, 1993: 115. Los ejemplos hispanos son muy escasos y se concentran en ámbito mediterráneo, bético y en algún ejemplo lusitano, para los que contamos con una recopilación reciente: Museros Ortiz, 2002.



fórmula epigráfica común de *VSLM* que equivale a *votum solvit libens/laetus merito*, es decir, que el voto como parte del contrato con la divinidad se ha pagado libremente/alegremente y deseosamente. Dicha fórmula votiva junto con otras también muy frecuentes, tipo *ex voto* o *sacrum*, indican el aspecto contractual intrínseco a la filosofía del voto, en el primero, y el carácter sagrado en sí mismo de dicha relación entre el fiel y la divinidad. Todo ello forma parte de una ética moral que gira en torno al concepto romano de auto-complacencia o *pietas* individual o colectiva en relación con la divinidad, al que me he referido con la recuperación de los valores espirituales arcaicos en época de Augusto⁶⁴⁰.

De la misma forma que en ámbito epigráfico funerario, los datos extraídos a partir del análisis de los monumentos votivos permiten tres líneas de estudios generales. La primera a cerca de su número o carácter cuantitativo respecto a otros tipos epigráficos e internamente en relación a los votos a dioses clásicos u oficiales frente a los cultos indígenas. En segundo lugar el problema del coste desde la especificidad de su carácter eminentemente público frente al carácter privado o familiar de la organización y mantenimiento del ritual funerario. Por último, frente al análisis estadístico de diversos datos poblacionales a partir de la información lapidaria, la discusión en torno a la génesis teonímica y la representación de los dedicantes representados en los altares votivos.

Respecto a lo primero, el número de epígrafes votivos suele ser siempre menor al de los conjuntos funerarios que representan una lápida por tumba o mausoleo/panteón familiar sobre el que gira un ritual privado. En ámbito votivo sin embargo el carácter y el alcance están bien diferenciados en relación a la fundación o renovación de un culto sobre el que giran los rituales en un escenario público en donde convergen los especialistas religiosos y los devotos particulares. La consagración de un lugar a una divinidad y la colocación de un monumento votivo en torno a un altar o *ara* sirven para poner las bases de un ritual localizado y repetido, el cual epigráficamente sólo se vería multiplicado, sustituido por una restauración, renovación del culto o una muestra específica de algún devoto. Así, frente al conjunto de más 500 epígrafes funerarios solamente del área astur zoela objeto de estudio del anterior capítulo, para todo el Noroeste se han contabilizado unos 180 epígrafes votivos repartidos entre los tres *conventus* (fuente: *FERCAN*⁶⁴¹).

640 Sobre el tema del *votum* romano y su reflejo en la epigrafía votiva: Veyne, 1983; Dubourdieu, 2005 y Scheid, 2005a y b. Sobre su aproximación en casos de inscripciones rurales en ámbito rural hispano: Marco, 2009; González Rodríguez y Marco, 2009.

641 Los datos cuantitativos sobre teonimia han sido extraídos de la labor que ha venido haciendo el proyecto europeo desarrollado por la Academia de las Ciencias Austriaca en colaboración con distintas Instituciones como parte del



De la misma forma que en ámbito funerario, la elaboración de un altar o *ara* no debía de estar al alcance de cualquier individuo pero por el carácter de monumento público sagrado por excelencia se debe contemplar aquí la participación comunitaria u oficial. En este sentido los modelos morfológicos e iconográficos de los altares votivos no suelen tener la misma complejidad que se detecta en las series funerarias, contándose con pequeñas variaciones sobre una estructura básica de *ara* con el objetivo de servir de soporte al culto ritual en relación al sacrificio y/o libación. Se trata de altares comúnmente en materiales pétreos locales como el granito, la caliza o característicamente de áreas como la berciana del esquisto, sin faltar los mármoles, todos los cuales reproducen una forma prismática, que remite al concepto de *cippus*, con doble *cornua* y *foculus*, a veces con motivos que inciden en elementos arquitectónicos templiformes, tipo molduras, arquitrabe, frontón e incluso relieves grabados con elementos del ritual⁶⁴² u hornacinas gallonadas, tal vez para cobijar algún tipo de *signum*⁶⁴³. En el caso de estudio astur *augustano* existen algunas particularidades regionales como los altares de triple *cornua* con cruciformes, característicos de una serie dedicada al dios Cosus⁶⁴⁴ sobre la que trataré más abajo. Como en los conjuntos epigráficos funerarios se reproduce la misma tendencia de interpretar como *epigrafia povera* aquellos altares realizados en materiales pétreos no nobles y con inscripciones rudas y con fórmulas sencillas. En este sentido se conocen en ámbitos rurales la presencia de altares anepígrafos, los cuales habrían contenido en su estructura morfológica la potencialidad simbólica necesaria para servir de soporte en el ritual llevado a cabo en el espacio sagrado. Este hecho junto a las formulas votivas sencillas (divinidad dedicada + dedicante + fórmula estereotipada votiva del tipo *VSLM*), la presencia excepcional de imágenes estereotipadas (*Instrumenta* o incluso ex votos muebles en materiales perecederos) y la omisión de alguna de las partes implicadas (la

proyecto titulado *Fontes Epigraphici Religionum Celticarum Antiquarum (FERCAN)* (González Rodríguez, 2009: 86).

642 El más completo en este sentido es el altar en mármol a *Consus* de San Pedro de Trones con grabados laterales de una *patera* y una *praefericulum* como Instrumentos del culto (*ERPL* 12). También se tiene noticia de un grabado de una cabeza de toro posiblemente relacionado con el sacrificio en el altar perdido a *Iuppiter Capitolinus* en Santa Marina de Torre del Bierzo (*IRPL* 31 = *ERPL* 47). Homólogos a otros altares en mármol de la capital *Asturica* de finales del s. II d. C. (*ERPL* 49) se conoce una serie muy tipificada de altar con frontón en el que se representan tres arboriformes esquemáticos, flanqueados por sendas *cornua* con ruedas de radios, difundido en ámbito rural especialmente de área zoela (*RAP* 4 y 370).

643 Es el caso del altar a Cosus de San Esteban del Toral-Poulós de San Miguel (*ERPL* 10), el cual tiene en su lado derecho una hornacina gallonada con trece estrías y con representación arboriforme esquemática a cada lado.

644 Son los casos de los altares de Labaniego (*ERPL* 10), Noceda (*ERPL* 8) y Villasumil-Candín (*AE* 1998, 760).



divinidad y/o el dedicante) permiten intuir el peso de la oralidad y el localismo de este tipo de consagraciones de las comunidades rurales, para las que el elemento máximo constitutivo habría sido la elevación del altar en sí mismo, quedando en segundo lugar las particularidades del texto inscrito (que como veremos refleja variedades lingüísticas regionales, “errores”, etc.). A su vez la presencia de altares de mármol en ámbito rural junto a otros en piedra local y diversos tipos de *ductus*, reflejan una mayor complejidad que supera los planteamientos de altares ricos asociados con ámbitos urbanos frente a materiales pobres y mediocres del mundo rural. El análisis de los epígrafes votivos muestra una variabilidad en los conjuntos de un mismo espacio sagrado, lo cual indica un proceso diacrónico con diferentes posibilidades de interrelación entre el cliente (o la comunidad-cliente) y el *lapidista*, así como éste en relación a los talleres y tipos decorativos del momento, de cuyas circunstancias dependería en última Instancia el coste del monumento.

Finalmente lo que corresponde a las deducciones estadísticas del análisis epigráfico funerario, tiene su reflejo en ámbito votivo en relación a la clasificación teonímica entre dioses clásicos u oficiales frente a los indígenas, como reflejo de una interpretación excluyente de las creencias de los conquistadores frente a la supervivencia de los cultos religiosos de tradición prerromana. Desde esta perspectiva el caso del Noroeste ibérico ofrece un registro único para ahondar en el pasado prerromano, siendo el número de divinidades indígenas muy superior al de otras áreas, con 72 teónimos reconocidos hasta el momento, frente a 10 casos de divinidades del panteón clásico romano. Por conventus, la mayor representación está en el bracarense (con 83 exponentes) seguido del lucense y el asturicense (fuente: *FERCAN*; González Rodríguez, 2009: 86). También es cierto que dicha distribución teonímica debe completarse con la inversión entre dioses clásicos frente a indígenas en los contextos urbanos de las capitales, observado desde la visión clásica como el único lugar en donde se llevaría a cabo estrictamente un culto romano. Por último se debe tener en cuenta que si bien existen muchas advocaciones indígenas en ámbito rural, el dios más veces representado en los epígrafes votivos en el Noroeste lo representa la divinidad suprema oficial de Júpiter, comúnmente interpretada como *interpretationes* de dioses supremos célticos (Olivares, 2000; 2002a: 183-186 y 2008), sobre lo que tendré ocasión de tratar abajo en detalle en relación a la constitución y jerarquización de los panteones teonímicos locales en el caso astur (**Fig. 34a y b**).

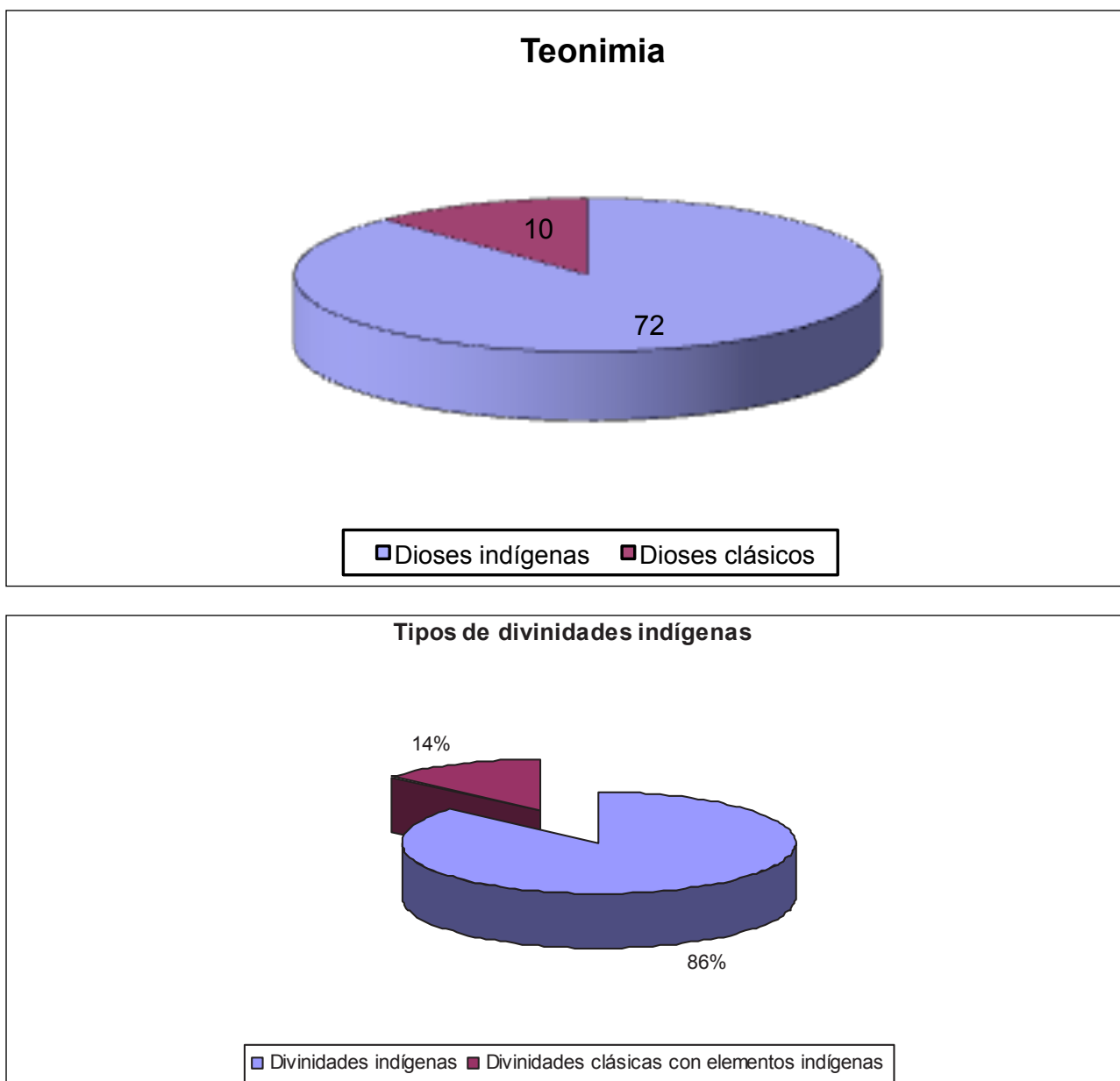


Fig. 34a y b: Distribución de tipos teonímicos en el noroeste ibérico y tipos de divinidades indígenas. Fuente: FERCAN.

Con el objetivo de sentar las bases de la conformación de los panteones locales y la diversidad de tipos santuarios en el caso de estudio astur *augustano* mostraré a continuación algunos ejemplos de otros ámbitos imperiales para luego centrarme en el estado de cuestión del Noroeste hispano. Me centraré en la difusión del hábito epigráfico votivo y la emulación de los *loca sacra* en ámbitos provinciales. Así, de la misma forma que para el caso de la epigrafía funeraria respecto a las estelas, parece claro que la emulación del potencial simbólico votivo debió tener su referente en la práctica cultural militar, con una misma base compartida en todo el Imperio pero con distintas particularidades



dependiendo de las realidades locales precedentes y sus dinamismos socio-culturales específicos (Le Roux, 2002). Las regiones de frontera del Imperio muestran con claridad estas distintas dinámicas provinciales respecto a la difusión del hábito epigráfico votivo.

El caso del *limes* britano está muy estudiado desde antiguo en lo que se refiere al registro votivo de los llamados Muro de Adriano y de Antonino, datado desde mediados del s. II y durante todo el s. III d. C. e interpretado como reflejo del proceso tradicional de *interpretatio* entre dioses clásicos y celtas⁶⁴⁵. En este contexto el morfo-tipo votivo más representado es el de los altares inscritos frente a la mitad sur de la isla en donde se concentran expresiones materiales religiosas del tipo de los llamados templos romano-celtas, relieves y/o práctica popular de las *tabellae defixionae*⁶⁴⁶. En estos altares, sin embargo, no aparecen únicamente divinidades oficiales sino que junto a las advocaciones por los altos rangos a las divinidades de Estado (principalmente a Iuppiter Optimo Maximo -*IOM*- y a los *numina Augustorum*⁶⁴⁷), se le unen las dedicadas a otras tanto a dioses importados de otras partes del Imperio (que ponen en contacto otras áreas militares de frontera como la germana, como son los casos de potencias genéricas tipo las *Matres* y los diis *Veteris*⁶⁴⁸), como a divinidades indígenas o locales. Respecto a estas últimas suelen aparecer acompañando al dios militar por excelencia en ámbito militar después de Júpiter: el dios *Mars*. Es a él al que se le asocian ciertos epítetos característicos que se vinculan con divinidades indígenas o de origen local céltico, tipo *Mars Barrex*, *Belatucadrus* o *Cocidius*. También aparecen de manera genérica los *genii loci*, aplicados a un gran espectro de ámbitos⁶⁴⁹, *nymphae* a manantiales termales como el de Carrawburgh/Brocolitia en el

645 Hassal, 1984; Henig, 1984a [2005] y 1984b; Webster, 1986a y b; Green, 1986 y 1989. Para una revisión del concepto de *interpretatio* en ámbito britano, principalmente desarrollado a partir del registro epigráfico del Muro de Adriano y de Antonino: Webster, 1995a y b.

646 Millett, 1995: 110, 112, figs. 74-75; Jones y Mattingly, 2002: cap. 8.

647 A modo de ejemplo se conocen grandes conjuntos como el de Maryport/*Alauna* (RIB 813-835) en la región de Cumbria en el extremo occidental del Muro de Adriano, en donde en 1870 se encontraron 16 similares altares a *IOM*, con epítetos como *Capitolinus*, y a los *numina Augustorum* junto a otras potencias, que habían sido elevados sucesivamente en el marco de una ceremonia militar dirigida por la *Cohors I Hispanorum* (en concreto su tribuno llamado *Marcus Maenius Agripa*) pero en la que participaron otras unidades (como la *Cohors I Baetasium*) posiblemente entre el 139-161 d. C. bien el día de la celebración del natalicio del *signum militaris* (3 de enero) bien el día del ascenso de Adriano (11 de agosto) (de la Bédoyère, 2002: 144-145; sobre una nueva revisión del contexto arqueológico en Haynes y Wilmot, 2012).

648 Sobre las *Matres* o *Matronae* como potencias nutricias asociadas a los distintos como lugares y su difusión en ámbito tanto centroeuropeo como britano, en Henig, 1984: 48, nota 3. Sobre las variantes de los “dioses antiguos” (*Veter*/ *Veteris*/ *Veteres*/ *Vheteris*/ *Viter*/ *Vitiris*/ *Votris*/ *Hveteris*/ *Hviteris*/ *Hveterus* y *Mogons Vitiris*) y su posible origen germánico en Webster, 1986a: 78-79, nota 4. Otras divinidades que ponen en relación el *limes* britano y el germano son los casos de *Mars Thincsus* y las diosas *Viradecthis* y *Epona*, entre otros, muy vinculados todos ellos al ejército.

649 Tipo *genii legionis*, *centuriae*, *alae*, *cohortes*, *numeri*, *praetorii*, *praesidii*, *signiferorum*, *collegii*, *Imperatorum*,



caso de Coventina/Covetine/Covontine⁶⁵⁰ o en el caso del sacellum militar de Benwell/Condercum dedicado al dios Antenociticus/Anociticus y a los *numina Augustorum*⁶⁵¹, del que se ha propuesto recientemente una variación fonética y lingüística derivada de la familia imperial Antonina (de la Bédoyère, 2002).

Con lo expuesto parece que el panorama epigráfico votivo del *limes* britano no muestra un panteón indígena de tradición prerromana claramente estructurado, sino una tónica que se expone en otros ámbitos similares, como el *limes* germano, en donde se repiten las advocaciones oficiales (*IOM* y *numina Augustorum*) seguidas de las potencias sagradas genéricas del lugar de diferentes formas: a) atendiendo a denominaciones importadas y estandarizadas como las *Matres* o los *diis Veteris* —e incluso en el sentido de protector de los bosques salvajes (*silva*), el dios *Silvano*—; b) a través de los distintos *genii (huis) loci*; c) vinculados a lugares naturales especialmente atractivos a la cultura romana como los manantiales termales y asociados en forma de *nympha*; d) en relación con diferentes formas locales o importadas de denominar al dios Marte, a modo de *interpretatio* en la que la realidad sagrada precedente queda sometida y neutralizada por el poder simbólico de la divinidad romana de la guerra y el derecho de conquista, y e) a por medio de otros tipos de divinidades y abstracciones clásicas y orientales (tipo Fortuna, Hércules, Esculapio, Mitra, etc.), incluyendo casos de referencias cultistas o arcaicas (tipo las *Parcae* o los *Penates*).

Si nos trasladamos a ámbitos rurales podemos encontrar que allí donde existían lenguas escritas prerromanas, parecen dominar los casos de inscripciones votivas transcritas en latín/griego de sus lenguas vernáculas o en formatos bilingües⁶⁵². El caso del neo-púnico ha sido recientemente revalorizado en relación con la construcción de la identidad a lo largo del Imperio a través del importante componente africano del ejército, principalmente durante el s. II d. C. Estos estudios han llamado la atención sobre que en las comunidades rurales libias se constata un sincretismo entre lo libio y lo púnico a través de inscripciones en latino-púnico, es decir en lengua local neo-púnica escrito en latín⁶⁵³, algo similar a los casos de las inscripciones rupestres en lengua “lusitana” en entre otros.

650 *RIB* 1522-1535.

651 *RIB* 1327-1329.

652 Tanto de menor alcance con algunas de la familia céltica como el lepóntico en la Cisalpina o el caso de las lenguas ibéricas en Hispania, de la misma forma que en aquellas de mayor peso tipo el egipcio o el neo-púnico en el norte de África

653 Se trata de un 79% de las inscripciones procedentes del ámbito rural del pre-desierto libio, las cuales presentan



el occidente ibérico, a las que tendré ocasión de referirme más abajo. La naturaleza de los cultos también se diferencia notablemente en estos lugares: abundan los cultos libios no sincretizados (“indígenas”) y son raros los templos identificables, de la misma manera que se reducen a una pequeña representación las dedicatorias a los cultos sincréticos oficiales de ámbito provincial (tipo *Iuppiter-Hammon/Ammon*, *Caelestis-Tanit* o *Heracles-Melqart*) (Mattingly, 2011: 243-344, tablas 8.4 y 8.5). Este hecho ejemplificado en Libia podría tener una lectura de pervivencia de los cultos ancestrales en el ámbito rural frente a las comunidades urbanas y las propiamente militares. Sin embargo, la interpretación desde esta perspectiva es más compleja y habría que observarlo desde la conformación del concepto de “identidades discrepantes”, en el sentido de una búsqueda de afirmación e identificación en el seno de la nueva sociedad provincial, en donde operan de diversas formas los distintos grupos de poder en los diferentes ámbitos en donde se desarrollan (ámbito privado/público, militar, urbano o rural, en el seno de una asociación o por grupos de género y/o edad, etc.) (Mattingly, 1997; 2004 y 2011).

En el caso del Noroeste hispano converge la presencia permanente de tropas militares romanas junto a la preeminencia de una población rural sin grandes centros urbanos. A su vez por un lado contamos con dos líneas de investigación en lo que se refiere al registro arqueológico en relación con la detección de espacios sagrados. En primer lugar están los estudios en relación a los conjuntos epigráficos votivos de núcleos urbanos y/o urbanizados, desde los centros religiosos de las capitales conventuales⁶⁵⁴ hasta aquellos relacionados con espacios de culto militar⁶⁵⁵. En segundo lugar se han abordado desde antiguo los santuarios romanos rupestres

una onomástica claramente local dominante con una absoluta mayoría de nombres de procedencia púnica respecto de la latina romana (Mattingly, 1995: 162-168 y 2011: 241-245).

654 Se conocen diversos espacios de culto y propuestas de procedencia de los principales conjuntos votivos en las distintas capitales conventuales del Noroeste; para el caso de Braga/*Bracara Augusta* (Tranoy, 1980; Santos, Le Roux y Tranoy, 1983; Martins, 2004; Lemos, 2010); para Lugo/*Lucus Augusti* (González Fernández y Carreño, 1998; González Fernández y Rodríguez Colmenero, 2002; Herves y Rodríguez Colmenero, 2007; Rodríguez Colmenero y Rodríguez Cao, 2007) y para Astorga/*Asturica Augusta* (Sevillano y Vidal, 2002; Sevillano, 2005; Burón, 2006). Para una síntesis junto con otras “capitales” de la llamada Hispania céltica: Olivares, 2002-2003 y 2006.

655 Es el caso de los conjuntos epigráficos votivos de campamentos permanentes como Rosinos de Vidriales/*Petavonium* (Martín Valls y otros, 1995; Hernández, 1999a) o León/Legio (Morillo, 2008). Por otro lado se conocen los grandes conjuntos epigráficos votivos y honoríficos militares de Luyego, Priaranza y Villalís (*ERPL* 63, 64, 65, 66, 67, 68, 70, 71, 72, 79 y 80) en relación a los frentes mineros auríferos de la Valduerna y los núcleos de administración y gestión romanos tipo Santa Marina, Huerña/Los Llinares o la propia Villalís (Domergue y Martin, 1977; Orejas, 1996: *CND*-8 y 9). Otros núcleos de administración romana asociados a la minería aurífera en la sierra del Teleno han permitido la individualización de una capilla integrada del tipo *aedes* in antis (Dielaufait y otros, 2011). Para una visión de conjunto



tomándolos como claros ejemplos de lugares de culto prerromano, entre los que destaca el caso paradigmático del santuario de Panoias (Vila Real). Se trata de un espacio sacro que no se reflejaba ni quedaba vertebrado a través de altares sino en un itinerario de paneles epigráficos inscritos en rocas naturales (*CIL* II, 2395a-e) junto a distintos escaleriformes y cavidades talladas para recibir ofrendas (*lacum*) de un culto sacrificial perfectamente reglado⁶⁵⁶. En este ambiente, aparece el concepto epigráfico de *templum* que, como en otros casos peninsulares de santuarios asociados a lugares naturales⁶⁵⁷, contempla el *locus sacer* en sí mismo, quedando las plausibles construcciones tipo *aedes* contenidas en él⁶⁵⁸. En la línea de investigación de otros santuarios rupestres al margen del *unicum* que representa Panoias, ya me he referido a la renovación que se ha venido efectuando⁶⁵⁹ y que viene a poner en duda los esquemas apriorísticos sin constatación científica de los santuarios de tradición prerromana más o menos estereotipada a través de los tópicos celtas. Dichos estudios han mostrado una amplia variedad de casos que muestran la complejidad del tema; desde santuarios falsos⁶⁶⁰ hasta otros bien contextualizados que remiten a ciertos elementos reincidentes y que aportarán importantes avances en el estudio del tema en un futuro próximo⁶⁶¹. La tónica general es sin embargo la constatación de epígrafes votivos descontextualizados, muchos de ellos reutilizados en poblaciones actuales que sirven como lugar de referencia en relación a su procedencia. Como con las etelas tiene un carácter

de la religión en el ejército para el caso hispano: Andrés Hurtado, 2005.

656 Al margen de que ocupara un lugar de culto precedente, la transformación y conformación principal del espacio en *locus sacer* dedicado a divinidades mistericas tipo Isis, Serapis y potencias del lugar (*omnibusque numinibus* en *CIL* II, 2395b), vino de la mano de un ciudadano de orden senatorial llamado *Gneus C. Calpurnius Rufinus* (*CIL* II, 2395a, b, c, y d). Las inscripciones recogen un ritual de iniciación con un orden e itinerario que ha sido reconstruido a través de las inscripciones rupestres que muestran términos y expresiones claramente extraídas de una *lex sacra* (que establece como se sigue el culto y donde se depositan las ofrendas y sacrificios, etc.). Para un análisis del conjunto en Alföldy, 1995 y 2002.

657 Este es el caso del *titulo picti* de la Cueva Negra asociada a una surgencia termal en Fortuna, Murcia, vinculado a las Ninfas, las aguas, las fuentes, los *Phurgia Numina* y la *Fortuna Balnearis*, incluyendo el vocablo *templum* en clara alusión al espacio sagrado que conformaría la propia cueva natural (Stylow, 1993: 455).

658 Existe la posibilidad atípica en Panoias, respecto al conjunto tanto de santuarios rupestres romano-indígenas como de posibles espacios sagrados atectónicos fundados en torno a altares, de la construcción de capillas, sobre algunas de las rocas del itinerario que cubrirían algunas de las cavidades para el sacrificio (*lacum*) tanto desde el punto de vista arqueológico como del epigráfico: *in hoc templo locatis aedem* (*CIL* II 2395a).

659 para el ámbito occidental hispano: Santos, 2002 y 2010a, b y c; Santos y Schattner, 2010. Para el caso celtibero: Alfayé y otros, 2001-2002; Alfayé, 2003-2005; 2005 y 2009.

660 Casos del escaleriforme de Mogueira, Resende (Santos, 2010b) o la llamada “piedra de sacrificios” de Monreal de Ariza, ZA (Alfayé y otros, 2001-2002).

661 A partir principalmente de la clasificación en curso sobre santuarios rupestres en el Occidente ibérico: Santos, 2010c.



problemático específico a la hora de interpretar y caracterizar los espacios sagrados. Los casos de santuarios rupestres son una forma de lugares sagrados en ámbito rural pero que debieron conformar más una excepción que una regla. Las inscripciones rupestres funcionan como altares naturales ante los cuales se realizarían los rituales. Pero el registro conocido de altares descontextualizados en ámbito rural parece reflejar la modalidad de espacio sagrado en torno a la potencialidad simbólica y ritual del altar en un espacio delimitado de forma sagrada; tándem básico de *templum* y *ara*. A la caracterización de estos lugares sólo se puede acceder a través de su detección y excavación, de lo cual sólo contamos con noticias antiguas sobre la base de altares votivos en posición secundaria.

El único caso de santuario romano excavado en el Noroeste es el que se desarrolló sobre el castro del Monte do Facho en Donón (Hío, Cangas de Morrazo, PO) dedicado al dios Lar Berobreo con más de 57 altares inéditos encontrados *in situ* que suman más de 100 con los que se tenían conocidos. Se trata de un lugar en el extremo occidental de la Península do Morrazo sobre los acantilados que miran al Océano y desde donde se divisan las islas Cies y la entrada a la ría de Vigo. Además de la evidencia de un nivel del Bronce Final, se conoce principalmente un asentamiento de la Segunda Edad del Hierro (siglos II-I a. C.) en la ladera norte-noroeste con doble recinto, foso y dos basureros extramuros -*concheiros*- en las laderas este y oeste. Parece ser que pudiera tener niveles anteriores (siglos IV-III a. C.) y que lo conocido corresponda a un momento de crecimiento del poblado que sería abandonado hacia el cambio de Era, no más allá de la primera mitad del s. I d. C. Sobre los restos de parte del poblado se implantó el santuario conformado por *arae* hincadas en distintas estructuras en forma de cercados y a distintas alturas salvando desniveles. La única estructura claramente diferenciada es una construcción oval con una datación de abandono entre los siglos III-IV d. C. a través de la numismática, aunque para el nivel de uso se constata un registro mezclado que remite a un horizonte amplio (siglos V a.C.-II d. C.) (Schattner, Suárez y Koch, 2004: 26, 41). La interpretación que se hace para la fundación del santuario remite a la cronología alta que tradicionalmente se asocia a la eclosión votiva indígena en los siglos III-IV d. C., en última Instancia como reflejo de “romanización débil” que habría permitido la supervivencia de creencias prerromanas siglos después de la conquista. La excavación no permite argumentos inequívocos para justificar una datación tardía puesto que es difícil reconocer y asociar los fragmentos de altares a los niveles estratigráficos sobre los que



se levantaron, siendo posible su fundación desde finales del s. I d. C. y durante el s. II d. C.⁶⁶². El caso del santuario del Monte do Facho muestra unas particularidades específicas en relación a la reconversión de un poblado abandonado en espacio sagrado por parte seguramente de la población emigrada y asociada a un culto a los ancestros del lugar (definido a la romana como los dioses lares de Berobreo como topónimo del lugar). Todo ello indica un culto de nuevo cuño no vinculado epifánicamente con un lugar desde tiempos prerromanos; se trata de un ejemplo de conformación de espacio sagrado imbricado en el sistema romano provincial, sin saber el estatuto específico de las comunidades e individuos implicados. La excavación del Monte do Facho obliga por un lado a observar que la excavación en sí misma no ofrece resultados indudables y también que a diferencia de los contextos cerrados de las tumbas, los espacios sagrados reflejan una frecuentación diacrónica que va conformando el espacio en el tiempo.

Por su parte el caso de la epigrafía votiva en el Noroeste integrado tradicionalmente en la Hispania indoeuropea o céltica con la mayor concentración de teónimos indígenas de toda la Península Ibérica, remite a la interpretación clásica de supervivencia de las creencias prerromanas asociadas mínimamente interferidas por Roma. Recientemente a partir de las labores del *FERCan* se han puesto de manifiesto las deficiencias del curso que está siguiendo el desarrollo del estudio del material epigráfico votivo, encontrando un excesivo interés por encajar □panteones estándares□ con el resto de la Europa céltica (al estilo de Olivares criticado en Arenas y López, 2010: 150). Este hecho conlleva el problema de que se llega al punto de hacer coincidir □religión indígena□ con □religión celta□ y ésta con □religión prerromana□, llegándose a recurrir a modelos continentales que sólo generan confusiones y una falta de atención en la heterogeneidad de los casos de estudio. A su vez, se le suma una falta de interés por la datación relativa de la evidencia epigráfica, caracterizada como en el caso funerario por una tendencia a la cronología tardía y genérica del tipo siglos II-III d. C., sobre lo que volveré más abajo, lo cual no permite contemplar las distintas especificidades históricas

662 Por el contrario, se postula una datación tardía entre los siglos III-IV d. C. y la datación pre-cristiana post-quem de finales del s. IV-V d. C. principalmente a partir de la lectura estratigráfica de los cortes IIb y IIa. Para la cerámica encontrada se cuenta con un registro ambiguo y se han constatado desde un *sui generis* paredes finas hasta ánforas altoimperiales muy rodadas junto con cerámica castreña que se consideran del periodo de abandono del poblado en el cambio de Era. Respecto a los vidrios, se asocian con ofrendas *in situ* relacionadas con posibles libaciones pero no se tiene un estudio hecho en profundidad. Por último las monedas sugieren una datación para el abandono de la estructura oval antes de mediados del s. III d. C. por acuñación de Claudio II Gótico así como posibles ofrendas votivas que se concentran en el s. IV d. C., época de Constancio Cloro, Constantino o Faustina- (Schattner, Suárez y Koch, 2004: 50-61, nota 63).



de cada contexto socio-cultural. Por último, ha sido habitual reducir las áreas de culto a las áreas de dispersión teónimicas enmarcadas en demarcaciones geográficas y étnicas de tradición prerromana, como se extrae del trabajo de Olivares (2002a). La distribución espacial del registro teonímico debe superar los tradicionales mapas de dispersión a través de una mayor información contextualizada y diacrónicamente dispuesta. Arenas y López han propuesto una primera labor utilizando Sistemas de Información Geográfica (SIG/*GIS*), definiendo conjuntos de áreas de culto y sus tendencias de dispersión, contextualizando sus posibles distribuciones en sus específicas coyunturas socio-políticas y haciendo un balance para probar la aplicación de esta metodología informática (Arenas y López, 2010).

Los datos teonímicos utilizados deben tratarse como provisionales en tanto en cuanto necesitaría de una revisión sistemática de cada uno de los epígrafes puesto que hay lecturas dudosas y pueden existir duplicados. Sin embargo, con los datos existentes se procede a una cuantificación y clasificación a partir de una pretendida diferenciación de origen lingüística: 641 dedicatorias con elementos indígenas o nativos, de los cuales se interpretan 336 de origen celta, 217 de origen probable no-celta y 88 teónimos romanos con elementos indígenas. El resultado al representar estos datos georeferenciados en mapas sólo permite mostrar algunos vacíos significativos, como el área oriental y meridional, tradicionalmente interpretado como diferencial en tanto en cuanto es de base no-indoeuropea, y la zona del valle medio del Duero que, sin embargo, contradice la idea de una homogeneidad fundada en el carácter compartido indoeuropeo celta para todo el centro y norte hispano. Tras dicha primera localización, se requiere de un análisis espacial en relación con los tipos de téonimos a través de un sistema de densidad espacial reflejado a través del método Kernel o de las densidades focales (*foci*). Con ello, además de representar los focos geográficos de los diferentes cultos analizados, se pretende detectar las tendencias de dispersión de dichos cultos que se puedan vincular a aspectos socio-económicos y políticos que no hayan sido todavía suficientemente evaluados (Arenas y López, 2010: 150-154).

Esta aproximación teórica y metodológica a la dispersión teonímica indígena hispana me permite sacar algunas reflexiones. En primer lugar, las áreas de dispersión detectadas ofrecen muchas limitaciones aunque muestra algunos puntos de interés además del de superar ciertas constricciones *ad hoc* en cuanto a asociaciones de tradición prerromana y frecuentación teonímica romano-indígena, en especial en los cultos “suprarregionales” explicadas en ocasiones a través del recurso manido de



las migraciones (para el caso de Cossus en Olivares, 2007: 160) o de la dispersión en torno a las vías como con *Epona*, *Nabia*, *Revus*, etc. El problema a la hora de utilizar este tipo de herramientas de análisis espacial con el registro como el teonímico, lo supone la escala macro en la que se insertan, puesto que no se puede estudiar la influencia de un culto de la misma manera que la accesibilidad a los recursos del territorio desde un poblado (para lo que se usa el mismo sistema de densidades focales a través de estudios de coste que permitan representaciones de accesibilidad isocrónicas, etc.). En segundo lugar, no es necesario hacer un cálculo como el que se presenta más allá de para poder mostrar la distribución y la concentración de inscripciones, es decir el primer paso de representación locacional, desde la provisionalidad de los datos. Y es que cada caso no corresponde a un mismo tipo de contexto, puesto que además de los ámbitos generales tenidos en cuenta (privados, públicos, urbanos, rurales y militares), dentro de cada uno de ellos existen otros sub-tipos: p.e. dentro del ámbito rural se debe diferenciar entre una inscripción en un poblado tipo castro de origen prerromano como San Cibrán de Las, en un núcleo romano de nueva planta tipo *Bergidum Flavium* o en espacio al aire libre rupestre tipo Pena Escrita en Vilar de Perdices, entre otros. Y es por ello que las dinámicas sociales e ideológicas son distintas y no se pueden resumir en un cálculo matemático expresado a través de un tipo *buffer*⁶⁶³. Por último, no cree que facilite el trabajo la artificiosa clasificación sobre una base lingüística que diferencia entre celta y no-celta, lo cual como queda demostrado en el propio ejercicio de dispersión espacial es altamente incoherente allí donde se pueden encontrar más afinidades con el registro material, simbólico e ideológico de posible tradición indoeuropea y celta, como el ámbito celtibérico en torno a la Meseta oriental⁶⁶⁴. Finalmente resulta también artificial seguir abstrayendo las divinidades clásicas de las indígenas, tratándolas como diferenciadas, puesto que todas forman parte de un mismo sistema religioso: la religión romana imperial con las particularidades locales y regionales características de cada sitio pero con una misma base compartida.

A la hora de contemplar la difusión de la práctica votiva no puede reducirse ni a una emulación forzada en lugares fuertemente militarizados, ni a una pervivencia de las tradiciones cultuales

663 En este caso focal, indicando *foci* que funcionan o bien en el marco de la observación de la Península Ibérica como un todo pero no en casos a una escala micro que requieren de un análisis contextual de los datos para plantear hipótesis de trabajo como a qué tipo de organización del poblamiento geo-histórico corresponde un conjunto de altares inscritos.

664 Es precisamente en ese área en donde se cuenta con que los teónimos de pretendida base celta tienen una menor representación, aunque se encuentre cierta concentración en el extremo más occidental y en el Alto Ebro, reflejándose una dispersión de hasta 7 *foci* no celtas frente a 5 celtas (Arenas y López, 2010: 155, Fig. 2).



prerromanas. La clave, desde mi perspectiva, está en comprender que en el territorio peregrino los lugares sagrados y los altares que se erigieron para rendir culto fueron el escenario y el Instrumento del poder en sus diferentes escalas y facetas. Es por ello que existe una utilidad claramente política tras la génesis, difusión y mantenimiento de un tipo de culto, puesto que no se mantiene, como hemos visto, un culto alternativo o sustitutivo del oficial romano, sino un polimorfismo de potencias sagradas integradas en una ortopraxia o ritual votivo normalizado o “estandarizado”; el que gira en torno del altar o *ara* en el terreno consagrado o *templum*. Todo lo demás, debe de contemplarse en el ámbito de lo subversivo, tanto políticamente organizado a modo de las resistencias judías o drúidicas, duramente aplastadas, como reducidas al ámbito de la invisibilidad más privada. El registro epigráfico votivo es por tanto, el resultado de los esfuerzos en diferentes grados identitarios en el seno social. La conformación de los panteones remite a un mismo modelo que puede ser rastreado desde en los ámbitos más oficiales y urbanos hasta en aquellos más rurales y retirados, puesto que en todos ellos existe una misma voluntad a la hora de manipular el culto como lenguaje de poder. A la hora de aplicar este razonamiento al ámbito peregrino astur, se debe tener en cuenta el hecho al que me he referido más arriba sobre que los ritos por los que se consagra un lugar sagrado en suelo provincial no son romanos (Plin., *Ep.*, 10, 50), no sagrados en un sentido estricto aunque considerados como tales (Gaius, *Inst.*, 2, 7). Esto supone la inclusión de los lugares sagrados en ámbito peregrino, a ojos de Roma, como lugares de una religión privada organizada en lugares públicos de la comunidad (Castillo Pascual, 2000: 85). Este hecho de lugar sagrado de la colectividad emulado del sistema religioso romano se acomoda perfectamente al registro votivo con el que contamos para interpretar los primeros momentos de adopción de los cultos romano-indígenas y la conformación de sus panteones locales, como tendré ocasión de mostrar en el caso astur augustano.

13.2. El caso de estudio de la epigrafía votiva astur *Augustana*

En la elección de un ejemplo para analizar en este apartado el comportamiento votivo de las comunidades articuladas en las *civitates* romano-indígenas, he optado por el ámbito central de la *Asturia Augustana*, en concreto la región del Alto Bierzo para el que contamos con algunas aproximaciones precedentes⁶⁶⁵. Este territorio con sus paralelos más cercanos en áreas del entorno

⁶⁶⁵ Pastor, 1981a y b; Mangas, 1983 y 1995. Desde una óptica más amplia de análisis del comportamiento epigráfico: Sastre, 2002a.



astur, *augustano* y transmontano, así como de las *Gallaeciae*, me permiten tratar un primer volumen de datos en relación a la configuración de los altares descontextualizados como símbolos clave en relación a su disposición en diversos tipos de lugares sagrados como reflejo de la emulación del sistema simbólico votivo romano en ámbito peregrino. Tras abordar los criterios que me han permitido otorgar una datación relativa al documento epigráfico votivo como en el caso funerario, me detendré en la primera difusión del sistema religioso romano en ámbito peregrino. Para ello abordaré la asunción de la concepción teónimica romana y en concreto los actos de lealtad a través del culto a Júpiter por las colectividades resultantes y su relación con las divinidades indígenas patronas como a la adopción del ritual votivo. Posteriormente propongo analizar la conformación de un panteón rural peregrino en un caso de un conjunto epigráfico votivo que se propone tenga una misma procedencia del lugar del Poulós de San Miguel en San Ensebán del Toral (Bembibre, Alto Bierzo, LE). Con la elección de este conjunto votivo y de las conclusiones que se deriven de su análisis en el tiempo, propongo también reflexionar sobre el desarrollo de dicho lugar de culto en un entorno habitualmente asociado con las explotaciones mineras auríferas, la presencia del poder oficial romano ligado a ellas y la propia promoción de algunos enclaves viarios regionales. Por último abordaré una propuesta de génesis respecto al teónimo indígena detectado como el dios patrón Cosus, su vinculación con el universo simbólico peregrino y su difusión en forma de regionalismos con especial profusión en el Noroeste ibérico.

13.2.1. Criterios para la datación epigráfica votiva

Hemos visto en el capítulo anterior dedicado al registro funerario transmontano- zamorano las complicaciones que se extraen a la hora de datar genéricamente el documento epigráfico. Es de destacar que los aspectos resaltados en los casos de epigrafía funeraria se vuelven aún más complejos y difusos en lo que concierne a las inscripciones votivas. Esto es principalmente por dos hechos constatados. En primer lugar, no contamos con fórmulas dedicatorias datadas con aproximación del tipo del *D(is) M(anibus)* o de los tratamientos en superlativo acabados en *-issimo/a*, sino que el uso de fórmulas de consagración del tipo *ex voto*, *V(otum) S(olvit) L(ibens) M(erito) o sacrum*, entre otras, se emplean a lo largo de toda la época altoimperial⁶⁶⁶, por lo que difícilmente podemos emplearlo

⁶⁶⁶ El caso más común de fórmula de consagración de *v. s. l. m.* se ha datado sin embargo para el caso hispano a partir de finales del s. I-II d. C. (Le Roux y Tranoy, 1973).



como un método de datación. La paleografía del texto inscrito supone aún más problemas ya que, como hemos visto, se difunde sobre todo en soportes pétreos de distintos granitos que impiden una definición fina del *ductus* y constriñen las destrezas del *lapicida*⁶⁶⁷. El criterio más común a la hora de datar las *aras* votivas ha sido necesariamente el análisis de la onomástica que, como he apuntando, tampoco se la puede tomar como un criterio fijo, aunque algunas tendencias parecen poder enmarcar ciertos parámetros temporales (Tabla 3). Los elementos morfológicos e iconográficos como ya me he referido en el capítulo anterior están mucho más sistematizados que en los casos funerarios, contando con ciertas particularidades sobre una misma base prismática de *cippo* con doble *cornua* y *foculus*.

Como hemos visto con la epigrafía funeraria del área zoela, los casos votivos del Noroeste con menciones expresas a unidades militares nos permiten a través de sus títulos una datación relativa. Ya he hecho alusión a los casos funerarios de la *Legio X Gemina* y la *VI Victrix*, de las cuales contamos con dos casos de dedicatorias votivas, la primera de un caso lucense a una diosa femenina de la que sólo conservamos su terminación [...]*ae* (*IRLu* 75⁶⁶⁸) y la segunda en el sur de la bracarense a un posible [*de*]*o Turiaco* (*CIL* II 2374⁶⁶⁹), sobre el que volveremos más abajo al tratar sobre el título de *deus*. Ambas dedicatorias pueden datarse en una fecha *ante quem* 75 d. C., puesto que sabemos que la *Legio X* abandonó la Península hacia el 63 d. C. y la *Legio VI* conformó la génesis de la futura *Legio VII Gemina* entre el 68-74 d. C.

Otras dedicatorias militares hacen alusión a cohortes con epítetos que permiten también aproximarnos a su datación. Son el caso de la *Cohors I Gallica*⁶⁷⁰, con una actividad en la Península principalmente durante época flavia. Con su conversión en *Cohors equitata* y el título otorgado por Domiciano de *civium Romanorum*, por tanto post 81-96 d. C., contamos con el voto de un *signifer* a

667 Aún así se reconocen ciertas características como el uso de la *II = E* como síntoma de una datación arcaica que no se extiende más allá de la primera centuria: reminiscencia del alfabeto arcaico (Cagnat, 1964: 14) o influencia de la escritura cursiva (Le Roux y Tranoy, 1973: 205, n 2).

668 De Lugo: [- - -]*ae*/ [*sacru*]*m*/ *C(aius) Valerius/ Carus/ miles l(egionis) X G(eminae)/ v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)*.

669 De Santo Tirso, Paços de Ferreira, Porto: *L(ucius) · Valerius · Silvanus / miles · leg(ionis) · VI · Vict(ricis)/ [De] o Turiaco/ [v(otum)] · s(olvit) · L(ibens) · m(erito) ·*

670 En el 68 d. C. era auxiliar de la *Legio VI* para a partir del 74 d. C. serlo de la recién fundada *Legio VII* y posiblemente asentarse en el campamento de *Aquis Querquennis* en Baños de Bande, Ourense. Bajo Domiciano (81-96 d. C.) la unidad sería transformada en *Cohors equitata*, pasando a ser comandada por un *Praefectus cohortis* ecuestre y recibiendo la condición de *civium Romanorum*, lo que permitía que sus hombres vistieran de la misma forma que los caballeros e infantes de una legión. Con motivo del traslado del *ala Parthorum* por esas fechas a Mauretania, la *Cohors I Gallica Equitata Civium Romanorum* fue destinada al campamento de *Pisoraca* en Herrera de Pisuerga, Palencia.



Bandua Veigebreaego en Rairiz de la Vega, Ourense⁶⁷¹ y el de un miles a *Iuppiter Optimus Maximus Conservator* de Tresminas en Vila Pouca de Aguiar, Vila Real⁶⁷². Por último, los casos de las dedicatorias de la *Legio VII Gemina Felix* con el apelativo de Pia, permiten datar las inscripciones en la transición de los siglos II al III d. C., a partir del 196 d. C. Contamos con dedicatorias oficiales como las de parte del conjunto de Luyego de Somoza-Villalís de la Valduerna -en la que confluyen *Legiones*, *Cohortes* y *Vexillationes*-, las dos de Tresminas a *Iuppiter Optimus Maximus (Conservator)*⁶⁷³ o la de Saldanha, Mogadouro a *Iuppiter Optimus Maximus Depulsor* por un veterano⁶⁷⁴, así como las dedicadas a *I(ovis) soc(io) Larocuo*⁶⁷⁵ en Montalegre, Vila Real, o a *Atilaeco* en O Barco de Valdeorras⁶⁷⁶. Se trata de un conjunto bastante abundante en cuanto a dedicaciones militares -principalmente representado por parte del conjunto de Luyego-Villalís- y que veremos con detalle en el capítulo sobre el final de la época altoimperial.

En lo que respecta a las dataciones de los epígrafes que presentaban teonimia indígena, o así interpretada, la datación otorgada ha tendido tradicionalmente a un indeterminado periodo altoimperial tardío (siglos II-III d. C.), llegándose incluso a proponer un auténtico “renacimiento indígena” en fechas de transición al Bajo Imperio (Nicols, 1987: 129-51). Esta idea estaba ligada a los tópicos de tolerancia religiosa y romanización tardía, a los que me he referido más arriba, así como a una reconocida inseguridad cronológica de los epígrafes. La presencia del título de *deus/dea* (y específicamente asociado a *domino/domina*⁶⁷⁷), que no es extraña en Hispania⁶⁷⁸, se había

671 *V(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)/ Bandue/ Veigebraeago/ M(arcus) Siloni/us Gal(eria) Si/lanus / sig(nifer) coh(ortis) I Gall(icae) c(ivium) R(omanorum)* (AE 1968, 237 = HEp 11, 344).

672 *I(ovi) O(ptimo) M(aximo) C(onservatori)/ mil(ites) c(o)h(ortis)/ I Galli/cae · eq(uitatae)/ c(ivium) · R(omanorum) · v(otum) · s(olverunt)/ l(ibentes) m(erito)* (AE 1907, 151 = HEp 7, 1259).

673 *Q(uintus) Annius/ Modestus/ m(iles)/ l(egionis)/ VII G(eminae) P(iae)/ Iovi O(ptimo) M(aximo) C(- - -)* (AE 1980, 582 = HEp 2, 892 = RAP 348).

674 *I(ovi) O(ptimo) M(aximo) D(epulsori)/ Domitius/ Peregrinus/ vet(eranus) leg(ionis) VII/ g(emina) p(ia) f(elicis)/ v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)* (Mourinho, 1987: n° 70).

675 *I(ovis) soc(io) Larocuo// La[rocu]o/ m(ilites) leg(ionis) VII P(iae) F(elicis) c(enturia) [(RAP, 613).*

676 *Atila/eco / L(ucius) Cor/nelius/ Placid/us |(centurio) leg(ionis)/ VII Ge(minae) P(iae) F(elicis)/ ex voto m(erito)* (HEp 3, 272).

677 En Hispania está especialmente representada en el área de Alcuéscar y Montánchez (Badajoz) en dedicaciones a divinidades femeninas como *Ataecina*, *Bellona* o *Salus* pero también a *Mercurio* y a *Ennov(ellico)* (Abascal 1995: 85). La fórmula aparece también con omisión del teónimo (Encarnação 1985-86).

678 Está especialmente representada en el área de Alcuéscar y Montánchez (Badajoz) en dedicaciones a divinidades femeninas como *Ataecina*, *Bellona* o *Salus* pero también *Mercurio* o recientemente un caso de *d(eo) d(omino) Ennov(ellico)* (AE 2004, 0704 = AE 2005, 0728 = HEp 13, 2003, 0981) (Abascal, 1995: 85) así como su presencia en votos en los que se omite el teónimo (Encarnação, 1985-86).



asumido como parte de un proceso ideal de *interpretatio* muy generalizado según el cual primero habría habido una fase de teónimos indígenas, seguida de otra en la que les precederían los títulos de *deus/dea* (+ *dominus/domina* en su caso) y otra final en la que sólo habría teonímia latina⁶⁷⁹ (Lambrino, 1965: 226). Este modelo ya se ha venido criticando ampliamente como en el caso del falso paradigmático *deus Iuppiter Solutorius Eaecus* tal y como demostró Crespo Ortiz de Zárate (1986). Algunos casos, ya desde antiguo, pusieron de manifiesto que algunas de las dataciones “tardías” sustentadas en teónimos acompañados del título *deus-dea* no tenían razón de ser. Es el caso de la lectura de uno de los pocos altares con datación consular en el contexto cántabro al *deus Erudinus* (Torrelavega, Cantabria) (*AE* 1950, 26⁶⁸⁰), el cual ha pasado de datarse del 399 d. C. a un 127 d. C. (Iglesias y Ruíz, 1968: 65).

Más recientemente se ha desestimado ese modelo ideal y se ha datado la generalización de la fórmula *deus/dea* en la primera mitad del s. II d. C. (Salinas, 1995), según los más precoces testimonios galos a partir de época adrianea, hacia el 120-40 d. C. (Raepsaet-Charlier, 1985: 207), aunque en Roma se sitúen más tardíos en la segunda mitad del s. II d. C. y sobre todo durante el s. III d. C. (Mancini, 1980: 174)⁶⁸¹. A su vez parece reconocido que el hábito de situar el teónimo + *deus/dea* es más precoz que el de orden inverso (*deus/dea* + teónimo) (Raepsaet-Charlier, 1993: 13-14). La aplicación de dichos parámetros para el establecimiento de una cronología relativa conlleva ciertos problemas tal y como se ha puesto de manifiesto en algunos casos de estudio. Uno de ellos es el de los registros epigráficos de los santuarios de montaña en el área de los Pirineos centrales franceses (Altos Pirineos y Alto Garona) en torno a la *civitas* Convenarum, con gran profusión de altares miniaturizados a diversos dei entre los que destacan el *deus Fagus* y el *deus Erge/Ergiano* (Schenk-David, 2005; Gorrochategui, 2010). Schenk-David reclama que todos los elementos de la epigrafía para fijar una datación son imprecisos y débiles y requieren de una constatación a través de su contexto arqueológico. Este hecho le lleva a Gorrochategui a justificar una datación a través de la lectura de las excavaciones llevadas a cabo por Schenk-

679 Un ejemplo hispano es el de *deus Iuppiter Solutorius Eaecus* (Salas y otros. 1983), criticado como un falso sincretismo en Crespo 1986.

680 *Corne(lius) Vicanus/ Aunigainum/ Festi f(ilius) ara(m)/ pos{s}uit deo/ Erudino X K(alend)is(!)/ Augu(stis) M(arco) A(ntonino) Ve(ro) co(n)s(ulibus)* (*AE* 1950, 26 = *AE* 1951, 2 = *ERCan* 4 = *ERCan* 84a = *HEp* 1, 223 = *HEp* 7, 278 = *AE* 1998, 770).

681 Del tipo al *deus dominus Apollo Vergulesis* (*CIL* VI 2798 = 32570).



David entre mediados del s. II y principios del s. III d. C. por la concentración de monedas⁶⁸² (Gorrochategui, 2010). Sin embargo, si acudimos a la fuente principal, el propio arqueólogo ya advertía respecto a sus propias conclusiones, aclarando que es ampliamente conocido que la concentración de ofrendas de tipo monetario se generalizan especialmente en los siglos III y IV d. C. por lo que la carencia de ofrendas de las primeras centurias puede ponerse en *stand-by* debido a que pudieron tener forma de objetos perecederos o simplemente estuvieron ausentes (Schenk-David, 2005: 97-98).

El caso hispano muestra algunos ejemplos y casos de estudio que entran de lleno en este debate, reclamándose una datación amplia desde la primera centuria para la intitulatura de *deus* (Andrés Hurtado, 2005: 249, nota 752). En primer lugar contamos con el caso ya referido del *deus Erudinus* al que se le retrasó la datación consular de un incomprensible finales del s. IV al 126 d. C. (Iglesias y Ruiz, 1986). Pero posiblemente el más controvertido sea el de la dedicación militar a un posible *d[eo]* *Turiaco* (Santo Tirso, Paços de Ferreira, Porto) (*CIL* II 2374 (p 706) = *CIL* II 5551 = *AE* 1959, 103) dedicada por un *miles de la Legio VI Victrix*⁶⁸³ y que, por tanto, habría que datar antes de la salida de dicha legión en el 70 d. C., en plena primera centuria (Andrés Hurtado, 2005: 264). Es cierto que dicha inscripción a modo de placa para ser empotrada en algún tipo de monumento o edificio ha sido restaurada, por presentar una rotura precisamente en donde se desarrollaría la titulatura de *deo*. Sin embargo, a tenor de las lecturas y fotografías antiguas así como el orden de las líneas y la aparente presencia de una *o* que precede al teónimo, permite reconstruir la advocación como *deo Turiaco*. Sobre dicho teónimo contamos con paralelos muy cercanos en los casos del *deo Tueraeo*⁶⁸⁴ y de Bande Velugo Toiraeco⁶⁸⁵, ambos de Santa Maria da Feira en Aveiro, Porto, y ya en ámbito lusitano de Borba, Evora, el altar a Quangeio Turicaeco⁶⁸⁶. Tanto Turiaco como Tueraeo, Toiraeco y Turicaeco parecen remitir a variantes de un epíteto o epiclesis de pertenencia, de origen toponímica o gentilicio, puesto que comparte la misma raíz semántica que el nombre único de Turaius-Turea-Tureus-Tureius-

682 En el santuario de Arés entre el 120-76 d. C. y en el de Lias en el cambio de la segunda a la tercera centuria (Schenk-David, 2005: 97).

683 *L(ucius) · Valerius · Silvanus/ miles · leg(ionis) · VI · Vict(ricis)/ [De]o Turiaco / [v(otum)] · s(olvit) · l(ibens) · m(erito) · (CIL II 2374 (p 706) = CIL II 5551 = AE 1959, 103).*

684 *Deo/ Tueraeo/ Volenti/ Arcius/ · Epeici · B/racarus/ s(uo) f(ecit) (AE 1954, 96b)*

685 *Bande · Ve/lugo · Toir/aeco · L(ucius) · Lat/rius · Blaes/us v(otum) l(ibens) a(nimo) s(olvit) (AE 1954, 96a = RAP 19).*

686 *C(aius) · Licinius · Vegetus/ Quangeio · Turicaeco/ v(otum) · l(ibens) · a(nimo) · s(olvit) (AE 1991, 946 = HEP 4, 1056).*



Turius, muy común en el Noroeste, principalmente en área *Transmontana*-zamorana (Abascal, 1994: 534-5). Por el contrario, el teónimo gentilicio aparece concentrado en el centro oeste de Portugal tanto al norte como al sur del Duero -asociado en dos casos a otras potencias simbólicas muy difundidas como *Bandua* o *Quangeius*- y en el caso del *deo Tueræo* también presenta a un dedicante con una posible alusión a su *origo* bracarense -¿o un *cognomen* de *origo*?, que podría indicar un origen de las variantes teonímicas en ámbito brácaro*augustano* en donde se encuentra la placa votiva del militar de la *Legio VI Victrix*. En última Instancia, la placa votiva del soldado parece estar plenamente imbricada en los momentos tempranos de la primera centuria cuando se están forjando las génesis teonímicas por parte de los grupos de poder locales para quien la preponderancia de un militar, tuviese o no una vinculación indígena de algún tipo (clientelar, familiar, etc.) no hacía sino sancionar de oficialidad el lugar pro-sagrado peregrino.

Otro caso similar lo encontramos asociado al *locus sacer* fundado sobre una surgencia termal dedicado a Bormanicus en Caldas de Vizela, Braga, de donde proviene un voto también con la titulación de *deus* dedicado por un ciudadano adscrito a la tribu *Galeria*, el cual dedica un *carmina* en el que se advierte de no dañar el *ara* inscrita⁶⁸⁷. El dedicante llamado *C. Pompeio M[ot?]ugeno* procede de *Uxama* (Burgo de Osma, Soria) y contiene en su *trianomina* dos caracteres que pueden apuntar a una datación onomástica temprana. Por un lado su adscripción a la *Galeria tribu* suele considerarse pre-flavia, frente a la generalización de la Quirina con los flavios, y por otro lado su filiación remite directamente a una filiación indígena -*M[ot?]ugenis f(ilio)*-. Por todo ello algunos autores sitúan dicha inscripción en pleno s. I d. C. (García Merino, 1970: 420-21, nº 1). En ámbito meseteño, de San Esteban de Gormaz, Soria, se ha propuesto una relectura de un *ara* con una posible mención a un *deus*, en este caso en forma abreviada como *d(eo) Dubunecisao*. Aunque la lectura presenta muchas reservas, en dicho epígrafe aparecen interpunciones triangulares -en la 5ª y 6ª línea- y en forma de *hederae* -en el resto- que indicarían una fecha *ante quem* s. II d. C., perfectamente coherente con la primera centuria d. C.⁶⁸⁸. A esta misma línea de revisión cronológica del uso de la intitulación *deus/dea*

687 C(aius) · Pompeius / Gal(eria) · Caturo/nis · f(ilius) · M[ot?]/ugenus · Ux/samensis / deo · Borma/nico · v(otum) · s(olvit) · l(ibens?) / quisquis · ho/norem · agi/tas · ita · te · tua / gloria · servet / praecipias / puero · ne / linat · hunc / lapidem (CIL II 2403 (p 929) = CIL II 5558 = RAP 38).

688 La *editio princeps* (Gómez-Pantoja y García Palomar, 1995: 187-188, lám. I, 1) de dicha inscripción encontrada en Olmillos (San Esteban de Gormaz, Soria) se proponía una lectura, similar a la de otra *ara* encontrada en el mismo lugar, como: Drusun(a)e Cisa Dioc(um) Suattani v(otum) s(olvit) L(ibens) m(erito) (HEp 6, 893 = AE 1995, 868). La propuesta a la que hago referencia es la que lee: D(eo) Dubunecusai Diocus Cuntan(i f.) v(otum) s(olvit) L(ibens) m(erito) (HEp 11,



+ teónimo, creo que apuntaría la grafía arcaica característica de la primera centuria de *II = E* que se observa en el epígrafe a la *dea Cenduedia* por los *castellani* de San Esteban del Toral, Bembibre (*AE* 1995, 855 = *HEp* 6, 626), sobre la que volveré más abajo. Recientemente el epígrafe con la fórmula *in honor[em]* de Cacabelos dedicado a la *dea Degant[ia]* (*CIL* II 5672 = *AE* 1928, 175 = *IRPL*e 59 = *ERPL*e 16 = *HEp* 10, 350) ha sido igualmente datado hacia finales del s. I d. C. en plena convulsión flavia tal y como lo delata el nombre de la dedicante (González Rodríguez y Ramírez Sánchez, 2010). Por último, de área meseteña contamos con alguna relectura que ha puesto de manifiesto la inclusión de la fórmula *deus* abreviada⁶⁸⁹ asociada al hábito de interpunciones triangulares –en la 5ª y 6ª línea- y *hederae* –en el resto-, cuyo uso ya he señalado que no suele sobrepasar la primera centuria.

Por último, respecto a dicho formulario de *deus/dea*, otros autores sin embargo parecen inclinarse todavía por una clara seña “bajoimperial” como es el caso del epígrafe rupestre *-[...] Deu(m) audiutorem Dan(cerum) [...]* –según la lectura de Rodríguez Colmenero (2010). También existe el conjunto dedicado al *Deus Lar Berobreo* del santuario marítimo del Monte do Facho, datado también en época tardía entre los siglos III-IV d. C. a través del único caso con contexto arqueológico (Schattner, Suárez y Koch, 2004). Sin embargo, el contexto del santuario permite observar una datación más cauta desde el abandono del poblado y el desarrollo de la frecuentación santuarial desde finales del s. I-II d. C. tal y como confiesan los excavadores⁶⁹⁰. Habrá que esperar a una aclaración sobre el registro estratigráfico del que por ahora se conoce mejor la última fase frente al vacío de finales del s. I-II d. C. Es importante también en este sentido la evolución formal e iconográfica que se detecta en el conjunto de más de 100 altares recuperados que muestran una larga pervivencia del santuario en un momento que difícilmente podríamos asociar con el irrevocable declive de la epigrafía a partir del s. III d. C.⁶⁹¹

Todos estos datos pueden servirnos para al menos poner en entredicho una automática datación del título votivo *deus/dea* como característico de unos genéricos siglos II-III d. C. sino que podría tener una datación coherente con el registro aún por explorar en su profundidad desde el s. I d. C. El hecho

513 = *AE* 2002, 790). Véase *HEpOL* 16354.

689 Caso del *ara* votiva del territorio uxamense en Olmillos, San Esteban de Gormaz, Soria: *D(eo) Dubune/cisao/ Diocus / Cuntan(i filius) / v(otum) s(olvit) / l(ibens) m(erito)* (*HEp* 11, 513 = *AE* 2002, 790); relectura de *Drusun(a)e / Cisa // Dioc(um) S/uattani / v(otum) s(olvit) / l(ibens) m(erito)* (Gómez-Pantoja y García Palomar, 1995: 187-188, lám. I, 1 = *HEp* 6, 893 = *AE* 1995, 868).

690 Así se confiesa que se tiene “una primera impresión de que nada hablaría en contra de adjudicar una ubicación en el s. II d. C. a las inscripciones más antiguas conocidas hasta el momento” (Schattner, Suárez y Koch, 2004: 65)

691 para un acercamiento sobre el tema del final de la epigrafía: Abascal, 2000-2001.



de trasladar este tipo de elementos internos epigráficos con una datación tardía de forma Instantánea es el resultado de la asunción de los tópicos sobre la “romanización débil” y la “resistencia indígena” en relación con la supervivencia de las pretendidas creencias prerromanas a través de los teónimos durante toda la época romana. Recientemente he tenido ocasión de comprobar cómo las posibilidades de datación de las inscripciones están siempre condicionadas por la interpretación que el propio investigador hace del proceso histórico. Así, la reincidente datación tardía e incluso “bajoimperial” es producto de la interpretación de ese proceso de “romanización” lento y acumulativo. Desde mi perspectiva, en cambio, considero que el hábito epigráfico no está inextricablemente asociado con un momento tardío, de la misma manera que no creo que transmitiese una realidad “superviviente” prerromana. Por el contrario, la epigrafía empieza a generalizarse ya en un momento temprano, puesto que así parecen indicarlo los datos una vez que se analizan desde una visión libre de esta idea simplista sobre el cambio histórico -y así lo hemos venido mostrando para el caso funerario transmontano-zamorano-. Así mismo, he llamado la atención sobre la necesidad de buscar variaciones en un proceso de tiempo largo como es el Alto Imperio, puesto que a lo largo de tres siglos el cambio en todos los aspectos debió ser muy notable -y así creemos haberlo mostrado en las distintas fases del caso del registro epigráfico funerario del área *Transmontana*-zamorana-. De aquí que haya abogado recientemente por desechar, en la medida de lo posible, el hábito común de manejar dataciones genéricas del tipo de siglos I-III, I-II y/o II-III d. C. (Sastre, Beltrán y Alonso, e. p.).

13.2.2. La conformación de los lugares de culto y la génesis de los panteones y las divinidades indígenas en ámbito astur *augustano* (ss. I-II d. C.)

A la hora de iniciar el análisis del caso astur *augustano* se hace necesario reflexionar acerca de la que debió ser la primera difusión y asunción religiosa romana (religio normativa) entre las comunidades resultantes de la reorganización social, política y territorial en *civitates* tras la conquista (González Rodríguez, 2005). Dicho proceso histórico a través de la epigrafía votiva se refleja a través de la incorporación de un sistema poliado de concepción teonímica absolutamente novedoso en lo que al Noroeste ibérico se refiere, tanto respecto a su percepción antropomórfica (o antropomorfizada) y simbólicamente representada en el altar (inscrito o no) levantado en un lugar apropiado para llevar a cabo el culto y los rituales asociados a él. En este capítulo trataré en primer lugar el fenómeno de las



dedicatorias a Júpiter por colectividades que propongo se asocien con las primeras manifestaciones votivas a lo largo de las primeras décadas del s. I d. C. Tradicionalmente han sido observadas como devociones de tradición prerromana encubiertas, olvidando la importante trascendencia de dichas manifestaciones como actos de lealtad al Nuevo Orden en el nombre del Júpiter oficial, dios supremo del Estado romano. A su vez aparecen otras dedicatorias posiblemente sincrónicas que se refieren a divinidades patronas, principalmente femeninas, de dichas colectividades u otras cercanas, lo cual se integra perfectamente en el discurso de poder adoptado por las nuevas aristocracias resultantes tras la conquista en el proceso de emulación religiosa votiva en ámbito peregrino.

13.2.2.1. Las dedicaciones colectivas a Júpiter y a las divinidades patronas indígenas (1ª mitad del s. I d. C.)

En pleno Alto Bierzo, en relación con el paso de la *via Nova* en área minera aurífera de la cuenca del Boeza-Tremor, se encontró un altar hoy desaparecido que a tenor de la primera lectura de Gómez Moreno estaba dedicado a Júpiter Capitolino⁶⁹², es decir a la advocación de la propia colina sagrada y hogar del dios supremo en la ciudad de Roma. Su importancia no sólo reside en la advocación tan oficial de un dedicante que no ostenta ninguna vinculación con el ejército o la administración romana, aunque presenta una adscripción a la *gens Octavia* como señalaré más abajo, sino que el altar en sí ha sido uno de los escasos ejemplos que mostraban una iconografía. Al parecer de su descubridor la composición grabada en los laterales incluía una cabeza de toro representada de frente en uno y una pátera en otro (Gómez Moreno, 1909: 342⁶⁹³). Su localización ambigua ha llevado a confundir su procedencia con Santa Marina de Torre del Bierzo⁶⁹⁴, en una zona hacia el interior con un pequeño yacimiento romano en el lugar del actual pueblo, con una ocupación larga (ss. I-V d. C.)⁶⁹⁵, y algunas

⁶⁹² *Iovi Op(timo) / M(aximo) Cap(itolino) / Gaius Oc(tavi)(us) ex (voto) / posuit* (AE 1928, 177 = IRPLe 31 = ERPLe 47).

⁶⁹³ Así queda recogido posteriormente en los *corpora* tanto en IRPLe 50 como en ERPLe 47.

⁶⁹⁴ En concreto se dice que proviene “de Cerro de Los Castillos en Santa Marina de Torre” (Gómez Moreno, 1909: 342), lo cual se ha asumido sin comprobación alguna en relación a los yacimientos recogidos en la Carta Arqueológica se ha hecho proceder de un inexistente yacimiento de Los Castillos de Santa Marina de Torre del Bierzo (p.e. en ERPLe).

⁶⁹⁵ En el pueblo de Santa Marina, calle de La Casona (JCyL: 24-170-0009-06), apareció en un relleno de no más de 4 m2 fueron localizados algunos fragmentos de arenisca decorados -uno con un templiforme y otro con un sogueado-, una muela de molino de mano, numerosos fragmentos de cerámica común de cocina romana de los ss. I-II d. C., fragmentos de un cuenco de *terra sigillata* hispanica tardia tipo 37, típica de los siglos IV-V d. C. entre otros restos cerámicos y metálicos informes (Sánchez-Palencia, 1992: 4-8). Se conoce otro yacimiento cercano sobre el río Tremor con dos fosos excavados en la roca y un posible derrumbe de un torreón se ha documentado el asentamiento de Los Fueyos (JCyL: 24-170-0009-



explotaciones mineras directamente vinculadas⁶⁹⁶. Revisando la descripción de Gómez Moreno y la toponimia de la zona, se detecta la posible confusión entre las localidades de Torre de Santa Marina (actual Torre del Bierzo) y Santa Marina de Torre (actual Santa Marina de Torre del Bierzo), estando en la primera el yacimiento de Tuécara-Los Castillos (JCyL: 24-170-0011-06) de donde parece ser que provenía el altar. Se trata de un poblado tipo recinto en un espolón entre los ríos Tremor y *Silva*, desde cuyo emplazamiento se domina un amplio control visual del fondo del valle del Boeza-Tremor⁶⁹⁷. En superficie se ha identificado abundante material⁶⁹⁸ que, aunque de forma genérica, lo vincula a una ocupación principalmente romana altoimperial, idea que refuerza su directa relación con la *via Nova* que transcurriría a los pies del poblado a escasos 10 metros de distancia⁶⁹⁹, según la revisión de la misma en la que he participado (VVAA, 2011).

Para algunos autores el ejemplo del Júpiter de Torre del Bierzo representa otra prueba connotada por el componente indígena, sin importarse que se recogiese el más alto epíteto de Júpiter como deidad oficial de Roma y del que sólo tenemos constancia en contextos fuertemente militarizados de otras partes del Imperio⁷⁰⁰, fuera de la ciudad de Roma en donde sólo puede vincularse con el propio *Iuppiter Stator*. Contrariamente, un icono como es el toro sacrificial a Júpiter en este caso del Noroeste ha servido de coartada para algunos autores que han traído a colación el origen pre-indoeuropeo de la sacralidad del animal, apoyándose en algunos estudios de otros ámbitos como las Galias⁷⁰¹ (Rabanal 03) del que por su emplazamiento y tipo de recinto se considera ocupado en época prerromana y posiblemente también en época romana temprana.

696 Se trata de dos característicos asentamientos mineros romanos, Las Torcas (JCyL: 24-170-0009-05) en la margen derecha del Ayo Lañasera y El Regueral-Corona de Boisán (JCyL: 24-170-0009-04) sobre espolón entre los arroyos de Las Arribas y el de Zabán, ambos con fosos realizados por fuerza hidráulica para su uso en la labor de explotación aurífera.

697 Su planta es alargada y orientada de este a oeste. Su eje mayor E-O mide 200 m, por 50 en el eje N-S. En total ocupa un área de 1 ha, con una superficie bien allanada y condicionada en su totalidad. El recinto está formado por un foso y un talud, excepto en la zona sur, en donde la pendiente natural sirve como elemento de delimitación. Existen además indicios de una muralla en el lado nororiental del poblado, como muestran los restos de un derrumbe.

698 Tegula, imbrices, lajas de pizarras, algunas de ellas perforadas para ser colgadas, molinos redondos de granito, cerámica común y terra sigillata.

699 Desde el yacimiento de Tuécara-Los Castillos se domina el paso de montaña del puerto del Manzanal, cuya trayectoria sigue en este punto el curso del río Boeza. Se conocen además tres miliarios procedentes de Torre del Bierzo, aunque ya tardíos de los siglos III-IV d. C.: de Galerio Máximo (*CIL* II 4861); Valerio Licinio (*CIL* II 4863); y otro fragmentado (*CIL* II 4864), que pueden conmemorar algunas reparaciones de aquel tiempo.

700 Son los casos principalmente del *limes* germano tanto de época augustea en Moesia Superior (p.e. en *CIL* III 1677 y 1678) como del s. II d. C. en *Dacia* (ILD 474) o del *limes* britano del Muro de Adriano en Maryport/*Alauna* (*RIB* 832).

701 En concreto se concluye sobre un carácter guerrero de dicho Júpiter indígena “por lo menos en lo que al Norte de Hispania se refiere así como un sincretismo romano-indígena cuyo carácter nos es desconocido” (Rabanal y Ferreras,



y Ferreras, 1994: 628). Desde mi perspectiva, interpretaciones en este sentido no hacen sino forzar un hecho claro y es que la representación del toro o el buey y la pátera no hacen sino reflejar elementos indispensables en el acto votivo: uno en relación a la víctima mayor sacrificada en los triunfos dedicados a Júpiter en la colina capitolina⁷⁰² y otro que representa el acto de la libación que precede al acto del degollamiento del animal en los rituales romanos. Además el propio nombre del dedicante constata la presencia de un individuo de la *gens Octavia* (*Gaius Octavius*), la cual es muy rara y aparece en uno de los casos de la *Legio X Gemina* de Atorga (*ERPL* 210), que como he señalado predomina el origen itálico en un momento muy temprano del primer cuarto del s. I d. C. Todo ello hace pensar que pueda tratarse de una dedicatoria votiva muy cercana al ámbito oficial romano de comienzos de la primera centuria, posiblemente en relación con la puesta en marcha de las infraestructuras vinculadas a la reorganización post-conquista, que en este punto del Alto Bierzo debieron estar vinculadas tanto a la puesta en marcha de las explotaciones auríferas como a los pasos viarios⁷⁰³. En cualquier caso, la presencia de Júpiter como deidad máxima de Estado no es una excepción de lugares como éste en donde la acción romana tuvo una materialización más específica y necesaria (en relación con la puesta en marcha de algunas infraestructuras estratégicas). De esta forma en distintos ámbitos y regiones del Occidente de Hispania se detecta que es a Júpiter a quien más votos dedicaron las colectividades conservadas⁷⁰⁴, como se verá en detalle más abajo, coherentemente con el registro de otros lugares del Imperio, tanto en contextos rurales como urbanos de colonias y municipios⁷⁰⁵. Dejando a un lado las dedicatorias más oficiales, tanto directa como indirectamente (a donde se podría adscribir la dedicatoria de Torre del Bierzo), me centraré a continuación en las referencias en el Noroeste de las colectividades como dedicantes de Júpiter, para comprender las dinámicas votivas de los grupos de poder indígenas en la conformación y génesis de sus cultos en ámbito provincial. La línea de interpretación que seguiré aquí

1994: 628).

702 Sobre este tema principalmente de las descripciones de Livio sobre los triunfos y la parafernalia ritual que los rodeaba en la ciudad de Roma, en Hickson Hans, 2004.

703 Aunque la *via Nova* es de época flavia en El Bierzo, donde se encontraban la *via XVIII* y la *XIX*, se tiene constancia de un trazado precedente al menos de época julio-claudia, tanto en lo que se refiere al paso por Foncebadón, siguiendo el actual Camino de Santiago, como el del Puerto del Manzanal en Torre del Bierzo, siendo este último el propuesto en la renovación de la vía en época de Vespasiano (VVAA, 2011).

704 Expresado en votos ofrecidos por *castellani* o *vicani*, o por varios de ellos simultáneamente; Olivares 2000 y para el caso astur en concreto Santos Yanguas, 2008.

705 para ámbito galo en Van Andringa, 2002: 190-91; germano en Leunissen, 1985: 179-82; y britano en Mattingly, 2006: 215.



es la de concebir las inscripciones a Júpiter de cualquier contexto y ambiente social, como dedicatorias oficiales al dios supremo de los romanos y no la supervivencia de ninguna divinidad pre-romana o indígena velada (Orejas y Alonso, 2013).

Esta aproximación aunque pueda resultar obvia supone un cambio de interpretación profundo que rompe con las vías dominantes que se han seguido hasta hoy. Así, la concentración específica en el Noroeste de dedicatorias colectivas indígenas así como de dedicantes peregrinos, ya le llevó a Tranoy a defender que tras el dios supremo de los romanos se encontraba una deidad prerromana asimilada, cuyo culto habría jugado un papel importante en la unificación y en la integración religiosa de las comunidades del Noroeste (Tranoy 1981: 315-21). Esta idea de la supervivencia prerromana ha cobrado fuerza sustentándose en el carácter céltico de la iconografía de Júpiter en las provincias germanas, galas o britanas: la rueda de radios (o la esvástica) asociada al dios pancéltico *Taranis* (Green 1986: 59 y 1991: 86 y ss; Hatt 1989: 83 y ss). Así se ha justificado la existencia de un “Júpiter indígena” o “dios de la rueda”, presente en el abundante registro escultórico de las *Viergötterstein* o “piedras de cuatro divinidades” y asociado a las columnas llamadas de Júpiter o *Jupitersäulen*. Pero en este sentido, para los defensores de esta tesis en Hispania, los datos parecen menos claros. Por una parte, no contamos con ninguna prueba de la existencia de una divinidad prerromana asimilable, ni por las fuentes literarias ni por las arqueológicas. Por otro lado, no podemos admitir tampoco ninguna iconografía ni representación escultórica asociable clara. Respecto al origen de la rueda de radios ya hemos visto en el capítulo anterior su origen militar a partir del motivo de la rosa hexapétala en el contexto ideológico funerario romano a lo largo del Imperio. Con todo, para algunos autores, las citas principalmente de César (*Gal*, 6, 17), la existencia de dedicatorias comunitarias rurales a Júpiter en otras partes del Imperio y la densidad de teónimos autóctonos en las mismas zonas con la religiosidad indígena, bastan para considerar que los altares y textos consagrados a Júpiter “translucen” una tradición prerromana (Olivares, 2000; 2002a: 183-86; Brañas, 2007: 407-12): un culto previo a un dios soberano autóctono que no ha dejado traza alguna y cuya existencia implicaría una articulación política de las comunidades prerromanas que no parece probable⁷⁰⁶.

706 Olivares concluye su artículo afirmando: “Los datos que hemos expuesto son, por tanto, indicios del carácter jurídico-político del dios supremo de los galo-romanos y de los lusitano-galaicos, todavía visibles en el momento en que sus características estaban ya siendo modificadas y ensombrecidas por la influencia del culto al dios romano Júpiter, proceso que se reforzaba, precisamente, por las analogías existentes entre los caracteres religiosos de ambas divinidades” (Olivares, 2000: 73).



Estudios recientes muestran que el papel de Júpiter como una divinidad prerromana encubierta es un producto de la historiografía más tradicional que debe ser revisado. Así en las Galias ha quedado constatado que los votos relacionados con las fundaciones de los nuevos enclaves y/o su patronazgo se hacen a Júpiter, porque éste representa la máxima divinidad protectora de la comunidad cívica desde el punto de vista romano, a la vez que su superioridad respecto a cualquier deidad local junto con las que aparece en la conformación de los panteones de los distintos lugares, tanto de ámbito colonial y municipal como no privilegiado o peregrino. De aquí se deduce que la conformación de cualquier divinidad indígena pase por la intercesión obligada de Júpiter como el dios de los romanos, y así lo muestran casos tréveres, helvecios, mediomátricos y eduenos (Van Andringa, 2002: 277). Este hecho se hace especialmente palpable en casos como el del pilar votivo del colegio de *nautae* parisinos en la antigua Lutecia/París, en donde se recogen distintos relieves e inscripciones referidos a dioses romanos (Júpiter, Vulcano, Marte, Cástor, Pólux, Minerva, Venus, Fortuna) así como dioses indígenas (*Cernunnos*, *Esus*, *Tauros Trigaranus*, *Smertrios*, *Rosmerta-Maia*?) pero el monumento se erige con una clara vocación pro-romana en honor del emperador Tiberio y de *Iuppiter Optimus Maximus* (IOM). Es a Júpiter, el único inscrito en dativo (*Iovi*) frente a los demás en nominativo, a quien se dirige el sacrificio más importante y con él, al Estado romano y a Tiberio⁷⁰⁷. El proceso histórico al que el pilar de los *nautae* parisinos pertenece no es otro que el que se desprende del comportamiento detectado en las ciudades romanas galas, en donde a la elite ciudadana se le suman comunidades peregrinas más o menos urbanas en curso de adquisición de un estatuto privilegiado así como colectividades vecinales y corporaciones tipo *collegia* oficialmente integrados en el seno de la *civitas*. En todo este conjunto es común un registro votivo principalmente a la domus imperial y a los dioses de Estado, principalmente a Júpiter. Así, contamos con distintos monumentos votivos durante toda la época julio-claudia⁷⁰⁸. A este mismo conjunto de la primera mitad del s. I d. C. se deben vincular algunas dedicatorias en las que aparecen teónimos indígenas como divinidades patronas

707 para un análisis sobre el tema en Van Andringa, 2002: 277 y 2006: 226-27.

708 Son los casos de los altares dedicados por los *vicani* de Bagnères-de-Bigorre al *numen* de Augusto (CIL XIII, 389), el de los carniceros de Périgueux/*Vesunna* (CIL XIII, 941) en época de Tiberio, el de los *vicani* del entorno de Marsal en honor de Claudio (CIL XIII, 4565), los de época de Nerón por parte de los *Canabae* o *Canaba(ri)* en Mayence (CIL XIII 11806) y por el *Vicus* de Melumn/*Metiosedum* (CIL XIII 3013) así como el dedicado a los *Numinibus Aug(ustorum)* y al *fanum Plutonis* por los *Andecamulenses* en Rancon (CIL XIII 1449), y tal vez en un fragmento de un monumento escultórico similar al de los *nautae* de París, procedente de Jouars-Pontchartrain/*Diodurum*, en donde es posible interpretar una escena de sacrificio y se lee una dedicación por los *vicani* (Blin, 2000: 104-14).



de la colectividad al lado de las advocaciones oficiales⁷⁰⁹ o por sí solas⁷¹⁰ (2002: 252). Todos estos ejemplos muestran cómo desde época tiberiana, a partir de la cual se tiene constatada la generalización de los *numina* de Augusto, la integración política y religiosa está vinculada con las lógicas colectivas inéditas que pertenecen al mundo de la ciudad/*civitas*. La pregunta que nos debemos hacer es sobre las consecuencias de dicha adhesión al sistema poliado por parte de las comunidades locales y sobre sus representaciones locales y sus ritos asociados. De lo que no queda duda es de que fueron las comunidades quienes “posent en effet tout autant la question de l’établissement de nouvelles règles du sacré que celle de l’affirmation de nouveaux comportements sociaux” (2002: 81).

Volviendo al ámbito noroccidental hispano, afirmaciones del tipo de “las localidades hispanas, en teoría, menos romanizadas (fueron) las que llevaron a cabo este tipo de ofrendas a Júpiter” (Olivares, 2002b: 185 y 2009; Santos Yanguas, 2008), parecen no tener en consideración el contexto arqueológico en el que esas dedicaciones aparecen. Revisaré ahora algunos ejemplos de *aras* a Júpiter Óptimo Máximo erigidas por comunidades rurales o individuos con onomástica no latina, como muestra de las primeras dedicatorias de este tipo en ámbito peregrino. Los contextos arqueológicos indígenas a los que se pueden asociar dichos altares son núcleos de poblamiento rural y disperso, a veces con rasgos morfológicos castreños y otras veces como aldeas de nueva fundación, en los que predominan técnicas y materiales constructivos locales y ajuares domésticos de producción mayoritariamente también local, los cuales como he señalado más arriba se diferencian con nitidez del registro prerromano y responden a una transformación profunda en el proceso de reorganización que Roma acometió⁷¹¹. Sin embargo, la tónica generaliza sigue siendo la búsqueda de una explicación “indígena” del Júpiter hispano como coartada que trasluce una pervivencia prerromana. Una visión distinta la podemos encontrar en Mangas, para quien el culto a Júpiter en área astur mostraba “su marcada diferencia respecto a los cultos indígenas” (Mangas, 1982: 329, nota 4) o como resultado de *interpretationes* con el objetivo de transmitir los elementos ideológicos básicos del imperio y aproximar las creencias

709 Como es el caso en Orleans de un altar dedicado al emperador Augusto y a *Moceti* por los *Mocetes* (CIL XIII, 11280), delatando el teónimo indígena su carácter de epíteto “de pertenencia” de tipo etnonímico.

710 Como en *Lugdunum Convenarum* a *Erriapo deo* por los *Gomferani* (AE 1949, 126 = AE 1950, p. 61 s. n. 178) o en una inscripción dudosa procedente del Sena a la altura de Lingons con *II = E* posiblemente de los *Aresequani* a *Nertocoma*.

711 Orejas y Alonso, 2013; para el caso específico de los *castella* y la crítica a su tradicional vinculación con los castros prerromanos en Orejas y Ruíz del Árbol, 2010.



indígenas mismas (Plácido, 1988)⁷¹². Desde nuestro punto de vista, las explicaciones que presuponen una lectura de lo indígena (en este caso las inscripciones votivas a Júpiter en estos contextos rurales) como pervivencia de lo prerromano (es decir, de un supuesto culto local/ regional a una divinidad suprema prerromana) no tienen suficientemente en cuenta que expresamente ha recurrido a un teónimo, un soporte y, en su caso, una iconografía claramente romanos en un contexto de reorganización del poblamiento profundamente transformado tras la conquista. Es por ello que de la misma manera que en las Galias, sea de esperar que en el plano simbólico votivo, los grupos de poder locales nacidos de dicha reorganización, tengan como una de sus primeros objetivos sancionar su relevancia (como representantes de sus comunidades) en los *loca sacra* y el origen de sus panteones locales, a través de la devoción del dios supremo y oficial de sus conquistadores: Jupiter.

Así, de El Castro de San Andrés de Montejos en plena hoya berciana a orillas del Sil, se conoce el caso de un altar muy tosco a modo de gran cipo con lo que podría ser frontón y doble *cornua* en granito, dedicado a *Iovi* por los □ (*castellani*) *Queledini* (AE 1928, 162 = IRPLe 30) (Fig. 35). En este caso se trata de una colectividad indígena que se autorepresenta a través de una *emulatio* votiva al dios supremo del Estado al que ahora pertenecen en relación a su pertenencia a una *civitas peregrina*. El yacimiento de tipo castreño al que pertenece dicha inscripción constituye con El Cerro del Castro de Columbrianos un modelo de poblamiento conocido en donde en un territorio muy delimitado confluyen un castro prerromano y un castro romano⁷¹³. Recientemente se han plasmado algunos indicios morfológicos y de materiales en superficie en torno a la adscripción de uno y otro castro a época prerromana castreña y romana respectivamente (Fernández Manzano y Herrán Martínez, 2010). La condición romana del asentamiento de San Andrés de Montejos se conoce por la localización de material romano característico (tégulas, ímbrices y cerámica común romana) así como la propia inscripción procedente del poblado y al menos tres potentes fosos y otras tantas líneas de muralla que parece corresponder a remociones agresivas en contraposición con las de época prerromana⁷¹⁴. Dicho poblado debe concebirse como resultado de la reorganización del territorio por

712 En la argumentación de Plácido se propone que los sincretismos se realizarían en torno a la tercera función, “asegurando así un sometimiento “consentido” de las masas de campesinos “libres” y de los indígenas dominados”, logrando “la simbiosis de autoridad y consentimiento” (Plácido, 1988: 233-34).

713 Como ejemplo paradigmático remitimos al caso de La Corona y El Castro de Corporales en Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988.

714 Por su parte en el de Columbrianos, a 1 Km escaso al sur, se denota un territorio de explotación subsistencial entre el río Sil y el arroyo de La Reguera que sin grandes remodelaciones del terreno -doble amurallamiento, fosos y



Roma en el s. I d. C., respondiendo a una ocupación rural con el interés que suponía la explotación de los filones férricos de su entorno y en pleno cruce de los itinerarios viarios que se dirigían hacia el puerto del Manzanal (*via Nova*) por el norte y al de Foncebadón por el este, a medio camino de los que serán los centros vertebradores de El Bierzo: *Bergidum Flavium*, en el entorno de Cacabelos, e *Interamium Flavium*, en el entorno de Bembibre. En este contexto la comunidad local no privilegiada definida como *castellum*, que podría haber incluido tanto a la población de El Castro de San Andrés de Montejos como a la de otros núcleos dispersos del entorno, en el seno de su *civitas*⁷¹⁵ habría llevado a cabo un acto de sancionamiento sagrado colectivo de un lugar a través del levantamiento de un altar dedicado al dios oficial del Estado romano y los ritos asociados al mismo, con una intención de mostrar su lealtad corporativa ante el nuevo poder establecido. Tras el acto político que hay detrás de la organización de la elite del lugar que se hace representativa del común de sus vecinos a los ojos de la administración romana, se desarrolla el acto primordial en el desarrollo y la difusión del modelo religioso romano a través de una advocación sagrada que muestra la sumisión ante el conquistador, por medio de todo un formulario romano: la inscripción de un voto en un altar en un espacio que podemos presuponer específico para ello, como espacio pro-sagrado en el territorio reconocido del propio *castellum*, incluida la localización en el interior de algún recinto del propio poblado a modo de un *locus sacer pererinus*.

Existen otros casos similares que responden a la misma actuación pro-sagrada en el seno de territorios rurales, de los que no se extrae una presencia igual de efectiva que en El Bierzo en lo que a la puesta en marcha del trazado viario y las explotaciones mineras auríferas se refiere. Es el caso de la zona de paso que atraviesa la vía de comunicación llamada *Carisa* por la *Asturia Transmontana*, en San Vicente Serrapio en el valle del Aller, en donde se reunieron dos comunidades indígenas, la de los *Arronidaeci* y la de los *Coliacini*, para hacer un voto colectivo a *Iovi Optimo et Maxsumo* (CIL II 2697 (p 919) = ERA 1). La inscripción está en una cartela rebajada que se prolonga en un rebajamiento inferior en forma de apoyo al cuerpo epigráfico y sobre la cabecera se destacan sendas ruedas con rosas hexapétalas y un pequeño frontón. No sabemos si se trataban de

y parapeto- permitió una buena habitabilidad. Como propuesta, ante la llegada del peligro romano se habría añadido una línea de muralla y foso y se habría parapetado la acrópolis, para posteriormente proceder a un abandono forzoso (Fernández Manzano y Herrán Martínez, 2010: 214-219).

715 Que podría haber sido tanto la de los *susarri* del Edicto del Bierzo como la de los *bergidenses*, de la que sólo tenemos constancia como *bergidoflavienses* en CIL II 4248 (p LXXVIII, 973).



castellani del mismo tipo que los Queledini de San Andrés de Montejos, si conformaban estructuras gentilicias, respondían a aglomerados del tipo *vicani*, *pagani* o eran dos *civitates* diferentes de las que no conocemos otra referencia. En cualquier caso, se trata de un voto que se remarca con la fórmula votiva *pro salute sibi et suis posuerunt*, delatando la intercesión de unos representantes que piden salud para ellos y sus respectivas comunidades. Tras todo lo cual está un esfuerzo por mostrar su lealtad a través de la adopción de un *modus operandi* religioso de nueva planta posiblemente en el periodo de reorganización, nuevas alianzas y juegos de poder que debió seguir a la conquista. Es decir, dicho voto podría estar reflejando una alianza de grupos de poder que se habría visto beneficiada con Roma, posiblemente como muestra el Edicto del Bierzo a través de una gratificación por la fides mostrada durante la conquista, por su integración en un mismo pacto de hospitalidad o de clientela o por una obra de infraestructura en la que se habrían visto ambas a las órdenes del nuevo plan orquestado por Roma (tipo caminos, puentes, etc.). A su vez, este ejemplo de un voto compartido por dos colectividades locales podría haberse llevado a cabo en un lugar pro-sagrado entre los límites de las circunscripciones territoriales a las que se les asociara a dichas realidades colectivas, fuesen *castella-vici-pagi*, grupos gentilicios o, incluso, *civitates*.

Más compleja es otra inscripción también de área *Transmontana* que tradicionalmente se ha leído como *Iovi Otabalieno* o *Iovi O(ptimo) Tabalieno* dedicada por los *Luggoni Arganticaeni* procedente de Grases, Villaviciosa (AE 1965, 109)⁷¹⁶. Las propuestas sobre una dedicatoria a una divinidad indígena fueron sin embargo propuestas también desde muy temprano, siendo la lectura más aceptada la de *[Du]lovio Tabalieno* (Lambrino, 1963-64: 127-30 y 1966: 1352) o incluso *[Lug]ovio* (Olivares, 2002a: 66-68). Recientemente, han puesto de manifiesto las complicaciones para aceptar ambas corrientes de lecturas, la que lee un Júpiter indígena y la que en cambio propone una divinidad indígena (González Rodríguez y Marco Simón, 2009). En concreto inciden en la fórmula dedicatoria de *haec mon(umenta) possuerunt*, la cual no había llamado la atención hasta ahora. La referencia de un pretendido altar votivo como *monumentum* no es en absoluto inequívoca ya que remite al ámbito de la legislación funeraria⁷¹⁷, por lo

⁷¹⁶ [+++]*Iovi/o Taba/liaeno/ Luggo/ni Argan/ticaeni/ haec mon(umenta) possierunt* (AE 1965, 109 = ERA 11 = HEP 12, 6). Sobre las distintas lecturas como *Iovi* en Manzanares, 1951: 119; Blázquez, 1962: 95; Prósper, 2002: 234.

⁷¹⁷ Es una fórmula característica p.e. en la epigrafía vadiniense. Cuando aparece en un registro propiamente votivo suele hacer referencia al propio altar, como se recoge en un caso soriano en el que aparece la fórmula incompleta de *aram cum [- - -] / monument[um]* (CIL II 2849 = CIL II 5797).



Fig. 35: Altar a Júpiter Óptimo Máximo dedicado por el castellum de los Queledini (AE 1928, 162). © Museo Provincial de León.



que proponen considerarlo más acertadamente como parte de una dedicatoria honorífica a un individuo de nombre [...]*Jouio Tabalieno*, tal vez *con-vecino* ilustre o *con-ciudadano* (Orejas y Alonso, 2013).

En el otro extremo, en la *Asturia* meridional tenemos un epígrafe de Lubián, Zamora, al pie de uno de los ramales con la *via XVII* que comunica Sanabria con los pasos de montaña que atraviesan hacia los valles orensanos y el territorio de Chaves/*Aquae Flaviae*. Se trata de un altar procedente del entorno de un asentamiento romano posiblemente *ex novo* llamado El Castrillón⁷¹⁸ (Nº JCyL: 49-100-0005-04; Esparza, 1986: 90) y que vendría a sustituir el castro prerromano de As Muradellas, encajado hasta entonces en el barranco del río Tuela⁷¹⁹ (Nº JCyL: 49-100-0005-01; Esparza, 1980; 1986: 89-91 y 210-22). Se trata de un voto a *IOM* dedicado por la colectividad de los □ (*castellani*) *Venaesini* (*AE* 2003, 962 = *HEp* 11, 587). Aquí además se indica la posible fórmula de *p(ro) s(alute) p(ecunia) s(ua)*, que señalaría que se habría llevado a cabo el costeamiento del altar de forma comunal⁷²⁰. Este hecho ha llevado a algunos autores a defender en su interpretación de la □ como *cognatio* a, puesto que según su opinión una colectividad peregrina no podría haber llevado a cabo un costeamiento formulado de forma romana en un altar (Rodríguez Colmenero y Ferrer Sierra, 2001: 238-39). Sin embargo, esta argumentación no se mantiene por la “evidencia negativa” de que no conozcamos la jurisdicción local puesto que de la misma manera la comunidad está llevando a cabo un protocolo religioso romano (inscripción en altar en un espacio sagrado) a una divinidad oficial romana por excelencia (Júpiter Óptimo Máximo). Todo ello no

718 A 250-300 mts al sur del pueblo en plena vega del río Pedro se encuentra el yacimiento de unas 2 Has. de El Castrillón al que se le asocia un derrumbe de un posible recinto que denominan “El Castillo”. El inventario lo describe como yacimiento indígena romanizado y el material recogido en superficie apunta tipos cerámicos comunes de época romana así como restos de escorias (Nº JCyL: 49-100-0005-04). Dicho yacimiento queda atravesado por el itinerario propuesto para la *via XVII* que toma el nombre en esta área desde el s. X de “La Brea” (Nº JCyL: 49-100-0005-02).

719 A unos 2’5 km al suroeste del pueblo de Lubián en un promontorio rocoso sobre la margen izquierda del río Tuela, se encuentra el yacimiento de As Muradellas. Dicho asentamiento cuenta con un campo de piedras hincadas, dos fosos paralelos y dos líneas de muralla que conforman dos recintos (Nº JCyL: 49-100-0005-01). Aunque se plantea una ocupación calcolítica, el principal poblamiento se circunscribe a la Segunda Edad del Hierro a través de una datación C14 2210±80BP, siglos IV-II a. C. Para Esparza (1986: 401).

720 Este hecho le lleva a defender en su interpretación de la □ como *cognatio* a Rodríguez Colmenero y Ferrer Sierra puesto que una colectividad peregrina no podría haber llevado a cabo con los costes tal y como expresa la fórmula latina presente, en tanto en cuanto no tienen una misma base compartida jurídica (Rodríguez Colmenero y Ferrer Sierra, 2001: 238-39). Esta argumentación no se mantiene por el hecho de que no conozcamos la jurisdicción local puesto que de la misma manera, la comunidad está llevando a cabo la emulación de un protocolo religioso romano (inscripción en altar en espacio sagrado) que, como he comentado arriba, estrictamente sólo puede ser definido como pro-sagrado.



está sino poniendo las bases de la difusión del modelo religioso romano en un ámbito provincial peregrino a través de los cauces dominantes. Es por ello que el soporte de Lubián con la asunción de la fórmula *p.e.p.s.* y sus ritos asociados a la divinidad suprema romana no es sino otro ejemplo de lealtad de los grupos de poder beneficiados por Roma y que están recurriendo a la adopción de la *religio* romana por sus propios medios y vías posibles: jurídicas (que desconocemos), políticas y sociales (que intuimos hay detrás del acto colectivo), y simbólicas y materiales que son las que muestran la ejecución del soporte y la inscripción en el modelo de *ara*.

Del extremo entre el territorio astur y el cántabro, de un lugar en plena cornisa cantábrica relacionado con el antiguo Monte Candamio, actualmente Monte Candanedo entre los picos de El Bustalla (1373 mts.) y la Braña Caballa (2181 mts.) en el municipio leonés de Candanedo de Fenar, La Robla, se conoce una inscripción desaparecida a *Iovi Candamo* (CIL II 2695). Esta inscripción que algunos han relacionado con un sincretismo entre una divinidad indígena que se habría mantenido en el nombre de la montaña (*Candamus*) y que nos remitiría a otros casos como los ya mencionados de *Mars Tilenus* (IRPLe 51) o *Tillenus* (Bouza Brey, 1970 = AFPE, 130), que se relaciona con la Sierra del Teleno (Pico Teleno a 2183 mts) en La Cabrera, o el también *I(ovis) Soc(io) Larocuo* (RAP 613), asociado con la Serra do Larouco, con picos mayores de 1500 mts, entre la portuguesa Vila Real y Galicia en el Alto Cávado⁷²¹, y que vendría a reflejar el papel sobre todo de Júpiter en relación con las cimas y las alturas celestes⁷²². En la observación de esta percepción simbólica romana de las alturas montañosas, se debe tener en cuenta que hasta épocas recientes las cimas más altas alcanzadas superaron por muy poco los 2000 mts de altitud⁷²³. Así parece constatarse en ámbitos como los Alpes en donde la presencia romana evitó alturas desproporcionadas e inaprensibles para la tecnología de entonces, en donde además se conoce el culto a *Iuppiter Poeninus* y una oronimia relacionada con él⁷²⁴ así como

721 Fuera de las fronteras hispanas traemos a colación al *Iuppiter Optimus Maximus Apeninns* vinculado con la cadena montañosa itálica pero adorado en *Dacia* (CIL III., 12576).

722 En el sentido que recoge César: *Iovem imperium celstium tenere* en *Gal.*, 17.

723 El principal paso alpino transitado en época romana fue el del paso del Pequeño San Bernardo, el cual unía el cañón de La Thuile, en el Valle de Aosta, con la Haute-Tarantaise, en Francia. Dicho paso evitaba las moles que superaban los 2000 mts como la del Mont Blanc, también en el Valle de Aosta.

724 En el paso del Pequeño San Bernardo se conocen edificaciones de una *mansio* y un templo dedicado a Júpiter *Poeninus*, con multitud de exvotos y dedicatorias de individuos de diferentes escalas sociales (p.e. CIL V 6874 y 6881). Se sabe que dicho paso conservó su vinculación a Júpiter en la oronimia medieval como *Col de Mont Iuppiter*, luego *Col de Mons Joux*, hasta su cristianización por la difusión del culto bernardino post s. XI-XII.



con otros dioses oficiales y vinculados a la administración y al ejército como *Mars*⁷²⁵ (para su análisis en la península ibérica: Le Roux, 2006). Para el caso hispano, de nuevo contamos con justificaciones superficiales en relación con un Júpiter indígena como divinidad principal del panteón prerromano o “céltico” desconocido, asociado con las cimas de las montañas. En esa línea se han encaminado algunos esfuerzos principalmente en torno al estudio de la toponimia en ámbito Asturiana. Es lo que se ha llamado “toponimia joviniana”, cuyo estudio aún no ha superado la constatación de algunas interesantes derivaciones lingüísticas, así como etimologías mucho más dudosas⁷²⁶.

Sólo contamos con un caso de este tipo de oronimia asociado a la aparición de una dedicatoria epigráfica, la cual podría servir para no desestimar del todo la asociación toponímica con algún tipo de culto a Júpiter, pero aún como una propuesta sobre la que habría que profundizar en el futuro. Se trata de la placa que recoge de forma copulativa a dos colectividades como *Asturum et Luggonum* (ERA 62), encontrada en la Sierra del Sueve (Picu Pienzu con 1161 mts). Dicho epígrafe se ha venido interpretando como un hito de dos colectividades fronterizas, las cuales contradictoriamente corresponden dos agrupaciones dependientes una de la otra, puesto que los lugones son astures⁷²⁷. Sin embargo, en esta inscripción se remarca la interdependencia como sendos *populi* al margen de las realidades administrativas y/o conventuales a las que perteneciese uno respecto al otro. Hemos mencionado que cerca de este límite, en Grases en Villaviciosa, se recogía a los lugones arganticaenos como una subdivisión de los primeros y que probablemente habrían existido otras definidas por los genitivos del plural. En cualquier caso, parece que el Monte Sueves y su epígrafe corresponden a una linde interconventual en la que se remarca el carácter étnico del territorio al oriente de dicho

725 Son los casos de los orónimos en el paso del valle del Po al de Aosta en relación al *Pico Marzio* y otros, así como la recurrente cristianización en estos entornos montañosos vinculada a San Martín, clara derivación del culto militar a Marte. Aunque existen distintas apreciaciones en diccionarios toponímicos, el único estudio detectado desde esta perspectiva, procede de un área en el norte de Francia, respecto al culto de Sant Martin en la región de Senlis (*civitas* de los *Silvanectes*), en Roblin, 1965.

726 Se trata de los orónimos del tipo de “Jove”, “Jubia”, “Llovio”, “Sueve”, “Jueves”, etc. Algunos de estos topónimos, en especial los del tipo de “Pedralovis” o “Piedra Jueves” (p.e. el caso de la “Piedra Jueves” del Puerto de la Mesa, entre Saliencia de Somiedo y Biforcós, hoy día en la parroquia de La Riera, concejo de Somiedo). La asociación de la monarquía Asturiana con el juramento *per Iovem lapidem* parecer, más que una pervivencia de un culto precedente, un cultismo asociado con la lectura de los clásicos y el propio rito constatado en el Capitolio. De la misma manera, se han propuesto algunas etimologías, más que arriesgadas, en relación con la propia capital de Oviedo, que se ha hecho devenir del teónimo a partir del radical *Ove/Ovetum* = *Iove/Iupiter* (Escobar García, 1974: 389).

727 Existen dos *populi luggoni*, uno de la *Asturia Augustana* que se cita en los *termini augustales* como *civitas* fronteriza de los *prata leginonis* (ERPLe 310 y 311) y los *luggoni* vinculados a la *Asturia Transmontana* con capital en *Lucus Asturum* (Lugo de Llanera).



promontorio como lugón y astur al mismo tiempo. En este sentido, no me parece extraño apuntar que dicho acto consagradorio de los límites y las fronteras en torno a la cima de una montaña aprehensible, por debajo de los 2000 mts, hubiese estado auspiciado por la divinidad oficial romana, la misma que puede recordar el orónimo de Sueve. Es difícil argumentar dichos cultos a través de la toponimia y por descontado la simple asociación de un topónimo joviniano a un lugar de culto antiguo de Júpiter es una simple asociación o hipótesis que debería confirmarse a través de su confrontación con otros casos en el futuro⁷²⁸. Sin embargo, la constatación de un culto jupiterino, como el de Júpiter/Marte en el ámbito alpino, por parte de distintos tipos de colectividades e individuos con distintos tipos de estatutos que he venido señalando (privilegiados como el presumible Gayo Octavio y peregrinos como las comunidades de los queledinos, arronidaecos y coliacinos), indica que se podrían haber existido otros casos en los que se intuyera la divinidad o la potencia sagrada que estaba detrás del acto pro-sagrado, como la que creo puede proponerse para el caso de la inscripción encontrada en el Monte Sueve.

Con las dedicatorias colectivas a Júpiter encontramos algunas a divinidades indígenas que mayoritariamente se presentan como diosas femeninas patronas, todas ellas en el origen de la base del modelo de panteón religiosos que se asume entre las comunidades peregrinas. En pleno Alto Bierzo de San Esteban del Toral, Bembibre, del lugar del Poulós de San Miguel, que tendré ocasión de analizar en detalle en relación al conjunto votivo asociado como modelo de panteón local, procede un altar levantado por la colectividad del lugar dedicado a una diosa femenina indígena. Se trata de una *ara* con *pulvini*, frontón y *foculus* en donde se menciona a una *DIIA CIINDUIIDIA* por unos castellani, los cuales no incluyen su nombre probablemente por ser los habitantes del lugar y auto-reconocerse como tales en dicho acto religioso (Mangas y Olano, 1995⁷²⁹) (**Fig. 36**). A la grafía arcaica de la *II = E* ya he hecho alusión para incidir en el arcaísmo de la fórmula del *deus/dea* y no como título tardío, lo cual junto a la dedicatoria por una colectividad parece remitirnos a pleno s. I d. C., posiblemente pre-flavio. También del Alto Bierzo, reutilizada en una casa de El Valle, Folgoso de La Ribera, se encuentra una dedicatoria a *NAVIAII D(...)* por un \square (*castellum/castellani*⁷³⁰) al que le sigue una abreviatura de difícil desarrollo (*ERPL* 24). Existe

⁷²⁸ En este punto se deberían tener en cuenta otras derivaciones toponimicas asociadas también con lugares montañosos del tipo *Iugum* (monte en latín) = *Iove* (Longnon, 1920: 110) o los topónimos relacionados con el Juego de Pelota y las leyendas de mouros asociados (Arias, 1975) del tipo Xuego/Xuigo/Xugu/Joyu/Jogu que podrían derivar en las pretendidamente “jovinianas” de Xove/Sueve/Jueves/Jobu.

⁷²⁹ *DIIA/ CIINDU/IIIDIAII/ SACRU/M CAS/THILLANI* (*AE* 1995, 855 = *HEp* 6, 626 = *ERPL* 4).

⁷³⁰ Aunque Le Roux y Tranoy se manifiestan contrarios (Le Roux y Tranoy 1983: 116), no puede descartarse la posibilidad de que se trate de una centuria militar. Así, algunos *Epitafios* de soldados de la *Legio X* incluyen denominaciones



un característico “castro minero” al que también se le podría asociar al menos otras dos lápidas inscritas de complicada lectura posiblemente a Cosus, sobre las que volveré más abajo. Respecto al altar esta diosa de la que existe una amplia difusión por todo el Noroeste⁷³¹, tenemos la constancia de nuevo de una *II = E* y a su vez, teniendo tan cerca el caso de San Esteban del Toral, la *D* que sigue al teónimo podría referirse a un título de *D(IIA)* abreviado aunque no se debe desestimar una epiclesis abreviada. Por su parte, la referencia de la *C* invertida que hemos visto en algunos de los altares a Júpiter como el de San Andrés de Montejos y en el caso de *Navia* contamos con otros ejemplos galaicos,⁷³² podría tener su nombre en la primera *P* abreviada⁷³³, tipo *P(aeomeiobriga)* o *p(aemeiobrigenses)*, aunque también puede que se intuyera por estar en un lugar de culto reconocido por todos los que conformaban la colectividad tipo *castellum*. El desarrollo de las abreviaturas como *trianomina*,⁷³⁴ resulta atípico y sólo contamos con el caso indirecto de la dedicatoria honorífica por los *Luggoni Arganticaeni* de Grases si aceptamos la última lectura propuesta, a la que me he referido arriba, o alguna otra de ámbito lusitano de una donación a los castellanis del lugar⁷³⁵. Como hipótesis se podría desarrollar las abreviaturas, de una forma poco convencional en el ámbito votivo pero existente⁷³⁶, como *p(osuit/-osuerunt) p(ro) r(editu)*, en el sentido de un voto a la divinidad por la vuelta sana y salva de alguien por el que la comunidad se viera afectada, tipo la partida de algún individuo sobresaliente, de jóvenes para las levadas militares o relacionada con el traslado de familias locales por algún motivo⁷³⁷. Respecto a la movilidad de las comunidades peregrinas sabemos que de centurias del tipo □ *Sil[...]* (ERPL 216); □ *P.P* (ERPL 244); □ *castellani* (ERPL 144); □ *T. Numisi* (ERPL 210) (Sastre, Beltrán y Alonso, e. p.).

731 Sobre la distribución de *Navia/Nabia* en Prósper, 2002; Olivares, 2002a: 233-245.

732 Se conocen otros casos de *Navia/Nabia* dedicada por una colectividad tipo *castellum* en el caso del orensano del □ (*castellum*) *Sesm(aca/acorum)* (CIL II 2601 = IRG IV, 82 = AFPE 135) a la que se le ha venido asociando otro caso de procedencia incierta gallega de una *Navia Sesmaca* (CIL II 2602), en este caso con un claro epíteto de pertenencia.

733 Que el nombre del *castellum* o de los *castellani* aparezca abreviado se conoce para los casos como p.e. Talavera de la Reina en CIL II 5320.

734 El hecho de que se tratase de un individuo con *trianomina* abreviado podría incluso servir de argumento para una lectura de la *C* invertida como centuria militar aunque no presenta paralelos cercanos.

735 De Mengualde, Viseu: *C(aius) · Caielianus Modes/tus castellanis / Araocelensibus / d(onum) d(edit)* (HAE 988 = AE 1954, 93).

736 Es el caso del altar de Almarza, Soria, que se ha transcrito como: *l(ovi) O(ptimo) M(aximo) / p(osuit) a(ram) T(erentius) R(ex p(ro) r(editu) / ac v(ictoria) C(aesaris) C(aii) V(ibii) / Treboniani / v(oto) Galli s(olutus)* (CIL II 2833 = HEpOL 8659).

737 Tras el trabajo en las minas de oro en el marco de la tributación imperial en bloque por parte de las *civitates*, a lo que me he referido más arriba, lo que se destaca es la movilización de las comunidades locales por parte de los grupos de poder que son los que controlan el acceso a los soportes monumentales epigráficos (tanto funerarios como votivos): son por tanto, la población exógena detectada en la epigrafía, intercambios de personas en el seno de las redes de poder (Sastre y otros, 2010: 127-129). Es por ello que los movimientos de gente de corriente habrían estado por lo general especialmente limitados y no habrían superado los límites de las *civitates* en las que se insertan los distintos sub-tipos de



los núcleos que atrajeron a población exógena fueron aquellos urbanos y/o militares tipo *Asturica* y *Legio* así como los de tipo administrativo en ámbito rural como *Bergidum Flavium* o *Interamnium Flavium*. Existe también inmigración detectada en algunas áreas mineras auríferas como podría ser la del caso de La Somoza en un ámbito de influencia de la propia *Asturica*, en el marco de la movilización de la mano de obra por los grupos de poder en el marco de la tributación imperial⁷³⁸.

Enormemente interesante resulta al hilo de las dedicatorias por una colectividad a *Nab/via*, la inscripción en ámbito galaico bracarense de la “Fonte do Ídolo” situada en un lugar altamente simbólico y cultural relacionado con la fundación de la capital conventual en Braga (Garrido, Mar y Martins, 2008; Lemos, 2010). Sobre un roquedal natural que señalaba una surgencia acuífera se elaboró un complejo registro iconográfico, epigráfico y simbólico en el que se señala una dedicación de *Cecilius Fronto Ambimogidus* de *Arcobriga*⁷³⁹, al menos a dos potencias sagradas (*CIL* II 2419⁷⁴⁰). Una de ellas se representa de forma andrógina, togada y con *cornucopia*, y se señala a través de un nombre (*Nabiagoi*) que remite a la raíz teonímica de *Nab/via*. La otra figura está caracterizada en forma de busto en un templete coronado en un frontón con un ave y un Instrumento no identificado, y se asocia con la inscripción de *Tongoe*. Según la sugerente propuesta de Lemos, estaríamos ante la materialización de una alianza política y social de un individuo exógeno⁷⁴¹ -*Celicus Fronto*- y la comunidad de los *Bracari*, a través de un espacio cultural simbólicamente homólogo a las *tabulae* o *tesserae hospitalis* (Lemos, 2010: 117⁷⁴²). Al margen del tipo de trasfondo simbólico prerromano del lugar⁷⁴³, lo que me importa destacar aquí son las dinámicas que llevan a potenciar un culto local en el

agrupaciones territoriales como los *castella*, *vici* o *pagi*.

738 En este caso posiblemente asociadas bien con la *civitas* de los *Amaci*, en cuyo territorio se estableció la ciudad de estatuto especial de Astorga, o con la de los *orniaci*, que se viene relacionando con la cuenca inmediatamente al sur del río Duerna.

739 Se localiza en el poblado celtibero-romano del Cerro Villar en el actual término de Monreal de Ariza (Zaragoza), en el itinerario oficial que unía el interior meseteño con Zaragoza/*Caesaraugusta* (*iter Complutum ab Caesaraugustam*).

740 [*Ce*]licus · Fronto /*Arcobrigensis* /*Ambimogidus* /*fecit* //*Tongoe* /*Nabiagoi* //*Celicus fecit* /*Front(o)* (*CIL* II 2419 (p 900) = *AE* 1986, 386 = *HEp* 1, 666 = *HEp* 5, 966 = *HEp* 7, 1160 = *RAP* 174).

741 Se conoce como *Arcobriga* el asentamiento y *mansio* celtibero-romano del entorno de la actual Monreal de Ariza (Zaragoza) (*TIR* K-30: 51).

742 Al parecer hay dos orificios en el lado derecho del panel principal en donde algunos autores han querido ver la posibilidad de haber acogido una tabla de bronce con algún tipo de inscripción, en principio votiva. Lemos propone que se hubiese tratado del pacto de hospitalidad según el cual la comunidad de los *Bracari* habría acogido a *Celicus Fronto* (Lemos, 2010: 117).

743 para el que también se trae a colación la estructura de *pedra formosa* que se encuentra en el otro extremo fuera de la colina de la ciudad –bajo la estación de tren- y que parece quedar abandonada en el cambio de Era (Lemos, 2010: 119-20)



contexto de la reordenación y restructuración de las redes de poder en época romana. Si seguimos la interpretación de Lemos, nos encontraríamos con que en este contexto no sólo estuvieron presentes grupos de poder de cercanos castro prerromanos como Briteiros, para el caso de los *Camali*⁷⁴⁴, al que ya me he referido, sino que algunos individuos vinculados a la ciudad como *Celicus Fronto* son los encargados de financiar el nuevo aparato ideológico, simbólico y votivo del que son parte. Desde esta perspectiva en la “Fonte do Ídolo” se dan lugar elementos sagrados indígenas en el contexto de sancionamiento de un pacto entre una colectividad y un individuo reflejo de la reorganización auspiciada por Roma. Por un lado, se presenta una divinidad femenina, asociada con el agua a modo de ninfa y difundida por la propia Roma por todo el Noroeste, así como otra entidad tipo *numen* vinculada seguramente al lugar, ambas representadas con todos los elementos iconográficos característicos romanos (togado, *cornucopia*, busto, *aedes*, etc.) como resultado de una génesis teonímica y cultural de nueva planta, sin que existan datos claros sobre una frecuentación directa de época prerromana. En el caso berciano, aunque el desarrollo de toda la inscripción no resulta del todo claro, la asunción de un teónimo indígena tipo Nav/bia por una colectividad tipo *castellum* no hace sino incidir en esta misma asunción de un modelo religioso y teonímico nuevo en el que se manifiestan las realidades organizativas nacidas tras la conquista.

Tanto la *dea Cenduedia*, *hapax* de un territorio específico, como la *dea Nav/bia*, ampliamente difundida en todo el Noroeste peninsular, representan potencias sagradas femeninas engendradas a partir más de procesos lingüísticos de tipo *translationes*⁷⁴⁵ que *identificationes* (modo tradicional de *interpretationes*). El hecho de que las colectividades creadas tras la conquista se acogiesen de manera pro-sagrada a este tipo de potencias refleja ante todo un acto de sumisión (*fides peregrina*) puesto que dichas entidades eran a ojos de Roma, fáciles de neutralizar, simbólicamente hablando, con sus dioses masculinos representantes del orden romano a través de la deidad suprema del Estado -Júpiter- y de la guerra -Marte- (en el Noroeste especialmente el primero en lo que a las dedicaciones colectivas se refiere). El problema podría aparecer ante la

744 Los cuales aparecen inscritos tanto en Briteiros como en el conjunto funerario altoimperial de Braga (Lemos, 2010: 122-23).

745 *Translatio peregrina* para *Cenduedia*, muy posiblemente puesto que no está muy localizada con un único caso conocido; y *translatio latina*, para el caso de Nav/bia puesto que parece estar detrás de un hidrónimo ampliamente difundido en el noroeste y aunque tuviese su origen en algún nombre local su generalización es ya producto latino-romano, como ocurre con el caso de etnónimos del tipo galaicos o astures (a partir de un *populus* concreto para el primero y también de un hidrónimo para el segundo).



presencia de teónimos indígenas masculinos en forma de *deus* invocados por la colectividad, los cuales de alguna forma pudieran plantear una amenaza en el plano simbólico religiosos al que me estoy refiriendo. Sin embargo, cuando ocurre este hecho se trata de casos excepcionales que parecen remitir a entidades sagradas vinculadas al lugar a modo de *numina* o *genii*, como ocurre en el caso de la “Fonte do Ídolo”.



Fig. 36: Altar a la diosa *Cenduedia* dedicado por los *castellani* del lugar (AE 1995, 855) procedente del Poulós de San Miguel (San Esteban del Toral, Bembibre, LE). © Museo Arzobispal de Astorga.

Así, contamos con un único caso astur de un altar a un teónimo indígena masculino (Madarssus), procedente de la zona del Lago de Sanabria, en el que se menciona a un tipo de unidad organizativa suprafamiliar tipo *gens* (*Abaniciorum*). En principio se interpretó como una estela funeraria porque está rebajada para ser aprovechada como elemento constructivo en la Ermita de Gracias de El Vigo de Sanabria, Galende, Zamora⁷⁴⁶. Según esta lectura, se trataría de

⁷⁴⁶ Madarso / [- - -] Blacaenu(s) / Burrilus / Avelci f(ilius) / exs(!) gente / Abancio/rum exs(!) v[oto? - - -] / - - - - - (HEp 7, 1072 = HEp 10, 627 = AE 1997, 871 = CIRPZa 202).



una dedicatoria más individual que colectiva puesto que con lo que contamos en con la adscripción a la unidad organizativa tipo *gens* del dedicante y no es ésta la que invoca a una divinidad en nombre de la corporación que la conforme, al modo de los *castella* o los *vici* que he señalado arriba. Sin embargo, García Rozas desde su aparición ya la releyó de forma distinta como una inscripción votiva a una divinidad indígena con un epíteto que haría alusión a los zoelas como *Madarssso Soelaga(r)u(m)*, como posible derivado de un *Madarssso Zoelarum*⁷⁴⁷. Sólo el epíteto *Soelagaum* es el que parece remitir a un tipo de colectividad a la que se le pudiera asociar el teónimo, dejando a un lado la difícil asunción de una variante vinculada con los zoelas, para la que necesitaríamos otros paralelos. En este sentido es en el que traigo esta dedicatoria al debate de la difusión del modelo religioso romano en ámbito astur. El contexto del espacio cultural al que esta inscripción votiva se le debe vincular, es el dominado por el cercano yacimiento llamado El Castro de San Martín de Castañeda⁷⁴⁸ (Nº JCy L: 49-085-0010-02) y que dista apenas 2'5 km de la ermita de El Vigo en donde se reutilizó el *ara*. A su vez, la presencia oficial romana parece estar detrás tanto del tesorillo julio-claudio procedente de la playa del lago cercana (Sagredo y Campano, 1990)⁷⁴⁹, como vinculada a la detección de las explotaciones auríferas cercanas en la vertiente sur de la sierra de La Cabrera, como las de Doney de la Requejada y las de Los Corralones de Espadañedo (Esparza, 1984; Currás y otros, e. p.). La dedicatoria por un individuo claramente de filiación (*Avelci f.*) y adscripción organizativa indígena⁷⁵⁰, parece remitir a un representante de la comunidad que habría invocado a una potencia que sirviese a la par de sancionamiento sagrado de su poder de cara a sus congéneres y dependientes, de forma compatible con la lealtad que debía mostrar de cara a los representantes romanos. Es por ello que, aunque existan casos como éste de advoación indígena masculina dedicada por una colectividad, parece

747 *Madarssso/ Soelagau(m)/ Burrilus / Avelci f(ilius) / exs gente/ Abanicio/rûm · exs · v(oto)*. (García Rozas, 1995: 306; Abásolo y García Rozas, 2006: 161-162)

748 Se trata de un poblado con una plataforma recintada de forma natural que ocupa unas 3'5 Has. Se ha recuperado material cerámico característico del cambio de Era, con presencia de TSH pero cuantitativamente menor en relación con el material a mano estampillado o bruñido característico prerromano y cerámica a torno lento de formas indígenas perfectamente coherente como cerámica común romana (Nº JCy L: 49-085-0010-02).

749 Apareció en una de las playas al noreste del Lago, precisamente entre El Castro de San Martín de Castañeda y El Vigo, y está compuesto por un tesoro monetario de 62 piezas de bronce y 2 de plata emitidas por cecas militares itinerantes entre los reinados de Augusto y Claudio, por lo que se ha interpretado que fuese una amortización por parte de algún soldado hacia el 55-70 d. C. (Sagredo y Campano, 1990).

750 La *gens Abaniciorum* parece poder relacionarse con una unidad organizativa derivada de las variantes del nombre *Abanicio* presente en el noroeste.



que se debe asociar a un ámbito colectivo más restringido que las comunidades tipo castella, *vici* o *civitates* en conjunto reflejaron principalmente a lo largo de la 1ª mitad del s. I d. C. su lealtad al poder romano a través del lenguaje simbólico de la dedicación de *arae* a Júpiter y sus parejas divinas femeninas indígenas.

13.2.2.2. La difusión del modelo de panteón sagrado: el caso del Poulós de San Miguel, San Esteban del Toral, Bembibre (mediados del s. I-II d. C.)

En este capítulo ahondaré en la fundación de un panteón local a lo largo del tiempo en el poblamiento romano-indígena entre las cuencas del Noceda y el Boeza en el Alto Bierzo. El caso estudiado parte de la reciente asociación del altar votivo que he citado arriba, dedicado por los *castellani* del lugar a la *dea Cenduedia*, con un yacimiento concreto y con un conjunto votivo reutilizado en parte en el actual pueblo de San Esteban del Toral, en el que se citan a otras deidades indígenas con diversos tipos de dedicantes (Orejas y Alonso, 2013). Gracias a la información de la Carta Arqueológica de la Provincia de León, Término Municipal de Bembibre, al menos los tres epígrafes de San Esteban del Toral, provienen de un mismo lugar denominado Poulós de San Miguel, en un lugar entre el actual pueblo y el castro de El Corón de La Escrita/La Esanta⁷⁵¹. En esta zona, hay al menos tres lugares claros de protección especial del suelo rústico: La Escrita (Nº JCyL: 24-014-0006-05), Bajo La Escrita (Nº JCyL: 24-014-0006-04) y Poulós de San Miguel (Nº JCyL: 24-014-0006-06). Todos ellos tienen evidencias de material romano en superficie y posible adscripción del alto de la corona –propriadamente El Corón de La Escrita/La Esanta- a la Segunda Edad del Hierro. Completan el poblamiento inmediato, otros lugares del entorno como los del área de Labaniego, como el castro de El Cocotín (Nº JCyL: 24-071-0005-08) y Los Barredines (Nº JCyL: 24-014-0003-02), adscritos de forma indefinida a la Segunda Edad del Hierro y a época romano altoimperial.

Con estos datos incipientes es aún pronto para extraer conclusiones sobre el poblamiento de la

⁷⁵¹ Agradezco la información a Tomás Fernández y el acceso libre a los informes y planos sobre la protección del suelo rústico a través del Ayuntamiento de Bembibre (aytobembibre.com/pdf –última visita 5/04/2011-). Recientemente se ha llevado a cabo una prospección arqueológica intensiva vinculada al proyecto de “Mejora de abastecimiento de agua al Alto Bierzo (provincia de León): trazados de Bembibre y Catropodame”, en donde se recoge la documentación arqueológica de ambos municipios y se declaran los yacimientos en torno a El Corón como ajenos a la implantación de las canalizaciones (aytobembibre.com/pdf/pc_ab/InformeFinalBembibre.pdf –última visita 5/04/2011-).



zona, pero se puede plantear lo anómalo de encontrar dos castros prerromanos tan cercanos (a menos de 1 Km) y compartiendo una misma área de recursos, en lo que a El Corón y El Cocotín se refiere. Contando con que en el único yacimiento donde se ha recogido material de la Edad del Hierro es en el primero, remitiendo su morfología, propiamente del recinto en la corona, y su emplazamiento dominando ambas cuencas fluviales del Noceda y Boeza, a un modelo bien conocido de castro prerromano en la zona, propongo que El Corón hubiera sido el único lugar habitado antes de la llegada de los romanos. El caso de El Cocotín es actualmente imposible de prospectar por estar cubierto de un denso robledal, pero tanto por su morfología como por su localización a la par que otras explotaciones cercanas como la de Las Pozas/El Gollo (Nº JCyL: 24-071-0005-09), tal vez se trate de un “castro minero” que estaría por confirmar. Los materiales dispersos en las laderas del propio Corón y en yacimientos tanto al norte, del tipo Los Barredines, como al sur, en el caso del entorno del Poulós de San Miguel, parecen remitir a la extensión y diversificación del poblamiento romano rural. Dicha transformación estaría en clara sintonía con diversos núcleos del entorno más inmediato, tanto enfocados a las explotaciones agropecuarias del tipo El Aro del Corriño en Santibáñez del Toral (Bembibre) (Nº JCyL: 24-071-0005-07) o propiamente relacionado con las minas auríferas de la zona, como El Corón de la Poza del Castro (Nº JCyL: 24-071-0005-05) entre El Valle y Tedejo (Folgo de la Ribera).

A dicho contexto de poblamiento romano-indígena que rompe con la centralización en torno a un castro dominante y autosuficiente con acceso diversificado a los recursos, es al que se debe asociar el conjunto votivo que podemos adscribir al yacimiento del Poulós de San Miguel. En concreto, el conjunto está compuesto por el altar a la diosa *Cenduedia* ya comentado (AE 1995, 855) así como otros dos, uno dedicado a las *Matres Pa[...]* y a *Cusuena*⁷⁵² y otro a *Coss[ue]* (Mangas, 1981b⁷⁵³). Para observar la complejidad de este conjunto respecto a su entorno inmediato se deben tener en cuenta al menos otros dos altares votivos. El primero procede del cercano yacimiento de El Cocotín, a menos de 1 km al noreste del Poulós, de donde provendría un *ara* dedicada a *Rivaoduo* o *<Cosus?> Rivaoduo*⁷⁵⁴. Por último, reutilizada en el pueblo de Arlanza, pero encontrada en terreno de Labaniego que limita al norte con el mismo yacimiento de El Corón y asociado directamente con el núcleo de

752 *Matri/bus Pa(- - -) / Cusue/na(e) sa[cru(m)]* (HEp 8, 1998, 321 = ERPL 23).

753 *Cos/ s[ue] · Fl(a)/v(u)s · Tv(ro)/ni [filio] · ex./(v)oto · l(ibens)* (ERPL 10).

754 *Riva/oduo / - - - - -* (AE 1990, 550 = HEp 2, 1990, 450 = HEp 8, 1998, 322).



Los Barredines, podemos adscribir un epígrafe al *deo domino Cosus Segidiaeco*⁷⁵⁵. Contamos, pues, con un mismo conjunto votivo de un *castellum*, como indica la consagración a la *dea Cenduedia* por la comunidad de los *castellani* del lugar, delatado por la ausencia de autodenominación. Junto a ella, en un mismo espacio se reunieron, por la información interpretada hasta ahora, al menos otras dos dedicatorias indígenas: a unas *Matres/Cusuena* y a *Cosus*. En su entorno inmediato se incide en el teónimo de *Cosus* como *deus dominus*, en el caso de Labaniego-Los Barredines, y tal vez, un posible [*Cosus*] *Rivaoduo* en el caso de El Cocotín.

Respecto al altar de las *Matres* está labrado en una piedra arenisca y es reseñable el *ductus* altamente irregular, destacándose sobremanera la 2ª línea; donde está inscrita la desinencia de plural de *Matres* (*BUS*) y el *PA* que le sigue (**Fig. 37**). A su vez, el texto se extiende por la moldura superior desbordándose por la cartela principal, separado por interpunciones casi silábicas, lo cual podría insistir en la idea de las letras inscritas como imágenes que transmiten sonidos memorizados como iconos para trasladarse en piedra por parte de un *lapicida* en un contexto profundamente oral. Por su parte la interpretación de una doble advocación a las *Matres* y a *Cusuena* conlleva ciertas dificultades. Respecto a las primeras en Hispania sólo contamos con una presencia reseñable con diversos epítetos (tipo *Matribus Endeiteris*, *Apillaris*, *Monitucinis*, etc.) en relación a grandes núcleos urbanos meseteños y riojanos de tradición celtibérica (Hernández Guerra, 1999b), y en especial en el caso de la capital conventual de Peñalba de Castro/*Clunia* (*ERClu* 12, 13, 14, 15, 16, 17 y 211). En ámbito noroccidental además del caso en estudio sólo se conoce el caso del altar bifronte del Monte de San Pedro en Nocelo da Pena (OR), que recoge una dedicación a las Madres de la *civitas* (*AE* 1976, 295 = *IRG* IV, 1⁷⁵⁶). En el anverso de representan tres bustos que remiten a la iconografía triforme bien conocida en casos de ámbito galo, britano y germano⁷⁵⁷, y en el reverso dos antropomorfos en acto de llevar a cabo una posible libación bien sobre un altar bien el prótomo de la víctima sacrificial, identificados con la inscripción de dos nombres indígenas: *Tapila* y *Taciu[s]*. En el caso de estudio las *Matres* advocadas habrían podido tener un epíteto como *PaCusuen(a)e* o abreviado como *Pa[...]*

755 *Deo Domino / Cossue / Segidi/aeco L(ucius) / Aur(elius) Fr(onto) / ex voto / l(ibens) m(erito) p(osuit)* (*IRPL* 58 = *AE* 1967, 232 = *ERPL* 8).

756 Frente a la lectura más interpretativa como *Matri(bus) civita(tis) [pr(o)] / Amace Avi/[te] / Taciu/s et Ta[pila] // Tapila / Taciu[s] / v(otum) s(oluerunt) l(ibentes) [m(erito)]*, la propuesta más fidedigna con el estado actual del texto que está muy desgastado es *[Ma]tri civita[tis] / [.]amace Avi[1-2?] / [1-2?] Taciv[1-2] / [.]S ET TA ++* (*HEp* 7, 543).

757 De *Matres* y *Matronae* divinas que se asocian a cultos de tradición prerromana de raigambre céltica: Green, 1986 y 1989.



y ser *Cusuen(a)e* otra advocación simultánea. Esta última interpretación es la que ha servido como argumento para defender la presencia de una posible pareja divina del dios supremo Cosus. La lectura se fundamenta en la variante de Cosus como Cusu, detectada en ámbito bracarense y en donde precisamente se conocía otra homóloga como *Cosunea*, la cual se puede desestimar después de las nuevas relecturas⁷⁵⁸. A la vista de todo ello se debe ser cauto y asumir que lo más probable es que nos encontramos ante un epíteto de las Matres, el cual podría haber tenido una raíz o elemento lingüístico en relación con Cosus. Por su parte no aparece más que un genérico *sacrum* que teniendo en cuenta el altar de la diosa *Cenduedia* dedicada por los *castellani* del lugar podría hacer alusión a una consagración por la misma colectividad en la constitución del panteón de culto local.

El altar de Cosus (*ERPL* 10) es de mármol y presenta una morfología de *ara* común, con *foculus*, *cornua*, molduras, cabecera y pie pero también muestra algunos elementos que la hacen particular. En su lateral derecho tiene una concha gallonada en hornacina con trece estrías y con representación de “conífera” a ambos lados, que pudo haber albergado algún tipo de Instrumento, *signum* o ex voto, mientras en la parte posterior se representa un frontón triangular sostenido por pilastras. La alusión simbólica de las imágenes grabadas en el *ara* remiten a un culto custodiado en una hornacina ornada con palmas o árboles y a un espacio templar, que como venimos apuntando parece quedar recogido en la misma iconografía del *ara* como verdadero eje vertebrador del rito votivo. Estaríamos en este caso ante un ejemplo en el que, a través de la iconografía del altar -como veíamos en parte en la iconografía de las estelas funerarias transmontanas-zamoranas- se recurre a una doble “ilusión templar” a través de los elementos básicos de un *templum* -pilastras y frontón- en su dorso y la hornacina que podría cobijar el *signum* o algún Instrumento ritual asociado a la divinidad en su lateral derecho. La relevancia aquí es la advocación al dios Cosus con una claro predominio en el culto de la zona. De los tres altares procedentes del Poulós de San Miguel este es el único en el que se señala un dedicante individualizado como *Flav(us) Tu(ro)ni [f(ilio)]*, lo que onomásticamente se relaciona con un nombre latino posiblemente de época flavia o inmediatamente posterior con filiación de un nombre indígena. Sin ánimo de entrar en las discusiones onomásticas o incluso en el estatuto que podría haber tenido dicho

⁷⁵⁸ Se trata de una roca inscrita por dos caras que se encuentra en Lamoso, a escasos metros de la citânia de Sanfins, el cual se ha venido interpretando como un espacio sagrado a los númenes de los *Fiduenarum* (cara A) –*Fiduene* como nombre de la citânia de Sanfins- y a *Cosunea* (cara B): *CIL* II, 5607a y b. La lectura alternativa propone que realmente sea otra advocación a *Cusu Nemedeco* ya atestiguado en la zona (XX) como *Cosu Ne(medeco) ae(dem) / F(- - -) s(acravit)* (*HEp* 5, 1995, 1042b = *HEp* 9, 1999, 756b = *HEp* 10, 2000, 742b = *RAP* 468).



individuo a través de la adopción de un nombre latino frente al nombre indígena de su padre, en donde se contextualiza el debate sobre la difusión del *ius Latii* a partir de Vespasiano, me interesa destacar la presencia de un dedicante individualizado en un contexto de altares dedicados por la colectividad del lugar. En este sentido es muy probable que nos encontremos ante la fundación de un culto por iniciativa privada en el seno del espacio consagrado por la colectividad del *castellum* del lugar.



Fig. 37: Altar a las *Matres* (ERPLe 23) procedente del Poulós de San Miguel (San Esteban del Toral, Bembibre, LE). © Museo Arzobispal de Astorga.

Si observamos las dedicatorias del entorno inmediato encontramos procedente de El Cocotín un altar, que podríamos decir doméstico por su tamaño (11 x 10 cm), en el que aparece un torno en el lateral derecho y un creciente lunar en el izquierdo junto a una inscripción de la que se han propuesto dos lecturas: *NIDA/NLVA* [...] ⁷⁵⁹ o *RIVA/ODVO* [...] ⁷⁶⁰. Algunos autores han querido entroncar los símbolos presentes en este pequeño altar con un fondo prerromano ⁷⁶¹, lo cual ya me he referido en

⁷⁵⁹ En *AE* 1990, 550 = *HEp* 2, 450 = *HEp* 8, 322.

⁷⁶⁰ En *ERPLe* 9.

⁷⁶¹ En *ERPLe* 9 = Rabanal Alonso y García Martínez, 2001: 54, nota 18.



relación a la asociación de unas imágenes similares en el caso del altar perdido a Júpiter Capitolino de Santa Marina de Torre del Bierzo, plenamente coherente con la iconografía ritual romana. Por otra parte, es difícil extraer si se trataba de un epíteto de un dios como Cosus, o si se trataba de un teónimo indígena masculino/femenino o tal vez una potencia menor del lugar. Respecto a lo primero hay que tener en cuenta que el resto de advocaciones del entorno parecen remitir reiteradamente al culto a Cosus. La lectura de *Udunnaeco* de otro altar en Santibáñez del Toral, posiblemente del yacimiento El Aro del Corriño, entre El Corón y la ciudad de Bembibre equidistante a menos de 2 Km de cada uno, se ha interpretado abiertamente como un epíteto de Cosus (Mangas, 1981a⁷⁶²). Se trataría de distintas formas de denominar a la misma divinidad en distintos lugares, incidiendo con ello en su asociación con algún tipo de aspecto de pertenencia (toponímico, gentilicio, etc.). En el caso de Santibáñez se menciona a un dedicante con *trianomina*, *C. Iunius Silanus*, el cual hace referencia a una familia bien testimoniada en la península desde mediados del s. I d. C. y durante el s. II d. C.⁷⁶³ y que en relación a dedicantes con *trianomina* se vincula con otros altares a Cosus de la zona, en concreto el caso procedente de Labaniego-Los Barredines.

El altar procedente del área Labaniego-Los Barredines, inmediatamente al norte de El Corón y El Cocotín y en el entorno inmediato del Poulós, está dedicado al *deus dominus Cosus Segidiaecus* por un *L(ucius) Aur(elius) Fr(onto)* (ERPL^e 8) (**Fig. 38**). Dicha forma de abreviar el *trianomina* es una característica onomástica de finales del s. II-III d. C. por lo que debemos contemplar este epígrafe como un acto de devoción posterior a los casos detectados en el Poulós pero también posterior a ejemplos como el de Santibáñez que muestra el *nomen* y *cognomen* del *trianomina* desarrollado. Además del dedicante con *trianomina* y el título de *deus dominus*, es decir literalmente como dios patrón, la morfología del altar remite a una serie característica de la que se tiene constancia en el área berciana en al menos otros dos ejemplos dedicados también a Cosus. Se trata de un altar con un característico frente bi o trilobulado a modo de sucesivas *cornua* decoradas con cruciformes y cartela remarcada⁷⁶⁴. Este modelo de altar está presente tanto en el dedicado a *Cosus Nidoledio* de Noceda del

762 <Cossue?> *Udunn/aeco/ C(aius) · Iuniu/s · Silanus/v(otum) · s(olvit) · l(ibens) · m(erito)* (AE 1983, 591 y 1984, 554 = ERPL^e 15).

763 Existen datos que apuntan a la familia de los *Iulii Silani* en la Península Ibérica a lo largo de la segunda mitad del s. I d. C. Es el caso de *C. Appius Iunius Silanus*, cónsul en el 28 d.C., que fue gobernador de la Citerior entre el 40-41 d.C. (Alföldy, 2007).

764 Sólo he encontrado un ejemplo hispano similar en la inscripción de Garrovillas de Alconétar, CA, a la *dea domina sancta Ataecina* con frente trilobulado aunque con tendencia piramidal (CIL II, 5877; Abascal y Cebrián, 2004-5:



Bierzo (ERPL^e 8⁷⁶⁵) como al *dei Co(ssue) Calv(i)celae(o)* de Villasumil en Candín (Barcia Merayo y García Martínez, 1997; AE 1998, 760⁷⁶⁶). Todas estas dedicatorias a Cosus llevan un epíteto lo cual contrasta con el altar dedicado en el Poulós que podría indicar bien la superioridad-centralidad del lugar de culto y/o la innecesaria identificación con un Cosus asociado con algún rasgo de la misma manera que la comunidad de los *castellani* devota a la diosa *Cenduedia* se presenta epigráficamente de forma anónima. Los epítetos de Segidiaeco, Nidoledio o Caluicelaeo hacen referencia a terminaciones lingüísticas (-aeco, -aéo, -ico, -io, etc.) muy conocidas y puestas en relación con valores toponímicos, siendo el caso de Nidoledio el más cercano con el nombre del río, el valle y el actual término de Noceda. El radical Seg- está muy bien atestiguado en diferentes topónimos como Segeda o Segisama, por lo que conformaría igualmente el nombre de un lugar. El caso de Villasumil se ha vinculado con una lectura complicada de un epígrafe perdido y equivocado en el *CIL* respecto a su localización de un castro orensano de San Cristobal (*CIL* II 2551 (p 707)). Su procedencia se ha debatido entre Castro Caldelas (OR) y Villalís de la Valduerna (LE) y su lectura se ha transmitido como *d(eo) d(omino) [Cosus] Caulecisaec(o)*, aunque no deja de ser un epígrafe “bajo reserva” (Olivares, 2002a: 95; HEP 12, 319). A su vez, puede que dicho epíteto esté a su vez recogido en la *Tutela Calv[...]*, cerca de San Román de Bembibre, reutilizado en Rodanillo (ERPL^e 27), en relación con una misma raíz todas ellas *Calv-/Cavl-* (Orejas y Alonso, 2013). Por su parte los dedicantes de los altares de Noceda y Villasumil se refieren a un *Flavinus Flavi [f(ilio)]* en el primero y un *duanomina* raro como *Delaesu Sonelaio* en el segundo, lo cual no permite extraer muchas conclusiones respecto a una datación o estatuto específico de los mismos de forma clara.

Para completar la documentación sobre Cosus en el Alto Bierzo quisiera finalmente traer a colación los casos de El Valle-Tedejo y San Pedro Castañero, ambos directamente vinculados con núcleos en explotaciones mineras auríferas de la cuenca del Boeza. El primer caso, lo componen dos altares muy fragmentados (AE 1983, 593⁷⁶⁷ y 594⁷⁶⁸) encontrados entre El Valle y Tedejo, Folgoso de

197-205, nº 3).

765 *Cossue N/edoledio / Flavinus / Flavi a(ram) p(osuit)* (HEP 1, 1989, 397 = IRPL^e 57 = ERPL^e 8).

766 *Dei(!) Co(ssue) / Calv(i)/celae(o) / Delaesu(?) / Sonelaio / ex [vo(to?)]* (AE 1998, 760 = AE 1999, 914 = HEP 8, 326 = ERPL^e 7).

767 *C[o]s[sue] / Tue[ran]/ae(o) Pa[ra]/mei[o] / T(itus) Fla[v(ius) / - - -]LV[- - -] / v(otum) p(osuit) A(nimo) [L(ibens)]* (AE 1983, 593 = HEP 8, 323 = HEP 9, 402).

768 *Co[sue] / U[d]una[eo] / Itilien[u]e / M(arcus) · Iulius / Pa[ter][n]us LE[- - -] V[- - -] ex v[oto] [- - -]* (AE 1983, 594 = HEP 8, 324 = AE 2001, 1216).



la Ribera, que seguramente provengan de El Corón de la Poza del Castro (Nº JCyL: 24-071-0005-05), un poblado en llano sobre la Reguera del Gollo delimitado por la red hidráulica que comunica con las explotaciones de Las Pozas/El Gollo (Nº JCyL: 24-071-0005-09). Dicho contexto dista apenas unos kilómetros del entorno del Poulós de San Miguel e incluso si se puede mantener que El Cocotín sea un “castro minero”, sería una explotación inmediatamente al norte de esta principal de Las Pozas/El Gollo. La lectura de dichos epígrafes además presenta la posibilidad de que los dedicantes fuesen militares de la *Legio VII Gemina*, tal y como se propuso en su *editio princeps* (Mangas, 1981c), la cual sigue siendo la más cauta aunque recientemente se haya hecho otra propuesta respecto a una de ellas en relación con la correspondencia de los *susarri paemeiobrigenses* en este área⁷⁶⁹.

Un caso similar lo representa la inscripción, también muy fragmentada pero con una grafía muy cuidada⁷⁷⁰, de San Pedro Castañero (*ERPL*e 5⁷⁷¹; Mangas, 1981d) que debe vincularse con el “castro minero” de La Corona de Las Torcas (Nº JCyL: 24-049-0004-14). En este caso parece que pueda tratarse de una cartela monumental en granito⁷⁷², más que de un altar -del que no se conserva rastro alguno de *foculus*- , a modo de placa votiva de la que se conserva una moldura en su extremo inferior y podría haber servido para ser empotrada en algún tipo de construcción. El desarrollo de la lectura podría haber sido mucho más complejo del que se tiene asumido hasta ahora. Aunque requiere de un análisis en profundidad creo que se debe poner en relación con la morfología de placa votiva asturicense al *deo Vagodonnaego*, con la cual comparte la raíz antroponómica del magistrado de la *gens Pacata* que manda levantar el monumento en La Milla del Río en nombre de la *res publica* de Asturica. Resolver este dilema es prácticamente imposible pero podemos dejar claro que se trata de una morfología votiva similar -placa votiva para ser empotrada en una construcción monumental- y no parece que pueda estar vinculado con la actividad de la ciudad asturicense aunque no es descartable la presencia de uno de sus magistrados como parte de su *devotio* particular o como patrón de su culto como lo fue *G. Calpurnio Rufino* en el santuario de Panoias, algunas de cuyas fórmulas

⁷⁶⁹ Se trata de la lectura de uno de los altares (*AE* 1983, 593) en relación con una pretendida *Tutela Paemeiobrigense* que remitiría al *castellum susarro* del Edicto del Bierzo (Rodríguez Colmenero y Ferrer Sierra, 2001).

⁷⁷⁰ Apenas contamos con 6 letras que se han interpretado como un voto a Cos[sue] por un individuo llamado Loc[ius] Pac[atus/Atianus].

⁷⁷¹ Cos[sue] / Loc[ius?] / Paca[tianus? - -] (*AE* 1983, 595 = *HEp* 11, 288).

⁷⁷² Con unas medidas de (104) x (40-33) x (34) cms tan solo de su mitad o incluso su cuarta parte, dependiendo de la reconstrucción que se haga (Mangas, 1981d).



votivas podrían cuadrar con la inscripción de San Pedro Castañero⁷⁷³. En cualquier caso, tanto en El Valle-Tedejo como en San Pedro Castañero, la asociación de altares o placas votivas vinculadas con explotaciones auríferas directamente tiene su correspondencia con la posibilidad de dedicantes oficiales, bien militares, bien magistrados asturicenses. Este hecho además debe ponerse en relación con una datación preventiva durante la segunda centuria, lo cual podría concentrarse en el paso del s. II al III d. C. a tenor de la concentración de votos conocidos por la *Legio VII Gemina* (como *Pia Felix*) y por las consideraciones recientes respecto a la evolución del estatuto de *Asturica* y la dedicatoria al *deo Vagodonaego* (ERPLe 29) (en Orejas y Morillo, 2013.). Sobre el carácter de Cosus y su vinculación con la minería, tendré ocasión de referirme más abajo.



Fig. 38: Altar al deo domino Cosue Segidiaeco (ERPLe 8) procedente de Labaniego (Arlanza, LE).
© Museo Provincial de León.

⁷⁷³ P.e. la que recoge una dedicación de una capilla o *aedes* como divinidad + *in hoc templo locatis aedem* + dedicante y que podría hacernos leer la inscripción de San Pedro Castañero como [*deo domino*]/ *Cos[sue in hoc templo]/ loc[at]is aedem Gaivs]/ Pac[at]vs - - -]*.



para entender este territorio del Alto Bierzo en época romana se debe a su vez tener en cuenta el entorno de Bembibre en donde parece que se desarrolló el poblamiento más desarrollado y enclave viario denominado en las fuentes como *Interamium Flavium*. Dicho lugar se identifica con un área en el interfluvio del Boeza y el Noceda y en concreto en relación con el entorno del actual San Román de Bembibre. En esta zona se han detectado varios yacimientos, entre los que el de El Parral (NºJCyL: 24-014-0007-06) que se sitúa en una terraza que se extiende unos 2 km hacia el NE inmediatamente sobre dicho interfluvio Noceda-Boeza. Su vertiente más oriental está delimitada por el camino tradicional que comunicaría con el Alto Sil, llamado “La Calzada”. Tiene un gran espacio habitable en su extremo meridional en un área de unas 20 Ha., tanto en el área de El Parral como en otros colindantes, tipo El Pellote o Pillote⁷⁷⁴ (NºJCyL: 24-014-0007-03). Ya en plena vega del Boeza se conocen los yacimientos de Santa Eulalia de Piélagos (NºJCyL: 24-014-0007-05) y El Fresno (NºJCyL: 24-014-0007-01), directamente al pie de las terrazas del núcleo principal en torno a El Parral, los cuales podrían ponerse en relación con el trazado de la vía y sus infraestructuras asociadas, entre las que destacaría la propia *mansio* que se cita en los itinerarios (Fernández Rodríguez y otros, 1999: 63-72). Esto implicaría desechar la ubicación de dicha *mansio* en Las Murielas de Almazcara en relación con un miliario pre-flavio⁷⁷⁵, así como la posibilidad de que estuviese en el entorno de Noceda⁷⁷⁶. Todos estos yacimientos ponen de relieve un posible hábitat disperso articulado probablemente en torno a diferentes vías noroccidentales que confluían aquí: *vías XVIII* o *via Nova* y *via XIX*.

En cuanto a los monumentos votivos procedentes de esta zona, destacan las dedicatorias a *I(ovi) O(ptimo) M(aximo)* (ERPLe 41), a la ya referida *Tutela Calv[- -]*, (ERPLe 279) y otra *ara* votiva

⁷⁷⁴ En donde se tiene constancia que aparecieron materiales romanos que se pueden adscribir cronológicamente a los siglos I y II d.C., además de la estructura de una construcción absidiada.

⁷⁷⁵ Se trata del miliario de época de Nerón encontrado en “Chana de Arriba” y en el que no se señalan las millas por lo que ha existido un largo debate respecto al itinerario viario al que podría asignarse. Posiblemente se trate de un miliario de la vía XIX que transitaría también por el entorno de Bembibre para cruzar el puerto del Manzanal en época pre-flavia. No existen restos arqueológicos con entidad para poder vincular ninguna *mansio* en el entorno de Las Murielas de Almazcara.

⁷⁷⁶ También se ha incidido en la localización de *Interamium Flavium* en el entorno de Noceda, principalmente en relación con una lectura controvertida de un epígrafe a *Mercurio* (¿?) presumiblemente por unos collegiani com(meatores) de Int(eramnum) Fl(avium). Otras lecturas apuestan por un *Epitafio* funerario como *D(is) M(anibus) S(acrum)/ Collegi/ ani con[...]/ I(ulius) Ant(onius) Fl(avus)* (HEp 7, 384 = HEp 8, 328 = ERPLe 145). Igualmente se ha sumado a esta interpretación el miliario asilado de San Justo de Cabanillas, desplazado 20 Km respecto al trazado habitual de la vía por el valle del Boeza. La propuesta de un gran arco rodeando las estribaciones meridionales de la Sierra de Gistredo, salvando el río Tremor por El Cerejal y subiendo el Alto de Morueco para enfilarse por Brañuelas el camino a Astorga (Rodríguez Colmenero, 1995-96: 99; Ferrer, 2003: 129-30) no resulta justificado.



en la que tan solo se puede leer el nombre del dedicante, *Aurelius Cres[...]* (ERPLe 84). Respecto a los teónimos conservados, el primero precisamente debía estar asociado al paso de la vía puesto que se encontró en el área de Santa Eulalia de Piélagos-El Fresno. Parece trarse de un acto votivo oficial, en este caso sin referencia alguna de dedicante ni colectividad, lo cual podría indicar un voto en un lugar perfectamente adecuado para el mismo. Reutilizado en Rodanillo se encuentra el altar a la Tutela dedicado por un individuo con filiación indígena (*Flaccus Aviti f.*) en nombre de su hijo (ERPLe 27⁷⁷⁷). La advocación a la Tutela se ha puesto en relación con el *numen* o la potencia protectora de la *Calubriga* gigurra pero no deberíamos olvidar que comparte la misma raíz de otros epítetos a Cosus como el *Calucelaeo* de Villasumil o la dedicatoria perdida de Villalís dedicada a un *d(eo) d(omino) Caulecisaeco*, a lo que me he referido más arriba. En cuanto a la inscripción en la que sólo se conserva el dedicante de la *gens Aurelia*, nos viene a remitir al caso del cercano conjunto del Poulós de San Miguel del altar a Cosus por *L(ucius) Aur(relius) Fr(onto)* (ERPLe 8), datado por la abreviatura onomástica a finales del s. II-III d. C.

Respecto a la relación entre los conjuntos votivos del posible núcleo de *Interamium Flavium* y el detectado en El Poulós de San Miguel se pueden apuntar algunas reflexiones. En primer lugar, en el entorno de este último parece existir un *castellum* predominante que se hace presente en las dedicatorias anónimas a la *dea Cenduedia* y a las Matres. Dicha colectividad utiliza el lenguaje de poder votivo para consolidar el poder de los intermediarios indígenas con Roma tras la conquista, pero no de manera autónoma sino como integrantes de una organización supra-local de la que dependen y dan por supuesta, en este caso posiblemente la *civitas Susarrorum*, por la identificación con el Alto Bierzo de dicha circunscripción a partir del debate en torno al Edicto del Bierzo (Sánchez-Palencia y Mangas, 2000; Costabile y Licandro, 2000; Grau y Hoyas, 2001). En un lugar sagrado emplazado en lo que podría haber sido un terreno neutral, tal vez en los límites de alguna colectividad o como lugar de atracción en el radio de acción de una de ellas, una comunidad que se reconoce administrativamente de un mismo *castellum* decide consagrar a su diosa patrona un altar fundacional. Todo en ese acto remite a la reproducción de un *modus operandi* votivo reconocido por Roma, necesariamente como pro-sagrado, y en un claro interés por mostrar la lealtad de los grupos de poder locales surgidos tras la conquista. Como decía, tras la dedicatoria colectiva se debe imaginar a aquellos que detentaban el

⁷⁷⁷ *Flaccus/ Avit(i) f(ilius) Tute/lae Cal(ubrigensi?) vot(um)/ L(ibens) so(lvit) pr(o)/ filio* (ERPLe 27 = HEp 5, 542 = HEp 10, 349 = AE 1994, 962).



poder suficiente como para llevar a cabo dicho acto público cultural. Y este hecho se debe observar en relación con los cambios producidos en el poblamiento y la reestructuración de los grupos de poder resultantes, los cuales asumirían tanto la representación de las nuevas organizaciones colectivas como su reflejo en el ámbito votivo difundido por los romanos. Respecto a la diosa indígena, posiblemente el reflejo de una potencia sagrada del lugar recreada *ex novo* (a través de una *translatio peregrina*), ya he señalado su inclusión en el conjunto de teónimos femeninos dedicados por colectividades a lo largo de la primera centuria como reflejo de un discurso asumido de sometido-femenino. En este sentido cobra coherencia el encontrar un altar en el mismo lugar dedicante a una potencia altamente difundida en el Imperio asociada con las potencias sacralizadas de cada lugar, como es el caso de las Matres. Si mantenemos una datación para ambos altares a lo largo del s. I d. C., nos encontraríamos ante un lugar pro-sagrado en un territorio de estatuto peregrino que aunque pudiera estar cerca de algún núcleo en concreto, en este caso de El Corón de La Escrita como antiguo castro prerromano que debió seguir siendo habitado, pudo alcanzar un carácter inter-comunitario en el seno de la nueva organización de la *civitas*. En este punto se debe tener en cuenta el cambio radical de las formas de poblamiento prerromanas centradas en el castro y el “castro romanizado” imbricado en un modelo mucho más amplio, con distintos tipos de asentamiento y distintos estatutos de sus comunidades e individuos castella, *vici*, *pagi*, *conciliabula*, *fora*, etc.), que responde a la organización de la *civitas* como unidad territorial y fiscal⁷⁷⁸. El territorio del *castellum* no existe como entidad independiente sino en tanto en cuanto forma parte de la *civitas* con la que tributa de forma global, tal y como lo describen los agrimensores en relación al *ager per extremitatem mensura comprehensus* (Front., *Th.* 1-2). Esta organización promueve las desigualdades de las distintas comunidades que conforman la *civitas* como unidad orgánica desde el mismo momento post-conquista. Los distintos grupos de poder adscritos a distintas comunidades dependientes de la *civitas* habrían tenido distintas particularidades en sus procesos de autoafirmación con Roma, reflejándose en un desigual acceso a la tierra, una desigual monumentalización y embellecimiento de sus poblados, lugares sagrados así como una distinto porcentaje en el monto final de la tributación global (Orejas y Ruiz del Árbol, 2010: 1109); como demuestra en este último aspecto el Edicto del Bierzo respecto a un *castellum* en concreto de la *civitas Susarrorum* en detrimento de otro de la *civitas Gigurorum*.

778 Orejas y Sastre, 1999; Orejas 2002b; Orejas, Ruiz del Árbol y Sastre, 2005; Orejas y Ruiz del Árbol, 2010.



La aparición del dios Cosus, tanto en el Poulós como en todo el territorio de una manera reincidente, parece poder asociarse a un momento a partir de finales del s. I d. C. y a lo largo de toda la segunda centuria hasta principios del s. III d. C. En lo que respecta al altar del Poulós que presenta rasgos distintivos, como una hornacina gallonada que pudo custodiar un *signum* así como el Instrumental ritual que pudo estar representado, la onomástica del dedicante remite a un individuo de ascendencia peregrina, el cual puede vincularse a un momento flavio o inmediatamente posterior por la asunción del nombre *Flavus*. El altar del Poulós podría ser uno de los casos más antiguos de una dedicatoria llevada a cabo por iniciativa privada al dios Cosus presentado sin epíteto alguno. Este reflejo del poder a través del nombre de un individuo y su ascendencia permite plantear la generalización de una forma de llevar a cabo el voto, distinta de la que hasta entonces se había reflejado a través de la colectividad en el Poulós. A su vez, el hecho de que se trate de un altar al teónimo que a partir de entonces parece monopolizar las advocaciones de toda la región, permite incidir en un cambio en las redes de poder hasta entonces consolidadas y representadas en bloque como colectividad. Parece tratarse de un momento en el que ciertos individuos empiezan a tener posibilidades de auto-promocionarse a través del culto local. Su proceso a modo de hipótesis se puede observar paulatinamente en todos los casos de altares a Cosus que he señalado, algunos con muestras de ser productos de un mismo modelo de altar claramente coetáneo, con aquellos en los que se delata una filiación latina (como en Noceda, *Flavi f.*) hasta los que presentan *duanomina* (caso de Candín, *Delaesu Sonelaio*) o *trianomina* (caso de Labaniego-Los Barredines, *L(ucius) Aur(elius) Fr(onto)*, y Santibáñez del Toral, *C(aius) Iunius Silvanus*), a lo largo de toda la segunda centuria. En este sentido cobra aún más importancia el hecho de que Cosus pudiera haber sido honrado por grupos militares o de familias vinculadas con el ámbito asturicense, asociados a las estratégicas explotaciones auríferas de la región (**MAPA 6a**).

La distribución de este culto predominante a Cosus no se centraliza, como podría esperarse en un planteamiento de modelo de ciudad clásica, en el núcleo de San Román/*Interamium Flavium*, además de enclave viario posible “capital” administrativa de la *civitas* de los *Susarri*. En su lugar, parece que el principal conjunto votivo liderado por la dedicatoria a *IOM* en el entorno de San Román, así como posiblemente los otros dos epígrafes votivos reutilizados en el entorno, al menos uno de ellos a una potencia protectora oficial del ligar en forma de Tutela, se asocia con algún posible recinto sagrado vinculado a la *mansio* o estación viaria al pie del núcleo principal.



El culto de mayor representatividad (colectiva primero e individual después) parece que haya que centralizarlo en torno al espacio sagrado del Poulós de San Miguel, teniendo su impacto particular desde aquí a otros núcleos de diferente entidad, no necesariamente vinculados a la circunscripción del *castellum* fundador de los primeros altares votivos del Poulós. Podría leerse este registro como un centro religioso que se opone (“se resiste”, como reflejo del tópico de la supervivencia de la tradición prerromana) a la capital oficial impuesta por Roma en relación con el paso de las vías de comunicación. Sin embargo lo que se constata en la distribución epigráfica votiva del culto a Cosus es la ausencia de una “centro religioso urbano”, con un posible lugar de fundación en relación con la promoción en el seno de una organización colectiva de tipo *castellum* supeditada a la *civitas*. Tras todo ello se enfatiza una ordenación característica dispersa, desigual y compleja del poblamiento rural de este tipo de *civitates* reflejado en el propio ordenamiento espacial de los lugares sagrados en contexto peregrino. La importancia que cobra Cosus como dios patrón (*deus dominus*), posiblemente a raíz de la reestructuración de las redes de poder a partir de las reformas flavias en distintos puntos del Noroeste ibérico, más allá de su prevalencia en el área berciana, requiere reflexionar sobre la génesis y significación de dicho teónimo, tradicionalmente asumido como una pervivencia votiva de tradición prerromana, sobre lo que me centraré en el siguiente capítulo.

13.2.2.3. Propuesta de génesis del dios indígena Cosus (ss. I-II d. C.)

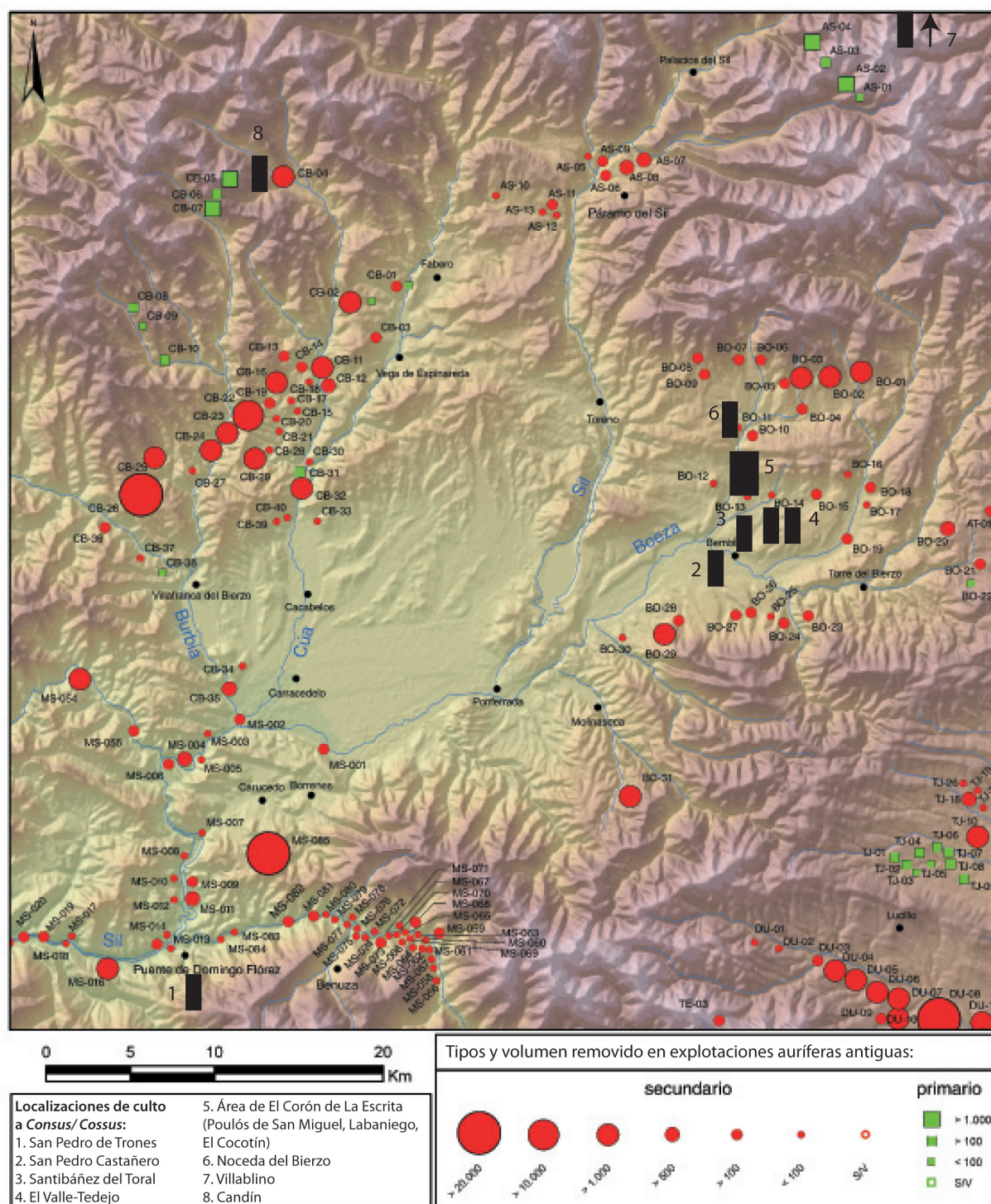
Habitualmente se viene reconociendo un mismo teónimo tras las variantes de *Cossue/Coso/Cusu/Cusue/Cosei/Cusei/Cohue/Cuhue*⁷⁷⁹, acompañadas a veces por diferentes títulos como *deus*, *dominus*, *deus dominus* o *dominus deus*. Los tres ámbitos geográficos en donde se tiene constancia de dicho teónimo, en sus respectivas variantes, corresponden a diversas regiones extendidas por los tres conventos noroccidentales ibéricos y extendiéndose en ámbito lusitano⁷⁸⁰ (**Tabla 6**). Sin embargo, la región berciana se ha venido destacando entre todas ellas, por ser la que más altares en su honor se han conservado y por haberse propuesto como foco originario desde un punto de vista lingüístico (Prosper, 2002: 243 y 248-249). El debate predilecto ha sido el del significado del teónimo, para el que ha tenido un peso especial la hipótesis que viene identificándolo con el Ares/Marte de la descripción estraboniana (Blanco, 1957; Blázquez, 1970).

⁷⁷⁹ Sobre las distintas variantes como a) Descripciones dialectales y su análisis paleolinguista, en Búa, 1999 y especialmente en Prósper, 2002: 225-253.

⁷⁸⁰ Barcía Merayo y García Martínez, 1998; Olivares, 2002a: 157-168, mapa 14; Prosper, 2002: 511, mapa 13



MAPA 6a: epigrafía votiva de Cosus en *Asturia Augustana* central sobre la base de la distribución de explotaciones auríferas. A partir de EST-AP.





Su asociación con la función guerrera se vio fortalecida además por una serie de paralelos epigráficos⁷⁸¹ que, aparentemente, insistían en su *interpretatio* con Marte y, derivado de ello, por la construcción interpretativa que lo situaba como ejemplo paradigmático de la segunda función dumeziliana (a partir de Bermejo, 1986).

Es esta última propuesta de Marte-Cosus la que se sigue reproduciendo y en la que viene insistiendo por ciertos sectores que insisten la celticidad de las comunidades del Noroeste hispano. Recientemente se ha aportado al debate la propuesta la derivación lingüística a partir de la advocación berciana de *Consus* procedente de San Pedro de Trones (Puente de Domingo Flórez, LE) (García Martínez, 1998), en la base de la génesis de las demás variantes (**Fig. 39**). A partir de este presupuesto, se asocia con la misma raíz que remite en último término a la del epíteto de un Marte testimoniado en las Galias y *Britania* como *Mars Condatis*⁷⁸² y que, etimológicamente habrían tenido una vinculación con el “culto a la confluencia” (Prósper, 2002: 225-256) o además, una relación con la “función asamblearia”, a partir de uno de sus epítetos galaicos (*Coso Oenaego*) así como otros paralelos galos e irlandeses (Brañas, 2007: 432-435). En cualquier caso se llega de nuevo a la tesis de un Marte indígena “con connotaciones indiscutiblemente guerreras” que remiten a un mismo hipotético y nada claro pasado bélico castreño prerromano. A esta idea se le han unido otras en la misma línea interpretativa, aunque con menos fundamento, como la de una pretendida supervivencia en la toponimia que hace referencia a trampas para capturar alimañas⁷⁸³, principalmente lobos, enlazando los gritos para amedrentar a los animales con el pretendido culto guerrero a Cosus (Barcia Merayo y García Martínez, 1999: 58-9). La propuesta de vincular dicho teónimo con una etimología propiamente romana a través de un posible origen minorasiático derivado de *Kassios* (Mangas, 1996), no ha tenido, en cambio, ningún desarrollo posterior.

Actualmente el debate se ha reavivado para poner en entredicho los datos epigráficos sobre los que se construía la evidencia del Marte Cosus. Así, del registro epigráfico que se esgrimía como argumento probatorio, sólo se puede dar por válida la presencia de un *Cosodus deus Mars*, procedente de Aquitania (*CIL* XIII 1353)⁷⁸⁴. En cualquier caso, se ha aboga por la prudencia ante la “falta de

781 La rupestre de la Cova del Aigua en Denia, *Mars Semmus Cosus* (*CIL* II 3588 = 5960), de Santiago de Compostela, *Cosus Mars* (*CIL* II 5071) y la aquitana de *Cosodus deus Mars* (*CIL* II 5960).

782 De Lyon, del *Pagus Condatensis*, donde confluye el río Ródano y el Saona, cerca del Altar de las Tres Galias de Augusto. También en *Britannia* en Cramond (*AE* 1978, 451) y Bowes (*AE* 1938, 113).

783 Del tipo “El Coso”, “El Causo”, “Los Cousos”, “Los Couseliños”, “Couselo” o “Coisio”, entre otros.

784 Respecto al caso de Denia, se ha releído recientemente en relación a un epíteto del militar como *Legio VII Gemina Pia Felix Maximiniana missus cum suis* (*HEpOL* 9659). Por su parte, la procedente de Santiago de Compostela se ha reconocido confundida y duplicada en relación con la aquitana, incluida en el compendio hispano en el *CIL*.



Tabla 6: Dedicaciones al dios Cosus en el cuadrante noroccidental ibérico.

Denominación	Título	Dedicante	Formula votiva	Datación relativa	Procedencia	Referencia
<i>Conso S[...]</i> ensi		<i>P. Arquius Clemens gigurrus</i>		s. I d. C.	San Pedro de Trones, Puente de Domingo Flórez (LE)	<i>ERPL</i> 12 = <i>HEp</i> 7, 387 = <i>AE</i> 1998, 764
<i>Coss[ue]</i>		<i>Fl(a)v(u)s Tv(ro)/ni [filio]</i>	<i>ex [v]oto l(ibens) [s(olvit)]</i>	finales s. I- II d. C.	Poulós de San Miguel, San Esteban del Toral (LE)	<i>ERPL</i> 10 = <i>AE</i> 1983, 592 y 1984, 554
<i>Cossue</i>	deo	<i>L. Aur. Fr.</i>	<i>ex voto l(ibens) m(erito) p(osuit)</i>	finales s. II d. C.-III d. C.	Labanigo, Arlanza (LE)	<i>IRPL</i> 58 = <i>ERPL</i> 11 = <i>AE</i> 1967, 232
<i>Segidiaeco</i>	domino	<i>Flavinus Flavi [filio]</i>	<i>a(ram) p(osuit)</i>	finales s. I- II d. C.	Noceda del Bierzo (LE)	<i>IRPL</i> 57 = <i>ERPL</i> 8
<i>Cossue</i>		<i>Loc[us?]</i>			San Pedro Castañero, Castropodame (LE)	
<i>Coss[ue]</i>		<i>Paca[tianus? - - -] o [- - - Gaius?] Pac[atús? - - -]</i>	<i>[in hoc templo] loc[atís - - -]?</i>	s. II d. C.		<i>ERPL</i> 5 = <i>AE</i> 1983, 595
<i>C[o]s[sue]</i>		<i>T(itus) Fla[v(ius) - - -] L(egio) V[II] Gemina? - - -]</i>	<i>v(otum) p(osuit) a(nimo) [l(ibens)]</i>	s. II d. C.	El Valle-Tedejo, Folgoso de la Ribera (LE)	<i>ERPL</i> 13 = <i>HEp</i> 8, 323 y 9, 402 = <i>AE</i> 1983, 593
<i>Co[ssue]</i>		<i>M(arcus) Iuliu[s Pa]ter[n]us(?) Le[gio] V[III] Gemina? - - -]</i>			El Valle-Tedejo, Folgoso de la Ribera (LE)	
<i>U[d]una[eo]</i>			<i>[ex v]oto</i>	s. II d. C.		<i>ERPL</i> 14 = <i>AE</i> 1983, 594



<i>Co(ssue)</i> <i>Calu(i)/celae(o)</i>	<i>dei</i>	<i>Elaeso Caeiaio?o</i> <i>Delaesu Sonelaio?</i>	<i>ex [vo(to?)]</i>	s. II d. C.	Candín, Villasmil (LE)	<i>ERPLe 7 = HEp 8, 326 = AE 1998, 760 y 1999, 914</i>
< <i>Cossue?</i> > <i>Rivaoduo o Nidanlua</i>					El Cocotín, San Esteban del Toral (LE)	<i>ERPLe 9 = HEp 2, 450</i>
< <i>Cossue?</i> > <i>Udunaeco</i>		<i>C. Iunius Silanus</i>	<i>v(oto) s(olvit) l(iens) m(erito)</i>	s. II d. C.	Santibáñez del Toral (LE)	<i>ERPLe 15 = AE 1983, 591 y 1984, 554</i>
<i>Cosiovi Ascanno</i> o <i>Cos[sue] Iovi Ascanno</i>			<i>sacrum (lateral)</i>	s. I-II d. C.	Villablino (LE)	<i>IRPLe56 = ERPLe 6</i>
<i>Coso</i>		<i>Vegetianus Fuscus</i>	<i>v(otum) s(olvit)</i>	s. II d. C.	Zas, Brandomil (CO)	<i>CIL II 5071 y 5628 = IRG I, 7 = CIRG I, 39 = AE 1952, 113 y 1955, 257</i>
<i>Coso</i>	<i>domino</i>	<i>Aeb(ura) Ati (filia) cil(ena)</i>	<i>exs(!) voto p(osuit)</i>	s. I-II d. C.?	Negreira, Logrosa (CO)	<i>CIRG I, 22 = HEp 4, 333</i>
<i>Coso Calaeunio</i>		<i>P. S.</i>	<i>e(x) v(oto)</i>	finales s. II-III d. C.	Lage, Santa María de Serantes (CO)	<i>CIRG I, 70</i>
<i>Coso</i> <i>Udaviniago</i>		<i>Q. V. C.</i>	<i>ex voto</i>	finales s. II-III d. C.	Sada, San Martín de Meirás (CO)	<i>CIRG I, 9 = AE 1955, 257</i>
<i>Coso Oenaego</i>		<i>G(aius) Iul(ius) Nepos</i>	<i>ex vot(o)</i>	finales s. II-III d. C.	Seavia, Torres de Nogueira (CO)	<i>CIRG I, 68 = HEp 4, 327</i>
<i>[Co]soe</i> <i>Meobrigo</i>		<i>Parvi/[lius]</i>	<i>ffecit</i>	s. II d. C.?	Procedencia desconocida (CO)	<i>IRG I, 23 = CIRG I, 86 = HEp 11, 262</i>
<i>Coso Esoaego</i>	<i>Reo = deo?</i>	<i>Flaus Victo[ri]s</i>	<i>v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)</i>	s. II d. C.	Romai Vello, Portas (PO)	<i>IRG II, 128 = HEp 6, 762 y 13, 505 = AE 1994, 959</i>
<i>Cusue</i> <i>Mepluceeco</i>		<i>[Po]mpeius Sabinus</i>	<i>v(otum) s(olvit) l(ibens) m(erito)</i>	s. I-II d. C.?	Cartelle, Coixil (OU)	<i>HEp 8, 380</i>
<i>Cuhue</i> <i>Berralogecu</i>		<i>Flavius Valeria[n]u[s]</i>	<i>ex voto</i>	finales s. I-II d. C.	El Corgo?, Paradela (LU)	<i>IRLu 58 = IRG II, 21</i>
<i>Cohue Tene?</i>		<i>E. R. N.</i>		finales s. II-III	Guitiriz, Parga	<i>IRLu 57 = IRG II, 22</i>



				d. C.	(LU)	
<i>Cusu Nemedeco</i>	<i>deo</i>			finales s. I-II d. C.	Burgães, Santo Tirso, Porto (PT)	<i>CIL</i> II 2375 y 5552 = <i>HEp</i> 9, 757 = <i>AE</i> 1957, 315 = <i>RAP</i> 50
< <i>Cossue</i> > <i>Nemedeco</i>	<i>dom(ino)</i> <i>deo</i>	<i>Severus</i> <i>Severu[s S]aturnini</i> <i>f(ilius)</i>	<i>ex voto posuit</i> <i>ex voto posuit Homullus</i> <i>Catur[?]o</i>	finales s. I-II d. C.	Santo Tirso, Porto (PT)	<i>RAP</i> 51
<i>Cosu</i> <i>Ne(medeco)</i>		<i>F(- - -)</i>	<i>ae(dem) s(acravit)</i>	finales s. I-II d. C.	Sanfins, Lamoso, Paços de Ferreira, Porto (PT)	<i>CIL</i> II 5607b = <i>HEp</i> 5, 1042b; 9, 756b y 10, 742b = <i>RAP</i> 468
<i>Cosei</i> <i>Va[c]oaico</i>				s. I-II d. C.?	Procedencia desconocida, Viseu (PT)	<i>AE</i> 1989, 379 = <i>HEp</i> 3, 496 = <i>FE</i> 140 = <i>RAP</i> 47a
<i>Cusei Baeteaco</i>		<i>Boutius Turaiani(?)</i>	<i>a(nimo) l(ibens) p(osuit)</i>	finales s. I d. C.?	Aguada de Cima, Águeda, Aveiro (PT)	<i>HEp</i> 1, 657 y 4, 986 = <i>AE</i> 1986, 283 = <i>FE</i> 70 = <i>RAP</i> 49



explicación creíble para el nombre del dios” (Andrés Hurtado, 2002: 245). Igualmente se ha puesto de relieve que los epígrafes con los que contábamos para asimilar a Cosus como Marte indígena no podían conformar una base segura sobre la que construir ninguna hipótesis (Prósper, 2002: 250). Otros autores, sin embargo, defienden una “calidad probatoria” al menos para el epígrafe aquitano, además de consignar que la dispersión teonímica entre Cosus y *Bandua* no se solapa geográficamente y podrían identificarse como una misma deidad cuya función fuese la de proteger a las pequeñas comunidades rurales, característica del Marte céltico en Galia y *Britania* (Olivares, 1999 y 2002a: 158-59). Por el contrario, los estudios más recientes en el ámbito aquitano de los *Bituriges Cubes* en Maubrunches, de donde procede el *Cososo deo Marti suo*, apuntan a un ámbito peregrino en el que en algunos casos como en el que nos ocupa se descubren las advocaciones conjuntas con los númenes de Augusto (Van Andringa, 2002: 267). Por tanto el *Cosusus* aquitano además de no ser propiamente la misma divinidad constatada en el Noroeste hispano, aunque sí de su misma raíz, corresponde con un territorio en donde se constata su presumible sincretismo con Marte así como su carácter de genio del lugar asociado al culto imperial *-hoc signum donavit Augusto-* como forma de invocar el estatus social que ocupa la devota *Flavia Cuba, Firmani filia*⁷⁸⁵.

Por otro lado, el análisis tradicional de la dispersión teonímica ha ignorado sobremanera la contextualización relativa de los ámbitos de procedencia (**MAPA 6b**). Recientemente, se ha aludido a esta relación entre Cosus y zonas mineras, proponiendo una hipótesis relacionada con la más que discutible inmigración minera de la costa atlántica al foco “atractivo” del interior berciano (inviertiendo la evolución lingüística más aceptada), como causa que explicaría la presencia de los distintos focos del culto a Cosus en lugares tan dispares de los tres *conventus* del Noroeste (Olivares, 2007)⁷⁸⁶. Esta hipótesis se une a otras líneas de análisis que ya habían tratado el tema de la población exógena en las áreas mineras a través de la epigrafía (García Martínez, 1998-1999), las cuales han sido criticadas recientemente (Orejas y Beltrán, 2010). En el caso de la dispersión teonímica de Cosus encuentro algunos problemas, entre los que destaco el hecho de la asignación cronológica de los

785 Destaca Van Andringa otro caso paralelo en donde el sincretismo del genio del lugar es con Apolo, procedente de la misma área en Mauvières, y que recoge un voto de dos *Iulii* al *numen Augusti* y al *Genius Apollinis Atepomari* (CIL XIII 1318; Van Andringa, 2002: 267).

786 Dicha argumentación ha sido contestada en tanto en cuanto las explotaciones mineras antiguas pudieron atraer a población extranjera pero en ningún caso supusieron grandes traslados poblacionales ya que su principal mano de obra fue la de las comunidades locales, a través de su tributación por medio del trabajo (Sastre, Beltrán y Sánchez-Palencia, 2010).



epígrafes. Por un lado es en El Bierzo en donde se acepta el foco originario lingüístico en *Consus* y contamos con ejemplos a lo largo de todo el Alto Imperio, como he señalado en el párrafo anterior. Los únicos casos constatados en ámbito bracarense podrían datarse en un indeterminado ss. I-II d. C. y especialmente los detectados en los distintos focos en ámbito lucense parecen concentrarse, a tenor de las abreviaturas en la onomástica de los dedicantes⁷⁸⁷, a finales del s. II y principios del s. III d. C., en donde la difusión del culto a Cosus debió adquirir su momento más álgido. A su vez, dejando a un lado la crítica ya hecha sobre la dificultad para argumentar el traslado de un culto en relación al trabajo minero como atracción económica de inspiración actualista, analizaré a continuación los datos con los que contamos y hasta qué punto se puede argumentar la vinculación del culto a Cosus con la minería y, en concreto, con la minería aurífera. Este primer análisis lo acompañaré de una reflexión sobre la concepción simbólica de las minas en el mundo romano y en concreto la que gira en torno a la obtención del oro en el imaginario antiguo. Lejos de observar la minería aislada del mundo rural provincial en el que estuvo imbricado, propondré una lectura interpretativa de la génesis y el culto de dicho teónimo a la luz de datos que parecen desvincular a Cosus de cualquier supervivencia de origen prerromano, contextualizándolo con las concepciones de nueva planta portadas por Roma.



Fig. 39: Altar dedicado a Conso (ERPL^e 12) procedente de San Pedro de Trones (Puente de Domingo Flórez, LE). EST-AP.

⁷⁸⁷ Principalmente por la constancia de dedicantes con sus nombres abreviados, como Aeb. Ati (CIRG I, 22), G. Iul. Nepos (CIRG I, 68), Q. V. C. (CIRG I, 9) o P. S. (CIRG I, 70).



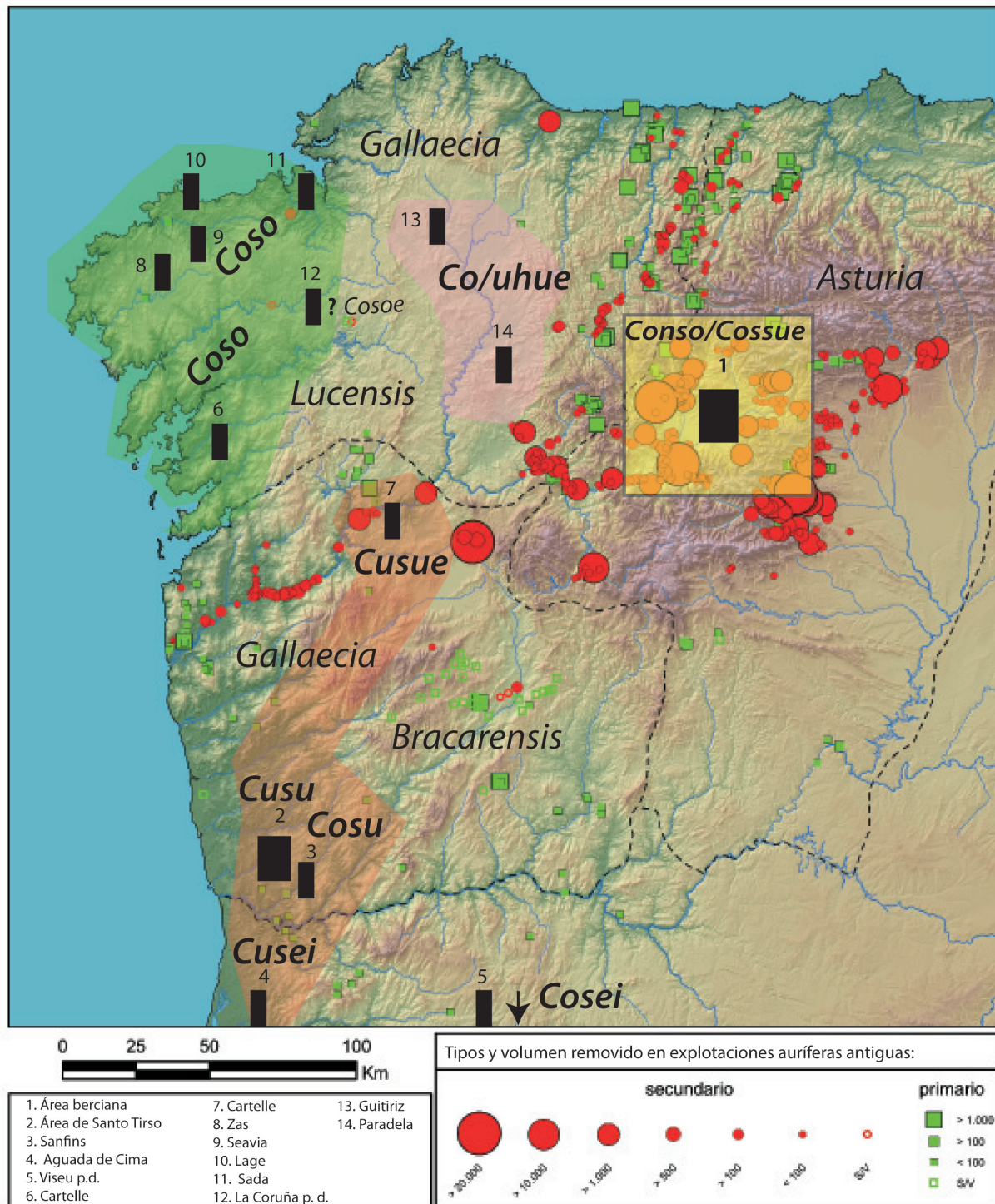
En el Noroeste ibérico se pueden encontrar relaciones con las áreas de explotaciones mineras auríferas prácticamente en relación a cualquier territorio de estudio. Es por ello que aunque algunas de las agrupaciones más importantes de altares dedicados a Cosus puedan estar en importantes zonas mineras, como las bercianas bien conocidas (Sánchez-Palencia, 1983 y 2000a), no estamos en disposición de encontrar una asociación clara, ineludible y constante en el tiempo que asocie los conjuntos votivos a Cosus con las minas. Otra cosa distinta es que podamos encontrar vínculos en relación a la génesis simbólica de dicho teónimo no tanto con las minas como con el poblamiento rural de las *civitates* en su conjunto, en el que las explotaciones mineras están integradas como *ager publicus* sin configurarse de forma sectorializada ni ser focos de atracción económica con efecto llamada para otras regiones vecinas. Así, las minas forman parte de un territorio que, al margen de su condición jurídica⁷⁸⁸, está imbuido por un importante potencial simbólico entre el mundo organizado y mundano (civilizado) y el que pertenece al ámbito de la naturaleza descontrolada y salvaje (incivilizado). Las fuentes se refieren siempre a adjetivaciones del terreno en donde están las minas como montañas escabrosas y poco fértiles en especial para los contextos en donde se extrae la plata y el oro (*Str.* , 3, 2, 3 y *NH*, 33, 31, 96), lo cual enlaza con la tradición literaria y simbólica de concebir dichos espacios a medio camino entre las explotaciones agropecuarias y el aprovechamiento de los recursos en bruto, sean metales, madera, animales salvajes, peces de alta mar, salinas, etc⁷⁸⁹. Se trata ante todo de un espacio liminal, profundamente poderoso a la hora de entrar en contacto con las fuerzas sobrenaturales, a través del cual se puede obtener la protección sagrada para granjearse de beneficios materiales a través del sobre-esfuerzo humano y las pertinentes observaciones y advocaciones rituales. En este sentido se conocen paralelos etnohistóricos como el caso del culto post-conquista española en ámbito andino boliviano, el cual se materializa en torno a

788 Recordemos aquí que dependiendo del tipo y de su valor estratégico podría ser explotada directamente por el Estado (*metalla publica*) o por individuos (*privati*), sociedades (*societates*) o *civitates*. Las primeras podían ser gestionadas directamente por el Estado como predomina en el noroeste, a través del cumplimiento del sistema tributario fiscal que recaía en bloque sobre las *civitates*, o indirectamente a través de concesiones a sociedades como en el caso de las minas de Aljustrel/*Vipasca*, sin dejar de ser *metalla publica*. Para un análisis en detalle en Domergue, 1990: 302-307.

789 Toda esta concepción romana que observa intersticios en la visión económica predominante de explotación del territorio ordenado desde la ciudad, entronca directamente con la tradición griega desde Aristóteles (*Pol.*, 1258b, 28-32). Se incide de esta forma en una economía directamente basada en la tierra y otro extraída de forma artificial pero sin existir un corte radical entre ambas. En un mundo pre-industrial como el antiguo, no existen sectores económicos independientes sino una concepción holística en donde las distintas realidades llenan de significado el concepto de *territorium*.



MAPA 6b: Propuesta de regionalismos del culto a Cosus en el Noroeste ibérico sobre la base de la distribución de explotaciones auríferas. A partir de EST-AP.





figuras sincréticas del mundo católico como la Virgen del Socavón o especialmente la figura demoníaca llamada El Tío⁷⁹⁰.

Se ha discutido mucho sobre el lugar que ocupan los *metalla* desde un punto de vista simbólico, trayendo a colación el concepto de *saltus*, a medio camino del *fundus* o finca rústica y la *silva* o bosque salvaje⁷⁹¹ (Domergue, 1990: 16-17; Chic, 2008). Dichas antítesis simbólicas que oponen la vida urbana y la propiedad individual, representadas por la ciudad y las explotaciones de fincas rústicas, frente a la vida concebida como menos civilizada, en donde se reproduce un modelo de poblamiento disperso sin ciudades en un *continuum* de montes y bosques salvajes (en donde se ubicaban las minas), convivieron en la vida cotidiana de las comunidades romano-indígenas a lo largo y ancho de todo el Imperio. Las fuentes literarias reflejan una ideología y una moral dominante, la cual percibía como algo prestigioso el implicarse en la explotación de los recursos de las minas, se incluyan o no en el concepto de *saltus*, de la misma manera que en otros ámbitos como las salinas, el mar, el bosque, etc., mientras denostaba el trabajo forzado que destruía el orden natural imperante⁷⁹². Según algunas lecturas, existe además una concepción simbólica de género en la percepción de las explotaciones mineras. De la misma manera que se opone el ámbito doméstico de la producción/reproducción en donde domina la mujer, respecto del de lo público en donde se impone el hombre, las minas como reflejo de la Madre Tierra deben ser controladas de los salvajes e impredecibles despertares por medio de la fuerza del hombre con el fin de obtener un beneficio extraído de su interior⁷⁹³.

790 Dicha figura sagrada asumió genéricamente el nombre en lengua del conquistador del pariente colateral por antonomasia –en contraposición del Padre-Hijo representados en la religión católica por Dios-Jesucristo-. El Tío es la potencia sagrada soberana de las profundidades subterráneas que no puede ser representada de otra manera que no sea de forma demoníaca. Sus estatuas que se colocan en las bocas de las minas reproducen a un Diablo al que hacen todo tipo de ofrendas asociadas con las drogas de las que se sirven los mineros para aguantar las jornadas de trabajo en la mina: coca, tabaco y alcohol. La Virgen del Socavón, patrona de los mineros, forma parte de este panteón indígena de ámbito minero que guarda coherencia con la estructura simbólica del conquistador, haya una menor o mayor conciencia de particularismo local y sentimiento de resistencia por algún pretendido sincretismo con realidades prehispánicas (Nash, 1993 [1979]: 121-69).

791 Sobre la concepción del *saltus* como territorio no *arado*, desde el punto de vista de la concepción urbana (de la *urbs* y el *fundus* de las *villae* o *casae*) que se opone a la naturaleza salvaje (*silvae*), tanto en el Digesto (50, 16, 211 y 239, 6). Predomina el uso en las fuentes, tanto literarias como gramáticas, de un planteamiento conceptual menos rígido, a través del uso de la sinécdoque, en el sentido de una parte por el todo respecto a que podrían existir pequeñas *silvae* en los *fundi* de la misma manera que zonas *aradas* por pastores en los *saltus* (Serv., *Aen.*, 2, 225; Hyg., *Th.*, 76, 41 y 92, 162).

792 De aquí se deduce el tono moralista que emplea Plinio “El Viejo” a la hora de valorar las explotaciones que conllevan una mayor destrucción tipo los desmontes o *ruina montium* para la explotación aurífera sobre aluvión o secundaria, tildándolo de peligroso y algo que no puede concebir la mente humana, en el sentido del derrumbe de la naturaleza (*spectant victores ruinam naturae* en *NH*, 33, 73).

793 El propio acto minero debe ser contemplado como una forma de sacar “los embriones del seno de la tierra para



Salvando las distancias, tanto por el poblamiento mucho más urbanizado y la gestión diversa respecto a las minas del Noroeste hispano, análisis para casos como los cultos mineros en el *Illyricum*⁷⁹⁴ (Dušanić, 1999) muestran que las divinidades invocadas (tipo Liber Pater-Baco-Dionisio, Libera, Diana, Ceres, Isis, Terra Mater y Tellus, Silvano y Silvana, Dea Orcia y Orco-Dis Pater-Hades, entre otros) están ligadas con otros cultos que se interrelacionan en tanto en cuanto existen diferentes tipos sociales activos en la gestión y explotación minera, desde los oficiales romanos, ejército y administración, hasta los interesados comerciantes, etc⁷⁹⁵. De hecho, en el caso ilírico es muy importante la asociación de este tipo de advocaciones de ámbitos mineros en relación con la administración oficial *IOM* y los *numina Augustorum*, íntimamente vinculadas, como es de esperar, con otras propias del mundo militar (como Marte, Fortuna, Genio, Nemesis, Minerva, *Mercurio*, entre otros). En este sentido es muy llamativa la identificación entre la Terra Mater y la Diosa Roma así como con otras personificaciones de las provincias o cuasi-provincias tipo Dardania o Neria, en los casos en donde el metal es especialmente estratégico y organizado por el Estado, como expresión de que dicha riqueza pertenece al fisco de Roma para el caso ilírico. Todo ello indica que no se puede concebir los cultos mineros aislados del contexto del que forman parte, en donde se interrelacionan distintas advocaciones desde diferentes percepciones o identidades: la del poder oficial, la del comerciante, privilegiado o no, la del individuo peregrino que podría trabajar en las minas, la de las mujeres y la familia cercana a dicho mundo minero, etc.

Sin embargo, un estudio como al que me he referido arriba en el caso ilírico no pasa de constatar los patrones de culto a un nivel demasiado general, en el que prácticamente de cualquier advocación se puede extraer un significado simbólico minero. Otra cosa es detectar el culto vinculado con la propia mina y no con su entorno inmediato, tal y como se ha propuesto para algunos casos britanos en relación con los filones y los pozos mineros con los que parece estar íntimamente relacionada la fundación del templo al dios *Nodens/Nudens* en Lydney Park, al suroeste del Severn⁷⁹⁶. Posiblemente la construcción de dicho templo se pueda datar al final del hacerlos madurar con el artificio de la metalurgia, insuflando aire vital que hace crecer a los minerales como cualquier otro ser vivo" (Chic, 1997).

794 Lo cual incluye las provincias romanas de *Noricum*, *Pannoniae* (*Sup. e Inf.*), *Dalmatia*, *Moesiae* (*Sup. e Inf.*) y *Dacia*.

795 Una advocación votiva en las que se refleja dicha variedad de dedicantes es la de los altares a las *Aurariae Dacicae*, como la impersonal riqueza aurífera de la *Dacia*, en *IDR*, 3, 293, 325, 319, 330 y 332.

796 Otros casos cercanos (pero con evidencias poco sólidas) podrían ser los de High Nash en el área minera férrica



periodo más temprano constatado, en pleno s. III d. C. y los depósitos votivos parecen relacionarse con filones mineros hasta en un 64% de los casos (Yeates, 2006: 35) ⁷⁹⁷. En ámbito hispano no contamos con ningún tipo de evidencia que pueda vincular la construcción de algún lugar de culto en el interior o sobre un filón o pozo minero. Recientemente el grupo *EST-AP* ha propuesto una lectura iconográfica de ofidio (serpiente/dragón) insculturado en una pared de una peña⁷⁹⁸ junto a una fuente de agua, la Fuente de La Carrozal, íntimamente vinculada con la extracción y el tratamiento *in situ* de machado y molienda del concentrado aurífero en baterías sucesivas de cazoletas, en la *ZoMiPO* (Sánchez-Palencia y otros, 2010a: 54-55). La elección de dicha representación iconográfica no puede ser casual en un paisaje profundamente marcada por las explotaciones auríferas romanas, tal y como se percibe en las propias estructuras directamente asociadas a este entorno de la Fuente de La Carrozal. En concreto, el imaginario grecorromano sobre la mitología de la serpiente-dragón y su vinculación con el mundo ctónico, telúrico y subterráneo, en donde es guardián de tesoros entre los que destacan los áureos⁷⁹⁹, entre los que destaca el mito de Jasón y el *Vellocino de Oro*⁸⁰⁰, indica un conocimiento culto y cultivado de su simbología propiciatoria y protectora en el contexto de la obtención del minera aurífera de Pino del Oro. Sobre la *inventio mítica* de las descripciones sobre la extracción del oro, quedan recogidas

de Perygrove y Scowles, también tardío de los siglos III-IV d. C.; el de *Weston-under-Penyard*, en donde pudieron existir colinas auríferas, y se ha llegado a asociar una cabeza de carnero en bronce descontextualizada con el mito de Jasón y el *vellocino de oro*; el de *Charterhouse on Mendips*, donde se desarrollaron unas importantes minas de plomo, estaño y plata desde época de Claudio, para el que se conoce un pico de plomo en miniatura que se ha relacionado con un objeto votivo, tal vez relacionado con un recinto que terminó amortizándose; y, por último, en *Ibury, East Cotswolds*, por la aparición de un relieve del dios herrero Vulcano asociado con un área especialmente rica en filones de hierro (Yeates, 2006: 35-36).

⁷⁹⁷ En cuanto a las monedas claramente depositadas al final de la mina, incrustadas bajo el suelo del templo y en los terraplenes del temenos, Yeates va más lejos argumentando su posible función ritual para alimentar las raíces de los filones vivientes y así asegurar que como un árbol pudiera seguir dando frutos. De esta forma, la misma construcción del templo sobre una mina podría ser interpretada como una infinita fuente de riqueza que se alimenta del filón. (Yeates, 2006: 35).

⁷⁹⁸ Para la elaboración de dicha inscultura de ofidio sobre el frente vertical de la peña, se aprovechó la formación de la piedra a modo de cuarteado, a través de la misma técnica de abrasión empleada para moler y obtener el concentrado aurífero en las cazoletas que se reparten en cada sondeo minero del entorno. Es decir, se prediseñó la imagen sobre la base natural de la morfología y el cuarteado de la peña, incidiendo en los trazados que imitan las escamas y la terminación de la cabeza y el ojo característico de los ofidios (Sánchez-Palencia y otros, 2010a y b).

⁷⁹⁹ Son muchos los mitos que se conocen principalmente en ámbito heleno, pero retomados en el mundo romano, desde los propios seres ofídicos monstruosos e que son en sí mismos hijos, en última Instancia de la *Terra Mater/Gea/Tellus* hasta los mitos de Apolo y la serpiente Pitón en la fundación del santuario délfico, el héroe tebano Cadmo y el Dragón Ismenio, Hércules contra la serpiente Ledón del Jardín de las Hespérides, contra el monstruo Gerión o contra el dragón escita llamado Equidna, entre otros.

⁸⁰⁰ A. R., *Arg.*, 4. 121 y ss; D. S., 4, 47, 3 y 4, 26, 2.



en Heródoto⁸⁰¹ o en Plinio⁸⁰², reflejando un importante bagaje mitológico en torno a dicha actividad minera. Más allá de un culto estipulado, la difusión de este conocimiento mítico en contextos mineros auríferos como Pino del Oro se debe interpretar como parte de la demarcación y apropiación del territorio conquistado y explotado por parte de Roma, ajeno a las tradiciones locales y directamente enraizadas con la *koiné* mediterránea. Como se ha llamado la atención, forma parte del reflejo de la superioridad romana en el plano ideológico y simbólico de la misma manera que en el tecnológico, que se extrae de la forma de explotar las minas. Más complejo resulta dilucidar quién estaría detrás de dicho encargo, lo cual parece poder relacionarse bien con los mismos representantes del poder oficial romano, que estarían controlando y supervisando el trabajo, bien los grupos de poder locales que sirvieran de intermediarios y que emularan un mismo bagaje cultural de la misma manera que ocurre en el ámbito epigráfico.

Mi propuesta de génesis del teónimo de Cosus tiene como punto de partida el caso constatado como *Consus* en San Pedro de Trones (*ERPL* 12), tal y como lo vienen sancionando distintos autores desde diferentes puntos de vista, pero con una interpretación simbólica que se aleja del carácter sobre el que se ha incidido de la confluencia y la asamblea (Prosper, 2002: 248-249; Brañas, 2007: 432-435). Desde mi perspectiva creo que se está aludiendo a la divinidad arcaica y ctónica de la misma ciudad de Roma, por la cual se celebraban unas fiestas muy particulares de base agraria (*Consus* como custodio o guardián del grano) pero íntimamente unidas con el ámbito telúrico a través del propio lugar de culto a modo de silo enterrado en el área del Circo Máximo⁸⁰³. Lo que es más difícil es saber

801 Sobre la riqueza aurífera de los escitas, cuenta Heródoto que del más joven de los hijos de una mujer con serpientes en vez de piernas y Hércules, nació el ser híbrido *Eskythia*, del que provendría la generación de los reyes escitas, nombre griego para las tribus de las estepas, famosos extractores y orfebres del oro (*Hdt.*, 4. 9. 1 y ss). Por su parte, el oro del desierto indio de la tribu de los *baktrianos* era extraído por hormigas del tamaño de zorros, del que son sus guardianas y del que su culto por los indios les reporta esos preciados bienes (3, 102, 1). Más allá de los escitas, los *issidones*, *arimaspoi* y antes de llegar a la tierra de los inmortales hiperbóreos están los grifos “guardianes del oro”. Como imbuidos por los seres primigenios monstruosos tan vinculados con el oro y queridos por el dios Ares, todos aquellos pueblos viven en guerra constante con sus vecinos (4, 13, 1 y 27, 1).

802 En diversos capítulos, y en concreto encabezando el principal párrafo dedicado a la concepción antigua de las extracciones auríferas, Plinio “El Viejo”, menciona a las hormigas indias y a los grifos escitas, claramente en una alusión cultista de la lectura de Heródoto (en *NH*, 4, 88; 6, 50; 7, 10; 11, 111 y 33, 66).

803 Se trata de la interpretación más difundida a partir de su derivación etimológica del verbo *condere* guardar-esconder-custodiar (Var., *LL*, 1, 6-20), aunque también se ha vinculado a consejos o congresos secretos a partir de *consilium*, *consulere*, *consentes*, *consum*, *concalare*, etc. (Serv., *Aen.*, 8, 636). En última Instancia su culto se relaciona con las diosas *Ops* y *Consivia*, ésta última asociada con la siembra -por su etimología de *conserere* o sembrar- y con el *Neptunus Equestris* así como con la legendaria historia de que fue en las fiestas de las *Consualia* cuando se produjo el rapto de las sabinas y el origen de la nación romana.



si el teónimo de San Pedro de Trones se trata de un voto hipercultista de la tradición arcaica romana por parte de un individuo ascendido a ciudadano de entre los gigurros, puesto que el dedicante se trata de un individuo con *trianomina* que indica la *origo* local *gigurra* (*P(ublius) Arquius Clemens Gigurrus*), o si por el contrario se trata de una hipercorrección cultista igualmente de Cosus por Consus. En cualquier caso, lo que parece claro es que, desde el punto de vista romano, estando en un mismo ámbito de difusión de la advocación sagrada, el teónimo desconocido Cosus parece haber podido tener alguna asociación como *Consus*. A su vez, es ineludible la referencia etimológica directa de *cosus* como “termita”, insecto asociado a las plagas y la voracidad, lo cual no debería perderse de vista a la hora de vincularlo con la actividad minera que, como señalaba arriba, se asocia moralmente con una destrucción del orden natural. Estos datos resultan muy importantes a la hora de plantear su posible génesis como potencia sagrada protectora-guardiana-custodia y propiciatoria de las riquezas asociadas con el subsuelo, tanto aquellas vinculadas con el mundo agropecuario como con el mundo mineral. Este punto es importante en tanto en cuanto la potencia sagrada invocada en las variantes de Cosus no tenía una funcionalidad especializada en el ámbito minero únicamente, de la misma manera que no existe una minería especializada sino imbricada en la explotación rural pre-industrial de la *civitas* y su inserción en el sistema tributario fiscal impuesto por Roma en relación con el trabajo obligatorio en las minas de oro. Esta línea de investigación resalta la vinculación de los mecanismos de poder romanos en la génesis de las potencias sagradas indígenas. Contemplando la relación directa entre *Consus* y Cosus, se trataría de un caso de una trasposición directa *ex novo* de una realidad sagrada romana que sería posteriormente asumida a través de la *Translatio peregrina* en el contexto local y regional, explicándose así las variantes y particularidades dialectales de sus desinencias al modo de otros teónimos con los que comparte área de distribución en el Noroeste y en territorio lusitano limítrofe, como en el caso de *Bandua/-e* (Búa, 1999; Prósper, 2002).

Subyace al culto a Cosus su reiterada intitulatura como *deus dominus* que lo ensalza por encima de todos los demás dioses a modo del dios supremo. Sobre este hecho se ha incidido recientemente a la hora de explicar el caso de la asociación en ámbito lucense de los dioses *Reve* y *Cosus*, como *Reo Coso Esoaego* (CIRG II, 128⁸⁰⁴). He señalado cómo *Reve* aparece asociado al epíteto *Larouco* en ámbito aquaflaviense, de la misma manera que en época tardía se menciona en su lugar a *Iovis*

804 *Reo Co/soeso/aego Fla/us Victo/[ri]s v(otum) s(olvit) L(ibens) m(erito)* (CIRG II, 128 = *HEp* 6, 762 = *AE* 1994, 959).



socio *Larocuo* (RAP 613; Santos, 2006: 185, nota 26). Este hecho se suma al de su presencia en Cabeço das Fraguas que podría apuntar en el sentido de *Reve* como *deus Maximus*, es decir como Júpiter (Santos, 2006: 35-48). El epígrafe que lo vincula a Cosus procede de Portas, Pontevedra, y en un análisis lingüístico reciente se ha llamado la atención sobre su estructura teonímica compuesta por tres elementos: *Reo + Coso + Esoaego* o *Reo + Cosoe + Soaego* (HEp 13, 505; Búa, 2003: 159). La interpretación del teónimo *Reve* se observa aquí como un genérico *deus*, lo cual ya había venido siendo apuntada años atrás (Búa, 1997: 79-82; 2000: 60, 167), y en este caso permite demostrarlo como una hipotética intitulatura local de Cosus como *deo Coso Esoaego* o *deo Cosoe Soaego* (Guerra, 2008: 130). Se ha apuntado en su contra que existen epítetos de raíz *Cos-/ Cus-* como en el caso de los *Laribus Cusicelens[i]bus* de Valpaços en Vila Real (CIL II 2469), que no impediría un elemento toponímico como el que se suponía para el caso del *Reo* de Portas como *Cosoesoago*. Sin embargo, me parece más acertado el enfoque que pone peso en las reinterpretaciones teonímicas indígenas en relación con la estructura romana que fue la que, en todos los aspectos, debió primar. En este estaríamos ante una *Translatio peregrina* que afecta a la propia concepción de la divinidad, como ya he señalado para otros casos como el propio teónimo de *Bandua* (de Hoz, 1986: 37-39; , 1986: 295-97; Marco, 2001). Con todas estas reflexiones se abren algunas preguntas respecto al culto a Cosus, puesto que *Reve* se asocia como genérico *deus* pero también en el sentido de dios supremo (*deus Maximus*) o Júpiter: ¿se trataría entonces de la dedicatoria al *Reo* Coso de una forma de invocar al dios Júpiter? ¿podría haber sido entonces *Cosus* un epíteto del propio Júpiter, adaptado a partir de la percepción del dios arcaico *Consus* y su asociación al imaginario simbólico minero?

En este debate entra de lleno un epígrafe procedente del *limes* germano en la *civitas Tauniensium*, en el que se lee *I(ovi) O(ptimmo) M(aximo) Cosus et I(u)noni Regin(a)e*⁸⁰⁵ (Fig. 40). Se trata de un altar que procede de Heddernheim/*Nidda* (Frankfurt am Main, Alemania), denominado también *Vicus Niddensius*, cuyo crecimiento y organización urbana estuvo directamente asociada a varios establecimientos campamentales. El altar está asociado a un conjunto muy homogéneo del s. II-III d. C. tanto epigráfico como iconográfico, representado principalmente en las conocidas columnas de Júpiter o *Jupitersäulen*. De hecho, a partir de los detalles de los relieves de la columna recuperada del mismo contexto que el altar de *IOM Cosus* se puede proponer una datación relativa en torno al 170-

805 *I(ovi) o(ptimo) m(aximo) / Cosus / et I(u)non/i Regin(a)e / v(otum) L(ibens) l(aetus) / m(erito) C(aius) Iulius* (AE 1929, 114). Descripción e imagen en www.epigraphische-datenbank-heidelberg.de/ (última visita 26/04/2011).



240 d. C.⁸⁰⁶. El problema que se desprende del análisis del epígrafe es que la lectura tradicionalmente asumida de *Cosus* debía corresponder con el *cognomen* del dedicante⁸⁰⁷ puesto que parece remitir al mismo caso en nominativo que el dedicante al final de la advocación votiva, *C(aius) Iulius*⁸⁰⁸. Sin embargo, es difícil de imaginar que este hubiera sido el caso puesto que contamos con un conjunto epigráfico votivo en donde sistemáticamente se presentan a la pareja divina o a *IOM* en su defecto (en dativo) + el dedicante (en nominativo) + fórmula abreviada⁸⁰⁹. Por su parte, aunque los epítetos de Júpiter más comunes en este conjunto votivo son su asociación con los dioses orientales *Dolichenus* y (*deus Invictus*) *Mithra*, aparecen otros como el anatolio *Kassios* (*CIL* XIII 7330; del que ya hemos visto se pensó su vinculación con *Cosus* en Mangas, 1996) o el sirio *Olbios* (*CIL* XIII 7346). Es por todo ello que lo más normal sería pensar en que *Cosus* fuera otro epíteto indeclinable de Júpiter y no el *cognomen* de un dedicante, rompiendo la estructura epigráfica de la invocación tipo de la pareja suprema de Júpiter y Juno, que no ocurre en ningún otro caso constatado.

El conjunto votivo de *Nidda* parece apuntar a una datación del último cuarto del s. II y principios del III d. C., lo cual coincidiría con la cronología hispana de la difusión máxima de dicho teónimo. La explicación de por qué aparece dicho teónimo en este enclave del *limes*, podría venir dada por la movilidad militar, aunque ni el dedicante expresa su vinculación al ejército ni existen argumentos claros para asociar los cuerpos constatados en *Nidda* y el Noroeste ibérico⁸¹⁰. Las posibilidades de interpretación como epíteto de Júpiter vendrían a confluir con las reflexiones sobre la asociación de *Cosus* y *Reve* así como su persistente intitulatura como *deus dominus*. A partir de su génesis teonímica como posible *Translatio peregrina* del dios arcaico *Consus* y su homofonía con *cosus*/termitas, cuya

806 *AE*, 1929, 113 = Meier-Arendt, 1983: n° 30: *I(ovi) O(ptimo) M(aximo) / et // Iunoni Regi/nae Ianuconius/ Vinco et vet(eranus)/ et Avita Apra/ et Vinconia/ Erepta/ v(ota) s(ua) s(olverunt) l(ibentes) l(aeti) m(erito)*.

807 No es raro el nombre único de *Cosus* aunque es más corriente como *cognomen* –habitual en la *gens Cornelia* desde época arcaica- o sus variantes gentilicias como la *gens Cossutia*.

808 En la única interpretación posterior a la edición del epígrafe, se incide además en que habría existido un fallo irreversible y que se habría inscrito el *cognomen* precediendo al *praenomen* y *nomen* del final del texto (Meier-Arendt, 1983: n° 22).

809 *P.e. en CIL* XIII 7351: *I(ovi) O(ptimo) M(aximo)/ Iunoni/ Lucius Valens/ v(otum) s(olvit) L(ibens) l(aetus) m(erito)*; *AE* 1965, 197 = Meier-Arendt, 1983: N° 23: *I(ovi) O(ptimo) M(aximo) et/ Iuno/ni Reg/inae A/prilius/ Satur/ ninus/ v(otum) s(olvit) L(ibens)/ l(aetus) m(erito)*; Meier-Arendt, 1983: n° 24: *I(ovi) O(ptimo) M(aximo)/ Conni/us Cou/ venti/nus / L(ibens) l(aetus) m(erito)*; *AE* 1978, 536 = Meier-Arendt, 1983: n° 25: *I(ovi) O(ptimo) M(aximo)/ Sextius Ur/ sus vetera/nus ex dec(urione)/ c(o)ho(rtis) I Damas/cenorum in / suo ex voto / posuit Albi/no et Maximo co(n)s(ulibus)* (año 227).

810 Se trata del *ala I Flavia Gemina*, la *Cohors XXXII Voluntariorum Civium Romanorum* y la *Cohors IIII Vindelicorum* básicamente.



asociación con el subsuelo y sus tesoros podría haber servido de alegoría a las riquezas mineras tan presentes en el Noroeste, se habría terminado por conformar como epíteto de Júpiter, es decir, como epiclesis de una faceta del dios supremo del Estado Romano: tal vez como un Júpiter, protector de los peligros y la voracidad ligada a la extracción minera. Cosus podría entonces venir a completar los casos bien conocidos de epítetos de Júpiter, como los del *Iuppiter Eaecus Solutorius*⁸¹¹, *Iuppiter Assaecus*⁸¹² o incluso en la perdida a la que nos hemos referido más arriba de *Iuppiter Candamus*⁸¹³. Del primero además contamos con votos dedicados a un *deus Ea(e)cus* (Salas y otros, 1983), de la misma manera que el *deus Cosus* o el *deus dominus Cosus*. Tampoco dejo de preguntarme si algunos *IOM C(...)* interpretados habitualmente como *Iuppiter Optimus Maximus Conservator*⁸¹⁴ no estarían refiriéndose a un *IOM C(osus)*, como permite imaginar el epígrafe de Nidda. Por último, no puedo excluir en esta reflexión al *Cosiovi* de Villablino, en la *Lanciana* leonesa, del que podríamos leer una dedicación doble a Cosus y al mismísimo Júpiter como (*Cos(o/sue)/ Iovi*)⁸¹⁵.

Esta interpretación explicaría el por qué de su difusión en distintos puntos del Noroeste y el cercano ámbito lusitano, sobre todo en relación con el acogimiento por parte de numerosos individuos que se hicieron reflejar ofreciendo un voto a dicha divinidad. Dichos individuos, peregrinos representantes de las aristocracias locales así como aquellos promocionados a un rango privilegiado como parte de familias latinas, habrían encontrado en Cosus un teónimo que se ajustaba a una devoción oficial (la referencia última al propio Júpiter) con un importante y profundo calado local, reflejado tanto en su asociación tópica con las riquezas del subsuelo, agrarias y mineras (que le permitía asumir epítetos de cada lugar), como en sus representaciones dialectales.

811 De Poza de la Sal (Burgos): *Iovi/ Solutor[io] Eaeco/ Avf(idus) Celer et/ Cornelia Flaviana s/acerdotes. At ivtorio parem/ tv[m] impe(eratores) anto/[ni]n[o] et tine/io. sacerdote* (CIL II, 742)

812 De Lisboa: *I(ovi) · Assaeco / votum / animo luben(s!) / M(arcus) CaeCILius / Caeno solvit* (HEp 9, 1999, 751 = AE 1950, 257 = RAP 208)

813 De lo alto de la montaña en Candanedo de Fenar (La Robla, León): *Iovi Candamio* (CIL II 2695 = IRPLe 50)

814 De Vila Pouça de Aguiar, Vila Real: *I(ovi) O(ptimo) M(aximo) C(onservatori) / mil(ites) c(o)h(ortis) / I Galli/ cae · eq(uitatae) / c(ivium) · R(omanorum) · v(otum) · s(olverunt) / l(ibentes) m(erito)* (AE 1907, 151 = HEp 7, 1259 = AFFE I = RAP 346). De Moncorvo, Bragança: *I(ovi) · O(ptimo) · M(aximo) C(onservatori)? / s(acrum) · C(aius?) PA(- - -) / pr(o) s(alute) · so(lvit) / m(erito)* (RAP 367). De Freixo de Espada à Cinta, Bragança: *Iovi / O(ptimo) M(aximo) · C(onservatori?) / O(- - -) R(- - -) C(- - -) / L(ibens) l(aetus) p(osuit)* (HEp 3, 1993, 429 = AE 1987, 607 RAP 368)

815 *Cosi/ovi / Asca/nno / sacrum* (IRPLe 56 = ERPLe 6)



Fig. 40: Altar dedicado a Júpiter Óptimo Máximo Cosus (AE 1929, 114) procedente de Heddernheim (Frankfurt am Main, Alemania). De www.epigraphische-datenbank-heidelberg.de.





13.2.3. Conclusiones: las *arae* como símbolos a los dioses en la *Asturia Augustana*.

La conservación, distribución y naturaleza diferencial del registro votivo respecto a los conjuntos funerarios del área astur meridional, no impide extraer algunos parámetros en relación a la emulación y desarrollo de la implantación del sistema religioso sagrado romano en el ámbito peregrino integrado en distintas *civitates* de la *Asturia Augustana*. Partiré del momento post-conquista trayendo a colación dos dinámicas votivas bien detectadas a nivel social y territorial, en esta fase a nivel noroccidental. Así encontramos los datos, condensados en las referencias como *arae Augusti*, a las que me he referido en la introducción del BLOQUE III, las cuales sirven para plantear las dos vías de implantación simbólica en el territorio por voluntad propia del Estado romano, como reflejo de su programa ideológico, político, administrativo y simbólico. Se trata, en primer lugar, de los altares erigidos por altos cargos imperiales en distintos finisterres atlántico-cántabros, posiblemente vinculados con puestos de control claves en relación con *turris* o faros, los cuales condensaban el mensaje ideológico del programa de conquista ecuménico de Augusto para lo que los límites del Occidente se refiere. La segunda vía la representan los conjuntos de altares que se concentran en las capitales conventuales, principalmente en las galaicas (*Lucus Augusti* y *Bracara Augusta*), así como los datos que se extraen de documentos jurídicos del área astur (*conventus Ara Augusta*), todos los cuales permiten la reflexión en relación a la génesis y difusión del primer culto imperial en torno a la figura del emperador Augusto, su familia y allegados (FASE 1A).

A un nivel más allá del estrictamente oficial, en relación con la asunción de la estructura básica de la religión entre las comunidades rurales, nos encontramos con los ejemplos de altares dedicados por distintos tipos de colectividades (especialmente peregrinas: *castellum/castellani*, *vicus/vicani*, *pagus*, etc.), sincrónico a todo el Noroeste posiblemente a lo largo de la primera mitad del s. I d. C. (FASE 1B). Dichas dedicaciones se hacen reiteradamente al dios del Estado romano por antonomasia, Júpiter, como reflejo de la lealtad de los grupos de poder locales nacidos del Nuevo Orden implantado. A la par se constata otro tipo de devociones que se asocian a realidades propiamente indígenas, dominando poderosamente los casos a teónimos femeninos como parte de un discurso de poder asumido en un plano simbólico de género: dominador-dios masculino vs. dominado-diosa femenina. Tras todo ello podemos argumentar la primera implantación y apropiación de la estructura básica del sistema religioso romano a través de la constitución de lugares sagrados en ámbito peregrino. Junto



a la fidelidad mostrada en las invocaciones colectivas a Júpiter y a diosas patronas, como base en la fundación de los panteones locales, se asume la práctica del voto a través de la generalización de los altares y sus ritos asociados, especialmente el sacrificial.

La conformación de un panteón local en ámbito peregrino en lo que pudo ser un *locus sacer* en el entorno del Poulós de San Miguel, en el interior de la *civitas Susarrorum*, permite comprobar la confluencia de altares dedicados por diferentes colectividades del entorno con dedicatorias inindividuales. Son éstas las que prevalecerán a partir de finales del s. I d. C., posiblemente en relación con las posibilidades de promoción social (FASE 2). Es este el momento de mayor diversidad y variabilidad de teónimos constatados, desarrollándose los distintos procesos que subyacen al acto de *interpretatio* religiosa: *translationes Romana vel peregrina*, *identificationes Romana vel peregrina*. Muchos cultos de dioses indígenas cobrarán a partir de entonces una dimensión mayor, reproduciéndose los actos votivos y expandiéndose pro distintas regiones, como en el caso de Cosus principalmente en los ss. II-III d. C. (FASE 3). Si bien su génesis puede estar asociada con el culto al *Consus* arcaico romano constatado en ámbito minero, la generalización en diferentes variantes (*Cosus Coso*, *Cusus*, *Cohue* etc.), tal vez dialectales, en votos de ciertos individuos detentadores de poder en distintos contextos rurales, permite proponer su reappropriación como dios patrón de sus respectivos panteones y lugares de culto. En ese proceso, con la aportación de datos ineludibles hasta ahora ignorados, se debe tener en cuenta la posibilidad de que alcanzase una verdadera *identificatio* con el propio Júpiter en su faceta de “custodio de la fertilidad del subsu

CONCLUSIONES





14. Símbolos en el paisaje del mundo prerromano al romano astur

Este trabajo ha seguido la corriente de investigación que ahonda en la valoración del cambio del mundo simbólico en el tránsito de la época prerromana a la romana en ámbito astur. Es en la base de este cambio donde se deben buscar las variables de la “tradición” y no al revés. Se recurre a la aproximación teórica y metodológica de la dimensión simbólica del paisaje por medio del recurso de la metáfora visual y la disposición material como resultado de la acción social, destacándose dos importantes retos: el primero es la detección de los elementos simbólicos claves en la presencia y/o ausencia de la cultura material concreta, y el segundo es la valoración de su disposición espacial como resultado de una estrategia locacional expresada a través de la gradación de intenciones desde lo visible a lo invisible (monumentalización, exhibición, inhibición, ocultamiento). En esta tesis se ha llevado a cabo una primera propuesta de aplicación de dichos retos al registro arqueológico específico astur, quedando por desarrollar en el futuro, el alcance de dicho análisis tanto en el caso de estudio como en el marco de referencia de todo el Noroeste y sus áreas periféricas.

En la estructura de la tesis se ha tratado de reflejar la complejidad de un periodo de cambio histórico a través de tres bloques interrelacionados. De esta forma se parte en el BLOQUE I de una caracterización simbólica a través del registro material de las comunidades astures prerromanas, desde un punto de vista social segmentario y en la fase del final de la Edad del Hierro (siglos II-I a. C.). A continuación en el BLOQUE II se aborda el mundo que precede a la conquista romana y configura la realidad dinámica de los distintos ritmos, velocidades y respuestas culturales, ante los contactos directos e indirectos que tuvieron lugar durante el s. I a. C. Para ello se han tomado dos símbolos claves que permiten la valoración de ciertos fenómenos: el fenómeno de la comensalidad, estudiado a través del análisis de las sítulas y el despliegue de joyas preciosas, analizado mediante el estudio de la orfebrería general y en concreto del caso de las diademas de Moñes. Por último en el BLOQUE III se analiza el resultado simbólico de la conquista por medio del estudio del ámbito social religioso desde una nueva definición portada por Roma, y su reflejo en el registro funerario astur meridional y el votivo astur augustano.

En el BLOQUE I la investigación se encuentra con importantes limitaciones a la hora de realizar un análisis simbólico del registro arqueológico, tanto en lo que se refiere a la conservación y escasez del registro material, como en el ámbito de las interpretaciones sociales contrapuestas. A partir del debate



sobre la definición de la estructura social segmentaria, se propone la realización del estudio simbólico de los diferentes ámbitos sociales en los que se integra la cultura material de las comunidades astures prerromanas. El poblado recintado o castro se presenta como máximo reflejo y representación del poder de la comunidad, definida en su organización interna por unidades de ocupación autosuficientes y complementarias, en una constante dialéctica entre la independencia y la ayuda mutua de los núcleos familiares. Hacia el exterior dicha organización muestra una reproducción de unidades tipo castro con acceso a espacios de acción para el autoabastecimiento de la comunidad diversificados y la definición de los límites de interacción y complementariedad con los territorios de los castros vecinos. En ambos radios de acción, la definición interna y externa de la comunidad con su territorio, encuentra su acomodo el concepto de segmentariedad para explicar los fenómenos de definición social básicos extraídos del registro arqueológico y vinculados al mantenimiento de una disciplina demográfica definida por los límites de las unidades domésticas y el recinto castreño, cuyo crecimiento queda prediseñado espacialmente desde su fundación. La solución del conflicto por medio de la ruptura antes que por otros mecanismos de violencia como el enfrentamiento bélico, supone el fundamento de las sociedades segmentarias en la Protohistoria peninsular. Aunque en los últimos tiempos se han hecho verdaderos esfuerzos teóricos por definir dicho modelo social, aún queda camino por explorar, como toda la cuestión referente a su aplicación en el registro, aún no sistematizado, de la Primera Edad del Hierro y la propia génesis del fenómeno castreño.

En la valoración de las estrategias simbólicas de la disposición visual de los elementos del registro material se denotan diversos mecanismos sincrónicos. La estrategia aplicada en la ordenación de las construcciones para el ámbito doméstico, es la de la inhibición visual entre unas y otras, lo que denota una actitud de rechazo al monopolio del poder individual a través de la disgregación y variabilidad de unidades estructuralmente equivalentes: vivienda y almacén como potencial simbólico máximo del núcleo familiar. El germen del conflicto en el seno de dicha configuración interna tendría dos vertientes de análisis: una en relación al crecimiento de la unidad familiar y productiva frente a la disciplina comunitaria y otra referida al papel del trabajador especializado en relación a su papel diferenciado del resto de los miembros de la comunidad. Respecto a lo primero, se constata que ante un fenómeno de crecimiento interno del núcleo familiar, ni se rompe el esquema constructivo ni se excede el área de acción y expansión prevista desde la fundación de la unidad. La estrategia de disposición en dichos



casos se acomoda de nuevo a la inhibición simbólica, puesto que ante la ruptura o segmentación se resiste a sobresalir espacialmente respecto al resto de vecinos. Por su parte, lo que se deduce de los datos del registro de los espacios metalúrgicos castreños conocidos, no corresponde con una diferenciación jerárquica social del especialista metalurgo. Frente a la idea de una unidad familiar del metalurgo dedicado a su labor a tiempo completo, se propone un especialista a tiempo parcial que encuentra acomodo en la complementariedad interna que se extrae de la organización social segmentaria. La unidad y el espacio metalúrgico se configuran como un lugar de encuentro colectivo más que como centro de una actividad especializada diferenciada del resto, pues ésta responde más a las necesidades de un trabajo principalmente de reciclado y mantenimiento de herramientas, junto a puntuales elaboraciones de adornos, metalistería y orfebrería, del colectivo castreño. La disposición locacional del espacio metalúrgico responde visualmente a un mecanismo de inhibición respecto al resto de construcciones domésticas pero en un lugar de paso y encuentro reconocido por la comunidad.

El análisis desde esta perspectiva del ámbito comunitario de las comunidades astures prerromanas gira alrededor del valor simbólico del recinto como máxima representación material de la comunidad, como el reflejo de su unidad política en el territorio. El registro excepcional de los casos de castros inacabados muestra que el diseño y la construcción del recinto eran el primer acometido por parte de la comunidad que lo habitaría. De esta forma se refleja un constreñimiento físico y demográfico en el recinto de la misma forma que se reproduce en las áreas prediseñadas de cada unidad doméstica. Se defiende en este trabajo que el conflicto hacia el exterior se habría resuelto con la misma estrategia aplicada en el interior de las unidades es decir, se habría tendido hacia la fundación de nuevos poblados por fisión segmentaria a partir de unos núcleos familiares primigenios. El resultado de esta fusión social, compuesta por los segmentos derivados de la de ruptura de la disciplina interna de las comunidades castreñas, habría sido el fundamento de la génesis del nuevo poblado que reproduciría la misma estructura “disciplinaria” segmentaria. Dicho acto no puede sino observarse en el centro de un conflicto social cuya resolución se puede entender por segmentación y no por enfrentamiento. La variabilidad mostrada en los aparatosos sistemas de delimitación de los recintos castreños debe observarse desde este punto de vista como un esCaparate de cómo se veía la comunidad a sí misma. El efecto defensivo o disuasorio sería secundario, tanto enfocado hacia el ataque humano como al animal o a las inclemencias del tiempo. En cualquier caso habrá que esperar a sistematizar los



datos a través tanto de un análisis propiamente territorial como a partir de estudios derivados desde nuevas herramientas de reconstrucción virtual, para valorar los índices de defensibilidad a partir de la visibilización/invisibilización de las construcciones de delimitación. Previo a esta labor se hace necesario redirigir dichos análisis hacia una reflexión sobre la monumentalización de los elementos. La estrategia visual de disposición locacional del recinto castreño reproduce un mecanismo cerrado y monumental, el cual puede tender hacia una exhibición o una inhibición visual dependiendo de su carácter más o menos prominente de manera circunstancial.

Para valorar el fenómeno religioso del modelo castreño prerromano contamos con los datos indirectos de las fuentes literarias pues se constata una ausencia generalizada de registro arqueológico que nos permita valorar las diferentes cuestiones. Para aquellas actividades más cercanas a lo doméstico me he referido al fenómeno del ritual fundacional del que se tiene una constatación arqueológica excepcional. Para el ámbito comunitario y su reflejo en el territorio trato la ausencia de registro funerario y votivo. Del único ritual fundacional verificado bajo el pavimento de una construcción doméstica, se deduce que pese a la excepcionalidad del hecho, éste no refleja una diferenciación constructiva respecto a las otras y que por tanto responde a unos condicionantes privados y particulares que no exceden al núcleo familiar. El comportamiento social religioso, tanto el presumible funerario como votivo, remite sin embargo a la ausencia más absoluta del registro material, lo cual debe observarse a través de una lectura diacrónica desde los últimos datos con los que contamos. El extrañamiento que produce dicha ausencia material puede detectarse en las fuentes grecorromanas que definen desde sus parámetros ideológicos al otro, reflejado en las costumbres “bárbaras” a las que se asocia el mundo castreño. Tras todo ello se destaca para lo que se refiere al mundo funerario un proceso de despersonalización y objetificación del cadáver desde el Bronce final, reflejado en el comportamiento animal de desmembración y alejamiento del difunto de la comunidad de los vivos. La dinámica coherente para la mayor parte de la Edad del Hierro castreño habría sido la exposición y diseminación en el territorio como resultado de la despersonalización y des-ancestralización del proceso funerario como reflejo de una estrategia visual de ocultamiento simbólico, social e ideológico consciente. Tras dicho proceso podría estar una poderosa arma simbólica de apropiación del propio territorio asociado al castro a través de la diseminación funeraria, como máximo reflejo de la resistencia a la singularización concretada en un lugar específico o necrópolis que fomentaría la exhibición social.



Desde esta perspectiva, el ámbito votivo responde a la apreciación mediatizada grecorromana del “ateísmo” de las *gentes* del Noroeste, lo cual debe relacionarse con un mismo fenómeno consciente de ocultamiento del ritual. Los lugares sagrados o los focos rituales, tanto en el interior como en el exterior de los castros, habrían sido una contrapartida del fenómeno de diseminación funeraria al modo de espacios flexibles, convertibles, cambiantes y neutrales, frente a la centralidad y perduración que justifica el poder del control religioso que se deduce del propio concepto de santuario. Al igual que con lo funerario, lo ritual votivo habría jugado un importante papel en la dialéctica de oposición-aislamiento de la definición de los límites tanto de la comunidad como de su territorio.

Sobre la base de la caracterización simbólica de la comunidad astur prerromana, el análisis del potencial simbólico de los fenómenos de las sítulas y la orfebrería permiten abordar las dinámicas específicas que se deben contemplar en la configuración diferencial del complejo castreño en el s. I a. C., como preludio de la conquista y asimilación por parte del Imperio romano. Se trata de dos fenómenos materiales que se mueven entre la tradición y la innovación tecnológica, decorativa y funcional, que sirven de justificación para defender la inclusión de elementos discordantes con la organización social segmentaria. Estos elementos están asociados por un lado a la distinción por rango y a la exhibición a través de la comensalidad y a los ricos adornos de metal precioso en el otro caso. Para el primer caso, la particular *koiné* de sítulas podría obligar a replantearse una jerarquía en el poblamiento castreño para poder justificar la homogeneidad del modelo e incluso servir para la defensa de un mismo ritual de convivialidad compartido por las *gentes* castreñas. A ello se le sumarían las fuentes literarias que transmiten la asunción en estas tierras del Noreste de prácticas simposiacas en bancos corridos y sentados por rango, y donde el modelo de sítulas como receptáculo clave en la ceremonia, cuadraría a la perfección con la adaptación bárbara de las cráteras para escanciar el vino de la tradición de comensalidad mediterránea. Ahora bien a la difusión del modelo material no tendría porqué haber ido acompañado de un mismo sentido funcional y simbólico. Muy al contrario, como demuestra la propia elaboración local en cada castro y la inexistencia de centros productores regionales con la limitación consecuente de los intercambios, se trataría de una reapropiación a distintas velocidades del modelo material con consecuencias diversas en lo que atañe a la función y sentido simbólico en el contexto de diferentes formas de convivialidad, como la exhibición del symposium de vino jerarquizado por rango individual frente el festín de otra bebida fermentada (tipo cerveza) colectivizado, al modo de una estrategia de neutralización por inhibición.



La orfebrería castreña, principalmente en oro, configura uno de los elementos claves de la sociedad castreña por su originalidad, síntesis de las tradiciones atlántica y mediterránea. La diversidad técnica y formal no corresponde a variedades en la calidad de piezas normalizadas, de la misma manera que no se detectan talleres permanentes, circuitos de intercambio o fabricaciones en serie. Se ha reforzado la idea de una especialización orfebre itinerante que utilizaría las Instalaciones del espacio metalúrgico de los poblados castreños. La materia prima se obtendría de forma local por medio del trabajo de las unidades familiares o de toda la comunidad dependiendo de la trascendencia o envergadura de la pieza que se encargaría elaborar, bien a través del bateo de los placeres auríferos bien por medio de la explotación de pequeños filones argentíferos. La convergencia del análisis crítico de la amortización contextualizada de algunas piezas menores, su distribución respecto a los grandes tesoros y el acceso universal a la materia prima, permiten valorar las dinámicas sociales de apropiación de la orfebrería en ámbito castreño al final del Hierro, más allá de la monopolización del metal precioso por parte de una elite al modo del modelo de sociedad heroica. En la mayor parte del interior noroccidental la presencia limitada de piezas de orfebrería menores del tipo arracadas, espiraliformes o fibulas permite pensar en una estrategia de neutralización por inhibición que no habría excedido al encargo familiar. A su vez los grandes tesoros que se concentran en las áreas circundantes del interior castreño pudieron mostrar simultáneamente diversas estrategias en diferentes escalas a lo largo del tiempo, desde la neutralización tanto familiar como comunitaria por inhibición, como la exhibición que habría significado el germen de la desestructuración del orden segmentario castreño.

Si existe un caso de la orfebrería castreña que sobresalga respecto a las demás, es el que corresponde con el conjunto de diademas figuradas en oro procedentes de Moñes. Su excepcionalidad reside en la presentación de una tradición tecnológica local sintetizada con la introducción de elementos exógenos, en especial el propio hecho de la representación figurada que encuentra sus paralelismos más cercanos en la gestualidad de la iconografía ibérica y celtibérica. Por su parte el hecho de que aparezcan personajes armados y a caballo, junto a animales entre los que destacan los peces, ha servido para insistir en el carácter guerrero de un ritual de tránsito acuático al Más Allá, como ejemplo máximo de la superestructura simbólica céltica que está en la base de la interpretación social heroica castreña. Sin embargo la asunción de importantes lecturas iconográficas y revisiones tecnológicas de las piezas permite una revaloración del significado del caso de Moñes I. En primer lugar más



allá de una visión naturalista del espacio como ambiente acuático se propone la interpretación de un espacio del mito, donde todas las naturalezas, la humana y la no-humana junto a la acuática, la aérea y la terrestre, se sintetizan de forma extraordinaria en el origen de los relatos cosmogónicos. La secuencia iconográfica de Moñes recoge de esta forma un espacio y un tiempo del mito en donde se dan lugar transferencias de atributos humanos y animales, especialmente la síntesis con las aves en los personajes ornitomórficos como seres híbridos, todo lo cual participa del relato de los orígenes de un nuevo orden social. La cuidada recurrencia de las imágenes en el doble friso con las fases de reelaboración del ciclo narrativo en ciertas partes no hace sino reforzar la transmisión de la armonía cósmica que se repite cíclicamente a través de un prodigio o acto portentoso, en este caso la fertilidad de los peces a través de su metamorfosis en seres sobredimensionados por medio de calderos. Para que el ciclo se repita se requiere del control por parte de un ejército de jinetes e infantes que escoltan otros animales claves que representan la vertiente doméstica (el caballo) y la salvaje (el oso) del mundo no-humano como víctimas del ritual propiciatorio del prodigio central. Moñes representa una narración ideologizada como producto de un aparente estado social inestable que requiere de la reformulación de sus mitos cosmogónicos en beneficio de la imposición de un nuevo orden, lo que debe ponerse en relación a las distintas respuestas sociales que se habrían desarrollado durante el s. I a. C., tanto antes como inmediatamente después a la conquista romana.

La conquista romana supuso la interrupción de las distintas dinámicas y aceleraciones del Noroeste ibérico, difundiéndose un modelo de sometimiento que servía de base a la reorganización de todos los órdenes de la vida en beneficio de la tributación provincial en el seno de una organización estatal imperialista. Por un lado el impacto romano habría variado en relación a los ritmos y velocidades que habrían ido adaptando las comunidades de las diferentes áreas castreñas a lo largo de más de cien años, tal y como se deduce de las apropiaciones de fenómenos por exhibición de la comensalidad o la orfebrería. Sin embargo, en todo el mundo castreño la conquista efectiva como reflejo de un plan ideológico de anexión imperialista supuso la imposición de unos mecanismos de dependencia no experimentados hasta el momento, con consecuencias en los planos simbólicos del poder social y el ámbito de lo religioso. En este sentido la difusión de un nuevo orden religioso como reflejo de la aparición del modelo social jerarquizado de clases privilegiadas y no privilegiadas, se observa en la propia culminación del plan de anexión del Occidente ibérico a través de la consagración de *arae* al



modo de altares monumentales y la propia génesis del culto imperial, principalmente en las capitales conventuales. En su afán por reorganizar el territorio en su beneficio, Roma alentó la conformación y/o exacerbación de las jerarquías sociales en el seno de comunidades políticas o *civitates*, con sus particularidades identitarias a escala local, regional o provincial. De esta forma la clave para que las elites locales resultantes interaccionen con el conquistador está en el fenómeno de emulación del lenguaje del poder normativo, en el donde el ámbito religioso cobra una dimensión simbólica muy provechosa al configurarse aquí como la plataforma pública por antonomasia. Frente a la estrategia de ocultamiento del fenómeno de diseminación funeraria y flexibilidad votiva del modelo social segmentario astur, la emulación del sistema religioso romano pasa por la difusión monumental del soporte ritual tanto funerario a través de las lápidas, principalmente las del tipo de *stelae*, como votivo por medio de la elevación de altares o *arae*. Los espacios que ocupan ambos rituales dejan de ser los lugares indeterminados y cambiantes en los límites del territorio de la comunidad, para convertirse en espacios individualizados y regulados en el seno del poblamiento jerarquizado que responden a la difusión de necrópolis (*loca religiosa*) y santuarios (*loca sacra*).

De esta forma para el ámbito funerario se analiza el caso de los conjuntos del área astur meridional tradicionalmente asociados con una inmensa *civitas Zoelarum*. El resultado del análisis parcial a través de la observación de la evolución iconográfica del monumento tipo stela, desde la emulación temprana de los modelos militares hasta la reapropiación local y regional, muestra la asunción en los siglos I-II d. C. por las aristocracias peregrinas del poder de representación a través del homenaje a los difuntos por medio de un lenguaje compartido con la representación oficial de Roma en el territorio conquistado. La adaptación de dicho modelo hasta entonces en el granito ahora en soporte mármreo local difundido de forma diferenciada en unos territorios respecto de otros junto a la utilización de otros monumentos que remiten a las dedicaciones de grupos gentilicios latinos, trae a colación las reelaboraciones del lenguaje del poder en los espacios funerarios en relación a la difusión de nuevos estatus sociales y la consideración de una realidad más compleja y dinámica de conformación de *civitates* diferenciadas en el territorio portugués de Tras-os-Montes y el occidente de Zamora.

Por su parte el ámbito religioso votivo se analiza a través de algunos casos sobresalientes de la *Asturia Augustana* central. Por un lado se analiza el impacto de las dedicatorias principalmente de colectividades del tipo *vici* y *castella* a Júpiter, no como una coartada de ninguna divinidad precedente



indígena representante de las colectividades prerromanas, sino como un acto al dios supremo del panteón de los romanos que sirve de fundamento para mostrar la fides de las colectividades nacidas de la reorganización tras la conquista. Este hecho se observa en las dedicatorias también colectivas a algunas divinidades femeninas indígenas que asumen un papel de consortes patronas de la divinidad oficial mostrando en el plano sobrenatural la alianza desigual entre Roma (todopoderosa y masculinizada) y los grupos de poder locales (sometidos y afeminados). Por otro lado se aborda la conformación de conjuntos de altares procedentes de un mismo sitio, los cuales permiten el análisis de configuración de un panteón teonímico en ámbito peregrino a lo largo de los siglos I-II d. C. En él se detectan las dedicatorias de la colectividad anónima del lugar a una diosa patrona (dea) indígena como fundadora del culto en el lugar sagrado. Junto a ella aparece un altar consagrado anónimamente también a las Madres como una potencia sobrenatural íntimamente vinculada a los poderes del lugar. Por último hace su aparición Cossus como un culto a una divinidad patrona (*deus dominus*) masculina indígena con una difusión suprarregional y una génesis geonómica vinculada a la fertilidad ctónica en donde confluye riqueza agraria y minera, el cual es invocado siempre por devotos individualizados en los que se denotan eminentemente referencias a nombres familiares latinos. Todo ello lleva a valorar las reelaboraciones de los panteones votivos a lo largo del tiempo desde la representación del poder en nombre de toda la colectividad hasta la singularización de individuos que se imbrican en los procesos de promoción social.



El objetivo último que se ha perseguido en esta tesis doctoral ha sido la investigación del componente simbólico en la transición desde un modelo social segmentario astur prerromano a una organización estatal a través del acto de conquista militar romano. Desde este punto de vista se han interpretado las estrategias de disposición de los elementos simbólicos claves extraídos de la lectura del registro arqueológico a través de una metáfora visual en tres bloques diferenciados. Así a partir de la configuración para ámbito astur de una estructura social prerromana castreña al final del Hierro se valoran ciertos fenómenos como la comensalidad y la orfebrería en el contexto de contactos indirectos durante la última centuria que precede a la conquista, para terminar analizando el cambio en el ámbito de lo religioso tras la incorporación en el seno de la estructura social provincial del Imperio romano. De forma sintética el resultado del análisis simbólico muestra el carácter del cambio estructural del mundo prerromano al romano en ámbito astur a través de la recurrencia a diferentes estrategias visuales de acción social en el paisaje. Como queda reflejado en el **CUADRO III** el modelo prerromano segmentario astur de lo simbólico presenta las estrategias de inhibición en los ámbitos sociales doméstico y colectivo junto con la del ocultamiento en lo que a lo religioso se refiere, mientras que se detecta un afán de monumentalización en el ámbito comunitario. Sin ánimo de valorar todos los elementos de forma independiente en el contexto del s. I a. C. los fenómenos de reformas constructivas, la difusión del modelo de sítula y la amortización de la orfebrería, permiten observar las distintas respuestas de estrategias de inhibición o exhibición a diferentes ritmos en ámbito castreño ante la aceleración de los contactos o la resistencia y neutralización de los mismos. Finalmente la verdadera dislocación simbólica que desestructuraría el modelo precedente se observa en el mundo religioso respecto a la inversión de la estrategia de ocultamiento prerromana por la de monumentalización romana. En última Instancia queda pendiente el verdadero alcance de dicha caracterización simbólica como estructuras o sistemas racionales, identitarios o incluso ontológicos diferenciados, pero sienta las bases de interpretación arqueológica sobre la que poder desarrollar otras vías en el futuro y llegar a construir una argumentación holística en relación a la definición de la oposición entre diversas arqueo-logicas.



CUADRO III

BLOQUE I		
Registro arqueológico astur final EHII (s. II-I a. C.)		
Unidades de ocupación y organización interna poblado		
ÁMBITO DOMÉSTICO	ÁMBITO COLECTIVO	
INHIBICIÓN	INHIBICIÓN	
Recintos y territorio	Ausencia funeraria y votiva	
ÁMBITO COMUNITARIO	ÁMBITO RELIGIOSO	
MONUMENTALIZACIÓN	OCULTAMIENTO	
BLOQUE II		
Registro NW s. I a. C.		
Inversión monumental espacios comunitarios		
Sítulas	Orfebrería	
INHIBICIÓN	EXHIBICIÓN	
BLOQUE III		
Registro epigráfico romano-astur (ss. I-II d. C.)		
ESPACIOS FUNERARIOS	ESPACIOS SAGRADOS	
Loca religiosa	Loca sacra	
ÁMBITO RELIGIOSO		
MONUMENTALIZACIÓN		

ABSTRACT





Social Structure and Symbolic Landscape: The astures communities and *The Roman Empire* (2nd century B.C.-2nd century A.D.)

Key words: Castro -astur culture Roman-indigenous Archaeology Epigraphy Iconography Landscape Symbolic Religión Social change

Abstract:

This work follows the research on the valuation of the symbolic change into astur communities from Late Iron Age to Roman era. It is on the basis of this change where you should find the variables of “*tradition*” and not vice versa . the theoretical and methodological approach of the symbolic dimension of the landscape through the application of visual metaphor and available material as a result of social action is used, highlighting two major challenges: on one hand the detection of the key symbolic elements in the presence and/or absence of the specific material culture, and on the other hand the assessment of their spatial arrangement as a result of a locational strategy expressed through the gradation of intent from the visible to the invisible (monumentalization, exhibition, inhibition, concealment). In this work we carried out an initial proposal for implementing these specific challenges in *Asturian* archaeological record , being to develop in the future, the scope of this analysis both the case study and the framework around the Northwest and its peripheral areas.

The internal structure of the thesis reflects the complexity of a historical change period through three interrelated sections. In SECTION I a symbolic *characterization* through the material record of the pre-Roman astures communities (Late Iron Age, 2nd-1st centuries BC) from a segmentary social organization is developed. SECTION II addresses the world preceding the Roman conquest and configures the dynamic reality of the different rhythms, speeds and cultural responses to the direct and indirect contacts that took place during the 1st century BC. Two key symbols t are selected for the valuation of certain phenomena: the case of commensality, studied through the analysis of situlae or chauldron type, and the goldworking display, analyzed by studying the general jewelry and specifically the diadems of Moñes case. Finally in SECTION III, the symbolic result of Roman conquest through study of religious social field is analyzed from a new definition carried by the



conquerors. the symbolic impact is studied through two case studies from *Asturia* to valorate the reflection of change in the funerary and votive record.

The research in SECTION I faces significant limitations when performing a symbolic analysis of the archaeological record, both regarding to the conservation and scarcity of material record as in the field of social conflicting interpretations. From the discussion on the definition of segmentary social structure, the realization of the symbolic study of different social areas in which the material culture of pre-Roman communities astures integrates proposed. the Castro or eclosed settlement (hillfort type) presents maximum reflection and representation of the power of community, as defined in its internal organization and supplementary units self *occupation*, in a constant dialectic between independence and mutual aid of the households. Outwardly this organization shows a reproduction of Castro type units with access to spaces of action for self-sufficiency diversified community and defining the boundaries of interaction and complementarity with the territories of neighboring forts. In both ranges of the internal and external definition of the community and its territory, find your accommodation segmentarity concept to explain the phenomena of basic social reproduced from the archaeological record and linked to the maintenance of a demographic defined by discipline boundaries domestic units and the Iron Age enclosure, whose growth is spatially predesigned since its founding. the solution of the conflict through the break before violence by other mechanisms such as military conflict , is the foundation of segmentary societies in Peninsular early history. Although in recent times theorists have made real efforts to define this social model, still some way to explore, like all matter relating to its application in the registry, not yet systematized, the Early Iron Age and the genesis of Castro phenomenon.

The assessment of symbolic visual strategies available to various elements of the material record synchronous mechanisms are denoted. the strategy applied in the management of construction for the home, is the visual inhibition between each other, reflecting an attitude of rejection of individual monopoly power through disintegration and variability of structurally equivalent units: housing and store as a maximum symbolic potential of the nuclear family. the germ of conflict within said internal configuration would have two strands of analysis: one in relation to the growth of productive family and community unity agaInst discipline and another referred to the role of the skilled worker in relation to their differential role of other members of the community. Regarding the former, it is



found that a phenomenon of internal growth of the family, nor the constructive scheme is broken or the area of action and expected expansion from the foundation of the unit is exceeded. the disposal strategy in such cases is accommodated again symbolic inhibition, since before the breakup or resists segmentation spatially excel over other neighbors. Meanwhile, what is clear from the data known Castro metallurgical spaces not correspond to a hierarchical social differentiation metallurgist specialist. Faced with the idea of a family unit metallurgist dedicated to his work full-time, part-time specialist who is accommodated in the internal complementarity that is extracted from the segmented social organization is proposed. the metallurgic working place is configured as a collective meeting place rather than a distinct center specialized activity from the rest, as they respond more to the needs of a job mainly recycling and maintenance the tools and specific objects and ornaments (as situlae and jewellery) of the Castro community. the locational space available metallurgical responds visually to a mechanism of inhibition compared to other domestic buildings but a passing encounter and recognized by the community.

In the analysis from this perspective the community field of pre-Roman astures communities revolves around the symbolic value of the premises as a high material representation of the community, as a reflection of political unity in the territory. the exceptional recording Instances of *unfinished* enclosures shows that the design and construction of complex were the first undertaken by the community which inhabit. thus a physical and demographic constraint is reflected in the enclosure in the same way that in the action areas of each household. the outward conflict would have been solved with the same strategy applied to the interior of the settlement. It would have tended towards the establishment of new settlements by segmentary fission from a primeval households. the result of this social fusion, composed of segments derived from the breakdown of the internal discipline of the Castro Iron Age communities, have been the basis for the genesis of the new settlement that would reproduce the same “disciplinary” segmentary structure . Such an act can only be seen in the center of a social conflict whose resolution can understand segmentation and not confrontation. the variability shown in the bulky systems delimitation of Castro enclosures shall be observed from this point of view as a showcase of how the community saw itself. the defensive or deterrent effect would be secondary, both focused on the human or animal attack as inclement weather. In any case we should expect to systematize data through both a territorial proper analysis as from studies arising



from new tools for virtual reconstruction to assess rates defensibility from the visibility/invisibility of the constructions of delimitation. Prior to this work it is necessary to redirect these analyzes to reflect on the memorialization of the elements. the visual layout of Castro locational strategy played an important role in the construction of the enclosed *monuments*. this process could tend towards a visual exhibition or inhibition depending on the more or less prominent *character* circumstantially.

To assess the Castro pre-Roman religious field of the model we have indirect evidence of literary sources as a general lack of archaeological record that allows us to evaluate different questions. For those closest to the domestic activities I have referred to the phenomenon of foundational ritual that has an exceptional archeological finding. For the communitary field we have its reflection in the absence of treatment area and votive funerary record. the single foundational ritual verified under the pavement of a residential building, it appears that despite the uniqueness of fact, it does not reflect a constructive differentiation from the other and therefore responds to a private and particular conditions that do not exceed the household. the religious social behavior, both presumably as funerary and votive, however refers to the complete absence of material record, which must be observed through a diachronic reading from the latest data available to us. the estrangement which produces such materials can be detected in the absence Greco-Roman sources from defining ideological other, reflected in the “barbarian” customs to the Castro world associated parameters. After all it stands for what concerns the funerary process of depersonalization and objectification of the body from the Late Bronze Age, reflected in animal behavior dismemberment and removal of the deceased from the community of the living. Coherent dynamics for most of the Iron Age *hill-fort* would have been the exposure and spread in the territory as a result of depersonalization and de- ancestralización the funeral process reflecting a visual strategy symbolic, social and ideological conscious concealment . After this process could be a powerful symbolic weapon of ownership associated Castro own territory through the funeral dissemination maximum reflection of resistance to singling concrete in a specific place or necropolis promote social display. From this perspective, the votive field responds to the Roman mediated appreciation of “atheism” of the people of the Northwest, which should relate to the same phenomenon of conscious concealment of the ritual. the sacred sites and rituals pockets, both inside and outside of the enclosures would have been a counterpart of the phenomenon spread to the funerary field, in the sense of flexible, convertibles, and changing neutral spaces opposite the



centrality and persistence justifying power of religious control that follows the concept of sanctuary. As with the supposed funerary behaviour, votive ritual have played an important role in the dialectic of opposition isolation defining the limits of both the community and its territory.

Based on the symbolic characterization of Astur pre-Roman community, the analysis of the symbolic potential of the phenomena of situlas and gold in the SECTION II can address the specific dynamics that must be seen in the differential configuration of the Late Iron Age complex from the 1st century BC, as a prelude to conquest and assimilation by the Roman Empire. these two phenomena that move materials between *tradition* and technology, decorative and functional innovation, which provide justification to defend the inclusion of discordant elements with segmentary social organization. these elements are linked by one side to the distinction by rank and display through commensality and the rich ornaments of precious metal in the other case . For the first case, the particular spread of chauldrons type situlae could force rethink a hierarchy in the Castro settlement to justify the homogeneity model and even serve to defend the same ritual of commensality shared by the Iron Age people. To this we would add the literary sources that transmit the assumption in these lands of symposium practices in straight and seated by rank banks, and where the model situlae as key receptacle at the ceremony, would fit perfectly with the barbarian adaptation craters to pour the wine from the Mediterranean *tradition* of commensality. But the dissemination of material model would not necessarily have been accompanied by both functional and symbolic meaning. On the contrary, as demonstrated by the local processing in each own Castro and the lack of regional production centers with consequent limitation of trade, it would be a reappropriation of the material at different speeds with different model implications with regard to the role and symbolic meaning in the context of different forms of commensality, and exhibition hierarchical wine symposium for single range against the feast collectivized other fermented drink (beer type) in the manner of a strategy of neutralization inhibition.

The jewellery, mainly goldworking, forms one of the key elements of the Castro society for their originality, synthesis of the Atlantic and Mediterranean *traditions*. the formal diversity technique does not correspond to the quality varieties standard parts, in the same way that continuous workshops or exchange circuits are not detected mass productions. It has reinforced the idea of a traveling gold/silversmith specialization who would use the metallurgical facilities from the specialized space in Castro settlements. the starting material was obtained locally through the work of the household



or community-wide depending on the significance or importance of the part to be responsible to develop, either through the batting gold placers either through exploitation small veins of silver. the convergence of critical analysis of contextualized amortization of some minor parts, their distribution with respect to the great treasures and universal access to raw materials , allow us to evaluate the social dynamics of appropriation of metalworking in Late Iron Age, beyond monopolization of the precious metal by an elite mode as in the Heroic social organization. In most of the northwestern inlands the limited presence of minor pieces of metalwork type earrings, spirals or fibulae suggests a strategy of neutralization inhibition would not have exceeded the family habit. In turn, the great treasures that are concentrated in the areas surrounding the inner castreño could simultaneously display different strategies at different scales over time from both family and community by neutralization inhibition,, as the exhibition would have meant the seed of dismantling of the social segmentary order.

If there is a case of the Castro goldworks for the others, is that which corresponds to the set of figurative gold diadems from Moñes (Piloña, Asturias). Its uniqueness lies in the presentation of a local *tradition* synthesized technology with the introduction of exogenous factors, especially the very fact that the figurative representation finds its closest parallels in the gestures of the Iberian and Celtiberian iconography. Meanwhile that appear armed characters and horseback, with animals among them fish , has served to emphasize the warlike character of a ritual of water transit Beyond maximum example of symbolic superstructure Celtic that is at the base of the social interpretation castreña heroic . However taking important iconographic readings and technology reviews of the pieces allows a reassessment of the meaning Moñes Diadem I. Firstly beyond a naturalistic view of space as aquatic environment interpretation, the mythical space where all natures , human and non - human by the water , air and land is proposed and synthesized over the origin of the cosmological stories. the iconographic sequence of Moñes collected in this way a space and a time of the myth where human attributes Instead transfers and animals, especially birdssynthesis in ornitomorfic characters like hybridsbeings, all of which involved the story of the origins of a new social order. the images kept recurring in the double frieze reprocessing phases narrative cycle in certain parts only reinforces the transmission of cosmic harmony that repeats cyclically through a prodigious act , in this case fertility fish through its metamorphosis into gigantic beings through oversized chauldrons. To repeat the cycle control is required by an army of cavalry and infantry escorting other key domestic animals



representing the slope (the horse) and wild (the bear) of the non - human world as victims of ritual atonement central prodigy. Moñes represents an ideological narrative as a product of an apparent unstable social condition that requires reformulating their creation myths in favor of the imposition of a new order , which must be related to the different social responses that have developed during the 1st century BC, both before and immediately after the Roman conquest .

SECTION III begins with the impact of the Roman conquest resulted in the interruption of the different dynamics and acceleration of the Iberian Northwest, spreading submission model that served as the basis for the reorganization of all walks of life for the benefit of taxation provincial within an imperialist state organization . On the one hand the Roman impact would have varied in relation to the rhythms and speeds that have been adapted Castro communities regarding to different areas along over a hundred years, as follows from the appropriations (exhibition/neutralization inhibition) commensality or jewelry phenomena. However, around the Castro world effective conquest reflecting an ideological imperialist annexation plan involved the imposition of dependence mechanisms not experienced so far , with consequences on the symbolic levels of social power and scope of religion. thus the diffusion of a new religious order , reflecting the emergence of hierarchical social model of privileged and unprivileged classes is observed in the very culmination of the plan of annexation of the Western Iberia through the *consecration* of altars *arae* mode sacred monuments and the genesis of the imperial cult, mainly in the capitals of conventus. In its effort to reorganize the territory for their benefit, Rome encouraged the formation and/or exacerbation of social hierarchies within political communities or *civitates* with its identity at local, regional or provincial level *characteristics*. thus the key to local elites resulting interact with the conqueror is on the phenomenon of power language emulation in the religious sphere where the charge to set up a very successful here as the quintessential public platform symbolic dimension. Faced with the phenomenon concealment strategy funerary dissemination and votive segmentary flexibility astur segmentary social model, the emulation of the Roman religious system passes through the diffusion of both monumental funerary ritual support through the tombstones, mainly the *stelae* type, as votive by raising altars or *arae*. Spaces on both rituals longer indeterminate and changing places in the limits of the territory of the community, to become individualized and regulated within the hierarchical settlement that match necropolis (*loci religiosa*) and sacred spaces (*loci sacra*) .



The astur southern epigraphic funerary record, *traditionally* associated with the immense *civitas Zoelorum*, is analyzed. the result of partial analysis by observing the evolution of iconographic *stela* monuments from early military models emulation to the local and regional reappropriation shows the representation of *non*-privileged aristocracies (*peregrinus* class) through a language of power shared with the conquerors. the adaptation of that primary *stela* model in local granite stone and later in local marble widespread separately in each others territories during 1st-2nd centuries AD, brings up the language reworkings of power in the funerary spaces in relation to the dissemination of new social status and consideration of a more complex reality and conformational dynamics of differentiated *civitates* in the Portuguese territory of Tras- os- Montes and Spanish western Zamora.

Meanwhile the votive religious sphere is analyzed through some notable cases from *Asturia Augustana* area. On the one hand the impact of collective dedications to Iuppiter, mainly from communities type *vici* and *castella* types, not as a survivor worship to preceding deity representing the pre-Roman times, but as an act of the supreme god of the Roman pantheon serving basis to show the fides of communities arising from the reorganization after the conquest. this fact is also observed in some indigenous collective female deities who assume the role of the official consorts divinity patterns showing on the supernatural level the unequal alliance between Rome (powerful and masculine) and local power groups dedications (subject and female). On the other hand the formation of sets of altars from the same space addresses, which allow the analysis of configuring a local theonimic pantheon during the 1st-2nd centuries AD. the dedication of the anonymus collectivity to her local goddess, epigraphically inscribed as *dea*, is the act of the foundation of the sacred space. Beside this altar appaers other dedicated to the Mathers (Matres) as a supernatural power intimately linked to the powers of the place Finally makes its *appearance* god Cosus as a cult divinity patron (*dominus deus*) indigenous male with a supra-dissemination and genesis linked to the chthonic fertility confluent agricultural and mineral wealth, which is always invoked by Roman famliar names mode as devotees. this leads to value reworkings of votive pantheons over time from the representation of power on behalf of the entire community to the singling out of individuals overlap in the processes of social promotion.

The ultimate goal has been pursued in this thesis was the investigation of the symbolic component in the transition from a pre-Roman segmentary astur social model to a state organization through the



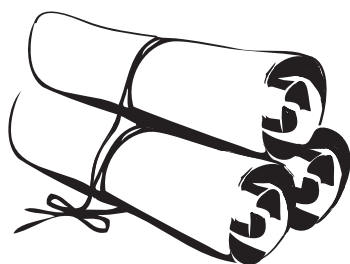
act of Roman military conquest. From this point of view have been interpreted strategies available to key symbolic elements drawn from reading the archaeological record through a visual metaphor in three different blocks . So from the field configuration astur social structure of pre-Roman Iron Age to the end of Iron phenomena such as commensality and goldsmiths in the context of indirect contacts are measured during the last century preceding the conquest, to *finish* analyzing the change in the field of religion after incorporation within the provincial social structure of the Roman Empire. Summarizes the result of the analysis shows the symbolic nature of the structural change of the pre-Roman world in the Roman arena through astur recurrence at different visual strategies of social action in the landscape. As reflected in **TABLE I** the pre-Roman model astur segmentary symbolic presents strategies inhibition in the domestic and collective social environments coupled with concealment as far as religion is concerned, while a desire to monumentalization detected in Community level. Non evaluate all elements independently in the context of s. I a.C. constructive reforms phenomena, diffusion model situla and amortization of jewelry, allow to observe the different responses of inhibition or exhibition strategies at different rates in the face of accelerating field castreño contacts or the resistance and neutralization thereof . Finally the true symbolic dislocation desestructuraría the previous model seen in the religious world concerning the investment strategy of concealment by the pre-Roman Roman monumentalization. Ultimately the true extent of such symbolic characterization as structures or rational , or even ontological identity is pending differentiated systems , but provides the basis for archaeological interpretation on which to develop other routes in the future and get to build a holistic argument in relation the definition of the opposition between various “archaeo-logics”.



TABLE 1

SECTION I		
Astur archaeological record Late Iron Age (2 nd -1 st centuries BC)		
Occupancy units and settlement internal organization		
DOMESTIC FIELD	COLECTIVE FIELD	
INHIBITION	INHIBITION	
Enclosures and territory	Funerary and votive absence	
COMMUNITARY FIELD		
MONUMENTALIZATION	CONCEALMENT	
SECTION II		
Castro record (1 st century BC)		
Monumental investment		
Communitary spaces		
Situlae	Goldworking	
INHIBITION	EXHIBITION	
SECTION III		
Roman-astur Epigraphic record (1 st -2 nd centuries AD)		
FUNERARY SPACES <i>Loca religiosa</i>	SACRED SPACES <i>Loca sacra</i>	
RELIGIOUS FIELD		
MONUMENTALIZATION		

ANEXOS





ANEXO 1
Dataciones radiocarbónicas citadas en el texto

Código	Procedencia	Material datado y contexto	Datación BP	Oxcal_1 sigma	Oxcal_2 sigma	Bibliografía
Gd-5555	A Graña	Carbón/ Hogar cabaña FC-2	1980±50 BP	40 BC (68'2%) 70 AD	110 BC (95'4%) 130 AD	Meijide, 1990
Gd-5859	A Graña	Carbón/ Suelo cabaña FC-5	2210±50 BP	363 BC (10%) 342 BC 326 BC (58'2%) 204 BC	393 BC (95'4%) 166 BC	Meijide, 1990
CSIC-1092	Chao Samartín	Carbón	1968±40 BP	35 BC (2.2%) 31 BC 20 BC (4.6%) 12 BC 1 BC (61.4%) 74 AD	48BC (95.4%) 125AD	Alonso Mathias, 2002: 341-343
CSIC-1158	Chao Samartín	Carbón	2160±24 BP	349 BC (32.0%) 312 BC 208 BC (36.2%) 170 BC	356 BC (42.6%) 284 BC 256 BC (0.7%) 248 BC 234 BC (47.4%) 148 BC 140 BC (4.7%) 112 BC	Alonso Mathias, 2002: 341-343
CSIC-1159	Chao Samartín	Carbón	1969±28 BP	4 AD (68.2%) 65 AD	42 BC (95.4%) 82 AD	Alonso Mathias, 2002: 341-343
CSIC-1160	Chao Samartín	Carbón	1930±24 BP	31 AD (5.0%) 36 AD 52 AD (48.6%) 86 AD 5 AD (14.5%) 120 AD	22 AD (95.4%) 128 AD	Alonso Mathias, 2002: 341-343
CSIC-1161	Chao Samartín	Carbón	1885±40 BP	68AD (52.4%) 140AD 150AD (8.5%) 170AD 194AD (7.2%) 210AD	29 AD (1.4%) 38 AD 51 AD (94.0%) 233 AD	Alonso Mathias, 2002: 341-343
CSIC-1166	Chao Samartín	Carbón	2090±32 BP	164BC (51.7%) 86BC 78BC (16.5%) 54BC	198 BC (95.4%) 40 BC	Alonso Mathias, 2002:

							341-343
CSIC-1425	Chao Samartín	Carbón		2056±30 BP	150BC (5.1%) 140BC 112BC (57.3%) 38BC 28 BC (2.0%) 24 BC 10 BC (3.9%) 3 BC	169 BC (94.9%) 5 AD 13 AD (0.5%) 16 AD	Alonso Mathias, 2002: 341-343
CSIC-1162	Chao Samartín			1026±24 BP	994 AD (68.2%) 1021 AD	974 AD (95.4%) 1034 AD	Depositadas por Villa Valdés a Fichero Rocasolano- CSIC
CSIC-1163	Chao Samartín			1199±24 BP	780 AD (10.5%) 792 AD 804 AD (57.7%) 870 AD	725AD (2.1%) 738AD 770AD (93.3%) 892AD	Depositadas por Villa a Fichero Rocasolano- CSIC
CSIC-1165	Chao Samartín			1316±54 BP	655 AD (48.2%) 722 AD 740 AD (20.0%) 770 AD	620AD (93.2%) 826AD 840AD (2.2%) 863AD	Depositadas por Villa a Fichero Rocasolano- CSIC
CSIC-1471	Chao Samartín	Horno metalúrgico tras C-1, C-9 y C-13		2306±27 BP	402BC (68.2%) 376BC	407BC (85.5%) 357BC 284BC (8.0%) 256BC 246BC (1.9%) 234BC	Villa Valdés, 2002: 260
CSIC-1518	Chao Samartín	Horno metalúrgico tras C-1, C-9 y C-14		2291±43 BP	402BC (45.1%) 357BC 283BC (16.9%) 256BC 246BC (6.2%) 234BC	410BC (50.4%) 346BC 322BC (45.0%) 206BC	Villa Valdés, 2002: 260





CSIC-1472	Chao Samartín	Horno metalúrgico tras C-1, C-9 y C-15	2279±27 BP	396 BC (54.5%) 358 BC 276 BC (13.7%) 259 BC	400BC (58.7%) 352BC 295BC (35.0%) 228BC 220BC (1.6%) 211BC	Villa Valdés, 2002: 260
CSIC-1473	Chao Samartín	Zona edificios comunales (forum, sauna)	2400±27 BP	510 BC (52.3%) 436 BC 426 BC (15.9%) 404 BC	726BC (6.2%) 693BC 541BC (89.2%) 398BC	Villa Valdés, 2002: 260
CSIC-1652	Chao Samartín	Zona edificios comunales (forum, sauna)	2288±31 BP	399 BC (57.8%) 360 BC 274 BC (10.4%) 260 BC	404BC (62.0%) 352BC 295BC (31.7%) 228BC 220BC (1.7%) 210BC	Villa Valdés, 2002: 260
CSIC-1540	Chao Samartín	Entorno cabaña en acrópolis	2243±38 BP	385 BC (21.1%) 352 BC 295 BC (42.2%) 228 BC 220 BC (4.9%) 211 BC	393BC (28.3%) 341BC 327BC (67.1%) 204BC	Villa Valdés, 2002: 260
CSIC-1780	Chao Samartín	Puerta de acceso a la acrópolis	2179±39 BP	356 BC (39.8%) 286 BC 234 BC (28.4%) 176 BC	378 BC (92.4%) 155 BC 136BC (3.0%) 114 BC	Villa Valdés, 2002: 260
Beta-236944	Coaña	Remodelación sauna Coaña I	¿?		62 BC-84 AD	Villa Valdés, 2011 y 2012
Beta-236945	Coaña	sauna Coaña I	¿?		10 BC-140 AD	Villa Valdés, 2011 y 2012
Beta-236946	Coaña	sauna Coaña I	¿?		10 BC-140 AD	Villa Valdés, 2011 y 2012
CSIC-428	La Corona de Corporales	Entre const. 3-4 y esquina norte const. 5	2010±60 BP	91 BC (7.4%) 70 BC 60 BC (60.8%) 65 AD	174 BC (92.9%) 90 AD 100 AD (2.5%) 124 AD	Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 277-278



CSIC-429	La Corona de Corporales	Constr. 5		2020±60 BP	96 BC (68.2%) 55 AD	191 BC (94.5%) 86 AD 107 AD (0.9%) 118 AD	Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 277-278
UGRA-48	La Corona de Corporales	Constr. 5		2000±130BP	191 BC (68.2%) 131 AD	370 BC (95.0%) 256 AD 304 AD (0.4%) 313 AD	Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 277-278
Ua 20012	Devesa do Rei	Materia orgánica sedimento basa círculo lítico horizonte B		2990±45 BP	1306 BC (83.5%) 1188 BC 1180 BC (8.7%) 1156 BC 1145 BC (6.1%) 1130 BC	1386 BC(92.3%) 1111 BC 1102 BC(2.4%) 1076 BC 1065 BC(0.8%) 1056 BC	Aboal y otros, 2005
Ua 21685	Devesa do Rei	Penúltimo depósito de colmatación del interior de fosa con anillo de piedras y losa a modo de estela		2340±45 BP	508 BC (27.0%) 438 BC 420 BC (41.2%) 374 BC	730 BC (3.4%) 692 BC 660 BC (0'5 %) 652 BC 544 BC (85.0%) 354 BC 291 BC (6.6%) 231 BC	Aboal y otros, 2005
Beta-116327	El Chano	Carbón/Zona basal Cabaña I		2250±60 BP	390 BC (21.3%) 350 BC 304 BC (46.9%) 209 BC	406 BC (95.4%) 170 BC	Celis Sánchez, 2002
Beta-116328	El Chano	Carbón/Hogar Cabaña II		2140±60	350 BC (17.3%) 300 BC 227 BC (0.9%) 224 BC 210 BC (46.7%) 90 BC 71 BC (3.3%) 60 BC	372 BC (95.4%) 42 BC	Celis Sánchez, 2002: 204, nota 2.
Beta-116329	El Chano	Carbón/Nivel incendio sobre suelo Construcción IV		2170±70	360 BC (30.9%) 272 BC 262 BC (33.3%) 162 BC 132 BC (4.0%) 118 BC	386 BC (95.4%) 52BC	Celis Sánchez, 2002: 204, nota 2.



CSIC-1403	Palheiros	Carbón/ Crasto III-2, U. hab. 1	1954±26 BP	20 AD (68.2%) 76 AD	36 BC (1.1%) 30 BC 22 BC (2.5%) 11 BC 2 BC (86.7%) 88 AD 102 AD (5.1%) 122 AD 140AD)	Sanchez, 2000- 2001: 21, 24 (Fase EH: 160BC- 140AD)
CSIC-1404	Palheiros	Carbón/ Crasto III-2, U. hab. 1	1951±26 BP	20 AD (68.2%) 78 AD	34 BC (0.5%) 30 BC 21 BC (1.9%) 12 BC 1 BC (85.7%) 92 AD 98 AD (7.3%) 124 AD 140AD)	Sanchez, 2000- 2001: 21, 24 (Fase EH: 160BC- 140AD)
CSIC-1405	Palheiros	Carbón/ Crasto III-2, U. hab. 2	2014±26 BP	44 BC (68.2%) 18 AD	90 BC (3.8%) 70 BC 60 BC (91.6%) 58 AD 140AD)	Sanchez, 2000- 2001: 21, 24 (Fase EH: 160BC- 140AD)
CSIC-1618	Palheiros	Carbón/ unidad externa contexto funerario (EDF)	250±28 BP	1642 AD (51.9%) 1666 AD 1784 AD (16.3%) 1796 AD	1522 AD (11.9%) 1572 AD 1629 AD (58.0%) 1678 AD 1765 AD (21.3%) 1800 AD 1940 AD (4.3%) 1954 AD	Sanchez, 2000- 2001: 21, 24
CSIC-1619	Palheiros	Carbón/ unidad externa contexto funerario (EDF)	904±29 BP	1045 AD (36.3%) 1095 AD 1120 AD (14.2%) 1141 AD 1147 AD (17.8%) 1174 AD	1039AD (95.4%) 1208AD	Sanchez, 2000- 2001: 21, 24

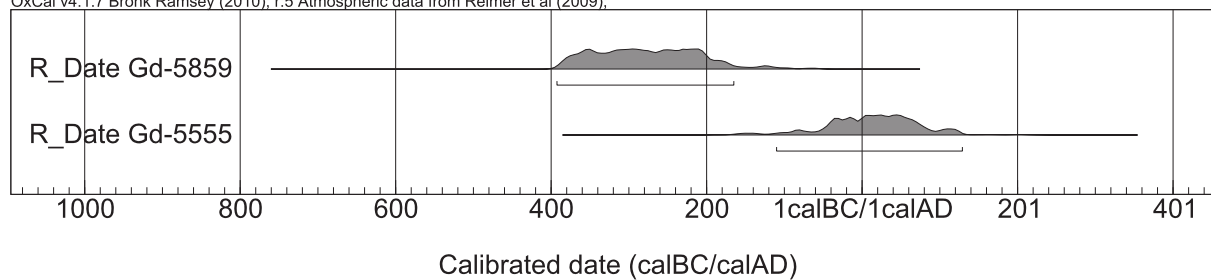


Ua-22218	Palheiros	Elemento vegetal indeterminado (nivel fundacional Crasto III-1)	2370±40 BP	510 BC (42.5%) 436 BC 426 BC (25.7%) 393 BC	734 BC (6.9%) 690 BC 662 BC (1.4%) 649 BC 546 BC (87.2%) 382 BC	Sanchez, 2008: 48
Ua-22219	Palheiros	Elemento vegetal indeterminado (nivel fundacional Crasto III-1)	2365±45 BP	511 BC (68.2%) 391 BC	746 BC (8.5%) 688 BC 665 BC (2.0%) 646 BC 588 BC (0.3%) 581 BC 554 BC (84.7%) 366 BC	Sanchez, 2008: 48
CSIC-1215	Palheiros	Semilla y carbón/ Crasto III-2, U. hab. 3	1959±47 BP	36 BC (3.2%) 30 BC 21 BC (4.8%) 11 BC 2 BC (60.2%) 83 AD	90 BC (1.2%) 70 BC 60 BC (94.2%) 136 AD	Sanchez, 2000-2001: 21, 24 (Fase EH: 160BC-140AD)
CSIC-1218	Palheiros	Semilla y carbón/ Crasto III-2, U. hab. 1/2	1782±47 BP	140AD (4.5%) 152AD 169AD (10.3%) 194AD 210AD (29.4%) 262AD 279AD (24.1%) 327AD	128 AD (95.4%) 382 AD	Sanchez, 2000-2001: 21, 24, excluida
CSIC-1279	Palheiros	Semilla/ Crasto III-2, U. hab. 1	2045±35 BP	104BC (68.2%) 2AD	166 BC (95.4%) 25 AD	Sanchez, 2000-2001: 21, 24 (Fase EH: 160BC-140AD)
CSIC-1320	Palheiros	Semilla y carbón/ Crasto III-2, U. hab. 3	1979±32 BP	36 BC (3.4%) 31 BC 20 BC (5.2%) 12 BC 1 BC (59.6%) 62 AD	48 BC (95.4%) 82 AD	Sanchez, 2000-2001: 21, 24 (Fase EH: 160BC-140AD)



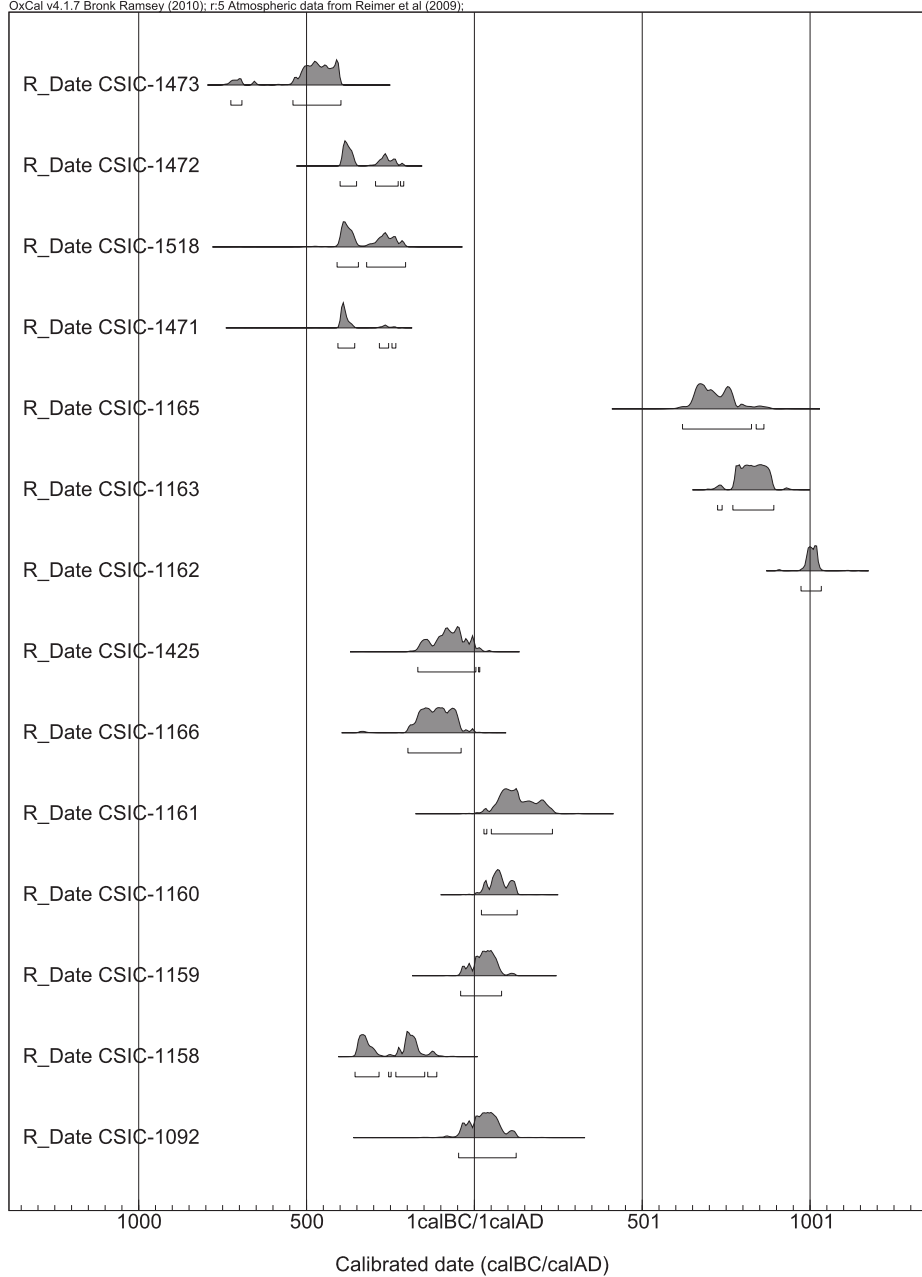
A GRAÑA

OxCal v4.1.7 Bronk Ramsey (2010); r:5 Atmospheric data from Reimer et al (2009);



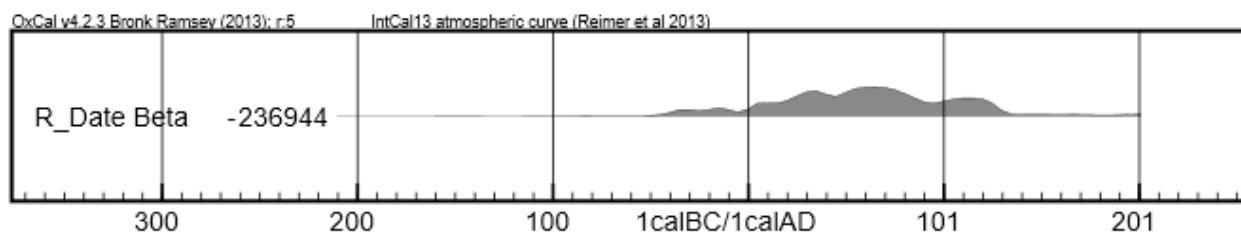
CHAO SAMARTÍN

OxCal v4.1.7 Bronk Ramsey (2010); r:5 Atmospheric data from Reimer et al (2009);

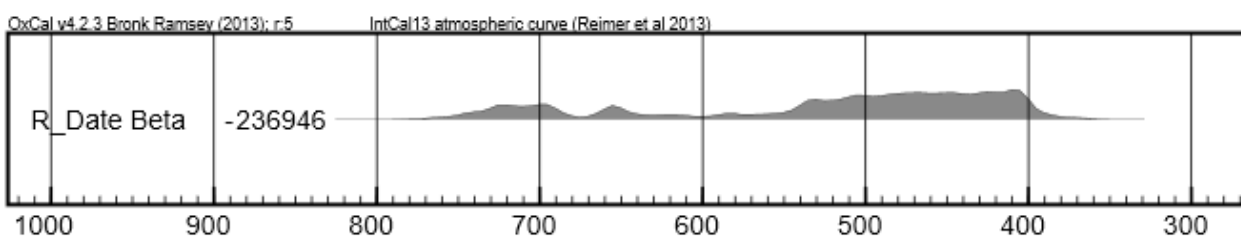
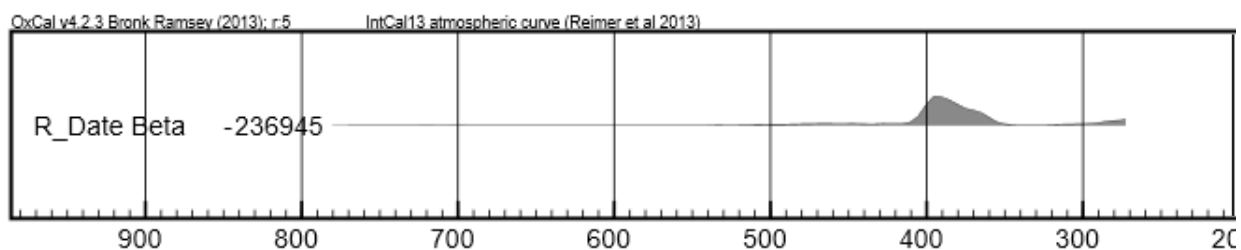




COAÑA 1



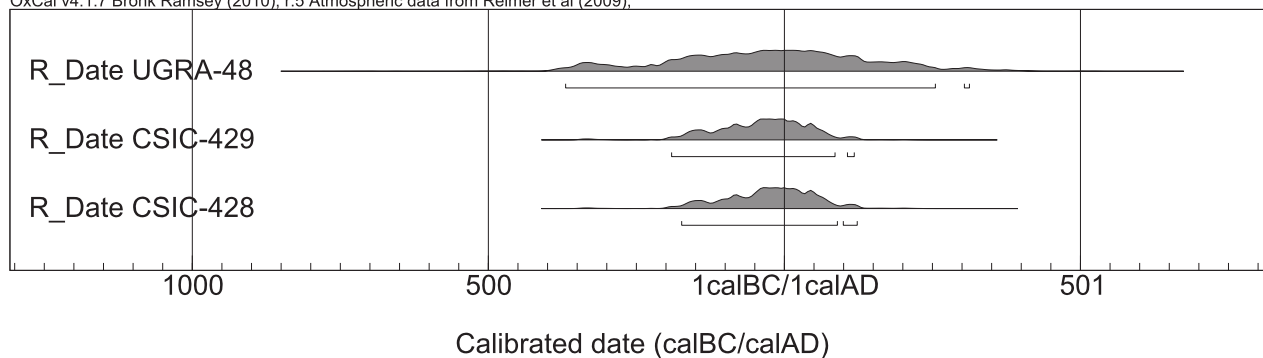
COAÑA 2





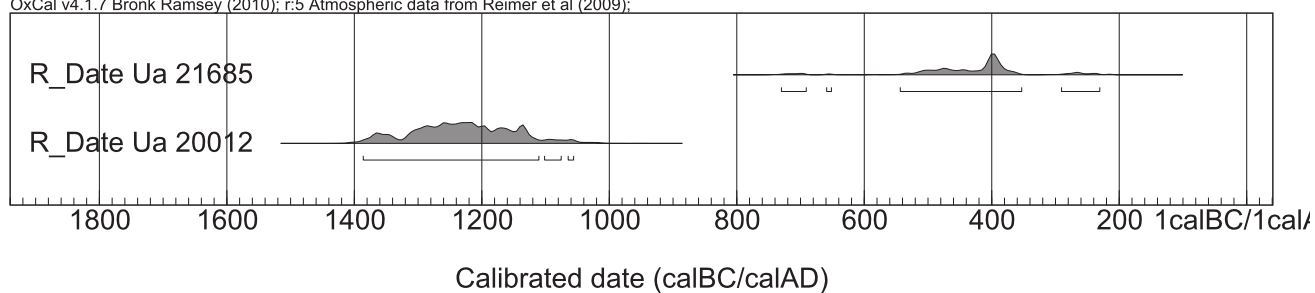
LA CORONA DE CORPORALES

OxCal v4.1.7 Bronk Ramsey (2010); r:5 Atmospheric data from Reimer et al (2009);



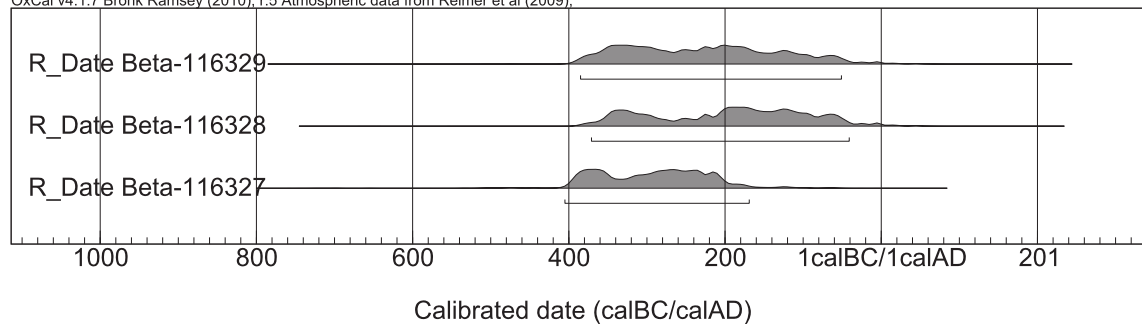
DEVESA DO REI

OxCal v4.1.7 Bronk Ramsey (2010); r:5 Atmospheric data from Reimer et al (2009);



EL CHANO

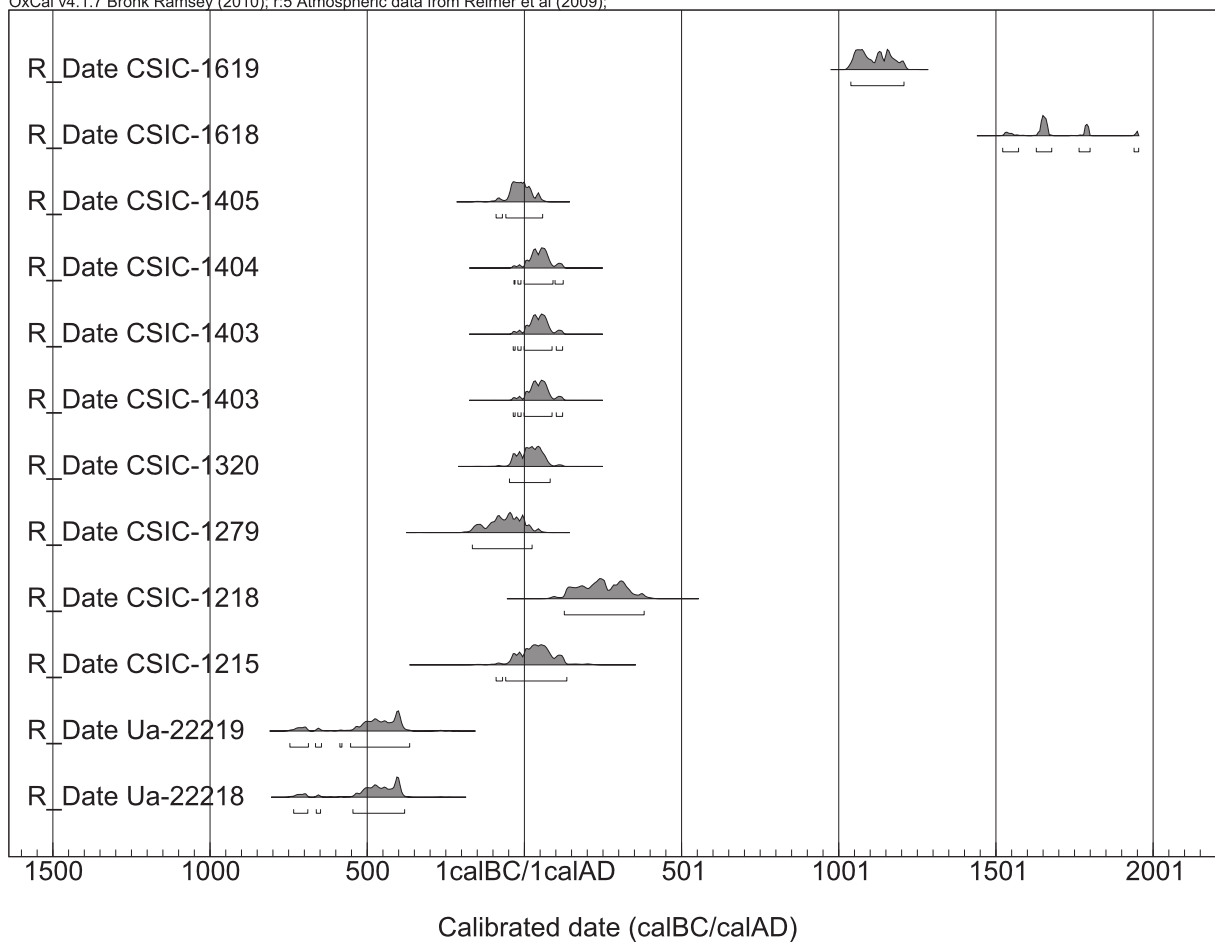
OxCal v4.1.7 Bronk Ramsey (2010); r:5 Atmospheric data from Reimer et al (2009);





PALHEIROS

OxCal v4.1.7 Bronk Ramsey (2010); r:5 Atmospheric data from Reimer et al (2009);





Anexo 2: Tabla de abreviaturas y correspondencias de la epigrafía funeraria astur meridional citadas en el texto¹

Epigrafía romana de Zamora (ERZa):

A

Almeida de Sayago (AL): Escuadro

AL-02 = Sevillano Carbajal, 1970; García Merino, 1975: 428, nº 347; Martín Valls y Delibes, 1976: 414-415; *AE* 1977, 488; Sevillano Carbajal, 1978: nº 13; Bragado, 1991: 204, nº 83, lám. XLV, 1; *CIRPZa* 35; *HEpOL* 6635.

AL-03 = Sevillano Carbajal, 1970; García Merino, 197: 428, nº 345; Martín Valls y Delibes, 1976: 415, foto L-II, 1; *AE* 1977, 489; Sevillano Carbajal, 1978: nº 12; Bragado, 1991, 204, nº 83, lám. XLV, 1; *CIRPZa* 31; *HEpOL* 6636.

AL-04 = Sevillano Carbajal, 1970; García Merino, 1975: 428, nº 347; Martín Valls y Delibes, 1976: 416-417, foto L-I, 2; *AE* 1977, 490 a y b; Sevillano Carbajal, 1978: nº 10-11, foto 27; Abásolo y García Rozas, 1990: 554, nº 79; Pérez Centeno, 1990: 446; Bragado, 1991: 204, nº 85, lám. XLVI, 1; *CIRPZa* 34 (=32 y 33); *HEpOL* 6637 = 6638.

AL-05 = Martín Valls y Delibes, 1976: 416, lám. II, 2; Bragado, 1991: 207, 1, lám. XLVI, 2.

AL-06 = Martín Valls y Delibes, 1976: 416, lám. II, 3; Bragado, 1991: 207, 2, lám. XLVII, 1.

B

Bermillo de Sayago (BR): Fresnadillo de Sayago

BR-01 = Gómez Moreno, 1927: 33-34, nº 78; ILER 2340; Bragado, 1991: 116-117, nº 4, lám. II, 2; *CIRPZa* 39.

BR-02 = Gómez Moreno, 1927: 33, nº 77; ILER 2344 y 2345; Sevillano Carbajal, 1978: nº 14 y 15; Bragado, 1991: 116-117, nº 4, lám. III, 1; *CIRPZa* 40 y 41.

¹ Agradezco la generosidad en la elaboración de este Anexo de abreviaturas y correspondencias epigráficas tomadas de los *corpora* de Zamora y de Tras-os-Montes oriental en elaboración a cargo de A. Beltrán Ortega y dirigido por I. Sastre Prats (*EST-AP*, CCHS, CSIC).

**F****Fariza (FA):**

FA-01 = *AE* 1981, 542; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 10; Bragado, 1991: 207-208, nº 86, lám. XLVIII, 1; *CIRPZa* 36; *HEpOL* 6688.

FA-02 = Beltrán, Romero y Alonso, 2013: FA-02.

FA-03 = Beltrán, Romero y Alonso, 2013: FA-03.

Figueruela de Arriba (FI):

FI-01 = Beça, 1915, 95, Fig. 3; Beltrán, Romero y Alonso, 2013: FI-01.

FI-08 = Beltrán, Romero y Alonso, 2013: FI-08

G**Gallegos del Río (GA):**

GA-03 = Esparza y Martín Valls, 1997: 261-262; *CIRPZa* 37; *HEp* 7, 1073; *HEpOL* 16874

GA-04 = Beltrán, Romero y Alonso, 2013: GA-04.

L**Losacino (LO):**

LO-02 = Abásolo y García Rozas, 1990: nº 22, 552; Bragado, 1991: p 200-201, nº 82, lám. XLVI, 2; *CIRPZa* 25; *HEpOL* 6640; Beltrán, Romero y Alonso, 2013: LO-02.

M**Madridanos (MA):**

MA-01 = Martín Valls y Delibes, 1981: 171-172, foto L-V, 2; *AE* 1981, 544; Crespo, 1985: 499, nº 24; Bragado, 1991: 208-209, nº 87, lám. XLVIII, 2; Crespo, 1997: 186; Alonso y Crespo, 1999: 441; *CIRPZa* 71; *HEpOL* 6690.

MA-03 = Diego Santos, 1954: 488, nº 659; *HAE* 932; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 6; Bragado, 1991: 120-121, nº 8, lám. IV, 1; *CIRPZa* 75.

MA-04 = Diego Santos, 1954: 488, nº 61; *HAE* 934; Velasco, 1968: 46, nº 305; Sevillano Carbajal, 1978: nº 80; Tranoy, 1981: 52; Abásolo y García Rozas, 1990: 554, nº 105; Bragado, 1991: 120-121,



nº 8, lám. IV, 1; *CIRPZa* 76.

MA-05 = Martín Valls y Delibes, 1981: 162 y 171; *AE* 1981, 543; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 37; *CIRPZa* 69; *HEpOL* 6689.

Mahide (MH):

MH-02 = Beltrán, Romero y Alonso, 2013: MH-02

Moral de Sayago (MS):

MS-01 = Gómez Moreno, 1927: 30, nº 66; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 40; Bragado, 1991: 288, nº 187; *CIRPZa* 84; *HEpOL* 24908.

MS-02 = Gómez Moreno, 1927: 30, nº 65; Abásolo y García Rozas, 1990: nº 84, 554; Bragado, 1991: 289, nº 188; *CIRPZa* 85; *HEpOL* 24907.

MS-03 = *CIL* II 2619; Gómez Moreno, 1927: 30, nº 64; *ILER* 2335 y 6579; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 43; Bragado, 1991: 289-290, nº 189; *CIRPZa* 86; *HEpOL* 8430.

MS-07 = *CIL* II 2625; Morán Bardón, 1944, 246, nº 15; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 42; Bragado, 1991: 294, nº 194; *CIRPZa* 91; *HEpOL* 8436.

MS-10 = Garnacho, 1878: 80; *CIL* II 2626; Gómez Moreno, 1927: 32, nº 74; Mangas, 1971: 221; Sevillano Carbajal, 1978: nº 44; Crespo, 1985: 501, nº 27; Bragado, 1991: 295-296, nº 196; *CIRPZa* 93; Caballer, 2007: 273, nº 153; *HEpOL* 8437.

MS-12 = *CIL* 2621; Bragado Toranzo, 1991: 291, nº 191; *CIRPZa* 95; *HEpOL* 8432.

MS-14 = Garnacho, 1878: 80; *CIL* 2617; Sevillano Carbajal, 1978, nº 58; Bragado, 1991: 283-284, nº 182; *CIRPZa* 96; Caballer, 2007: 276, nº 156; *HEpOL* 8428.

MS-15 = *CIL* II 2618; Fita, 1885: nº 84; Gómez Moreno, 1927: 32, nº 72; Sevillano Carbajal, 1978: nº 41 y 59; Bragado, 1991: 284-285 nº 183; *CIRPZa* 98-99; Caballer, 2007: 278, nº 158; *HEpOL* 8429.

MS-16 = *CIL* II 2627; Gómez Moreno, 1927: 31, nº 70; Sevillano Carbajal, 1978: nº 55-56; Abásolo y García Rozas, 1990: nº 78, 554; Bragado, 1991: 287-288 nº 186; *CIRPZa* 101; Caballer, 2007: 280, nº 160; *HEpOL* 8438.

MS-17 = *CIL* II 2624; Gómez Moreno, 1927: 31-32, nº 71(41 por errata); Sevillano Carbajal, 1978: nº 40; Bragado, 1991: p 296-297, nº 198; *CIRPZa* 100; Caballer, 2007, 279, nº 159; *HEpOL* 8435.

MS-18 = Gómez Moreno, 1927: 32-33, nº 76; Sevillano Carbajal, 1978: nº 46; Bragado, 1991: 283,



nº 181; *CIRPZa* 103; *HEpOL* 24929

MS-19 = Diego Santos, 1954: 489, nº 61; Velasco, 1968: 46, nº 305; García Merino, 1975: 429, nº 348; Sevillano Carbajal, 1978: nº 80; Bragado, 1991: 137, nº 9, lám. IV, 2; *CIRPZa* 132.

MS-20 A, B y C = *HEpOL* 24930

Muelas del Pan (MU):

MU-04 = Abásolo y García Rozas, 1990: 554, nº 97; Bragado, 1991: 172, nº 66, lám. XXXIII, 2; Abásolo y García Rozas, 1991-1992: 571, nº 8; *AE* 1992, 1011a-b; *HEp* 5, 879; *CIRPZa* 111; *HEp* 10, 629; Caballer, 2007: 73-74, nº 24; *HEpOL* 7255, 7256 y 14041.

MU-06 = Bragado, 1991: 174, nº 68 = 69, lám. XXXIV, 2.

MU-07 = Martín Valls y Delibes, 1982: 49; *AE* 1982, 488; Blanco Freijeiro, 1984: 23; Martín García y García Diego, 1990: 29; Pérez Centeno, 1990: 448; *HEp* 4, 947; Bragado, 1991: 219-210, nº 88, lám. XLIX, 1 y 2; *HEpOL* 23075.

MU-10 = Bragado, 1991: 266, nº 151, lám. LXXXVII, 2.

MU-13 = Bragado, 1991: 174, nº 69, lám. XXXV, 1.

MU-20 = Redentor, 2003: nº 31.

MU-21 = Redentor, 2003: nº 32.

Manzanal del Barco (MZ):

MZ-01 = Beltrán, Romero y Alonso, 2013: MZ-01.

P

Pereruela (PE):

PE-01 = Sevillano Carbajal, 1978: nº 3; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 54; Bragado Toranzo, 1991: 116, nº 3, lám. II, 1; *HEp* 5, 882; *CIRPZa* 3; *HEpOL* 16093.

Pino del Oro (PO):

PO-01 = Gómez Moreno, 1927: 36, nº 84; Bragado, 1991: nº 108, lám. LXII, 1; Bragado Toranzo, 1996: 10-11, nº 1; *CIRPZa* 115; *HEpOL* 24855; Beltrán y otros, 2009: 165, PO-01.

PO-05 = *CIL* II 2615; *ILER* 2342; Bragado, 1996: 13-14, nº3; *CIRPZa* 116; *HEpOL* 8426; Beltrán y otros, 2009: 168-169, PO-05

PO-06 = *CIL* II 2616; Gómez Moreno, 1927: 37, nº 86; Bragado, 1996: 11-13, nº 2; *CIRPZa* 118;



HEpOL 8427; Beltrán y otros, 2009: 169-171, PO-06.

PO-07 = *HEp* 5, 883; *CIRPZa* 119; *HEpOL* 16094; Beltrán y otros, 2009: 171.

PO-08 = Beltrán y otros, 2009: 172, PO-08.

PO-10 = Beltrán y otros, 2009: 173, PO-10.

PO-12 = Beltrán y otros, 2009: 174, PO-12.

PO-13 = Beltrán y otros, 2009: 175, PO-13.

PO-17 = Beltrán y otros, 2009: 176, PO-17.

PO-18 = Beltrán y Alonso, 2010: 194, Fig. IV.

R

Rabanales (RA):

RA-01 = Gómez Moreno, 1927: 13, nº 23; Sevillano Carbajal, 1978: nº 77; Martín Valls y Delibes, 1981: 177, lám. L-VI, 1; Bragado, 1991: 210-211, nº 89, lám. L, 1 y 2; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 38; Esparza y Martín Valls, 1997: 259-260; *CIRPZa* 127; VV.AA., 2007, pp. 22, nº 2; *HEpOL* 24943.

RA-02 = Gómez Moreno, 1927: 14, nº 26; Abásolo y García Rozas, 1990: 554, nº 82; Bragado, 1991: 211-212, nº 90, lám. LI, 1; *CIRPZa* 121; VV.AA., 2007: 24, nº 5.

RA-11 = VVAA, 2007: 25, nº 8

RA-15 = Bragado, 1991: 215; VV.AA., 2007: 22, nº 1.

Rábano de Aliste (RB):

RB-04 = Esparza y Martín Valls, 1997: 261-262; *CIRPZa* 162; *HEp* 7, 1077; *HEpOL* 16877.

Rosinos de Vidiriales (RV):

RV-01 = Gómez Moreno, 1927b: 50-51, nº 120; *AE* 1928, 189; García Bellido, 1961: 127; García Bellido, 1962b: 177-179, nº 4; *AE* 1967, 235; *ILER* 5660; Roldán, 1974: nº 551; Sevillano Carbajal, 1978: nº 81; Le Roux, 1982: 174, nº 7; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 1; Bragado, 1991: 217-218, nº 96; lám. LV, 1 y 2; Alföldy, 1993: 231; Hernández Guerra, 1999a: 23-24, nº 10; *CIRPZa* 135; *HEpOL* 6483.

RV-02 = Gómez Moreno, 1927b: 50, nº 121; *AE* 1928, 180; García Bellido, 1961: 127; Roldán, 1974: nº 552; Sevillano Carbajal, 1978: nº 82; Le Roux, 1982: 174, nº 22; Bragado, 1991: 299-300, nº 201; Alföldy, 1993: 231; Hernández Guerra, 1999a: 24-25, nº 11; *CIRPZa* 136; *HEpOL* 6386.



S

Santibañez de Vidriales (SB):

SB-03 = García Martínez, 1997: 16-17, nº II; *CIRPZa* 183; *HEp* 7, 1080; *HEp* 9, 611; *HEpOL* 16680.

SB-12 = Delibes y Martín Valls, 1982: 160; Delibes y Martín Valls, 1990: 160, nº 11; Delibes y Martín Valls, 1990b: 301; Abásolo, 1990: 301-303, nº 2; *AE* 1990, 558; Le Roux, 1982: 249-250, nº 6; Alföldy, G., 1993: 229-233, nº 1; *AE* 1993, 1036; *HEp* 4, 949; Hernández Guerra, 1999a: 22-23, nº 9; *CIRPZa* 192; *HEpOL* 15846.

SB-13 = García Bellido, 1966: 137-138, nº 4; *AE* 1967, 236; *HAE* 2367; *ILER* 6331; Sevillano Carbajal, 1978: nº 104; Mañanes Pérez, 1982: 128-129, nº 125; Bragado, 1991: 186-187, nº 74, lám. XXXVIII, 1; Hernández Guerra, 1999a: 94-95, nº 72; Crespo, 1999: 166, nº 90; *CIRPZa* 193.

Samir de los Caños (SM):

SM-01 = Esparza y Martín Valls, 1997: 258; Abásolo y García Rozas, 1990: 549, nº 32; García Rozas, 1990: 302; Beltrán, Romero y Alonso, 2013: SM-01.

San Pedro de la Nave, El Campillo-Almendra (SP):

SP-01 = Navascués, 1937: 63, nº 6; *AE* 1941, 20; Sevillano Carbajal, 1978: nº 92; *CIRPZa* 164; Bragado,

1991: 225, nº 103; Gimeno, 2004: 246, nº 6, Fig. 7.

SP-02 = Navascués, 1937: 62, nº 4; *AE* 1941, 20; Sevillano Carbajal, 1978: nº 90; *CIRPZa* 165; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 47; Bragado, 1991: 223, nº 100, lám. LIX, 1; Gimeno, 2004: 244-245, nº 4, Fig. 5.

SP-03 = Navascués, 1937: 62, nº 2; *AE* 1941, 19; Sevillano Carbajal, 1978: nº 88; *CIRPZa* 166; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 56; Bragado, 1991: 224-225, nº 102, lám. LIX, 2; Gimeno, 2004: 243-244, nº 2, Fig. 3.

SP-06 = Navascués, 1937: 62, nº 3; Sevillano Carbajal, 1978: nº 89; Abásolo y García Rozas, 1990: 554, nº 85; Bragado, 1991: 226, nº 104, lám. LIX, 2; *CIRPZa* 169; Gimeno, 2004: 244, nº 3, Fig. 4.

SP-11 = Gimeno, 2004: 249, nº 11, Fig. 12.

SP-12 = Gimeno, 2004: 249-250, nº 12, Fig. 13.

SP-14 = Gimeno, 2004: 250, nº 14, Fig. 15.

**San Vitero (SV):**

SV-01 = Gómez Moreno, 1904: 157; Gómez Moreno, 1927: 10-11, nº 27; *HAE* 1337; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 36; Bragado, 1991: 227, nº 105, lám. LX, 1; *CIRPZa* 173; *HEpOL* 7748.

V**Villadepera (VD):**

VD-01: Beltrán, Romero y Alonso, 2013: VD-01.

Villalcampo (VC):

VC-01 = Gómez Moreno, 1927: 39, nº 90; *ILER* 2333; Bragado, 1991: 239, nº 115, lám. LXVI, 1 y 2 y 309, nº 211; Abásolo y García Rozas, 1991-1992: 569-570, nº 6; *AE* 1992, 1009; *HEp* 5, 905; *CIRPZa* 244.

VC-02 = Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 21; Bragado, 1991: 237, nº 114, lám. LXV, 2; *CIRPZa* 241.

VC-04 = Bragado, 1991: 237, nº 113, lám. LXIV; Bragado, 1996: 15-16, nº 5; *CIRPZa* 266.

VC-07 = Gómez Moreno, M., 1927: 39, nº 92; *ILER* 2338; Sevillano Carbajal, 1978: nº 134; Bragado, 1991: 308, nº 209; *CIRPZa* 239.

VC-08 = Gómez Moreno, M. 1927, p. 39, nº 93; *ILER* 6723; Sevillano Carbajal, 1978, nº 135; Bragado, J. M^a, 1991, pp. 240-241 y 309-310, nº 116 y 212; Bragado, 1996, pp. 17-18, nº 7; *HEp* 7, 1084; *HEp* 8, 559; *CIRPZa* 259 y 262; *HEpOL* 16883.

VC-12 = Diego Santos, 1954: 486, nº 54; *HAE* 928; *ILER* 2613; Abásolo y García Rozas, 1990: 554, nº 81; Bragado, 1991: 137, nº 26, lám. XIII, 1; *CIRPZa* 237.

VC-13 = Diego Santos, 1954: 471, nº 11, lám. II, 2; *HAE* 895; Abásolo y García Rozas, 1990, nº 80, 554; Bragado, 1991: 136, nº 25, lám. XII, 2; *CIRPZa* 238.

VC-14 = Diego Santos, 1954: 476, nº 20; *HAE* 904; *ILER* 6727; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 24; Bragado, 1991: 135, nº 24, lám. XII, 1; *CIRPZa* 240.

VC-15 = Diego Santos, 1954: 483, nº 44; *HAE* 921; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 64; Bragado, 1991: 137-138, nº 27, lám. XIII, 2; Abásolo y García Rozas, 1991-1992: 568-569, nº 4; *AE* 1992, 1007; *CIRPZa* 242 y 245; *HEp* 5, 903; *HEp* 10, 635; *HEpOL* 14047.

VC-16 = Diego Santos, 1954: 476, nº 19; *HAE* 903; *ILER* 6726; Abásolo y García Rozas, 1990: 552,



nº 8; Bragado, 1991: 138-139, nº 28, lám. XVI, 1; *CIRPZa* 243.

VC-17 = Diego Santos, 1954: 483, nº 43; *HAE* 920; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 2; Bragado, 1991: 139, nº 29, lám. XIV, 2; *CIRPZa* 246.

VC-19 = Diego Santos, 1954: 487, nº 57; *HAE* 930; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 45; Bragado, 1991: 140-141, nº 31, lám. XV, 2; *CIRPZa* 249.

VC-21 = Diego Santos, 1954: 472, nº 12, lám. LII, 3; *HAE* 896; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 58; Bragado, 1991: 143, nº 34, lám. XVII, 1; *CIRPZa* 251.

VC-22 = Diego Santos, 1954: 473, nº 13, lám. LII, 4; *HAE* 897; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 55; Bragado, 1991: 134, nº 23, lám. XI, 2; *CIRPZa* 252; *HEpOL* 24923.

VC-23 = Diego Santos, 1954: 482, nº 42, lám. LV, 1; *HAE* 919; Velasco Rodríguez, 1968: 47, nº 319; García Merino, 1975: 430, nº 366; Sevillano Carbajal, 1978: nº 172; González-Cobos, 1989: 113; Abásolo y García Rozas, R., 1990: 552, nº 4; Bragado, 1991: 143-144, nº 35, lám. XVII, 2; *CIRPZa* 253; *HEpOL* 24903.

VC-24 = Diego Santos, 1954: 477, nº 23; *HAE* 906; ILER 6728; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 9; Bragado, 1991: 144-145, nº 36, lám. XVII, 1; *CIRPZa* 255.

VC-26 = Diego Santos, 1954: 482, nº 40; *HAE* 917; Abásolo y García Rozas, 1990: 554, nº 5; Bragado, 1991: 145, nº 37, lám. XVIII, 2; *AE* 1992, 1008; *HEp* 5, 904; *CIRPZa* 257; *HEpOL* 7252.

VC-28 = Diego Santos, 1954: 485, nº 50; *HAE* 905; *CIRPZa* 260.

VC-29 = Diego Santos, 1954: 485, nº 50; *HAE* 925; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 20; Bragado, 1991: 146, nº 38, lám. XIX, 1; *CIRPZa* 261.

VC-30 = Diego Santos, 1954: 474-475, nº 16; *HAE* 900; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 26; Bragado, 1991: 147-148, nº 40, lám. XX, 1; *CIRPZa* 263.

VC-31 = Diego Santos, 1954: 480, nº 33; *HAE* 913; Bragado, 1991: 148-149, nº 41, lám. XX, 2; *CIRPZa* 264.

VC-32 = Diego Santos, 1954: 484, nº 48, foto LV, 3; *HAE* 923; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 63; Bragado, 1991: 149, nº 42, lám. XXI, 1; *CIRPZa* 268.

VC-33 = Diego Santos, 1954: 485, nº 51, foto LVI, 1; *HAE* 926; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 5; Bragado, 1991: 150, nº 43, lám. XXI, 2; *CIRPZa* 269.

VC-34 = Diego Santos, 1954: 470, nº 8, foto LII, 1; *HAE* 892; Abásolo y García Rozas, 1990: 552,



nº 33; Bragado, 1991: 152, nº 45, lám. XXII, 2; *CIRPZa* 270.

VC-35 = Diego Santos, 1954: 479, nº 30, foto LIV, 1; *HAE* 910; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 17; Bragado, 1991: 162, nº 56, lám. XXVIII, 2; *CIRPZa* 271.

VC-36 = Diego Santos, 1954: 480, nº 32, foto LIV, 2; *HAE* 912; Abásolo y García Rozas, 1990: 554, nº 86; Bragado, 1991: 153, nº 46, lám. XXIII, 1; *CIRPZa* 273.

VC-37 = Diego Santos, F., 1954: 486-487, nº 56; *HAE* 929; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 16; Bragado, 1991: 153-154, nº 47, lám. XXIII, 2; *CIRPZa* 274.

VC-38 = Diego Santos, 1954: 484, nº 49; *HAE* 924; Abásolo y García Rozas, 1990: 556, nº 67; Bragado, 1991: 154-155, nº 48, lám. XXIV, 1; *CIRPZa* 275.

VC-39 = Diego Santos, 1954: 475, nº 17, foto LIII, 3; *HAE* 901; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 15; Bragado, 1991: 155, nº 49, lám. XXIV, 2; *CIRPZa* 276.

VC-40 = Diego Santos, 1954: 474, nº 15, foto LIII, 2; *HAE* 899; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 159; Bragado, 1991: 156, nº 50, lám. XXV, 1; *CIRPZa* 277; *HEpOL* 7748.

VC-41 = Diego Santos, 1954: 473, nº 14, foto LIII, 1; *HAE* 898; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 50; Bragado, 1991: 156-157, s/n, lám. XXV, 2; *CIRPZa* 278.

VC-42 = Diego Santos, 1954: 483, nº 45; *HAE* 922; Abásolo y García Rozas, 1990: 554, nº 100; Bragado, 1991: 158, 51, lám. XXVI, 1; *CIRPZa* 279.

VC-43 = Diego Santos, 1954: 481, nº 35, foto LIV, 4; *HAE* 915; Abásolo y García Rozas, 1990: 554, nº 87; Bragado, 1991: 158-159, 52, lám. XXVI, 2; *CIRPZa* 280; *HEpOL* 14048.

VC-44 = Diego Santos, 1954: 482, nº 41; *HAE* 918; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 61; Bragado, 1991: 159-160, 53, lám. XXVII, 2; *CIRPZa* 281.

VC-45 = Diego Santos, 1954: 485-486, nº 52, foto LVI, 2; *HAE* 927; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 25; Bragado, 1991: 160, 54, lám. XXVII, 2; *CIRPZa* 282.

VC-48 = Diego Santos, 1954: 447-448, nº 25; *HAE* 907; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 62; Bragado, 1991: 163-164, 58, lám. XXIX, 2; *CIRPZa* 286.

VC-49 = Diego Santos, 1954: 467-468, nº 4; *HAE* 888; García Merino, 1975: 433, nº 387; Sevillano Carbajal, 1978: nº 140; Francia, 1988: 15; *CIRPZa* 287; García Martínez, 2000: 104.

VC-51 = Diego Santos, 1955: 115a; Diego Santos, 1955a: 42, nº1; *HAE* 827; García Merino, 1975: 432, nº 385; Sevillano Carbajal, 1978: nº 187; Blanco Freijeiro, 1984: 23; *CIRPZa* 290.



VC-52 = Diego Santos, 1954: 468, nº 5; HAE 889; Sevillano Carbajal, 1978: nº 141; Bragado Toranzo, 1991: 132, 21, lám. X, 2; *CIRPZa* 291.

VC-53 = Diego Santos, 1954: 478, nº 29; HAE 909; García Merino, 1975: 431, nº 373; Sevillano Carbajal, 1978: nº 163; Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 70; *CIRPZa* 292.

VC-55 = Diego Santos, 1954: 467, nº 2; HAE 887; García Merino, 1975: 431, nº 367; Sevillano Carbajal, 1978: nº 138; Crespo Ortiz de Zárate, 1987: 220, nº 124; MRCL 260; *CIRPZa* 295; RSERMS 278 y 290; *HEp* 10, 636; Abásolo y García Rozas, 2006: 160.

Villalazán (VI):

VI-01 = Sevillano Carbajal, 1978: nº 129; Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 23; Bragado, 1991: 123, nº 11, lám. V, 2; *HEp* 5, 900; *CIRPZa* 213; *HEpOL* 16105.

VI-02 = Sevillano Carbajal, 1964: 161, nº 2; AE 1965, 106; HAE 2327; García Merino, 1975: 429, nº 356; Sevillano Carbajal, 1978: nº 120; Crespo, 1985: 517-518, nº 45; Abásolo y García Rozas, 1990: nº 69, 553; Bragado, 1991: 124, nº 12, lám. VI, 1; *CIRPZa* 209; *HEpOL* 6461.

VI-03 = AE 1965, 105; HAE 2326; Abásolo y García Rozas, 1990: nº 68, 553; Bragado, 1991: 125, nº 13, lám. VI, 2; *CIRPZa* 217; *HEpOL* 6460.

VI-04 = HAE 932; Bragado, 1991: 126, nº 14, lám. VII, 1; *HEp* 5, 894; *CIRPZa* 210; *HEp* 10, 630; *HEpOL* 14043.

VI-05 = Sevillano Carbajal, 1978, nº 122; Abásolo y García Rozas, R., 1990: 552, nº 7; Bragado, 1991: 126-127, nº 15, lám. VII, 2; *HEp* 5, 895; *CIRPZa* 221; *HEp* 10, 632; *HEpOL* 14045.

VI-06 = Sevillano Carbajal, 1978, nº 118; Bragado, 1991, pp. 127-128, nº 16, lám. VIII, 1; *HEp* 5, 893; *CIRPZa* 218; *HEp* 10, 631; *HEpOL* 14044.

VI-07 = Abásolo y García Rozas, 1990: 553, nº 57; Bragado, 1991: 128-129, nº 17, lám. VIII, 2; *HEp* 5, 888; *CIRPZa* 211; *HEpOL* 16097.

VI-12 = Bragado, 1991: 262, nº 143, lám. LXXXIV, 1; *HEp* 5, 898; *HEpOL* 16104.

VI-13 = Abásolo y García Rozas, 1990: 552, nº 35; Bragado Toranzo, 1991: 261, nº 141, lám. LXXXII, 2; *HEp* 5, 892; *HEpOL* 16101.

VI-14 = Bragado, 1991: 259, nº 137, lám. LXXX, 2.

VI-15 = Bragado, 1991: 260, nº 139, lám. LXXXI, 2.

VI-19 = Sevillano, 1978: nº 123; Martín Valls y Delibes, 1978: 344-345, nº 8; AE 1978, 433; Abásolo



y García Rozas, 1990: 552, nº 12; Bragado, 1991: 235-236, nº 111, lám. LXIII, 2; *CIRPZa* 212; *HEpOL* 6644.

VI-20 = Sevillano Carbajal, 1978. nº 128; Bragado, 1991: 234-235, nº 110, lám. LXIII, 1; *HEp* 5, 899; *CIRPZa* 227; *HEp* 10, 633; *HEpOL* 14046.

VI-23 = Bragado, 1991: 267, nº 155, lám. LXXXIX, 2.

VI-24 = Bragado, 1991: 267, nº 156, lám. XC, 1.

Villardiegua de la Ribera (VR):

VR-04 = Beltrán y otros, 2009: 139-140, VR 04.

VR-07 = Blanco Freijeiro, 1984: 22, nota 49; *HEp* 5, 908; Bragado, 1996: 24, nº 12, foto 15; *HEp* 6, 997 (identificada con otra inscripción por error); *CIRPZa* 317; Silva, A. C. F., 2003, p. 49, nº 37; Beltrán y otros, 2009: 141-143, VR 07; *HEpOL* 16109

VR-12 = Bragado, 1996: 244, nº 120, lám. LXX, 2 y LXXI, 1; *HEp* 5, 907; Bragado, 1996: 20-22, nº 10, foto 12 y 13; *HEp* 7, 1090; *CIRPZa* 311; Beltrán y otros, 2009: 147, VR 12; *HEpOL* 16108.

VR-13 = *HEp* 5, 908; Bragado, 1996: 20-22, nº 10, foto 12 y 13; *HEp* 6, 997; *CIRPZa* 318; Beltrán y otros, 2009: 148, VR 13.

VR-14 = *HEp* 5, 909; Bragado, 1996: 25-26, nº 13, foto 16 y 17; *HEp* 6, 997; *CIRPZa* 316; Beltrán y otros, 2009: 149, VR 14; *HEpOL* 16110.

VR-18 = *CIRPZa* 320; Beltrán y otros, 2009: 152-153, VR 18.

VR-25 = Diego Santos, 1954: 489-490. nº 62; *HAE* 935; Abásolo y Marco, 1990: 552, nº 34; Abásolo y Marco, 1995: 332, lám. VIII; *CIRPZa* 313; Beltrán y otros, 2009: 157-158, VR 25.

Z

Zamora capital (ZAM):

ZAM-01 = *CIL* II 2697.

Zamora, sin procedencia (ZA):

ZA-01 = Bragado, 1991: nº 170, lám. XCVII, 1.

ZA-02 = Bragado, 1991: nº 109 = Redentor, 2003: nº 33.



Epigrafía romana de Trás-os-Montes oriental (ERTOMOr):

A

Angueira, Vimioso (AN):

AN-01 = Mourinho, 1987: nº 50

AN-02 = Mourinho, 1987: nº 51

Aldeia Nova, Miranda do Douro (ALD):

ALD-01 = Mourinho, 1987:104, nº 30; *AE* 1987, 588; *HEp* 3, 430; *HEpOL* 15382.

ALD-04 = *EE* VIII 408; *EE* IX, 110; Tranoy, 1981: 374; Le Roux, 1982: 224, nº 184; Mourinho, 1987: 104, nº 30; *HEp* 7, 1173; *AF* 175; *AF2* 215; *HEpOL* XX

ALD-06 = *EE* VIII, 129 y 130; Le Roux y Tranoy, 1984: 38.

ALD-16 = *HEp* 3, 453 = *AE* 1987, 571.

Algosinho, Mogadouro (ALG):

ALG-01 = Mourinho, 1986: nº 2

Atenor, Miranda do Douro (AT):

AT-01 = Mourinho, 1987: 21, nº 12; *AE* 1987, 573; *HEp* 3, 432; *HEpOL* 15385.

AT-02 = Mourinho, 1987: 22-23, nº 13; *AE* 1987, 574; *HEp* 3, 435; *HEpOL* 15386.

AT-03 = Mourinho, 1987: 23, nº 14; *AE* 1987, 575; *HEp* 3, 436; *HEp* 8, 584; Navarro, 1998: 191, nº 1; *HEpOL* 6952.

AT-04 = Tranoy, 1984: 271 (sólo foto); Mourinho, 1987: 24-25, nº 15; *AE* 1987, 576; *HEp* 3, 437; *HEp* 8, 584; Navarro Caballero, 1998: 193, nº 2; *HEpOL* 15387.

AT-05 = Mourinho, 1987: 25-26, nº 16; *AE* 1987, 577; *HEp* 3, 438; *HEp* 8, 585; *HEp* 13, 854; Navarro, 1998: 192, nº 2; *HEpOL* 15387.

B

Bemposta, Mogadouro (BEM):

BEM-01 = Alves, 2000: t. IX, 41-43, nº 8 y 8A.

**C****Cércio, Miranda do Douro (CE):**

CE-01 = Mourinho, 1987: 27-28, nº 17; *AE* 1987, 578; *HEp* 3, 439; Navarro, 1998: 192, nº 7; *HEpOL* 15389.

CE-02 = nº 26 = Mourinho, 1987: 29-30, nº 18; *AE* 1987, 579; *HEp* 3, 440; Navarro, 1998: 193, nº 9; *HEpOL* 6953.

D**Duas Igrejas, Miranda do Douro (DI):**

DI-03 = Mourinho, 1987: 32-33, nº 22; *AE* 1987, 582; *HEp* 3, 443; Navarro Caballero, 1998: 193, nº 4; *HEpOL* 15392.

DI-05 = Vasconcelos, 1887; *CIL* II 5660; Mourinho, 1987: 34-35, nº 26; *AE* 1987, 585; *HEp* 3, 445; *HEpOL* 11987.

DI-06 = *CIL* II 5661; Mourinho, 1987: 120, nº 65; *AE* 1987, 604; *HEp* 3, 446; *HEp* 12, 615; *HEpOL* 11988; Navarro, 1998: 192, nº 3.

DI-07 = *HAE* 1795 y 1796; Navarro, 1998: 194, nº 19; *HEp* 8, 595.

DI-10 = *AE* 1982, 583; Mourinho, 1987: 33, nº 24; *AE* 1987, 583; Navarro Caballero, 1998: 192, nº 6.

DI-11 = Vasconcelos, 1887; *CIL* II 5657; Mourinho, 1987: nº 28; *AE* 1987, 586.

DI-12 = Vasconcelos, 1887; *CIL* II 5658.

DI-13 = Vasconcelos, 1887; *CIL* II 5659; Alves, 2000: t. IX, 190.

DI-15 = Mourinho, 1986: 30, nº 19; Navarro, 1998: 195, nº 1.

DI-16 = Mourinho, 1986: 33, nº 23; Navarro, 1998: 195, nº 2.

DI-18 = Encarnação y Salgado, 2008.

M**Malhadas, Miranda do Douro (MAL):**

MAL-06 = Alves, 2000: t. IX, 459-460.

MAL-09 = Marcos, 1998: 90.

MAL-14 = Redentor, 2003: 24.

**P****Palaçoulo, Miranda do Douro (PA):**

PA-01 = Alves, 2000: XX; Navarro, 1998: 194, nº 11.

PA-02 = Lopo, 1987: 109; Navarro, 1998: 194, nº 12.

PA-03 = Alves, 2000: t. IX, 501; Lopo, 1987: 109; Navarro, 1998: 192, nº 9.

Picote, Miranda do Douro (PI):

PI-01 = Mourinho, 1986: 118, nº 56.

PI-02 = Mourinho, 1986: 11, nº 3; Navarro Caballero, 1998, 192, nº 14.

PI-03 = Mourinho, 1986: 11, nº 4.

PI-05 = Mourinho, 1986: 11, nº 7.

PI-06 = Mourinho, 1986: 11, nº 8.

PI-07 = Mourinho, 1986: 11, nº 9.

PI-09 = Mourinho, 1986: 11, nº 11; *AE* 1987, 572; *HEp* 3, 454; *HEp* 8, 586; Redentor, 2003: 189, nº 19; *HEp* 13, 855; Navarro, p. 192, 15.

PI-14 = *EE* IX, 292; Alves, 2000: t. IX, nº 28, Fig. 28.

PI-16 = Lopo, 1987: 155; *EE* IX, 2926; Vasconcelos III, 419; Alves, 2000: t. IX, 67, nº 33; Navarro, 1998: 192, nº 11.

PI-17 = Lopo, 1987: 155; *EE* IX, 292; Vasconcelos III, 418; Alves, 2000: t. IX, 68, nº 34; Navarro, 1998: 192, nº 10.

PI-19 = Lopo, 1987: 144; *EE* IX, 292; Vasconcelos III, 418; Alves, 2000: t. IX, 70, nº 34; Navarro, 1998: 192, nº 12.

S**Santulhão, Mogadouro (SAN):**

SAN-01 = Alves, 2000: t. IX, 82-83, nº 45.

Saldanha, Mogadouro (SAL):

SAL-01 = Mourinho, 1986: 11, nº 37; Navarro, 1998: 192, nº 18.

SAL-04 = Mourinho, 1986: 11, nº 41; *AE* 1987, 590; *HEp* 3, 460; Navarro, 1998: 192, nº 17; *HEp* 8, 592; *HEp* 13, 860.



SAL-05 = Mourinho, 1986: 11, nº 43; Navarro, M., 1998, p- 194, nº 14.

SAL-07 = Navarro, 1998: 192, nº 19, lám. IV, 3; *HEp* 8, 592; *HEp* 14, 422.

SAL-08 = Mourinho, 1987: nº 66.

V

Valcerto, Mogadouro (VAL):

VAL-01 = Mourinho, 1987: nº 42.

Vila dos Sinos, Mogadouro (VIL):

VIL-01 = Mourinho, 1987: nº 67.

BIBLIOGRAFÍA





Bibliografía y abreviaturas

Listado de abreviaturas provincias/comunidades autónomas españolas:

AS: Asturias

C: La Coruña

J: Jaén

LE: León

LU: Lugo

OU: Orense

PO: Pontevedra

V: Valladolid

VA: Valencia

ZA: Zamora

Museos:

IVDJ: Instituto Valencia de Don Juan, Madrid.

MAN: Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

MEV: Museo Episcopa de Vic, Lérida.

MSGSL: Musée d'Archéologie nationale de Saint Germain-en-Laye, París.

Listado de abreviaturas de fuentes antiguas¹:

App.	<i>Iber.</i>	Apiano, <i>Iberia</i>
	<i>Hist. Rom.</i>	Apiano, <i>Historia Romana</i>
Apul.	<i>Met.</i>	Apuleyo, <i>Metamorfosis</i>
Arist.	<i>Pol.</i>	Aristóteles, <i>Politica</i>
Aug.		Agustín (San)
	<i>De civ. Dei</i>	<i>De civitate Dei</i>
	<i>Retract.</i>	<i>Retractatnes</i>
Caes.	<i>Gal.</i>	César, <i>De bello gallico</i>
Cat.		Catulo, <i>Carmina</i>
Cic.		Cicerón

¹ Las pautas seguidas para abreviar los autores y las fuentes antiguas están basadas en el *Oxford Latin Dictionary* (que aúna el *Oxford Classical Texts* y la *Loeb Classical Library*) así como la lista de autores y obras del Diccionario griego-español del CCHS del CSIC (<http://dge.cchs.csic.es>).



	<i>De div.</i>	<i>De divinatione</i>
	<i>Leg.</i>	<i>De Legibus</i>
	<i>ND</i>	<i>De natura deorum</i>
	<i>Tusc.</i>	<i>Tuscolanae Disputationes</i>
DC		Dion Casio, <i>Historiae Romanae</i>
DS		Diodoro Sículo, <i>BioblioTheca Historica</i>
Flor.	<i>Epit.</i>	Floro, <i>Epitome rei militari</i>
Front.	<i>Th.</i>	Frontino en Thulin, C. (1913): <i>Corpus Agrimensorum Romanorum, I. Opuscula ueterum</i> . Leipzig = VVAA (1998): <i>Corpus Agrimensorum Romanorum IV, Iulius Frontinus</i> . Action COST G2 “Paysages anciens et structures rurales”. Luxemburgo.
Gaius	<i>Inst.</i>	Gayo, <i>Institutiones</i>
	<i>Dig.</i>	Gayo, <i>Digesta</i>
Gell.		Gellio, <i>Historia</i>
Hdt.		Herodoto, <i>Historiae</i>
Hip.	<i>Haer.</i>	Hipólito, <i>Refutatio omnium Haeresium</i>
Hor.	<i>Sat.</i>	Horacio, <i>Saturae</i>
Hyg.	<i>Th.</i>	Higinio en Thulin, C. (1913): <i>Corpus Agrimensorum Romanorum, Opuscula ueterum</i> . Leipzig = VVAA (2000): <i>Corpus Agrimensorum Romanorum V, Hyginus</i> . Action COST G2 “Paysages anciens et structures rurales”. Luxemburgo.
I.	<i>BI</i>	Flavio Josefo, <i>Bellum IuDAicum</i>
Isid.		Isidoro de Sevilla (San)
	<i>Orig,</i>	<i>Origines</i>
	<i>Etym.</i>	<i>Etymologiae</i>
<i>Itin. Anton.</i>		<i>Itinerario Antonino</i>
Lact.	<i>Inst.</i>	Lactancio, <i>Divinae Institutiones</i>
<i>Lex Urs</i>		<i>Lex Ursonensis</i>
<i>Liv.</i>		Tito Livio, <i>Ab urbe condita</i>
	<i>Epit.</i>	Tito Livio, <i>Epitome</i>
<i>Lucr.</i>		Lucrecio, <i>De rerum natura</i>
Macr.	<i>Sat.</i>	Macrobio, <i>Saturnalia</i>
Marc.	<i>Dig.</i>	Marcelo, <i>Digesta</i>
<i>Mela</i>		Mela, <i>De Chorographia</i>
Mod.	<i>Dig.</i>	Modestino, <i>Digesta</i>
<i>NH</i>		Plinio “El Viejo”, <i>Naturalis Historia</i>
Oros.	<i>Hist.</i>	Orosio, <i>Historiarum adversus Paganos libri septem</i>
Ou.		Ovidio
	<i>Fast.</i>	<i>FAsti</i>
	<i>Met.</i>	<i>Metamorphoses</i>
Pap.	<i>Dig.</i>	Papiniano, <i>Digesta</i>
Paul.	<i>Dig.</i>	Paulo, <i>Digesta</i>
<i>Petron.</i>		Petronio, <i>Satyricon</i>
Plu.		Plutarco
	<i>De fac. lun.</i>	<i>De faciae lunae</i>
	<i>Mor.</i>	<i>Moralia</i>
	<i>Quaest. Rom.</i>	<i>Quaestionae Romanae</i>



	Caes.	<i>Vioi paraleloi, Alexander-Caesar</i>
	Sert.	<i>Vioi paraleloi, Sertorio-Eumenes</i>
Pr.	Dig.	Próculo, <i>Digesta</i>
Ptol.		Ptolomeo, <i>Geographika</i>
Plin.	Ep.	Plinio “El Joven”, <i>Epistolae ad Traianum</i>
Pomp.	Dig.	Pomponio, <i>Digesta</i>
Quint.	Inst.	Quintiliano, <i>Instutio oratoria</i>
Ravenn.		<i>Ravennate</i>
Salust.	Hist.	<i>Historiae</i>
Scaev. Dig.		Escévola, <i>Digesta</i>
Seneca	Cl.	Séneca, <i>De clementia</i>
Serv.	Aen.	Servio, <i>Commentarii in Aeneidem.</i>
Sil. Ital.		Silo Itálico, <i>Punica</i>
Str.		Estrabón, <i>Geographika</i>
Suet.		Suetonio, <i>Vita Augusta</i>
Tac.		Tácito
	Ann.	<i>Annales</i>
	Ger.	<i>Germania</i>
	Hist.	<i>Historia</i>
Tert.		Tertuliano
	Apol.	<i>Apologeticus</i>
	De anim.	<i>De anima</i>
Treb.		Trebato, <i>De religionibus</i>
Ulp.	Dig.	Ulpiano, <i>Digesta</i>
Var.	LL	Varrón, <i>De lingua latina</i>
Venul.	Dig.	Venuleio, <i>Digesta</i>

Abreviaturas de publicaciones y revistas epigráficas:

AE	<i>L'Année Epigraphique. Revue des publications épigraphiques relatives à l'Antichité romaine.</i> París.
AFFE	RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (1997): <i>Aquae Flaviae I. Fontes Epigráficas de Gallaecia meridional interior.</i> Chaves.
CIL I ²	LOMMATZSCH, E. (1918): <i>Corpus Inscriptionem Latinarum I. Inscriptiones Latinae Antiquissimae ad C. Caesaris mortem.</i> Pars I. Berlín.
CIL II	HÜBNER, E. (1869): <i>Corpus Inscriptionem Latinarum II. Inscriptiones Hispaniae Latinae.</i> Berlín; _(1892): <i>Inscriptionum Hispaniae Latinarum Supplementum.</i> Berlín.
CIL IP/5	STYLOW, A. U.; ATENCIA PÁEZ, R.; GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, J.; GONZÁLEZ ROMÁN, C.; PASTOR MUÑOZ, M.; RODRÍGUEZ OLIVA, P. (eds.): <i>Corpus Inscriptiorum Latinarum II: Inscriptiones Hispaniae Latinae, editio altera, pars V, fasciculus I. Conventus Astigitanuss.</i> Berlín-Nueva York.
CIL IP/7	STYLOW, A. U. (1995): <i>Corpus Inscriptionum Latinarum II: Inscriptiones Hispaniae Latinae, editio altera, pars VII. Conventus Cordubensis.</i> Berlín-Nueva York.
CIL IP/14	STYLOW, A. U.; CLAUSS, M. y MAYER, M. (eds.) (1995): <i>Corpus Inscriptiorum Latinarum II: Inscriptiones Hispaniae Latinae, editio altera, pars XIV, fasciculus I. Pars meridionalis conventus Tarraconensis.</i> Berlín-Nueva York.
CIL V	MOMMSEN, Th. (1877-1959): <i>Corpus Inscriptionum Latinarum VI. Inscriptiones Galliae Cisalpiniae Latinae.</i> Berlín.



- CIL VI HENZEN, G.; DE ROSSI, I. B.; BORMANN, E.; HUELSEN, Chr. y BANG, M. (1876-2000): *Corpus Inscriptionum Latinarum VI. Inscriptiones urbis Romae Latinae*. Berlín.
- CIL XI BORMANN, E. (1926-1968): *Inscriptionum Latinarum XI: Inscriptiones Aemiliae, Etruriae, Umbriae Latinae*. Berlín.
- CIL XII HIRSCHFELD, O. (1888): *Inscriptionum Latinarum XII: Inscriptiones Galliae Narbonensis*. Berlín.
- CIL XIII HIRSCHFELD, O. y ZANGEMEISTER, C. (1899-1943): *Corpus Inscriptionum Latinarum XIII: Inscriptiones trium Galliarum et Germaniarum Latiane*. Berlín.
- CIRG I PEREIRA MENAUT, G. (1994): *Corpus de Inscricións Romanas de Galicia I. (La Coruña)*. Santiago de Compostela..
- CIRG IIBAÑOS, (1994): *Corpus de Inscricións Romanas de Galicia II. (Pontevedra)*. Santiago de Compostela..
- CIRPSa ALONSO ÁVILA, A. y CRESPO ORTIZ DE ZÁRATE, S. (1999): *Corpus de inscripciones romanas de la provincia de Salamanca. Fuentes epigráficas para la historia social de la Hispania romana*. Salamanca.
- CIRPZa ALONSO, A. y CRESPO, S. (1999): *Corpus de inscripciones romanas de la provincia de Zamora. Fuentes epigráficas para la historia social de Hispania romana*. Valladolid.
- EE *Ephemeris Epigraphica*. Berlín
- ENAR MAÑANES PÉREZ, T. (1982): *epigrafía y numismática de Astorga romana y su entorno*. Salamanca.
- ERA DIEGO SANTOSA, F. (1959): *epigrafía Romana de Asturias*. Oviedo.
- ERCan IGLESIAS GIL, J. M. y RUIZ GUTIÉRREZ, A. (1998): *epigrafía romana de la provincia de Cantabria*. PETRAE Hispaniarum, 2. Bordeaux-Santander.
- ERClu PALOL, P. y VILELLA, J. (1987): *Clunia II: La epigrafía de Clunia*. Madrid.
- ERHiDu HERNÁNDEZ GUERRA, L. y JIMÉNEZ DE FURUNDARENA, A. (2004): *El conjunto epigráfico de época romana de Hinojosa de Duero*. Salamanca.
- ERPLe RABANAL ALONSO, R. y GARCÍA MARTÍNEZ, S. (2001): *epigrafía romana de la Provincia de León: revisión y actualización*. León.
- ERPSa HERNÁNDEZ GUERRA, L. (2001): *epigrafía de época romana de la provinciade Salamanca*. Valladolid.
- FE *Ficheiro Epigráfico*. Lisboa
- HEp *Hispania Epigraphica*. Madrid
- HEpOL *Hispania Epigraphica on line* (<http://eda-bea.es/>)
- IDR *Inscriptiones Daciae Romanae*. Bucarest.
- ILAR MAÑANES PÉREZ, T. (2000): *Inscripciones latinas de Astorga romana*. Valladolid.
- ILD PETOLESCU, C. C. (2005): *Inscriptji latine din Dacia*. Bucarest.
- ILS DESSAU, H. (1892-1916 [1954 ; 1962; 1974]: *Inscriptiones Latinae Selectae*. Berlín. 2 vols.
- ILJug ŠAŠEL, A. y ŠAŠEL, J. (1963-1986): *Inscriptiones Latinae quae in Iugoslavia inter annos 1963 et 1986 repertae et editae sunt*. Liubliana.
- IRPLe DIEGO SANTOS, F. (1986): *Inscripciones romanas de la provincia de León*. León.
- IRPLu ARIAS, F., LE ROUX, P. y TRANOY, A. (1979) : *Inscriptions Romaines de la Province de Lugo*. Burdeos.
- IRCP ENCARNACÃO, J. de (1984): *Inscrições romanas do Conventus Pacensis*. Coimbra.
- IRG I BOUZA BREY, y D'ORS (1949): *Inscripciones romanas de Galicia. I*. Santiago de Compostela.
- IRG II VÁZQUEZ SECO, F. y VÁZQUEZ SEIJAS, M. (1954): *Inscripciones romanas de Galicia. II. Provincia de Lugo*. Santiago de Compostela.
- IRG III FIGUEIRA y D'ORS (1955): *Inscripciones romanas de Galicia. III*. Santiago de Compostela.
- IRG IV LORENZO FERNÁNDEZ (ed.) (1968): *Inscripciones romanas de Galicia*.



IV.Orense.Santiago de Compostela.

- RAP GARCIA, J. M. (1991): *Religiões antigas de Portugal. Aditamentos e observações as "Religiões da Lusitânia" de J. Leite de Vasconcelos. Fontes epigráficas.* Lisboa.
- RIB COLLINGWOOD, R. G. y WRIGHT, R. P (1965): *The Roman Inscriptions of Britain.* Oxford.
- RIE ALFÖLDY, G. (1975): *Die römische Inschriften von Tarraco.* Berlín.

Abreviaturas de revistas, colecciones bibliográficas y bases cartográficas:

AEArq	Archivo Español de Arqueología
AIEZFO	Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo"
Anejos de AEAq	Anejos de Archivo Español de Arqueología
ANRW	<i>Aufstieg und Niedergang der römischen Welt</i>
Archivos do SEG	<i>Archivos do Seminario de Estudos Galegos</i>
ARG	<i>Archiv für Religionsgeschichte - Stuttgart</i>
BAR ser.	<i>British Archaeological Reports, British series</i>
BAR int. ser.	<i>British Archaeological Reports, International series</i>
BIDEA	<i>Boletín de Letras del Real Instituto de Estudios Asturianos</i>
BPH	<i>BiblioTheca Praehistorica hispana</i>
BRAG	<i>Boletín de la Real Academia Gallega</i>
BRAH	<i>Boletín de la Real Academia de la Historia</i>
BSAA	<i>Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología</i>
CEG	<i>Cuadernos de Estudios Gallegos</i>
CQ	<i>The Classical Quaterly</i>
FBW	<i>Fundberichte aus Baden-Württemberg</i>
HAnt	<i>Hispania Antiqua</i>
JRA	<i>Journal of Roman Archaeology</i>
JRS	<i>Journal of Roman Studies</i>
JRS Supp. Ser.	<i>Journal of Roman Studies. Supplementary Series</i>
Latomus	<i>Latomus. Revue d'Etudes Latines</i>
MHA	<i>Memorias de Hispania Antigua</i>
MM	<i>Madriider Mitteilungen</i>
NDI	<i>Nuevo Digesto Italiano</i>
OJA	<i>Oxford Journal of Archaeology</i>
SPAL	<i>SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla</i>
Stud. Hist., Hª antig.	<i>Studia Storica, Hispania antigua</i>
Stud. Zam. Hist.	<i>Studia Zamorensia Historica</i>
TIR	Unión Académica Internacional. <i>Tabula Imperii Romani</i>
TP	Trabajos de Prehistoria
ZPE	<i>Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik</i>



A

- ABARQUERO MORAS, F. J., (2006-7): "Simbolismo cenital en el mundo vacceo a propósito de un recipiente de cerámica de las eras de San Blas", en *BSAA arqueología*, 72-73: 183-209.
- ABASCAL PALAZÓN, J. M. (1990): "La muerte en Roma: Fuentes, legislación y evidencias arqueológicas". En D. vaquerizo Gil (coord.): *Seminario "Arqueología de la Muerte: Metodología y perspectivas actuales"*. *CURSO de verano 1990*. Córdoba: 205-245.
- _(1994): "Inscripciones romanas y celtibéricas en los manuscritos de Fidel Fita en la Real Academia de la Historia", en *Archivo de Prehistoria Levantina*, 21: 367-390
- _(1995): "Las inscripciones latinas de Santa Lucía del Trampal (Alcuéscar, Cáceres) y el culto de *Ataecina* en Hispania", en *AEArq*, 68: 31-105.
- _(2000-2001): "La era consular hispana y el final de la epigrafía pagana", en *Lucentum*, XIX-XX: 269-92.
- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J. A. (1974): *epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes*, Burgos.
- _(1977): "Las estelas decoradas de la región de Lara de los Infantes. Estudio iconográfico", en *BSAA*, 43: 61-97.
- _(1993): "Inscripción votiva dedicada al dios Mentoviano". En *Civitas. MC aniversario de la ciudad de Zamora. (Catálogo de exposición)*. Zamora: 83 y ss
- _(1994): "Sobre algunas escuelas hispanorromanas", en *BSAA*, 70: 187-224.
- _(2002): "¿Acomodación o renovación? Los motivos decorados de los monumentos funerarios de militares en el valle del Duero". En A. Morillo (coord.): *Arqueología militar romana en Hispania. Anejos de Gladius*, 5. Madrid: 47-66.
- _(2005): "Monumentum y Memoria en territorio palentino: Discurso de toma de posesión como Académico Numerario", en *PITTM*, 76: 27-119.
- _(2008): "Las inscripciones romanas de Moral de Sayago (Zamora, Hispania Citerior) y su descubrimiento en 1859", en *Lancia*, 7: 113-129.
- ABASCAL, J. y CEBRIÁN, R. (2004-2005): "Inscripciones de Guadalajara, Ávila, Alconétar, Segobriga y Sevilla en manuscritos de la Real Academia de la Historia", en *Lucentum*, 23-24: 197-205.
- ABÁSOLO, J. A., ALBERTOS, M^a L. y ELORZA, J. C. (1975): *Los monumentos funerarios de época romana, en forma de casa, de la región de Poza de la Sal (Bureba, Burgos)*. Burgos.
- ABÁSOLO, J. A. y GARCÍA ROZAS, R. (1990): "Sobre las estelas zamoranas y su ornamentación". En *Actas del I Congreso de Historia de Zamora. Tomo II. Prehistoria y Mundo Antiguo*. Zamora: 545-60.
- _(1991-92): "Nuevas estelas romanas de la provincia de Zamora", en *Zephyrus*, XLIV- XLV : 566-77.
- _(2006): "La romanización de la provincia de Zamora a la luz de sus hallazgos materiales". En *Actas del II Congreso de Historia de Zamora*, 143-168.
- ABÁSOLO, J. A. y MARCO SIMÓN, F. (1995): "Tipología e iconografía en las estelas de la mitad septentrional de la Península Ibérica". En F. Beltrán LLoris (ed.): *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en occidente*: 327-59.
- ABOAL, R.; AYÁN, X.; CRIADO, F.; PRIETO, P. y TABARÉS, M. (2005): "Yacimientos sin estratigrafía: Devesa do Rei, ¿un sitio cultural de la Prehistoria Reciente y la Protohistoria de Galicia?", en *TP*: 62 (2): 165-180.
- ACUÑA CASTROVIEJO, F. (1974): "Notas sobre la morfología y la decoración en las aras y estelas de Galicia en época romana", en *Studia Archaeologica*, 32: 17-31.
- _(1996): "Urbanismo castrejo en el Noroeste peninsular". En C. Fernández-Ochoa (coord.): *Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad*. Madrid: 45-7.
- ADAMS, G. W. (2006): "The social and cultural implications of curse tablets [*defixiones*] in Britain and on The continent", en *Stud. Hum. Tart.*, 7: 1-15.
- ADÁN ÁLVAREZ, G. E.; MARTÍNEZ FAEDO, L. y DÍAZ GARCÍA, F. (1994): "Limpieza



estratigráfica del Castro de Caravia (Caravia, Asturias): Reconstrucción arqueológico/ histórica”, en *Zephyrus*, 47: 343-352.

AFONSO, B. (1984): “Património arqueológico na aldeia de Castro Vicente. Pré-história e romanização: estelas funerárias”, en *Brigantia*, IV (4): 679-688.

AFONSO, B. y MORAIS, J. M. (1981): “Cemitério romano em Vilar Seco (Castro Vicente). 1-Novos tipos de estelas funerarias? 2-A forma, o conteúdo e a função (propostas para uma análise)”, en *Brigantia*, I: 1, 81-9.

AFONSO, B. y MOREIRA, J. B. (1981): “Arqueologia. 1 - Cemitério romano em Vilar Seco (Castro Vicente) - cont. 2 - Duas estelas funerárias luso-romanas em Bragança”, en *Brigantia*, I:2, 143-50.

AGRAFOXO PÉREZ, X. (1989): *O poboamento castrexo na rexión occidental da provincia da Coruña*. Santiago de Compostela.

AIRA RODRÍGUEZ, M. J. y VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1985): “Nuevos datos palinológicos sobre la agricultura prehistórica en Galicia (España)”, en *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 25 (2-4): 241-252.

ALARCÃO, J. (1990): “Divindades da Beira: ensaio da geografia religiosa”, en *Arqueologia hoje*, 1: 146-169.

_(2003): “As estátuas de guerreiros galaicos como representações de príncipes no contexto da organização político-administrativa do noroeste préflaviano”, en *MM*, 44: 67-86.

ALARCÃO, J y PONTE, S. da (1979): “Les métiers et leur outillage. Instruments de lissage, de retouchage et de modelage”. En J. Alarcão y R. Etienne (eds.): *Fouilles de Conimbriga, 7. Trouvailles diverses. Conclusions générales*. París: 11-200

ALARCÃO, J. y otros (1990): “Identificação das cidades da Lusitania portuguesa e dos seus territórios”. En *Les villes de Lusitanie romaine. Hiérarchies et territoires (Table ronde internationale du CNRS. Talence, 8-9 diciembre de 1988)*. Collection de la MAison des Pays Ibériques, 42. París: 319-329.

ALBERRO, M. (2003): “Características de las antiguas sociedades célticas de Irlanda y su posible utilización para un mejor conocimiento de los pueblos celtas de la Península Ibérica”, en *Gerión*, 21 (1): 99-135.

ALBERTO, V. y VELASCO, J. (2003): “Perros, gatos, ovejas y cerdos: sacrificios de animales en Pintia”. En C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (coordS): “*Pintia*”. Un “*oppidum*” en los confines orientales de la región vaccea: investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003): 125-141.

ALBERTOS, Mª L. (1974): “El culto a los montes entre los galaicos, astures y berones y algunas de las deidades más significativas”, en *Estudios de Arqueología Alavesa* 6: 147- 157.

_(1975): “Organizaciones suprafamiliares en la España antigua”, en *BSAA*, 40-41: 5-66.

_(1977a): “Perduraciones indígenas en la Galicia romana: los castros, las divinidades y las organizaciones gentilicias en la epigrafía”. En *Actas del Bimilenario de Lugo*, Lugo: 17-28.

_(1977b): “La mujer hispanorromana a través de la epigrafía”. En *Homenaje a García y Bellido*, III: 183-187.

_(1981): “Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua (II). Las gentilidades *addenda et corrigenda*” en *BSAA*, 47, 208-214.

_(1983): “Teónimos hispanos”. En J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas II. Religiones prerromanas*, Madrid: 477-88.

_(1985): “A propósito de algunas divinidades lusitanas”. En *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*. Vol. 1: 469-474.

ALCUBIERRE E CASTRO L. 1962, “Hallazgos romanos en el mina “Do Fojo das Pombas”, Valongo (Portugal), en *AEArq*, 35: 166-176.

ALEGRE MANCHA, P. y CELIS SÁNCHEZ, J. (1994): “Dos tesorillos de denarios ibéricos en el



- castro de Chano”. En VII *Congreso Nacional de Numismática. Avilés, 1992*. Madrid: 189-210.
- ALFAYÉ VILLA, S. (2003): “La iconografía divina en Celtiberia: una revisión crítica”, en *AEArq*, 76: 77-96.
- _(2003-2005): “Las primeras investigaciones sobre el santuario celtibérico de Peñalba de Villastar (Teruel)”, en *Archaia: Revista de la Sociedad Española de Historia de la Arqueología*, vol. 3, nº 3-5: 215-224.
- _(2004): “Rituales de aniquilación del enemigo en la “Estela de Binéfar” (Huesca)”. En J. Alvar Ezquerro y L. Hernández Guerra (coords.): *Actas del XXVII Congreso Internacional del Girea-Arys IX: “Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo”*. Valladolid 7-9 de noviembre de 2002. XX: 63-76.
- _(2005): “Santuarios Celtibéricos”. En A. Chaín Y J. I. de la Torre (coords.). *Celtíberos: tras la estela de Numancia. Catálogo de la exposición*. Soria: 229-234.
- _(2007): “Rituales relacionados con murallas en ámbito celtibérico”, en *Palaeohispanica*, 7: 9-41.
- _(2008): “Iconografía, identidad y sociedad en el mundo celtibérico”, en *Gallaecia*, 27: 285-304.
- _(2009): *Santuarios y Rituales en la Hispania Celtica*. BAR int. ser. 1963. Oxford.
- _(2010): “Ritos de sangre. Sacrificios cruentos en el ámbito celtibérico y vacceo”. En F. Burillo Mozota (ed.): *VI Simposio sobre Celtíberos. Mitos y ritos. Daroca (Zaragoza), 27-29 de noviembre de 2008*. Zaragoza: 219-238.
- _(2012): “Religiones indígenas e identidades (étnicas) en la Hispania indoeuropea”. En J. Santos Yanguas y G. Cruz Andreotti (eds.): *Romanización, fronteras y etnicas en al Roma antigua: el caso hispano*. Revisiones de Historia Antigua VII. Anejos de Veleia, Acta 12. Vitoria-Gasteiz: 307-334.
- ALFAYÉ, S.; DÍAZ, B.; GONZALO, A. y RODRÍGUEZ, P. (2001-2002): “Actuación arqueológica en la “piedra de sacrificios humanos”, Monreal de Ariza (Zaragoza)”, en *Kalathos*, 20-21: 251-259.
- ALFAYÉ VILLA, S. y MARCO SIMÓN, F. y (2008): “Religion, language and identity in Hispania: Celtiberian and Lusitanian rock inscriptions”. En R. Häussler (ed.): *Romanisation et épigraphie. Études interdisciplinaires sur l'acculturation et l'identité dans l'Empire Romain*. Montagnac: 281-305.
- ALFAYÉ VILLA, S. y RODRÍGUEZ CORRAL, J. (2009): “Espacios liminales y prácticas rituales en el Noroeste Peninsular”, en *Palaeohispanica*, 9. *Acta Palaeohispanica X*: 107-111.
- ALFAYÉ VILLA, S. y SOPEÑA GENZOR, G. (2010): “Imágenes del ritual e imágenes en el ritual en Celtiberia”. En F. Burillo Mozota (ed.): *VI Simposio sobre Celtíberos. Mitos y ritos. Daroca (Zaragoza), 27-29 de noviembre de 2008*. Zaragoza: 455-472.
- ALFÖLDY, G. (1969): *FAsti HispAnienses. Senatorische Reichsbeamte und Offiziere in den spanischen Provinzen des römischen Reiches von Augustus bis Diokletian*. Wiesbaden.
- _(1973): *Flamines Provinciae Hispaniae Citerioris*. Anejos de *AEArq*, 6. Madrid.
- _(1975): *Die Römischen Inschriften von Tarraco*. Berlín (=RIT).
- _(1995): “Inscripciones, sacrificios y misterios: el santuario rupestre de Panoias/Portugal. Informe preliminar”, en *MM*, 36: 252-258.
- _(2000a): *Provincia Hispania Superior*. Heidelberg.
- _(2000b): “Das neue Edikt des Augustus aus El Bierzo”, en *ZPE*, 131: 177-205.
- _(2002): “Panoias”. En L. Raposo (ed.): *Religiões de Lusitania. Loquuntur saxa*. Catálogo de la exposición. Lisboa: 211-215.
- _(2007): “FAsti und Verwaltung des hispanischen Provinzen: sum heutigen Stand der Forschung”. En R. Haensch y J. Heinrichs (eds.): *Herrschen und Verwalten. Der Alltag der römischen Administration in der Hohen Kaiserzeit. Kolloquium zu Ehren von Werner Eck, Köln 28-30.1.2005*. Köln: 325-356.
- ALMAGRO BASCH, (1982): “Tres téseras celtibéricas de bronce de la región de Segóbriga, Saelices (Cuenca)”. En *Homenaje a Conchita Fernández Chicharro. Directora del Museo Arqueológico de*



Sevilla. Madrid: 195-210.

ALMAGRO GORBEA, M. (2001): "Cyprus, Phoenicia and Iberia, from Precolonization to Colonization in *The Far West*". En L. Bonfante y V. Karageorghis (eds.): *Italy and Cyprus in Antiquity, 1500-450 BC*. Nicosia: 239-270.

_(2003): *Epigrafía Prerromana*. Catálogo de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, I. 1.1. Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. y ÁLVAREZ SANCHIS, J. R. (1993): "La "sauna" de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico", en *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: 177-253.

ALMAGRO GORBEA, M. y LORRIO, A. J. (1989): *Segóbriga III. La Muralla Norte y la Puerta Principal*. Arqueología Conquense, IX. Cuenca.

ALMANSA SÁNCHEZ, J. (2008): "Arqueología Pública o de cómo todo nos afecta". En ORJIA (coord.): *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la cultura material. Madrid, 3-5 septiembre de 2008 (JIA 2008)*. Vol. 2: 529-534.

_(2011): "Arqueología para todos los públicos: Hacia una definición de la Arqueología pública "a la española"", en *Arqueoweb*, 13 (1). En <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/13/almansa.pdf>

ALMEIDA, C. A. B. de y ABREU, A. A. (1987): "A Nécropole de Incineração de Gondomil, Valença", en *Lucerna*, 2ª série: 187- 244.

ALMEIDA, C. A. B. (1990): *Proto - História e Romanização da Bacia Inferior do Lima, Viana do Castelo*. Estudos Regionais, 7/8. Viana do Castelo.

ALMEIDA, C. A. F. de (1977): *Escavações no Monte Mozinho*, II. 1975/76. Penafiel._(1980): "Importantes objectos em bronze de Castelo de Neiva", en *Gallaecia*, 6: 245-255.

ALONSO BURGOS, F. (2007): *La Muerte Olvidada. Acercamiento a los discursos en torno al registro funerario protohistórico del Noroeste de la Península Ibérica*. Universidad Complutense: Madrid. Trabajo de Tercer Ciclo inédito.

_(2008): "Diálogos en el paisaje de la muerte olvidada". En OrJIA (coord.): *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la cultura material. Madrid, 3-5 de septiembre de 2008 (JIA 2008)*. Madrid. Vol. II: 449-456.

ALONSO MATHIAS, F. (2002): "Fechas de carbono-14 en los castros Asturianos". En M.A. de Blas y A. Villa (eds.): *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña*. Navia: 337-344.

ALONSO, F., CURRÁS, B. X. y ROMERO, D. (2009): "Perceived LandScapes: Roman Gold Mines in *The Iberian Northwest*". En L. Lévêque, M. Ruíz del Árbol y L. Pop (eds.): *Patrimoine, Images, Mémoire des paysages européens-Heritage, Images, Memory of European LandScapes*. París: 189-202.

ALONSO ÁVILA, A. Y CRESPO ORTIZ DE ZÁRATE, S. (2000): *Corpus de inscripciones romanas de la provincia de Zamora: fuentes epigráficas para la historia social de Hispania romana*. Valladolid = CIRPZa

ALONSO TRONCOSO (1996): "Primeras etapas en la conquista romana de *Gallaecia*", en *Militaria: revista de cultura militar*, 8: 53-66.

ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y.; LÓPEZ GONZÁLEZ, L. y LÓPEZ MARCOS, M. A. (2006): "La secuencia cultural del Castro de Vilela", en *CEG*, t. 53, nº 119: 7-29.

ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R. (1999): *Los vettones*. BiblioTheca Archaeologica hispana, 1. Madrid.

ALVES, F. M. (2000): *Memórias arqueológico-históricas do distrito de Bragança: repositório amplo de notícias corográficas, hidro-orográficas, geológicas, mineralógicas, hidrológicas, biobibliográficas, heráldicas (...) (1909-1947)*. Bragança: Vols. I-XI.

ANDO, C. (2000): *Imperial ideology and provincial loyalty in The Roman Empire*. Berkeley.



- _(2003) (ed.): *Roman Religion*. Edinburgh.
- _(2005): “*Interpretatio romana*”, en *Classical Philology*, 100: 41-51.
- _(2007): “Exporting Roman Religion”. En J. Rüpke (ed.): *A companion to Roman Religion*. Singapore: 429-45.
- _(2008): *The matter of The goDS. Religion and The Roman Empire*. Berkeley/Londres.
- ANDRÉS HURTADO, G. (2005): *Una aproximación a la religión del ejército romano imperial: Hispania*. Logroño.
- ANDREU PINTADO, J. (2004): “Apuntes sobre la *Quirina tribus* y la municipalización flavia de *Hispania*”, en *Revista Portuguesa de Arqueología*, vol. 7, nº 1: 343-64.
- ANGELBECK, B. y GRIER, C. (2012): “Anarchism and *The Archaeology of Anarchic Societies*. Resistance to Centralization in *The Coast Salish Region of The Pacific Northwest Coast*”, en *Current Anthropolology*, 53 (5): 547-587.
- ANSALDO, U.; MATTHEWS, S. y LIM, L. (eds.) (2007): *Deconstructing Creole*. Amsterdam.
- APARICIO PÉREZ, J. (1984): “Tres monumentos ibéricos valencianos: La *Bastida*, Meca y El Corral de Saus”, en *Serie Arqueológica, 10.Varia III: La cultura ibérica. Homenaje a Domingo Fletcher Valls*: 145-206.
- ARENAS ESTEBAN, J. y LÓPEZ ROMERO, R. (2010): “Celtic divine names in *The Iberian Peninsula: towards a territorial analysis*”. En J. A. Arenas (ed.): *Celtic religión across space and time. IX Workshop F.E.R.C.A.N. Molina de Aragón*: 148-79.
- ARGYRIADIS, K. (2005): “Religión de indígenas, religión de científicos: construcción de la cubanidad y santería” en *Desacatos*, 17: 85-106
- ARIAS VILAS, F.; FERNÁNDEZ-OCCHOA, C. y MORILLO, A. (eds.) (2009): *Torre de Hércules: Finis Terrae Lux. Simposio sobre os faros romanos e a navegación occidental na antigüidade. A Couña, junio de 2008*. Brigantium, 20. A Coruña.
- ARIZAGA, Á. R., FÁBREGA, P., AYÁN, X. M. y RODRIGUEZ, A. (2006): “A apropiación simbólica da cultura material castrexa na paisaxe cultural dos Chaos de Amoeiros (Ourense, Galicia)”, en *CEG*, 119: 87-129.
- ARIZAGA, A. y AYÁN, X. M. (2007): “Etnoarqueología del paisaje castreño: la segunda vida de los castros”. En F. J. González (coord.): *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid: 445- 531.
- ARMADA PITA, X.-L. (2001): “Monumentos termas castreiros: unha contribución á súa interpretación”, en *Anuario Brigantino*, 14: 61-82.
- _(2002): “El debate sobre los celtas y la etnicidad del Noroeste península. Una revisión crítica y algunas propuestas”, en *Arqueoweb*, 4 (2). En www.ucm.es/info/arqueoweb/numero4_2/articulo4_2celtas.html
- _(2005): *Formas y rituales de banquete en la Hispania indoeuropea*. Universidade da Coruña. Tesis doctoral inédita.
- _(2008): “¿Carnes, drogas o alcohol?: calderos y banquetes en el Bronce Final de la Península Ibérica”, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 18: 152-162.
- _(2011): “Feasting metals and *The ideology of power in The Late Bronze Age of Atlantic Iberia*”. En G. Aranda Jiménez, S. Montón-Subías y M. Sánchez Romero (eds.): *Guess who's coming to dinner. Feasting rituals in The Prehistoric societies of Europe and The Near East*. Oxford: 158-183.
- ARMADA PITA, X. L. y GARCÍA VUELTA, O. (2003): “Bronces con motivos de sacrificio del área noroccidental de la Península Ibérica”, en *AEArq*, 76: 47-75.
- _(2006): “Symbolic Forms from *The Iron Age* in *The North-West of The Iberian Peninsula: Sacrificial Bronzes and Their Problems*”. En M. V. García Quintela; F. G. García y F. Criado Boado (eds.): *Anthropology of The indo-european world and material culture. Proceedings of The 5th International Colloquium of Anthropology of The Indo-European World and Comparative Mythology*. Budapest: 163-78.



- ARMADA PITA, X.-L.; GARCÍA VUELTA, O. y GRAELLS I FABREGAT, R. (2011-2012): “Un bronze amb motius de sacrifici del nord-oest de la Península Ibèrica al Museo Episcopal de Vic”, en *Quaderns del MEV*, V: 9-20.
- ARMADA PITA, X. L. y LÓPEZ PALOMO, L. A. (2003): “Los ganchos de carne con vástagos torsionados: un nuevo ejemplar en el depósito acuático del río Genil (Sevilla)”, en *Revista d'arqueologia de Ponent*, 13: 167-190.
- ARMADA PITA, X.-L. y MOORE, T. (eds.) (2012): *Atlantic Europe in The first millennium BC: crossing The divide*. Oxford.
- ARMBRUSTER, B. R. y PEREA, A. (2000): “Macizo/hueco, soldado/fundido, morfología/tecnología. El ámbito tecnológico castreño a través de los torques con remates en doble escocia”, en *TP*, 57 (1): 97-114.
- ARMIT, I. y GINN, V. (2007): “Beyond The grave: human remains from domestic contexts in Atlantic Scotland”, en *Proceedings of The Prehistoric Society*, 73: 25-38.
- ARNÁIZ ALONSO, M. A. y MONTERO GUTIERREZ, J. (2012): “Funerary Expression and Ideology in The Cogotas Culture Settlements in The Northern Meseta of The Iberian Peninsula”. En X. L. Armada Pita y T. Moore (eds.): *Atlantic Europe in The first millennium BC: crossing The divide*. Oxford: 558-574.
- AUDOLLENT, A. (1967 [1904]): *Defixionum tabellae*. Frankfurt.
- AYÁN VILA, X. M. (2002): “O estudio da arquitectura doméstica de Idade do Ferro do NW: Achega historiografía”, en *Gallaecia*, 21: 137-158.
- _(2003): “Arquitectura como tecnología de construcción de la realidad social”, en *Arqueología de la Arquitectura*, 2: 17-24.
- _(2005): “Etnoarqueoloxía e microhistoria dunha paisaxe cultural: a parroquia de San Pedro de Cereixa (Proba de Brollón, Lugo)”, en *CEG*, 52: 117-172.
- _(ed.) (2008): *Os Castros de Neixón II*. Noia.
- _(2012a): *Casa, familia e comunidade na Idade do Ferro do NW*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Santiago de Compostela.
- _(2012b): “A Idade do Ferro na Galiza”, en *Grial: revista galega de cultura*, 195: 129-141.
- AYÁN VILA, X. M.; BLANCO ROTEÁ, R. y MAÑANA BORRAZÁS, P. (2003): “Archaeotecture: seeking a new archaeological vision of Architecture”. En X. M. Ayán Vila, R. B. Rotea y P. M. Borrazás (eds.): *Archaeotecture. Archaeology of Architecture*. BAR int. ser. 1175. Oxford: 1-15.
- AYÁN VILA, X.M., POPE, R.E. y ALBERRO, M. (2009): “Una Edad del Hierro redonda: La cabaña circular en los castros del NW de la Península Ibérica”, en *KalaThos* 24-25: 177- 217.

B

- BALBÍN CHAMORRO, P. (2006): *Hospitalidad y patronato en la Península Ibérica durante la Antigüedad*. Salamanca.
- BALSEIRO GARCÍA, A. (2000): *Diademas áureas prerromanas. Análisis iconográfico y simbólico de la diadema de Ribadeo/Moñes*. Lugo.
- BARBERO, A. y VIGIL, M. (1974): *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*. Barcelona.
- BARCIA MERAYO, E. y GARCÍA MARTÍNEZ, S. M^a (1996): “Un documento epigráfico de época romana: el *ara* de San Pedro de Trones (León)”, en *Bierzo*: 5-8.
- _(1998): “Un nuevo testimonio de posible culto a Cossus en El Bierzo”, en *Revista de Estudios Humanísticos, Geografía, Historia, Arte*, nº 20: 11-25.
- _(1999): “El culto en El Bierzo a la deidad indígena Cossus: el epígrafe de Villasumil, el más occidental de la provincia de León”, en *Revista de Estudios Bercianos*, nº 25: 54-62.



- BARRETT, J. C. y KO, I. (2009): "A phenomenology of landscape: a crisis in British landscape archaeology?", en *Journal of Social Archaeology*, 9: 275-294.
- BARROS, R.; CASO, E. y MIYARES, A. (1980): "Inventario parcial de restos arqueológicos y artísticos de Piloña", en *BIDEA*, 101: 669-674.
- BARROSO, R.; CAMINO, J.; BUENO, P. y BALBÍN, R. (2007a): *Fuentenegroso. Un enterramiento del I milenio A. C. en la sierra de Cuera*, Asturias. Oviedo.
- BARROSO, R.; BUENO, P.; CAMINO, J. y BALBÍN, R. de (2007b): "Fuentenegroso (Asturias), un enterramiento del Bronce Final-Hierro en el marco de las comunidades atlánticas peninsulares", en *Pyrenae*, 38 (2): 7-32.
- BEARD, M., NORTH, J. y PRICE, S. (1998): *Religions of Rome*. Vol. I y II. Cambridge.
- BECERRO DE BENGOA, R. (1833): *De Palencia a La Coruña*. Palencia.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1992): "Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental". En *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3: 65-88.
- BELMONTE, J. A.; GARCÍA QUINTELA, M. V. y GONZÁLEZ GARCÍA, A. C. (2013): "Ciervos, tiempo y paisaje". En F. Criado; A. Martínez Cortizas y M. V. García Quintela (eds.): *Petroglifos, paleoambiente y paisaje. Estudios interdisciplinarios del arte rupestre de Campo Lameiro*. Madrid: 197-210.
- BELTRÁN LLORIS, F. (1980): *epigrafía latina de Saguntum y su territorium*. Valencia
- _(1994): "Parentesco y sociedad en la Hispania céltica (I a.e.-III d. e.)". En M^a C. González Rodríguez y J. Santos Yanguas (eds.): *Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península ibérica*. Revisiones de Historia Antigua, I. Vitoria: 73-104.
- _(2003): "Una variante provincial del hospitium: pactos de hospitalidad y concesión de la ciudadanía local en la Hispania Tarraconense". En S. Armani, B. Hurlet-Martineau y A. U. Stylow (eDS): *epigrafía y sociedad en Hispania durante el Alto Imperio : estructuras y relaciones sociales*. Alcalá de Henares: 33-56.
- _(2010): "Hospitium y ciudadanía en la tábula de El Picón". En I. Sastre y A. Beltrán (eds.): *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*. Actas de la Junta de Castilla y León. Valladolid: 129-137.
- BELTRÁN ORTEGA, A. y ALONSO BURGOS, F. (2010): "El contexto epigráfico de Pino de Oro Zamora: escritura, símbolo y poder en el área transmontana-zamorana occidental". En I. Sastre y A. Beltrán (eds.): *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*. Actas de la Junta de Castilla y León. Valladolid: 175-200.
- BEARD, M.; NORTH, J. y PRICE, S. (1998): *Religions of Rome*. Vols. I y II. Cambridge.
- BELÉN DEAMOS, M. y ESCACENA CARRASCO, J. L. (1992): "Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental". En *Paleoetnografía de la Península Ibérica*. Complutum 2-3. Madrid: 65-87.
- BELTRÁN, A.; REHER, G. S.; ALONSO, F.; ROMERO, D.; CURRÁS, B.; PECHARROMÁN, J. L. y SASTRE, I. (2009): "Inscripciones funerarias y votivas de Villardiegua y Pino del Oro: arqueología y epigrafía latina en Zamora", en *Conimbriga*, 48: 123-180.
- BELTRÁN, A., ROMERO, D. y ALONSO, F. (2013) "epigrafía y poblamiento en Aliste y Alba (Zamora)". En R. M^a Cid López y E. García Fernández (eds.): *Debita verba. Estudios en homenaje al Profesor Julio Mangas Manjarrés*. Oviedo: 247-272.
- BELL, C. (2007): "Response: Defining the need for a definition". En E. KyriakDSis (ed): *The Archaeology of Ritual*. Berkeley: 278-288.
- BEN ABDALLAH, Z. B. (1986): *Catalogue des inscriptions latines païnes du Musée du Bardo*. Roma
- BÉNABOU, M. (1976) : *La résistance africaine à la romanisation*. París.
- BENDALA GALÁN, M. (1991): "Incineration et inhumations dans l'occident Romain aux trois premiers siècles de notre Ere : le Sud de l'Espagne". En *Incineration et inhumations dans l'occident*



Romain aux trois premiers siècles de notre Ere (Toulouse-Montréjeau, 1987). Toulouse : 77-90.

_(1995): “Necrópolis y ritual funerario en la Hispania Altoimperial”, en C. Fernández Ibáñez, F. Pérez Losada y R. Fábregas Valcarce (coords.): *Arqueoloxía da morte: arqueoloxía da morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo : (actas do curso de Verán da Universidade de Vigo, celebrado en Xinzo de Limia, do 4 ó 8 de xullo de 1994)*: 277-290.

_(2006a): “Roma, la romanización de Hispania y nuestra generación científica”. En D. Vaquerizo y F. J. Murillo (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo romano. Homenaje a la Profesora Pilar León Alonso*. Córdoba. Vol. I: 189-200.

_(2006b): “Hispania y la “romanización”. Una metáfora: ¿crema o menestra de verduras?” en *Zephyrus*, 59: 289-292.

BENDER, B. (1999): “Subverting *The western gaze: mapping alternative worlds*”. En P. Ucko y R. Layton (eds.): *The Archaeology and Anthropology of Landscape*. Londres: 31-45.

BENITO DEL REY, L.; BERNARDO, H. A. y SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, M. (2003): *Santuarios rupestres prehistóricos en Miranda do Douro, Zamora y Salamanca*. Tomo I y II. Miranda do Douro-Salamanca.

BENSEDDIK, N. (1977): *Les troupes auxiliaires de l’armée romaine en Maurétanie césarienne*. Argel.

BERMEJO BARRERA, J. C. (1986): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana II*. Madrid.

_(1992): “De la Arqueología de la religión a la Arqueología de las formas simbólicas: bases teóricas y metodológicas”. En F. Acuña (ed.): *Finis térrea*. Estudios en lembranza do Prof. Alberto Balil.

Santiago de Compostela: 417-438.

_(1994 [1982]): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana I*. Madrid.

_(1996): “Las fuentes literarias y la Historia Antigua de los pueblos del Noroeste de la Península Ibérica”. En C. Fernández Ochoa (coord.): *Actas del Coloquio Internacional Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*. Gijón: 21-25.

_(2008): *Sociedad y religión en la Galicia antigua*. Santiago de Compostela.

BERMEJO BARRERA, J. C. y LLINARES GARCÍA, Mª M. (2004): “El sarcófago vacío. Un ensayo sobre los límites del conocimiento arqueológico”. En J. C. Bermejo Barrera: *¿Qué es la historiaretórica?*. Madrid: 133-155.

BERROCAL RANGEL, L. (1994): *El Altar prerromano de Capote. Ensayo etnoarqueológico sobre un ritual céltico en el Suroeste Peninsular*. Madrid.

_(2004): “Banquetes y rituales colectivos en el suroeste peninsular”, en *CupaUAM*, 30: 105-119.

BERROCAL RANGEL, L.; MARTÍNEZ SECO, P. y RUIZ TRIVIÑO, C. (2002): *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Madrid.

BETTENCOURT, A. Mª S. (2000): “O mundo funerário da Idade do Ferro do Norte de Portugal: Algumas questões”. En *Actas del 3º Congresso de Arqueologia Peninsular, Vila Real*. Vol. 5: 43- 59.

_(2001): *O Povoado da Santinha, Amares, Norte de Portugal, nos finais da Idade do Bronze*. Cadernos de Arqueologia. Monografias, 12. Braga.

_(2010a): “La Edad del Bronce en el Noroeste de la Península Ibérica: un análisis a partir de las prácticas funerarias”, en *TP*, 67 (1): 139-173.

_(2010b): “Burials, corpses and offerings in *The Bronze Age of NW Iberia as agents of social identity and memory*”. En A. Mª Bettencourt; M. J. Sanches; L. B. Alves y R. Fábregas Valcarce (eds.): *Conceptualising space and place on The role of agency, memory and identity in The construction of space from The Upper Palaeolithic to The Iron Age in Europe: proceedings of The XV World Congress of The International Union for Prehistoric and Protohistoric Sciences. Lisboa, 2006*. Oxford: 33-45.

BIANCHI BANDINELLI, R. (1976): *La fine dell’arte antica. L’arte dell’impero romano da Settimio Severo a Teodosio*, I. Milán.



- BISI, A. M^a (1967): *Le stele puniche*. Roma.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1957): “Orígenes y relaciones de la orfebrería castreña”, en *CEG*, 12: 5-28; 137-57 y 267-301.
- _(1971): “Monumentos romanos de la conquista de Galicia”, en *Habis*, 2: 223-232.
- BLANCO FREIJEIRO, A.; FUSTE Ara, M. y GARCÍA ALÉN, A. (1961): “La necrópolis galaico-romana de La Lanzada (Noalla, Pontevedra). I”, en *CEG*, 16: 141-158.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1997): “Zoomorfos celtibéricos en perspectiva cenital. A propósito de los hallazgos de Cauca y el castro “Cuesta del Mercado” (Coca, Segovia)”, en *Complutum*, 8: 183-203.
- BLÁZQUEZ, J. M^a (1962): *Religiones primitivas de Hispania. Fuentes literarias y epigráficas*. Madrid.
- _(1975): *Diccionario de las religiones primitivas de Hispania*. Madrid.
- _(1977): *Imagen y mito: estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*. Madrid.
- _(1981): “La administración romana [en el norte de Hispania]”, en *Historia* 16, 61: 72-76.
- _(1983): *Primitivas religiones ibéricas*, II. Madrid.
- _(1991a): *Estudio sobre religiones de la España Antigua*. Madrid.
- _(1991b): *Religiones en la España Antigua*. Madrid.
- _(1999): *Mitos, dioses, héroes en el Mediterráneo antiguo*. Madrid.
- _(2001): *Religiones, ritos y creencias funerarias de la Hispania prerromana*. Madrid.
- _(2003): *El Mediterráneo y España en la antigüedad: historia, religión y arte*. Madrid.
- _(2008): *Arte y religión en el Mediterráneo antiguo*. Madrid.
- BLÁZQUEZ CERRATO, C. (2004) : “La presencia de moneda en la provincia de Zamora. Análisis del poblamiento a través del documento monetar”, en *Zephyrus*, 57: 319-366.
- BLIN, O. (2000): “Un sanctuaire de vicus: Jouars-Ponchartrain (Yvelines)”. En W. Van Andringa (dir.) : *Archéologie des sanctuaires en Gaule romaine*. Mémoires Centre Jean-Palmerie, 22 : 91-117.
- BODEL, J. (ed.) (2001): *Epigraphic Evidence: Ancient History from Inscriptions*. Londres-Nueva York.
- BOUBE, E. (1996): *Le Trophée augustéen*. Saint-Bertrand-de-Comminges.
- BOHANNAN, P. (1954): “The migration and expansion of The tiv”, en *Africa*, 24: 2-16.
- BOIVIN, N. (2009): “Grasping The Elusive and Unknowable: Material Culture in Ritual Practice”, en *Material Religion*, 5 (3). Materiality, Belief, Ritual: Archaeology and Material Religion: 266-287.
- BONET ROSADO, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antigua Edeta y su territorio*. Valencia.
- BOURDIEU, P. (1997): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona
- BOUZA BREY, F., 1970: “Ara al dios Tileno de Vitoria”, en *CEG*, XXV, 77: 267-270.
- _(1982 [1940]): “Referencias a una eutanasia familiar primitiva en el folclore gallego- portugués”. Recogido en *Etnografía y folklore de Galicia*. Vigo. Vol. 1: 83-92.
- BOWDEN, M. y McOMISH, D. (1987): “The required barrier”, en *Scottish Archaeological Review*, 4 (2): 76-84.
- _(1989): “Little Boxes: More About Hillforts”, en *Scottish Archaeological Review* 6: 12-16.
- BRADLEY, R. (2005): *Ritual and domestic life in Prehistoric Europe*. Londres-Nueva York.
- BRADLEY, R. y GORDON, K. (1988): “Human skulls from The River Thames, Their dating and significance”, en *Antiquity*, 62: 503-509.
- BRAGADO TORANZO, J. M. (1991): *Fuentes literarias y epigráficas de la provincia de Zamora y su relación con las vías romanas de la cuenca del Duero*. León.
- _(1996): “Aportaciones a la epigrafía romana en Zamora”, en *Stud. Zam. Hist.*, III, 9-14.
- BRAÑAS, R. (1995): *Indíxenas e romanos na Galicia céltica*. Santiago de Compostela.
- _(2000): *Deuses, héroes e lugares sagrados na Galicia castrexa*. Santiago de Compostela.



- _(2004): “A sociedade castrexa a través da epigrafía”, en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 51 (117): 155-205.
- _(2007): “Entre mitos, ritos y santuarios. Los dioses galaico-lusitanos”. En F. J. González García (ed.): *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid: 377-444.
- BRAZ MARTINS, C. M^a (2008). *A Exploração mineira romana e a meltalurgia do ouro em Portugal*. Braga.
- BRECCIAROLI TABORELLI, L. (2000): *Alle origini di Biella. La necropoli romana*. Torino.
- _(ed.) (2011): *Oro, pane e scrittura : memorie di una comunità “inter Vercellas et Eporediam”*. Studi e Ricerche sulla Gallia Cisalpina, 24. Roma.
- BROTONS, F. y RAMALLO, S. (2010): “Ornamento y símbolo: las ofrendas de oro y plata en el santuario ibérico del Cerro de la Ermita de La Encarnación de Caravaca”. En T. Tortosa y S. Celestino (eds.): *Debate en torno a la religiosidad protohistórica*. Anejos de *AEArq*, 55: 123-168.
- BROWN, I. (2009): *Beacons in The Landscape. The Hillforts of England and Wales*. Oxford-Oakville.
- BROWN, D. H. (2003): *Santeria Enthroned: Art, Ritual, and Innovation in an Afro-Cuban Religion*. Chicago-Londres.
- BROWN, I. (2009): *Beacons in The Landscape. The Hillforts of England and Wales*. Oxford-Oakville.
- BRÜCK, J. (1998): “In the Footsteps of The Ancestors: a Review of Cristopher Tilley’s A phenomenology of Landscape: Place, Paths and Monuments”, en *Archaeological Review from Cambridge*, 15(1): 23-36.
- BRUMFIEL, E. M. (1998): “The Multiple Identities of Aztec Craft Specialists”, en *Archeological Papers of The American Anthropological Association*, 8 (1): 145-152.
- BRUNAU, J. L. (coord.) (1999): “Ribemont-sur-Ancre (Somme). Bilan préliminaire et nouvelles hypothèses”, en *Gallia*, 56 : 177-283.
- BÚA, J. C. (1997): “Dialectos indoeuropeos na franxa occidental hispánica”. En *Galicia fai dous mil anos: o feito diferencial galego, I. Historia*. Santiago de Compostela: 51-99.
- _(1999): “Inscripción votiva de Coixil”, en *Boletín Avriense*, 28:53-58.
- _(2003): “Cosus. Un exemplo da epigrafía e relixión”, en *Boletín Avriense*, 33: 147-184.
- BURÓN, M. (2006): “El trazado urbano de *Asturica Augusta*: génesis y evolución”. En *Nuevos Elementos de Ingeniería Romana. III Congreso de las Obras Públicas Romanas*. Valladolid: 289-312.

C

- CABRÉ AGUILÓ, J. (1944): *Cerámica de Azaila: Museos arqueológicos de Madrid, Barcelona y Zaragoza*. Madrid
- CAGNAT, R. (1964) [1914]: *Cours d'épigraphie latine*. Roma.
- CALO LOURIDO, F. (1993): *A cultura castrexa*. Vigo.
- _(1994): *A Plástica da Cultura Castrexa Galego-Portuguesa*. A Coruña.
- _(2003): “Die lusitanisch-galläkischen Kriegerstatuen-Catálogo”, en *Madridider Mitteilungen*, 44: 6-32, láms. 1-50.
- CALO, F. y SOEIRO, T. (1986): *Castro de Baroña. Campañas 1980/84*. Arqueoloxía/Memoria, 6. Santiago.
- CAMINO MAYOR, J. (2003): “Los castros de la Ría de Villaviciosa: contribución a las interpretaciones de la Edad del Hierro en Asturias”, en *TP*, 60 (1): 159-171.
- CAMINO, J; ESTRADA, R. y VINIEGRA, Y. (2009): “El castro inacabado de La Forca (Grado, Asturias). Un dominio territorial frustrado”, en *TP*, 66 (1): 145-159.
- CAMINO, J. y VILLA, A. (2003): “La bahía de Gijón y las rutas marítimas prerromanas en la costa cantábrica de la Península Ibérica”. En C. Fernández Ochoa (ed.): *Gijón puerto romano*. Gijón, 45-59.



- CAMINO, J. y VINIEGRA, Y. (2002): “Los castros de la fastera oriental d’Asturies”, en *Asturies. Memoira encesa d’un país*, 14: 20-33.
- CAMINO, J; VINIEGRA, Y. y ESTRADA, R. (2008): “Los escenarios bélicos de La Carisa y La Mesa”. En V. Álvarez Martínez, D. González Álvarez y J. I. Jiménez Chaparro (coords.): *Actas de las I Jornadas de Arqueología en Asturias (abril-mayo de 2005)*. Madrid: 93-110.
- _(2005): *La Carisa. Astures y romanos frente a frente*. Oviedo.
- CANTO, A. M^a (1990): “La *Tabula Lougeiorum*: un documento a debate”, en *CuPUAM*, 17: 267-75.
- CAÑIZARES-ESGUERRA, J. (2006): “Creole Colonial Spanish America”. En Ch. Stewart (ed.): *Creolization: History, Ethnography, Theory*. Walnut Creek.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1983): “Aportación al estudio de las síntulas en el occidente de la Península Ibérica”, en *CEG*, 34: 7-32.
- _(1987): *Castro da Forca. Campaña de 1984*. Arqueología/ Memorias, 8. A Coruña.
- _(1990): “Los castros de la cuencia media del río Ulla y sus relaciones con el medio físico”, en *TP*, 47: 161-199.
- _(1996): “Os castros galegos: espacio e arquitectura”, en *Gallaecia*, 14-15: 309-357.
- CARDOZO, M. (1928): “A pedra formosa”, en *Revista de Guimarães*, 38 (3-4): 139-152.
- _(1931-1932): “A última descoberta arqueologica na Citânia de Briteiros e a interpretação da Pedra Formosa”, en *Revista de Guimarães*, 41-42: 55-60; 201-209; 250-260.
- _(1996 [1971]): *Citânia de Briteiros e Castro de Sabroso*. Guimarães.
- CARO BAROJA, J. (1943): *Los pueblos del norte de la Península ibérica: análisis histórico-cultural*. Madrid.
- CARO DOBÓN, L. y LÓPEZ MARTÍNEZ, B. (2001): “Estudio antropológico de las inhumaciones del poblado de la Edad Media del Hierro de “La Corona- El Pesadero” (Manganeses de la Polvorosa, Zamora)”, en *AIEZFO*, 18: 13-26.
- CARR, G. (2007): “Excarnation to cremation: continuity or change?”. En C. Haselgrove y T. Moore (eds.): *The Later Iron Age in Britain and Beyond*. Exeter: 444-53.
- CARR, G. y C. KNÜSSEL (1997): “The ritual framework of excarnation by exposure as The mortuary practice of The early and middle Iron Ages of central southern Britain”. En A. Gwilt y C. Haselgrove (eds.): *Reconstructing Iron Age Societies*. Oxford: 167-73.
- CARREÑO GASCÓN, M^a C. (1995): “Prospección arqueológica no “Campo da Forca” (Lugo)”, en *Arqueoloxía-Informes*, 3. Campañas 1989. Santiago de Compostela: 65-69.
- CARRETERO VAQUERO, S. y ROMERO CARNICERO, M. V. (1996): *Los campamentos romanos de Petavonium (Rosinos de Vidriales, Zamora)*. Valladolid.
- CARRO OTERO, J. (1968): “Esqueleto prehistórico del castro de Meirás”, en *CEG*, 23, n° 69: 115-119.
- CARROL, M. (2001): *Romans, Celts and Germans: The German Provinces of Rome*. Stroud.
- _(2006): *Spirits of The Dead. Roman Funerary Commemoration in Western Europe*. Oxford.
- CARTAILHAC, E. (1886): *Les Âges Préhistoriques de l’Espagne et du Portugal*. París.
- CASCAJERO GARCÉS, J. de D. (1993): “Escritura, oralidad e ideología: Hacia una reubicación de las fuentes escritas para la Historia Antigua”, en *Gerión*, 11: 95-144.
- _(1997): “Necedad, sabiduría y verdad: El ser y el parecer o un debate por la legitimidad en la oralidad antigua”, en *Gerión*, 15: 27-78.
- _(1999): “Historia antigua y fuentes orales”, en *Gerión*, 17: 13-57.
- CASO BLANCO, E. (2007): “Prospección en el valle del Piloña- 2002. Zona Infiestu- Villamayor”. En *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1999-2002*, 5.: 471-476.
- CASTILLO PASCUAL, M^a J. (1996): *Espacio en orden. El modelo gromático-romano de ordenación del territorio*. Biblioteca de investigación, 4. Logroño.



- _(2000): "Las propiedades de los dioses: los *loca sacra*". En *Lo sagrado en el proceso de municipalización del Occidente latino*. Iberia: Revista de la Antigüedad, 3: 83-110.
- CASTILLO LÓPEZ, A. de (1914): "Origen y antigüedad de las pallazas del Cebrero", en *Boletín dela Real Academia Gallega*, 82: 241-248.
- CASTRO PÉREZ, L. (1995): "Una interpretación de la orfebrería castreña". En F. Pérez Losada y L. Castro Pérez (coords.): *Arqueoloxía e Arte na Galicia prehistórica y romana*. A Coruña: 123-145.
- _(1998): *The sacred torcs. Prehistory and Archaeology of a Symbol*. Durham.
- CASTRO, L. y REBOREDA, S. (2006): "Reflexiones sobre el relieve castreño de Formigueiro (Amoeiro, Ourense)", en *MM*, 47: 83-103.
- CASTRO VIGO, E. (2009). "Un nuevo ejemplar de los llamados bronce votivos sacrificiales", en *Gallaecia*, 28: 131-8.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1996): "Origen, desarrollo y cambio en la Edad del Hierro de las tierras leonesas". En *Actas de Arqueoleón. Historia de León a través de la Arqueología*. León: 41-67.
- _(2002): "El Bronce Final y la primera Edad del Hierro en el noroeste de la Meseta". En M. A. Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña. Coloquio de Arqueología en la Cuenca del Navia*, Navia: 189-210.
- _(2003): "Notas sobre las etapas de la cultura Castreña en El Bierzo". En J. A. Balboa de Paz, I. Díaz Álvarez y V. Fernández (coords.): *Actas de las Jornadas sobre Castro Ventosa. Cacabelos, León, 4-6 oct. 2002*: 13-33.
- CENTENO (2011): "Da República ao Imperio: reflexões sobre a monetização no occidente da Hispânia". En M^a P. García-Bellido, L. Callegarin y A. Jiménez (eds.): *Barter, Money and Coinage in The Ancient Mediterranean (10Th-1st centuries BC)*. Anejos de *AEspA*, 58. Madrid: 355-367.
- CHARRO LOBATO, C. (2008): "Estudios de los verracos del Valle Medio del Tajo. Una aproximación desde el paisaje". En ORJIA (coord.): *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la cultura material. Madrid, 3-5 de septiembre de 2008*. Vol I. Madrid: 329-334.
- CHIC GARCÍA, G. (1997): *El mito de la mujer, el horno, el hombre y el viento (Sobre el sentido de las palabras fornicar y follar)*. Sevilla.
- _(2008): "Los *saltus* y las explotaciones mineras". En *Saltus, ¿concepto geográfico, administrativo o económico?* XXVII Cursos de verano. Universidad del País Vasco. Irún, 23 y 24 de Julio de 2008. *Boletín Arkeolan*, 15. Sección 2: 143-163.
- CID LÓPEZ, R. (1990): "La sociedad astur bajo la dominación romana. Pervivencias indígenas". En *Historia de Asturias*. Oviedo. Tomo I: 157-176.
- CID LÓPEZ, R. M^a; GONZÁLEZ SANTANA, M. y ADÁN ÁLVAREZ, G. E. (2009): "El castro de Caravia y la Edad del Hierro en la Asturias oriental: Caravia-Diadema de Moñes-Vadinienses", en *Entemu*, 1: 87-113.
- CIPRÉS TORRES, P. (1993): *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*. Vitoria-Gasteiz.
- CLARKE, K. (1997): "In Search of The AuThor of Strabo's Geography", en *JRS*, 87: 92-110.
- CLASTRES, P. (2010 [1974]): *La sociedad contra el estado*. Madrid.
- CLAVEL-LÉVÊQUE, M. (1989): *Puzzle gaulois: les Gaules en mémoire, images, textes, histoire*. París.
- COELHO (2006 [1986]): *A cultura castreja no Noroeste de Portugal*. Paços de Ferreira.
- COIMBRA, F. A. (2007): "Lápides funerárias romanas com suástica em Portugal e na Galiza", en *Anuario Brigantino*, n^o 30: 117-42.
- COLES, J. (1977): "parade and display: experiments in Bronze Age Europe". En V. Markotic (ed.): *Ancient Europe and The Mediterranean. Studies presented in honour of Hugh Hencken*. WarmInster:



51-58.

COLLIS, J. (1997): "Celtic myths", en *Antiquity*, 71: 195-201.

CONCEYU D'ESTUDIOS ETNOGRÁFICOS BELENOS (1996): "Les Diademes Asturians con guerreros de Moñes (Piloña)", en *Asturies, memoria encesa d'un país*, 1: 7-10.

CONRAD, S. (2001): "Die Grabstelen der Provinz Moesia inferior: Zeugnisse der Romanisierung der unteren Donau". En S. Altekamp y S. Schäfer (eds.): *The Impact of Roman Settlement in The North-Western and Danube Provinces*. BAR int. ser. 921. Oxford: 91-113.

COOL, H.E.M. (2004): *The Roman Cemetery at Brougham, Cumbria. Excavations 1966-67*. Britannia Monograph, 21. Londres.

COOLEY, A. E. y COOLEY, M. G. L. (2004): *Pompeii. A Sourcebook*. Londres.

CORBIER, M. (1989): "Histoire monétaire, histoire des prix, histoire des mines". En *Minería y Metalurgia en las Antiguas Civilizaciones Mediterráneas y Europeas. Coloquio Internacional Asociado (Madrid, 24-28 Octubre, 1985)*, II. Madrid: 183-194.

CORREIA PINTO, G. (1998): "A necrópole romana de Montes Novos/Croca, Peñafiel". En T. Soeiro (ed.): *Monte Mozinho. 25 anos de trabalhos arqueológicos. Painel de Estudos (Peñafiel, 17-18 de Abril de 1998)*. Cadernos do Museo, 2. Peñafiel: 187-240.

CORZO SÁNCHEZ, R. (1986): *San Pedro de la Nave. Estudio histórico y arqueológico de la iglesia visigoda*. Zamora.

COSTA, J. (1917): *La religión de los celtiberos y su organización política y civil*. Madrid.

COSTABILE, F. y LICANDRO, O. (2000): *Tessera Paemeiobrigensis: un nuovo editto di Augusto dalla "Transduriana provincia" e l'imperium proconsulare del princeps*. Roma.

CRADDOCK, P. T. (1995): *Early Mining and Metal Production*. Edimburgo.

CRESCI MARRONE, G. (1991): "L'Épigraphie "pauvre" d'un milieu préalpin: le Canavese". En *Peuplement et exploitation du milieu alpin: Antiquité et Haut Moyen-Age. Actes du colloque 2-4- juin 1989, Bellevue*. Caesarodunum, 25: 69-74.

CRESCI MARRONE, G. Y SOLINAS, P. (2011): "Il messaggio epigrafico: riconoscimento del sepolcro e strategia della memoria". En Brecciaroli Taborelli, L. (ed.): *Oro, pane e scrittura. Memorie di una comunità "inter Vercellas et Eporediam"*. Studi e Ricerche sulla Gallia Cisalpina, 24. Roma: 89-106.

CRESPO ORTÍZ DE ZÁRATE, S. (1986): "Iupiter Solutorius Eaecus, un falso sincretismo religioso hispanorromano", en *Stud. Zam. Hist.*, 7: 345-51.

CRIADO BOADO, F. (1986): "Serpientes gallegas: madres contra ramerías". En J. C. Bermejo (ed.): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, vol. II. Madrid: 241-74.

_(1989a): "Megalitos, espacio, pensamiento", en *Trabajos de Prehistoria*, 46: 75-98.

_(1989b): "We, the post-megalithic people...". En I. Hodder (ed.): *The Meaning of Things. Material Culture and Symbolic Expression*. Londres: 79-89.

_(1993a): "Visibilidad e interpretación del registro arqueológico", en *TP*, 50 (1): 39-56.

_(1993b): "Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje", en *SPAL*, 2: 9-56.

_(1999): "Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje", en *CAPA*, 6: 1-82.

_(2006): "¿Se puede evitar la trampa de la subjetividad?: sobre arqueología e interpretación", en *Complutum*, 17: 247-254.

_(2012): *Arqueológicas. La razón perdida*. Barcelona.

CUESTA, F.; JORDÁ, J.; MAYA, J.L. y MESTRES, J.S. (1996): "Radiocarbono y cronología de los castros Asturianos", en *Zephyrus*, 49: 225-270.

CUESTA, J. F.; DELIBES, G. y ESPARZA, Á. (2010): "¿Existe una joyería vaccea?". En F. Romero y C. Sanz (eds.): *De la Región Vaccea a la Arqueología vaccea*. Vaccea Monografías, 4. Valladolid: 397-435.



- CUMBERPATCH, C. G. y HILL, J. D. (1993): “Volviendo a pensar en la Edad del Hierro”, en *TP*, 50 (1): 127-137.
- CUMONT, F. (1923) : *After Life in Roman Paganism*. Yale.
- _(1942): *Recherches sur le symbolisme funéraire des romains*. París.
- CUNLIFFE, B. (1983): *Danebury: Anatomy of an Iron Age Hillfort*. Londres.
- _(1986): *The city of Bath*. Gloucester.
- CURRÁS, B. X., ROMERO, D., SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J., PECHARROMÁN, J. L.; REHER, G. S. y ALONSO, F. (e.p.): “Minería de oro antigua en la cuenca del río Negro”. En Sánchez-Palencia (ed.): *Zonas Mineras*.

D

- D’AMBROSIO, A. y DE CARO, S. (1987): “La necropoli di Porta Nocera: Campagna di scavo 1983”. En H. Von Hesberg y P. Zanker (eds.): *Römische Gräberstrassen. Selbstdarstellung. Status. Standard*. München: 199-228.
- DARMON, J. P. y SCHNAP-GOURBEILLON, A. (1981): “Animaux et mythologie. La valeur sémantique du bestiaire dans la mythologie grecque”. En Y. Bonnefoy (dir.): *Dictionnaire des Mythologies*. Tomo 1. París : 36-42.
- DE BERNARDO STEMPEL, P. (2008) : “Linguistically Celtic ethnonyms: towards a classification”. En J. L. García Alonso (ed.): *Celtic and Ogher Languages in Ancient Europe*. Salamanca: 101-118.
- DE LA BÉDOYÈRE, G. (2002): *Gods with Thunderbolts. Religio in Roman Britain*. Charleston.
- DELATTRE, V. ; BULARD, A.; GOUGE, P. y PIHUIT, P. (2000): “De la relégation sociale à l’hypothèse des offrandes : l’exemple des dépôts en silos protohistoriques au confluent Seine-Yonne (Seine-et-Marne)”, en *Revue Archéologique du Centre de la France*, 39 : 5-30.
- DELATTRE, V. y SÉGUIER, J.-M. (2007): “Du cadáver à l’os sec”. En A. Saubigney ; C. Dunning ; G. Kaenel y M.-J. Roulière-Lambert (eds.): *L’âge du Fer dans l’arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l’âge du Fer. Actes du XXIX^e colloque international de l’AFEAF. Bienne, 5-8 mai 2005*. Vol. 2 : 605-620.
- DELERIVE, G. L. (ed.) (1998): *Les Celtes, rites funéraires en Gaule du Nord entre le VI^e et le I^{er} siècle avant J.-C.* Etudes et Documents, Fouilles 4. Namur.
- DELGADO DELGADO, J. A. (2000a): *Sacerdocios y sacerdotes de la antigüedad clásica*. XX.
- _(2000b): “Los sacerdotes de las ciudades del Occidente latino: una síntesis”, en *Iberia: Revista de la Antigüedad*, 3: 35-50.
- DELGADO, J. F. N. (1887): “Reconhecimento scientifico dos jazigos de mármore e de alabastro de Santo Adrião e das grutas compreendidas nos mesmos jazigos”. En *Comunicações da Comissao dos Trabalhos Geológicos de Portugal*, 2: 44-55.
- DELGADO M. (1970): “Elementos de símulas de bronze de *Conimbriga*”, en *Conimbriga*, 9: 15-40.
- DELIBES DE CASTRO, G. (2002): “El tesorillo de Las Motas (San Martín de Torres, León), nuevo documento para el estudio de la orfebrería prerromana en el territorio Astur Meridional”. En M. A. de Blas Cortina y A. Villas Valdés (eds.): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la Cultura Castreña. Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia*. Navia: 211-24.
- DELIBES, G.; ESCUDERO, Z.; ROMERO, F.; MORALES, A. (eds.) (1995): *Arqueología y Medio ambiente: el primer milenio a. C. en el Duero medio*. Valladolid.
- DELIBES, G. y ESPARZA, Á. (1988): Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte y la orfebrería celtibérica”. En *El Oro en la España Prerromana*. Revista de Arqueología: 108-129.
- DELIBES, G. y ESPARZA, Á. y VELASCO, X. (2012): “El mundo funerario de Cogotas I”. En J.



- A. Rodríguez Marcos y J. Fernández Manzano (eds.): *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Valladolid: 259-322.
- DELIBES Y FERNÁNDEZ MANZANO, (2000): “La trayectoria cultural de la Prehistoria reciente (6000-2500 BP) en la Meseta Norte española”. En *III Congreso de Arqueología Peninsular (Vila Real 1999), Pre-história recente da Península Ibérica, IV*. Porto: 95-122.
- DELIBES, G. y MARTÍN VALLS, R. (1982): *El Tesoro de Arrabalde y su entorno histórico*. Zamora.
- DEL OLMO, J. (1994-1995), “Arqueología aérea en tres núcleos campamentales romanos de Zamora y León”, en *Brigecio* 4-5, 109-118.
- DELPECH, F. y GARCÍA QUINTELA, M. V. (eds.): *Vingt ans après Georges Dumézil (1898-1986). mythologie comparée indo-européenne et idéologie trifonctionnelle: bilans, perspectives et nouveaux domaines. VIe colloque international d'anthropologie du monde indo-européen et de mythologie comparée. casa de Velázquez, Madrid, 27-28 novembre 2006*. Archaeolingua: Budapest.
- DENTAN, R. K. (1988): “Lucidity, Sex and Horror in Senoi Dreamwork”. En J.-L. Gackenbach y S. LaBerge (eds.): *Conscious Mind, Sleeping Brain: New Perspectives on Lucid Dreaming*: 37-63.
- DERKS, T. (1997): “The transformation of landscape and religious representations in Roman Gaul”, en *Archaeological Dialogues*, 4 (2): 126-63.
- _(1998): *Gods, temples and religious practices : transformation of religious ideas and values in Roman Gaul*. Amsterdam.
- _(2002): “Roman Imperialism and The sanctuaries of Roman Gaul”, en *JRA*, 15: 541-5.
- DE VRIES, H. (ed.) (2008): *Religion: beyond a concept (The future of The religious past)*. Nueva York.
- DESCOLA, Ph. (2004): “Las cosmologías indígenas de la Amazonia”. En A. Surrallés y P. García Hierro (eds.): *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*. IWGIA. Lima: 25-36.
- _(2005): *Par-delà nature et culture*. París.
- _(2012 [2005]): *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires.
- DIAS, L. A. T. (1997): *Tongobriga*. Lisboa.
- DÍAZ SANTANA, B. (1997): “Ofrendas, asentamientos y humedales: sistemas de control territorial en el Occidente de la Península Ibérica”, en *SPAL*, 6: 53-65.
- _(2002): *Los celtas en Galicia: arqueología y política en la creación de la identidad gallega*. Noia, A Coruña.
- DIEGO SANTOS, F., (1954): “Las nuevas estelas astures”, en *Boletín de Instituto de Estudios Asturianos*, XXIII, 461-94.
- _(2002): “La provincia Transduriana y la provincia Hispania Nova Citerior Antoniniana”, en *BIDEA*, Año nº 56, nº 159: 249-264.
- _(2009): *El conventus Asturum y anotaciones al Noroeste hispano*. Oviedo.
- DIELAUFIT, Ch., DIELAUFIT, F., DOMERGUE, C., FINCKER, M. y PICARD, V. (2011): “L'établissement Romaní de Las Rubias, dans la Sierra del Teleno (Corporales, province de León, Espagne)”. En J. M. Mata Perelló, L. Torró Iabat y M^a N. Fuentes Prieto (eds.): *Actas del Quinto Congreso Internacional sobre minería y metalurgia históricas en el suroeste europeo (León -2008). Libro en homenaje a Claude Domergue*: 59-98.
- DODDS, E. R. (1997 [1951]): *Los griegos y lo irracional*. Madrid.
- DOMERGUE, C. (1990): *Les mines de la peninsule iberique dans l'antiquité romaine*. Roma.
- DOMERGUE, C. y MARTIN, T., 1977, *Minas de oro romanas de la provincia de León II*. Excavaciones Arqueológicas en España, 94. Madrid.
- DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, A. y NUÑO GONZÁLEZ, J. (1993): *Excavación arqueológica 1993. Informes de trabajos*.
- _(1998): “Reflexiones sobre los sistemas defensivos tardoantiguos en la meseta norte. A propósito de la muralla de *El Cristo de San Esteban*, Muelas del Pan (Zamora)”. En R. Teja y C. Pérez, (eds.):



La Hispania de Teodosio, Actas del Congreso Internacional, Segovia-Coca octubre 1995, vol. 2: 435-450.

DOPICO CAINZOS, M^a D. (1986): “Los *conventus iuridici*: Origen, cronología y naturaleza histórica”, en *Gerión*, 4: 265-284.

_(1988): *La Tabula Lougeiorum. Estudios sobre la implantación romana en Hispania*. Veleia, Anexos 5. Vitoria.

DUBOURDIEU, A. (2005): “Nommer les dieux: pouvoir des noms, pouvoir des mots dans les rituels du *uotum*, de l’*euocatio* et de la *deuotio* dans la Rome antique”, en *ARG*, 7: 183-197.

DUECK, D.; LINDSAY, H. y POTHECARY, S. (2005): *Strabo’s Cultural Geography. The Making of a Kolossourgia*. Cambridge-Nueva York.

DUMEZIL, 2000 [1974]: *La religion romaine arcaïque*. París.

DUSANIĆ, S. (1999): “The miners’ cults in *Illyricum*”. En *Mélanges C. Domergue*. Pallas, 50 (2): 129-139.

DYSON, S. L. (1971): “Native Revolts in *The Roman Empire*” en *Historia*, 20: 239-74.

E

EARLE, T. K. y BRUMFIEL, E. M. (1987): “Specialization, Exchange, and Complex Societies: an Introduction”. En T. K. Earle & E. M. Brumfiel (eds.): *Specialisation, Exchange and Complex Societies: New Directions in Archaeology*. Cambridge: 1-9.

ECO, U. (1968): *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona.

ECHEVARRÍA, A. (1989): “La cronología de las inscripciones funerarias latinas de Álava”, en *Munibe*, 41: 133-152.

EDMONDS, M. (1999): *Ancestral Geographies of The Neolithic Landscapes Monuments and Memory*. Londres.

EDMONDSON, J. (2006): *Granite Funerary Stelae from Augusta Emerita*. Monografías Emeritenses, 9. Mérida.

EDMONDSON, J., NOGALES, T. y TRILLMICH, W. (2001): *Imagen y Memoria. Monumentos funerarios con retratos en la colonia Augusta Emerita*. Monografías Emeritenses, 6. Madrid.

EGELHAAF-GAISER(2011): “Troja im Weintropfen. Kriegserinnerung und alternative Erzählung in Ovids elegischen Kartenskizzen”. En U. Egelhaaf-Gaiser, D. Pausch y M. Rühl (eds.): *Kultur der Antike. Transdisziplinäres Arbeiten in den Altertumswissenschaften*. Berlín: 309-335.

EGUILETA FRANCO, J. M^a (2008): “Ourense, sucesión de ciudades estratificadas por el tiempo el entramado romano”, en *Porta da aira: revista de historia del arte orensano*, 12: 51-106.

ELIADE, M. (1967 [1957]): *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona.

ELORZA Y GUINEA, J. C. (1967): *Ensayo topográfico de epigrafía romana alavesa*. Estudios de Arqueología Alavesa, 2. Vitoria.

ELUÈRE, Ch. (1986-1987): “Enigmatiques images d’hommes dans l’orfèvrerie de l’Age du Fer”, en *Bulletin des Antiquités Nationales*, 18/19: 193-203.

ENCARNAÇÃO, J. (1975): *Divindades indígenas sob o domínio romano em Portugal*. Lisboa.

_(1985-1986): “Omissão dos teónimos em inscrições votivas”, en *Veleia*, (2-3): 303-310.

_(1993): “Arqueologia e epigrafia: uma complementaridade a potenciar”. En V. Oliveira Jorge (coord.): *1º Congresso de Arqueologia peninsular (Portos, 12-18 de Outubro de 1993)*. Vol. I. Porto.

ENCARNAÇÃO, J.; OLIVEIRA, J.; CARNEIRO, A. y TEIXEIRA, C. (2008): “Inscrição votiva de Arronches em língua lusitana (Arronches, Portalegre)”, en *Conimbriga*, 47: 85-102.

ERICE LACABE, R. (2006): “La sítila de *Caesaraugusta-Zaragoza* y los apliques tipo III de Delgado”, en *AEArq*, 79: 271-280.



- ESCACENA, J. L. (1992): “Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana”, en *SPAL*, 1: 321-343.
- ESCOBAR GARCÍA, (1974): “El topónimo Oviedo ¿es un teónimo?”, en *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 82: 375-400.
- ESPARZA ARROYO, Á. (1980): “Nuevos castros con piedras hincadas en el borde occidental de la Meseta”. En *Actas do I Seminario de Arqueología do Noroeste Peninsular (Guimarães, 1979)*. Vol. II. Guimarães: 71-86.
- _(1983): “Joyas celtibéricas de Zamora en el Museo Británico”, en *BSAA*, 49: 39-45.
- _(1984): “Explotaciones auríferas romanas en el valle del río Negro”, en *AIEZFO*, 1: 49-54.
- _(1986): *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*. Zamora.
- _(1988-1989): “Noticia preliminar sobre el nuevo tesoro de Arrabalde (Zamora)”, en *Zephyrus*, 41-42: 511-516.
- _(2010): “Etnicidad y Arqueología en *Asturia*”. En P. Bueno, A. Gilman, C. Martín y F.J. Sánchez-Palencia (eds.): *Arqueología, Sociedad, Territorio y Paisaje. Estudios sobre Prehistoria reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a M.ª Dolores Fernández-Posse*. BiblioTheca Praehistorica hispana, 28. Madrid: 291-310.
- _(2011): “Los castros al oeste de la Meseta”, en *Complutum*, 22 (2): 11-48.
- _(2012): “Nuestros ancestros: los astures”, en *Vaccea Anuario*, 5: 16-24.
- ESPARZA ARROYO, Á.; GONZÁLEZ GÓMEZ, O. y LUCIO MARTÍNEZ, R. (1999): “El inventario arqueológico de la Provincia de Zamora (1991-1995): avance de resultado”. En R. de Balbín Behrmann y P. Bueno Ramírez (eds.): *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo III. Primer Milenio y Metodología*. Zamora: 602-618.
- ESPARZA ARROYO, Á. y MARTÍN VALLS, R. (1997): “Estelas romanas y otros vestigios arqueológicos de Zamora en un pleito antiseñorial del siglo XIX”, en *BSAA* 63: 253-277.
- ÉTIENNE, R. (1958): *Le culte impérial dans la Péninsule Ibérique d'Auguste à Dioclétien*. París.
- EVANS-PRITCHARD, E. E. (1940): *The Nuer*. Oxford.

F

- FABIÃO, C. (1989): *Sobre as anforas do acampamento romano da Lomba do Canho (Arganil)*. Lisboa.
- _(1998): “O vinho na Lusitania: Reflexões em torno de um problema arqueológico”, en *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 1 (1): 169-198.
- _(1999): “A propósito do depósito de Moldes, Castelo de Neiva, Viana do Castelo: a baixela romana tardo-republicana em bronze no extremo ocidente peninsular”. En *Homenagem a Carlos Alberto Ferreira de Almeida*. Revista Portuguesa de Arqueologia, 2 (1): 163-198.
- _(2001): “Importações de origem mediterrânica no Sudoeste interior na segunda metade do I milénio a. C.: materiais da Cabeça de Vaíamonte (Monforte)”. En A. A. Tavares; M.ª J. Tavares y J. L. Cardoso (eds.): *Os Punicos No Extremo Occidente. Actas do Colóquio Internacional (Lisboa, 2000)*. Lisboa: 197-228.
- _(2004): “Arqueología militar romana da Lusitania: textos e evidências materiais”. En *Arqueología militar romana en Europa*. Valladolid: 53-73.
- _(2006): “El ejército romano en Portugal”. En A. Morillo y J. Aurrecoechea (eds.): *The Roman Army in Hispania. An Archaeological Guide*. León: 113-134.
- _(2007): “El ejército romano en Portugal”. En A. Morillo (ed.): *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*. León: 113-134 y 433-437.
- _(2008): *Lás ánforas de Lusitania*.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. y BRADLEY, R. (1995): “El silencio de las fuentes: prácticas funerarias en la Edad del Bronce del Noroeste y su contexto europeo”, en *Complutum*, 6: 153-166.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.ª L. (1994): “Ámbitos funerario y



- doméstico en la Prehistoria del NO. de la Península Ibérica”, en *Zephyrus*, 45: 143-159.
- FABRINI, F. (1968): “*Res divini iuris*”, en *NDI*, 15: 510-565.
- FANJUL PERAZA, A. (2005): *Los castros de Asturias. Una revisión territorial y funcional*. Teverga.
- FANJUL, A. y MARÍN, C. (2006): “La minería de hierro en la Asturias castreña. Nuevos datos y estado de la cuestión”, en *TP*, 63: 113-131.
- FANTHORPE, R. (1998): “Limba “*deep rural*” strategies”, en *Journal of African History*, 39: 15-38.
- FAYER, C. (1976): *Il culto della dea Roma*. Pescara.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. y GUERRA DOCE, E. (2003): “El caldero de Cabárceno”. En C. Fernández Ibáñez y J. Ruiz Cobo (eds.): *La Arqueología de la Bahía de Santander*. Santander. Tomo I: 335-349.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. y HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. (2010): “Sobre la evolución del paisaje castreño en El Bierzo. La punta de lanza tubular de El Couso y los castros de S a n Andrés de Montejos y Columbrianos”. En P. Bueno, A. Gilman, C. Martín Morales y F. J. Sánchez-Palencia (eds.): *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Estudios sobre Prehistoria reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en Homenaje a M^a Dolores Fernández-Posse*. BPH, 28: 211-23
- FERNÁNDEZ MONTES, F. (1945): “Los grabados de la “Llosa” de “El Llendón”, Villamayor (Asturias)”, en *AEArq*, 18: 61, 320-28.
- FERNÁNDEZ-OCHOA, C. (1982): *Asturias en la época romana*. Madrid.
- _(ed.) (2003): *Gijón, puerto romano. Navegación y comercio en el Cantábrico durante la Antigüedad*. Gijón.
- FERNÁNDEZ-OCHOA, C. y MORILLO, A. (1994): *De Brigantium a Oiaso. Una aproximación al estudio de los enclaves marítimos cantábricos en época romana*. Madrid.
- _(2002): “El Convento Araugustano y las Aras Sestianas: reflexiones sobre la primera organización administrativa del noroeste hispano”, en *Latomus*, 61(4): 889-910.
- FERNÁNDEZ-OCHOA, C.; MORILLO, A. y VILLA, A. (2005): “La torre de Augusto en la Campa de Torres (Gijón, Asturias). Las antiguas excavaciones y el epígrafe de Calpurnio Pisón”, en *AEArq*, 78: 129-146.
- FERNÁNDEZ PINTOS, P. (2008): “Sondaxes arqueológicas valorativas e actuacións en Castriño de Bendoiro, Lalín (Pontevedra)”, en *Actuacións Arqueolóxicas. Ano 2006*: 181-82.
- _(2009): “Segunda fase de intervención arqueológica no Castriño de Bendoiro, Lalín (Pontevedra)”, en *Actuacións Arqueolóxicas. Ano 2007*: 210-12.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid.
- _(2000a): “Las comunidades castreñas astures en época prerromana”. En F.-J. Sánchez-Palencia (ed.): *Las Médulas (León). Un paisaje cultura en la Asturia Augustana*. León: 47-108.
- _(2000b): “La mujer en la cultura castreña astur”. En P. González (coord.): *Espacios de Género en Arqueología. Arqueología Espacial*, 22: 143-160.
- _(2002): “Tiempos y espacios en la Cultura Castreña”. En M. A. de Blas y A. Villa (eds.): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña. Coloquios de Arqueología de la cuenca del Navia. Homenaje al Prof. Dr. José Manuel González y Fernández-Vallés*. Navia: 81-96.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. (1988): *La Corona y El Castro de Corporales II, Truchas (León). Campañas de 1983 y prospecciones en la Valdería y la Cabrera (León)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 153. Madrid.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. (1998): “Las comunidades campesinas en la cultura castreña”, en *TP*, 55(2): 127-50.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D.; SASTRE, I y SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. (2004): “Oro y organización social en las comunidades castreñas del noroeste de la Península Ibérica”. En A. Perea,



- I. Montero y O. García Vuelta (eds.). *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*. Anejos de *AEArq*, 32: 389-98.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D.; MONTERO, I.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. y ROVIRA, S. (1993): “Espacio y metalurgia en la cultura castreña: El Castrelín de San Juan de Paluezas”, en *TP*, 50: 127-150.
- FERNÁNDEZ RODRIGUEZ, C. (2003): *Ganadería, caza y animales de compañía en la Galicia romana: estudio zooarqueológico*. Brigantium, 15. A Coruña.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C.; LÓPEZ PÉREZ, C. y PRADO FERNÁNDEZ, O. (1999): “Resultados de la intervención arqueológica (segunda fase-1997) en el asentamiento de El Fresno-San Román de Bembibre”, en *Estudios Bercianos*, 25: 63-73.
- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ-VALLÉS, J. M. (1975): “Estaciones rupestres de la Edad del Bronce en Asturias”, en *Archivum*, 25: 513-540.
- FEUGÈRE, M. (1991): “Les gobelets”. En M. Feugère, C. Rolley (eds.): *La vaisselle tardo-républicaine en bronze. Actes de la table-ronde CNRS de Lattes, avril 1990 (Centre de Recherche sur les Techniques Gréco-Romaines, 13)*. Dijon : 53-59.
- FERRÁNDIZ MARTÍN, F. (1999): El culto a María Lienza en Venezuela: tiempos, espacios, cuerpos”, en *Alteridades*, 9 (18): 39-55.
- FERREIRA, A. P. R. (2004): *Epigrafia funeraria romana da Beira interior: Inovação ou continuidade?*. Trabalhos de Arqueologia, 34. Lisboa
- FERREIRO LÓPEZ, M. (1988): “La campaña militar de César en el año 61”. En *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Vol. II. Santiago de Compostela: 363-372.
- FERRER SIERRA, S. (2003): “El decurso de la *via Nova*”. En J. A. Balboa de Paz, I. Díaz Álvarez, V. Fernández Vázquez (coords.): *Actas de las Jornadas sobre Castro Ventosa*. Cacabelos: 115-130.
- FISHWICK, D. (1987-2005): *The Imperial Cult in Latin West. Studies in The Ruler Cult of The Western Provinces of The Roman Empire*. Vols. I-IV. Leiden-Nueva Cork-Colonia.
- FLORES GOMES, J. M., and D. CARNEIRO. 2005. *Subtus Montis. Terroso. Património Arqueológico no Concelho da Póvoa de Varzim*. Póvoa de Varzim.
- FLEMING, A. (2006): “Post-processual LandScape Archaeology: a Critique”, en *Cambridge Archaeological Journal*, 16 (3): 267-280.
- FONTE, J. ; SANTOS ESTÉVEZ, M. ; BACELAR ALVES , L. y LÓPEZ NOIA, R. (2009): “La Pedra da Póvoa (Tras-os-Montes, Portugal). Una pieza escultórica de la Edad del Hierro”, en *TP*, 66 (2): 161-170.
- FORMIGÉ, J. (1949): *Le trophée des alpes (La Turbie)*. Gallia, II. París.
- FORNI, G. (1988): “Epigraphica III”, en *Epigraphica*, 50: 138-141
- FOWLER, Ch. (2004): *The Archaeology of Personhood: An Anthropological Approach*. Londres-Nueva York.
- FRANKOWSKY, F. (1920): *Estelas discoidales de la Península Ibérica*. Madrid.

G

- GABALDÓN, M^a M. y QUESADA, F. (1998): “¿Jinetes y caballos en el Más Allá Ibérico?. Un vaso cerámico en el Museo Arqueológico de Linares”, en *Revista de Arqueología*, 201: 16-23.
- GABELMANN, H. (1972): “Die Typen der römischen Grabstelen am Rhein”, en *Bonner Jahrbuch*, 172: 65-140.
- GALÁN, E. y RUÍZ GÁLVEZ, M. (1996): “Divisa, dinero y moneda. Aproximación a los patrones metrológicos prehistóricos peninsulares”. En M.^aA. Querol y T. Chapa (eds.): *Homenaje al*



profesor Manuel Fernández- Miranda. Complutum extra 6. Madrid: 191- 215.

GALLEGO FRANCO, H. (1998): “Onomástica y estructuras familiares: la mujer en Hispania central romana”, en *HAnt*, 22: 300-303.

_(2000): “Mujer y romanización en Hispania Central a través de las fuentes epigráficas: el caso salmantino y zamorano”, en *Stud. Hist., Hª antig.* 18: 257-276.

GALVÁN, V.; FERNÁNDEZ-POSSE, Mª D.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. y GALVÁN, J. (1993): “Tipos cerámicos y geoquímica: El Castrelín de San Juan de Paluezas (León)”, en *AEArq*, 66: 248-257.

GARCIA, J. Mª (1989 [1991]): *Religiões antigas do Portugal: aditamentos e observações às religiões da Lusitânia de J. Leite de Vasconcelos*. Lisboa.

GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, (1990): *Guerra y religión en la Gallaecia y Lusitania antiguas*. Edicions do Castro, Sada, A Coruña.

GARCÍA FERNÁNDEZ, E. B. (2007): “Ciudadanía e Imperio”, en *Gerión Extra* 1: 311-321.

_(2010): “Latinidad y onomástica en el Noroeste”. En I. Sastre y A. Beltrán (eds.): *El Bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*. Actas de la Junta de Castilla y León: 145-156.

GARCÍA IGLESIAS, J.; GUTIERREZ CLAVEROL, M.; ORUETA, J. y SUÁREZ, O. (1981): “Mineralizaciones asociadas al metamorfismo de contacto del complejo ígneo de Infiesto”, en *Publ. Mus. Lab. Min. Geol. Fac. Ciencias Porto*, CXI: 155-181.

GARCÍA MARCOS, V. (2002): “Novedades acerca de los campamentos romanos en León”. En A. Morillo (coord.): *Arqueología Militar Romana en Hispania. Anejos de Gladius*, 5. Madrid: 167-212;

GARCÍA MARCOS, V. y MORILLO, A. (2000-2001): “El campamento de la *Legio VII Gemina* en León. Novedades sobre su planta y sistema defensivo”, en *Lancia*, 4: 103-126.

GARCÍA MARCOS, V. y VIDAL ENCINAS, J. (1995): “*Asturica Augusta* y *Castra Legionis VII Geminae* en la *Asturia Cismontana*”. En VVAA: *Catálogo de la Exposición “Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano”*. Gijón: 113-127.

GARCÍA MARTÍNEZ, S. Mª (1997): “Los restos epigráficos de *Petavonium*: nuevas aportaciones”, en *Stud. Zam. Hist.*, IV: 9-20.

_(1998): “*Ara votiva romana de San Pedro de Trones (León)*”, en *HAnt*, 22: 325-331.

_(1998-1999): “La población exógena en los distritos mineros del noroeste hispanorromano según testimonios epigráficos”, en *Lancia*, 3: 144

_(2000): “La iconografía animal en el mundo de ultratumba de los zoelas”, en *Brigantia* 20, 1-2: 93-106.

GARCÍA MERINO, C. (1970): “La ciudad romana de Uxama”, en *BSAA*, 36: 383-440.

_(2008): “Nuevos documentos epigráficos del valle del Duero: un altar dedicado a Plutón y una estela funeraria rubricata”, en *AEArq*, 81: 265-271.

GARCÍA MORENO, L. (1988): “*Hispaniae tumultus*. Rebelión y violencia indígena en la España romana de época republicana”, en *Polis*, 1: 85 y ss.

GARCÍA QUINTELA, M. V. (1991): “El sacrificio humano adivinatorio céltico y la religión de los lusitanos”, en *Polis*, 3: 25-37

_(1997): “Las puertas del Infierno y el Río del Olvido (un tema mítico céltico en la etnografía ibérica de Estrabón)”, en *Gallaecia*, 16: 145-157.

_(1999): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana, III*. Madrid.

_(2002): *La organización socio-política de los populi del noroeste de la Península Ibérica. Un estudio de Antropología política histórica comparada*. TAPA, 28. Santiago de Compostela.

_(2007): “La organización social y política de los galaicos-lusitanos”. En F. J. González García



- (coord.): *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid: 323-376.
- _(2009): “Sociedad y religión en la Galicia Antigua: una historia del tiempo abolido”, en *Gerion*, 27 (2): 79-105.
- _(2012-2013): “Una dialéctica de la distancia: Estrabón sobre Iberia y la oikumene”. En F. Prados, I. García y G. Bernard (eds.): *Confines. El extremo del mundo durante la Antigüedad*. San Vicente del Raspeig: 49-71.
- _(2013): “Sobre lugares y discursos: antropología de la topología comparada”. En F. Criado; A. Martínez Cortizas y M. V. García Quintela (eds.): *Petroglifos, paleoambiente y paisaje. Estudios interdisciplinarios del arte rupestre de Campo Lameiro*. Madrid: 211-224.
- GARCÍA QUINTELA, M. V.; CRIADO BOADO, F.; GONZÁLEZ GARCÍA, F. J.; PARCERO OUBIÑA, C. Y SANTOS ESTÉVEZ, M. (2003): *Souveraineté et sanctuaires dans l’Espagne celte: études comparées d’histoire et d’archéologie*. Bruselas.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. y GONZÁLEZ GARCÍA, A. C. (2009): “Arqueoastronomía, antropología y paisaje”, en *Complutum*, 20 (2): 39-54.
- GARCÍA QUINTELA, M. V.; GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. y CRIADO BOADO, F. (eds.) (2004): *Anthropology of The Indo-European World and Material cultura*. Budapest.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. (coord.); Brañas Abad, R.; Criado Boado, F.; Parcero Oubiña, C. y Santos Estévez, M. (2006): *Soberanía e santuarios na Galicia castrexa*. A Coruña.
- GARCÍA QUINTELA, M. V.; CRUZ ANDREOTTI, G. y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (2007): *Geografía de Iberia. Estrabón*. Madrid.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. y GONZÁLEZ GARCÍA, A. C. (2010): “Campo Lameiro y Peñalba de Villastar: miradas cruzadas sobre lugares de culto prerromanos peninsulares y su romanización”. En F. Burillo (ed.): *VI Simposio sobre celtíberos. Ritos y mitos. Daroca (Zaragoza), 27-29 de noviembre de 2008*. Zaragoza: 113-122.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. y SANTOS ESTÉVEZ, M. (2000): “Petroglifos podomorfos de Galicia e investiduras reales célticas: estudio comparativo”, en *AEArq*, 73: 5-26.
- _(2004): “Alineación arqueoastronómica en A Ferradura (Amoeiro-Ourense)”, en *Complutum*, 15: 51-74.
- _(2008a): *Santuarios de la Galicia céltica*. Madrid.
- _(2008b): “Los “santuarios” de Galicia en la Edad del Hierro: “A Ferradura” (Amoeiro, Ourense) como ejemplo”. En X. Dupré Réve ntós, S. Ribichini, S. Verger (coords.): *Saturnia Tellus: definizioni dello spazio consacrato in ambiente etrusco, italico, fenicio-punico, iberico e celtico : atti del convegno internazionale svoltosi a Roma dal 10 al 12 novembre 2004*. Roma: 527-546.
- _(2010): “Sobre los petroglifos podomorfos y sus interpretaciones”, en *Zephyrus*, 66: 227-235.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. y SEOANE VEIGA, Y. (2011): “La larga vida de dos rocas orensanas”, en *AEArq*, 84: 243-266.
- GARCÍA ROZAS, R. (1995): “Arqueología romana en la provincia de Zamora”. En *Historia de Zamora. De los orígenes al final de Medioevo*. Zamora. Tomo I: 267-336.
- _(2010): “Algunos ejemplos de placas funerarias en la provincia de Zamora”. En I. Sastre y A. Beltrán (eds.): *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*: 201-10.
- GARCÍA ROZAS, R. y ABÁSULO, J.A. (1995-2007): “Algunas aportaciones al conocimiento del panteón indígena en el occidente peninsular”. En *Diis Deabusque. Actas do II Coloquio Internacional de Epigrafia. “Culto e sociedade”*. Sintria, III-IV. Sintra: 165-180.
- GARCÍA VARGAS, E.; ROBERTO DE ALMEIDA, R. y GONZÁLEZ CESTEROS, H. (2011): “Los tipos anfóricos del Guadalquivir en el marco de los envases hispanos del siglo I a. C. Un universo heterogéneo entre la imitación y la estandarización”, en *Spal*, 20: 185-283.



GARCÍA VUELTA, O. (2001): “El conjunto de Cangas de Onís: arqueología del oro castreño Asturiano”, en *TP*, 58 (2): 109-28.

_(2007): *Orfebrería castreña*. Madrid.

GARCÍA VUELTA, O. y ARMADA PITA, X. L. (2003): “Documentación y arqueología del oro castreño: acerca de F. Maciñeira y el torques de Capelada (San Xiao de Montoxo, Cedeira, A Coruña)”, en *Brigantium*, 14: 117-138.

_(2011): “Tesoros olvidados. Propuestas para el estudio e interpretación del conjunto de orfebrería castreña de Recousa (San Martiño de Marzoa, Oroso, A Coruña)”. En C. M. Braz Martins, A. M. S. Bettencourt, J. I. F. P. Martins y J. Carvalho (coords.): *Povoamento e exploração dos recursos mineiros na Europa atlântica ocidental*. Braga: 453-462.

GARCÍA VUELTA, Ó. y A. PEREA (2001): “Las diademas-cinturón castreñas: el conjunto con decoración figurada de Moñes (Villamayor, Piloña, Asturias)”, en *AEArq*, 74: 3-23.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1941): “El castro de Coaña (Asturias) y algunas notas sobre el posible origen de esta cultura”, en *AEArq*, 14 (42): 188-217.

_(1943): “Los Albiones del noroeste de España y una estela hallada en el Occidente de Asturias”, en *Emerita*, 11: 417-430.

_(1949): *Esculturas romanas de España y Portugal*. Madrid.

_(1961): “El *exercitus hispanicus* de Augusto a Vespasiano”, en *AEArq*, 34: 114-160.

_(1966): “Nuevos documentos militares en Hispania”, en *AEArq*, 39: 24-40.

_(1968): “Cámara funeraria de la cultura castreña”, en *AEArq*, 41 (117-118): 16-44.

GARCÍA-BELLIDO, M^a P. (2011): “Hackgold and Hacksilver in protomonetary Iberia”. En M^a P. García-Bellido, L. Callegarin y A. Jiménez (eds.): *Barter, Money and Coinage in The Ancient Mediterranean (10Th-1st centuries BC)*. Anejos de *AEspA*, 58. Madrid: 121-138.

GARCÍA Y FERNÁNDEZ-ALBALAT, B. M^a (1985): “Las divinidades indígenas de la Hispania prerromana. En pos de una metodología”, en *Trabalhos de Antropología e Etnología*, XXV, nº 2-4: 275-283.

GARDNER, P. M. (2000): “Respect and Nonviolence among Recently Sedentary Paliyan Foragers”, en *Journal of The Royal Anthrological Institute*, 6: 215-236.

GARNACHO, T. M. (1878): *Breve noticia de algunas antigüedades de la ciudad y provincia de Zamora*. Zamora.

GARNSEY, P. (1984): “Religious Toleration in Classical Antiquity”. En W. J. Sheils (ed.): *Persecution and Toleration*. Londres: 1-27.

GARRIDO, E. A., MAR, R. y MARTINS, M^a M. (2008): *A Fonte do Ídolo, Bracara Augusta*. Escavações Arqueológicas, 4. Braga.

GARWOOD, F.; JENNINGS, D.; SKEATES, R. y TOMS, J. (eds.) (1991): *Sacred and profane: proceedings of a conference on archaeology, ritual and religion, Oxford, 1989*. Oxford University Committee for Archaeology monograph, nº 32. Oxford.

GAZIN-SCHWARTZ, A. y HOLTORF, C. (1999): “«As long as ever I’ve known it..». On folklore and archaeology”. En A. Gazin-Schwartz y C. Holtorf (eds.): *Archaeology y Folklore*. Londres-Nueva York: 3-25.

GEERTZ, C. (2005 [1973]): *La interpretación de las culturas*. Barcelona.

GIBSON, Th. P. (1986): *Sacrifice and Sharing in The Philippine Highlands: Religion and Society among The Buid of Mindoro*. Londres School of Economics Monographs on Social Anthropology, 58. Londres.

GIL SENDINO, F. y VILLA VALDÉS, Á. (2006): “La circulación monetaria en los castros astrianos. ¿Testimonio de asentamientos militares en zonas civiles?”. En M^a Paz García-Bellido (coord.): *Los*



- campamentos romanos en Hispania (27 a. C.-192 d. C.). El abastecimiento de moneda.* Anejos de *Gladius*, 9. Madrid. Vol., II: 501-519.
- GILES, M., (2007): "Making metal and forging relations: ironworking in the british Iron Age", en *OJA*, 26 (4): 395-413.
- GILMAN, A. (1995): "Prehistoric European Chiefdoms. Rethinking "Germanic Societies"". En T. Douglas y G. M. Feinman (eds.): *Foundations of social inequality*, New-York-Londres: 235-51.
- GIMENO PASCUAL, H. (2004): "La epigrafía en San Pedro de la Nave". En L. Caballero Zoreda (coord.): *La Iglesia de San Pedro de la Nave, Zamora*. Zamora: 239-274.
- GLADIGOW, B. (1994): "Zur Ikonographie und Pragmatik römischer Kultbilder". En H. Keller y N. Staubach (eds.): *Iconologia Sacra. MyThos, Bildung und Dichtung in der Religions u n d Sozialgeschichte Alteuropas*. Festschrift K. Hauck, 75. Berlin-Nueva York: 9-24.
- GLEBA, M. (2008): *Textile Production in Pre-Roman Italy*. Oxford.
- GODELIER, M. (2004): *Mémorphoses de la parenté*. París.
- GOLDBERG, D. M. (2009): "The dicoThomy in Romano-Celtic syncretism". En M. Driessen, S. HEeren, J. Hendriks, F. Kemmers y R. Visser (eds.): *TRAC 2008. Proceedings of The Eighteenth Annual Theoretical Roman Archaeology Conference. Amsterdam, 2008*: 187-202.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (2008 [1982]): *Estrabón. Geografía I (Libros I-II-III)*. Biblioteca Gredos: Madrid.
- GÓMEZ MORENO, M. (1903-1908): *Catálogo monumental. Provincia de Salamanca*. Madrid.
- _(1904): *Sobre Arqueología primitiva en la región del Duero*. Madrid.
- _(1909): "Nueva inscripción del Bierzo", en *BRAH*, 54: 342.
- _(1925): *Catálogo monumental. Provincia de León*. Madrid.
- _(1927): *Catálogo monumental de España. Provincia de Zamora*. Madrid.
- GÓMEZ-PANTOJA, J. L. y GARCÍA PALOMAR, F. (1995): "Nuevas inscripciones latinas de San Esteban de Gormaz (Soria)", en *BSAA*, 61: 187-188
- GONÇALVES, A. y CARVALHO, P. C. (2004): "Intervención arqueológica en el Castelo da Lousa (1997-2002): Resultados preliminares". En P. Moret y T. Chapa (eds.): *Torres, atalayas y casas fortificadas. Explotación y control del territorio en Hispania (S. III a. de C.-S. I d. de C.)*. Madrid: 65-76.
- GONZALES, A. (2002): "Provenance des esclaves au Haut Empire. Pax romana et approvisionnement". En *Routes et marchés d'esclaves. 26 colloque du GIREA*. Besançon: 65-85.
- GONZÁLEZ, M^a L.; ENCINA PRADA, M^a Y VIDAL, J. M. (2003): "Un recinto funerario romano en *Asturica Augusta* (Astorga, León)", en *Bolskan*, 20: 297-308.
- GONZÁLEZ-ALCALDE, J. (2006): "Totemismo del lobo, rituales de iniciación y cuevas-santuario mediterráneas e ibéricas", en *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 25: 249-269.
- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. (2007): "Aproximación etnoarqueológica a los Vaqueiros d'Alzada: un grupo ganadero trashumante de la montaña Asturiana", en *ArqueoWeb*, 8(2). <http://www.ucm.es/info/arqueoweb> (última visita: 13/4/2010).
- _(2008): "Etnoarqueología del paisanaje tradicional como fuente de información en Arqueología". En ORJIA (coord.): *Actas de las I Jornadas de jóvenes en investigación arqueológica: dialogando con la cultura material*. Madrid. Vol. I: 237-244.
- _(2011): "De la cultura castreña al mosaico castreño: una aproximación en términos sociales a la variabilidad de las formas de poblamiento de las comunidades castreñas del normeste peninsular y orla cantábrica", en *Estrat Crític*, 5 (1): 213-226.
- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.; MENÉNDEZ BLANCO, A.; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V. y JIMÉNEZ CHAPARRO, J. I. (2011a): "El Mouro y la presencia del ejército romano en La Mesa". En G. Mañana Vázquez (ed.): *El Camín Real de La Mesa*. Oviedo. Vol. II: 159-168.



- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D.; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V.; JIMÉNEZ CHAPARRO, J. I.; MENÉNDEZ BLANCO, A. y COLLOTO MONTERO, J. (2011b): “¿Un nuevo establecimiento militar romano en la *Asturia Transmontana*? El Picu Viyao (Piloña, Asturias)”, en *Férvedes*, 7: 225-234
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, E. (1995): “Excavación arqueológica de urgencia na rúa San Roque, nº 31-33 (Lugo)”, en *Arqueoloxía-Informes*, 3. *Campañas 1989*. Santiago de Compostela.
- _(2005): *Imago Antigua. Lugo Romano*. Catálogo. Lugo.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M^a L. (1995-96): “De campamento a *civitas*: la primera fortificación urbana de *Asturica Augusta* (Astorga, León)”, en *Numantia*, 7: 95-116.
- _(1996): “Consideraciones sobre el origen militar de *Austrica Augusta*”. En C. Fernández Ochoa (coord.): *Los finisterres atlánticos en la antigüedad: época prerromana y romana. Homenaje a Manuel Fernández Miranda*: 85-90.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M^a L. y CARREÑO, M^a. C. (1998): “La capital del extremo noroeste hispánico: *Lucus Augusti* y su tejido urbano a la luz de las últimas intervenciones arqueológicas”. En A. Rodríguez Colmenero (coord.): *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico. Actas del Congreso Internacional*. Lugo 15-18 de Mayo, 1996. Lugo: 243-251.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M^a L. y RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (2002): “Dos hallazgos singulares en las recientes excavaciones de Lugo: un edículo sacro y un alfabeto latino de época romana”, en *Larouco*, 3: 243-251.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. (2006): “El noroeste de la Península Ibérica en la Edad del Hierro ¿una sociedad pacífica?”, en *CEG*, LIII, nº 119: 131-155.
- _(2007): “Celtismo e historiografía en Galicia: en busca de los celtas perdidos”. En F. J. González García (coord.): *Los pueblos de la Galica céltica*. Akal, Madrid: 9-130.
- _(2008): “La guerra en la *Gallaecia* antigua: del guerrero tribal al soldado imperial”. En R. Villares Paz y M. Cabo Villaverde (coords.): *Guerra, violencia e conflitividade na historia*. Semata: Ciencias sociais e humanidades, 19: 21-64.
- _(2009): “Between warriors and champions: warfare and social change in *The Later Prehistory of north-western Iberian Peninsula*”, en *OJA*, 28 (1): 59-76.
- _(2011): “Los Célticos de *Gallaecia*: apuntes sobre etnicidad y territorialidad en la Edad del Hierro del Noroeste de la Península Ibérica”, en *Complutum*, 22 (1): 117-132.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. y BRAÑAS ABAD, R. (1995): *Galicia romana*. La Coruña.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. y GARCÍA QUINTELA, M. V. (2005): “De la idolatría en el Occidente Peninsular Prerromano”, en *Ilu, Revista de Ciencias de las Religiones*, 10: 27-62.
- GONZÁLEZ GARCÍA, A. C.; GARCÍA QUINTELA, M. V.; BELMONTE, J. A. y SANTOS ESTÉVEZ, M. (2008): “Calendaric deer, time reckoning and landscape in NW Spain Iron Age”. En J. Vaiškūnas (ed.): *Astronomy and Cosmology in Folk Traditions and Cultural Heritage. Conferences procEEding, 2007*. Klaipėdia: 66-70.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J.; PARCERO, C. y AYÁN, X. (2012): “Iron Age Societies against *The State*. An Account of *The Emergence of The Iron Age in North-western Iberia*”. En X. L. Armada Pita y T. Moore (eds.): *Atlantic Europe in The first millennium BC: crossing The divide*. Oxford: 285-301.
- GONZÁLEZ REYERO, S. (2009): “Nature and *The* symbolization of landscape in *The Iberian iconography (III-II BC)*. Images and social dynamics”. En L. Lévêque, M. Ruiz del Árbol y L. Pop (eds.): *Patrimoine, Images, Mémoire des paysages européens-Heritage, Images, Memory of European Landscapes*. París: 41-57.
- _(2012): “Representing nature: images and social dynamics in ancient societies”. En A. Chevalier; E. Marinova y L. Peña-Chocarro (eds.): *Plants and People: Choices and Diversity Through time*. Oxford: 28-39.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M^a. C. (1986): “Estructuras sociales indígenas del área indoeuropea de



Hispania en época romana: pervivencias y transformaciones”. En *Asimilación y resistencia a la romanización en el norte de Hispania*. Bilbao: 150-160.

_(1997): *Los astures y los cántabros vadinienses*. Anejos de Veleia, Series minor 10: Vitoria-Gasteiz.

_(1998): “Las estructuras sociales indígenas entre los pueblos del Norte”. En J. F. Rodríguez Neila y F. J. Navarro Santana (eds.): *Los pueblos prerromanos del Norte de Hispania. Una transición cultural como debate histórico*. Pamplona: 325-251.

_(2005): “Sobre la *religio* de los pueblos del NW durante el Alto Imperio: algunas observaciones”, en *Palaeohispanica*, 5: 775-92.

_(2008): “Noms des Divinités Préromaines du Nord-Ouest Hispanique: Bilan Provisoire”. En J. d’Encarnação (ed.), *Divindades indígenas em análise. VII workshop FERCAN*. Coimbra-Porto: 81-104.

_(2009): “Santuarios y epigrafía en las ciudades hispanorromanas: una aproximación”. En P. Mateos, S. Celestino, A. Pizzo y T. Tortosa (eds.): *Santuarios, oppida y ciudades: arqueología sacra en el origen del desarrollo urbano del Mediterráneo occidental, Actas del IV Simposio Internacional de Arqueología en Mérida*. Anejos de *AEArq* 45 Madrid: 407-416.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M^a C. y MARCO SIMÓN, F. (2009): “Divinidades y devotos indígenas en la *Tarraconensis*: las dedicaciones colectivas”, en *Palaeohispanica*, 9. *Acta Palaeohispanica X*: 65-81.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M^a C. y RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. (2010): “Observaciones sobre la fórmula *in hono. Argael*. en un epígrafe de Cacabelos, León (*CIL* III 5672)”, en *Palaeohispanica*, 10. *Serta Palaeohispanica J. de Hoz*: 63-79.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M^a C. y SANTOS YANGUAS, J. (eds.) (1994): *Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*. Vitoria.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2001): “Etnoarqueología de la vivienda en África subsahariana: Aspectos simbólicos y sociales”, en *Arqueoweb*, 3(2). En www.ucm.es/info/arqueoweb/numero3_2/conjunto3_2.htm (última visita 10/3/2011).

_(2003): *La experiencia del otro: una introducción a la etnoarqueología*. Madrid.

_(2006a): “House societies versus kinship-based societies. An archaeological case from Iron Age Europe”, en *Journal of Anthropological Archaeology*, 25 (1): 144-73.

_(2006b): “Past The last outpost. Punic merchants in The Atlantic Ocean (5Th-1st c. BC)”, en *Journal of Mediterranean Archaeology* 19 (1): 121-150.

_(2006-2007): *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a. C.- 50 d. C.)*. Tomo I y II. A Coruña. Brigantium, 18 y 19.

_(2007): “Arqueología simétrica: un giro teórico sin revolución paradigmática”, en *Complutum*, 18: 283-319.

_(2011): “The Politics of Identity: Ethnicity and The Economy of Power in Iron Age Northwest Iberia”. En S. Stoddart and G. Cifani (eds.): *Landscape, Ethnicity, Identity in The Archaic Mediterranean Area*. Oxford: 245-266.

GONZÁLEZ RUIBAL, A.; RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, R.; ABOAL FERNÁNDEZ, R. y CASTRO HIERRO, V. (2007): “Comercio mediterráneo en el castro de Montealegre (Pontevedra, Galicia). Siglo II a. C.-inicios del s. I d. C.”, en *AEArq*, 80: 43-74.

GONZÁLEZ RUIBAL, A.; RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, R. y AYÁN VILA, X. M. (2010): “Encounters in The ditch: middle ground in an Iron Age hillfort in Galicia (Spain)”. En Roma 2008. *International Congress of Classical Archaeology Meetings between cultures in The Ancient Mediterranean*. Bollettino di Archeologia on line. Volume speciale: 25-31.

GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R. (2001): *El mundo funerario romano en el País Valenciano: Monumentos Funerarios Y Sepulturas Entre Los Siglos I A. de C.- VII D. de C.* Madrid-Alicante.



- GOODY, J. (ed.) (1968): *Literacy in Traditional Societies*. Cambridge.
- GORDON, R. (1990): "Religion in *The Roman empire: The civic compromise and its limits*". En M. Beard and J. North (eds.), *Pagan Priests. Religion and power in The ancient world*. Londres: 235-255.
- GORROCHATEGUI, J. (2010): "Los altares del santuario aquitano de Montsérié, Hautes-Pyrénées". En J. A. Arenas (ed.): *Celtic religion across space and time. IX Workshop F.E.R.C.A.N. Molina de Aragón*: 62-92.
- GOSDEN, Ch. (2004): *Archaeology and colonialism: cultural contact from 5000 B.C. to The present*. Cambridge.
- GOSDEN, Ch. y LOCK, G. (2007): "The aesthetics of landscape on *The Berkshire Downs*". En C. Haselgrove y R. Pope (eds.): *The Earlier Iron Age in Britain and The near Continent*. Oxford: 279-292.
- GRAEBER, (2004): *Fragments of an Anarchist Anthropology*. Chicago.
- GRAU, L y HOYAS, J. L. (eds.) (2001): *El bronce de Bembibre. Un edicto del emperador Augusto*. León.
- GREEN, M. J. (1986): *The gods of The Celts*. Gloucester.
- _(1989): *Symbol and Image in Celtic Religious*. Londres-Nueva York.
- _(1991): *The sun-gods of ancient Europe*. Londres.
- GRÜNER, A., 2005, "Die Altäre des L. Sestius Quirinalis bei Kap Finisterre: Zur geopolitischen Konstruktion des römische Herrschaftsraums", en *Madriider Mitteilungen*, 46: 247-266.
- GUERRA, A. (2008): "Algumas questões relativas à identificação e enumeração das divindades pré-romanas do Occidente peninsular". En J. d'Encarnação (ed.): *Divindades indígenas em análise. VII workshop FERCAN*. Coimbra-Porto: 125-43.
- GURT, J. M. y MACÍAS, J. M. (2002): "La ciudad y el *territorium* de *Tarraco*: el mundo funerario". En D. Vaquerizo (ed.): *Espacios y usos funerarios en el occidente romano*. Córdoba. Vol. I: 87-112.
- GUZMÁN ARMARIO, Francisco Javier (2007): "La religión como agente de romanización en Hispania: consideraciones para un debate", en Hernández Guerra, Liborio (ed.): *El mundo religioso hispano bajo el Imperio Romano. Pervivencias y cambios*. Valladolid: 293-304.

H

- HARDY, E. G. (1906): *Studies in Roman History*. Londres.
- HARRIS, W. V. (1989): *Ancient Literacy*. Cambridge-Londres.
- HARTMANN, A. (1982): *Prahistorische goldfunde aus Europa. II. Studie zu den Anfängen der Metallurgie*, Band, 5. Berlín.
- HASSALL, M. (1984): "Epigraphy And *The Roman Army in Britain*". En T. F. C. Blagg y A. C. King (eds.): *Military and Civilian in Roman Britain*. BAR Brit. Ser. 136. Oxford: 265-277.
- HATT, J. J. (1951): *La Tomb Gallo-Romaine*. París.
- _(1989): *Mythes et dieux de la Gaule: Les grandes divinités masculines*. Vol. 1. París.
- HAVERFIELD, F. (1912): *The Romanisation of Roman Britain*. Oxford.
- HAYNES, I. y WILMOTT, T. (2012): "The Maryport altars: an archaeological myTh dispelled", en *Studia Universatis Babeş-Bolyai, Historia*, 57 (1): 25-37.
- HEINZELMANN, M.; ORTALLI, J.; FASOLD, P. y WITTEYER, M. (eds.) (2001): *Culto dei morti e costumi funerari romani. Roma, Italia settentrionale e province nord-occidentali dalla tarda Repubblica all'età imperiale*. Wiesbaden.
- HENIG, M. (1984a [2005]): *Religion in Roman Britain*. Londres.



- _(1984b): “Throne, Altar and Sword: Civilian Religion and *The Roman Army in Britain*”, En T. F. C. Blagg y A. C. King (eDS): *Military and Civilian in Roman Britain*. BAR ser. 136: 227-248.
- HERBERT, E. W. (1993): *Iron, Gender and Power. Rituals of Transformation in African Societies*. Indiana.
- HERNÁNDEZ GUERRA, L (1999a): epigrafía romana de unidades militares relacionadas con *Petavonium* (Rosinos de Vidriales, Zamora). *Estudio social, religioso y prosopográfico*. Valladolid.
- _(1999b): “El Culto a las Matres en la Península Ibérica”. En *Actas del XIº Congreso Internacional de epigrafía Griega y Latina*. Roma: 729-735.
- HERNANDO, A. (2002): *Arqueología de la identidad*. Madrid.
- _(2012): *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Buenos Aires.
- HERVES REIGOSO, F. M. (1995a): “La necrópolis de inhumación de San Roque”. En VVAA: *Lucus Augusti. Urbs Romana. As orixes da cidade de Lugo*. Lugo.
- _(1995b): “La necropolis de incineración de la Plaza do Ferrol”. En En VVAA: *Lucus Augusti. Urbs Romana. As orixes da cidade de Lugo*. Lugo.
- HERVES, F. M. y RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (2007): “Dos nuevos altares, uno de ellos a los *Lugubi*, de un *lararium* de *Lucus Augusti*”, en *Larouco*, 4: 223-225.
- HICKSON HANS, F. (2004): “Ut diis immortalibus honor habeatur: Livy’s Representation of Gratitude to *The GoDS*”. En A. Barchiesi, J. Rüpke y S. Setephens (eds.): *Rituals in Ink. A Conference on Religion and Literary Production in Ancient Rome*. München: 57-76.
- HIDALGO CUÑARRO, J. M. (1985): “El Castro de Troña: Noticia preliminar de las Excavaciones Arqueológicas de 1982”, en *El Museo de Pontevedra*, 39: 95-116.
- HIDALGO CUÑARRO, J. M. y RODRÍGUEZ PUENTES, E. (1987): *Castro de Fozara*, Arqueoloxía/ Memorias, 9. Santiago de Compostela.
- _(1988): “Dos modelos de hábitat castreño: Castro de Troña y Castro de Fozara”, en *Trabalhos de Antropología e Etnología*, 28: 133-144.
- HIDALGO, J. M. y VIÑAS, R. (1999): “El Vigo romano y su problemática”. En A. Rodríguez Colmenero (ed.): *El origen de la ciudad en el noroeste hispánico*. Actas del Congreso Internacional de Lugo, 15-18 de mayo de 1996. Lugo.
- HILL, J. D. (1989): “Re-Thinking *The Iron Age*”, en *Scottish Archaeological Review*, 6: 16-24.
- _(1995a): *Ritual and rubbish in The Iron age of Wessex: a study on The formation of a specific archaeological record*. BAR ser. 52. Oxford.
- _(1995b): “How should we understand Iron Age societies and hillsforts? A contextual study form Southern Britain”. En J. D. Hill y C. G. Cumberpatch (eds.): *Different Iron Ages. Studies on The Iron Age in Temperate Europe*. BAR int. ser. 602. Oxford: 45- 66.
- _(2006): “Are we any closer to understanding how later Iron Age societies worked (or din not work)?”. En C. Haselgrove (ed.): *Celtes et Gauloises, l’Archeologie face à l’Histoire: les mutations de la fin de l’âge du Fer*. Bibracte 12/4. Bibracte: 169-179.
- _(2007): “The dynamics of social change in Later Iron Age eastern and south-eastern England c. 300 BC-AD 43”. En C. Haselgrove y T. Moore (eds.): *The Later Iron Age in Britain and Beyond*. Oxford: 16-40.
- HINARD, F. (ed.) (1987): *La mort, les morts et l’au-delà: Actes du Colloque de CAen*. Caen
- _(ed.) (1995): *La Mort au quotidien dans le monde romain*. París.
- HINGLEY, R. (1984): “Towards a social analysis in archaeology: Celtic society in *The Iron Age of The Upper Thames valley*”. En B. Cunliffe y D. Miles (eds.): *Aspects of The Iron Age in Central Southern Britain*. OUCA Monograph 2. Oxford: 72–88.
- _(1990a): “Domestic Organisation and Gender Relations in Iron Age and Romano-British Households”.



- En R. Samson (ed.): *The Social Archaeology of Houses*. Edinburgh: 125-47.
- _(1990b): "Iron Age 'Currency Bars': The archaeological and social context", en *Archaeological Journal* 147: 91-117.
- _(1996): "The legacy of Rome: The rise, decline and fall of The Theory of Romanisation". En N. Cooper y J. Webster (eds.): *Roman Imperialism: post-colonial perspectives*. Leicester: 35-48.
- _(1997): "Iron, ironworking and regeneration: a study of The symbolic meaning of metalworking in Iron Age Britain". En A. Gwilt y C. Haselgrove (eds.): *Reconstructing Iron Age Societies*: 9-18.
- _(2005): *Globalizing Roman Culture. Unity, diversity and empire*. Oxon-Nueva York.
- _(2006): "The Deposition of Iron Objects in Britain during The Later Prehistoric and Roman Periods: Contextual Analysis and The Significance of Iron", en *Britannia*, XXXVII: 213-57.
- _(2011): "Rome: Imperial and Local Religions". En T. Insoll (ed.): *The Oxford Handbook of The Archaeology of Ritual and Religion*. Oxford: 745-757.
- HODDER, I. (1982): *Symbols in action. Ethnoarchaeological studies of material culture*. Cambridge.
- _(1986): *Reading The past. Current approaches to interpretation in archaeology*. Cambridge.
- HÖCK, M. (1985): "Verzierte Bauteile aus Castros im Nordwestern der Iberischen Halbinsel", en *MM*, 26: 243-256.
- HOPE, V. M. (2000): "Inscription and Sculpture: The Construction of Identity in The Military Tombstones of Roman Mainz", en G. J. Olivier (ed.): *The Epigraphy of Death. Studies in The History and Society of Greece and Rome*. Liverpool.
- _(2001): *Constructing Identity: The Roman Funerary Monuments if Aquileia, Mainz and Nîmes*. BAR int. ser. 960. Oxford.
- _(2007): *Death in Ancient Rome. A Sourcebook*. Londres-Nueva York.
- HOPKINS, K. (1996): "La romanización: asimilación, cambio y resistencia". En J. M^a Blázquez y J. Alvar (eds.): *La Romanización en Occidente*. Madrid: 15-43.
- HOWGEGO, Ch. (1992): "The supply and Use of Money in The Roman World 200 BC to AD 300", en *JRS*, 82: 1-31.
- HOZ, J. de (1986): "La religión de los pueblos prerromanos de Lusitania". En *Primeras Jornadas sobre manifestaciones religiosas en Lusitania*. Cáceres: 31-49.
- HÜBNER, E. (1888): *La Arqueología de España*. Barcelona.

I

- IGLESIAS GIL, J. M. (1976): *epigrafía cántabra: estereometría, decoración, onomástica*. Santander.
- IGLESIAS GIL, J.M. y RUIZ GUTIÉRREZ, A. (1998): *epigrafía romana de Cantabria*. PETRAE Hispaniarum nº 2. Burdeos-Santander.
- INSOLL, T. (ed.) (2001): *Archaeology and World Religion*. Londres.
- INGOLD, T. (1992): "Culture and The perception of The environment". En E. Croll y D. Parkin (eds.): *Bush Base, Forest Farm*. Londres: 39-56.
- _(1993): "The temporality of The landscape", en *World Archaeology*, 25: 152-174.
- _(2000): *The Perception of The Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Londres-Nueva York.

J

- JEDREJ, M. C. (1995) *Ingessana: The Religious Institutions of a People of The Sudan-ETHiopian Borderland*. Leiden.
- JIMÉNEZ DÍEZ, A. (2008): *Imágenes híbridae: una aproximación postcolonialista al estudio de las*



necrópolis de la Bética. Anejos de *AEArq*, XLIII. Madrid.

JIMENO, A.; TORRE, J. I. de la; BERZOSA, R. y MARTÍNEZ, J. P. (2004): *La Necrópolis Celtibérica de Numancia*. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 12. Salamanca.

JONES, H. L. (1949): *The Geography of Strabo. Vol. II (Books III-V)*. Londres-Cambridge-Harvard.

JONES, R. F. J. (1976): “The Roman Military Occupation of North-West Spain”, en *JRS*, 66: 45 y ss.

JONES, B. Y MATTINGLY, D. (2002): *An Atlas of Roman Britain*. Oxford.

JORDÁ PARDO, J.F.; MAYA, J. L. y MESTRES I TORRES, J.S. (1996): “Radiocarbono y cronología de los castros Asturianos”, en *Zephyrus*, 49: 225-270.

JORDÁ PARDO, J.F.; MESTRES I TORRES, J.S. y GARCÍA MARTÍNEZ, M. (2002): Arqueología castreña y método científico: Nuevas dataciones radiocarbónicas del Castro de San Chuis (Allande, Asturias), en *Croa*, 12: 17-36.

JORDÁ PARDO, J.F.; REY CASTIÑEIRA, J.; PICÓN PLATAS, I.; ABAD VIDAL, E. y MARÍN SUÁREZ, C. (2009): “Radiocarbon and Chronology of The Iron Age Hillforts of Northwestern Iberia”. En R. Karl y J. Leskovar (eds.): *Interpretierte Eisenzeiten. Fallstudien, Methoden, Theorie. Tagungsbeiträge der 3 Linzer Gespräche zur interpretativen Eisenzeitarchäologie. Studien zur Kulturgeschichte von Oberösterreich*, 22. Oberösterreichischen Landesmuseum. Linz: 81-98.

JULIA, D. (1971): *Étude épigraphique et iconographique des stèles funéraires de Vigo*. F. H. Kerle Verlag: Heidelberg.

JULLIAN, C. (1910): “Chronique gallo-romaine”, en *Revue des Études Anciennes*, 12 (1): 83-90.

_(1921): *Histoire de la Gaule. Vol. II. La Gaule indépendante*. Paris.

K

KAMASH, Z.; GOSDEN, Ch. y LOCK, G. (2010): “Continuity and Religious Practices in Roman Britain: The Case of The Rural Religious Complex at Marcham/Frilford, Oxfordshire”, en *Britannia*, 41: 95-125.

KAJANTO, I. (1965): *The latin cognomina*. Helsinki.

KEAY, S. J. (1996): “La romanización en el sur y el levante de España hasta la época de Augusto”. En J. M^a Blázquez y J. Alvar (eds.): *La Romanización en Occidente*. Madrid: 147-177.

KEIL, J. y VON PREMERSTEIN, A. (1911): *Bericht über eine zweite Reise in Lydien, ausgeführt 1908 im Auftrage des K. K. Österreichischen Archäologischen Instituts. «Kaiserliche [Österreichische] Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse, Denkschriften» [DAW], 54,2. Viena.*

KEMP, G. (2004): “The concept of peaceful societies”. En G. Kemp y D. P. Fry (eds.): *KEEPing The peace: conflict resolution and peaceful societies around The world*. Nueva York: 1-10.

KING, C. (2003): “The organization of Roman Religious Beliefs”, en *Classical Antiquity*, 22 (2): 275-312.

KLAUCK, H.-J. (2003): *The Religious Context of Early Christianity: A Guide to Graeco-Roman Religions*. Minneapolis.

KNAPP, R.C. (1992): *Latin Inscriptions of Central Spain*. University of California Publications, Classical Studies n° 34, Berkeley-Los Angeles.

KOCH, M. (2003): “Galläskischen Kriegerstatuen in ihrem literarisch -epigraphischen Zusammenhang”, en *MM*, 44: 67-86.

KOCKEL, V. (1987): “Im Tode gleich? Die sullanischen Kolonisten und ihr kulturelles Gewicht in Pompeji am Beispiel der Nekropolen”. En H. Von Hesberg; P. Zanker (EDS.), *Römische Gräberstrassen. Selbstdarstellung. Status. Standard*. München: 183-98.

KOORTBOJIAN, M. (1996): “In commemorationem mortuorum: Text and Image along The “StrEETs



- of *The Tombs*””. En J. Elsner (ed.): *Art and Text in Roman Culture*. Cambridge: 210-233.
- KOOY, C. (1981): “Le croissant lunaire sur les monuments funéraires gallo-romains”, en *Gallia*, 39(1) : 45-62.
- KUPER, A. (1988): *The invention of primitive society: transformations of an illusion*. Londres.

L

- LACHATAÑERÉ, R. (1992): *El sistema religioso de los afrocubanos*. La Habana.
- LADRA, L. (1999): “Análisis ponderal de los torques castreños”, en *Complutum*, 10: 143-156.
- _(2002): “Achega ao estuo contextual da ourivería castrexa”, en *Gallaecia* 21: 177-91.
- _(2005): “Análisis territorial de la distribución de hallazgos de torques áureos de la II Edad del Hierro en el NO peninsular,”. En C. Cancelo, Á. Esparza, and A. Blanco (eds.): *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: 94-110.
- LAMBRINO, S. (1965): “Les Cultes indigènes en Espagne sous Trajan et Hadrien”, en *Les Empereurs romains d’Espagne. Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique* (1964. Madrid). París: 223-239.
- LARRÉN IZQUIERDO, H. (2004): “San Pedro de la Nave y su entorno arqueológico”. En L. Caballero Zoreda (coord.): *La Iglesia de San Pedro de la Nave. Zamora*. Zamora: 52-63.
- LASSERRE, F. (1966): *Strabon. Géographie. Tome II (Livres III et IV)*. París.
- LE BOHEC, Y. (1987): “Peut-on «compter la mort» des soldats de la IIIe Légion Auguste?”. En F. Hinard (ed.): *La mort, les morts et l’au-delà*. Caen: 53-64.
- LE GLAY, M. (1984): “Les religions populaires dans l’Occident romain”. En *Practika of The 8th International Congress of GrEEK and Latin Epigraphy I*. Athens: 150-170.
- LE MEAUX, I. 2006. “L’ensemble céramique de la pièce singulière du poblado ibérique de Cabezo de la Guardia (Alcorisa, Teruel)”. En R. Olmos y P. Ruillard (coords.). *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*. Collection de la Casa de Velázquez, 89. Madrid: 135-49.
- LE ROUX, P. (1982) : *L’armée romaine et l’organisation des provinces ibériques d’Auguste a l’invasion de 409*. París.
- _(1994): “Cultes indigènes et religion romaine en Hispanie sous l’Empire”. En Y. Le Bohec (ed.), *L’Afrique, la Gaule, la religion à l’époque romaine : Mélanges à la mémoire de M. Le Glay*. Coll. Latomus, 226. Bruselas: 560-567.
- _(2002) : “Soldats et cultes indigènes dans les provinces occidentales au Haut-Empire”, en *Conimbriga*, 41 : 105-126.
- _(2006) : “Mars dans la Péninsule Ibérique au Haut-Empire romain”. En V. Brouquier-Reddé y otros (eds.) : *Mars en Occident. Actes du Colloque International “Autour d’Allonnes (Sarthe), Les sanctuaires de Mars en Occident”, Le Mans, Université de Maine (Juin 2003)*, Rennes (PUR) : 87-95.
- _(2009): “Cultos y religión en el Noroeste de la Península Ibérica en el alto Imperio Romano: nuevas perspectivas”, en *Veleia*, 26: 265-285.
- LE ROUX, F. y GUYONVARIC’H, C.-J. (1995): *Les fêtes celtiques*. Rennes.
- LE ROUX, P. y TRANOY, A. (1973): “Rome et les indigènes dans le Nord-Ouest de la péninsule Ibérique. Problèmes d’épigraphie et d’histoire”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 9: 177-231.
- _(1983): “Le mot et la chose. Contribution au débat historiographique” en *AEArq*, 56 :109-121.
- _(1984) : “L’épigraphie du nord du Portugal: bilan et perspectives”, en *Conimbriga*, 23, 19-41.
- LEMONNIER, P. 1992: *Elements for an Anthropology of technology*. Michigan.
- LE MOS, J. F. S. (1993): *Povoamento romano de Trás-os-Montes oriental* (tesis doctoral inédita). Braga.



- _(2010): “Comunidades indígenas e o poder imperial romano no contexto da fundação d e *Bracara Augusta*”. En I. Sastre y A. Beltrán (eds.): *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*: 113-28.
- LEMONS, J. F. S.; BETTENCOURT, A. y AZEVEDO, M^a (2003): “O Balneário Pré-Romano de Braga”, en *Almaden*, II^a série, 12: 43-46.
- LEMONS, J. F. S. y CRUZ, G. (2006-2007): “Trabalhos Arqueológicos na Citânia de Briteiros. Campanhas de 2005 e 2006”, en *Revista de Guimarães*, 115/116: 11-50.
- LEMONS, J. F. S.; CRUZ, G. y FONTE, J. (2008): “Estructuras de banhos no territorios dos *Bracari*: os casos de Briteiros e de Braga”, en *Férvades*, 5: 319-328.
- LEPETZ, S. y VAN ANDRINGA, W. (2008): “Archeologia del rituale: scavo di tombe romane nella necropoli di Porta Nocera a Pompei”. En X. Dupré Raventós, S. Ribichini y S. Verger (eds.): *Saturnia Tellus. Definizioni dello spazio consacrato in ambiente etrusco, italico, fenicio-punico, iberico e celtico. Atti del Convegno Internazionale svoltosi a Roma dal 10 al 12 novembre 2004*: 609-614.
- _(2011): “Publius Vesonius Phileros vivos monumentum fecit: Investigations in a sector of Porta Nocera cemetery in Roman Pompeii”. En M. Carrol y J. Rempell (eds.): *Living Through The Dead. Burial and Commemoration in The Classical World*. Oxford: 110-133.
- LEUNISSEN, P. M. M. (1985): “Römische Göternamen und einheimische religion der provinz Germania Superior”, en *FBW*, 10 : 155-195.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1976): “Remonte a las fuentes: el fuego y la lluvia”. En *Mitológicas IV: El hombre desnudo*. VI parte: 413 y ss.
- _(1990 [1973]): *Antropología Estructural. Mito, sociedad y humanidades*. Barcelona.
- LINCKENHELD, E. (1927) : *Les stèles funéraires en forme de maison chez les méditerranéens et en Gaule*. París.
- LINCOLN, B. (1991): *Sacerdotes, guerreros y ganado. Un estudio sobre la ecología de las religiones*. Madrid.
- LINDSAY, H. (2000): “Death-Pollution and Funerals in *The City of Rome*”. En V. M. Hope y E. Marshall (eds.): *Death and Disease in The Ancient City*. Londres: 152-173.
- LIPKA, M. (2009): *Roman Gods: a conceptual approach*. Boston.
- LO CASCIO, E. (2008): “The function of gold coinage in The monetary economy of The Roman Empire”. En W.V. Harris (ed.): *The Monetary Systems of The Greeks and The Romans*. Oxford: 160-173.
- LONGNON, A. (1920): *Les noms de lieu de la France: leur origine, leur signification, leurs transformations*. París.
- LÓPEZ BARJA, P. (1993): *epigrafía Latina*, Santiago.
- _(2010): “¿Quién hace qué con quién? La reconstrucción del texto”. En I. Sastre y A. Beltrán (eds.): *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*. Actas de la Junta de Castilla y León. Valladolid: 61-66.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. (1951): *Las joyas castreñas*. Madrid.
- _(1955): “Cómo Galicia entró en la historia”, en *BRAG*, 25: 19-30.
- _(1989 [1953]): *La civilización céltica en Galicia*. Madrid.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F., y DE SERPA PINTO, R. (1933-34): “Estudos encol da Edade do Ferro no Noroeste da Península. A Relixión. O culto dos mortos”, en *Arquivos do Seminário de Estudos Galegos*, 6: 356-362.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, L. y ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. (2000): “La secuencia cultural del asentamiento de Laias: evolución espacial y funcional del poblado”. En V. Oliveira Jorge (coord.): *3º Congresso de arqueologia Península. UTAD, Vila Real, Portugal, setembro de 1999. Proto-história da Península Ibérica*. Vol. 5: 523-532.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, L.; ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. y LÓPEZ MARCOS, M. A. (2011): “Pervivencias e innovaciones en el castro minero de Santa María de Cervantes (Cervantes, Lugo)”.



En P. Bueno, A. Gilman, C. Martín Morales y F. J. Sánchez-Palencia (eds.): *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Estudios sobre Prehistoria reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en Homenaje a M^a Dolores Fernández-Posse*. BPH, 28: 397-410.

LÓPEZ MARCOS, M. A.; ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. y LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F. (2011): “Arquitectura defensiva en el Castro de Castromaior (Lugo). Análisis de las técnicas constructivas en el acceso al recinto central del poblado”, en *Arqueología de la Arquitectura*, 8: 47-63.

LÓPEZ MELERO, R.; GARCÍA JIMÉNEZ, S. y SÁNCHEZ ABAD, J. L. (1984): “El bronce de Alcántara. Una *deditio* del 104 a.C.”, en *Gerión*, 2: 265-323.

LÓPEZ MERINO, L.; PEÑA CHOCARRO, L.; RUIZ-ALONSO, M.; LÓPEZ SÁEZ, J.A. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. (2010): “Beyond nature: the management of a productive cultural landscape in Las Médulas area (El Bierzo, León, Spain) during pre-Roman and Roman times”, en *Plant Biosystems*, 144 (4): 905-919.

LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (1977): “La diadema de San Martín de Oscos”. En *Homenaje a García Bellido*: 99-108.

LÓPEZ SÁEZ, J. A.; LÓPEZ MERINO, L.; PÉREZ DÍAZ, S.; PARCERO, C. y CRIADO, F. (2009): “Contribución a la caracterización de los espacios agrarios castreños: documentación y análisis palinológico de una posible terraza de cultivo en el castro de Follente (Caldas de Reis, Pontevedra)”, en *TP*, 66 (2): 171-182.

LOPO (1987 [1897]): *Apontamentos Arqueológicos*. Lisboa.

LORENZO FERNÁNDEZ, J. (1948): “El monumento protohistórico de Aguas Santas y los ritos funerarios de los castros”, en *CEG*, 3: 157-211.

LORENZO FERNÁNDEZ, J. y GARCÍA ÁLVAREZ, M. R. (1956): “As xoias de Regodeigón”, en *Revista de Guimarães*, 56: 90-96.

LUENGO, J. M. (1943): “Sepulcro romano hallado en el lugar de La Hermida, Ayuntamiento de Culleredo (Coruña)”, en *Cuadernos de Arqueología*, 6-7.

_(1950): *Excavaciones arqueológicas en el Castro y su necrópolis, de Meirás (La Coruña)*. Memoria nº 23 de la Comisaría de Excavaciones, Madrid.

_(1961): “Castros leoneses. Revilla-Sacaos-Ardón-La Candamia-Villafañe y Valderas”. En *VI Congreso de Arqueología Nacional*. Oviedo, 1959: 102-21.

LUÍS, L. (2008): “Em busca dos cavaleiros com cabeza de pássaro. Perspectivas de investigação da proto-história no Vale do Côa”. En R. de Balbín (ed.): *Arte Prehistórico al aire libre en el Sur de Europa*. Actas de la Junta de Castilla y León. Valladolid: 415-490.

LUZÓN, J.M., SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. y ACUÑA, F. (1980): *El Caurel*. EAE, 101. Madrid.

LL

LLANO ROZA DE AMPUDIA Y VALLE, A. (1919): *El libro de Caravia*. Oviedo.

LLINARES GARCÍA, M^a M. (2008): “El jinete y sus caballos. A propósito del relieve castreño de Formigueiro (Amoeiro, prov. Ourense)”, en *MM*, 49, 229-37.

_(2012): *Los lenguajes del silencio. Arqueologías de la religión*. Madrid.

M

MACEACHERN, S. (1993): “Selling The iron for Their shackles: Wandala-montagnard interactions in northern Cameroon”, en *Journal of African History*, 34: 247-270.

MACDONALD, C. J.-H. (2005): *Uncultural Behavior: An Anthropological Investigation of Suicide*



in *The Southern Philippines*. University of Hawái Press, Honolulu.

_(2008a): "Order against Harmony: Are humans always social?", en *Suomen AnThropologi. Journal of The Finnish Anthropological Society*, 33 (2): 5-21.

_(2008b): *The Gift without a Donor*. Manuscrito no publicado, accesible en sites.google.com/site/charlesjhmcdonaldDSsite/ (última visita 17/02/2011).

_(2009): "The anthropology of anarchy", en *Occasional Paper No. 35 of The School of Social Science*. Institute of Advanced Study, Einstein Drive, Princeton. En www.sss.ias.edu/publications/occasional.php (última visita 17/02/2011).

MADGWICK, R. (2008): "Patterns in *The* modification of animal and human bones in Iron Age Wessex: revisiting *The* exarnation debate". En O. Davis; N. Sharples y K. Waddington (eds.): *Changing Perspectives on The First Millennium BC: Proceedings of The Iron Age Research Student Seminar 2006*. Oxford: 99-118.

MACKINLEY, J. I. (2006): "Cremation...*The* cheap option?". En R. Gowland y C. Knüsel: *Social Archaeology of Funerary Remains*. Oxford: 81-88.

MACMULLEN, R. (1981): *Paganism in The Roman Empire*. Yale.

MANACORDA, D. (1980): *Un'officina lapidaria sulla Via Appia*. Roma.

MANCINETTI-SANTAMARIA, G. (1978-1980): "Strabone e l'ideologia augustea", en *Annali Fac. Lettere Perugia*, 16-17: 127-142.

MANCINI, R. (1980): "Deo-Deae nelle iscrizioni di Roma", en *Miscellanea greca e romana*, 2: 173-178.

MANGAS MANJARRÉS, J. (1981a): "Nueva inscripción romana de Santibáñez (El Bierzo, León)", en *MHA*, V: 256-7.

_(1981b): "Nueva inscripción romana de San Esteban del Toral (El Bierzo, León)", en *MHA*, V: 259-61.

_(1981c): "Dos inscripciones romanas inéditas de El Valle y Tedejo (El Bierzo, León)", en *MHA*, V: 263-5.

_(1981d): "Nueva inscripción de San Pedro Castañero (El Bierzo, León)", en *Memorias de Historia Antigua*, V: 267-68.

_(1982): "Religión romana de Hispania". En *Historia de España. España romana*. II-1. Madrid: 323-369.

_(1983): "La difusión de la religión romana en Asturias". En *Indigenismo y romanización en el conventus Asturum*. Madrid-Oviedo: 165-177.

_(1995): "Religión del área astur". En *Astures*. Gijón: 158-169.

_(1996): "Cultos minorasiáticos en el Noroeste de la Hispania romana". En *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda*. Complutum Extra, 6, vol. 1: 483-490.

_(2007): "El culto imperial en el Noroeste de Hispania". En T. nogales y J. González (eds.): *Culto imperial: política y poder*. Roma: 705-720.

MANGAS, J. y MARTINO, D. (1997): "*Princeps Cantabrorum* en una nueva inscripción", en *Gerión*, 15.

MANGAS, J. y OLANO, H. (1995): "Nueva inscripción latina. *Castella* y *castellani* del área astur", en *Gerión*, 13: 339-47.

MANSEL, K. (2004): "Vajilla de bronce en la Hispania republicana". En R. Olmos y P. Rouillard (eds.): *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*. Collection de la Casa de Velázquez, 89: 19-30.

MANZANARES, J. (1951): "Contribución a la epigrafía asturirana" en *Archivum*, 1: 95-121.

_(1971): *El patrimonio artístico de Asturias*. Oviedo.

MAÑANES, T. (1981): *El Bierzo prerromano y romano*. Colección Fuentes y Estudios de Historia Leonesa. León.



- _(1983): *Astorga romana y su entorno: estudio arqueológico*. Valladolid.
- _(1988): *Arqueología de la Cuenca Leonesa del Río Sil (Laciana, Bierzo, Cabrera)*. Valladolid.
- _(2000): *Inscripciones latinas de Astorga*. Valladolid (=ILAR).
- MARCO SIMÓN, F. (1978): *Las estelas decoradas de los conventos Caesaraugustano y cluniense*. Zaragoza.
- _(1987): “El culto a “Júpiter Dolichenus” en el norte de Hispania”, en *Veleia*, nº 4: 145-58.
- _(1993a): “La religiosidad en la Céltica hispana”. M. Almagro Gorbea (dir.): *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 477-512.
- _(1993b): “Reflexiones sobre el hecho religioso en el contexto social de Celtiberia”. En M^a C. González y J. Santos (eds.): *Revisiones de Historia Antigua I. Las estructuras sociales de la España indoeuropea*. Vitoria: 45 y ss.
- _(1994): “Heroización y tránsito acuático”. En *Homenaje a J. M. Blázquez, II*: 310-348.
- _(1996): “Integración, *interpretatio* y resistencia religiosa en el occidente del Imperio”. En J. M^a Blázquez y J. Alvar (eds.): *La romanización en Occidente*. Madrid: 217-238.
- _(2001): “Imagen divina y transformación de las ideas religiosas en el ámbito Hispano-Galo”. En F. Villar y M.P. Fernández Álvarez (eDS): *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania. VIII Coloquio de lenguas y culturas paleohispánicas, 1999* (Acta Salmanticensia. Estudios Filológicos 283). Salamanca: 213-225.
- _(2007): “A lost identity: Celtiberian iconography after *The Roman conquest*”. En R. Häussler y A. C. King (eds.): *Continuity and Innovation in Religion in The Roman West*. JRA. Supplementary Series Nº 67, vol. 1: 103-15.
- _(2008): “Aproximación al itinerario de una diosa celtibérica: Silbis”. En VII Workshop FERCAN: *Divinidades indígenas em análise / Divinités préromaines. Bilan et perspectives d'une recherche (Chascáis, Portugal, 24-26 de mayo de 2006)*. Coimbra/Porto: 221-235.
- _(2009a): “Las inscripciones religiosas hispanas del ámbito rural como expresión del hábito epigráfico”. En *Espacios, usos y formas de la epigrafía hispana en épocas antigua y tardoantigua. Homenaje al Dr. Armin U. Stylow*. Anejos de *AEArq*, 48. Mérida: 200-210.
- _(2009b) : “Iconografía y mito en la Hispania céltica: la vía acuática al allende”. En F. Delpech y M. V. G. Quintela (eds.): *Vingt ans après Georges Dumézil (1898-1986). mythologie comparée indo-européenne et idéologie trifonctionnelle: bilans, perspectives et nouveaux domaines. VIe colloque international d'anthropologie du monde indo-européen et de mythologie comparée. casa de Velázquez, Madrid, 27-28 novembre 2006*. Budapest: 211-26.
- MARCOS, M. (2007): “La idea de libertad religiosa en el Imperio romano”, en *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*: 18: 61-81.
- MARÍN SUÁREZ, C. (2005): *Astures y Asturianos. Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias*. Noia, A Coruña.
- _(2012): *De nómadas a castreños: el primer milenio antes de la era en el sector centro-occidental de la cordillera cantábrica*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- MARTÍN VALLS, R. (1983): “Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes y sus relaciones con los petroglifos gallegos”, en *Zephyrus*, 36: 217-231.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1975): “Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II)”, *BSAA*, 40-41: 445-476.
- _(1976): “Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (III)”, *BSAA*, 42: 411-440.
- _(1977): “Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV)”, *BSAA*, 43: 291-319.
- _(1978): “Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V)”, en *BSAA*, 44: 344-345.
- _(1981): “Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII)”, en *BSAA* 47: 153-70.
- _(1982): “Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IX)”, en *BSAA* 48: 45-70.
- MARTÍN VALLS, R.; ROMERO CARNICERO, M. V. y CARRETERO VAQUERO, S. (1995):



“*Aras votivas de Petavonium*”, en *Zephyrus*, 48: 331-345.

MARTINDALE, A. y SUPERNANT, K. (2009): “Quantifying *The defensiveness of defended sites on the Northwest Coast of North America*”, en *Journal of Anthropological Archaeology*, 28 (2): 191-204.

MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1931-1932): “Antigüedades romanas de Poza de la Sal (Burgos)”, en *Anuario de Prehistoria Madrileña, II-III*, 32: 123-178.

_(1932): *Las estelas funerarias en forma de casa en España*. Madrid.

_(1935): “Monumentos funerarios célticos. Las estelas-casas de la provincia de Burgos y sus relaciones con el Occidente de Europa”, en *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Burgos*, 1^{er} trim., Año 14, n. 50: 182-193.

MARTÍNEZ VEGA, A. (2003): *La población primitiva en el Valle de Piloña*. Oviedo.

MARTINÓN TORRES, M. (2000): “Análisis del *megalitismo céltico* en la Galicia del siglo XIX”, en *Gallaecia*, 19: 287-309.

_(2002): “*Chaîne Opératoire: The concept and its applications within The study of technology*”, en *Gallaecia*, 21: 29-44.

MARTINS MARTINS, M. (1988a): *Opoboado fortificado do Lago, Amares*. Cadernos de Arqueología. Monografías, 1. Braga.

_(1988b): “A arqueología dos castros do Norte de Portugal: balanço e perspectivas de investigação”, en *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 28, fasc. 3-4: 11-35.

_(1988c): “Moldes de sítulas com decoração geométrica encontrado em Braga”, en *Cadernos de arqueologia*, 5: 23-34.

_(1990): *O poboamento proto-distórico e a romanização da bacia do curso médio do Cávado*. Cadernos de Arqueología. Monografías, 5. Braga.

_(2004): “Urbanismo e arquitectura em *Bracara Augusta*. Balanço dos contributos da arqueología urbana”. En J. Ruiz de Arbulo (ed): *Simulacra Romae. Roma y las capitales provinciales del Occidente Europeo. Estudios Arqueológicos. Reunión celebrada en Tarragona los días 12, 13, 14 de diciembre del 2002*. Tarragona: 149-169.

MARTINS, M. y DELGADO, M. (1989-1990): “As necrópolis de *Bracara Augusta*. Os dados arqueológicos”, en *Cadernos de Arqueología. Monografías*, 6-7: 41-186.

MARTINS, M. y JORGE, S. O. (1992): “Sustrato cultural das etnias pré-romanas do Norte de Portugal”. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Paleoetnología de la Península ibérica*. Complutum Extra, 2-3. Madrid: 347-372.

MATTINGLY, D. (1995). *Tripolitania*. Batsford-Londres.

_(ed.) (1997): *Dialogues in Roman imperialism: Power, discourse, and discrepant experience in The Roman Empire. JRA Supp. Ser.*, 23. Portsmouth.

_(2004): “Being Roman: Expressing identity in a provincial setting”, en *Journal of Roman Archaeology*, 17 (1): 5-25.

_(2006): *An imperial possession. Britain in The Roman Empire*. Londres.

_(2011): *Imperialism, Power and Identity. Experiencing The Roman Empire*. New Jersey-Oxford.

MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1987-1988): *La cultura material de los castros Asturianos*. Estudios de la Antigüedad 4-5. Barcelona.

MAYA, J. L. y CUESTA, F. (2001): *El castro de La Campa Torres. Período prerromano*. Gijón.

MEIER-ARENDT (1983): *Röm. Steindenkmäler aus Frankfurt am Main*. Auswahlkatalog, 22.

Frankfurt. MEFFRE, J.-C. (1993): “*Lieux sépulcraux et occupation du sol en milieu rural dans la moyenne vallée du Rhône sous le Haut Empire*”. En A. Ferdière (ed.): *Monde des morts, mode des vivants en Gaule rurale. Actes du colloque ARCHEA/AGER, Orleans, 7-9 février 1992*. Tours: 371-387.



- MEIJIDE CAMESELLE, G. (1990): “Tres dataciones de C 14 del castro de A Graña (Toques, A Coruña) y su contexto arqueológico”, en *Gallaecia*, 12: 111-34.
- _(1996): “Arracada del castro de A Graña”. En VVAA: *El oro y la orfebrería prehistórica de Galicia*. Lugo: 111.
- _(2009): “Escavación arqueológica no castro de Formigueiros, Samos (Lugo)”, en *Actuacións arqueológicas. Ano 2007*: 64-5.
- MEIJIDE, G., VILASECO, X. I. y BLASZCZYK, J. (2009): “Lousas decoradas con círculos, cabalos e peixes do castro de Formigueiros (Samos, Lugo)”, en *Gallaecia*, 28: 113-30.
- MÉLIDA, J. R. (1906): *Las esculturas del Cerro de los Santos, Cuestión de autenticidad*. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos (tirada aparte).
- MEILLASSOUX, C. (1999 [1975]): *Mujeres, graneros y capitales*. Madrid.
- MENNELLA, G. (1993): “Epigrafi nei villaggi e lapicidi rurali: esempi dalla IX Regio”. En *L'epigrafia del villaggio. VII Colloquio internazionale Borghesi 90, Forlì 27-30 V 1990*. Faenza: 261-280.
- MENÉNDEZ PIDAL, M. (1929): “Divisiones tribales y administrativas del solar del reino de Asturias en la época romana”, en *BAH*, t. 95.
- MILES, D.; PALMER, S.; LOCK, G.; GOSDEN, Ch. y CROMARTY, A. M. (2003): *Uffington White Horse and its LandScape*. Oxford.
- MILLETT, M. (1995): “Re-Thinking religion in romanization”. En J. Metzler, M. Millett, N. Roymans and J. Slofstra (eds.): *Integration in The Early Roman West. The role of culture and ideology*. Dossiers d'Archéologie du Musée National d'Histoire de l'Art, 4. Luxemburgo: 93-100.
- MIRÓ I ALAIX, C. y MOLIST I CAPELLA, N. (1990): “Elements de ritual domèstic al poblat ibèric de La Penya del Moro (Barcelona)”, en *Zephyrus*, 43: 311-19.
- MISIEGO TEJEDA, J. C.; MARCOS CONTRERAS, G. J.; MARTÍN CARBAJO, M. Á. y SANZ GARCÍA, F. J. (2006): “Últimas investigaciones de la Edad del Hierro en la provincia de Zamora: el yacimiento de «La Corona/El Pesadero», en *Manganeses de la Polvorosa*”. En *II Congreso de Historia de Zamora*. Zamora: 103-141.
- MOMIGLIANO, A. (1987): *On Pagans, Jews, and Christians*. Middletown.
- MONEO RODRÍGUEZ, T. (2003): *Religio iberica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a. C.)*. Madrid.
- MONTERO, S. y PEREA, S. (1996): “Augusto y el bidental de Bracara (ad. CIL II, 2421)”. En J. M^a Blázquez y J. Alvar (eds.): *La Romanización en Occidente*. Madrid: 299-319.
- MONTERO RUIZ, I. (2010): “Minería y metalurgia en la investigación prehistórica”. En I. Montero (coord.): *Manual de Arqueometalurgia*. Alcalá de Henares-Madrid: 53-85.
- MORAIS, R. (2005): *Autarcia e comércio em Bracara Augusta: contributo para o estudo económico da cidade no período Alto-Imperial. Bracara Augusta*, Escavações Arqueológicas, 2. Braga.
- MORAIS, R. y FABIÃO, C. (2007): “Novas produções de fabrico lusitano: problemáticas e importância económica”. En L. Lagóstena, D. Bernal y A. Arévalo (eds.): *Cetariae 2005. Salsas y Salazones de Pescado en Occidente durante la Antigüedad*. Oxford: 127-133.
- MORILLO CERDÁN, A. (2003): “Los establecimientos militares temporales: conquista y defensa del territorio en la Hispania republicana”. En A. Morillo, F. Cadiou y D. Hourcade (coords.): *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto : (espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales): coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (19 y 20 de marzo de 2001)*: 41-80.
- _(2007): “El ejército romano en España”. En A. Morillo (ed.): *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*. León: 87-112.
- _(2008): “Cultos militares y espacios sagrados en el campamento de la Legio VII Gemina en León”, en *Gerión*, 26 (1): 379-405.
- MORILLO, A.; GARCÍA MARCOS, V. y FERNÁNDEZ-OCHOA, C. (2002): *Imágenes de*



Arqueología leonesa. Antonio García y Bellido y el Noroeste peninsular en la Antigüedad. Valladolid.

MORILLO, A. y GARCÍA MARCOS, V. (2004): "Arqueología romana en la ciudad de León: balance de dos décadas de excavaciones". En J. Blánquez y M^a Pérez Ruiz (eds.): *Antonio García y Bellido. Miscelánea*. Serie varia, 5. Madrid: 263-291.

MORILLO, A. y GARCÍA MARCOS, V. (2006): "B.-Cronologías estratigráficas: cerámicas y monedas". En M^a P. García-Bellido (coord.): *Los campamentos romanos en Hispania (27 a. C.-192 d. C.). El abastecimiento de moneda*. Madrid. Vol. I: 109-117.

MORO BENITO, M^a C. (1988): Estudio geológico y metalogenético de los yacimientos minerales de la provincia de Zamora. Su valoración e interés económico, en *AIEZFO*, 5: 269-312.

MORRIS, B. (2005): "Anthropology and Anarchy: their elective affinity", in *GARP* 11: 1-14.

MORRIS, I. (1992): *Death-Ritual and Social Structure in Classical Antiquity*. Cambridge.

MOURINHO, A. M. (1986): "Epigrafía latina de entre Sabor e Douro desde o falecimento do Abade de Baçal -1947", en *Brigantia*, VI, 1-3: 3-125.

_(1987): "Epigrafía latina de entre Sabor e Douro desde o falecimento do Abade de Baçal -1947", en *Brigantia*, VII, 1-2: 101-132.

MROZEK, S. (1973) : "À propos de la répartition chronologique des inscriptions latines dans le haut-empire", en *Epigraphica*, 35, 1-2 : 113-18.

MUSEROS ORTIZ, L. (2002): "Las *defixionum tabellae* Latinas de Hispania". En A. Espigares, A. M. Aldama, M. F. del Barrio (coords.): *Nova et vetera: nuevos horizontes de la Filología latina*. Lugo. Vol.2: 1215-1225.

N

NAGY, L. (1935): *Aquincumi múmia-temetkezések*. Budapest.

_(1941): "Les symbolismes astraux sur les monuments funéraires de la population indigène de la Pannonie", en *Laureae Aquincenses*, II, n^o 4: 232-243.

NASH, J. C. (1993 [1979]): *We eat The mines and The mines eat us: dependency and exploitation in Bolivian tin mines*. Nueva York.

NAVARRO CABALLERO, M. (1998): "Las estelas en brecha de Santo Adrião: observaciones tipológico-cronológicas", en *BSAA*, LXIV: 175-206.

NAVARRO CABALLERO, M.; ORIA SEGURA, M. y RAMÍREZ SÁBADA, J. L. (2003): "Eje 3. La onomástica greco-latina". En *Atlas antroponímico de la Lusitania romana*. Mérida-Burdeos: 407-412.

NAVASCUÉS Y DE JUÁN, J. M^a de (1963): "Caracteres externos de las antiguas inscripciones salmantinas. Los Epitafios de la zona occidental", en *BRAH*, CLII: 159-229.

NAVEIRO LÓPEZ, J. L. (1991): *El comercio antiguo en el N. W. peninsular*. La Coruña

NEEDHAM, R. (ed.) (1971): *Rethinking Kinship and Marriage*. Londres.

NICOLET, C. (1991): *Space, Geography and Politics in The Early Roman Empire*. Michigan.

NICOLS, J. (1987): "Indigenous Culture and The Process of Romanization in Iberian Galicia", en *The American Journal of Philology*, 108 (1): 129-151.

NOBILE, I. (1992): *Necropoli tardoromane nel territorio lariano*. Archeologia dell'Italia settentrionale, 6, Como.

NOELKE, P. (1980): "Zur Grabplastik im römischen Köln". En *Führer zu vor- und frühgeschichtlichen Denkmälern. Köln*, 37 (1): 124-149.

NORTH, J.A. (1995): "Religion and rusticity". En T. J. Cornell y K. Lomas (eds.): *Urban society in Roman Italy*. Londres: 135-150.

NOVILLO LÓPEZ, M. A. (2010): "La propretura cesariana en la Hispania Ulterior: la II guerra



lusitana”, en *Gerión*, 28 (1): 207-222.

_(2012): “Hispania: territorio de ensayo jurídico-administrativo en la propretura de C. Julio César”, en *Antesteria*, 1: 441-451.

NUNES, S. A (1958): “Novos elementos para o estudo da arte castreja”, en *Revista de Guimarães*, 68: 5-17.

NUNES, J. de C.; FABIÃO, C. y GUERRA, A. (1988): *O campemnto militar romano da Lomba do Canho (Arganil)*. Arganil.

NUNES, S. A. y RIBEIRO, R. A. (2000): “Uma estrutura funerária da Idade do Ferro em contexto habitacional no castro de Palheiros-Murça (NE de Portugal)”. En *Actas del 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*. Vila Real. Vol. 5: 23-43.

O

OGDEN, D. (2002): *Magic, Wichcraft and Ghosts in The GrEEk and Roman WorlDS: A Sourcebook*. Oxford.

OLIVARES PEDREÑO, J. C. (1997): “El dios indígena *Bandua* y el rito del toro de San Marcos”, en *Complutum*, 8: 205-222.

_(1999): “Dioses indígenas vinculados a núcleos de población en la Hispania romana”, en *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia antigua*, 12: 325-350.

_(2000): “Las ofrendas votivas de comunidades rurales a Júpiter en Hispania como testimonios de religiosidad indígena”, en *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 26/2: 63-75.

_(2002a): *Los dioses de la Hispania céltica*. Madrid.

_(2002b): “El dios *Aernus* y los zoelas”, en *Iberia: Revista de la Antigüedad*, 5: 65-78. _(2002-2003): “Religión romana y religión indígena en las ciudades dela Céltica hispana”, en *Lucentum*, 21-22: 207-225.

_(2006): “Urbanismo e interacción religiosa en las ciudades de la Hispania céltica”, en *Iberia*, 9: 79-106.

_(2007): “Hipótesis sobre el culto al dios *Cossue* en el Bierzo (León): explotaciones mineras y migraciones”, en *Palaeohispanica*, 7: 143-160.

_(2008): “*Interpretatio* epigráfica y fenómenos de sincretismo religioso en el área céltica de Hispania”, en *Hispania Antiqua*, 32: 213-248.

_(2009): “El culto a Júpiter, deidades autóctonas y el proceso de interacción religiosa en la céltica hispana”, en *Gerión*, 27 (1): 331-360.

OLMOS ROMERA, R. (ed.) (1992): *La sociedad ibérica a través de la imagen. Catálogo de la exposición*. Madrid.

_(ed.) (1996a): *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Madrid.

_(1996b): “Camino escondidos. Imaginario del espacio de la muerte ibérica”, en *Complutum Extra*, 6 (2): 167-176.

_(2000): “El vaso de “El Ciclo de la Vida” de Valencia: una reflexión sobre la imagen metafórica en época iberohelenística”, en *AEArq*, 73: 59-85.

_(2005): “Imaginario de la *physis* y del brotar en el antiguo Mediterráneo”. En R. Olmos, P. Cabrera y S. Montero (coords.): *Paraíso cerrado, jardín abierto: el reino vegetal en el imaginario religioso del Mediterráneo*: 9-32.

_(2007): “La simbolización del espacio sagrado en la iconografía ibérica”. En *Saturnia tellus. Definizioni dello spazio consacrato in ambiente etrusco, italico, fenicio-punico, iberico e celtico*. Roma: 251-266.

_(2010): “La ninfa *Ilike*”. En T. Tortosa y S. Celestino (eds.): *Debate en torno a la*



religiosidad protohistórica. Anejos de AEArc, 55: 49-63.

OLMOS, R. y GRAU, I (2005): "El Vas dels Guerrers de La Serreta", en *Recerques del Museu d'Alcoi*, 14: 79-98.

OLMSTED, G. S. (1979): *The Gundestrup cauldron: Its archaeological context, The style and iconography of its portrayed motifs, and Their narration of a Gaulish version*. Bruselas.

OLSEN, B. (2010): *In defense of Things: archaeology and The ontology of objects*. Lanham.

OLSEN, B.; M. SHANKS; WEBMOOR, T. Y WITMORE, C. (2012): *Archaeology: The Discipline of Things*. Berkeley.

OLSON, D. (1994): *The world on paper*. Cambridge.

ONG, W. J. (1982): *Orality and Literacy: The Technologizing of The Word*. Londres.

OREJAS SACO DEL VALLE, A. (1991): "Arqueología del Paisaje: Historia, problemas y perspectivas", en *AEspA*, 64: 191-230.

_(1995): Del "marco geográfico" a la Arqueología del paisaje. Monografías CSIC, 15. Madrid.

_(1995-1996): "Territorio, análisis territorial y Arqueología del paisaje", en *Stvd. His., Hª antig.*, 13-14: 61-68.

_(1996): *Estructura social y territorio. El impacto romano en la cuenca noroccidental del Duero*. Anejos de AEArc, 15. Madrid.

_(1998): "El estudio del Paisaje: visiones desde la Arqueología". En Arqueología del Paisaje. 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial, Arqueología Espacial, 19-20: 9-19.

_(2001): "Los parques arqueológicos y el paisaje como patrimonio", en Arqueoweb, 3 (1). En <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/3-1/almudenaorejas.pdf>

_(2002): "El territorio de las *ciuitates peregrinas* en los tratados de *Agrimensura*. Las *ciuitates* del Noroeste hispano", en *Habis*, 33: 387-404.

OREJAS SACO DEL VALLE, A. y ALONSO BURGOS, F. (2013): "Metalla y loca sacra. (Maragatería, Teleno y Alto Bierzo)". En J. Mangas y M. A. Novillo (coords.): *Santuarios suburbanos y del territorio de las ciudades romanas*. Anejos de Gerión, XIII. Madrid: 225-276.

OREJAS SACO DEL VALLE, A. y BELTRÁN ORTEGA, A. (2010): "Desplazados e inmigrantes en los *metalla* hispanorromanos. Epigrafía en contexto". En *Arqueología Espacial*, 28. *Arqueología de la Población*. Teruel: 399-418.

OREJAS SACO DEL VALLE, A. y MORILLO CERDÁN, Á. (2013): "Asturica Augusta. Reflexiones sobre su estatuto y su papel territorial (finales del s. I a. C.-principios del siglo III d. C.)". En R. Mª Cid López y E. García Fernández (eDS): *Debita verda. Estudios en homenaje al Profesor Julio Mangas Manjarrés*. Oviedo: 93-120.

OREJAS SACO DEL VALLE, A. y RUIZ DEL ÁRBOL, M. (2006b): "Habiter et exploiter le paysage: autour des mines d'or de Las Médulas". En L. Lévêque (ed.): *Paysages de Mémoire. Mémoire du paysage. Actes du colloque International de Besançon "Mémoire et devenir des paysages culturels d'Europe" (1-4 decembre 2005)*. París: 211-234.

_(2010): "Los *castella* y la articulación del poblamiento rural de las *civitates* del Noroeste peninsular". En C. Fornis, J. Gallego, P. López-Barja y M. Valdés (eds.): *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido*, Zaragoza: 1091-1127.

OREJAS SACO DEL VALLE, A.; RUIZ DEL ÁRBOL, M. y O. LÓPEZ JIMÉNEZ (2002): "Los registros del paisaje en la investigación arqueológica", en *AEArc*, 75: 287-312.

OREJAS SACO DEL VALLE, A. y SASTRE PRATS, I. (1999): "Fiscalité et organisation du territoire dans le Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique : *civitates*, tribut et *ager mensura comprehensus*", en *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 25 (1): 159-188.

_(2000): "El poblamiento romano en la ZAM y la diferenciación funcional". En F.-J. Sánchez-Palencia



- (ed.): *Las Médulas (león). Un paisaje cultural de la "Asturia Augustana"*. León: 253-283.
- OREJAS, A., SASTRE, I., SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. y PLÁCIDO, D. (2000): "El Edicto de Augusto del Bierzo y la primera organización romana del noroeste peninsular". En F. J. Sánchez-Palencia y J. Mangas (coords.): *El Edicto del Bierzo. Augusto y el Noroeste de Hispania*. León: 63-112.
- OREJAS, A., RUÍZ DEL ÁRBOL, M^a y SASTRE, I. (2005): "L'ager mensura comprehensus et le sol provincial: l'Occident de la Péninsule Ibérique". En D. Conso, A. Gonzales, J.-Y. Guillaumin (eds.): *Les vocabulaires techniques des arpenteurs latins*. Besançon : 193-199.
- ORERO GRANDAL, L. (1988): *Castro Coto do Mosteiro. Campañas 1984/1985*. Arqueoloxía/Memorias, 10. A Coruña.
- OZCÁRIZ GIL, P. (2006): *Los conventus de la Hispania Citerior*. Madrid.
- _(2009): "Organización administrativa y territorial de las provincias hispanas durante el Alto Imperio". En J. A. Pintado, J. Cabrero e I. Rodá (eds.): *Hispaniae: las provincias hispanas en el mundo romano*. Tarragona: 323-338.

P

- PAGDEN, A. (1995): *Lords of all The world: Ideologies of empire in Spain, Britain and France c. 1500-c. 1800*. Yale.
- PALAO, J. J. (2006): *Legio VII Gemina (pia) felix. Estudio de una legión romana*. Salamanca
- PARCERO OUBIÑA, C. (1997): *Documentación de un Entorno Castreño: Trabajos Arqueológicos en el Área de Cameixa*. TAPA 1. Santiago de Compostela.
- _(1999): *La Arqueología en la gasificación de Galicia, 7: Hacia una Arqueología Agraria de la Cultura Castreña*. TAPA 9: Santiago de Compostela.
- _(2000): "Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico", en *TP*, 57 (1): 75-95.
- _(2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico*. Monografía Ortegalia, 1.
- _(2003): "Looking forward in anger: Social and Political transformations in The Iron Age of The north-western Iberian Peninsula", en *European Journal of Archaeology*, 6 (3): 267-299.
- _(2006): "Los paisajes agrarios castreños. Modelos de construcción del espacio agrario a lo largo de la Edad del Hierro del noroeste", en *Arqueología Espacial* 26: 57- 85.
- _(2009): "Fortification as a social Fact. Processes of social change and resistance in The Iron Age of NW Iberian Peninsula". 73rd Annual meeting of The Society for American Archaeology Symposium "The Prehistory of Iberia (Neolithic to Iron Age) and The debate on The formation of hierarchical societies and The state" (Vancouver, 2008). https://www.academia.edu/183855/Fortification_as_a_social_fact._Processes_of_social_change_and_resistance_in_The_Iron_Age_of_NW_Iberian_Peninsula (5/10/2012).
- _(2013): "Midiendo decisiones locacionales. Una aproximación a la evaluación de la defensibilidad efectiva de sitios arqueológicos", en *Comechingonia: Revista de Arqueología*, 17 (2): 57-82.
- PARCERO OUBIÑA, C. y AYÁN VILA, X. M. (2009): "Almacenamiento, unidades domésticas y comunidades en el noroeste prerromano". En R. García Huerta y D. Rodríguez González (coords.): *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Cuenca: 367-401.
- PARCERO OUBIÑA, C y FÁBREGAS ÁLVAREZ, P (2006): "Diseño metodológico para el análisis locacional de asentamientos a través de un SIG de base raster". En I. Grau (ed.): *Territorios Antiguos y Nuevas Tecnologías. La aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*. Alicante: 69-91.
- PARCERO, C.; AYÁN, X.; FÁBREGAS, P. y TEIRA, A. (2007): "Arqueología, paisaje y sociedad".



- En F. J. García González (coord.): *Los pueblos de la Galicia céltica*. Akal, Madrid: 131-258.
- PARCERO OUBIÑA, C. y CRIADO BOADO, F. (2013): "Social Change, Social Resistance: A Long-Term Approach to The Processes of Transformation of Social Landscapes in The Northwest Iberian Peninsula". En M^a Cruz-Berrocal; L. García-Sanjuán y A. Gilman (eds.): *The Prehistory of Iberia. Debating social stratification and The State*. Londres-Nueva York: 249-266.
- PARCERO, C.; CRIADO, F. y SANTOS, M. (1998): "Rewriting landscape: incorporating sacred landscapes into cultural traditions", en *World Archaeology*, 30 (1): 159-176.
- PARCERO, C., GARCÍA VUELTA, O. y ARMADA, X. L. (2009): "Contextos y tecnologías de la orfebrería castreña: En torno a una nueva arracada de Punta dos Prados (Espasante, Ortigueira, A Coruña)", en *Complutum*, 20 (1): 83-108.
- PARÍS, P. (1904): *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*. Vol. II. París.
- PASTOR MUÑOZ, M. (1976): "Los astures augustazos y su romanización", en *Hispania antiqua*, 6: 267-284.
- _(1981a): La religión de los astures. Granada.
- _(1981b): "Reflexiones sobre la religión de los astures en época romana". En *La religión romana en Hispania*. Madrid: 265-276.
- _(1983): "Aspectos de la romanización de la *Asturia Transmontana*: Prosopografía y Sociedad", en *Lancia*, 1: 221-261.
- PEARCE, J. (2011): "Marking The Dead: Tombs and Topography in The Roman Provinces". En M. Carroll y J. Rempel (eds.): *Living with The Dead: Burial and Commemoration in The Classical World*. Oxford : 134-58.
- PEARCE, J.; MILLETT, M. y STRUCK, M. (eds.) (2000): *Burial, society and context in The provincial Roman World*. Oxford.
- PÉDECH, P. (1978): "Le paysage marin dans la Géographie grecque", en *Caesarodunum*, 13: 30-40.
- PEÑA SANTOS, A. de la (1982): "Excavaciones arqueológicas de urgencia en la provincia de Pontevedra durante el año 1981", en *El Museo de Pontevedra*, 36: pp.
- _(1992): *Castro de Terroso. Síntesis de las memorias de las Campañas de Excavaciones: 1984-1990*, Arqueoloxía/Memorias, 11. A Coruña.
- _(1996): "La secuencia cultural del mundo castreño galaico". En J. M. Hidalgo Cuñarro (coord.): *A Cultura castrexa galega a debate*. Tui: 65-103.
- _(2001): *Santa Trega: un poblado "castreño"-romano*. Orense.
- _(2003): *Galicia. Prehistoria, castreño e primeira romanización*, Vigo.
- PEÑALVER IRIBARREN, X. (2001): "El Bronce Final y la Edad del Hierro en la Euskal Herria atlántica: cromlechs y castros", en *Complutum*, 12:51-71.
- PERALTA LABRADOR, E. (2003): *Los cántabros antes de Roma*. Madrid.
- PEREA, A. (1990): "Estudio microscópico y microanalítico de las soldaduras y otros procesos técnicos en la orfebrería prehistórica del sur de la Península Ibérica", en *TP*, 47: 103-160.
- _(1995): "La metalurgia del oro en la fachada atlántica Peninsular durante el Bronce Final: interacciones tecnológicas". En M. Ruiz Gálvez (coord.): *Ritos de paso y puntos de paso: la ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*. Complutum, 5. Madrid: 69-78.
- _(2003): "Los torques castreños en perspectiva", en *Brigantium*, 14: 139-49.
- _(dir.) (2004): *Ámbitos Tecnológicos y de construcción de poder en la transición BronceFinal-Hierro en la Península Ibérica*. Madrid.
- PEREA, A.; GARCÍA VUELTA, O. y FERNÁNDEZ FREIRE, C. (2010): *El Proyecto AU. Estudio Arqueométrico de la producción de oro en la Península Ibérica*. BPH, 27. Madrid.
- PEREA, A. ; MONTERO, I. y GARCÍA VUELTA, O. (2004) : "Project AU and The AU repertoire. A research strategy in gold metallurgy". En A. Perea, I. Montero y O. García Vuelta (eds.):



- Tecnología del oro antiguo: Europa y América*. Anejos de *AEArq*, 32. Madrid: 139-46.
- PEREA, A. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. (1995): *Arqueología del oro astur. Orfebrería y minería*. Oviedo.
- PEREIRA MENAUT, G. (1973): "Problemas de la consideración global de las inscripciones epigráficas latinas", en *PLAV* 9: 125-152.
- PÉREZ CENTENO, M^a R., (1990): "El poblamiento romano en Zamora durante el siglo III d.C.". En *Actas del I Congreso de Historia de Zamora (marzo, 1998)*. Zamora: 445-454.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. (1999): "*Pisoraca* (Herrera de Pisuerga): Urbanismo militar y civil de época romana". En *Los orígenes de la ciudad en el noroeste hispánico: actas del Congreso Internacional, Lugo 15-18 de mayo de 1996*, vol. 1: 535 y ss.
- PÉREZ OUTEIRIÑO, B. (1980): "Os ornitomorfos no conxunto dos motivos decorativos da orfebrería castrexa", en *Boletín Auriense*, 10: 9-24.
- _(1982): "De Ourivesaria castrexa. Arracadas", en *Boletín Auriense*: Anexo I.
- PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F., (1993): "Las estelas funerarias de época tardoantigua en la mitad Norte de la Península Ibérica", en *BSAA* 59, pp. 183-198.
- PÉREZ VILATELA, L. (2000): *Lusitania: historia y etnología*. Madrid.
- PHILPOTT, R. (1991): *Burial practices in Roman Britain*. BAR ser. 219. Oxford.
- PICARD, G. Ch. (1947): "Trophées d'Auguste a Saint-Bertrand-de-Comminges", en *Memoires de la Société Archéologique du Midi de la France*, XXI : 5-52.
- PICÓN PLATAS, I. (2008): "Unha aproximación a través do C14 a la cronoloxía castrexa", en *Gallaecia*, 27: 155-177
- PIGGOTT, S. (1931): "Ladle Hill –an unfinished hillfort", en *Antiquity*, 5, 20: 474-485.
- PINGEL, V. (1992): *Die Vorgeschichtlichen Goldfunde der Iberischen Halbinsel. Eine Archäologische Untersuchung zur Auswertung der Spektralanalysen*. Madrider Forschungen, 17. Berlín.
- PINTADO, J. A. (2004): "Apuntes sobre la *Quirina tribus* y la municipalización flavia en Hispania", en *Revista portuguesa de Arqueologia*, 7 (1): 343-364.
- PIPPIDI, D. M. (1939): *Recherches su le culte imperial*. París.
- PITILLAS SALAÑER, E. (2003) : "El papel del princeps como elemento de enlace entre Roma y los pueblos indígenas", en *Historia Antigua*, XXVII: 81-94.
- PLÁCIDO SUÁREZ, D. (1987-1988): "Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano", en *Habis*, 18-19: 243-56.
- _(1988): "La conquista del norte de la península ibérica: sincretismo religioso y prácticas imperialistas (1)". En *Mélanges Pierre Lévêque. I. Religion*. Annales Littéraires de l'Université de Besançon, 367. París: 229-244.
- _(2004): "La configuración étnica del occidente peninsular en la perspectiva de los escritores grecorromanos", en *Studia Historica. Historia Antigua*, 22: 15-42.
- _(2005): "La historiografía de la Historia Antigua. Las caras del posmodernismo", en *Revista de Historiografía*, 3: 86-99
- _(2008a): *Poder y discurso en la Antigüedad clásica*. Madrid.
- _(2008b): "La Théorie de l'égalité des êtres humains et l'évolution des formes de dépendance". En *La fin du statut servile? Affranchissement, libération, abolition 30 colloque du GIREA*. Besançon: 467-473.
- POLIGNAC, F. de (1984): *La naissance de la cité grecque : cultes, espace et société. VIIIe-VIe siècles avant J.-C.* París.
- POPE, R. E. (2007): "Ritual and The roundhouse: a critique of recent ideas on The use of domestic space in later British prehistory". En C.C. Haselgrove y R. E. Pope (eds.): *The Earlier Iron Age in Britain and The near Continent*, Oxford: 204-228.



- _(2008): "Roundhouses: 3,000 years of prehistoric design", en *Current Archaeology* 22: 14-21.
- POPOV, A. (1933): "Consecration ritual for blacksmith novice among The Yakuts", en *The Journal of American Folklore*, Vol. 46, No. 181: 257-271.
- PRIETO MOLINA, S. (1996): "Los torques castreños del Noroeste de la Península Ibérica", en *Complutum*, 7: 195-223.
- _(2003): "Los adornos áureos Asturianos, tipo "keftiu" del Instituto Valencia de Don Juan", en *Asturies*, 15: 22-33.
- PROSPER, (2002): *Lenguas y religiones prerromanas del occidente de la Península Ibérica*. Salamanca

Q

- QUESADA SANZ, F. (2010): *Armas de la antigua Iberia: De Tartesos a Numancia*. Madrid.

R

- RABANAL ALONSO, M. A. y FERRERAS VALLADARES, A. (1994): "La Triada Capitolina en el *conventus Asturum*". En S. Ordóñez y P. Sáez (eds.): *Homenaje al profesor Presedo*. Sevilla: 623-35.
- RABANAL ALONSO, R. y GARCÍA MARTÍNEZ, S. (2001): *epigrafía romana de la Provincia de León: revisión y actualización*. León (= ERPLe)
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*. Berlín.
- RAEPSAET-CHARLIER, M. T. (1985) : "A propos des premiers emplois datés de *Deo-Deae* dans les Trois Gaules et les Germanies", en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 61: 204-8.
- _(1993) : *Diis deabusque sacrum: formulaire votif et datation dans les trois Gaules et les deux Germanies*. París.
- RAMÍREZ RAMÍREZ, M^a L. (1995-6): "La casa circular durante la primera Edad del Hierro en e l valle del Duero", en *Numantia*, 7: 67-94.
- RAMÍREZ SÁBADA, J. L. (2000): "Lo sagrado en el proceso de municipalización del Occidente latino. Fuentes", en *Iberia*, 3: 11-24.
- REDENTOR, A. (2002): *Epigrafía romana da regiao de Bragança*. Lisboa.
- _(2003): "Representações zoomórficas na *epigrafía* funerária transmontano-zamorana occidental da época romana". En *Congresso Internacional de Arqueología Iconográfica y Simbólica. I Jornadas Internacionais de Promoção do Turismo Científico e do Património do Vale do Côa, 20-25 Abril 2002*: 163-99.
- _(2006): "Manifestações religiosas e onomástica na *civitas Zoelarum*", en *Conimbriga*, 45: 253-73.
- _(2008): "Iconografía solar no mundo funerário da Astúria meridional". En M. Do Céu Fialho y J. D'Encarnação y J. Alvar (coords.): *O sol greco-romano*. Coimbra: 225-48.
- _(2008): "Inscrições sobre guerreiros lusitano-galaicos: leituras e interpretações", en *Revista Portuguesa de Arqueología*, 11 (2): 195-214.
- _(2009): "Sobre o significado dos guerreiros lusitano-galaicos: o contributo da epigrafía", en *Palaeohispanica*, 9. *Acta Palaeohispanica X*: 227-246.
- REDENTOR, A. y PEREIRA, L. (2007): "Uma nova escultura zoomórfica proto-histórica em Picote (Miranda de Douro)", en *Terra de Miranda. Revista de Centro de Estudos António Maria Mourinho*, 2: 8-25.
- REDFERN, R. (2008): "New evidence for Iron Age secondary burial practice and bone modification from Gussage All Saints and Maiden Castle (Dorset, England)", en *OJA*, 27 (3): 281-301.



- REECE, R. (1977): *Burial in The Roman World*. Londres.
- REMESAL RODRÍGUEZ, J. (2002): "Aspectos legales del mundo funerario romano". En D. Vaquerizo (ed.): *Espacios y usos funerarios en el Occidente Romano*: 369-378.
- RENFREW, C. (1993): "Cognitive Archaeology: Some Thoughts on *The Archaeological Thought*", en *Cambridge Archaeological Journal*, 3(2): 248-250.
- RENFREW, C y BAHN, P. (1991): *Archaeology: Theories, Methods and Practice*. Londres.
- RENFREW, C. Y ZUBROW, E. B. W. (1994): *The Ancient Mind: Elements of Cognitive Archeology*. Cambridge.
- REZI, M. (2010): "Vasijas de uso metalúrgico, toberas y moldes". En I. Montero (coord.): *Manual de Arqueometalurgia*. Madrid: 123-158.
- REY CASTIÑEIRA, M^a J. (1990-1991): "Cerámica indígena de los castros costeros de la Galicia occidental: Rías Baixas. Valoración dentro del contexto general de la Cultura Castreña", en *Castrelos*, 3-4: 141-161.
- _(1996): "Referencias de tiempo en la cultura material de los castros Gallegos". En J. M. Hidalgo (coord.): *A cultura castrexa galega a debate*. Tui: 157-206.
- REY CastiÑEIRA, M^a J. y SOTO ARIAS, P. (2002): "Estudio preliminar del análisis físico-químico aplicado a la cerámica castreña: vertiente atlántica gallega", en *Gallaecia*, 21: 159-176.
- RÍOS GONZÁLEZ, S. (2000): "Consideraciones funcionales y tipológicas en torno a los baños castreños del NO de la Península Ibérica", en *Gallaecia*, 19: 93-124.
- _(2002): "Edificios balnearios en castros del noroeste de la Península Ibérica. Precisiones en torno a sus características estructurales y cronología", en *Bolskan*, 19. XXVII Congreso Nacional de Arqueología. Protohistoria. Vol. II: 377-392.
- RIVAS, J. C. (1973): "Nuevas aras romanas orensanas y rectificaciones interpretativas en torno anotros epígrafes galaicos-romanos ya conocidos", en *Boletín Avriense*, 3: 57-96.
- RIVES, J. B. (2005): "Christian Expansion and Christian ideology". En W. V. Harris (ed.): *The Spread of Christianity in The First Four Centuries: Essays in Explanation*. Leiden: 15- 41.
- _(2007): *Religion in The Roman Empire*. Malden-Oxford-Victoria.
- ROBARCHEK, C. A. (1979): "Conflict, emotion and abreaction: Resolution of conflict among *The Semai Senoi*", en *Ethos*, 7: 104-23.
- _(1997): "A Community of Interests: Semai Conflict Resolution". En D. P. Fry y K. Björkqvist (eds.): *Cultural Variation in Conflict Resolution. Alternatives to Violence*. LEA, Mahwah: 51-58.
- ROBLIN, M. (1965): "Le culte de saint Martin dans la région de Senlis", en *Journal des savants*, 3: 543-563.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (1991): "Conquista y organización". En R. Villares (dir.): *Historia de Galicia*. Impr. Faro de Vigo. Vol. I: 101 y ss.
- _(1995-1996): "Mansiones y mutaciones en la *via Nova* (XVIII del itinerario de Antonino)", en *Cadernos de arqueología*, 12-13: 89-112.
- _(1997): "O mundo funerario galaico-romano/ El mundo funerario galaico-romano". En *Galicia. Terra única. Galicia castrexa e romana*. Lugo: 246-54.
- _(2010): "El dios *Dancerus* de la cañada de Remeseiros (Vilar de Perdizes, Montealegre, Portugal), un *Silvano* indígena protector de los contratos de arrendamiento", en *Palaeohispanica*, 10. *Serta Palaeohispanica J. de Hoz*: 133-146.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. y CARREÑO, C. (1992): "Sobre Paulo Fabio Máximo y la fundación de *Lucus Augusti*". En *Finis Tέρrea*. Estudios en lembranza do Prof. Dr. Alberto Balil. Santiago de Compostela: 389-416.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. y FERRER SIERRA, S. (2001): "Addenda sobre el *castellum paemeiobrigense*". En L. Grau y J. L. Hoyas (eds.), *El bronce de Bembibre. Un edicto del emperador*



Augusto. Estudios y catálogos, 11. León: 85-96.

RODRÍGUEZ COLMENERO, A. y GASPERINI, L. (eds.) (1995): *Saxa scripta (inscripciones en roca): Actas del Simposio Internacional Ibéro-Itálico sobre epigrafía rupestre*. A Coruña.

RODRÍGUEZ COLMENERO, A. y RODRÍGUEZ CAO, C. (2007): “Un *miThraeum* en *Lucus Augusti*”, en *Larouco*, 4: 219-221.

RODRÍGUEZ CORRAL, J. (2008): “Una propuesta de estudio tecnológico de la cerámica castrexa: el caso de Borneiro B”, en *Gallaecia*, 27: 205-225.

_(2009): A Galicia castrexa. Santiago de Compostela.

_(2012): “Las imágenes como un modo de acción: las estatuas de guerreros castreños”, en *AEArq*, 85: 79-100.

RODRÍGUEZ FIGUEIREDO, M. (1973): “Cale e a expedición de Decio Iunio Bruto pola Galicia”, en *CEG*, 28: 248-259.

RODRÍGUEZ LAGE, S. (1974): *Las estelas funerarias de Galicia en época romana*. Orense.

RODRÍGUEZ MONTEERRUBIO, O. y SASTRE BLANCO, J. C. (2008): “Aproximación a los trabajos de investigación en los castros de Peñas de la Cerca y de El Castrillón (Zamora)”. En OrJIA (coord.): *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la cultura material. Madrid, 3-5 de septiembre de 2008* (JIA 2008). Madrid. Vol. I: 271-278.

ROLDÁN HERVÁS, J. M. (1966): “Sobre los acusativos con “ad” en el Itinerario de Antonino”, en *Zephyrus*, 17: 109-25.

_(1974): *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España antigua*. Salamanca.

ROMERO CARNICERO, F. (1976): *Las cerámicas policromas de Numancia*. Soria.

_(2010): “Las representaciones zoomorfas en perspectiva cenital. Un estado de la cuestión”. En F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.): *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: 467-545.

ROMERO CARNICERO, M^a V., CARRETERO VAQUERO, S. y MARTÍN VALLS, R. (1995): “*Aras votivas de Petavonium*”, en *Zephyrus*, 48: 331-45.

ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. (eds.) (2010): *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid

ROMERO MASIÁ, A. (1976): *El Habitat castreño. Asentamientos y arquitectura de los castros del NO Peninsular*. Santiago de Compostela.

_(1984-1985): “Os castros: recoñecemento e catalogación”, en *CEG*, 35: 31-61

_(1987): *Castro de Borneiro. Campañas 1983-84*. Arqueoloxía/Memorias, 7. Santiago de Compostela.

_(1992): “Obxectos metálicos no castro de Borneiro”. En F. Acuña Castroviejo (coord.): *Finis Terrae. Estudios en memoria do Prof. Alberto Balil*: 131-195.

ROMERO PERONA, D. (2010): “El contexto arqueológico: el yacimiento de El Picón”. En I. Sastre y A. Beltrán (eds.): *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*. Actas de la Junta de Castilla y León. Valladolid: 39-50.

ROVIRA, S. y RENZI, M. (2010): “Las operaciones pirometalúrgicas y sus subproductos”. En I. Montero (ed.): *Manual de Arqueometalurgia*. Madrid: 87-122.

ROZAS, V. y CABO, L. (2002): “Dataciones geoquímicas y dendrocronológicas de época romana en Asturias”. En M. A. de Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña. Coloquios de Arqueología en la cuenca del Navia. Homenaje al Prof. Dr. José Manuel González y Fernández-Valles*. Navia: 345-356.

RUGGIERO, E. de (1997): *Dizionario epigrafico di antichità romane*. Roma.

RUIZ ARIAS, F. y LUQUE CABAL, C. (1988): “Metalogenia de la zona asturoccidental



leonesa”, en *Revista de la Sociedad Geológica de España*, 1 (1-2): 239-247.

RUIZ DEL ÁRBOL, M^a (2010): “El poblamiento rural y la distribución de *civitates* del Nordeste de Lusitania”. En I. Sastre y A. Beltrán (eds.): *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*: 93-112.

RUIZ DEL ÁRBOL, M^a; SASTRE, I. y PLÁCIDO, D. (2000): “El nuevo modelo de ocupación del territorio”. En F. J. Sánchez-Palencia (coord.): *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. León: 229-252.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1995a): “Depósitos del Bronce Final: ¿sagrado o profano? ¿sagrado y, a la vez, profano?”. En M. Ruíz-Gálvez (ed.): *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*. Complutum Extra, 5: 21-32.

_(1995b): “El significado de la ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce final/Edad del Hierro”. En M. Ruíz-Gálvez (ed.): *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*. Complutum Extra, 5: 129-155.

_(1998a): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce*. Madrid.

_(1998b): “Peripheral, but not That much...!”. En S. O. Jorge (ed.): *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*. Trabalhos de Arqueologia, 10. Lisboa: 101-113.

RUIZ ZAPATERO, G. (1993): “El concepto de Celtas en la Prehistoria Europea y española”. En M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Los celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 63-76.

_(1995-1997): “El poder de los celtas: de la Academia a la Política”, en *O Arqueólogo Português*, serie 4, 13-15: 211-232.

_(1996): “Celts and iberians: ideological manipulations in Spanish archaeology”. En P. Graves-Brown; S. Jones y C. Gamble (eds.): *Cultural identity and Archaeology. The Construction of European Communities*. Londres-Nueva York: 179-195.

_(2001): “¿Quiénes fueron los celtas? Disipando la niebla: mitología de un collage histórico”. En *Celtas y vettones*. Ávila: 73-91.

_(2003): “Historiografía y uso público de los celtas en la España franquista”. En F. Wulff Alonso y M. Álvarez Martí-Aguilar (eds.): *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*. Málaga: 217-240.

_(2005) (coord.): “Un círculo de lectores: Miradas sobre los celtas del NO. De la Península Ibérica”, en *Complutum*, 16: 151-208.

_(2006): “The celts in Spain. From archaeology to modern identities”. En S. Rieckhoff (dir.): *Celtes et Gaulois, l'Archaeologie face à l'Histoire, I: Celtes et Gaulois dans l'histoire, l'historiographie et l'ideologie moderne*. Bibracte, 12 (1) : 197-218.

S

SAGREDO, L. y CAMPANO, A. (1990): “Tesorillo altoimperial de la zona de Sanabria”. En *Primer Congreso de Historia de Zamora. Tomo II. Prehistoria e Historia Antigua*. Zamora: 721-46.

SAHLINS, M. (1961): “The Segmentary Lineage: An Organization of Predatory Expansion”, en *American Anthropologist*, 63: 322-345.

_(1983 [1974]): *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid.

SALAS MARTÍN, J., REDONDO RODRÍGUEZ, J. A. y SÁNCHEZ ABAL, L. (1983): “Un sincretismo religioso en la Península Ibérica: Júpiter Solutorio-Eaeco”, en *Norba*, 4: 243-260.

SALINAS DE FRÍAS, M. (1994): “Unidades organizativas indígenas y administración romana en el valle del Duero”. En M^a C. González y J. Santos (eds.): *Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península ibérica*. Revisiones de Historia Antigua, I. Vitoria: 167-179.

_(1995): “Los teónimos indígenas con la mención *deus*,-a en la epigrafía hispana”, en



Conimbriga, 34: 129-146.

SALMON, P. (1974): *Population et dépopulation dans 'Empire Romain*. Coll. Latomus, 137. Bruselas.

SANCHES, M^a J. (2000-2001): "O Crasto de Palheiros (Murça). Do Calcolítico à Idade do Ferro", en Portugália, Nova série, 21-22: 5-40.

_ (coord.) (2008): *O Castro de Palheiros. Fragada do Castro. Murça-Portugal*. Murça.

SÁNCHEZ DE ARZA, V. (1984): "Las monedas del tesoro de Arrabalde. La Asturias Cismontana", en *Nvmisma*, 186-191: 51-73.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. (1972): "El Noroeste hispánico hasta la crisis del poder romano en España". En *Orígenes de la nación española. El reino de Asturias*. Vol. 1: 51-100.

SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, J. (1983a): *La explotación del oro de Asturia y Gallaecia en la Antigüedad*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.

_ (1983b): "La explotación prerromana del oro del Noroeste de la Península Ibérica", en *Boletín Avriense*, 13: 31-67.

_ (1986): "El campamento romano de Valdelameda, Manzaneda (León): ocupación militar y explotación aurífera en el NW peninsular", en *Numantia*, 2: 227-234.

_ (1992): "El asentamiento romano de Santa Marina de Torre", en *Rodezno. Revista municipal del Ayuntamiento de Torre del Bierzo*, 10: 2-9

_ (1995): "Minería y metalurgia de la región astru en la Antigüedad". En *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*. Gijón: 141-157.

_ (ed.) (2000): *Las Médulas (León). Un paisaje cultural de la "Asturia Augustana"*. Instituto leonés de cultura. León.

SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J., BELTRÁN, A., ROMERO, D., ALONSO, F. y CURRÁS, B. X. (2010a): *La zona minera de Pino del Oro (Zamora). Guía arqueológica*. Junta de Castilla y León.

SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. y CURRÁS REFOJOS, B. X. (2010): "El contexto geoarqueológico: ¿ la zona minera de Pino del Oro". En I. Sastre y A. Beltrán (eds.): *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*. Madrid: 15-38.

SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. y FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D. (1985): *La Corona y El Castro de Corporales I, Truchas (León). Campañas de 1978 a 1981*. Excavaciones Arqueológicas en España, 141. Ministerio de Cultura: Madrid.

_ (1998): "El beneficio del oro por las comunidades prerromanas del noroeste peninsular". En G. Delibes (ed.): *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península ibérica*. Studia Archaeologica, 88. Valladolid: 227-246.

_ (2000): "Procesos históricos y paisajes culturales: itinerarios por la Zona Arqueológica de Las Médulas", en *Mérida. Ciudad y Patrimonio. Revista de Arqueología, Arte y Urbanismo*, 4: 71-91.

_ (2001): "Las Médulas como paisaje cultural. Itinerarios por el parque arqueológico", en *Arqueoweb*, 3 (1). En <http://www.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/3-1/javiersanchez.pdf> (última visita 30/10/2012).

SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. y MANGAS, J. (coords.) (2000): *El Edicto del Bierzo. Augusto y el Noroeste de Hispania*. León.

SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J.; FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; OREJAS, A.; ÁLVAREZ, Y.; LÓPEZ, L. F. y PÉREZ L. C. (1996): "Las zonas arqueológicas como paisajes culturales: el Parque Arqueológico de Las Médulas (León)". En *Complutum Extra. Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda* 6 (II): 383-403.

SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J.; FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D.; FERNÁNDEZ MANZANO J.; OREJAS, A.; PÉREZ, L. C. y SASTRE, I. (2000): "Las Médulas (León), un paisaje cultural patrimonio de la humanidad", en *Trabajos de Prehistoria*, 57 (2). *Presentando el pasado. Arqueología y turismo cultural*: 195-208.



- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J.; MONTERO, I.; ROVIRA, S. y FERNÁNDEZ-POSEE, M^a D. (1993): “Espacio y metalurgia en la cultura castreña: la ZAM”, en *TP*, 50 (1): 197-220.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. y OREJAS, A. (1994): “La minería del oro en el Noroeste peninsular. Tecnología, organización y poblamiento”. En D. Vaquerizo (coord.): *Minería y Metalurgia en la España prerromana y romana*. Córdoba: 147-233.
- _(1999): “Arqueología de la conquista del noroeste de la Península Ibérica”. En P. Bueno y R. de Balbín (coords.): *II Congreso de Arqueología Peninsular. Zamora, 24-27 de septiembre de 1996*. Zamora. Vol. 4: 23-38.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J.; OREJAS, A. y RUIZ DEL ÁRBOL, M. (2003): “Archaeological Heritage as a main sustainable resource for The development of rural areas: The experience of The Archaeological Zone of Las Médulas”. En R. Kozłowski (ed.): *Proceedings of The 5th EC Conference. Cultural Heritage Research: a Pan-European Challenge*. Cracow: 282.
- _(2008): “Paisajes culturales preindustriales. Patrimonio y recursos sociales”. En C. Sáiz Jimenez y M. A. Rogerio Candelera (eds.): *La investigación sobre Patrimonio Cultural*. Sevilla: 143-158.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J.; ROMERO, D. y BELTRÁN, A. (2012) “Paisajes mineros en el noroeste de Lusitania y *Asturia* meridional”. En M. Zarzalejos Prieto, P. Hevia Gómez y L. Mansilla Plaza (eds.): *Paisajes mineros en la Península Ibérica. Investigaciones recientes y nuevas líneas de trabajo. Homenaje a Claude Domergue*. Madrid: 155-170.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J., SASTRE, I., OREJAS, A., PLÁCIDO, D. y FERNÁNDEZ-POSEE, M^a D. (2001): “La primera ocupación romana de “*Asturia*”: el Edicto del Bierzo y su contexto arqueológico”. En L. Grau y J. L. Hoyas (eds.): *El bronce de Bembibre. Un edicto del emperador Augusto*. León: 97-110.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J., SASTRE, I., ROMERO, D., BELTRÁN, A., PECHARROMÁN, J. L., ALONSO, F., CURRÁS, B. X. y REHER, G. S. (2010b): “La zona minera de Pino del Oro (Zamora), un paisaje rural en época romana”. En C. Fornis, J. Gallego, P. López Barja y M. Valdés (eds.): *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido*. Vol. 2: 1067-1090.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J.; VAUDAGNA, A.; PECHARROMÁN, J. L.; BELTRÁN, A.; CURRÁS, B. X.; ALONSO, F. y RUÍZ DEL ÁRBOL, M. (2010c): “La zona minera de La Bessa (Biella, Italia) como precedente republicano de la minería del oro en Hispania”. En P. Bueno, A. Gilman, C. Martín Morales y F. J. Sánchez-Palencia (eds.): *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Estudios sobre Prehistoria reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en Homenaje a M^a Dolores Fernández-Posse*. BPH, 28: 329-347.
- SANTOS, L.; LE ROUX, P. y TRANOY, A. (1983): “Inscrições romanas do Museu Pio XII em Braga”, en *Bracara Augusta*, 37: 183-305.
- SANTOS, M. J. C. (2002): “Arte rupestre y recintos rituales en la Edad del Hierro”. En M. A. Castiñeiras y F. Díez Platas (eds.): *Profano y pagano en el arte gallego*. Santiago de Compostela: 39-94.
- _(2006): *O Sacrifício Animal no Ocidente da Hispania Romana : para uma nova análise dos ritos de tradição indo-europeano quadro da religião indígena*. Dissertação de Mestrado apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa
- _(2007): “El sacrificio en el Occidente de la Hispania romana: para un nuevo análisis de los ritos de tradición indoeuropea”, en *Palaeohispanica*, 7: 175-217.
- _(2010a): “O Cabeço das Fráguas e a concepção de espaço sagrado na hispania indo-europeia”. En Schattner, T. G. y Santos, M. J. (coords.): *Porcom, Oilam, Taurom. Cabeço das Fráguas: o santuário no seu contexto. Actas da Jornada realizada no Museu da Guarda a 23 de Abril de 2010*. Iberografias, nº 6: 131-48.
- _(2010b): “Inscrições rupestres do Norte de Portugal: novos dados e problemática”, en *Sylloge*



Epigraphica Barcinonensis, VIII: 123-152.

_(2010c): “Santuários rupestres no ocidente da Hispania indo-europeia. Ensaio de tipologia e classificação”, en *Palaeohispanica*, 10. Serta *Palaeohispanica* J. de Hoz: 147-172.

SANTOS, M. J. C. y SCHATTNER, F. G. (2010): “O Cabeço das Fráguas através da arqueologia”. En Schattner, T. G. y Santos, M. J. (coords.): *Porcom, Oilam, Taurom. Cabeço das Fráguas: o santuário no seu contexto. Actas da Jornada realizada no Museu da Guarda a 23 de Abril de 2010*.

Iberografias, nº 6: 89-108.

SANTOS ESTÉVEZ, M. (2005): “Sobre la cronología del arte rupestre atlántico en Galicia”, en *Arqueoweb*, 7 (2). En www.ucm.es/info/arqueoweb/numero7_2/conjunto7_2.htm.

_(2008a): *Petroglifos y paisaje social en la prehistoria reciente del NW da Península Ibérica*. TAPA 38. Santiago de Compostela.

_(2008b): “A new proposal for *The chronology of atlantic rock art in Galicia (NW Iberian Peninsula)*”. En G. Nash; G. Children (eds.): *The archaeology of semiotics and The social order of Things*. Oxford: 141–152.

_(2010): “*The Spaces of Representation and The Domestication of Landscape in Rock Art Societies*”. En F. Criado Boado; Å. Fredell y K. Kristiansen (eds.): *Representations and communications: creating an archaeological matrix of late prehistoric art*. Oxford: 144–157.

_(2012): “Atlantic Rock Art: Transformation and Tradition during Late Prehistory”. En C. Berrocal; L. García Sanjuan y A. Gilman (eds.): *The Prehistory of Iberia. Debating Early Social Stratification and The State*. Londres-Nueva York: 231-248.

SANTOS ESTÉVEZ, M. y GARCÍA QUINTELA, M. V. (2000): “Petroglifos podomorfos del Noroeste Peninsular. Nuevas comparaciones e interpretaciones”, en *Revista de Ciencias Históricas*, 15: 7-40.

_(2003): “Arte rupestre y santuarios”. En M. A. Castiñeiras González y F. Díez Platas (coords.): *Profano y pagano en el arte gallego*. Semata, 14. Santiago de Compostela: 37-149.

SANTOS, L. dos; LE ROUX, P. y TRANOY, A. (1983): “Inscrições romanas do Museu Pio XII em Braga”, en *Bracara Augusta*, 37: 182-205.

SANTOS, M.; PARCERO, C. y CRIADO, F. (1997): “De la Arqueología simbólica del paisaje a la Arqueología de los paisajes sagrados”, en *TP*, 54 (2): 61-80.

SANTOS JUNIOR, J. R. (1965): “O torques de ouro de Vila Boas (Vila Flor)”, en *Revista de Guimarães*, 75 (1-4): 136-152.

SANTOS YANGUAS, N. (2007): “El ejército romano de conquista en el norte de la Península Ibérica”, en *HAnt*, 31: 51-86.

_(2008): “El culto a Júpiter en la Asturias romana: sincretismo y arraigo”. En L. Hernández Guerra (ed.): *El mundo religioso hispano bajo el Imperio Romano: pervivencias y cambios*. Valladolid: 249-270.

SANZ MINGUEZ, C. (1998): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas. Padilla de Duero (Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 6. Salamanca.

SANZ MINGUEZ, C.; ESCUDERO NAVARRO, Z. y ROMERO CARNICERO, F. (eds.) (1993): *Arqueología vaccea: estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid.

SANZ MINGUEZ, C. y ROMERO CARNICERO, F. (eds.) (2009): *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, Vaccea Monografías, 2. Valladolid.

SANZ MINGUEZ, C. y VELASCO VÁZQUEZ, J. (coord.) (2003): “*Pintia*”. Un “*oppidum*” en los confines orientales de la región vaccea: investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003). Valladolid.

SANZ VILLA, J. R. (1996): *Los dioses astures*. Breviarios de la Calle del Pez, 35. Madrid.



- SASTRE PRATS, I. (1998): “El modo de producción como estructura de explotación: esclavismo y tributación”, en *Hispania*, 58 (2): 705-711.
- _(1999): “Estructura de explotación social y organización del territorio en la *civitas Zoelarum*”, en *Gerión*, 17: 345-60.
- _(2001): *Las formaciones sociales rurales de Asturia romana*. Madrid.
- _(2002a): *Onomástica y relaciones políticas en la epigrafía del conventus Asturum*. Anejos de AEArc, 25. Madrid.
- _(2002b): “Forms of social inequality in The Castro Culture of Northwest Iberia”, en *European Journal of Archaeology*, 5 (2): 213-48.
- _(2007): “epigrafía y procesos de cambio en el Noroeste hispánico: la clientela en la formación de la sociedad provincial”. En *Acta XII Congressus Internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae* (septiembre 2002): 1317-1324.
- _(2008): “Community, Identity, and Conflict. Iron Age Warfare in The Iberian Northwest”, en *Current Anthropology*, 49 (6): 1021-51.
- _(2009): “M.^a Dolores Fernández-Posse y la identidad del Noroeste hispano”, en *Arqueología espacial*, 27. Identidades. Homenaje a M.^a Dolores Fernández-Posse: 157-168.
- _(2010): “Clientela y dependencia social en el Noroeste y Occidente hispanos: pactos y minería”. En I. Sastre y A. Beltrán (eds.): *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*. Actas de la Junta de Castilla y León. Valladolid: 157-164.
- _(2012): “Social inequality during The Iron Age: interpretations models”. En X. L. Armada Pita y T. Moore (eds.): *Atlantic Europe in The first millennium BC: crossing The divide*. Oxford: 264-284.
- SASTRE, I.; ALONSO, F. y CURRÁS, B. X. (2010): “Formaciones sociales de la Edad del Hierro en el Noroeste: aportaciones a un debate”. En P. Bueno, A. Gilman, C. Martín Morales y F. J. Sánchez-Palencia (eds.): *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Estudios sobre Prehistoria reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en Homenaje a M.^a Dolores Fernández-Posse*. BPH, 28: 225-38.
- SASTRE, I.; BELTRÁN, A. y ALONSO, F. (e. p.): “Epigrafía y zonas mineras”. En Sánchez-Palencia (ed.): *Zonas Mineras*. Madrid.
- SASTRE, I.; BELTRÁN, A. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. (2009a): “Nuevo pacto de hospitalidad procedente de Pino del Oro (Zamora)”, en *ZPE*, 168: 287-292.
- SASTRE, I., BELTRÁN, A., SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. y ROMERO, D. (2009b): *El Bronce de El Picón. Pino del Oro, Zamora*. Madrid.
- SASTRE, I.; BELTRÁN, A. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. (2010): “Ejército y comunidades locales en el noroeste peninsular: formas de control y relaciones de poder en torno a la minería del oro”. En J. J. Palao Vicente (ed.): *Militares y civiles en la Antigua Roma. Dos mundos diferentes, dos mundos unidos*. Salamanca: 117-134.
- SASTRE, I.; CURRÁS, B. X. y ALONSO, F. (2010): “Parentesco, desigualdad y formas de identidad en la Edad del Hierro del Noroeste”, en *Arqueología Espacial*, 28. Arqueología de la Población, Teruel: 169-86.
- SASTRE, I. y OREJAS, A. (2000): “Las aristocracias locales y la administración de las minas”. En F.-J. Sánchez-Palencia (ed.): *Las Médulas (león). Un paisaje cultural de la “Asturia Augustaza”*. León: 284-306.
- SASTRE, I. y RUÍZ DEL ÁRBOL, M. (2005): “Las *civitates* del sector nordoriental de Lusitania: arqueología y epigrafía”. En *Lusitanos e romanos no nordeste da Lusitania. Actas das 2^{as} jornadas de património da Beira Interior*. Guarda: 135-153.
- SASTRE, I. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J. (2013): “Non-hierarchical approaches to The Iron Age societies: Metals and inequality in the Castro Culture of The Northwestern Iberian Peninsula” En M.^a Cruz-Berrocal; L. García-Sanjuán y A. Gilman (eds.): *The Prehistory of Iberia. Debating social*



stratification and The State. Londres-Nueva York: 292-310.

SAYAS ABENGOCHEA, J. J. (1999): “Unidad en la diversidad: la visión de Estrabón de algunos pueblos peninsulares”. En G. Cruz Andreotti (coord.): *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*. Málaga: 199-208.

SCHATTNER, T. G. (2003): *Munigua, cuarenta años de investigaciones*. Sevilla.

_(2004): “Novas aproximações às estatuas de guerreiros lusitano-galaicos”, en *O Arqueólogo Português*, série IV, 22: 9-66.

SCHATTNER, T. G.; SUÁREZ, J. y KOCH, M. (2004): “Monte do Facho, Donón (O Hío / Prov. Pontevedra) 2003. Informe sobre las excavaciones en el santuario de Bero Breo”, en *AEArq*, 77: 23-71.

SCHEID, J. (1991 [1982]) : *La religion en Roma*. Madrid.

_(2005a) : *Quand faire, c'est croire : les rites sacrificiels des romains*. París.

_(2005b): “Épigraphie ou identité religieuse ou l'art de la traduction”. En J. Desmulliez y C. Høet-Van Cauwenberghe (eds.): *Le Monde romain à travers l'épigraphie: méthodes et pratiques*. Lille : 217-229.

SCHEIDEL, W. (1996): Measuring sex, age and death in Roma empire: explorations in ancient demography. *JRA Supplementary Series*, 21.

_(ed.) (2001): *Debating Roman Demography*. Leiden.

SCHENK-DAVID, J.-L. (2005): *L'Archéologie de trois sanctuaires des Pyrénées centrales*.

Contribution à l'étude des religions antiques de la cité des convènes. Saint-Bertrand-de-Comminges.

SCHNEIDER, D. M. (1984): *A critique of study of kinship*. Michigan.

SCHULTEN, A. (1940): *Fontes Hispaniae Antiquae V. Las guerras de 72-19 a. de J. C.* Barcelona

_(1952): *Estrabón. Geografía de Iberia*. Fontes Hispaniae Antiquae VI. Barcelona

_(1962): *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*. Madrid.

SCHULZ, G. (1838): “Ojeada sobre el estado actual de la minería en el distrito de Asturias y Galicia”, en *Annales de minas*, 1: 379 y ss.

SCHLUMBERGER, G. (1885): “Bandeaux d'or estampés d'époque archaïque, trouvés près Cacérés (Estramadure)”, en *Gazette Archéologique*, X : 4-10.

SCOTT, J. C. (2009) : *The Art of Not Being Governed. An Anarchist History of Upland Southeast Asia* New Haven-Londres.

SENÉN LÓPEZ, F. (1993): “Prehistoria e idade antiga”. En F. Carballo (coord.): *Historia de Galicia*. Vigo: 45 y ss.

SEVILLANO CARBAJAL, V. (1978): *Testimonio Arqueológico de la provincia de Zamora*. Zamora.

SEVILLANO FUERTES, M^a A. (2005): *El Forum de Asturica*. Cuadernos Municipales, 7. Astorga.

SEVILLANO, M^a A. y VIDAL, J. (2002): *Urbs Magnífica. Una aproximación a la Arqueología de Asturica Augusta (Astorga, León)*. Guía-catálogo del Museo Romano. León.

SHAPLAND, F. y ARMIT, I. (2012): “The useful dead: bodies as objects in Iron Age and Norse Atlantic Scotland.”, en *European Journal of Archaeology*, 15 (1): 98-116.

SHAW, B. D. (1991): “The Cultural Meaning of Death: Age and Gender in The Roman Family”. En D. I. Kertzer y R. P. Saller (eds.): *The Family in Italy from Antiquity to The present*. New Haven: 66-90.

_(1996): “Seasons of Death: Aspects of Mortality in Imperial Rome”, en *JRS*, 86: 100-138.

SHELDON, R. (1982): “Romanizzazione. Acculturazione e Resistenza: problemi concettuali nella storia del Nordafrica”, en *Dialoghi di Archeologia*, 1 (4): 102-6.

Silva, A. C. F. de (1999): *A Citânia de Sanfins*. Paços de Ferreira.

_(2003): “Expressões guerreiras das sociedades castreja”, en *MM*, 44: 33-40.

_(2006 [1986]): *A cultura castreja no Noroeste Portugues*. Paços de Ferreira.



- SMITH, I. (1966): "Windmill Hill and its implications", en *Paleohistoria* XII: 469-81.
- SOARES, J. y Silva, C. T. da (1973): "Ocupação do período proto-romano do povoado do Pedrão (Setúbal)". En *Actas das II Jornadas Arqueológicas*, I. Lisboa: 245-305.
- Ocupação do período proto-romano do povoado do Pedrão (Setúbal). *Actas das II Jornadas Arqueológicas*, I. Lisboa: Associação dos Arqueólogos Portugueses, p. 245-305.
- SOEIRO, T. (1980): "Objetos em bronze do castro de Alvarelhos", en *Gallaecia*, 6: 237-243.
- _(1984): "Monte Mòzinho: apontamentos sobre a ocupação entre Sousa e Tâmega em época romana", en *Penafiel. Boletim Municipal de Cultura*, 3: 243-256.
- _(1985-1986): "Muro da Pastoria, Chaves. Campanha de escavação de 1982-1983", en *Revista Portugalia*, VI/VII: 21-28.
- SOMOZA, J. (1971 [1908]): *Gijón en la Historia General de Asturias*. Gijón. Vol. 1.
- SOPEÑA GENZOR, G., (1987): *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*. Zaragoza.
- _(1995): *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Zaragoza
- _(2005): "La ética agonística y el ritual funerario". En A. Chaín y J. I. de la Torre (coords.): *Celtíberos: tras la estela de Numancia*: 235-238.
- _(2008): "Aspectos funerarios y religión en la Vettonia", en *Zona arqueológica*, 12. Arqueología Vettona: La meseta occidental en la Edad del Hierro: 290-309
- _(2009): "La rapaz y la paloma. Notas sobre iconografía funeraria en la Vettonia". En F. Delpech y M. V. García Quintela (eds.): *Vingt ans après Georges Dumézil (1898-1986). mythologie comparée indo-européenne et idéologie trifonctionnelle: bilans, perspectives et nouveaux domaines. VIe colloque international d'anthropologie du monde indo-européen et de mythologie comparée. casa de Velázquez, Madrid, 27-28 novembre 2006*. Archaeolingua : Budapest : 183-210.
- _(2010): "La ideología de la muerte en el ámbito celtibérico. Evidencias rituales y nuevas perspectivas". En F. Burillo Mozota (ed.): *VI Simposio sobre Celtíberos. Mitos y ritos. Daroca (Zaragoza), 27-29 de noviembre de 2008*. Zaragoza: 245-272.
- STAMBAUGH, J. E. (1978): "The functions of Roman temples," en *ANRW II.16*, (1): 554-608.
- STEWART, Ch. (ed.): (2006) *Creolization : History, EThnography, Theory*. Walnut Creek.
- STYLOW, A. (1993): "La Cueva Negra de la Fortuna (Murcia), ¿un santuario púnico?". En *Religio Deorum. Actas del Coloquio Internacional de epigrafía, culto y sociedad en occidente*. Sabadell: 449-460.
- _(1995): "Los inicios de la epigrafía latina en la Bética. El ejemplo de la epigrafía funeraria". En F. Beltrán Lloris (ed.): *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*. Zaragoza: 219-38.
- _(1998): "The beginnings of Latin epigraphy in Baetica: The case of The funerary inscriptions". En S. Keay (ed.): *The archaeology of early Roman Baetica. JRS Supp. Ser.*, 29. Portsmouth-Rhode Island: 109-121.
- SUÁREZ OTERO, J. (2004): "Cipo de Toralla e posible altar púnico de Alcabre". En F. Singul y J. Suárez (eds.): *Até o confín do mundo: diálogos entre Santiago e o mar*. Vigo: 40.
- SUSINI, G. C. (1962): *Fonti per la storia greca e romana nel Salento*. Bologna.
- _(1964): *Il lapicida romano. Introduzione all'epigrafia latina*. Bologna.
- _(1982): *Epigrafia romana*. Roma.
- SYME, R. (1933): "Some Notes on the Legions under Augustus", en *JRS*, 23: 14 y ss.
- _(1970) : "The conquest of north-west Spain". En *Legio VII Gemina*. León: 79-107 (= 1979, en *Roman Papers*, 2. Oxford: 825-829).



T

- TABERNERO, C.; SANZ, ARAGONÉS, A. y BENITO, J. P. (2008): “El registro funerario celtibérico en el norte de Soria”. En F. Burillo (ed.): *VI Simposio sobre Celtíberos. Ritos y Mitos. Daroca (Zaragoza), 27-29 de noviembre de 2008*. Zaragoza: 391-402.
- TARACENA, B. (1941): *Carta arqueológica de España, Soria*. Madrid.
- _(1954): “Los pueblos celtibéricos”. En R. Menéndez Pidal (ed.): *Historia de España*, I, 3. Madrid: 195-299.
- TEIRA BRIÓN, A. M. (2002): *A agricultura castrexa a través das evidencias arqueológicas*. Trabajo de investigación tutelado de tercer ciclo inédito. Universidad de Santiago de Compostela.
- TERESO, J. P. (2008a): “Estudo arqueobotánico das estruturas romanas da Terronha de Pinhovel (NE Portugal)”, en *Férvedes*, 5. 1 Congreso Internaiconal de Arqueoloxía de Vilalba. Vilalba: 69-78.
- _(2008b): “A região de Macedo de Cavaleiros na *Civitas Zoelorum*: dados de investigações recentes”, en *Férvedes*, 5. 1 Congreso Internaiconal de Arqueoloxía de Vilalba. Vilalba: 431-440.
- THÉBERT, Y. (1978): “Romanisation et déromanisation en Afrique: Histoire décolonisée ou Histoire inversée?” en *Annales ESC*, 33. 1: 64-82.
- THOMAS, J. (1999): “The politics of vision and The archaeologies of landscape”. En B. Bender (ed.): *Landscape: Politics and Perspectives*. Oxford: 19-48.
- THURSTON, T. (2009): “Unity and diversity in The European Iron Age: out of The mists, some clarity?”, en *Journal of Archaeological Research* 17(4): 347-423.
- _(2010): “Bitter Arrows and Generous Gifts: What Was a King in The European Iron Age?”. En T. D. Price y G. M. Feinman (eds.): *Pathways to Power New Perspectives on The Emergence of Social Inequality*. Nueva York: 193-254.
- TILLEY, CH. (1994): *A phenomenology of landscapes: places, paths and monuments*. Oxford.
- _(1996): “The Power of Rocks: Landscape and Topography on Bodmin Moor”, en *World Archaeology*. 28: 161-176.
- TOMLIN, R. S. O. (1988): *Tabellae Sulis: Roman inscribed tablets of tin and lead from The aced spring at Bath*. Oxford.
- TORRES MARTÍNEZ, J. F. (2003): *La economía de los celtas de la Hispania atlántica. Vol. I. Agricultura, ganadería y recursos naturales*. Serie Keltia, 21. A Coruña.
- _(2005): *La economía de los celtas de la Hispania atlántica. Vol. II. Economía, territorio y sociedad*. Serie Keltia, 28. A Coruña.
- _(2007): “De los trabajos y los días: el calendario de tradición celta en la Península ibérica”. En *Pasado y presente de los Estudios celtas*. Noia: 305-348.
- TORRES MARTÍNEZ, J. F. y MEJUTO GONZÁLEZ, J. (2008): “El calendario celta como fuente para el estudio de la cultura céltica. Arqueoastronomía y etnohistoria”. En F. Burillo (ed.): *VI Simposio sobre Celtíberos. Ritos y Mitos. Daroca (Zaragoza), 27-29 de noviembre de 2008*. Zaragoza: 541-552.
- TORRES RODRÍGUEZ, C. (1982): *La Galicia romana*. Impr. La Voz de Galicia. La Coruña.
- TOUTAIN, J. (1967 [1917-1918]): *Les cultes païens dans l'empire romains*. 3 vols. Roma.
- TOVAR, A. (1948): “El bronce de Luzaga y las téseras de hospitalidad latinas y celtibéricas”, en *Emerita*, 16: 75-91.
- TOVAR, A. y NAVASCUÉS, J. M. de (1950): “Algunas consideraciones sobre los nombres de divinidades del oeste peninsular”. En *Miscelánea de Filología, Literatura e Historia Cultural à Memoria de F. Adolfo Coelho*. Lisboa: 178-191.
- TOYNBEE, J. M. C. (1971): *Death and Burial in The Roman World*. Baltimore.
- TRANOY, A. (1980): “Religion et Société à Bracara Augusta (Braga), au Haut Empire romain”. En *I seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular*, 3. Guimarães: 67-83.



_(1981): *La Galice Romaine. Recherches sur le nord-ouest de la péninsule ibérique dans l'Antiquité*. París.

_(1988): "Du heros au chef. L'image du guerrier dans les sociétés indigènes du nord-ouest de la Péninsule Ibérique (IIe. s. Avant J.-C. - Ier s. après J.-C.)". En *Actes du Colloque sur le monde des images en Gaule et dans les provinces voisines. Sèvres 1987*. Caesarodunum, 23: 219-227.

TRANOY, A. y LE ROUX, P. (1989-1990): "As necrópolis romanas de *Bracara Augusta* –Les inscriptions funéraires", en *Cadernos de Arqueologia*, 6/7: 183-230.

TREVISAN, R. R. (2012): "I vivi e i morti in un'unica società: riti funebri in Diodoro Siculo", en *Antesteria*, 1: 107-115.

TROTTA, F. (1996): *Strabone. Geografia. Iberia e Gallia. Libri III e IV*. Milán.

TURCAN, R. (1982): "L'autel de Rome et Augustus 'ad Confluentem'", en *ANRW* 12.1: 607-644.

TURNER, V. (1999 [1967]): *La selva de los símbolos: aspectos del ritual Ndembu*. Madrid.

U

ULBERT, G. (1984): *Cáceres el Viejo. Ein spätrepublikanisches legions lager in spanisch-Extremadura*. Mains am Rhein.

UNTERMANN, J. (1965): "Misceláneas epigráfico-lingüísticas", en *AEArq*, 38: 8-25.

_(1985): "Los teónimos de la región lusitano-gallega como fuente de las lenguas indígenas". En *Actas del III Coloquio de Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Salamanca: 344-363.

URRUELA, J. (1981): *Romanidad e indigenismo en el norte peninsular a finales del alto Imperio. Un punto de vista crítico*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.

V

VAN ANDRINGA, W. (2002): *La religion en Gaule romaine. Piété et politique (Ier-IIIe siècle apr. J.-C.)*. París.

VAN PASSEN, C. (1957): *The Classical Tradition of Geography*. Groningen.

VAQUERIZO GIL, D. (2002): "Espacios y usos funerarios en *Corduba*". En D. Vaquerizo (ed.): *Espacios y usos funerarios en el Occidente Romano*. Vol. II: 143-200.

VASCONCELOS, J. L. (1989 [1897]): *Religiões de Lusitania, vol. I*. Lisboa.

_(1989 [1905]): *Religiões de Lusitania, vol. II*. Lisboa.

_(1989 [1913]): *Religiões de Lusitania, vol. III*. Lisboa.

VÁZQUEZ URTIAGA, X. A. (1978): "Nuevos datos de parada de Outeiro (A Limia, Ourense)", en *Boletín Avriense*, 8: 327-331.

VÁZQUEZ VARELA, J.M. (1993-1994): "El cultivo del mijo (*panicum miliaceum* L.) en la cultura castreña del noroeste de la península ibérica", en *CEG*, 41 (106): 65-74.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1995): "Etnoarqueología de la extracción del oro de los ríos en el noroeste de la Península Ibérica", en *TP* 52 (2): 157-161.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. y GARCÍA QUINTELA, M. V. (1998): *A vida cotiá na Galicia castrexa*. Santiago de Compostela.

VERMEULEN, F. y BOURGEOIS, J. (2000): "Continuity of Prehistoric Burial Sites in The Roman Landscape of Sandy Flanders". En J. Pearce; M. Millett y M. Struck (eds.): *Burial, Society and Context in The Roman World*. Oxford: 143-161.

VEYNE, P. (1983): "*Titulus praelatus*: Offrande, solennisation et publicité dans les ex-voto gréco-romains", en *Revue Archéologique*, 2: 281-301.

VICENT, J. (1991): "El Neolítico. Transformaciones sociales y económicas", en *Boletín de*



Antropología Americana, 24: 31-61.

_(1998): “La prehistoria del modo tributario de producción”, en *Hispania*, 58, 200: 823- 39.

VICENTE GONZÁLEZ, J. L. (2011): “*Bellvm asturicum*. Una hipótesis ajustada a la historiografía romana y al marco arqueológico y geográfico de la comarca de “Los Valles de Benavente” y su entorno”, en *Revista Argutorio*, 16 (27): 4-10.

VILASECO VÁZQUEZ, X. I. (1999): “A problemática dos enterramentos na Cultura Castrexa do NW. Unha aproximación desde as culturas limítrofes”, en *Revista de Guimarães*. Volúmen Especial, II: 495-513.

VILLA VALDÉS, A. (1999): “Pendiente de oro, procedente del castro de Chao Samartín, en Grandas de Salime”, en *Boletín Anual del Museo Arqueológico de Asturias*, 1997: 245-54.

_(2002): “Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros Asturianos (siglos VIII a.C. - II d.C.)”, en *TP*, 59 (2): 149-162.

_(2004): “Orfebrería y testimonios metalúrgicos en el castro de Chao Samartín (Asturias, España): estudio cronoestratigráfico (siglos IV a. C.-II d. C.)”. En A. Perea, I. Montero y O. García Vuelta (eds.). *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*. Anejos de *AEArq*, 32: 253-64.

_(2006): “Representaciones equinas prerromanas en el castro del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)”. En *Estudios ofrecidos a Jose Manuel González en el centenario de su nacimiento*. Oviedo: 69-76.

_(2007a): “Mil años de poblados fortificados en Asturias (siglos IX a. C.-II d. C.)”. En J. A. Fernández-Tresguerres (coord.): *Astures y romanos: nuevas perspectivas*. Oviedo: 27-60.

_(2007b): “El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) y el paisaje fortificado en la Asturias protohistórica”. En L. Berrocal-Rangel y P. Moret (eds.): *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Madrid : 191-212.

_(2008): “La arquitectura doméstica en los castros prerromanos”. En *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*. Oviedo: 721-752.

_(2009): “¿De aldea fortificada a *Caput Civitatis*? Tradición y ruptura en una Comunidad Castreña del siglo I D.C.: El Poblado de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)”, en *CupaUAM*, 35: 7-26.

_(2011): “Santuarios “urbanos” en la Protohistoria cantábrica: algunas consideraciones sobre el significado y función de las saunas castreñas”, en *BIDEA*, 177: 9-46.

_(2012): “Fuego y agua nel orixe de los santuarios castreños: saunes y Pedras Formosas”, en *Asturies*, 31: 14-33.

_(2013): “El Castro de Coaña. Un poblado fortificado en los albores de la Historia de Asturias”. En *De neandertales a albiones: cuatro lugares esenciales en la Prehistoria de Asturias*. Oviedo: 139-187.

VILLA VALDÉS, A. y CABO PÉREZ, L. (2003): “Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el Castro del Chao Samartín: Argumentos para su datación”, en *TP*, 60 (2): 143-151.

VILLA VALDÉS, A. y GIL SENDINO, F. (2006): “Castros Asturianos con presencia militar. Aproximación al modelo de implantación de Roma en Asturias”. En M^a Paz García-Bellido (coord.): *Los campamentos romanos en Hispania (27 a. C.-192 d. C.). El abastecimiento de moneda*. Anejos de *Gladius*, 9. Madrid. Vol., II: 493-500.

VILLA, A.; MONTES, R.; HEVIA, S.; MENÉNDEZ, A.; SÁNCHEZ, E. y MADARIAGA, B. (2008): “El ajuar doméstico en los castros de Asturias (cerámica, vidrio, metalurgia y orfebrería)”. En *La prehistoria en Asturias*. Oviedo: 753-800.

VISSCHER, F. de (1963): *Le droit des tombeaux romains*. Milan.

VIVEIROS DE CASTRO, E. (2004): “Perspectivismo y multinaturalismo en la América indígena” En A. Surrallés y P. García Hierro (eds.): *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*.



IWGIA. Lima: 37-82.

VON ELES, P. (ed.) (2002): *Guerriero e sacerdote. Autoriità e comunità nell'età del ferro a Verucchio. La Tomba del Trono*. Bologna-Firenze.

VON HESBERG, H. y ZANKER, P. (eds.) (1987): *Römische Gräberstrassen. Selbstdarstellung. Status. Standard*. München.

VVAA (1995) = *Catálogo de la Exposición "Astures. Pueblos y Culturas en la frontera del Imperio romano"*. Gijón.

VVAA (2001) = *Arqueología urbana na cidade de Lugo (1995-2002)*. Larouco, 3. Lugo.

VVAA (2007) = López González, L. F. (dir.): *Memoria técnica de consultoría y asistencia para la delimitación de una intervención arqueológica en el antiguo asentamiento de Castro Ventosa*.

Términos municipales de Cacabelos y Villafranca del Bierzo (León). Terra Arqueos-CSIC. Orense

VVAA (2011) = Sánchez-Palencia, F.-J. y Sastre, I. (dirs.): *Estudio del trazado de la vía XVIII (Vía Nova) en su tramo español*. Convenio CSIC-Ministerio de Cultura. Madrid.

W

WATTENBERG, F. (1959): *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*. BPH, 2. Madrid.

_(1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*. BPH, 4. Madrid.

WATSUJI, T. (2006): *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*. Barcelona.

WEBSTER, G. (1986a): *The British Celts and Their GoDS under Rome*. Londres.

_(1986b): "What The Britons required from The goDS as seen Through The pariring of Roman an Celtic deities and The character of votive offerings". En M. Henig y A. King (eds.): *Pagan GoDS and Shrines of The Roman Empire*. Oxford University CommittEE for Archaeology. Monograph, 8. Oxford.

WEBSTER, J. (1995a): "Interpretatio: Roman Word Power and The Celtic GoDS", en *Britannia*, 26: 153-161.

_(1995b): "Translation and subjection: interpretatio and The Celtic goDS". En J. D. Hill & C. G. Cumberpatch (eds.), *Different Iron Ages. Studies on The Iron Age Temperate Europe*. Oxford: 175-83.

_(1996): "Roman Imperialism and The "post imperial age"". En J. Webster y N. Cooper (eds.): *Roman Imperialism: Post Colonial Perspectives*. Leicester: 1-17.

_(1997a): "Necessary comParísons: a post-colonial approach to religious syncretism in The Roman Provinces", en *World Archaeology*, 28 (3): 324-38.

_(1997b): "A negotiated syncretism: readings on The development of Roman-Celtic religion". En D. Mattingly (ed.): *Dialogues in Roman imperialism: Power, discourse, and discrepant experience in The Roman Empire*. Portsmouth: 164-184.

_(1999): "At The end of The world: Druidic and other revitalization movements in post-conquest Gaul and Britain", en *Britannia*, 30: 1-20.

_(2001): "Creolizing The Roman Provinces", en *American Journal of Archaeology*, 105: 209-25.

_(2003): "Art as resistance and negotiation". En S. Scott y J. Webster (eds): *Provincial Art and Roman Imperialism*. Cambridge: 24-51.

WEBSTER, J. y COOPER, N. (eds.): (1996) *Roman Imperialism: Post Colonial Perspectives*. Leicester.

WELLS, P. S. (1988): *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*. Barcelona.

WHEELER, M. (1953): "An Early Iron Age 'Beach-Head' at LulworTh, Dorset", en *Antiquities Journal*, 33: 1-13



- WHITLEY, J. (2002): "Too many ancestors", en *Antiquity*, 76 (291): 119-126.
- WHIMSTER (1981): *Burial practices in Iron Age Britain: A discussion and gazetteer of The evidence, c.700 B.C.-A.D. 43*. BAR ser., 90. Vols. 1 y 2. Oxford.
- WILLIAMS, M. (2003): "Growing metaphors. The agricultural cycle as metaphor in The later prehistoric period of Britain and North-Western Europe", en *Journal of Social Archaeology*, 3 (2): 223-255.
- WISSOWA, H. G. (1972 [1902]): *Religion und Kultus der Römer : unveränderter nachdruck 1971 der zweiten Auflage, 1912 erschienen*. München.
- _(1916-19): "Interpretatio Romana. Römische Götter im Brabarenlande", en *ANRW*, 19 (1): 1-49.
- WITTEYER, M. y FASOLD, P. (1995): *Des Lichtes beraubt: Totenehrung in der römischen Gräberstraße von Mainz-Weisenau*. Wiesbaden.
- WOODWARD, A. y LEACH, P. (1993): *The Uley Shrines*. Londres.
- WOOLF, G. (1996): "Monumental writing and The expansion of roman society in The early empire", en *JRS*, 86: 22-39.
- _(1998): *Becoming Roman. The origins of provincial civilization in Gaul*. Cambridge.

X

- XUSTO RODRÍGUEZ, M. (1986): *Protohistoria e Romanización na Terra de Viana do Bolo*. Tesis inédita de licenciatura. Santiago de Compostela.
- _(1988-1989): "Área de visión, topográfica e territorialidade: o mundo dos castros", en *Boletín Avriense*, 18-19: 23-30.

Y

- YEATES, S. J. (2006): *Religion, Community and Territory. Defining Religion in The Severn Valley and Adjacent Hills from The Iron Age to The Early Medieval Period*. BAR ser., 411. Oxford
- YOFFEE, N. (1993): "Too many chiefs? (or, Safe texts for The '90s)". En N. Yoffee y A. Sherratt (eds.): *Archaeological Theory: who sets The agenda?*. Cambridge: 60-78.

Z

- ZANKER, P. (2005 [1987]): *Augusto y el poder de las imágenes*. Madrid.
- ZEMMER-PLANK, L. y SÖLDER, W. (dirs.) (1999): *Culti nella preistoria delle Alpi. Le offerte-i santuari-i riti*. Bolzano-Vienne.